

# MORIR DE MIEDO

Edición de Mauro Armiño



Siruela

# **MORIR DE MIEDO**

**AUTORES VARIOS**

# MORIR DE MIEDO

Edición, traducción, prólogo y notas de  
Mauro Armiño

 Siruela

Libros del Tiempo

Edición en formato digital: octubre de 2019

En cubierta: ilustración de Asar Studios / Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Selección, traducción, notas y prólogo, Mauro Armiño

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-17996-25-3

Conversión a formato digital: María Belloso

# PRÓLOGO

## LO MARAVILLOSO, LO EXTRAÑO, LO FANTÁSTICO

Definir lo fantástico se ha convertido en tarea imposible desde que el término se impuso hace algo más de siglo y medio aplicado a la literatura. Las numerosas definiciones que de ello se han dado no han hecho otra cosa que difuminar un objeto ya de por sí vago y heterogéneo, de lindes poco delimitadas, debido a la amplitud de su campo, por un lado; por otro, a su popularidad, que impulsa a buena parte de la crítica a considerarlo una obra de entretenimiento demasiado simple, un género menor, sin personajes de los que puedan desprenderse complejos análisis psicológicos o situaciones que ayuden a revelar un estado social concreto: desde los vampiros, que aparecen en Europa en la obra de Dom Calmet<sup>1</sup>, pese a que niegue su existencia, hasta los zombis de la *bit-lit* (literatura del «mordisco»), toda una serie de obras y protagonistas de este género literario parece desterrada de la alta literatura, cuando no se encasilla como materia propia de un pasado con dos siglos o más de auge y caída, como si lo fantástico estuviera superado y no tuviera nada que ver con el hombre de hoy ni nada que ofrecerle; ante las explicaciones que la ciencia daba de la realidad, lo fantástico y lo misterioso habían entrado, a finales del siglo XIX, en vía muerta según Maupassant, que ya anunciaba en dos artículos: «Adiós, misterios» (1881) y «Lo fantástico» (1883), su desaparición ante los avances científicos, que no habían de tardar en explicar lo inexplicable (eso se esperaba): «Lentamente, desde hace veinte años, lo sobrenatural ha salido de nuestras almas. Se ha evaporado como se evapora un perfume cuando la botella se destapa. Si llevamos el orificio a la nariz y aspiramos mucho, mucho tiempo, apenas se encuentra un ligero aroma. Eso se acabó». Lo mismo afirma tres años más tarde Villiers de l'Isle Adam: «Lo fantástico es cosa pasada», en su novela *La Eva futura* (1886), considerada precisamente como una de las primeras narraciones de la ciencia ficción.

El destierro de lo fantástico de la alta literatura parece olvidar que lo sobrenatural y lo extraño han producido obras maestras, desde *El Horla* de Maupassant (1886-1887) a *The Turn of the Screw* (*Otra vuelta de tuerca*, 1898) de Henry James, o *La metamorfosis*, por más que una parte de la crítica le niegue esa cualidad a la breve novela de Kafka, porque dicha calificación limitaría de hecho su dimensión narrativa. Curiosamente, además, a pesar de tal desdén, y frente a las barreras que parecen condenar a la alta literatura a no salir de su ámbito estricto, lo fantástico ha ensanchado sus dominios e invadido de manera profusa, hasta el exceso incluso, otras artes, en especial las de la imagen, como las plásticas —pintura, cómics, videojuegos—, la música o el

cine. También parece olvidarse que, además de sus productos literarios, esas otras artes, y en especial la más popular, el cine, han tomado con fuerza el relevo y han gozado de más predicamento durante el pasado siglo que cualquier otra temática; por no hablar de su capacidad para constituir por sí mismo nuevos géneros (subgéneros, si se quiere) como la ciencia ficción.

## Sentidos y significación divergentes

El *Diccionario de la Lengua Española* continúa definiendo *fantástico* como algo «quimérico, fingido, que no tiene realidad y consiste solo en la imaginación»; en esa primera acepción parece traducir de manera aproximada la definición que ofrece el diccionario francés *Littré* de 1863: fenómeno complejo «que tiene que ver con la imaginación y más bien con el exceso de esa facultad. Lo *fantastique* se opone a la lógica». Es este diccionario el que inaugura la acepción que, según Steinmetz<sup>2</sup>, aquí nos interesa; es decir, la aplicada a definir *fantastique* como elemento literario y como sustantivo que nombra cierta categoría literaria: «1. Que solo existe por la imaginación; 2. que no tiene más que la apariencia de un ser corporal».

El adjetivo *fantastique* había aparecido antes en Francia, referido a Hoffmann, en el texto de un periodista (agosto de 1828), y vuelve a ser utilizado al año siguiente a la hora de trasladar, de forma más o menos acertada, el título del escritor alemán: *Fantasiestücke in Callots Manier* (*Fantasías a la manera de Callot*) (1814-1815); en traducción literal debería ser «trozos de fantasía a la manera de Callot», pero François-Adolphe Loève-Weimars (1801-1854), autor de una traducción no demasiado fiel ni completa titulada *Cuentos fantásticos* (veinte volúmenes, 1829-1833), añade a su prólogo un artículo del escocés Walter Scott (1771-1832), defensor de lo maravilloso en su vertiente historicista, la plantilla sobre la que están escritas sus famosas novelas: «Sobre Hoffmann y las composiciones fantásticas», donde *fantásticas* traslada el término *supernatural* escrito por el novelista escocés para arremeter contra la desbocada imaginación de Hoffmann: «La predilección de los alemanes por las cosas misteriosas les ha hecho inventar un género de composición que, probablemente, no habría podido ver la luz en otro país o en otra lengua. Se le puede llamar género fantástico [*supernatural*], en cuyo seno una imaginación liberada de toda regla se entrega a la libertad más incontrolada y más desenfrenada». Para Scott, lo fantástico equivale a grotesco, extravagante, algo que se debe rechazar por ajeno al ser humano.

Las capitales con que está escrito ese adjetivo en la traslación francesa convierten desde ese momento a Hoffmann en padre de un género... condenado por Walter Scott, y contrario a lo que el propio Hoffmann pensaba estar haciendo: nunca se le pasó por la cabeza utilizar *fantástico* para definir sus cuentos, ni los reunió bajo ese epígrafe en ninguno de sus volúmenes. El resultado de la paradoja hace de ese calificativo la expresión idónea para cuentos de hadas, de aparecidos y de hechos sobrenaturales, como termina por recoger el *Littré*. Hasta Charles Nodier (1780-1844), el primero en considerar de forma pertinente el concepto, pese a admitir muchas generalidades y a tener motivos para apreciar la diferencia entre lo maravilloso y lo fantástico, incluye en lo fantástico ambos adjetivos antes de que se establezcan fronteras claras del género; no será la única asimilación de lo fantástico a otros textos que solo mantienen con ello algún punto en común, desde la literatura policial a la ciencia ficción.

Renacido casi «sin querer» y con un error en la adaptación del término, *fantastique* tuvo

buena fortuna e hizo camino a lo largo del siglo XIX, recogiendo bajo su patrocinio todas las formas literarias que escapaban de la intelección inmediata de lo real, pero variando de significación a lo largo de los casi dos siglos siguientes; ni siquiera es unánime esa significación en las distintas lenguas: de ahí las divergencias en algunas interpretaciones. En inglés, *fantasy* alude, con cierto matiz peyorativo, a la imaginación y a los textos influidos por ella; su evolución lo ha llevado al punto de designar desde mediados del siglo XX un subgénero, la *heroic fantasy* —fantasía heroica, fantasía épica—, que tiene a su vez otros subgéneros como *sword and sorcery* («espada y brujería») donde lo maravilloso interviene con componentes mágicos y épicos, de ambiente y tramas medievales a menudo, magos, talismanes y guerreros, hasta llegar a un tipo de ciencia o historia ficción cuyo ejemplo más popular es *El Señor de los Anillos* (1954-1955), de J. R. R. Tolkien, a quien habían precedido en ese camino de fantasía William Morris (su poema épico *Historia de Sigur el volsungo y la caída de los Nibelungos*, 1876), Erick R. Edson (*La serpiente Uróboros*, 1922), Robert E. Warren (*Conan el bárbaro*, 1932), etcétera.

En cambio, en alemán *Fantasie*, aunque sigue indicando un producto de la imaginación, tiene la connotación de capricho lúgubre, tétrico, que produce en el lector una inquietud turbadora y una amenaza al mismo tiempo: algo que provoca angustia y da miedo, que ha de ser hostil tanto para el personaje como para el lector. En este caso sí es Hoffmann —al que tanto Nodier como Gautier y Maupassant citan constantemente— quien da lugar al género con sus *Fantasías a la manera de Callot*, en las que homenajea el ingenio extravagante de ese grabador francés; la mezcla de dos mundos extraños que se comunican entre sí, de lo vivido y lo imaginado, da lugar en el narrador alemán a un «realismo fantástico» en el que la realidad puede verse intervenida por seres salidos del folclore, magos, trasgos, brujas y aparecidos; su interés estriba en que esas figuras grotescas son resultado de puntos de vista y perspectivas tanto sociales como morales. La obra —dibujos, grabados— de Jacques Callot (1592-1635) influyó considerablemente en su época, gracias de manera especial a sus aguafuertes sobre escenas bélicas, en las que subraya los estragos de la guerra de los Treinta Años (*Miserias de la guerra*), sobre ferias populares, personajes grotescos, suplicios y caprichos.

Incluso si debe datarse el inicio de lo «fantástico» en el siglo XVIII, hay características que tienen un pasado, según Nodier: «La literatura fantástica surge, como el sueño de un moribundo, en medio de las ruinas del paganismo, en los escritos de los últimos clásicos griegos y latinos, de Luciano y de Apuleyo. Estaba olvidada desde Homero; e incluso Virgilio, a quien una imaginación tierna y melancólica transportaba fácilmente a las regiones de lo ideal, no se había atrevido a tomar de las musas primitivas los colores vagos y terribles del infierno de Ulises [...]. La musa solo se despertó un momento. [...] Todo lo que quedó de ella después, hasta el renacimiento de las letras, ese murmullo confuso de una vibración [...] que espera un impulso nuevo para volver a empezar...» (*De lo fantástico en literatura*). Que Nodier meta en el mismo saco todo lo extraño, desde el cuento de hadas a la irrupción de lo sobrenatural, no tiene nada de raro dada la falta de límites de la novedad que suponía entonces *fantástico*.

El primer problema que *fantástico* plantea es la utilización del término, cuyo sentido primero se ha desgastado y perdido; si en su aparición en la Edad Media, *fantasía* indica la imaginación y sus derivados, que van de lo extravagante a lo fabuloso, en la actualidad, tras haberse diluido en frases cotidianas, se aplica a cualquier cosa, objeto, persona, acción, intriga, etc., por la capacidad del lenguaje de producir significaciones globales, aunque no sean precisas; Freud ya

advertía en 1919 sobre la conveniencia de separar la utilización de *fantástico* en el lenguaje cotidiano y en su aplicación a la ficción. «Hace un tiempo fantástico», «llevo una vida fantástica», «esa luz es fantástica» y un largo etcétera son frases comunes en las que el adjetivo encubre el significado superlativo de *bueno*, más allá de otros como *excelente*, *magnífico*; en la más aproximada de las expresiones quiere decir algo que supera lo corriente, que trasciende lo habitual, convirtiéndose entonces en sinónimo, o poco menos, de *inusitado*, *inusual*, *extraordinario*, *extraño*, y, en ciertos casos, de *extravagante* o *grotesco*; el uso para todo del adjetivo borra su significación aplicada al campo específico al que se refiere el término. Ocurre a menudo: por ejemplo, voces como *trágico* o *surrealista* se aplican a situaciones variopintas en las que poco tiene que ver el concepto que nace de las obras de Esquilo o de André Breton.

Segundo problema: en el campo literario, *fantástico* se ha convertido en un cajón de sastre, y bajo su paraguas se acogen obras tan diferentes como la mitología bíblica o grecolatina, y, más cerca en el tiempo, los cuentos de hadas, la novela gótica o frenética<sup>3</sup>, hasta llegar a uno de sus últimos avatares: la ciencia ficción. Pero es poco lo que tienen que ver entre sí *Los cuentos de hadas* (1698) de Madame d'Aulnoy, una de las escritoras que está en el origen del cuento maravilloso, o los relatos que Charles Mayer publicaba en *Le Cabinet des fées* (1785-1789), *Los elixires del diablo* de Hoffmann, el *Frankenstein* (1817) de Mary Shelley, *Madame Putiphar* (1839) de Pétrus Borel, *La casa de los siete gabletes* (1851) de Nathaniel Hawthorne, hasta llegar a *En las montañas de la locura* (1931) de H. P. Lovecraft. Estas obras y autores —y otros muchos— contienen y manejan elementos que pertenecen al dominio de lo fantástico, pero en grados muy distintos, incluso divergentes; sin embargo, todos ellos pretenden acomodarse en compartimentos diversos de ese cajón de sastre, impidiendo definir lo fantástico como un todo homogéneo; hay que añadir, además, un último escollo: la posibilidad que, en cierta medida, tiene el lector de situar la indefinición de un texto concreto en este o en aquel cajón de ese mueble; por tal motivo, las fronteras de su definición se vuelven cada vez más complejas.

Qué sea lo fantástico se ha convertido en paso obligado a la hora de abordar una materia que, como debate, nació hace casi dos siglos en la literatura francesa si admitimos como punto de partida el citado ensayo de Nodier *De lo fantástico en literatura* (1830); cincuenta años más tarde, uno de los grandes «fantásticos», Maupassant, pensaba, en los artículos ya citados, que ese camino había tropezado con un muro infranqueable; pero su profecía no se cumplió, y lo fantástico ha dado pie durante el siglo y medio siguiente a comentarios, discusiones, congresos, trabajos académicos, revistas, estudios especializados, etc., cuyas conclusiones, que unas veces se complementan y otras se contradicen formando una red casi inextricable de concepciones, no solo no responden a las preguntas sobre su esencia, existencia y límites, sino que plantean más cuestiones y abren más interrogantes de los que cierran, como si se tratase de un juguete de muñecas rusas. Empezando por la misma palabra que le da nombre, y que desde su origen facilita todos los malentendidos.

El equívoco que presta densidad a esa intrincada red de significados nace en la propia etimología del término y en su significación según las distintas lenguas y las diferentes tradiciones culturales europeas en que predomina el género, así como también la evolución de las formas narrativas; en origen, *fantástico* es un derivado de la voz griega *phantasein*, cuyo sentido de «manifestación sensible de lo irreal» también posee el significado de «hacer ver en apariencia», «dar la ilusión», «aparecer» pero también «mostrarse», cuando se trata de fenómenos extraordinarios<sup>4</sup>. De ahí sus derivados *phantasia* (aparición), *phantasma* (lo que se aparece,



espectro, fantasma), y *phantastikon*; los tres términos llevan implícita una especie de ilusión óptica que percibe más allá de lo natural. Se produce, en la narración al menos, algo insólito, inaudito o extraño que va más allá de lo real, algo «sobrenatural», que para el protagonista de la trama puede resultar anormal, imposible, fuera de la lógica y de lo racional de la experiencia cotidiana. En ese cajón de lo sobrenatural y de lo irracional caben demasiadas cosas que deben circunscribirse, por metodología, en categorías más concretas. Bajo esa capa se acogen obras tan dispares del género gótico como *Vathek* (1782) de William Beckford, *Los misterios de Udolfo* (1794) de Ann Radcliffe, *El monje* (1796) de Matthew G. Lewis, *Frankenstein, o el moderno Prometeo* de Mary Shelley (1818), *Melmoth el errabundo* de Charles Robert Maturin (1820)<sup>5</sup>, *Drácula* (1897) de Bram Stoker, por no hablar de las *Historias extraordinarias* de Edgar Allan Poe (en francés desde 1856)<sup>6</sup>, *Alicia en el país de las maravillas* (1865) de Lewis Carroll, *La metamorfosis* (1915) de Kafka, entre otros, muchos hasta llegar a *La llamada de Cthulhú* (1926) y *En las montañas de la locura* (1931) de H. P. Lovecraft, que abre un camino hacia el horror extremo seguido por autores modernos como Stephen King, Clive Barker y un cuantioso número de escritores anglosajones<sup>7</sup>, por no citar a los recientes cultivadores del subgénero *gore*, de las *horror stories*, etcétera.

## La exclusión de lo maravilloso

Lo maravilloso fue el primer terreno en el que empezaron a dirimirse los límites del género y a precisarse su papel concreto. Para Nodier lo maravilloso pertenecía a lo fantástico. El «Érase una vez», o el «Había una vez» con que arrancan esos cuentos abren un mundo ajeno a lo real que el lector admite desde el principio, dejando en suspenso su capacidad de incredulidad, la *suspension of disbelief*, según el poeta inglés S. T. Coleridge; de ahí que el lector se deje llevar encantado por la lógica irreal sin el menor sobresalto; ese mundo de *féerie*, con hadas, elfos, dragones y unicornios, procede de la Edad Media, por no remontarnos en el tiempo hasta sus fuentes célticas del norte precristiano de Europa. Lo mismo puede decirse de lo «maravilloso negro», la novela gótica, con sus vampiros, diablos e inframundos infernales (*Vathek*), donde la suma de terrores y violencia termina convirtiéndose en catarsis durante la lectura. Freud fue el primero en deslindar ese mundo maravilloso donde hasta lo increíble puede ocurrir al margen de lo cotidiano. En su artículo «Das Unheimliche» («Lo ominoso», 1919) afirma que, al haber abandonado el cuento tradicional el terreno de la realidad, el lector no sufre ese efecto «ominoso» que sí produce y exige lo fantástico, generador de angustia y de amenazas indefinibles.

«Lo maravilloso es lo sobrenatural aceptado, y lo extraño, lo sobrenatural explicado. Lo fantástico es la vacilación sentida por un ser que solo conoce las leyes naturales frente a un acontecimiento en apariencia sobrenatural», según Todorov<sup>8</sup>, que ya apunta una nueva subdivisión: la de lo extraño. Desde la primera página de una narración maravillosa, el lector acepta como pura invención la quimera referida<sup>9</sup>, que, al estar ya codificada, no le provoca la menor alteración pese a que se le proponga la ruptura del orden lógico y racional: los «cuentos» de hadas (desde *El sueño de una noche de verano* de Shakespeare a *La bella y la bestia* de Jeanne-Marie Leprince de Beaumont (1757), los viajes extraordinarios (*Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, *Los Estados e imperios de la luna y del sol* de Cyrano de Bergerac, por ejemplo), las alegorías (las

*Fábulas*, desde Esopo y Fedro a La Fontaine), las utopías (desde *La isla de los esclavos* de Marivaux y *Las aventuras de Telémaco* de Fénelon hasta el *Cándido* de Voltaire, que recrea la de El Dorado) no cuestionan en absoluto al lector; este sabe siempre dónde está y cómo ha de moverse en ese espacio irreal; tampoco le perturban —aunque de hecho no se adscriban a lo maravilloso— las narraciones góticas o frenéticas (desde el *Vathek* de William Beckford a *Los cantos de Maldoror* del conde de Lautréamont), que proponen historias «chocantes» (para no decir excéntricas o estrambóticas) llevadas a su último límite, ni las novelas de ciencia ficción, que aplican el realismo después de plantear una hipótesis científicamente imposible o no alcanzada (las principales novelas de Jules Verne, antes de llegar al siglo XX); para Todorov, este tipo de textos abre un subgénero, el de «lo maravilloso científico». Ni tampoco pueden vincularse al género relatos tan fantásticos, tan «fantasiosos» por su mezcla de irrealidad y realidad, como la obra maestra de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, o *Alicia en el País de las Maravillas* (1865) y su continuación *Al otro lado del espejo* (1872) de Lewis Carroll.

Para Roger Caillois, excelente teórico del género, «el cuento de hadas se desarrolla en un mundo donde el encantamiento es un punto de partida lógico y donde la magia es la regla. Lo sobrenatural no tiene en él nada espantoso, ni siquiera es sorprendente, dado que constituye la sustancia misma del universo, su ley, su clima. No viola ninguna norma: forma parte del orden de las cosas [...]. En cambio, en lo fantástico, lo sobrenatural aparece como una ruptura de la coherencia universal. El prodigio se vuelve en él una agresión prohibida, amenazadora, que rompe la estabilidad de un mundo cuyas leyes eran tenidas siempre hasta entonces por rigurosas e inmutables. Es lo Imposible, que surge de improviso en un mundo donde lo imposible está excluido por definición»<sup>10</sup>. Sin embargo, su afirmación de que lo fantástico sería «una especie de etapa intermedia entre la *féerie* y la ciencia ficción en el camino de la literatura de lo extraño» suscita reservas a Jean-Baptiste Baronian, porque, de ser así, lo fantástico «habría plegado velas durante el siglo XX, y en vez de evolución (cosa que efectivamente se ha producido) habría sido desterrado por otra forma de imaginario»<sup>11</sup>.

En cambio, lo *fantástico* «siempre tiene un pie en el mundo real»<sup>12</sup>, sus elementos pertenecen al ámbito de lo cotidiano por más que siembre la duda y la inquietud en el lector plantándole una interrogación sobre el juego realidad/irrealidad, es decir, proponiendo una amenaza a su razón por la carga de misterio, por la presencia e invasión de lo insólito o por un enigma como elementos articuladores de la trama; pero en este último caso, pasamos a un subgénero, pues a veces aparecen, por ejemplo, lazos de parentesco con el género policial: el lector acompaña y comparte, ante el interrogante que plantea la intriga, el análisis y la investigación que resuelve el enigma sin verse sometido a una transgresión de orden real, es decir, lo propiamente fantástico; la racionalidad del lector participa en el juego, por más que desde el principio se produzca la situación de crisis que propone el suspense narrativo; por más enrevesado que lo presente el autor, por más que el análisis detectivesco parezca jugar al ratón y al gato con el lector, el enigma, una vez resuelto, sigue ateniéndose al orden lógico.

Estas divergencias entre lo maravilloso y lo fantástico se plantean y visibilizan desde el inicio; de hecho, se excluyen: frente a las tranquilizadoras puertas de entrada abiertas por los «Había una vez», «Érase una vez», el autor fantástico trata de desequilibrar al lector de forma no solo voluntaria, sino rebuscada intencionadamente; por ejemplo, Mérimée en el arranque de su relato *Lokis*: «He tomado el tema más extravagante, el más atroz que he podido»; a partir de ahí, el lector puede esperar cualquier tipo de temas y de protagonistas: pueden ser, por ejemplo, la

personificación de la Muerte, que impone su presencia de forma activa en la trama (*Federigo*, de Mérimée, por seguir con el mismo autor), o sudarios vagando por los corredores, o fantasmas, vampiros, catalepsias, dobles que naufragan en la locura, estatuas animadas, amor más allá de la muerte, magias, retornos involuntarios al mismo lugar, manipulación del tiempo, corte o supresión de miembros (interpretado por Freud como temor a la castración), objetos muertos, maléficos, benéficos o ambivalentes, que reviven...: «Objetos inanimados, ¿tenéis pues un alma?», se preguntaba el poeta romántico Lamartine. De ahí las distintas subdivisiones temáticas que pueden hacerse para el género, presididas en su mayor parte por la figura del sueño o de la pesadilla, que abre la puerta a todas las posibilidades de la imaginación: de la locura al horror de las resurrecciones o de las perversiones, con su séquito de crueldad a la que a veces se elogia y celebra (el marqués de Sade, Villiers de l'Isle Adam); en el citado *Lokis*, por ejemplo, en vez del sueño será el exceso de vino —en otros autores, por ejemplo, en Jean Lorrain, el abuso del éter— y comida del protagonista lo que sirva para explicar lo fantástico; por no hablar de la capital y persistente presencia del demonio en las tramas, sin que el lector pueda recurrir a la lógica para explicar lo que se le propone: en última instancia, esa presencia constante del ángel caído simboliza al ser humano, también perdido en las tinieblas de un mundo que no acaba de comprender ni de abarcar. Tampoco ha de olvidarse que, en no pocas obras, se mezcla una acción ilógica e irracional, protagonizada por el diablo u otros seres irracionales e imposibles, con buenas dosis de humor —que llegará a ser negro con los surrealistas— y de ironía (*El diablo trapero*, de Victor Hugo, o *El monstruo verde*, de Gérard de Nerval, dos de los ejemplos, entre varios, de los recogidos en esta antología).

## Lo extraño

En una de las citas anteriores veíamos a Todorov introducir la distinción de lo extraño en ese binomio de lo maravilloso y lo fantástico: lo extraño supone el relato de unos hechos que, a ojos del lector, rompen con las leyes naturales, pero que en su camino hacia el desenlace van recibiendo una explicación lógica. Seguimos estando en el orbe de lo fantástico, pero en una de sus lejanas fronteras. El ejemplo demostrativo de este «fantástico provisional», como lo denomina Jean Fabre<sup>13</sup>, sería el *Doble asesinato en la calle Morgue*, de Poe, cuyo enigma —el asesinato de dos mujeres— recurre al artificio de la habitación o el piso cerrados a cal y canto; el caballero Auguste Dupin lo resuelve mediante una pirueta que atiende a las exigencias de la racionalidad —el asesino ha sido un mono escapado de un circo que ha penetrado por la chimenea—. Esta explicación racional de hechos presentados bajo la óptica de una maraña de detalles extraordinarios y coincidencias imposibles constituiría ese «fantástico provisional», que recurre a una gran variedad de estratagemas: por ejemplo, la de la alucinación que refiere hechos al margen de toda lógica, o la del sueño, bastante socorrida a lo largo del siglo XIX, de la que *Los agujeros de la máscara*, de Jean Lorrain, es uno de los ejemplos más acabados, con una declaración final que devuelve todo a la realidad y deja la ambigüedad del relato como alegoría. También a esta subsección de lo extraño fantástico podrían agregarse títulos de ciencia ficción que, sin salir de las leyes naturales, llevan sus hipótesis científicas al último extremo, lo mismo que hace el género policial cuando utiliza un horror no solo verosímil, sino verídico: casos de

asesinos en serie basados en hechos ocurridos en la realidad, pero que se prestan a la leyenda, han tenido en el cine su campo preferido tanto para directores como para espectadores: Fritz Lang se basó en el asesinato de niños Peter Kürten para rodar *M, el vampiro de Düsseldorf* (1931), considerada una obra maestra por la novedad de unas formas cinematográficas desarrolladas luego intensamente por el cine negro: Alfred Hitchcock elaboró *Psicosis* (1960), también estimada una obra maestra del cine de terror, a partir de la novela *Psycho* (1959); su autor, Robert Bloch (1917-1994), cultivó el horror fantástico en novelas y relatos y dio dos continuaciones a ese título<sup>14</sup>; por no hablar de figuras como la de Jack el Destripador; la deficiente investigación policial sobre las seis mujeres asesinadas en 1887 y 1888 y sobre otras once agresiones atribuidas a ese asesino canónico sigue envuelta en brumas; la autoría de esos crímenes se atribuye, más de cien años después, a más de cien posibles autores, permitiendo así que la leyenda haya servido de punto de partida a más de un centenar de obras de ficción, que se reparten en distintas vertientes: desde la policial de Sherlock Holmes hasta la visión erótica del cine japonés, pasando por toda suerte de novelas (Robert Bloch, Colin Wilson, Robert Desnos, entre otros), obras de teatro, comedias musicales, óperas, letras de grupos de *rock*, de *pop* y de *heavy metal*, cómics, juegos, telefilmes y un largo etcétera imposible en la práctica de resumir aquí. Pueden destacarse, por su mayor difusión popular, las innumerables películas en distintas lenguas: inglés, francés, alemán, castellano... La novela *The Lodger* de Marie Belloc Lowndes (1868-1947) abrió el fuego en 1913 y llegó a servir para los guiones de cinco filmes, el primero de ellos firmado por Hitchcock en 1927<sup>15</sup>; otras narraciones enfrentan a Sherlock Holmes con el misterio y el protagonista de esos asesinatos; o, en el caso de *Murder by Decree* (1979), dirigida por Bob Clark, se sigue para su guion el libro-encuesta de Stephen Knight: *Jack the Ripper: The Final Solution* (1976), que proponía explicaciones a cinco de los asesinatos del Destripador. No hay que olvidar secuelas algo extemporáneas del mito creado en torno a estos hechos y sus posibles autores, por ejemplo las visitas turísticas guiadas por los barrios en que ocurrieron los crímenes.

Suele ponerse como ejemplo eminente de relatos de lo extraño el conjunto de seis novelas cortas titulado *Las diabólicas* (1850-1874), de Barbey d'Aurevilly (1808-1889), quien había definido lo extraño como lo «fantástico de la realidad». Las tramas de esas narraciones no se alejan de la realidad cotidiana, pero el autor las envuelve en un clima que convierte la psicología de sus personajes en un «infierno interior» al que se debe ese «encanto turbador y peligroso que hace casi culpable al alma que lo siente y parece volverla cómplice de un crimen tal vez, ¿quién sabe?, envidiosamente compartido»<sup>16</sup>.

## Lo fantástico: definiciones convergentes y divergentes

Fue Sigmund Freud el primero en proponer una aguda teoría sobre la forma en que se genera lo fantástico y en darle un nombre: *Das Unheimliche* (1919)<sup>17</sup>; utiliza para su exposición sobre la angustia uno de los relatos de Hoffmann, *El hombre de arena*, y explica ese vocablo en términos afectivos y no intelectuales: *Das Unheimliche* —«lo ominoso», «lo siniestro»— designaría un sentimiento de inquietante extrañeza, de turbadora familiaridad que sirve para aclarar situaciones relacionadas con lo pavoroso, con la angustia, con el fantasma que aparece y al que se persigue

para calmar el desasosiego provocado; «ese sentimiento se da frecuente y fácilmente cuando se desvanecen los límites entre fantasía y realidad; cuando lo que habíamos tenido por fantástico aparece ante nosotros como real». Irrumpe de forma repentina y brevísima, en una maniobra que puede compararse a un violento destello que puede apreciarse en los cuentos fantásticos de Hoffmann, en el *William Wilson* de Poe, y en *El Horla* de Maupassant. Ese fogonazo disturba de tal modo la razón del lector que este se da de bruces contra el muro de la incompreensión, de lo imposible, no puede explicarse por completo ese sentimiento de inquietante extrañeza que lo invade, y que, más que al mundo racional, pertenecería a aspectos complejos de la afectividad. Y Freud cita como fuentes de «eso» ominoso los complejos infantiles y las creencias irracionales arraigadas (derivadas en la mayoría de los casos del ámbito familiar). Hace sin embargo una diferencia entre la presencia de lo ominoso en la vivencia y su comparecencia en lo literario por no producirse de la misma manera.

Para Freud, en ese fantástico ominoso habría que hacer una subdivisión: textos que no pertenecen a lo maravilloso, tampoco pertenecen al mundo real por protagonizarlos espíritus pertenecientes al orden demoníaco o a la esfera religiosa: la teología, según Jorge Luis Borges, no deja de ser otra cosa que una rama del género fantástico. Para Freud, esos espíritus serían unos seres superiores, muertos que reviven en una especie de realidad poética de la que es buen ejemplo, remontándonos a los textos bíblicos, el dedo invisible que escribe sobre una pared *Mane, Tece, Fares*, durante un festín en el que el rey de Babilonia, Baltasar, profana los vasos sagrados del templo de Jerusalén destruido por su padre Nabucodonosor en el año 566 antes de nuestra era; ninguno de los adivinos reales consigue descifrar<sup>18</sup> esa amenaza. Este tipo de presencias fantasmagóricas, si no frecuente, no es insólito, como muestran otros ejemplos: desde la sombra de Darío manifestándose a la reina en *Los persas*, de Esquilo, hasta la estatua del comendador en *Don Juan*.

Esta teoría de Freud no fue aplicada en ese momento al análisis literario del fenómeno fantástico, que no arranca de forma seria hasta mediados del siglo XX. Entre los dos prematuros y señalados intentos de Nodier y Maupassant por acercarse a una definición de lo fantástico, y la *Introducción a la literatura fantástica* (1970) de Tzvetan Todorov, hay diversos acercamientos de interés si nos ceñimos al ámbito francés: escritores de finales del siglo XIX como Edmond Picard, Jules Claretie o Jean Lorrain, y críticos como Gaston Deschamps (1905) y Hubert Matthey (1915)<sup>19</sup> abordan el género coincidiendo de forma insistente en la «aparición» de algo que, por su distancia de lo real, resulta imposible e impensable, y tiene un algo de «sobrenatural» que rompe el orden lógico. Pero en esa encrucijada entre dos siglos, sus definiciones agrupan demasiados protagonistas y temáticas que planean sobre un campo de acción excesivo: magia, ocultismo, fantasmas, brujería, vampirismo, monstruos y toda suerte de criaturas fantásticas, dobles, demonios, maleficios, aberraciones, delirios... ponen en jaque, con su presencia, la lógica del protagonista, y, al mismo tiempo, el sentido de objetividad del lector, que vacila y no puede explicar con su razón lo inexplicable de esas presencias.

Estas apariencias de lo sobrenatural que rompen los límites con que la razón gobierna el orden natural son de muy diverso tipo; si Nodier remontaba el género a pasajes concretos de la Biblia, los libros hindúes y la mitología grecolatina, las fronteras van a ir precisándose poco a poco. Sobre todo a partir de un ensayo determinante, aparecido a mediados del siglo XX, el de H. P. Lovecraft, en el análisis más conspicuo anterior a Todorov: *Supernatural Horror in Literature*<sup>20</sup>. En primer lugar, Lovecraft distancia lo maravilloso de lo fantástico y apunta además



una idea que no se tendrá en cuenta en ese momento, pero que dará mucho juego en los debates posteriores a Todorov: en los relatos que proponen lo fantástico, la relación con el lector hay que juzgarla «no por la intención del autor, ni por la pura mecánica de la trama, sino por el nivel emocional que alcanza en su aspecto menos ramplón. [...] La única piedra de toque de lo verdaderamente fantástico es simplemente esto: si despierta o no en el lector un profundo sentimiento de pavor, y de haber entrado en contacto con esferas y poderes desconocidos; una actitud sutil de atención sobrecogida, como si escuchase el batir de unas alas misteriosas, o el chirrido de unas formas y entidades exteriores en el borde extremo del universo conocido»<sup>21</sup>. «El auténtico cuento fantástico tiene algo más que asesinatos secretos, huesos ensangrentados o figuras cubiertas con sábanas que agitan chirriantes cadenas de acuerdo con las normas. Debe haber cierta atmósfera de intenso e inexplicable pavor a fuerzas exteriores y desconocidas; y una alusión, expresada con una gravedad y una execración que se convierten en el tema principal, a esa idea sumamente terrible para el cerebro humano: la maligna y concreta suspensión o rechazo de esas leyes fijas de la Naturaleza que son nuestra única salvaguardia frente a los ataques del caos y de los demonios del espacio insondable»<sup>22</sup>.

Van a continuar en ese camino abierto por Lovecraft los dos trabajos con los que arranca el análisis del dominio fantástico en lengua francesa<sup>23</sup>: los de Pierre-Georges Castex<sup>24</sup> y Roger Caillois; en su introducción a *Le conte fantastique en France de Nodier à Maupassant*, el primero va a caracterizar lo fantástico como «una intrusión brutal del misterio en el marco de la vida real; está por lo general vinculado a los estados mórbidos de la consciencia que, en los fenómenos de pesadilla o de delirio, proyecta ante sí unas imágenes de sus angustias o de sus terrores». Castex separa, desde luego, lo maravilloso de lo fantástico, que «no se confunde con la fabulación convencional de los relatos mitológicos o de cuentos de hadas que implica una desorientación del espíritu». También influye Lovecraft en la distinción que Caillois<sup>25</sup> hace de lo maravilloso (*féerique*) y lo fantástico: «Lo *féerique* es un universo maravilloso que se añade al mundo real sin atacarlo ni destruir su coherencia. En cambio lo fantástico manifiesta un escándalo, un desgarramiento, una irrupción insólita, casi insoportable, en el mundo real. [...] En lo fantástico, lo sobrenatural aparece como una ruptura de la coherencia universal. En él, el prodigio se convierte en una agresión prohibida, amenazante, que rompe la solidez de un mundo cuyas leyes estaban consideradas hasta entonces como rigurosas e inmutables. [...] Lo fantástico supone la solidez del mundo real, pero para destrozarlo mejor [...]. Entonces vacilan las certezas mejor asentadas y se instala el espanto»<sup>26</sup>.

También en la senda de Lovecraft, el español Rafael Llopis limita lo fantástico en *Historia natural de los cuentos de miedo*<sup>27</sup> a los «cuentos de miedo que producen ansiedad; ese sentimiento ancestral del ser humano que permanece sepultado en su naturaleza inconsciente»; es «el efecto de terror» del que habla Mérimée<sup>28</sup>, portador de amenazas y capaz de sacudir las certidumbres del orden lógico; poco más tarde, un autor de relatos fantásticos como Jules Lermina afirmaba: «Lo que parece fantástico [es] espantoso» y capaz de provocar una emoción en el sistema somático del lector<sup>29</sup>. En esa misma dirección, el novelista belga Jean Ray (1887-1964), uno de los maestros del género, aporta un matiz interesante: «[¡El papel de lo fantástico] es dar miedo!», porque «la mayoría de la gente siente una voluptuosidad en temblar», retomando así un concepto del filósofo irlandés Edmund Burke (1729-1797), teórico de la novela gótica, que habla del subjetivo *delightful horror* (horror delicioso) sentido por el lector, y que Walter Scott

confirmó enseguida: «un agradable estremecimiento de terror sobrenatural». Para otros teóricos, podría verse en ese terror así impuesto otra posibilidad: la de que la lectura resulte «exaltante», por descubrir o redescubrir otro mundo bajo la realidad más cotidiana; de este modo, lo fantástico actuaría como «despertador» de conciencia y permitiría apreciar las múltiples facetas de la compleja realidad.

Los límites de eso «nuevo» fantástico se perfilan con caracteres más determinados en la *Introducción a la literatura fantástica* de Tzvetan Todorov; para este, lo fantástico sería un campo de duda, de vacilación, un reino de ambigüedad: lo fantástico se funda esencialmente en una vacilación del lector —que se identifica con el personaje principal— por lo que se refiere a la naturaleza ambigua de un suceso extraño. «Esta vacilación puede resolverse bien porque se admite que el suceso pertenece a la realidad; bien porque se decide que es fruto de la imaginación o resultado de una ilusión; dicho en otros términos, se puede decidir que el suceso existe o no existe»<sup>30</sup>. A partir de esta concepción, Todorov limita ese reino de lo fantástico que no se produce «por la simple presencia de acontecimientos sobrenaturales, sino por la manera en que los perciben el lector y los personajes. Ocurre entonces un fenómeno inexplicable: para obedecer a su espíritu determinista, el lector se ve obligado a elegir entre dos soluciones: o bien remitir ese fenómeno a unas causas conocidas, al orden natural, calificando de imaginarios los hechos insólitos; o bien admitir la existencia de representaciones que forman su imagen del mundo. Lo fantástico dura el tiempo de esa incertidumbre; desde el momento en que el lector opta por una solución o por otra, se interna en lo extraño o en lo maravilloso»<sup>31</sup>.

En esta tarea de limitación del campo de los dos rasgos principales, lo sobrenatural y lo irracional, Todorov hizo un listado de los temas que deberían ajustarse a su definición: «El pacto con el demonio [...], el alma en pena y que vuelve [...], el espectro condenado a una carrera eterna, [...], la muerte personificada que se aparece en medio de los vivos [...], la cosa indefinible e invisible [...], los vampiros, es decir, los muertos que chupan la sangre de los vivos [...], la estatua, el maniquí, la armadura, el autómatas que se anima [...], la maldición de un brujo [...], la mujer fantasma salida del más allá [...], la intervención de los dominios del sueño y de la realidad [...], el cuarto, el piso, la casa borradas del espacio [...], la detención o la retención del tiempo»<sup>32</sup>.

Por más variantes que puedan aceptar estos arquetipos temáticos, plantean un problema: no alcanzan ni abarcan buena parte de los textos contemporáneos. Por eso no tardaron en surgir objeciones a esta concentración temática, sobre todo por no tener en cuenta la subjetividad no solo del protagonista, sino de cada lector; en ambos puede producirse una crisis que elimine el juego de su razón o incluso que la razón juegue contra ellos, llegando a plantearse como hipótesis la imposibilidad de algo que la razón rechaza como imposible: «Pero no sé lo que me pasa... ¡Estoy embrujado! ¡Que el diablo me lleve! [...]. Me miraba fijamente con una expresión extraña mientras se apoyaba en la falleba para no caer» (Prosper Mérimée, *La Venus de Ille*, 1837). Las diversas modalidades de lo sobrenatural, lo irracional, lo imposible no tienen por qué ser fantásticas en sí mismas y de manera universal: para esta suerte de conceptos hay unos límites y unos contenidos que difieren en cada lector, la incertidumbre y ambigüedad en que se mueve el relato y en que sume a la lectura; lo incierto, lo sugerido, lo ambivalente, lo no dicho termina por imponer una ansiedad más espantosa que la descripción realista de esa ruptura con lo racional; sería el caso de *La Venus de Ille*, donde Mérimée deja al lector la interpretación del desenlace

del relato, permitiéndole una doble salida: ha sido la Venus de bronce la que ha matado al novio en su noche de bodas, o ha cometido el crimen un asaltante humano desconocido<sup>33</sup>; el narrador, Michel Szemiof, maneja unos conocimientos que le permiten descifrar, pero solo mediante insinuaciones, la causa del misterioso comportamiento del novio.

La teoría de Todorov no le permite prescindir de la idea de lo sobrenatural, «una de las constantes de la literatura fantástica»; pero lo sobrenatural no es pertinente, necesario ni suficiente para explicar lo fantástico; Maupassant ya ponía objeciones a ese primer adjetivo: si la creencia en lo sobrenatural ha desaparecido de las conciencias y de las creencias, ¿cómo puede apoyarse en él lo fantástico? Tampoco es estrictamente necesario, como demuestran *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*, de Stevenson; y no es suficiente tampoco, como confirman los relatos maravillosos y de hadas que no están adscritos al género a pesar de que utilicen elementos y criaturas sobrenaturales, como hemos visto más arriba al hablar del término inglés *fantasy*<sup>34</sup>. No es necesario lo sobrenatural para lo fantástico, otros sucesos pueden producir un efecto angustioso, *the dear old sacred terror* (el querido viejo terror sagrado)<sup>35</sup>.

Tampoco está muy claro que lo irracional sea absolutamente preciso; si para algunos «es fantástico todo lo que es irracional» (Pierre Gripari)<sup>36</sup>, para otros se limita a ser una «técnica, o un conjunto de técnicas que permiten encontrar de nuevo lo maravilloso» (Jacques Goimard)<sup>37</sup>; para Irène Bessière, que se niega a admitirlo: «No hay que asimilar fantástico e irracional»<sup>38</sup>, el relato fantástico «sale del cuento maravilloso del que conserva el marco sobrenatural y la interrogación sobre el suceso [...]. Conservando metamorfosis y genios benéficos o maléficos, el relato tiene como resorte el problema de la naturaleza y de la ley [...]. El relato fantástico es falsamente deliberativo»<sup>39</sup>.

Los debates académicos, sin embargo, han cambiado el punto de referencia de lo fantástico, trasladándolo al lector, idea que ya se apuntaba en Lovecraft. Louis Vax, para quien las obras adscritas al género son cosa de un «gran escritor» destinada a un «público refinado»<sup>40</sup>, parece olvidar el aspecto popular y el carácter de divertimento que muchos de los títulos «fantásticos» poseen. Jean Bellemin-Noël, aceptando que «lo fantástico es una manera de contar», desvía la atención del relato en sí: «Lo fantástico está estructurado como el fantasma [...]. Un cuento fantástico presenta en lenguaje escrito, con el disfraz de rigor, un fantasma exactamente semejante a los que presentan en la psique individual la ensoñación diurna, el sueño nocturno, el delirio del psicótico y los síntomas verbalizados de la neurosis»<sup>41</sup>. Posteriormente, Bellemin-Noël deriva hacia el inconsciente del lector la asunción del relato.

No son estas las únicas definiciones de lo fantástico que añaden, eliminan o aceptan conceptos ya elaborados por los teóricos citados más arriba, o dispersan su sentido en función de elementos ajenos al relato, como son, según Baronian, además de los aspectos formales sometidos y regidos por la evolución del arte narrativo, «las circunstancias exteriores, las épocas, las modas, los lugares, los gustos, las influencias, las necesidades, que no dejan de variar», e imposibilitan reducirlo a «esquemas invariables y absolutos». Esa imposibilidad lleva a Baronian a intentar, antes que una definición, un acercamiento mucho más difuso, que abarcaría un dominio *in extenso*: «Lo fantástico es ante todo una idea, un simple concepto que el relato literario modula a su guisa, hasta el infinito. La idea de que *nuestro* mundo, nuestro cotidiano puede en todo momento ser perturbado, transgredido, alterado de arriba abajo, ser percibido de otra forma que por la razón razonante, convertirse en un campo de inconstancia, de riesgo, de duplicidad, de equívoco, una quimera, el movimiento mismo de lo imaginario. En cierta forma, lo fantástico bien podría ser



entonces la iniciativa literaria que consistiría en hablar lógicamente de lo que, en nuestra aprehensión del mundo, no deriva precisamente de lo racional, no pertenece, en sentido estricto del término, al análisis objetivo»<sup>42</sup>.

## Larga vida de lo fantástico

Tras tantas definiciones y acercamientos a una teoría de lo fantástico, podemos reducir sus principios fundamentales, por más que sus avatares sean tantos y hayan sido matizados en gran medida por algunos. Pero lo cierto es que, como concluye Nathalie Prince, lo fantástico del siglo XIX, y referido a la literatura francesa, requiere cuatro elementos: 1) lo sobrenatural; 2) el aspecto maléfico, patógeno incluso, de las tramas que parecen convertirse en portadoras de unos valores negativos; 3) la producción de miedo, angustia o terror en el lector; y 4) la intervención intelectual «de la razón para comprender, considerar y medir ese objeto de terror que surge»<sup>43</sup>. En nuestro caso, narradores enclaustrados en una época concreta pero en marcha, quedan sometidos a una evolución tanto de contenidos como de escritura a lo largo de ese siglo que se desarrolla desde los inicios del Romanticismo a la decadencia de la Belle Époque, pero no duda en volver la vista atrás, a un periodo sangriento, el de la Revolución francesa, que con sus miles de muertos y guillotinos, puede revivirse en la imaginación; de ahí resurrecciones, cabezas cortadas, sombras que acechan, fantasmas que la imaginación labra.

En ese lapso de tiempo se han producido en la sociedad occidental avances científicos y tecnológicos que, como Maupassant aseguraba, equivocándose, anunciaban la muerte de lo fantástico. Precisamente lo fantástico nacía en combate con el materialismo triunfante, con la Ilustración y el reinado de la razón, nacidos con la Enciclopedia. El autor de magistrales relatos del género como *El Horla* o *El miedo* no vislumbró que su supervivencia tenía más que ver con las angustias interiores del hombre que con los ingredientes que podía aportar la realidad; esta se limita a envolver los miedos ancestrales del sujeto (el miedo, «la emoción más fuerte y más antigua de la humanidad», para Lovecraft) que, eso sí, cambian con los distintos entornos: desasosiegos, zozobras y angustias sustituyen a las anteriores perturbaciones de manera indefinida. Pueden apreciarse estos cambios si cotejamos las herramientas empleadas por nuestros autores con las que utilizaron y vienen utilizando sus seguidores de los siglos XXy XXI, que han dejado de lado los aspectos folclóricos y los ambientes clásicos de lo extraño para profundizar en los terrores interiores, la locura y las neurosis y describir monstruos que poco tienen que ver con los anteriores, como tampoco son los mismos los misterios por desentrañar del alma de los personajes. En la actualidad, lo fantástico no ha hecho más que cambiar los temas que suscitan temores y ansiedades para expresar lo que permanece y al parecer permanecerá en el ser humano: las mil y una formas de enfrentarse a lo desconocido, incluido lo que de desconocido lleva dentro de sí.

## UN SIGLO EN FRANCIA: LO FANTÁSTICO

Antes de que la obra del alemán Hoffmann provocase en los «jóvenes románticos» franceses la cristalización de distintos temas que, por una de sus vías, iban a desembocar en el género fantástico, varias obras introdujeron en la literatura gala lo sobrenatural. El ensayo de Madame de Staël, *De l'Allemagne* (1810), dedicado a los autores germánicos, dio a conocer en Francia un mundo en el que jugaba un papel importante la ensoñación, con tramas en las que realidad y sueño se mezclan para crear un ambiente donde a veces la razón naufraga, como en *El hombre de la arena* de Hoffmann, que verá traducidos sus cuentos a partir de 1829. Su influencia, unida treinta años más tarde a la de las traducciones de Edgar Allan Poe hechas por Baudelaire, iba a generar toda una escuela del género fantástico en Francia.

Pero antes, sin remitirnos a la literatura medieval, donde lo maravilloso crea un ámbito que lo roza a veces —en su vertiente no fantástica, sino fantasiosa—, el antecedente más inmediato es una breve novela de Jacques Cazotte<sup>44</sup> (1719-1792), *El diablo enamorado* (1772), considerada como la muestra protohistórica del género por la presencia del sueño y de lo imaginario, aunque esa aportación quede como un origen embrionario y sin acabado. El conocimiento de la cábala, del ocultismo y del esoterismo por parte de Cazotte, su larga estancia en la Martinica, su pertenencia a la masonería, su conservadurismo monárquico, que lo llevó a la muerte en el cadalso, lo acercaban a un ambiente irreal donde lo extraño se hace cargo del protagonismo de la trama. El diablo, figura capital de lo fantástico, aparece en la breve novela en la piel de dos animales y de una sílfide satánica enamorada del joven Álvaro; mezclando en esos personajes imaginarios un hermafroditismo diabólico y rasgos cabalísticos y esotéricos, Cazotte pretendía escribir «una alegoría en la que los principios están enfrentados a la razón», para que el lector dejase el mundo real y penetrase en lo extraño, sin la menor pretensión de provocar en él miedo, angustia o terror. El resultado puede entenderse como un rechazo de la dictadura de la razón impuesta por el siglo ilustrado y los hallazgos todavía rudimentarios de una ciencia que empezaba a desarrollarse en los ámbitos enciclopedistas. De ahí que, cincuenta años después de su publicación, fuera calificado como el primer cuento fantástico, lo cual es cierto, aunque solo a medias.

Cronológicamente le siguen dos escritores extranjeros, uno inglés, William Beckford (1760-1844), y otro polaco, Jan Potocki (1761-1815), autores en lengua francesa de dos obras que son referencia inexcusable para el género y que deben incluirse dentro del campo de la literatura frenética, escuela francesa que, tras los horrores vividos en el periodo revolucionario, decide aprovechar para la ficción episodios de todo tipo, fuesen históricos o no; los novelistas los llevaron a tales extremos que no tardó en ser calificada de «literatura-cadáver». Pero por muchos elementos de nuestro género que contengan las obras frenéticas, no pueden asignarse en esencia a él. Por otro lado, elegir algún fragmento de *Vathek* (1786), del autor inglés, o de *El manuscrito encontrado en Zaragoza* (1794-1810), del novelista polaco, resulta imposible sin traicionar el sentido general de la trama o sin traspasar los límites de espacio de la antología. La primera, *Vathek, cuento oriental*, quiere retomar el mundo de *Las mil y una noches*, como indica el subtítulo; pero en su derrotero demoniaco hay estatuas que lloran sangre, retratos que escapan de sus marcos, gigantescos yelmos asesinos: la trama va mucho más allá dado que su protagonista, el califa Vathek, se consagra al espíritu del mal y hace un pacto con el diablo Eblís; su viaje al inframundo, donde reina su señor, es una sucesión de escenas negras dominadas por lo sobrenatural y visiones horribles dictadas por una fantasía regida por la extrañeza, y no siempre justificadas, o, por mejor decir, explicadas. En un desenlace lamentable, el califa se ve condenado

a vagar eternamente. Todo en *Vathek* deriva de una imaginación grandilocuente, excesiva, desde los *djinn* sacados de la mitología árabe hasta los datos gastronómicos, los suplicios infligidos o la sexualidad. Lord Byron —otro de los iniciadores del género en lengua inglesa—, ferviente admirador de *Vathek*, calificaría este libro como «su Biblia».

La segunda, *El manuscrito encontrado en Zaragoza*, teje un laberinto de novelas encadenadas siguiendo el esquema del *Decamerón* del italiano Boccaccio, y, como en este, cada jornada es un relato autónomo sin perjuicio de que ciertos personajes pasen de una a otra. Las remata un epílogo que entrevera y engarza relatos que utilizan medios de distintos géneros narrativos —desde la parodia de textos capitales como *Don Quijote*, el *Decamerón* y *Las mil y una noches* hasta el *Robinson Crusoe* de Defoe o el *Tristram Shandy* de Laurence Sterne, al relato filosófico, desde la novela picaresca a la novela negra, desde la historia libertina al cuento persa o las historias de bandidos— para desarrollar todo tipo de tramas regidas por lo que Roger Caillois calificó como «la organización de lo fantástico». Arranca con las andanzas, o malandanzas, de un joven oficial flamenco, Alphonse van Worden, que viaja por España y, al cruzar Sierra Morena, topa con bandoleros, contrabandistas y gitanos entre apariciones, esqueletos y castigos sobrenaturales; ese inicio es lo más realista de una obra que, enseguida, se ramifica en multitud de pruebas para el protagonista —su encuentro con dos hermanas que lo llevan a su lecho y terminan resultando súcubos infernales—, pruebas que terminan resultando «una antología mundial de lo fantástico concebido como el museo del espanto universal», según Caillois. Lo insólito y lo imposible se repiten de forma cíclica —como montajes teatrales más que como fruto de un imaginario vivido—, adelantando algunos aspectos determinantes de lo fantástico<sup>45</sup>.

No fue mucha, sin embargo, la influencia que ejercieron estas dos mezclas, todavía torpes, de lo frenético, lo maravilloso y lo fantástico sobre los románticos franceses; la primera, *Vathek*, de la que en su primera edición se publicaron quinientos ejemplares en Lovaina, apenas fue conocida en Francia hasta que el poeta Stéphane Mallarmé se encargó de reeditarla en 1886 y prologarla con un texto magnífico. *El manuscrito encontrado en Zaragoza* llegó en versiones parciales y abreviadas a pocos lectores más, entre ellos a Charles Nodier, que lo aprovecharía para su *Smarra o los demonios de la noche*. Pero antes de que la ola hoffmanniana se desencadene, el espíritu romántico francés, que tiene su fecha oficial de nacimiento en 1830 si nos atenemos al estreno de la tragedia *Hernani* de Victor Hugo, ya había ofrecido atisbos, si no inmersiones en profundidad en lo imaginario con Charles Nodier; en él se aglutinan la influencia directa del alemán y el nuevo aire gótico procedente de Inglaterra que tenía en el delirio uno de sus materiales, empezando por Walter Scott y continuando con un desarrollo mayor de lo fantástico y lo gótico por parte de los fundadores del género truculento ya evocados: Horace Walpole (*El castillo de Otranto*, 1764), Ann Radcliffe (*Los misterios de Udolfo*, 1794) y Matthew G. Lewis (*El monje*, 1796); estas obras, pronto traducidas al francés, ofrecían una plantilla al desarrollo de aventuras coloreadas con tenebrosos cementerios, castillos medievales arruinados con sus laberintos y subterráneos y conventos, hasta el punto de dar pie al género ya citado de la literatura «frenética», en la puede incluirse al marqués de Sade (1740-1814) como punta de lanza de ese subgénero; no hay, sin embargo, que se sepa, conexión alguna entre el autor de *Los ciento veinte días de Sodoma* (escrito en 1785) o *Los crímenes del amor* (1787-1788), encerrado desde la edad de treinta y ocho años en el torreón de Vincennes, en la Bastilla (1777-1790) y en el hospicio para enfermos mentales de Charenton (de 1801 hasta su muerte en 1814), y la literatura anglosajona; si nos atenemos a la cronología, Sade permaneció al margen de las publicaciones

recientes, entre las que en esas fechas apenas puede figurar *Vathek*, imposible de encontrar en las librerías parisinas. Teóricamente solo pudo tener acceso a *El castillo de Otranto*, y se sabe, por otra parte, que conoció la obra de Lewis, a quien elogia en su *Ideas sobre las novelas* (1800). Hubo influencia, sin embargo, de lo gótico en Francia: en la década de 1820 proliferan narraciones que siguen esa línea, desde *Han de Islandia* (1823), de un joven Victor Hugo deslumbrado solo en ese momento por la novela negra, a *Pauline* (1838), de Alexandre Dumas, pasando por los primeros relatos del joven Balzac o por *El asno muerto y la mujer guillotizada* (1827), de Jules Janin (1804-1874), que puede tomarse como una parodia de lo macabro, con verdugos, ejecuciones, cementerios, atrocidades, perversiones... que desprenden cierto olor a azufre y tinieblas.

## Charles Nodier, padre del sueño

Quizá no pueda incluirse en lo fantástico la obra del marqués de Sade por más castillos y crímenes que contenga, pero Charles Nodier (1780-1844) figura en el género por derecho propio, como su fundador en Francia, cuando, en fecha tan temprana como 1821, publica *Smarra o los diablos de la noche*, con el subtítulo de «Sueños románticos». Coleccionista, erudito, filólogo, traductor, crítico, adaptador, poeta, Nodier conoció en su adolescencia y primera madurez las distintas etapas de la Revolución y acabó su vida con el regreso de los Borbones, en medio de un prestigio literario reconocido por todos, pese a las opiniones que desde 1815 manifiesta a favor de la derecha ultramontana, y que el espíritu de sus obras difunde. Para Nodier, los sueños de la Ilustración han convertido —Revolución mediante, que ha desmoronado los cimientos de la sociedad— lo real en una frustrante pesadilla de la que hay que huir para refugiarse en la ilusión del sueño. Nombrado en 1812 bibliotecario municipal en Liubliana, capital de Eslovenia, e instalado al año siguiente en Trieste, capital de las provincias ilirias, mantuvo contacto con el folclore de esas zonas y conoció tradiciones en las que los vampiros ocupan un espacio protagonista.

El papel de Nodier es crucial para lo fantástico francés: no solo introdujo el género, sino que dio al sueño un papel primordial tanto en sus novelas como en sus breves ensayos y artículos, en los que la realidad pasa el tamiz de un onirismo que trata de reparar la debilidad de la razón. «Ya no amo la vida y amo el sueño», escribió, y con todas sus consecuencias, desde ingenuas quimeras y cuentos de hadas hasta las peores pesadillas. Su influencia será determinante a lo largo del siglo sobre todos los cultivadores de la imaginación: creará, o recreará ese onirismo durante las décadas 1820-1830, en *Smarra o los diablos de la noche* (1821), *Trilby o el duendecillo de Argail* (1822), *Historia del rey de Bohemia y de sus siete castillos* (1830), *El hada de las migajas* (1833), *Inés de las Sierras* (1837) y un buen número de relatos y novelas cortas (*Infernaliana*, 1822), así como en breves ensayos (*De algunos fenómenos del sueño, Alucinaciones y sueños en materia criminal*), o en un poema titulado con ese término clave: *El sueño*. Su erudición le permite recoger de las culturas grecolatina y religiosa, legendaria y folclórica (Eslovenia), y presentar, en ocasiones por primera vez, personajes y arcanos que pervivirán a otros escritores franceses de la centuria: desde licántropos a lamias pasando por trasgos, genios, estrigos, vampiros en versión masculina y femenina, magias, brujos y brujas...:

todo ello es el fruto averiado del fracaso de una Razón que había paralizado lo imaginario y renegado del sueño y sus posibilidades.

En Nodier se produce un cruce de caminos de lo fantástico, lo maravilloso y lo frenético, con el sueño siempre por base. Es el primero en captar el aire de tiempo que va a soplar enseguida, influido, según confesión propia, por Lord Byron, «el intérprete más poderosamente inspirado por todos los sentimientos, por todas las pasiones, resaltemos la palabra, por todos los frenesíes que se despiertan en el intervalo tormentoso en que se confunden los ensayos de una sociedad naciente y las convulsiones de una sociedad que cae»<sup>46</sup>; por eso goza Nodier de un lugar honorífico en la introducción del género a través de la novela frenética, y por eso se le consideraba jefe de fila de la «escuela del verdugo» y «gran profesor de la literatura sangrienta»; lo frenético era «la expresión y el síntoma de la gran enfermedad social que lo había producido».

Su participación en la moda de esa literatura fue un «error» de juventud en Nodier, porque la escuela frenética decayó enseguida: la repetición constante de sus recursos obstruía cualquier tipo de desarrollo cerrándole la salida: Beckford y Potocki la habían llevado a su límite más intenso. No tarda Nodier en abandonar las tramas sangrientas y macabras para orientarse hacia la fantasía, a la que en *El hada de las migajas* canta como «¡madre de fábulas risueñas, de genios y de hadas! Encantadora de brillantes mentiras, tú que te balanceas con pie ligero sobre las almenas de las viejas torres, y que te extravías en el claro de luna con tu cortejo de ilusiones por los dominios inmensos de lo desconocido; tú que al pasar dejas caer deliciosas ensoñaciones en las veladas de la aldea, y que rodeas de encantadoras apariciones el lecho virginal de las muchachas...».

Hacia 1820, Nodier, que percibe el aire del Romanticismo, deslegitima la vena frenética y se instala en un cruce de caminos entre la novela gótica inglesa y el mundo onírico de procedencia alemana; *Jean Sbogar*, publicada sin nombre de autor en 1818, iniciaba una carrera que en ese momento rinde culto a lo frenético; hay en ella numerosas correspondencias con *Los misterios de Udolfo*, pero enseguida gira hacia lo fantástico y lo maravilloso recurriendo a temas ya utilizados por los escritores y poetas griegos y latinos: licantropía, estriges, lamias, brujas y magias ya figuran en Horacio, Ovidio, Tibulo, Luciano de Samósata, Eurípides o en la *Odisea*. Estriges y lamias no eran más que una versión femenina de los vampiros; y *El vampiro*, de Polidori, falsamente atribuido a Lord Byron entonces, difundió en 1820 la moda de un tema que ya había despuntado en Goethe y Potocki; Nodier lo asume rápidamente y traslada ese título de Polidori al teatro. Pero no se limita a esa boga literaria: sus viajes le permitieron reconocer como etnólogo tradiciones y cuentos populares que convierte en maravillosos; en su intento por reparar la «vejez de las sociedades», Nodier pretende recordar el pensamiento mítico, para enfrentarse a una civilización caducada por el fracaso de las ideologías progresistas del siglo anterior; ante la nada que estas proponen, el alma «se ha refugiado en la pasión o la melancolía. [...] La melancolía, especie de enfermedad mental, solo había presentado a la Antigüedad clásica la idea de una triste dolencia; se vuelve una musa»<sup>47</sup>. En *De lo fantástico en literatura* reconoce que las percepciones nocturnas son el origen de los mitos clásicos, a los que acompañan como hermanas la superstición y la brujería.

De ese clima y de esos intereses nace *Smarra*, novela a la que había precedido el melodrama, sacado de Polidori, *El vampiro* (1820); en el resto de su obra abundan los temas sobrenaturales, y la habitan duendes (*Trilby*), hadas (*El hada de las migajas*), vampiros, delirios desbordantes de fantasía (*La historia del rey de Bohemia y de sus siete castillos*), onirismos, locuras (*Bibliografía de los locos*), muertos vivientes y espectros (*Lydie o la resurrección*) que abolen el

espacio y el tiempo y navegan entre la realidad y el ultramundo. Para justificar la rareza de *Smarra*, Nodier se declara simple traductor de una obra en esclavón del «conde Maxime Odin» —nombre en el que es fácil apreciar el apellido de Nodier—, y aduce como última medida de seguridad la obra del latino Apuleyo y las escenas de *El asno de oro* en las que interviene la magia.

En Nodier se produce una lenta evolución; si es el primero en legitimar la escuela frenética, también se encargará de proclamar su defunción por agotamiento de los recursos; a partir aproximadamente de 1821, inicia con espíritu de conciliación una defensa de los valores románticos, atacados como contrarios al buen gusto por la crítica ultraconservadora: «Convengamos en que el romántico bien podría no ser otra cosa que el clásico de los modernos, es decir, la expresión de una sociedad nueva que no es la de los griegos ni la de los romanos»<sup>48</sup>. Y el sueño será en Nodier la vía para romper con el mundo visible y elevarse hasta el delirio fantástico.

En torno a 1830 aparecen en la prensa artículos a favor o en contra de lo fantástico, a propósito sobre todo de Hoffmann, sobre el que, además, Nodier es el primero en reflexionar en su artículo *De lo fantástico en literatura*, título que oficializa el adjetivo *fantástico* como el nombre para definir «el arte de hablar a nuestra imaginación remitiéndola hacia las primeras emociones de la vida, despertando a su alrededor incluso esas temibles supersticiones de la infancia que la razón de los pueblos perfeccionados ha reducido a las proporciones de lo ridículo».

## **Pétrus Borel: cumbre del género frenético**

Con la oleada de temas de ultratumba que, derivados del gótico inglés, invade la década de 1830, entran en la novela francesa gran cantidad de demonios, onirismos y delirios que apenas producen obras literarias de interés, salvo en el caso de algunos nombres, como el de Pétrus Borel (1809-1859), llamado el Licántropo, que patrimonializa los temas de la sangre, lo macabro, el frenesí, la violación, el infanticidio, en cuya descripción se regodea complacido. Al lado de las crueldades de *Madame Putiphar*<sup>49</sup> (1839, pero escrita seis años antes), su obra más representativa, las de los frenéticos ingleses podrían calificarse de «suaves». En su *Historia del Romanticismo* (1874), Nodier, que habla del carácter atormentado de Borel, de sus etapas, casi constantes, de miseria y hambre, haría de su persona un retrato que consueña con su obra: «No era contemporáneo; nada en él recordaba al hombre moderno, y siempre parecía venir del fondo, del pasado, y se hubiera dicho que había dejado a sus antepasados la vispera». Esa obra, lo mismo que sus *Cuentos inmorales*, amparados por el título de *Champavert* (1833), abre un abanico de temas macabros cuyo punto culminante lleva por título *Don Andrea Vesalius, el anatomista*; este personaje histórico, el primero que convirtió la anatomía en una ciencia, camina con su mujer —a la que no tardará en aplicar también el escalpelo— sobre pilas de cadáveres, esqueletos que se agitan y calderos hirviendo con trozos de carne humana dentro. En el caso de Borel no parece que se trate de parodia, como algunos han propuesto, sino más bien de un ejemplo de rebeldía frente al conformismo hipócrita de su sociedad. En el prólogo de *Champavert*, publicado cuando el autor tiene veintitrés años, Borel se define como el *détrompeur*, «desengañador», el que trata de

descifrar y poner al desnudo el juego social oculto bajo capas de hipocresía y falsos pretextos: de ahí esa intransigencia moral con que se adornan algunos de sus personajes, en especial el protagonista de *Madame Putiphar*, bajo el que se amparan todos los temas —venganzas, atrocidades, sucesos macabros, prisiones, inocentes muchachas secuestradas por infames seductores, padres terribles, etc.—, hasta convertir esa novela en compendio de todos los ingredientes del género frenético.

## **Realistas fantásticos: Hugo, Balzac, Gautier, Mérimée, Flaubert...**

El largo desarrollo que hemos otorgado a Nodier se debe a su condición de introductor del sueño como elemento constitutivo de lo fantástico; su hallazgo de ese germen va a condicionar en gran medida la literatura del género durante la centuria, aunque, además de sus formas de sueño o pesadilla, vayan desarrollándose al paso de las décadas otras fuentes para el onirismo: mediada la centuria, además del sueño, hay productos como el ajeno o el éter, que disparan la imaginación, o ciencias, teorías místicas y técnicas espiritualistas como la telepatía, el magnetismo, etc., que hacen evolucionar las formas de lo fantástico. Durante dos décadas, las de 1820-1830, en algunos casos más allá, y de la mano del Romanticismo que se impone, apenas hay escritor que no siga la boga de lo frenético, lo terrible, lo fantástico. Escritores «grandes» junto a otros hoy olvidados que publicaban en prensa o en volumen, son pocos los que no rindieron tributo a esta moda que rompía con el racionalismo impuesto por la Ilustración. Del primero de ellos, Victor Hugo (1802-1885), uno de los gigantes del siglo, ya hemos citado su contribución con *Han de Islandia* (1819-1820), su segunda novela, y *El último día de un condenado a muerte* (1820), a esa moda frenética, aunque este último texto terminará actuando como una denuncia contra la pena de muerte. Pero, a partir de ahí, y salvo casos excepcionales, Hugo se acerca a lo fantástico de soslayo, mediante la relectura de algún relato folclórico como es el caso de *El diablo trapero*. Si no son muchos los que han sobrevivido al tiempo, resultan importantes para la evolución del género fantástico a lo largo de la centuria.

Al lado de Nodier, Honoré de Balzac (1799-1850) aparece como un fantástico *sui generis*; la gran figura de la novela realista, su padre, de hecho, dejó en *La comedia humana* el reflejo de todo un mundo con la pretensión de abarcar el conjunto de la vida social como «fisiologista», como «anatomista», como forense de una sociedad; y, dentro de esa amplia obra, su parte fantástica suele atribuirse a fruto de su juventud sobre todo, del Romanticismo de los años 1830. En su prólogo a *El elixir de larga vida*, el propio Balzac ironiza sobre las «bromas» de aquella época «en la que cualquier autor cultivaba el género atroz para placer de las muchachas». El autor de *Ilusiones perdidas* dio la espalda a lo fantástico en su amplia obra, pero en ella hay contactos con lo filosófico, lo metafísico y lo sobrenatural que ya hicieron a Baudelaire calificarlo de «visionario», curioso adjetivo para quien se quiso realista por encima de todo; y Victor Hugo percibía en su obra «un no sé qué de despavorido y de terrible mezclado con lo real». El autor de *Las flores del mal* percibe la influencia que sobre la obra balzaquiana ejercen las ciencias de moda en ese momento, desde la frenología de Gall a las experiencias de Mesmer y la fisiognomía de Lavater, el magnetismo, la hipnosis, la telepatía, las ciencias y las fuerzas ocultas o las teorías



místicas de Swedenborg, así como la locura en el arte, la transmisión de pensamiento y la «búsqueda de lo absoluto», como titula una de sus novelas más inquietantes por mostrar la impotencia humana cuando pretende superar los límites que le ha impuesto la naturaleza<sup>50</sup>.

Lo sobrenatural y lo invisible se imponen en parte de su obra de forma inexorable, dado que su condición de forense de la sociedad le hizo aplicar todas las herramientas a su alcance: la filosofía, la historia, la economía...: de ahí sus incursiones en el mundo de las tinieblas, que arrancan desde primera hora; desde sus novelas de juventud, así se consideran todas las narraciones aparecidas antes de su «primera» novela: *Los chuanes*. Entre ellas están *Agatisse*, *Clotilde de Lusignan*, *Le Vicaire des Ardennes*, *Jean-Louis ou la fille trouvée*, *Annette et le criminel*, *Wann-Chore*, *L'Excommunié*, etc., firmadas con distintos seudónimos (Horace de Saint-Aubin, o Lord R.'Hoone —anagrama de Honoré—) y que no tardarán en parecerle *cochonneries littéraires* (cochinadas literarias); de hecho, reflejan la moda de la época, las influencias de la novela gótica y frenética, y de autores como Hoffmann, Walter Scott y James F. Cooper, en el momento en que empezaba a germinar un Romanticismo influido por los excesos de la novela inglesa; a Balzac esa escritura le sirve para probar técnicas narrativas que luego aprovechará para su *Comedia humana*, de la que, por supuesto, todos esos títulos quedaron fuera, salvo algunas adaptaciones de tramas. Un título destaca, *El centenario o el Brujo*, que puede considerarse borrador casi de *Melmoth reconciliado*: el viejo que vampiriza los fluidos vitales de sus víctimas para mantenerse joven, tras hacer un pacto con el diablo, es un heredero directo del *Melmoth el errabundo* (1820), de Maturin, traducida al francés un año más tarde. Cuando empieza a firmar con su nombre, *El elixir de larga vida* (1830) vuelve a la posesión diabólica por trama con don Juan como protagonista; el mismo título indica la procedencia, *Los elixires del diablo* de Hoffmann; cinco años más tarde, recupera otro pacto con el diablo en *Los dos sueños* (1830), incorporado más tarde a la novela histórica *Catalina de Médicis* como tercera parte, donde narra la aparición en sueños a dos comensales —Robespierre y Marat— de la que fuera reina de Francia de 1547 a 1559; *La posada roja* (1831), con la telepatía como eje, igual que en *El recluta*, supuso un impulso decisivo a la incipiente pasión por el misterio de Balzac; *Adiós*, con la masacre sufrida por las tropas napoleónicas en 1812 durante el paso del río Berézina (Bielorrusia) de fondo, narra un amor que termina en locura; separada por el fragor de la batalla de su amado, la protagonista morirá de la impresión que sufre al volver a verle cuando años más tarde él regrese. De *Jesucristo en Flandes* y *La iglesia*, reunidos artificialmente bajo el primer título para *La comedia humana*, el primero recoge, una ingenua leyenda belga que une lo maravilloso a la fantasmagoría; el segundo es una alucinación en la que una iglesia en ruinas se aparece al narrador encarnada en una bella joven que le ordena ver y creer en la religión<sup>51</sup>. El conjunto constituye una parábola religiosa, con Cristo como protagonista, que salva a los pobres de un naufragio; la alucinación del narrador reprocha a la Iglesia su olvido de los pobres y su vinculación a las clases altas, en un tono casi anticlerical que Balzac irá corrigiendo con los años. Cuando su amigo Félix Davin (1807-1836) firme el prólogo a los *Estudios filosóficos* y a los *Estudios de costumbres*, apreciará en *La iglesia* «una sobrecogedora visión de ideas religiosas devorándose a sí mismas y hundiéndose unas sobre otras, arruinadas por la incredulidad, que también es una idea».

Pero ese gusto por las ciencias ocultas también se manifiesta en novelas y en personajes claves, aunque hay casos en que puedan parecer «realistas»; por ejemplo, el Rastignac de *Esplendores y miserias de las cortesanas* no deja de firmar un pacto con el diablo que le



permitirá un ascenso social mágico; un antiguo condenado a galeras, Vautrin, disfrazado del cura español Herrera, será ese «diablo humano» sin que para ello tenga que recurrir a pactos de sangre ni fórmulas mágicas; la novela y su protagonista reafirman su realismo, pero lo hacen desde el punto de vista de lo «fantástico social», desde la perspectiva del visionario que frecuenta las tinieblas. En una de sus primeras obras importantes, *La piel de zapa* (1831), un mercader de talismanes se mueve en el mundo de los banqueros armado con una piel de onagro que hace realidad los deseos y satisface las pasiones: esa piel permite a su poseedor acceder a la terrorífica sociedad real del momento presidida por un egoísmo generalizado, y le ha hecho beneficiario de una vida de varios siglos; Balzac no atribuye a esa piel de zapa su examen de los hechos, que también se explican por análisis racionales o por el azar. Ese mismo año aparece *La obra maestra desconocida*, en cuya trama se anima con vida un lienzo, y de la que se desprende una reflexión muy aguda sobre el sentido de la creación y sus relaciones con el desorden mental, como también ocurre en *Gambara* (1837), protagonizada por un músico. El héroe de *Louis Lambert* (1832) cuenta con poderes paranormales, y *Séraphita* (1835), cuentos «filosóficos», participa del pensamiento metafísico: en *Louis Lambert* se centra en el sonambulismo magnético, en el que «el pensamiento matará al pensador»; en *Séraphita*, inspirada en Swedenborg, lo sobrenatural y el magnetismo tratan de explicar las curaciones milagrosas mientras utiliza el mito del andrógino, que sería el ejemplo de la perfección humana. También Balzac agrupó en los «Estudios filosóficos» el ya citado, *Melmoth reconciliado*, que introduce el mito del pacto con el diablo en la casa Nucingen; Castanier, cajero de esa banca, quiere devolver a Melmoth los poderes sobrenaturales que le otorgó el pacto y así salvarse, pero, muerto ya Melmoth, se verá obligado a pasarlos a otro, que los revenderá a su vez, y así sucesivamente.

Si bien es cierto que las tramas de este apartado balzaquiano no infunden miedo al lector, su sentido de lo invisible y de lo sobrenatural raya en un espacio en el que se contraponen la realidad material y el espíritu del ser humano, de las relaciones humanas, con una carga de conceptos filosóficos que impulsaron al autor a recoger la mayoría de los relatos de este porte, dentro de *La comedia humana*, bajo el epígrafe de «Estudios filosóficos»<sup>52</sup>. En resumidas cuentas, aunque apenas una docena de narraciones de Balzac tienen elementos sobrenaturales por agentes de la acción, no debe despreciarse su aportación, que irriga además varias de las obras maestras de Balzac que impusieron el realismo.

Con Théophile Gautier (1811-1872) entramos en un mundo ya propiamente fantástico, aunque «siempre con un pie en el mundo real», como él mismo exige en un comentario periodístico sobre los cuentos de Hoffmann (1836). Su calidad como narrador ha quedado menguada por su prestigio como autor del poemario *Émaux et camées* (1852), en el que abandona el Romanticismo para entrar en una nueva estética que se interesa más por la forma que por el fondo; anuncia los movimientos poéticos de finales de siglo en los que su tesis del «arte por el arte» va a imponerse, en especial entre el grupo de los parnasianos. En su docena y media de relatos aplicados al género, Gautier corteja lo extraño, la presencia del diablo (*Dos actores para un papel*, 1841) y, por medio de la ensoñación y del sueño, se remonta en el tiempo, cercano o remoto, con ucronías ubicadas en Egipto (*El pie de la momia*, 1840), en Roma (*Arria Marcella, fantasía pompeyana*, 1852) o en el mundo de la galantería del siglo XVIII; por regla general, sus imposibles historias de amor y de deseo, soñadas o vividas, buscan la presencia resucitada de la amada: su mejor relato, *La muerta enamorada*, es otra ucronía con doble existencia del protagonista: en su vejez, el monje Romualdo, sujeto de extraños hechos el día de su ordenación, se enamora de Clarimonde,

una rica cortesana veneciana; pero es una muerta viviente que se alimenta de unas gotas de sangre del protagonista, una gul, una vampira, durante su sueño. La existencia de sensualidad y lujo que con ella vive en el sueño desaparece, aunque el amor sea más fuerte que la muerte: en el desenlace, al descubrir la realidad, la ira del monje Romualdo contra una Clarimonde dormida-muerta, terminará por convertir en un montón de ceniza y huesos a la amada, tras practicar sobre ella un exorcismo por orden de su mentor. En otros relatos, serán imágenes, estatuas, objetos y figuras o partes del cuerpo femenino (el fetichismo del seno en *Arria Marcella*, el del pie en *El pie de la momia*) los que se presenten como fantasmas, como sujetos protagonistas (el citado *El pie de momia*, *La cafetera*, 1831, con la mujer reificada) para ofrecer una faz distinta de la real, aunque salidos de esa misma realidad, que los envuelve. Sus últimos relatos evolucionan a una mayor comparecencia de lo sobrenatural y del espiritismo swedenborgiano: en *Spirite*, por ejemplo, Guy de Malivert está dividido entre una mujer terrenal y Spirite, que pertenece al mundo fantasmal y que resume el sentido que de la belleza tiene el protagonista.

Como Nodier y como Gautier, Prosper Mérimée (1803-1870) es un escritor aficionado a la erudición clásica que, además, traduce y estudia a escritores rusos como Pushkin, Turguéniev y Gógol; a diferencia del primero, su Romanticismo es puro, pleno, con una conciencia individualista y una determinante sensibilidad hacia el yo que le permite esconderse tras las emociones; de ahí que su gusto por lo fantástico nunca se aleje de lo real y su perspectiva parezca distanciarlo de los temas básicos y de los materiales proporcionados por lo sobrenatural; sin embargo, afronta ese mundo con una mirada realista, tanto más angustiosa cuanto que no explica ni razona esas presencias para dejar al lector en la incertidumbre.

No son muchos sus relatos fantásticos, pero media docena de ellos son obras maestras del género: desde *La visión de Carlos XI* (1829) al póstumo *Djoûmane* (1873); en *La visión*, unas escenas fúnebres de cadáveres predicen a ese rey sueco, con cien años de adelanto, el asesinato de Gustavo III; en *Las ánimas del purgatorio* (1834) revisa el mito de don Juan a través de su avatar real, don Juan de Mañara, personaje que realmente existió; *La Venus de Ille* (1837) supone una originalidad en el proceso narrativo, porque no es un «yo» el que, sujeto de lo fantástico, cuenta lo sucedido; hay un narrador que contempla y relata los hechos desde la distancia: un objeto animado, la estatua de Venus, que encarna simbólicamente el amor, cobra vida para vengarse de las ofensas recibidas; en *Lokis* (1869) repite la presencia de un narrador ajeno a una tragedia recogida del folclore lituano. Mérimée pretendía publicarla póstumamente por consideraciones morales, porque está «demasiado escotada para el siglo hipócrita en que vivimos». Como el anticuario de *La Venus de Ille*, el profesor Wittembach no ve con sus propios ojos la muerte de la novia recién casada, y por lo tanto no puede asegurar que la leyenda de licantropía —un oso asesino— sea cierta. Esa característica es precisamente la habilidad de Mérimée, que, con sus desenlaces ambiguos, siembra la inquietud en el lector, a quien deja la posibilidad de creer en una explicación racional o en una sobrenatural, de darse a sí mismo la solución a los hechos. Lo que no logró con *Lokis*, publicarla después de su muerte, lo consiguió Mérimée con *Djoûmane* (también creía que la moral establecida levantaría un muro frente a la trama: relaciones matrimoniales y extramatrimoniales, interraciales, incesto), con una metáfora: una serpiente invade el sueño de un teniente de caballería que pasa de la realidad al sueño sin que el autor se permita informar al lector de ese tránsito; los sobreentendidos subidos de tono sugirieron a algún crítico la expulsión de *Djoûmane* del corpus literario de Mérimée, alegando la decrepitud mental de este «viejo enfermo, moroso y libertino, si no libidinoso»<sup>53</sup>...

Para Gérard de Nerval (1808-1855) «el sueño es una segunda vida»: eso afirma en *Aurelia* su protagonista, que ve en la expansión del sueño en la vida real el origen de su locura. Traductor del *Fausto* de Goethe y de algunos cuentos de Hoffmann, además de introductor de Heine en Francia, saca de estas y otras fuentes alemanas su sentido visionario, cuya máxima expresión es una obra maestra, *Aurelia o El sueño y la vida*, en la que trabajaba en su último año de vida; conocedor de una próxima muerte, el personaje narra y comenta sus sueños, cuya figura principal es una amada ya muerta, Aurelia, a la que ha deificado. En sus visiones oníricas mezcla autores que han escrito «estudios del alma humana»: Swedenborg, Apuleyo, la *Vita nuova* de Dante más que *La divina comedia* le permiten emprender un viaje iniciático gracias a la enfermedad que sufre, y que termina en «un descenso a los infiernos» a las zonas más oscuras y profundas del ser. La íntima relación de sueño y locura —enfermedad que aquejó a Nerval, atendido por el famoso médico Émile Blanche; como terapia, este le pidió que le escribiera sus sueños, en un intento de que la escritura sirviera como terapia— permite la intrusión de lo sobrenatural y lo extraño, con figuras monstruosas y angélicas y la presencia del doble; aun cumpliendo muchos de los requisitos de lo fantástico, el protagonista de *Aurelia* navega entre el delirio y la lucidez, sin que el lector sepa en ocasiones dónde está, acompañado por influencias del esoterismo, el ocultismo y la cábala: todo ello en medio de una vagariedad de la razón que alcanza lo indecible.

Antes de *Aurelia*, Nerval había incrustado sueños, aunque de forma más ligera: por ejemplo, en *Sylvie*, una de las seis novelas cortas que forman *Las hijas del fuego*, habla de ese «estado de semi-somnolencia en el que el espíritu que resiste todavía las extrañas combinaciones del sueño permite a menudo ver agolparse en unos minutos los cuadros más acentuados de un largo periodo de vida». En *Pandora* —según Hesíodo y la mitología griega, la primera mujer—, es el mundo del teatro el que sirve al autor para transcribir fugaces visiones de mujeres desaparecidas, de paisajes asombrosos; a diferencia de *Aurelia*, Nerval no deifica aquí a la mujer, sino que la hace responsable de todas las desgracias que, al abrir su caja, Pandora esparció por el mundo. Al lado de estas obras maestras del sueño cabe citar, con una esencia más propiamente fantástica, algunos relatos: *La mano encantada* (1832), donde esa extremidad termina por tener autonomía de su dueño, que ha incumplido su promesa de pagar al brujo por sus servicios; *El monstruo verde* (1849), donde los fantasmas de un castillo aterrorizan a una población, que concluye con un desenlace explícito.

Pensar en el autor de *Madame Bovary*, *Salambó* y *La educación sentimental* como autor fantástico puede parecer incongruente. Pero Gustave Flaubert (1821-1880), al que se considera padre del realismo (es muchas más cosas), se vio afectado en su juventud y primeros escritos por la boga e invasión de la novela frenética, y le rindió pleitesía durante el periodo de 1836 a 1843 en una serie de relatos de pronunciado onirismo. En *Bibliomanía*, el librero Giacomo codicia denodadamente el «Libro único» y llega a verlo durante un incendio; la vista de otro ejemplar de ese «Libro único» le hace confesar ante la justicia un buen número de crímenes que no ha cometido y por los que será condenado a muerte. Si en el primero de sus párrafos ya aparece el nombre de Hoffmann, lo cierto es que Flaubert se basó en un hecho real: un abogado bibliómano que asesinaba para hacerse con las bibliotecas de sus víctimas. Flaubert convierte la necesidad de posesión que lo impulsa en escenas que lindan con lo gótico, como en *Sueño infernal* (1837), «cuento fantástico» reza el subtítulo: la lucha entre el bien y el mal se desarrolla en medio de un subido lirismo que coincide con la escritura juvenil de los primeros románticos: detalles esotéricos permiten la entrada del Diablo en escena para ofrecer una visión pesimista del amor.

*La danza de los muertos* y *Smarh* insisten en la presencia del mal en el mundo frente a su lucha contra el bien: en este último título, «viejo manuscrito», el ermitaño Smarh, tentado, no deja de ser un adelanto de una de las obras mayores del autor, *La tentación de san Antonio* (texto definitivo publicado en 1874).

## Lo fantástico estandarizado

A mediados de siglo, son legión los escritores que rozan o se sumergen en lo fantástico cuando ya los temas, las tramas y el tipo de personajes se ha estandarizado. El olvido ha sido injusto con algunos nombres cuyo listado completo desde la perspectiva del género, de lo peor a lo mejor, ya hizo Castex en su tesis sobre la materia<sup>54</sup>. En cierta medida, aunque de forma escasa, pero acorde al espacio de esta antología, he intentado retener los más significativos. Entre los mejores que aportaron auténtica imaginación a la moda se encuentran varios de los llamados «pequeños románticos», que, educados en la moda frenética, nunca abandonaron del todo esa tendencia: en primer lugar, Philarète Chasles (1798-1873), difusor de la cultura inglesa en Francia y erudito; en *Contes bruns* (1832), volumen que recoge relatos de Balzac, de Charles Rabou y Chasles, este publicó cuatro textos, entre ellos su cuento más significativo y digno de cualquier antología: *El ojo sin párpado*, en el que mezcla elementos folclóricos con la presencia de lo demoníaco y lo sobrenatural. Charles Rabou (1803-1871), amigo de Chasles y de Balzac, se encargó de concluir algunas novelas póstumas de este, como *El diputado de Arcis* o *Los pequeños burgueses*. Cofundador y director de la *Revue de Paris*, clave para el desarrollo de la novela. Se adentró en lo fantástico en varias narraciones extrañas y mórbidas como *Mannequin*, adscrita a la moda frenética, o novelas breves como *El ministerio público*, con un aparecido como eje, *Sara la bailarina*, *Los nervios*, *La danza de los muertos*... Algunas obras curiosas como *El diamante de la hierba* (1840), o *Un ojo entre dos ojos*, del excéntrico Xavier Forneret (1809-1884), el «Hombre Negro», según el apodo que él mismo se puso, son dos ejemplos de terror el primero, de análisis psicológico y sensación de misterio el segundo. La recuperación por parte de los surrealistas de este maestro del humor negro —en su obra, en su vida—, según André Breton, está justificada por el onirismo de un burgués conformista y paradójico, inventor de formas, precursor de la escritura automática, visionario en sus mejores momentos, capaz de escribir páginas fulgurantes que le sitúan al lado de Aloysius Bertrand, del conde de Lautréamont o Raymond Roussel al lado de soberanas simplezas<sup>55</sup>. Como muestra de esta difusión entre los «pequeños románticos» he escogido una sola muestra, *El ojo sin párpado* de Chasles.

Con George Sand (1804-1876) estamos ante una novelista de cuerpo entero por su abundante bibliografía y, sobre todo, ante una magnífica autobiógrafa: su *Historia de mi vida* (1855) muestra su potente personalidad, que huye de lo convencional femenino. Rara vez se acercó a lo fantástico, aunque aparece de manera difusa en sus novelas mayores: *La charca del diablo*, *La pequeña Fadette* o *François le Champi* (1849), y algo más concreta en varios fragmentos de *Spiridion* (1838-1839), novela mística o filosófica que, reflexionando sobre la religión y la herejía, incorpora relatos biográficos de tres monjes: Spiridion, Fulgencio y Alexis. Lo fantástico está presente de modo más decidido en la novela corta *Laura. Viaje a través del cristal* (1864): las visiones que asaltan a Alexis, la hipnosis a través de un diamante, el viaje al Polo Norte y la

explicación de lo sobrenatural por la razón con fines de divulgación científica la sitúan en la categoría que Todorov nombró como lo «fantástico extraño». Sand recurre al folclore en *Leyendas rústicas* (1858), que recoge en doce historias las creencias campesinas de su región natal, el Berry, y en *Cuentos de una abuela* (1872), donde aparecen demonios y monjes inquietantes, fantasmas, lavanderas muy parecidas a las parcas, elementos sobrenaturales que Sand trata de explicar como estados mórbidos de la conciencia; entre ellos figura un relato breve: *El órgano del Titán*, que ha sido comparado por su maestría con *Aurelia* y con *La muerta enamorada*.

Ronda el millar el número de páginas que Alexandre Dumas (1802-1870) dedicó al género fantástico: cierto que ese millar es una gota de agua en el vasto mar narrativo del célebre autor de *Los tres mosqueteros*, *El conde de Montecristo*, *Joseph Balsamo* y tantas obras terriblemente histórico-francesas, de folletín e intriga. Se había iniciado en la novela frenética para derivar después hacia mundos en los que siempre habrá castillos, magias, etc., gobernados por su prolífica imaginación; en esos inicios, *El castillo de Epstein* (1843-1844) arranca con uno de sus tradicionales recursos: la reunión de amigos para hablar de fantasmas, aunque solo un espectro, el de la condesa Albine, regresa con el fin de velar por su hijo; hay otros espectros que aparecen como encajados unos en otros, pero, en última instancia, la vida de ese hijo es sobre todo un relato que domina lo maravilloso medieval. Pero enseguida mira lo frenético con cierta distancia irónica para abordar lo maravilloso desde una irrealidad que tergiversa las nociones de tiempo y espacio, desde la vigencia de lo sobrenatural como algo real, como hecho sobrecogedor, aunque en alguna ocasión roce el cuento de hadas.

*Los mil y un fantasmas* (1949) es un centón que desgranar media docena de comensales sobre el tema de la pervivencia de la vida más allá de la muerte; lo forman quince relatos —a los que luego se han unido otros del mismo tema— donde la frontera entre la imaginación y la realidad se borra para posibilitar la duda en un lector siempre enfrentado a lo misterioso. Repitiendo la estructura narrativa de *Las mil y una noches*, en esta recopilación de fantasmas un relato da pie a otro para formar un maremágnum de historias que son un inventario de ejemplos de literatura sobrenatural: desde necrofilicos hasta terroríficos, desde fantasmas que aparecen para cumplir una venganza hasta la intervención del cielo para castigar al profanador, hasta la presencia de vampiros, la intervención del diablo y la lucha sorda cielo e infierno, entre los poderes del bien y del mal, encarnada en los distintos impulsos que arrastran al ser humano. Entre los relatos que se han sumado a *Los mil y un fantasmas* destaca *La mujer del collar de terciopelo* (1851), sobre un tema ya trabajado por Washington Irving y Pétrus Borel, para el que Dumas recurre a la plantilla de lo frenético, pero con ironía: encarga a Nodier narrar el relato que tiene por protagonista al propio Hoffmann; el alemán, de visita en París, asiste al espectáculo de la guillotina y, obsesionado por Arsène, bailarina y amante de un Danton que acaba de ser ejecutado, comprará una noche con ella para encontrarla muerta a la mañana siguiente: cuando el médico le quita el collar de terciopelo que la bailarina lleva al cuello, la cabeza rueda, porque ya había sido guillotinado el día anterior. ¿Alucinación o realidad? La ambigüedad del relato borra sus fronteras.

Cuando ya lo fantástico del Romanticismo empezaba a pasarse de moda, Dumas publica *Capitán de lobos* (1857), novela centrada en la licantropía: un ermitaño fabricante de zuecos comparte el bosque con los lobos y firma un pacto con el diablo, reencarnado en un lobo negro que, perseguido por jaurías de perros, se refugia a su lado. Thibault cree que conseguirá la felicidad provocando con el poder que le da el pacto la desgracia de sus enemigos, de sus

envidiados, para terminar arrepentido cuando descubra que su amada ha sido víctima de sus deseos. Dumas presta un contenido moral a esta parábola para hacer reflexionar sobre la religión, la fe y la condición humana.

## **Barbey d'Aurevilly, Villiers de l'Isle Adam y Maupassant**

Cuando, pasado el medio siglo, lo fantástico repite los arquetipos establecidos o aplica sistemas realistas a lo sobrenatural, si es que no ironiza sobre esos materiales, la traducción de Charles Baudelaire de las obras de Edgar Allan Poe ejercerá una influencia decisiva sobre la pervivencia de lo sobrenatural, que el norteamericano, de existencia trágica, deriva de sus propios fantasmas y neurosis. El primero de los tres grandes nombres «fantásticos» de la segunda mitad del siglo es Jules Barbey d'Aurevilly (1808-1889), que participa ya del simbolismo, eso aseguran los nombres más preclaros del movimiento decadente, desde Verlaine a Huysmans, pasando por Paul Morand y Marcel Proust, que le considera capaz de revelar «una realidad oculta por una huella material» (*La prisionera*). Toda la obra de Barbey, considerado por los decadentes como un maestro superior a Flaubert, está presidida por la presencia satánica, por la lucha entre el Bien y el Mal vista por un escritor católico, integrista, legitimista políticamente, cuya primera novela, *La embrujada* (1852-1854), desarrolla durante las guerras de la Chuanería un ambiente misterioso; protagonizan la trama unos personajes marcados por estigmas, que tienen por eje a una mujer noble, embrujada por un abate maléfico del que ella se enamora apasionadamente; el cura provocará el desastre final arrastrando a todos los personajes a la muerte, incluida la embrujada Jeanne Madeleine de Feuardent, hallada muerta en un lavadero. Más debe al mundo fantástico *Las diabólicas*, conjunto de seis novelas cortas que empezó a publicar en prensa en 1850, sin conseguir editarlas en volumen hasta en 1874; denunciado por atentado contra la moral en nombre de la mojigatería hipócrita del siglo —como *Madame Bovary* de Flaubert, como *Las flores del mal* de Baudelaire, el único que fue condenado—, Barbey defiende en el prólogo su propósito de analizar el Mal y sus refinamientos desde la perspectiva de un «moralista cristiano», como se define. Sus personajes viven un mundo interior angustioso que sirve al autor para mostrar una fascinación por lo trágico y una nostalgia del crimen que no traspasan las fronteras de lo fantástico por hallarse encastradas en una realidad minuciosamente analizada; Barbey envuelve a las seis mujeres que protagonizan *Las diabólicas* en velos enigmáticos; llevadas por decisión propia o ajena al extremo (*La venganza de una mujer*), encarnan representaciones límite de los grandes temas: el amor, el adulterio, el crimen, la venganza, el rencor. Esa realidad interior de las protagonistas que las lleva al crimen o al incesto no es nada ambivalente, y convierte a su autor, uno de los maestros de lo extraño, en el iniciador del camino hacia el psicologismo del Mal. La «extraña familiaridad», la «inquietante extrañeza», teorizada por Freud, ya está inscrita en «lo extraño» de esas tramas de Barbey d'Aurevilly.

En el centro de cada una de las seis novelas sitúa a una mujer o a una niña (*El más bello amor de don Juan*), aunque el protagonista principal sea el diablo, o sus encarnaciones humanas, entregadas a la perversión y a la violencia erótica (*La dicha en el crimen*), a la depravación y la sensualidad (*La cortina carmesí*), a la brutalidad de la soldadesca, la blasfemia y el sacrilegio (*Una cena de ateos*), a la idolatría (*El secreto de una partida de twist* y, sobre todo, *La venganza*

de una mujer). Es esa fascinación por el Mal y el satanismo en unas tramas que llevan a los personajes hasta el exceso lo que, con el trampolín de lo sobrenatural, convierte a Barbey en un autor que roza, sin sumergirse plenamente en el género, lo fantástico.

Villiers de l'Isle Adam (1838-1889) consiguió encontrar, después de seis años de búsqueda, un editor para sus *Cuentos crueles* (1883), relatos aparecidos en varios medios periodísticos y caracterizados por un rasgo peculiar ya inscrito en el título; lo seguirán *Nuevos cuentos crueles* e *Historias insólitas*, en los que la atmósfera de videncia, de ansiedad ante la muerte, de elementos macabros parece haberse calmado y dejar paso a la exaltación de mundos místicos, sin renunciar en ocasiones a su imaginación fantástica y cruel, como en *La tortura por la esperanza*, *Los amantes de Toledo* o *El secreto del cadalso*.

«Una ironía sangrante, un sofisma amargo, un desencanto helado, una risa fúnebre como la del enterrador de *Hamlet*», escribirá sobre esos *Cuentos crueles* el prestigioso crítico del momento Maxime Gaucher, profesor de literatura del joven Marcel Proust. Nada que ver estos cuentos con el horror que en ese momento y poco después planteará Maupassant: en Villiers, las realidades subyacen bajo las búsquedas de un ideal absoluto, que en *Vera*, por ejemplo, supone el paso a la otra orilla: el sueño se hace más vivo y real que la muerte. Presagios amenazadores, como en *El intersigno* —o signo premonitorio—, se mezclan con irónicas miradas sobre la realidad social que sí conectan con el Maupassant realista que describe el ambiente de prostitución, con sus *demi-mondaines* y cortesanas de altos vuelos o sus prostitutas de taberna. En medio del Romanticismo decadente, Villiers se interesa por el realismo, pero aplicándole una vuelta de tuerca, dado que también queda fascinado por el ocultismo de Éliphas Lévi, y, dado que su ideal tiene, entre otras, la lucha contra la ciencia y las advertencias contra el progreso (*La cartelera*, *La máquina*); la Idea y su secuela, la voluntad, superan el materialismo de la ciencia, como tiene que reconocer el grotesco doctor Tribulat Bonhomet en la recopilación de cuentos amparadas como título por su nombre<sup>56</sup>; Tribulat Bonhomet propone, por ejemplo, embrutecer a los pobres mediante la bebida, o purgar a los artistas eliminándolos, terminará desmoronándose ante un fenómeno sobrenatural que descoloca su creencia en la ciencia como resolutive de todo problema.

No por eso Villiers dejará de escribir relatos inquietantes (*Flores de tiniebla*, por ejemplo) ni de utilizar una delicadeza tocada por la fantasía o lo maravilloso en cuentos como *El duque de Portland*, *Virginia* y *Pablo...* Mostrará otra cara en cuentos donde la mujer juega un papel destructor: *La reina Isabel o Maryelle*. Sobre esta dispersión de temas —fantasía inquietante, realidad rastrera, crítica del amor, del dinero, etc.— actúa la influencia de Poe, de Gautier, de Baudelaire, de Nerval, como él mismo reconoce; pero sus relatos fluyen bajo una originalidad que debe poco a esos nombres y que cuenta, como rasgos personales, con un humor perturbador para abordar lo macabro, con la exuberancia del lenguaje y la burla que constantemente plantea contra lo burgués, contra el burgués. Lo sobrenatural surge siempre del deseo de los personajes.

Villiers se apropia de la célebre frase con la que Voltaire sentenció a muerte durante casi dos siglos al teatro de Marivaux: «pesar huevos de mosca en balanzas de tela de araña»: una de las grandes incomprensiones del autor de *Cándido*, para aplicarla al lenguaje exquisito que utiliza en su prosa; de ahí el gran aprecio que por su obra sintieron los grandes más elegantes en la utilización de los recursos literarios, empezando por Mallarmé, que compartía con Villiers el amor por el refinamiento del lenguaje y el odio a un siglo gobernado por los valores burgueses, mientras que ambos buscaban el Ideal, lo Absoluto. *Cuentos crueles* será reconocido como libro capital para la época; en primer lugar, por Des Esseintes, el protagonista de *À Rebours* (1884), de



Joris-Karl Huysmans (1848-1907), que cultiva lo sobrenatural como forma de contrarrestar lo natural y lo real, y defiende los goces que procura el arte frente a los de la vida; Des Esseintes califica a Villiers como maestro de la nueva literatura, el simbolismo, como discípulo aventajado de la escritura «de oro» de Flaubert. *Vera* es su relato visionario más apreciado, con el retorno a la vida de la mujer amada un año después de su brutal e inesperada muerte; para el conde Roger de Athol habrá permanecido siempre viva, porque la realidad ha sido sustituida por su representación mental.

Que uno de los más conspicuos escritores realistas de la segunda mitad del siglo XIX, Guy de Maupassant (1850-1893), sea el gran autor fantástico de la centuria puede parecer paradójico. Discípulo de Flaubert, que no le permitió editar hasta que no consideró excelente su primer cuento, *Bola de sebo*, Maupassant lo publicaría en una antología de jóvenes, *Las veladas de Médan* (1880), en compañía de otros representantes de la nueva escuela naturalista como Zola y Huysmans entre otros. Pero frente a Zola, jefe de fila de ese naturalismo, Maupassant no admite el método científico de analizar la realidad propuesto por el autor de *Los Rougon-Macquart*; para nuestro autor, «el realista, si es artista, tratará, no de mostrarnos la fotografía trivial de la vida, sino de darnos de ella una visión más completa, más penetrante, más convincente que la realidad misma. [...] Y el escritor no tiene otra misión que reproducir fielmente esa ilusión con todos los procedimientos artísticos que ha aprendido y de los que puede disponer» (prólogo a su novela *Pedro y Juan*, 1888). De ahí esa descripción detallada de ambientes, de espacios, de personajes que quieren ser reflejo del hombre común en su cotidianidad más, digámoslo, vulgar. Le interesa la acción, no el alma de los personajes: las cosas y la realidad ya se encargarán de mostrar su carácter en marcha, en acción.

Desde Nodier, lo fantástico se había desarrollado en Francia de forma intensa o esporádica, y Maupassant decreta en 1883 su muerte tras algo más de medio siglo. «Dentro de veinte años el miedo a lo irreal no existirá, ni siquiera entre la gente de los campos. Parece como si la Creación hubiera tomado otro aspecto, otra figura, otra significación que antaño. De ahí, desde luego, va a resultar el fin de la literatura fantástica». No se cumplió esta profecía, como hemos visto. Maupassant interpretaba mal, como el siglo XX vino a confirmar, los augurios que hacían de la ciencia, del desarrollo científico y del progreso los verdugos de la imaginación. Aunque dos años antes dejaba una brecha abierta: «Cada día, filósofos, sabios estrechan más sus líneas, amplían las fronteras de la ciencia, y esa frontera de la ciencia es el límite de los dos campos. Más acá, lo conocido que ayer era lo desconocido; más allá, lo desconocido que será lo conocido de mañana. Ese resto de bosque es el único espacio dejado todavía a los poetas, a los soñadores. Pues siempre hemos tenido una invencible necesidad de sueño; nuestra vieja raza, acostumbrada a no comprender, a no buscar, a no saber, hecha de los misterios circundantes, se niega a la simple y neta verdad» («Adiós misterios», noviembre de 1881).

Maupassant no identifica lo imaginario y lo fantástico como tal en su propia obra; siempre creyó describir hechos reales; en sus relatos, lo imaginario nace de la realidad, es esta la que oculta entre sus pliegues un mundo por el que pasamos sin fijarnos. Basta que algo desencadene la maquinaria de la mente para que cualquier cosa, hasta la más nimia, se convierta en amenaza e imprima en los personajes un terror inhumano: la arena del desierto que mueve el aire y origina el «tambor de las dunas», o el aullido de un perro pueden desencadenar el terror, sensación que cuesta definir como algo tangible. «El verdadero miedo es algo así como una reminiscencia de los terrores fantásticos de otros tiempos. Un hombre que cree en los aparecidos e imagina ver un



espectro en la noche debe de sentir el miedo en todo su espantoso horror» (*El miedo*).

Los personajes que sufren la impronta del miedo en sus relatos son cotidianos, casi de patio de vecindario, joviales remedos del Sena, médicos, cazadores, figuras de alta estirpe aristocrática que no tienen motivos especiales para la angustia; cuando pasan bajo la mirada del novelista, esa misma vulgaridad los vuelve trágicos a partir de los elementos más simples de la vida. Es el contacto con la realidad o con uno mismo lo que convierte cualquier hecho en un camino hacia la angustia o la locura. Tienen la sensación de miedo por nada, por un efecto que, una vez disparado, la conciencia se ve incapacitada para frenar: al viejo remero de *Sobre el agua* solo le ocurre lo de todos los días, el atardecer sobre el río, las primeras sombras del anochecer, los ruidos en el agua, la niebla...

Las situaciones más simples arrastran a los protagonistas a la locura —o a la visión frenética del mundo y de uno mismo—: por un bloqueo de la conciencia, como esa madre a la que el miedo atenaza ante la posibilidad de contagio si se acerca a su hijo enfermo (*Madame Hermet*); por una elucubración disparatada que, sin embargo, el protagonista cree sustentar en datos científicos (*El hombre de Marte*), o en la posesión de poderes especiales (*¿Un loco?*). En otros relatos la locura llega sin necesidad de agente secreto: es la propia conciencia, por ejemplo, la que produce en el autor del diario de *El Horla* alucinaciones autoscópicas durante las que se le aparece su doble. Hay también otro doble obsesivo que explica de forma pormenorizada cómo brota el miedo en su interior: el protagonista de *¿Él?* va más lejos incluso que el Horla: ha visto a alguien sentado en su sillón, que sin embargo está vacío; se ha visto a sí mismo. En ese relato, el tema del doble y del otro se mezcla con el de la soledad, que también engendra monstruos en *El albergue*, *Soledad* y *Paseo*, y no necesita de agentes externos para que el sujeto alcance la locura: lo lleva hasta ella su propia conciencia, como al personaje que ingresa voluntario en una casa de salud porque los muebles de su casa salían por su propio pie con paradero desconocido para regresar luego a ella sin que pueda saberse cómo se ha producido.

Todos estos momentos del alma y de la conciencia se presentan en Maupassant desde sus inicios; él mismo preveía que su mundo de fantasías extravagantes y seres demenciados sería explicado por y desde la locura familiar, por y desde la propia locura final que le afectó: él mismo había llevado, con engaños, a su hermano Hervé a una casa de salud, en 1889, para dejarlo allí encerrado mientras los enfermeros lo atenazaban con todas sus fuerzas. Pero nada tiene que ver esa locura en la que zozobró con la elección de los temas de terror, de fantasías alucinatorias, con el problema del doble y la enajenación; su degradación física y mental empieza a dejarse ver en la década 1880-1890; pero antes, en el primer relato del escritor, *La mano disecada* (1875), ya aparecen esos elementos literarios: el protagonista que ha comprado la mano de un criminal ajusticiado despierta enloquecido por creer que siempre tiene a sus talones un espectro; en esa misma fecha, un relato ya mostraba la presencia del doble y de la amnesia (*El doctor Héraclius Gloss*). Desde el principio, y en medio de la realidad más pedestre, Maupassant desarrolla lo fantástico, las obsesiones, el desdoblamiento, el narcisismo, los trastornos psíquicos, la desesperación, la soledad, la locura y la presencia de la muerte. Y precisamente, a medida que su enfermedad avanza, a partir de su cuento más angustioso, *El Horla*, la presencia de lo fantástico disminuye en sus relatos.

Vivir la vida abre camino a terrores más profundos todavía que los derivados de acontecimientos fantásticos; unos son ajenos, están fuera de la personalidad; otros, como el miedo, «ese espasmo horrible del pensamiento y del corazón», operan desde el interior la

«descomposición del alma»: lo real carece de fundamento porque desde el centro de operaciones del cerebro algo, alguien, envía una dosis de horror. El individuo trata de superar el gran escollo de este «subterráneo sombrío» que es la existencia: la soledad, contra la que no hay emplastos posibles, ni siquiera el amor, cuyos resultados suelen ser decepcionantes, ni el viaje, que ayuda a escapar de la realidad (*El hombre de Marte*). Ese profundo pesimismo, que echó raíces en la juventud de Maupassant con la lectura de Schopenhauer, deja pocas salidas a criaturas tan sencillas como los modestos empleados y oficinistas; su vida gris, mediocre, puede acabar como había acabado la de los personajes románticos más auténticos (*Paseo*). Cualquier cosa es susceptible de desencadenar lo fantástico o una reacción irracional: los objetos más familiares, las acciones más habituales, desde un paseo a un beso, un miembro que vive con independencia de su dueño muerto (*La mano disecada*), un mueble o una cabellera (*La cabellera*), un personaje (*Paseo*) puede desesperarse ante lo poco o ante la nada que le ofrece una existencia presidida por la rutina; si el personaje ha de protagonizar un duelo, se suicida la noche anterior, no por temor a la muerte, sino «por miedo al miedo» (*Un cobarde*).

En los sucesos que Maupassant describe no hay nada sobrenatural, pues lo que el personaje siente es fruto de su imaginación enloquecida (*¿Quién sabe?*), que hace caminar a muebles por sí solos. Los objetos cobran vida propia en la mente, todo se interioriza: se produce así la angustia, primer paso en el disparadero de la locura. Los personajes son conscientes de que eso desconocido no puede existir; pero dudan, algo ha escapado a su voluntad de racionalización dando origen al «miedo vago a lo invisible, al miedo a lo desconocido que está detrás del muro, detrás de la muerte, de la vida aparente» (*El miedo*). Con estos mimbres, Maupassant logra algunos de los cuentos fantásticos más «clarividentes», más «visionarios» del periodo: *El ciego*, *Sobre el agua*, *Un parricida*, *El hijo*, *La confesión*, *La cabellera*, *La desconocida*, *El borracho*, *Lo horrible*, *Aparición*, *La mano*, *El ahogado*, *El Diablo*, *¿Un loco?*, *El miedo* (dos de sus relatos llevan ese mismo título) y, por cerrar la nómina, *El Horla*, entre la ingente cantidad de cuentos, relatos y novelas cortas que produjo, y que publicó en diecisiete recopilaciones: más de la mitad de ellas entre cinco mil y seis mil páginas que escribió en diez años hasta que su salud se deterioró.

## Lo fantástico fin de siècle y Belle Époque

«Lo fantástico *fin de siècle* es mal conocido, se tiende casi a evitarlo y solo se refieren a ello por algunos textos. Se olvida que esa época produjo —entre otros— textos numerosos y de una calidad que rivaliza fácilmente con la de los “grandes” periodos de lo fantástico, tanto con la del Romanticismo como con la “clásica” de Maupassant —por otra parte contemporáneo de Jean Lorrain, Marcel Schwob y Robert Louis Stevenson»<sup>57</sup>. La causa, según Bozzetto, sería la mala prensa que la noción *fin de siècle* tiene en Francia, confundida con la imagen que los decadentes dieron de su relación con la realidad social y psicológica.

La aparición de escuelas o movimientos literarios concentrados sobre todo en la escritura como reacción contra el realismo y su deriva naturalista, no impide que el género fantástico siga teniendo adeptos en medio de la aristocratizante Belle Époque: parnasianos, simbolistas y decadentes —calificativo para los escritores de la época—, con el empleo de un lenguaje inédito

e influidos por cuatro poetas —Baudelaire, Rimbaud, Verlaine y Mallarmé—, tratan de derruir el muro de la conciencia racional: la espiritualidad, la imaginación y los sueños, la impresión, la sensación de un más allá, con su cortejo de vaguedad, inseguridad e incredulidad, y se enfrentan a las certezas materialistas del naturalismo y del positivismo; en algún caso, incluso, el naturalismo se quiere espiritual (Huysmans, en *Allá abajo*, 1891). En sus iniciativas hay claros puntos de contacto con las proposiciones de lo extraño y lo fantástico: su nostalgia de un mundo pasado y sus valores resucita materiales claves, como el satanismo, que propicia una presencia abundante de la mujer demoniaca en la narrativa; la mujer juega el papel del *otro* provocando por un lado atracción, por otro miedo, como ocurre en uno de los mitos que mayor difusión tienen en el momento, el de Salomé, que Oscar Wilde logra hacer subir a los escenarios en medio del escándalo, y que el pintor Gustave Moreau entroniza en medio de oros y velos en varios de sus lienzos, sobre todo en el titulado *Aparición*.

Desde mediados de siglo, los títulos que ya desde la portada indican el sentimiento de malestar, de disgusto, de terror abunda numerosos entre los que podíamos llamar, a imitación de los «pequeños románticos», los «pequeños decadentes»: dan la dimensión que cobra lo fantástico en ese final de siglo; demos una pequeña muestra de esa profusión, que arrancaría con Claude Vignon, seudónimo de Noémie Constant, esposa de Éliphas Lévi: *Cuentos para dar miedo* (1857), reunión de seis relatos de títulos también expresivos: «El convivio de los difuntos», «Los muertos se vengán», «Isabelle la resucitada», etcétera; Ernest Hello, *Cuentos extraordinarios* (1879); Lemercier de Neuville, *Cuentos abracadabrantes* (1880); Jules Lermina, *Historias increíbles* (1885); Édouard Dujardin, *Las obsesiones* (1886); Gaston Danville, *Cuentos del más allá* (1893); Jean Richepin, *Los muertos extraños* (1887); Laurent Montésiste, *Historias vertiginosas* (1896); Jean Lorrain, *Historias de máscaras* (1900); Victor-Émile Michelet, *Cuentos sobrehumanos* (1900); Henri de Régnier, *Historias inciertas* (1919)...

Los principales cultivadores de lo fantástico en ese momento no logran la profundidad de inmersión que en el género hacen Maupassant o Villiers de l'Isle Adam, pero son testimonio de la evolución del género, desde aquel «fantástico en traje de calle» de Gautier pasando por el terror subjetivo que nace de la presencia de la nada de Maupassant. Pero, aunque esos dos escritores siempre están presentes, en varios de la media docena de escritores notables influyen probablemente más las incitaciones de la obra de Barbey d'Aurevilly y de su recurrencia a la crueldad y la violencia excesivas.

Hay contactos episódicos con lo fantástico en varios, por ejemplo en Alphonse Daudet (1840-1897), realista convicto, famoso desde la publicación de *Cartas desde mi molino* (1869, 1879), libro en el que figura el relato *El hombre de los sesos de oro*, donde la crítica de la codicia y del materialismo lo convierten, si no en puramente fantástico, en un cuento «extraño», con una mirada que parece proceder de la imaginación de Poe y que se adelanta al humor corrosivo y cruel que poco más tarde iba a convertirse en una de las características de los relatos de Oscar Wilde.

En Jules Verne (1828-1905) se da el escritor más «fantástico» de fin de siglo; pero es sobre todo imaginativo en sus *Viajes extraordinarios*, para los que crea países, métodos de locomoción fantasiosos cuando no extravagantes, o sabios locos pero deductivos; en algunas de sus obras, como *El rayo verde* (1882), aprovecha una leyenda escocesa; *El castillo de los Cárpatos* (1892) traslada al lector al país de las supersticiones, Transilvania, y mezcla elementos de novela gótica con materiales científicos y tecnológicos. En la novela corta abordó el tema en *Maese Zacarías o el relojero que perdió su alma*, escrito en hora temprana (1854), cuando el autor sufre la

influencia directa de Hoffmann y Poe, para arremeter contra los excesos de la ciencia que más tarde él mismo iba a convertir en eje de su narrativa; un relato como *Frritt-Flacc* (1884, 1886) aborda el tema del doble vinculándolo al del crimen y el castigo, con curiosas analogías, que oscilan entre el horror y el humor, con *Los cantos de Maldoror* del conde de Lautréamont.

El simbolista Édouard Dujardin (1861-1949) fue el precursor de la técnica literaria conocida «como corriente de conciencia» y «monólogo interior» en su novela *Han cortado los laureles* (1888) —admitida como influencia determinante para su *Ulises* por James Joyce—. Una recopilación de trece relatos absolutamente nuevos de este amigo y seguidor de Mallarmé, *Les Hantises (Las obsesiones, 1886)*, demuestra su interés por «la eterna inquietud del pensamiento» que obliga a dar vueltas a los problemas: «¿Qué vería el espíritu si pudiera ver?» (*Un testamento*). Dujardin mira hacia adentro, hacia su interior, aportando como novedad la idea fija que obsesiona y provoca en los protagonistas alucinaciones. El héroe persigue «con su mirada vaga de un desdeñoso y de un visionario» el fantasma interior: recorrerá en su busca grimorios y termina por recurrir a las ciencias ocultas (*Le Dharana*).

El caso de Marcel Schwob (1867-1905) da una vuelta de tuerca al género y ha logrado sobrevivir al naufragio del decadentismo negro; filólogo, periodista y viajero, se le ha considerado como «lo mejor como su cerebro, su conciencia, su vínculo»; se entusiasmó con Poe y con Stevenson, al que tradujo, sin que por ello se haya producido un trasvase de ese apasionamiento por ambos a su obra; influye más sobre él Maupassant y su sentido de los miedos interiores. Dejó cuatro, cinco (si incluimos *El libro de Monelle*) volúmenes de relatos: *Corazón doble, El rey de la máscara de oro, Vidas imaginarias* y *La cruzada de los niños* en los que juega con la erudición y con un instinto imaginativo que lo diferencia de sus compañeros de generación; en ejercicio constante como periodista que fue sobre la realidad, por lo general parte en sus cuentos de una situación, de una anécdota, absolutamente realista, que eleva a simbolización imaginaria (*El tren 081*); en otros, el punto de arranque puede ser la «realidad» mitológica, como en *Las estriges*, relato inicial de *Corazón doble*: los cuentos que hemos heredado de la mitología, de la historia y de las leyendas antiguas pueden ser releídos para captar su lado oscuro, una constante del ser humano desde las edades primitivas. El propio Schwob califica sus textos de «novela de aventuras»; es decir, «la novela de crisis del mundo interior y del mundo exterior, la historia de las emociones de los individuos y de las masas». Tal vez convendría calificarlos de fábulas, que incluso en ocasiones se acercan a la literatura de anticipación. La complacencia que muestra hacia lo macabro los relaciona con la estética fin de siglo por su forma de cultivar el «realismo irreal»: la mezcla de horror y grotesco actualiza sus historias para sacar a la luz los monstruos, que son también los del mundo de hoy. Figuran como características de Schwob: su reflexión sobre el tema del yo, del doble (*Los sin cara, El hombre doble, El hombre velado, El hombre gordo, El Dom*), el reflejo del otro (en *Monelle*, las doce hermanas de la protagonista son reflejo de ella), la supervivencia de la mujer amada muerta (*Aracne*), la ilusión que procuran los sentidos, la falacia de las apariencias, de ahí la utilización de la máscara por parte de algunos personajes, sobre todo en *El rey de la máscara de oro*. Son varios los relatos en los que, como en los citados, el yo vive siempre en *otro* o a través de *otro*, interiorizando lo fantástico de tal forma que desaparecen los lugares comunes que han reinado en el género durante la centuria para centrarse en lo natural cotidiano: «pero si mi cabeza cae, quiero que este relato me sobreviva y que sea en la historia de las existencias una rareza verdadera, como una pálida abertura a lo desconocido» (*El hombre velado*).

Un narrador y poeta populista denunciador de las miserias humanas como Jean Richepin (1849-1915), uno de los reyes de la bohemia *fin de siècle* y célebre por su poema *La canción de los mendigos*, se había educado en los folletones de Sue y de Féval y en las historias extraordinarias de Poe; aun así, en las abundantes páginas de sus novelas de aventuras también hay alguna influencia de Pétrus Borel y la literatura frenética; convertido, sobre todo por su poesía hoy olvidada, en insolente, pretendía, y consiguió, *epatar* al burgués, sobre todo con varios de los relatos recogidos en *Los muertos extraños* (1876), *Pesadillas* (1892), *Cuentos de la decadencia romana* (1898) y *El rincón de los locos. Historias horribles* (póstumo, 1921). Los personajes del primero de ellos son terroríficos a base de vidas marcadas por la truculencia, de denuncia contra la organización de la sociedad como causa de las vilezas y perversidades (*La obra maestra del crimen*). Tampoco le importa sacar a la luz los esqueletos para indagar el futuro de los sentidos y del pensamiento más allá de la realidad cotidiana: «¡Disecar la vida!... ¡Estudiar un cerebro pensante!», es la máxima aspiración del señor Féru antes de suicidarse «por la ciencia» (*El disecado*); también figuran entre sus temas la animación de los objetos (*El espejo*) y el sabio loco que trata de penetrar el último misterio experimentándolo en su propia persona (*La máquina de metafísica*); aun así, Richepin suele aplicar al tratamiento de la muerte un sentido del humor y de la ironía que no por eso desactivan lo fantástico.

Tiene cierta importancia para nuestro género Jules Lermina (1839-1915), seguidor de la novela popular (*Los hijos de Montecristo*), pero que, en *Historias increíbles* (1885), no dejó de abordar el problema de la trascendencia (*La vida de un muerto*) siguiendo la estela de *El Horla* de Maupassant, y la animación de los objetos: la sensación de una presencia extraña en un espacio cerrado dado que la puerta cerrada se abre sola (*La puerta*), o un manzano que se convierte en perseguidor del criminal (*El manzano*).

El refinado esteticismo de Henri de Régnier (1864-1936) no le impidió acercarse al género fantástico; poeta parnasiano amante de la belleza del sonido y de las imágenes extrañas, también puso esa elegancia del lenguaje en sus novelas de costumbres, menos interesantes para nuestro tema que sus relatos y novelas cortas recogidas más bien tarde, adentrado ya el siglo XX y cuando el decadentismo era ya un recuerdo olvidado: en sus tres novelas cortas *Historias inciertas* (1919) o en *Bastón de jaspe* (1897), Régnier muestra su fascinación por el reflejo, por el doble, por «la imagen ausente» (*L'Entrevue*) y la presencia de lo invisible, plasmada sobre todo en espejos: en esa novela corta, al propietario del palacio veneciano de Altinengo se le aparece — eso puede creer el lector, pues el arte de Régnier consiste en la ambigüedad— la imagen de uno de los dueños de la mansión del siglo XVIII; no deja de notarse en la historia la influencia de *El retrato de Dorian Gray* (1890) de Wilde, cuya presencia en París en la última década sacudió con fuerza el movimiento decadente. En las otras dos novelas cortas del volumen, *El pabellón cerrado* y *Marceline o el castigo fantástico*, la presencia de lo fantasmático las convierte en obras maestras y significativas de ese periodo fin de siglo. En relatos de otros volúmenes se encuentran los mismos fantasmas, maniqués, marionetas, teatrillos, teatros, castillos, el judío errante, etcétera, que son otros tantos marcos creados por Régnier para que lo sobrenatural ocurra.

De todos los narradores decadentes de ese *fin de siècle*, el más reivindicado en las últimas décadas ha terminado siendo Jean Lorrain (1855-1906), que encarnó como nadie el espíritu de la Belle Époque: poeta, dramaturgo, narrador, ensayista, cronista..., apuró como nadie las posibilidades que le ofrecía la bohemia de ese fin de siglo; se creó un personaje, la del «dandi del barro», apasionado por la provocación y el escándalo en medio de los salones y la galantería;

transcribió en sus vitriólicas crónicas periodísticas «el botín de los parisinos», la degeneración y la depravación de la alta sociedad con mirada cáustica, a pesar de vivirla plenamente: este «depravado consternado por la depravación del mundo», como se le ha calificado, se ganó por sus crónicas sociales denuncias ante los tribunales, contratiempos y duelos, por ejemplo, con Maupassant, que Lorrain rechazó por conocer la fortaleza física y la experiencia con las armas de su coterráneo; o con Marcel Proust, que se saldó con el disparo al aire de ambos.

En la abundante producción narrativa de Lorrain hay un considerable número de páginas que atañen a lo fantástico; un fantástico interior, porque la clave sobre la que se articulan sus relatos es la máscara que cubre de apariencia la verdad; y Lorrain, que acusaba a su amigo Wilde de no quitársela por completo al vicio, se descubrió y se encubrió con ellas en novelas como *Monsieur de Phocas* (1801), que resume, dentro del mundo del dandismo de la Belle Époque, «la suma de temas, personajes, perversidades y obsesiones verdaderas o simuladas de Jean Lorrain», según el crítico Marcel Schneider; Éthal, una especie de encarnación del maligno, apasionado por el vicio y las aberraciones, terminará poseyendo a Monsieur de Phocas. Desde la década anterior, distintos libros de relatos de Lorrain: *Sonyeuse* 1 (1891), *Bebedores de almas* (1893), *Una mujer por día* (1896), *Historias de máscaras* (1900), venían detallando la vertiente del vicio, de la enfermedad moral, lo horrible, lo sórdido, lo cruel y la miseria física del ser humano y sus comportamientos, para demostrar que «su Inferno es desde luego de este mundo», según otro de sus estudiosos, Pierre Kyria. «El miedo está en mí, y yo, que me conozco, tengo miedo de ese miedo» (*El poseído*). Es entre 1892 y 1895 cuando Lorrain concentra su periodo fantástico: en *Historias de máscaras* manifiesta de forma más significativa su acercamiento a los aspectos sobrenaturales; textos como *Reclamación póstuma* (que revisita el mito de Pigmalión), *Relato del estudiante* o *Un crimen desconocido* son muestras de las pesadillas producidas por el éter, de las alucinaciones terribles y de la presencia del miedo en sus distintas variantes. En *Los agujeros de la máscara*, uno de sus mejores relatos, si no el más explícito del miedo psicológico, el protagonista, eterómano como el autor —empezó tomando esas sustancia por prescripción médica—, sueña en su alucinación con todos los figurantes masculinos de un baile de máscaras; para algunas lecturas, se trataría de una denuncia contra la ocultación a la que el teatro social obliga a la homosexualidad.

MAURO ARMIÑO

**MORIR DE MIEDO**

# JACQUES CAZOTTE

## EL DIABLO ENAMORADO<sup>58</sup>

### LE DIABLE AMOUREUX

*(dos fragmentos)*

Tenía yo veinticinco años y era capitán de los guardias del rey de Nápoles. Pasábamos mucho tiempo entre camaradas y como jóvenes, es decir, mujeres, juego, hasta donde nos alcanzaba la bolsa, y filosofábamos en nuestros cuarteles cuando no nos quedaba otro recurso.

Una noche, tras habernos extenuado en razonamientos de toda índole alrededor de una pequeñísima frasca de vino de Chipre y de algunas castañas secas, la conversación recayó sobre la cábala y los cabalistas<sup>59</sup>.

Uno de nosotros sostenía que era una ciencia real, y que sus operaciones eran ciertas; cuatro de los más jóvenes le replicaban que era un montón de absurdos, una fuente de pillerías para embaucar a la gente crédula y entretener a los niños.

El mayor de nosotros, flamenco de origen, fumaba una pipa con aire distraído y no decía palabra. Su aire frío y su indiferencia me llamaban la atención en medio de aquel guirigay discordante que nos aturdía y me impedía participar en una conversación demasiado poco ordenada para que pudiera interesarme.

Estábamos en la habitación del fumador; la noche avanzaba. Llegó la hora de separarse, y nos quedamos solos nuestro veterano y yo.

Él siguió fumando flemático; yo permanecí con los codos apoyados sobre la mesa, sin decir nada. Por fin mi hombre rompió el silencio:

—Joven —me dijo—, acabáis de oír mucho ruido. ¿Por qué os habéis mantenido al margen de la trifulca?

—Porque prefiero callarme antes que aprobar o censurar lo que no conozco —le respondí—: ni siquiera sé lo que quiere decir la palabra «cábala».

—Tiene varias significaciones —me dijo—; pero no se trata de ellas, sino de la cosa en sí. ¿Creéis que pueda existir una ciencia que enseña a transformar los metales y a someter los espíritus a nuestra obediencia?

—No sé nada de los espíritus, empezando por el mío, salvo que estoy seguro de su existencia.



En cuanto a los metales, conozco el valor de un carlín<sup>60</sup> en el juego, en la posada y en otras partes, y no puedo asegurar ni negar nada acerca de la esencia de unos ni de otros, de las modificaciones e impresiones de que son susceptibles.

—Mi joven camarada, me encanta vuestra ignorancia; vale tanto como la doctrina de los demás; vos, por lo menos, no estáis en el error, y, si no sois instruido, sois susceptible de serlo. Vuestro temperamento, la franqueza de vuestro carácter, la rectitud de vuestro juicio me agradan; yo sé algo más que el común de los hombres; juradme guardar el mayor secreto bajo palabra de honor, prometed comportaros con prudencia, y seréis mi discípulo.

—La proposición que me hacéis, mi querido Soberano, es para mí muy grata. La curiosidad es la más fuerte de mis pasiones. Debo confesaros que, por naturaleza, no estoy muy interesado en nuestros conocimientos corrientes; siempre me han parecido demasiado limitados, y he adivinado esa elevada esfera a la que queréis ayudarme a ascender; pero ¿cuál es la primera clave de la ciencia de que habláis? Según lo que decían nuestros camaradas en la discusión, son los propios espíritus los que nos instruyen; ¿podemos entrar en relación con ellos?

—Vos lo habéis dicho, Álvaro: no aprenderíamos nada por nosotros mismos; en cuanto a la posibilidad de relacionarnos con ellos, voy a daros una prueba indiscutible.

Cuando terminaba esta frase, acababa su pipa. La golpea tres veces para hacer salir un poco de ceniza que quedaba en el fondo, la coloca sobre la mesa bastante cerca de mí, y dice alzando la voz:

—Calderón, venid a buscar mi pipa, encendedla y traédmela de nuevo.

Apenas acababa él de dar la orden cuando veo desaparecer la pipa y, antes de que yo hubiera podido razonar sobre los medios utilizados para ello, ni preguntar quién era aquel Calderón encargado de sus órdenes, la pipa encendida estaba de vuelta; y mi interlocutor había reanudado su ocupación.

Prosiguió con ella un rato, menos por saborear el tabaco que por disfrutar de la sorpresa que me procuraba; luego, levantándose, dijo:

—Entro de guardia al alba, tengo que descansar. Id a acostaros; sed prudente, ya volveremos a vernos.

Me retiré lleno de curiosidad y ávido de ideas nuevas, con las que me prometía saciarme pronto con la ayuda de Soberano. Lo vi al día siguiente, y los siguientes; no tuve otra pasión; me convertí en su sombra.

Le hacía mil preguntas; él eludía unas y respondía a otras con un tono de oráculo. Por último, le presioné sobre el asunto de la religión de los suyos. «Es la religión natural», me respondió. Entramos en algunos detalles; sus decisiones cuadraban mejor con mis inclinaciones que con mis principios, pero quería alcanzar mi objetivo y no debía contrariarle.

—Mandáis sobre los espíritus —le decía—; yo quiero, como vos, tener trato con ellos; lo quiero, lo quiero.

—Sois impetuoso, camarada, aún no habéis pasado vuestro tiempo de prueba; no habéis cumplido ninguna de las condiciones que permiten abordar sin temor esa sublime categoría...

—¿Y me falta mucho?...

—Quizá dos años...

—Abandono entonces el proyecto —exclamé—; me moriría de impaciencia entretanto. Sois cruel, Soberano. No podéis concebir la viveza del deseo que habéis creado en mí; me consume...

—Os creía más prudente, joven, me hacéis temblar por vos y por mí. ¡Cómo! ¿Os expondríais acaso a evocar a los espíritus sin ninguna preparación?...

—¿Y qué podría ocurrirme?

—Yo no digo que necesariamente haya de ocurrirnos algo malo; si tienen poder sobre nosotros es porque nuestra debilidad, nuestra pusilanimidad se lo otorga; en el fondo hemos nacido para mandar en ellos...

—¡Ah! Yo mandaré en ellos...

—Sí, tenéis el corazón fogoso, pero ¿y si perdéis la cabeza, si os asustan hasta tal punto que...?

—Si basta con no tenerles miedo, no les será fácil asustarme...

—¿Y si vierais al Diablo?...

—Tiraría de las orejas al gran Diablo del infierno.

—¡Bravo! Si tan seguro estáis de vos, podéis arriesgaros, y os prometo mi ayuda. El próximo viernes os espero a cenar con dos de los nuestros, y entonces llevaremos a buen fin la aventura.

Estábamos solo a martes. Jamás cita galante alguna fue esperada con tanta impaciencia. Por fin llega el día fijado; encuentro en casa de mi camarada a dos hombres de una fisonomía poco solícita; cenamos. La conversación versa sobre cosas triviales.

Después de cenar, alguien propone un paseo a pie hacia las ruinas de Portici<sup>61</sup>. Nos ponemos en camino, llegamos. Aquellos restos de los monumentos más augustos, derruidos, rotos, dispersos, cubiertos de zarzas, traen a mi imaginación ideas poco habituales en mí. «He aquí, me decía yo, el poder del tiempo sobre las obras del orgullo y de la habilidad de los hombres». Nos adentramos en las ruinas y llegamos por último, casi a tientas, a través de aquellos restos, a un lugar tan oscuro que ninguna luz exterior podía penetrar en él.

Mi camarada me guiaba del brazo; él deja de caminar y yo me detengo. Entonces uno del grupo golpea el pedernal y enciende una vela. La estancia donde nos encontrábamos se ilumina, aunque débilmente, y descubro que estamos bajo una bóveda bastante bien conservada, de unos veinticinco pies<sup>62</sup> cuadrados poco más o menos, y con cuatro salidas.

Guardábamos el más absoluto silencio. Mi camarada, ayudándose con una caña que le servía de apoyo para caminar, traza un círculo a su alrededor sobre la fina arena que cubría el terreno, y sale de él tras haber dibujado algunos caracteres en ella.

—Entrad en ese pentáculo<sup>63</sup>, amigo mío —me dice—, y no salgáis hasta no recibir las buenas señales...

—Explicaos mejor; ¿a qué señales debo salir?...

—Cuando todo se os haya sometido; pero, si antes el espanto os hiciera dar un paso en falso, podríais correr los mayores riesgos.

Entonces me da una fórmula de evocación<sup>64</sup> breve, perentoria, mezclada con algunas palabras que no olvidaré nunca.

—Recitad este conjuro con firmeza —me dice—, y repetid luego tres veces claramente «*Belcebú*», pero ante todo no olvidéis lo que habéis prometido hacer.

Recordé que me había jactado de tirarle de las orejas. «Mantendré mi palabra, me dije para mis adentros, dispuesto a no tener que desdecirme».

—Os deseamos mucho éxito —continúa él—; cuando hayáis acabado, hacédnoslo saber. Estáis exactamente frente a la puerta por la que debéis salir para reuniros con nosotros.

Se retiran.

Nunca fanfarrón alguno se encontró en crisis más delicada: estuve a punto de llamarlos; pero hubiera sido demasiado vergonzoso para mí; ello suponía, además, renunciar a todas mis esperanzas. Me afiancé en el lugar donde estaba; reflexioné un momento. «Han querido asustarme, me dije; quieren ver si soy pusilánime. Los que me ponen a prueba están a dos pasos de aquí, y después de mi evocación debo esperar alguna tentativa de su parte para asustarme. Resistamos; volvamos la burla contra los bromistas pesados».

Esta deliberación fue bastante breve, aunque algo turbada por el canto de los búhos y auillos que habitaban en los alrededores, e incluso en el interior de mi caverna.

Algo más tranquilo tras mis reflexiones, me afirmo de nuevo sobre mis riñones, me aseguro sobre mis pies; pronuncio la evocación con voz clara y sostenida, y, elevando el tono, llamo tres veces y a intervalos muy breves: «*Belcebú*».

Un escalofrío recorría todas mis venas, y los cabellos se erizaban en mi cabeza.

Apenas había terminado cuando, frente a mí, se abre una ventana de dos batientes en lo alto de la bóveda: un torrente de luz más deslumbrante que la del día se precipita por esa abertura; una cabeza de camello<sup>65</sup> horrible, tanto por su tamaño como por su forma, aparece en la ventana; tenía, sobre todo, unas orejas desmesuradas. El odioso fantasma abre sus fauces y, con un tono acorde al resto de la aparición, me responde: *Che vuoi?*<sup>66</sup>

Todas las bóvedas, todos los panteones de los alrededores resuenan a porfía con el terrible *Che vuoi?*

No sabría describir mi estado; no sabría decir qué fue lo que sostuvo mi valor y me impidió caer desfallecido ante la visión de aquel cuadro, ante el ruido aún más espantoso que resonaba en mis oídos.

Sentí la necesidad de hacer acopio de mis fuerzas; un sudor frío iba a disiparla. Hice un esfuerzo.

Es preciso que nuestra alma sea muy grande y posea un resorte prodigioso: una multitud de sentimientos, de ideas, de reflexiones conmueven mi corazón, pasan por mi cabeza y dejan su impresión todos al mismo tiempo.

La resolución surte efecto, consigo dominar mi terror. Miro fijamente y con osadía al espectro.

—¿Qué pretendes, temerario, mostrándote bajo esa forma repelente?

El fantasma vacila un momento.

—Tú me has llamado —dice en un tono de voz más bajo.

—¿El esclavo trata de asustar a su amo? —le digo—. Si vienes a recibir mis órdenes, adopta una forma conveniente y un tono sumiso.

—Amo —me dice el fantasma—, ¿con qué forma he de presentarme para seros agradable?

Como la primera idea que me vino a la cabeza fue la de un perro, le dije:

—Ven bajo el aspecto de un podenco.

Nada más dar la orden, el espantoso camello alarga el cuello de dieciséis pies de longitud, baja la cabeza hasta el centro de la sala y vomita un podenco blanco de finas y brillantes lanas, con las orejas colgándole hasta el suelo.

La ventana se ha cerrado otra vez, cualquier otra visión ha desaparecido, y bajo la bóveda, suficientemente iluminada, solo quedamos el perro y yo.

Él daba vueltas alrededor del círculo moviendo la cola y haciendo zalemas.

—Amo —me dijo—, querría lamerlos la punta de los pies; mas el temible círculo que os rodea me repele.

Mi confianza había llegado hasta la audacia; salgo del círculo, tiendo el pie, el perro lo lame; hago un movimiento para tirarle de las orejas, él se recuesta sobre el lomo, como para implorarme gracia; entonces vi que era una hembra joven.

—Levántate —le dije—; te perdono. Ya ves que tengo compañía; esos señores esperan a cierta distancia de aquí; el paseo ha debido de darles sed, quiero ofrecerles una colación; necesito fruta, conservas, helados, vinos de Grecia; y entiéndelo bien: ilumina y decora la sala sin fasto, pero de manera muy apropiada. Hacia el final de la colación, te presentarás como un virtuoso de primer orden, y traerás un arpa: ya te avisaré yo de cuándo deberás aparecer. Cuida de representar bien tu papel, pon expresión en tu canto, decoro y discreción en tu porte...

—Obedeceré, amo, pero ¿bajo qué condición?...

—Bajo la de obedecer, esclavo. Obedece sin réplica, o...

—No me conocéis, amo; me trataríais con menos rigor; la única condición que yo tal vez pondría sería calmar vuestra cólera y complaceros.

Apenas había acabado de hablar el perro cuando, girando sobre sus talones, veo ejecutarse mis órdenes con mayor rapidez de la que se cambia un decorado en la Ópera. Las paredes de la bóveda, hasta entonces negras, húmedas, cubiertas de musgo, adquirirían un tono suave, unas formas agradables; era un salón de mármol jaspeado. La arquitectura presentaba una cintra sostenida por columnas. Ocho candelabros de cristal, con tres velas cada uno, derramaban una luz viva, distribuida de manera uniforme.

Un momento después quedan dispuestos la mesa y el ambigú, llenos con todos los manjares de nuestro festín; las frutas y las confituras eran de la especie más rara, más sabrosa y de la más bella apariencia. La porcelana empleada en el servicio y sobre el ambigú era del Japón. La perrilla daba mil vueltas por la sala, hacía mil zalemas a mi alrededor como para adelantar el trabajo y preguntarme si estaba satisfecho.

—Muy bien, Biondetta —le dije—; poneos un traje de librea, e id a decir a esos caballeros que están cerca de aquí que los espero y que están servidos. [...]

### **La revolución de Belcebú**

Los novios han desaparecido; una parte de los comensales los ha secundado por una u otra razón. Levantamos la mesa. Una mujer, que era la tía del granjero, como ya sabíamos, coge una vela de cera amarilla, nos precede, y, siguiéndola, llegamos a un cuartito cuadrado de doce pies; una cama que no tiene cuatro de ancho, una mesa y dos sillas constituyen todo su mobiliario.

—Señor y señora —nos dice nuestra guía—, este es el único aposento que podemos ofrecerlos. Deposita su vela sobre la mesa y nos deja solos.

Biondetta baja la vista. Le dirijo la palabra:

—¿Es que habéis dicho que estábamos casados?

—Sí —responde—, solo podía decir la verdad. Yo tengo vuestra palabra, vos tenéis la mía. Eso es lo esencial. Vuestras ceremonias son precauciones adoptadas contra la mala fe, y no les hago ningún caso. El resto no ha dependido de mí. Además, si no queréis compartir la cama que nos ofrecen, me causaréis la mortificación de veros pasar la noche incómodo. Yo necesito

descansar; estoy más que rendida, estoy agotada en todos los sentidos.

Mientras pronuncia estas palabras en el tono más animado, se echa en la cama, de cara a la pared.

—¡Dios mío, Biondetta! —exclamé—, ¡os he disgustado; estáis realmente enfadada! ¿Cómo puedo expiar mi falta? ¡Pedidme la vida!

—Álvaro —me responde sin inmutarse—, id a consultar a vuestras gitanas sobre la manera de devolver la calma a mi corazón y al vuestro.

—¡Cómo! ¿Es la conversación que he tenido con esas mujeres el motivo de vuestra cólera? ¡Ah!, habréis de disculparme, Biondetta. ¡Si supierais hasta qué punto coinciden con las vuestras las noticias que me han dado, y que finalmente han hecho que me decida a no volver al castillo de Maravillas! Sí, está decidido, mañana partimos para Roma, para Venecia, para París, para todos los lugares donde queráis que vaya a vivir con vos. Allí esperaremos el consentimiento de mi familia.

A estas palabras, Biondetta se vuelve. Su cara estaba seria, severa incluso.

—¿Recordáis, Álvaro, lo que soy, lo que esperaba de vos, lo que os aconsejaba hacer? ¿Entonces?... Cuando, sirviéndome con discreción de las luces de que estoy dotada, no he podido llevaros a nada razonable, ¡resulta que la regla de mi conducta y de la vuestra va a basarse en las palabras de dos de los seres más peligrosos para vos y para mí, si es que no son los más despreciables! Cierto —exclamó en un arrebato de dolor—, siempre he temido a los hombres; he dudado durante siglos en hacer una elección; ya está hecha y es irreversible. ¡Qué desgraciada soy!

Entonces se deshace en lágrimas, que intenta ocultar de mi vista.

Agitado por las pasiones más violentas, caigo a sus rodillas:

—¡Oh, Biondetta! —exclamé—, ¡no veis mi corazón! En caso contrario, dejaríais de desgarrarlo.

—No me conocéis, Álvaro, y antes de conocerme me haréis sufrir cruelmente. Es preciso que un último esfuerzo os descubra mis recursos y seduzca hasta tal punto vuestra estima y vuestra confianza que ya no quede expuesta a que se me comparta de manera humillante o peligrosa; vuestras pitonisas están demasiado conformes conmigo para no inspirarme justos terrores. ¿Quién me asegura que Soberano, Bernadillo, vuestros enemigos y los míos, no estén escondidos bajo esas máscaras? Acordaos de Venecia. Opongamos a sus estratagemas un tipo de prodigios que sin duda no esperan de mí. Mañana llego a Maravillas, de donde su política trata de alejarme; allí me recibirán las más envilecedoras, las más abrumadoras de todas las sospechas; pero doña Mencía es una mujer justa, digna de estima; el alma de vuestro hermano es noble, me confiaré a ellos. Seré un prodigio de dulzura, de complacencia, de obediencia, de paciencia; superaré las pruebas.

Se detiene un momento.

—¿Será rebajarte lo suficiente, desdichada sílfide? —exclama en tono dolorido.

Quiere proseguir, mas la abundancia de lágrimas le priva del uso de la palabra.

¿En qué me convierto ante estos testimonios de pasión, estas pruebas de dolor, estas resoluciones dictadas por la prudencia, estos impulsos de un coraje que me parecía heroico? Me siento a su lado; trato de calmarla con mis caricias; pero al principio se me rechaza; poco después, sin embargo, ya no encuentro resistencia, sin tener motivos para aplaudirme por ello; su respiración se vuelve dificultosa, tiene los ojos entornados, el cuerpo solo obedece a movimientos

convulsos; una frialdad sospechosa se propaga por toda su piel; el pulso ya no tiene movimiento perceptible, y el cuerpo parecería totalmente inanimado si las lágrimas no corrieran con la misma abundancia.

¡Oh, poder de las lágrimas! ¡Ese es sin duda el más poderoso de todos los rasgos del amor! Mis recelos, mis resoluciones, mis juramentos, todo queda olvidado. Queriendo secar el manantial de aquel precioso rocío, me he acercado demasiado a esa boca en la que el frescor se une al dulce perfume de la rosa; y, si quería alejarme, dos brazos cuya blancura, cuya dulzura y cuya forma no sabría describir son lazos de los que me resulta imposible liberarme [...].

—¡Oh, Álvaro mío! —exclama Biondetta—, he triunfado; soy el más feliz de todos los seres.

Yo no tenía fuerza para hablar; sentía una turbación extraordinaria; diré más, estaba avergonzado, inmóvil. Ella se precipita al pie de la cama, se postra a mis rodillas, me descalza.

—¡Cómo, querida Biondetta! —exclamé—, ¿cómo, os rebajáis?...

—¡Ah! —me responde—, ingrato, te servía cuando no eras más que mi déspota: déjame servir a mi amante.

En un momento me veo despojado de mis ropas; mis cabellos, recogidos con orden, quedan envueltos en una redecilla que ha encontrado en su bolso. Su fuerza, su actividad, su habilidad han triunfado sobre todos los obstáculos que yo quería oponer. Con la misma presteza hace su breve aseo nocturno, apaga la vela que nos alumbraba, y ya están las cortinas corridas.

Entonces, con una voz cuya dulzura no podría compararse con la más deliciosa música, dice:

—¿He hecho la felicidad de mi Álvaro como él ha hecho la mía? Claro que no: yo sigo siendo la única feliz; él lo será, quiero que lo sea; lo embriagaré a delicias; lo colmaré de ciencia; lo elevaré a la cima de las grandezas. ¿Querrás, corazón mío, querrás ser la criatura más privilegiada, someter conmigo, para ti, a los hombres, a los elementos, a la naturaleza entera?

—¡Oh, mi querida Biondetta! —le digo, aunque forzándome un poco a mí mismo—, tú me bastas: tú colmas todos los deseos de mi corazón.

—No, no —replicó vivamente—, Biondetta no debe bastarte; ese no es mi nombre; tú me lo pusiste; me halagaba: yo lo llevaba con placer; pero has de saber quién soy... Soy el Diablo, mi querido Álvaro, soy el Diablo...

Al pronunciar estas palabras con un acento de una dulzura encantadora, cerraba más que exactamente el paso a las respuestas que yo habría querido darle. En cuanto pude romper el silencio, le dije:

—Deja, mi querida Biondetta, o quien seas, de pronunciar ese nombre fatal y de recordarme un error adjurado hace mucho tiempo.

—No, mi querido Álvaro, no, no era un error; tuve que hacértelo creer, mi querido hombrecito. Había que engañarte para volverte por fin razonable. Vuestra especie huye de la verdad; solo cegándoos se os puede hacer felices. ¡Ah, tú lo serás mucho si quieres serlo! Pretendo satisfacerte. Habrás de reconocer que no soy tan repugnante como los que me pintan con tan negros colores.

Esta broma acababa de desconcertarme. Me negaba a aceptarla, y la ebriedad de mis sentidos ayudaba a mi distracción voluntaria.

—Vamos, respondedme —me decía ella.

—¡Eh!, ¿qué queréis que responda?...

—Ingrato, pon la mano sobre este corazón que te adora; que se anime el tuyo, a ser posible,

con la más ligera de las emociones que tan sensibles son en el mío. Deja fluir por tus venas un poco de esa llama deliciosa que abrasa las mías; suaviza, si puedes, el tono de esa voz tan apropiada para inspirar el amor, y de la que te sirves hasta el exceso para asustar a mi alma tímida; por último, dime si puedes, pero con la misma ternura que yo siento por ti: «Mi querido Belcebú, te adoro».

Ante este nombre fatal, aunque con tanta ternura pronunciado, un pavor mortal se apodera de mí; el asombro y el estupor abruma mi alma; la creería aniquilada si la voz sorda del remordimiento no gritase en el fondo de mi corazón. Pero, entretanto, la rebelión de mis sentidos subsiste con tanto más imperio cuanto que no puede ser reprimida por la razón. Ella misma me entrega indefenso a mi enemigo, que me engaña y me convierte fácilmente en su conquista.

Ese enemigo no me da tiempo para volver en mí, para reflexionar sobre la falta de la que es mucho más autor que cómplice.

—Nuestros asuntos están arreglados —me dice, sin alterar sensiblemente aquel tono de voz al que él me había acostumbrado—. Tú has venido a buscarme; yo te he seguido, servido, favorecido; en fin, he hecho lo que has querido. Deseaba tu posesión, y, para conseguirla, necesitaba que te entregaras libremente por ti mismo. Sin duda debo a ciertos artificios la primera complacencia; en cuanto a la segunda, yo ya había dicho mi nombre; sabías a quién te entregabas, y no puedes escudarte en tu ignorancia. En adelante, Álvaro, nuestro vínculo es indisoluble, pero para cimentar nuestra sociedad importa que nos conozcamos mejor. Como yo te conozco casi de memoria, para que nuestras ventajas sean recíprocas, debo mostrarme a ti tal como soy.

No me dejan tiempo para reflexionar sobre esta singular arenga: suena a mi lado un silbido muy agudo. Al instante se disipa la oscuridad que me rodea; la cornisa que remata el revestimiento de la habitación se llena de gruesas babosas; sus cuernos, que mueve con energía a manera de báscula, se han convertido en chorros de luz fosfórica, cuyo resplandor y cuyo efecto aumentan mediante la agitación y el alargamiento.

Casi deslumbrado por esa iluminación súbita, fijo la vista a mi lado; en lugar de una figura encantadora, ¿qué veo? ¡Oh, cielo! Es la espantosa cabeza de camello. Articula con voz de trueno aquel tenebroso *Che vuoi?* que tanto me había asustado en la gruta, suelta una carcajada humana más pavorosa todavía, saca una lengua desmesurada...

Corro, me escondo debajo de la cama, con los ojos cerrados y la cara contra el suelo. Sentía latir mi corazón con una fuerza terrible; me ahogaba como si fuera a perder la respiración. No puedo calcular el tiempo que debía de haber pasado en aquella indecible situación, cuando siento que me tiran del brazo; mi espanto crece; forzado sin embargo a abrir los ojos, una luz deslumbrante los ciega.



# CHARLES NODIER

## SMARRA O LOS DEMONIOS DE LA NOCHE

### SMARRA OU LES DÉMONS DE LA NUIT

#### El episodio

*Hanc ego de cælo ducentem sidera vidi,  
fluminis hæc rapidi carmine vertit iter.  
Hæc, cantu findit que solum, manesque sepulchris  
elicit, et tepido devocat ossa rogo. [...]  
Cum libet, hæc tristi depellit nubila cælo;  
cum libet, æstivo convocat orbe nives.*

TIBULO<sup>67</sup>

*Cuenta con que esta noche tendrás temblores y convulsiones; durante todo este tipo de noche profunda en que les está permitido actuar, los demonios ejercerán sobre ti su cruel malicia. Yo te enviaré punzadas tan apretadas como las celdas de la colmena, cada una de ellas será tan ardiente como el aguijón de la abeja que la construye.*

SHAKESPEARE<sup>68</sup>

¿Quién de vosotras, jóvenes muchachas, no conoce los dulces caprichos de las mujeres?, dijo Polemón en tono divertido. Sin duda habéis amado, y sabéis cómo el corazón de una viuda pensativa, que extravía sus solitarios recuerdos por las sombreadas orillas del Peneo<sup>69</sup>, se deja sorprender a veces por la tez oscura de un soldado cuyos ojos centellean con el fuego de la guerra y cuyo pecho brilla con el fulgor de una cicatriz generosa. Camina altivo y cariñoso entre las bellas como un león domesticado que trata de olvidar en los placeres de una feliz y fácil servidumbre la nostalgia de sus desiertos. Así es como al soldado le gusta ocupar el corazón de las mujeres cuando ya no lo llama el clarín de las batallas y los azares del combate no solicitan su

impaciente ambición. Sonríe con la mirada a las jóvenes, y parece decirles: ¡Amadme!...

También sabéis, porque sois tesalias, que ninguna mujer igualó nunca en belleza a esta noble Meroe que, desde su viudedad, arrastra largos ropajes blancos bordados de plata; Meroe, la más bella de las bellas de Tesalia, como sabéis. Es majestuosa como las diosas, y, sin embargo, hay en sus ojos no sé qué llamas mortales que incitan las pretensiones del amor. ¡Oh, cuántas veces me he zambullido en el aire que arrastra, en el polvo que sus pies hacen volar, en la sombra afortunada que la sigue!... ¡Cuántas veces le he salido al paso para robar un rayo a sus miradas, un hálito a su boca, un átomo al torbellino que halaga, que acaricia sus movimientos!; ¡cuántas veces (¿me lo perdonarás, Telaria?) espíe la voluptuosidad ardiente de sentir uno de los pliegues de su vestido estremecerse contra mi túnica, o de poder recoger con labio ávido una de las lentejuelas de sus bordados en las alamedas de los jardines de Larisa<sup>70</sup>! Mira, cuando ella pasaba, todas las nubes enrojecían como al acercarse la tormenta; mis oídos silbaban, mis pupilas se oscurecían en su órbita extraviada, mi corazón estaba a punto de aniquilarse bajo el peso de una alegría intolerable. ¡Ella estaba allí! Yo saludaba las sombras que habían flotado sobre ella, aspiraba el aire que la había tocado; decía a todos los árboles de las riberas: «¿Habéis visto a Meroe?». Si ella se había echado en un bancal de flores, ¡con qué amor celoso recogía yo las flores que su cuerpo había aplastado, los blancos pétalos empapados de carmín que adornan la frente inclinada de la anémona, las flechas deslumbrantes que brotan del disco de oro de la margarita, el velo de una casta gasa que se enrolla alrededor de un joven lirio antes de que haya sonreído al sol; y, si me atrevía a estrechar con abrazo sacrílego todo aquel lecho de fresco verdor, ella me incendiaba con un fuego más sutil que aquel con el que la muerte ha tejido las ropas nocturnas de un calenturiento. Meroe no podía dejar de notar mi presencia. Cierta día, cercano ya el crepúsculo, encontré su mirada, que sonreía; ella me había adelantado, aflojó el paso. Yo estaba solo detrás, y la vi desviarse. El aire era tranquilo, no alborotaba sus cabellos, y su mano levantada se les acercaba como para reparar su desorden. La seguí, Lucius, hasta el palacio, hasta el templo de la princesa de Tesalia, y la noche cayó sobre nosotros, ¡noche de delicias y de terror!... ¡Ojalá hubiera sido la última de mi vida, y hubiera acabado esta antes!

No sé si alguna vez has soportado con resignación mezclada con impaciencia y ternura el peso del cuerpo de una amante dormida que se entrega al descanso sobre tu brazo extendido sin imaginar que tú sufres; si has tratado de luchar contra el estremecimiento que se apodera poco a poco de tu sangre, contra el embotamiento que encadena tus músculos sometidos; de enfrentarte a la conquista de la muerte que amenaza con extenderse hasta tu alma<sup>71</sup>. Así es, Lucius: un estremecimiento doloroso recorría rápidamente mis nervios, sacudiéndolos con temblores inesperados, como el gancho agudo del *plectrum*<sup>72</sup> que hace disonar todas las cuerdas de la lira bajo los dedos de un músico torpe. Mi carne se atormentaba como una membrana seca acercada al fuego. Mi pecho alterado estaba a punto de romperse, haciendo estallar las ligaduras de hierro que lo envolvían, cuando Meroe, sentada de pronto a mi lado, clavó en mis ojos una mirada profunda, extendió la mano sobre mi corazón para asegurarse de que su movimiento se había suspendido, la dejó descansar allí largo rato pesada y fría, y huyó lejos de mí a la velocidad de una flecha que la cuerda de la ballesta impulsa estremeciéndose. Corría sobre los mármoles del palacio, repitiendo las canciones de las viejas pastoras de Siracusa que hechizan a la luna en sus nubes de nácar y plata, daba vueltas en las profundidades de la inmensa sala y gritaba de vez en cuando con los destellos de una alegría horrible, para llamar a no sé qué amigos cuyos nombres aún no me había dicho.

Mientras, aterrorizado, miraba y veía descender a lo largo de las murallas, agolparse bajo los pórticos, balancearse bajo las bóvedas, una innumerable multitud de vapores distintos entre sí, pero que de la vida solo tenían apariencias de formas, una voz débil como el rumor del estanque más tranquilo en una noche silenciosa, un color indeciso tomado prestado de los objetos ante los que flotaban sus transparentes figuras... La llama azulada y chispeante brotó de repente de todos los trípodes, y Meroe, formidable, volaba de uno a otro murmurando palabras confusas:

—Aquí, verbena en flor... allí, tres briznas de salvia recogida a medianoche en el cementerio de los que han muerto por la espada..., aquí el velo de la amada bajo el que el amado ocultó su palidez y su desolación después de haber degollado al esposo dormido para gozar de sus amores... ¡aquí también las lágrimas de una tigresa desquiciada por el hambre que no se consuela por haber devorado a uno de sus cachorros!

Y sus rasgos trastornados expresaban tanto sufrimiento y horror que casi me hizo sentir piedad. Inquieta al ver interrumpidos sus conjuros por algún obstáculo imprevisto, saltó de rabia, se alejó, volvió armada con dos largas varillas de marfil unidas en su extremidad por un lazo compuesto por trece crines arrancadas del cuello de una magnífica yegua blanca por el mismo ladrón que había matado a su dueño, y en la flexible trenza hizo volar, a las esferas vacías y sonoras, el *rhombus*<sup>73</sup> de ébano, que chirrió y aulló en el aire y volvió girando con un zumbido sordo, y siguió rodando y zumbando, y luego redujo su velocidad y cayó. Las llamas de los trípodes se elevaban como lenguas de culebras, y las sombras estaban contentas.

—Venid, venid —gritaba Meroe—, hay que apaciguar a los demonios de la noche, y que los muertos se alegren. Traedme verbena en flor, la salvia recogida a medianoche, y el trébol de cuatro hojas; ofreced cosechas de bonitos ramos a Saga<sup>74</sup> y a los demonios de la noche.

Luego vuelve una mirada sorprendida sobre el áspid de oro cuyos repliegues se enroscaban alrededor de su brazo desnudo; sobre el precioso brazalete, labor del artista más hábil de Tesalia, que no había escatimado ni la elección de metales ni la perfección de la labor, la plata estaba incrustada en delicadas escamas, y no había una sola cuya blancura no fuera realzada por el destello de un rubí o por la transparencia, tan suave a la mirada, de un zafiro más azul que el cielo. Se lo quita, medita, piensa, llama a la serpiente murmurando palabras secretas; y la serpiente, animada, se desenrosca y huye con un silbido de alegría como un esclavo liberado. Y el *rhombus* sigue girando; gira siempre gruñendo, gira como el rayo lejano que se queja en las nubes arrastradas por el viento y que se extingue gimiendo en una tormenta acabada. Mientras tanto, todas las bóvedas se abren, todos los espacios del cielo se despliegan, todos los astros descenden, todas las nubes se allanan y bañan el umbral como atrios de tinieblas. La luna, manchada de sangre, se parece al escudo de hierro sobre el que acaban de traer el cuerpo de un joven espartano degollado por el enemigo. Gira y hace que sobre mí pese su disco lívido, que oscurece todavía más el humo de los trípodes apagados. Meroe sigue corriendo y golpeando con sus dedos, de los que brotan largos relámpagos, las innumerables columnas del palacio, y cada columna que se divide bajo los dedos de Meroe descubre una columnata inmensa poblada de fantasmas, y cada uno de los fantasmas golpea como ella una sola columna que abre nuevas columnatas y no hay una columna que no sea testigo del sacrificio de un niño recién nacido arrancado a las caricias de su madre.

—¡Piedad! ¡Piedad para la madre infortunada que disputa su hijo a la muerte! —exclamé.

Pero esa plegaria ahogada solo llegaba a mis labios con la fuerza del aliento de un agonizante que dice: ¡Adiós! Expiraba con sonidos inarticulados sobre mi boca balbuciente. Moría como el

grito de un hombre que se ahoga y que busca en vano confiar a las aguas mudas la última llamada de la desesperación. El agua insensible ahoga su voz; la recubre, lúgubre y fría; devora su queja; nunca la llevará hasta la orilla.

Mientras me debatía contra el terror que me abrumaba, y trataba de arrancar de mi pecho alguna maldición que despertase en el cielo la venganza de los dioses:

—¡Miserable! —gritó Meroe—, ¡ojalá seas castigado para siempre por tu insolente curiosidad!... ¡Ah!, te atreves a violar los encantamientos del sueño... Hablas, gritas y ves... Pues bien, no hablarás más que para quejarte, no gritarás más que para implorar en vano la sorda piedad de los ausentes, no verás más que escenas de horror que helarán tu alma...

Y expresándose así con una voz más aguda y más desgarradora que la de una hiena medio muerta que sigue amenazando a los cazadores, se quitaba del dedo la tornasolada turquesa que centelleaba con llamas variadas como los colores del arcoíris, o como la ola que salta con la pleamar y refleja, al rodar sobre sí misma, los fuegos del sol naciente. Presiona con el dedo un resorte desconocido que levanta la piedra maravillosa sobre su invisible resorte, y deja al descubierto en un cofrecillo de oro no sé qué monstruo sin color ni forma que brinca, aúlla, se abalanza y cae en cuclillas sobre el seno de la maga.

—Estás aquí —dice ella—, mi querido Smarra, el bienamado, el único favorito de mis pensamientos amorosos, tú, a quien el odio del Cielo ha escogido entre todos sus tesoros para desesperación de los hijos del hombre. Ve, yo te lo ordeno, espectro adulador, o decepcionante, o terrible, ve a atormentar a la víctima que te he entregado; inflígele suplicios tan variados como los espantos del infierno que te ha concebido, tan crueles, tan implacables como mi cólera. Ve a saciarte con las angustias de su corazón palpitante, a contar los convulsos latidos de su pulso, que se precipita, que se detiene..., a contemplar su dolorosa agonía y a suspenderla para que vuelva a comenzar... A este precio, fiel esclavo del amor, podrás en la despedida de los sueños descender de nuevo sobre la almohada embalsamada de tu amante, y estrechar entre tus brazos acariciadores a la reina de los terrores nocturnos...

Esto dijo, y el monstruo brota de su mano ardiente como el tejo redondeado del discóbolo, gira en el aire con la rapidez de esos fuegos artificiales que se lanzan en los navíos, extiende unas alas extrañamente festoneadas, sube, baja, crece, mengua, y, enano deforme y jovial cuyas manos están armadas con uñas de un metal más fino que el acero, que penetran la carne sin desgarrarla y beben la sangre como la bomba insidiosa de las sanguijuelas, se une a mi corazón, se desarrolla, levanta su cabeza enorme y ríe. En vano mis ojos, inmóviles de espanto, buscan en el espacio que pueden abarcar un objeto que los tranquilice; los mil demonios de la noche escoltan al horrible demonio de la turquesa: mujeres esmirriadas de mirada ebria; serpientes rojas y violetas cuya boca arroja fuego; lagartos que elevan por encima de un lago de fango y de sangre un rostro parecido al del hombre; cabezas recién separadas del tronco por el hacha del soldado, pero que me miran con unos ojos vivos y huyen dando saltitos sobre patas de reptiles...

Desde esa noche funesta, oh Lucius, ya no hay noches apacibles para mí. El lecho perfumado de las jóvenes que solo está abierto a los sueños voluptuosos, la tienda infiel del viajero que se despliega todas las noches bajo nuevas enramadas, el santuario mismo de los templos son un asilo impotente contra los demonios de la noche. En cuanto mis párpados, fatigados de luchar contra el sueño tan temido, se cierran de abatimiento, todos los monstruos se presentan, como en el instante en que los vi escapar con Smarra del anillo mágico de Meroe. Corren en círculo a mi alrededor, me aturden con sus gritos, me espantan con sus placeres y mancillan mis labios, que se estremecen

con sus caricias de arpías. Meroe los guía y planea por encima de ellos, sacudiendo su larga cabellera, de la que escapan relámpagos de un azul lívido. Ayer mismo... era mucho más alta de lo que la había visto en el pasado... Eran las mismas formas y los mismos rasgos, pero bajo su apariencia seductora yo discernía con espanto, como a través de una gasa sutil y ligera, la tez plomiza de la maga y sus miembros color azufre: sus ojos fijos y hundidos estaban totalmente inyectados en sangre, lágrimas de sangre surcaban sus mejillas profundas, y su mano, desplegada en el espacio, dejaba impresa en el aire mismo la huella de una mano de sangre...

—Ven —me dijo, rozándome con una señal del dedo que me habría aniquilado de haberme tocado—, ven a visitar el imperio que doy a mi esposo, porque quiero que conozcas todos los dominios del terror y de la desesperación...

Y, mientras así hablaba, volaba delante de mí, con los pies apenas despegados del suelo, y acercándose o alejándose alternativamente de la tierra, como la llama que danza encima de una antorcha a punto de apagarse. ¡Oh, qué espantoso para todos los sentidos el aspecto del camino que devorábamos corriendo! ¡Qué impaciente por encontrar su final parecía la maga misma! Imagínate la cueva fúnebre donde ellas amontonan los despojos de todas las víctimas inocentes de sus sacrificios, y, entre los más imperfectos de esos restos mutilados, ni un jirón que no haya conservado una voz, gemidos y llantos!... Imagínate murallas móviles, móviles y animadas, que se cierran de una parte y de otra al encuentro de tus pasos, y que poco a poco abrazan todos tus miembros con el cerco de una prisión estrecha y helada... Tu pecho oprimido que se alza, que se estremece, que salta para aspirar el aire de la vida a través del polvo de las ruinas, el humo de las antorchas, la humedad de las catacumbas, el hálito envenenado de los muertos..., y todos los demonios de la noche que gritan, que silban, aúllan o rugen en tu oído espantado: «¡No respirarás más!».

Y, mientras yo caminaba, un insecto mil veces más pequeño que el que ataca con un diente impotente el delicado tejido de las hojas de rosa; un átomo caído en desgracia que tarda mil años en imponer uno de sus pasos sobre la esfera universal de los cielos, cuya materia es mil veces más dura que el diamante... Él caminaba, también caminaba; y la huella obstinada de sus perezosos pies había dividido ese globo imperecedero hasta su eje.

Después de haber recorrido así —tan rápido era nuestro impulso— una distancia para la que los lenguajes del hombre carecen de cualquier término de comparación, vi brotar de la boca de un tragaluz, cercano como la más lejana de las estrellas, algunos indicios de una blanca claridad. Llena de esperanza, Meroe se lanzó, yo la seguí, arrastrado por un poder invencible; y, además, el camino de vuelta, borrado como la nada, infinito como la eternidad, acababa de cerrarse a mi espalda de una manera impenetrable para el coraje y la paciencia del hombre. Entre Larisa y nosotros ya había todos los despojos de los innumerables mundos que han precedido a este en los ensayos de la creación, desde el comienzo de los tiempos, y cuyo gran número lo supera menos en inmensidad de lo que él mismo excede en su prodigiosa extensión al nido invisible del mosquito. La puerta sepulcral que nos recibió, o, mejor dicho, que nos aspiró al salir de aquel abismo, se abría a un campo sin horizonte que nunca había producido nada. Apenas se distinguía allí, en un remoto rincón del cielo, el contorno indeciso de un astro inmóvil y oscuro, más inmóvil que el aire, y más oscuro que las tinieblas que reinan en esa morada de desolación. Era el cadáver del más antiguo de los soles, acostado sobre el fondo tenebroso del firmamento, como un barco sumergido en un lago engrosado por las nieves derretidas. El pálido fulgor que acababa de herir mis ojos no provenía de él. Se habría dicho que no tenía ningún origen y que solo era un color

particular de la noche, a menos que resultase del incendio de algún mundo alejado cuya ceniza aún ardía.

Entonces —¿puedes creerme?—, vinieron todas las brujas de Tesalia, escoltadas por esos enanos de la tierra que trabajan en las minas, que tienen un rostro como el cobre y cabellos azules como la plata en el horno; y también escoltadas por esas salamandras de largos brazos, de cola aplastada en forma de remo, de colores desconocidos, que descienden llenas de vida y ágiles en medio de las llamas, como lagartos negros a través de un polvo de fuego; vinieron seguidas por las aspiolas<sup>75</sup>, de cuerpo tan frágil, tan esbelto, rematado por una cabeza deforme pero risueña, y que se balancean sobre los huesos de sus piernas vacías y enclenques, semejantes a una caña estéril agitada por el viento; por las ácronas<sup>76</sup>, que carecen de miembros, no tienen voz, ni cara, ni edad, y saltan llorando sobre la tierra gimiente, como odres hinchados de aire; por las psilas<sup>77</sup>, que succionan un veneno cruel y que, ávidas de ponzoñas, danzan en corro lanzando agudos silbidos para despertar a las serpientes, para despertarlas en el asilo oculto, en el agujero sinuoso de las serpientes. Allí había hasta morfosisas<sup>78</sup>, a las que tanto habéis amado, que son bellas como Psique, que juegan como las gracias, que dan conciertos como las musas, y cuya mirada seductora, más penetrante y más envenenada que el colmillo de la víbora, va a incendiar vuestra sangre y a hacer hervir la médula en vuestros huesos calcinados. Las habrías visto, envueltas en sus sudarios de púrpura, pasear a su alrededor nubes más brillantes que el Oriente, más perfumadas que el incienso de Arabia, más armoniosas que el primer suspiro de una virgen enternecida por el amor, y cuyo enajenante vapor fascinaba el alma para matarla. Unas veces sus ojos hacen rodar una llama húmeda que encanta y que devora; otras, inclinan la cabeza con una gracia que solo a ellas pertenece, solicitando vuestra crédula confianza con una sonrisa cariñosa; con la sonrisa de una máscara pérfida y animada que oculta la alegría del crimen y la frialdad de la muerte. ¿Qué puedo decirte? Arrastrado por el torbellino de los espíritus que flotaba como una nube; como el humo de un rojo sangriento que desciende de una ciudad incendiada; como la lava líquida que derrama, cruza, entrelaza arroyos ardientes en un campo de ceniza... llegué... llegué... Todos los sepulcros estaban abiertos... todos los muertos estaban exhumados... todas las gules<sup>79</sup>, pálidas, impacientes, hambrientas, estaban presentes; rompían las tablas de los ataúdes, rasgaban los ropajes sagrados, los últimos ropajes del cadáver; se repartían horribles despojos con la voluptuosidad más espantosa y, con mano irresistible, porque, ¡ay!, yo me sentía débil y cautivo como un niño en la cuna, me forzaban a asociarme (¡oh, terror!) ¡a su execrable festín!...

Al concluir estas palabras, Polemón se incorporó en su lecho y, temblando, enloquecido, con los cabellos erizados, la mirada fija y terrible, nos llamó con una voz que no tenía nada de humano. Pero las melodías del arpa de Mirté volaban ya por los aires; los demonios estaban aplacados, el silencio era tranquilo como el pensamiento del inocente que se duerme la víspera de su juicio. Polemón dormía apacible a los dulces sonos del arpa de Mirté.

### **Nota sobre el *rhombus***

Esta palabra, muy mal explicada por los lexicógrafos y los comentaristas, ha dado lugar a tantos errores singulares que quizá se me perdone ahorrar otros nuevos a los traductores futuros. El propio señor Noël<sup>80</sup>, cuya sana erudición rara vez incurre en el error, no ve en ella más que «una especie de rueda que se utiliza en las operaciones mágicas»; más afortunado, no obstante, en este hallazgo que su estimable homónimo, el autor de la *Histoire des pêches*, engañado por una

conformidad de nombre basada en una conformidad de figura, ha considerado el *rhombus* como un pez, y que hace honor al *turbot*<sup>81</sup> de las maravillas de este instrumento de Sicilia y de Tesalia. Sin embargo, Luciano, que habla de *rhombos* de bronce, da testimonios suficientes para ver que se trata de una cosa distinta a un pez. Perrot d'Ablancourt<sup>82</sup> tradujo un «espejo de bronce», porque, en efecto, había espejos hechos en rombo, y porque la forma se toma a veces por la cosa en el estilo figurado. Belin de Ballu<sup>83</sup> rectificó ese error por *tumba* —también es otro error—. Teócrito hace decir a una de sus pastoras: «Como el *rhombos* gira rápidamente al gusto de mis deseos, ordena, Venus, que mi amante venga a mi puerta con igual celeridad». El traductor latino de la inapreciable edición de Libert<sup>84</sup> se acerca mucho a la verdad:

*Utque volvitur hic æneus orbis, ope Veneris  
sic ille volvatur ante nostras fores*<sup>85</sup>.

Un globo de bronce no tiene nada en común con un espejo. También se menciona el *rhombus* en la segunda elegía del libro segundo de Propertio<sup>86</sup>, y en el trigésimo epigrama del noveno libro de Marcial, salvo error<sup>87</sup>. Casi está descrito en la octava elegía del libro primero de los *Amores*, donde Ovidio pasa revista a los secretos de la maga que instruye a su hija en los execrables misterios de su arte; y debo el secreto de un descubrimiento, por lo demás muy insignificante, a esta reminiscencia:

*Scit bene [Saga] quid gramen, quid torto concita rhombo  
licia, quid valeat*<sup>88</sup>, etc.

*Concita licia, torto rhombo* indican con bastante claridad un instrumento redondeado lanzado por medio de unas correas, y que no podría confundirse con el *turbo*<sup>89</sup> de los niños de Roma, que nunca fue de bronce, y que no se parece más a un espejo que a un pez; por otro lado, los poetas no habrían buscado para designarlo el término inusitado *rhombus*, puesto que *turbo* figuraba de manera bastante honorable en la lengua poética. Virgilio dijo: *Versare turbinem*<sup>90</sup>, y Horacio<sup>91</sup>: *Citamque retro solve turbinem*.

No estoy lejos de creer que, en este último ejemplo, en el que Horacio habla de los encantamientos de las brujas, hace alusión al *rhombos* de Tesalia y Sicilia, cuyo nombre latinizado solo se ha empleado después de él.

Probablemente se me preguntará qué es el *rhombus*, si alguien se ha tomado la molestia de leer esta nota que no está destinada a las damas y que es de poquísimo interés para el público en general. Todo concuerda para probar que el *rhombus* no es otra cosa que ese juguete infantil cuya proyección y ruido tienen efectivamente algo de espantoso y de mágico, y que, por una singular analogía de impresión, ha sido renovado en nuestros días bajo el nombre de «diábolo».

Nota del TRADUCTOR<sup>92</sup>



# HONORÉ DE BALZAC

## LA IGLESIA<sup>93</sup>

### L'ÉGLISE

Estaba cansado de vivir, y, si me hubierais preguntado el motivo de mi desesperación, me habría sido casi imposible encontrar su causa, tan blanda y fluida se había vuelto mi alma. Los resortes de mi inteligencia se habían distendido bajo la brisa de un viento del oeste. El cielo derramaba una oscuridad fría, y las pardas nubes que pasaban sobre mi cabeza daban una expresión siniestra a toda la naturaleza. El agua amarilla del Loira, los esqueléticos álamos de sus riberas, todo me decía:

—¡Morir hoy, o morir mañana!... ¡Morir mañana!... Siempre habrá que morir... Y entonces...

Vagaba pensando en un futuro incierto, en mis esperanzas defraudadas. Presa de estas fúnebres ideas, entré maquinalmente en la sombría catedral de Saint-Gatien, cuyas torres grises me parecían entonces fantasmas a través de la bruma.

¡Miré sin entusiasmo aquel bosque de columnas agrupadas cuyos frondosos capiteles soportan ligeras arcadas!... ¡Elegante laberinto!... Caminaba sin preocupación alguna por las naves laterales que se extendían ante mí como pórticos sin fin... La luz incierta de un día de otoño apenas permitía ver, en lo alto de las bóvedas, las claves esculpidas, las delicadas nervaduras que dibujaban con tanta pureza los ángulos de mil graciosas cintras... Los órganos estaban mudos. Solo el ruido de mis pasos despertaba los graves ecos ocultos en las oscuras capillas.

Me senté junto a uno de los cuatro pilares que sostienen la nave central cerca del coro. Desde allí podía abarcar el conjunto de este monumento... Lo contemplé sin asociarle ninguna idea, casi sin verlo; y era, por así decir, el efecto mecánico de mis ojos lo que me permitía abarcar el imponente dédalo de todos los pilares, las inmensas rosetas milagrosamente unidas —como redes— encima de las puertas laterales o del gran pórtico, y las aéreas galerías, de abundantes ojivas, provistas de unas columnitas menudas que separaban los vitrales engastados por arcos, tréboles o flores... especie de filigrana de piedra.

En el lado del coro, la cúpula de cristal brilló como si estuviera hecha de piedras preciosas hábilmente engarzadas... A derecha e izquierda, las dos profundas naves ofrecían un poderoso contraste, oponiendo a esa bóveda, alternativamente blanca y coloreada, la negra sombra en cuyo seno se dibujaban débilmente unos arcos que se alzaban con audacia y los fustes indistintos de

cient columnas grisáceas...

A fuerza de mirar aquellas maravillosas arcadas, aquellos arabescos de mármol, aquellos festones, aquellas espirales, aquellas fantasías sarracenas que se entrelazaban unas en otras, iluminadas de forma caprichosa alternativamente oscuras y brillantes, mis percepciones se volvieron confusas; y me encontré, como en el límite de las ilusiones y de la realidad, cogido en las trampas de la óptica y casi aturdido por la multitud de aspectos... De un modo insensible, aquellas piedras recortadas se volvieron menos vivas, menos verdaderas, y se velaron de modo imperfecto. Solo pude verlas a través de una bruma diáfana, en el seno de una nube formada por un polvo de oro, semejante al que revolotea en las bandas luminosas trazadas por un rayo de sol en una habitación.

Luego, en el seno de esa vaporosa atmósfera que volvió indistintas todas las formas, los encajes de las rosas resplandecieron de golpe. Cada nervadura, cada arista esculpida, el menor rasgo se volvió de plata. El sol encendió fuegos en todos los vitrales, que hicieron centellear como estrellas sus ricos colores. Las columnas se agitaron, y sus capiteles se estremecieron suavemente. Un temblor mimoso dislocó el edificio, y los frisos se removieron con graciosas precauciones... Varios gruesos pilares, cuyos movimientos fueron graves como la danza de una viuda que, al final de un baile, hace de comparsa por complacencia para completar las cuadrillas. Pero hubo también pequeñas columnas delgadas y rectas que se pusieron a saltar, adornadas con sus coronas de tréboles... Algunas cintras puntiagudas chocaron con las altas ventanas alargadas y estrechas, semejantes a esas damas de la Edad Media que llevaban los blasones de sus casas pintados en sus vestidos de oro. La danza de aquellas arcadas mitradas con aquellos elegantes ventanales se asemejaba a las luchas de un torneo... Por último, no tardó cada piedra en vibrar en la iglesia, pero sin cambiar de sitio. Los órganos hablaron, y me permitieron oír una armonía divina con la que se mezclaron voces de ángeles. Aquella música iba acompañada por el sordo bajo de las campanas cuyos tañidos anunciaban que las dos colosales torres se balanceaban con igual gravedad sobre sus bases cuadradas.

Aquel extraño aquelarre me parecía la cosa más natural del mundo, y no me sorprendía, porque yo mismo me veía suavemente agitado, como si me hallara en un columpio. Sentía una especie de placer nervioso, del que me sería imposible dar la menor idea. El coro catedralicio me pareció frío, como si en él hubiera reinado el invierno, y vi en él una multitud de mujeres vestidas de blanco, pero inmóviles... No hacían ningún ruido. Eran como sombras. Algunos incensarios derramaban una suave fragancia que penetraba hasta mi alma regocijándola. Los cirios flamearon. ¡El facistol, tan alegre como un chantre borracho, saltaba como un sombrero chino!...

A fuerza de contemplar aquel maravilloso espectáculo comprendí que la catedral giraba sobre sí misma con tal rapidez que cada objeto parecía permanecer en su sitio... El colosal Cristo, fijo sobre el altar, brillaba y me sonreía con una benevolencia maliciosa que me volvió temeroso.

Entonces dejé de contemplarlo para admirar a lo lejos un vapor azulado que, deslizándose entre los pilares blancos, les imprimía una gracia indescriptible. Había seductoras figuras de mujeres que sonreían en todos los frisos, niños que gritaban y batían las alas sosteniendo gruesas columnas... Me sentía elevado por una fuerza divina, estaba sumergido en una alegría infinita, en un éxtasis blando, dulce; y, para prolongar su duración, creo que habría dado mi vida cuando de pronto una voz chillona me dijo al oído:

—¡Despierta, soy yo!...

Era una mujer esquelética que me agarró la mano y comunicó el más horrible de los fríos a

todos mis nervios.

Estaba decrepita y flaca; sus huesos se veían a través de una piel arrugada; su rostro, lívido y de una palidez verdosa, era ganchudo. Aquella viejecita fría llevaba un vestido negro que arrastraba por el polvo; además, en el cuello me fijé en algo blanco que no me atreví a examinar. Al caminar, sus huesos crujían como los de un esqueleto. Sus ojos fijos, elevados hacia el cielo, solo permitían ver el blanco de los ojos. Me arrastraba a través de la iglesia y marcaba el lugar de su paso con cenizas que le caían del vestido. A medida que avanzábamos, yo oía a mi espalda el repique de una campanilla cuyos sones llenos de acritud retumbaban en mi cerebro como los de una penetrante armónica.

—¡Hay que sufrir!..., ¡hay que sufrir! —me decía.

Salimos de la iglesia, atravesamos las calles de la ciudad, calles estrechas embarradas; luego, me hizo entrar en una casa oscura a la que me atrajo gritándome con su voz de timbre cascado como el de una campana rota:

—¡Defiéndeme!... ¡Defiéndeme!...

Subimos por una escalera tortuosa. Después de que ella llamase a una puerta oscura, un hombre mudo, semejante a los esbirros de la Inquisición, nos abrió; pronto nos encontramos en una habitación revestida de viejas tapicerías agujereadas, llena de ropas viejas, de muselinas ajadas y de cobres desdorados.

—¡Aquí tienes eternas riquezas! —dijo ella.

Me estremecí de horror al ver entonces con claridad, a la luz de una larga antorcha y de dos cirios, que aquella mujer debía de haber salido recientemente de un cementerio. Su vestido ocultaba un sudario.

No tenía cabellos. Quise huir, ella movió su brazo esquelético, me rodeó con un aro de hierro armado de clavos; y, cuando hacía ese movimiento, un grito lanzado por millones de voces resonó a nuestro lado...

—¡Quiero hacerte feliz para siempre! —me dijo—. ¡Eres mi hijo!

Estábamos sentados ante una chimenea cuyas cenizas ya se habían enfriado, y la viejecita me estrechaba la mano con tal fuerza que hube de quedarme allí. Entonces la miré fijamente, y traté de adivinar la historia de su vida examinando todos los harapos en medio de los cuales se pudría.

Pero ¿existía aquella mujer?... Realmente era un misterio.

Comprendí que, en otro tiempo, debía de haber sido joven y bella, y de haber estado adornada con todas las gracias de la sencillez, auténtica estatua griega, blanca, de frente virginal.

—¡Ay, ay! —le dije—. ¡Ahora te reconozco!... ¡Desgraciada!... ¿Por qué has prostituido a los hombres? Enriquecida en la edad de las pasiones, olvidaste tu pura y suave juventud, tus devociones sublimes, tus costumbres inocentes, tus creencias fecundas, y abdicaste tu poder primitivo, tu supremacía totalmente intelectual a cambio de los poderes de la carne. Entonces, abandonando tus vestidos de lino, tu cama de musgo, tus grutas iluminadas por divinas luces, ¡resplandeciste de diamantes, de lujo y de lujuria!... ¡Audaz, altiva, queriéndolo todo, obteniéndolo todo y derribando todo a tu paso, como una prostituta en boga que corre a la Ópera, fuiste sanguinaria como una reina embrutecida de placer!... ¿No recuerdas haber sido a menudo estúpida por momentos, y luego, de pronto, maravillosamente inteligente, a ejemplo de un joven periodista que sale de una orgía?

»En fin, poeta, pintora, cantante, enamorada de las ceremonias espléndidas, ¿acaso no

protegieste las artes por capricho, y solo para dormir bajo artesanados magníficos?

»Un día, fantasiosa e insolente, tú, que debías ser casta y modesta, ¿no sometiste todo a tus zapatillas, y no las lanzaste a la cabeza de los soberanos que tenían en este mundo el poder, el dinero y el talento?

»En fin, ¿no jugaste, como Ninon, con tu hijo<sup>94</sup>? ¡Él te mató!...

»Insultando al hombre y alegrándote al ver hasta dónde llegaba la necedad humana, unas veces ordenabas a tus amantes que caminasen a cuatro patas, que te entregasen sus bienes, sus tesoros, ¡sus mujeres incluso cuando valían algo! ¡Sin motivo, devoraste a millones de hombres!... ¡Los lanzaste como nubes arenosas de Occidente a Oriente!... ¡Bajaste de las alturas del pensamiento para sentarte al lado de los reyes! Mujer, en lugar de consolar a los hombres, ¡los atormentaste y afligiste!

»Segura de conseguirlos, ¡exigías sangre! Podías, sin embargo, contentarte con un poco de harina, pues fuiste criada con pasteles y con vino aguado.

»Original en todo, en el pasado prohibiste a tus amantes agotados comer, y no comían.

»¿Por qué llevabas tu extravagancia hasta querer lo imposible, y, como una mujer echada a perder por sus adoradores, por qué enloqueciste con necedades y no desengañaste a la gente que las encontraba seductoras y explicaba o justificaba todos tus errores?

»¡Al fin tuviste tus últimas pasiones! Y, terrible como el amor de una mujer de cuarenta años, rugiste, quisiste estrechar el universo entero en un último abrazo; y el universo, que te pertenecía, se te ha escapado.

»Luego, tras los jóvenes, han venido a tus pies los viejos, los impotentes, que te han vuelto horrorosa, y, sin embargo, algunos hombres de vista de águila te decían con una mirada:

—Perecerás sin gloria, porque has engañado, porque has faltado a tus promesas de doncella. En lugar de ser un ángel de frente serena, y de sembrar la vida y la felicidad a tu paso, has sido una Mesalina<sup>95</sup> que amaba el circo y la lujuria, y abusaste de tu poder... Ya no puedes volver a ser virgen, necesitarías un amo... Llega tu hora... Ya sientes la muerte... Tus herederos te creen rica; te matarán y no recogerán nada. Trata al menos de tirar esos harapos que ya no están de moda; vuelve a ser lo que fuiste en el pasado. Pero no, ¡te has suicidado!...

»¿No es esa tu historia? —le dije para terminar—, vieja caduca, desdentada, fría, ahora olvidada, y que pasa sin conseguir una mirada... ¿Por qué sigues viviendo? ¿Qué haces con tu ropa de litigante que ya no excita el deseo de nadie?... ¿Dónde está tu fortuna?... ¿Por qué la has disipado?... ¿Dónde tus tesoros?... ¿Has hecho algo hermoso?...

A esta pregunta, la viejecita se irguió sobre sus huesos, se deshizo de sus harapos, creció, se iluminó, sonrió y salió de su negra crisálida; luego, como una mariposa recién nacida, apareció ante mí blanca y joven, vestida de lino. Sus cabellos de oro flotaron sobre sus seductores hombros; sus ojos centellearon; una nube luminosa la rodeó; revoloteó un círculo de oro sobre su cabeza; ella hizo un gesto hacia el espacio agitando una larga palma verde.

Al punto vi a lo lejos millares de catedrales semejantes a la que acababa de dejar, pero adornadas con cuadros y frescos; luego oí en ellas conciertos arrebatadores. En torno a esos monumentos se agitaban miles de hombres como hormigas en sus hornigueros. Unos, urgidos por salvar libros y copiar manuscritos; otros, sirviendo a los pobres, casi todos estudiando; y del seno de aquellas innumerables muchedumbres surgían estatuas colosales, levantadas por ellos. Al resplandor fantástico proyectado por una luminaria tan grande como el sol, leí sobre el zócalo de

aquellas estatuas: HISTORIA, CIENCIAS, LITERATURAS. En fin, todos los nombres con los que los hombres de esta época clasifican las colecciones de ideas de las que están orgullosos.

Se apagó la luz y de nuevo me encontré ante la joven que, de forma gradual, retornó a su fría envoltura, a sus harapos mortuorios, y volvió a hacerse vieja.

Un familiar le trajo un poco de polvo, para que renovase las cenizas de su calentador, pues el tiempo era frío; luego, le encendió, a ella que había tenido miles de velas en sus palacios, una pequeña lamparilla para que pudiera leer sus plegarias durante la noche.

Esa era la situación crítica en que vi a la más bella, a la más amplia, a la más verdadera, a la más fecunda de todas las fuerzas.

—¡Despierte, señor, se van a cerrar las puertas! —me dijo una voz ronca.

Al volverme, vi la horrible cara del repartidor de agua bendita. Me había sacudido por el brazo. Encontré la catedral húmeda, y totalmente sepultada en la sombra, como un hombre envuelto en una capa...

Mientras caminaba por la orilla del río, aún creía sentir la iglesia bailando debajo de mí.

París, febrero de 1831<sup>96</sup>

# THÉOPHILE GAUTIER

## LA CAFETERA

### LA CAFETIÈRE

Cuento fantástico<sup>97</sup>

#### I

El año pasado fui invitado, igual que dos de mis compañeros de taller, Arrigo Cohic y Pedrino Borgnioli, a pasar unos días en una finca en lo más profundo de Normandía.

Al tiempo, que cuando partimos prometía ser magnífico, se le ocurrió cambiar de repente, y cayó tanta lluvia que las cañadas por las que avanzábamos eran como el lecho de un torrente.

Nos hundíamos en el barro hasta las rodillas, una espesa capa de tierra pringosa se había pegado a las suelas de nuestras botas, y su peso aminoraba tanto nuestros pasos que no llegamos al lugar de nuestro destino hasta una hora después de la puesta de sol.

Estábamos agotados; por eso, nuestro anfitrión, al ver los esfuerzos que hacíamos para reprimir nuestros bostezos y mantener los ojos abiertos, hizo que nos condujeran a cada uno a nuestra habitación en cuanto terminamos de cenar.

La mía era amplia; al entrar en ella sentí una especie de escalofrío febril, pues me pareció que entraba en un mundo nuevo.

De hecho, uno habría podido creerse en tiempos de la Regencia al ver los dinteles de Boucher<sup>98</sup> que representaban las cuatro estaciones, los muebles recargados con adornos de rocalla del peor gusto, y los tremós de los espejos torpemente esculpidos.

No había nada desordenado. El tocador, cubierto de estuches para peines y de borlas para empolvar, parecía haber sido utilizado la víspera. Dos o tres vestidos de colores tornasolados y un abanico sembrado de lentejuelas de plata cubrían el entarimado bien encerado; y, para mi gran asombro, una tabaquera de concha abierta sobre la chimenea estaba llena de tabaco todavía fresco.

Solo me fijé en estas cosas después de que el criado, tras depositar su palmatoria en la mesilla de noche, me hubo deseado un buen sueño, y, lo confieso, empecé a temblar como una hoja. Me

desvestí a toda prisa, me acosté, y, para acabar con aquellos tontos temores, cerré enseguida los ojos volviéndome hacia la pared.

Pero me resultó imposible permanecer en esa posición; bajo mi cuerpo el lecho se agitaba como una ola, mis párpados se retiraban con violencia hacia arriba. Me vi obligado a volverme y mirar.

El fuego que brillaba lanzaba reflejos rojizos en la estancia, de suerte que apenas podían distinguirse los personajes de los tapices y los rostros de los tiznados retratos colgados de la pared.

Eran los antepasados de nuestro anfitrión, caballeros cubiertos de acero, consejeros con peluca y bellas damas de rostro maquillado y cabellos empolvados de blanco que sostenían una rosa en la mano.

De pronto el fuego cobró un extraño grado de actividad; un fulgor macilento iluminó el cuarto, y vi con toda claridad que lo que había tomado por simples pinturas era la realidad; porque las pupilas de aquellos seres enmarcados se movían, centelleaban de una forma singular; sus labios se abrían y cerraban como los labios de personas que hablan, aunque yo solo oyera el tictac del reloj de péndulo y el silbido del cierzo de otoño.

Un terror insuperable se apoderó de mí, mis cabellos se erizaron sobre mi frente, mis dientes castañetearon hasta romperse y un sudor frío inundó todo mi cuerpo.

El reloj dio las once. La vibración del último toque resonó largo rato, y cuando se apagó del todo...

¡Oh!, no, no me atrevo a decir lo que ocurrió, nadie me creería, y me tomarían por loco.

Las velas se encendieron solas; el fuelle, sin que ningún ser visible le imprimiese movimiento, se puso a soplar el fuego, con estertores de viejo asmático, mientras las tenazas hurgaban en los tizones y la pala levantaba las cenizas.

Luego una cafetera se tiró hasta el pie de una mesa en la que estaba puesta, y, renqueando, se dirigió hacia la lumbre, donde ella misma se instaló entre los tizones.

Pocos instantes después, los sillones empezaron a estremecerse y, agitando sus retorcidas patas de una manera sorprendente, fueron a colocarse alrededor de la chimenea.

## II

No sabía qué pensar de lo que estaba viendo; pero lo que me quedaba por ver era todavía mucho más extraordinario.

Uno de los retratos, el más antiguo de todos, el de un gordo mofletudo de barba gris que se parecía, hasta confundirse, con la idea que me he hecho del viejo *sir* John Falstaff<sup>99</sup>, sacó, gesticulando, la cabeza de su marco y, tras grandes esfuerzos, después de haber hecho pasar sus hombros y su vientre panzudo entre las estrechas tablas del marco, saltó pesadamente al suelo.

Aún no había recuperado yo el aliento cuando sacó del bolsillo de su jubón una llave de un tamaño notablemente pequeño; sopló dentro para asegurarse de que el foramen estaba bien limpio, y la aplicó a todos los cuadros, uno tras otro.

Y todos los marcos se ensancharon para dejar pasar fácilmente a las figuras que encerraban.

Pequeños abades rubicundos, nobles viudas secas y amarillas, magistrados de aspecto grave envueltos en grandes ropones negros, petimetres con medias de seda, calzón de lana, con la punta



de la espada en alto, todos estos personajes ofrecían un espectáculo tan extraño que, a pesar de mi terror, no pude dejar de reírme.

Estos dignos personajes se sentaron; la cafetera dio un leve salto hasta la mesa. Tomaron café en unas tazas de Japón blancas y azules, que acudieron de manera espontánea desde la parte superior de un escritorio, provista cada una de un terrón de azúcar y una cucharilla de plata.

Una vez tomado el café, tazas, cafetera y cucharillas desaparecieron a una, y empezó la conversación, sin duda la más curiosa que nunca yo haya oído, pues ninguno de aquellos extraños conversadores miraba al otro al hablar; todos tenían los ojos fijos en el reloj de péndulo.

Yo mismo no podía apartar la mirada ni dejar de seguir la aguja que caminaba hacia medianoche a pasos imperceptibles.

Por fin sonaron las doce. Entonces, una voz, cuyo timbre era exactamente el del reloj, se dejó oír y dijo:

—¡Es la hora, hay que bailar!

Todos los presentes se levantaron. Los sillones retrocedieron por sí solos; entonces, cada caballero tomó la mano de una dama, y la misma voz dijo:

—¡Vamos, señores de la orquesta, empiecen!

He olvidado decir que el motivo de los tapices era un concierto italiano en un lado, y en el otro una cacería de ciervos donde varios criados tocaban el cuerno. Los monteros y los músicos, que, hasta entonces, no habían hecho ningún gesto, inclinaron la cabeza en señal de adhesión.

El maestro alzó su batuta, y una armonía viva y bailable salió desde los dos extremos de la sala. Primero se bailó el minué.

Pero las notas rápidas de la partitura ejecutada por los músicos conciliaban mal con aquellas graves reverencias; por eso, cada pareja de bailarines empezó, al cabo de unos minutos, a hacer piruetas como una peonza alemana. Los vestidos de seda de las mujeres, arrugados en aquel torbellino danzante, emitían sonidos de una naturaleza particular; se hubiera dicho que sonaba como el ruido de las alas de un vuelo de palomos. El viento que se introducía por debajo los hinchaba de manera prodigiosa, de tal modo que parecían campanas al vuelo.

El arco de los virtuosos pasaba con tal rapidez sobre las cuerdas que de ellas brotaban chispas eléctricas. Los dedos de los flautistas subían y bajaban como si hubieran sido de azogue; las mejillas de los monteros estaban infladas como globos, y todo aquello formaba un diluvio de notas y de trinos tan apresurados y de gamas ascendentes y descendentes tan enredadas y tan inconcebibles que ni los mismos demonios habrían podido seguir dos minutos semejante compás.

Por eso resultaba penoso ver todos los esfuerzos de aquellos bailarines para seguir el compás. Saltaban, hacían cabriolas, *ronds de jambe*, *jetésbattus* y *entrechats*<sup>100</sup> de tres pies de altura, tanto que el sudor, que les caía desde la frente hasta los ojos, se llevaba los lunares postizos y el maquillaje. Pero, por más que hicieran, la orquesta siempre se les adelantaba tres o cuatro notas.

El reloj dio la una; se detuvieron. Vi algo que se me había escapado: una mujer que no bailaba.

Estaba sentada en una butaca en el rincón de la chimenea, y ni por asomo parecía tomar parte en lo que pasaba a su alrededor.

Nunca, ni siquiera en sueños, se había presentado a mis ojos nada tan perfecto; una piel de una blancura deslumbrante, unos cabellos de un rubio ceniciento, largas pestañas y unos iris azules tan claros y tan transparentes, que a través de ellos veía yo su alma con tanta nitidez como un guijarro

en el fondo de un arroyo.

Y sentí que, si alguna vez llegaba a amar a alguien, sería a ella. Salté precipitadamente de la cama, de donde hasta entonces no había podido moverme, y me dirigí hacia ella, guiado por algo que actuaba en mí sin que pudiera darme cuenta; y me encontré a sus rodillas, con una de sus manos en las mías, hablándole como si la conociera desde hacía veinte años.

Sin embargo, por un prodigio muy extraño, mientras le hablaba, yo acompañaba con una oscilación de cabeza la música, que no había dejado de sonar; y, aunque estuviera en el colmo de la felicidad por conversar con tan bella persona, los pies me ardían en deseos de bailar con ella.

Pero no me atrevía a proponérselo. Al parecer ella comprendió lo que yo quería porque, alzando hacia la esfera del reloj la mano que yo no sujetaba, dijo:

—Cuando la aguja llegue allí, ya veremos, mi querido Théodore.

No sé cómo ocurrió, pero no me sorprendió en absoluto oírme llamar de aquella forma por mi nombre, y seguimos hablando. Por fin, sonó la hora indicada, la voz de timbre de plata volvió a vibrar en la estancia y dijo:

—Angéla, puede usted bailar con el señor, si eso le apetece, pero ya sabe lo que pasará.

—No importa —respondió Angéla en un tono mohíno.

Y pasó su brazo de marfil alrededor de mi cuello.

—*Prestissimo!* —gritó la voz.

Y empezamos a bailar un vals. El seno de la joven tocaba mi pecho, su mejilla aterciopelada rozaba la mía y su suave aliento flotaba sobre mi boca.

Nunca en mi vida había sentido una emoción semejante; mis nervios vibraban como resortes de acero, mi sangre corría por mis arterias como un torrente de lava, y oía palpar mi corazón como un reloj prendido de mis orejas.

Sin embargo, aquel estado no tenía nada de penoso. Me sentía inundado por una alegría inefable y habría querido seguir siempre así, y, cosa notable, aunque la orquesta hubiera triplicado su velocidad, no teníamos necesidad de hacer ningún esfuerzo para seguirla.

Los asistentes, maravillados por nuestra agilidad, lanzaban bravos y aplaudían con todas sus fuerzas, aunque sus manos no emitían ningún sonido.

Angéla, que hasta entonces había valsado con una energía y una precisión sorprendentes, pareció de pronto sentirse fatigada; pesaba sobre mi hombro como si se hubiera quedado sin piernas; sus piececitos, que un minuto antes rozaban el entarimado, ahora se separaban de él despacio, como si los hubieran cargado con una masa de plomo.

—Angéla, está usted cansada —le dije—, descansemos.

—Sí, descansemos —respondió enjugándose la frente con su pañuelo—. Pero mientras nosotros valsábamos, todos se han sentado; ya no queda más que un sillón, y somos dos.

—¿Qué importa eso, ángel mío? Yo la sentaré en mis rodillas.

### III

Sin poner la menor objeción, Angéla se sentó, rodeándome con sus brazos como con un chal blanco, ocultando su cabeza en mi pecho para calentarse un poco, porque se había quedado fría como el mármol.

No sé cuánto tiempo estuvimos en esa posición, pues todos mis sentidos estaban absortos en la

contemplación de aquella misteriosa y fantástica criatura.

Yo no tenía ya la menor idea de la hora ni del lugar; el mundo real había dejado de existir para mí, y todos los lazos que me ataban a él estaban rotos; mi alma, liberada de su prisión de barro, nadaba en el vacío y el infinito; comprendía lo que ningún hombre puede comprender, los pensamientos de Angéla se me revelaban sin que ella tuviese necesidad de hablar; porque su alma brillaba en su cuerpo como una lámpara de alabastro, y los rayos salidos de su pecho atravesaban el mío de parte a parte.

Cantó la alondra, un fulgor pálido reverberó en las cortinas.

Tan pronto como Angéla lo vio, se levantó precipitadamente, me hizo un gesto de despedida y, después de dar unos pasos, lanzó un grito y se desplomó.

Sobrecogido de espanto, me abalancé para levantarla... Mi sangre se coagula con solo pensar en ello; únicamente encontré la cafetera rota en mil pedazos.

Al ver aquello, convencido de que había sido juguete de alguna ilusión diabólica, se apoderó de mí tal espanto que me desmayé.

#### IV

Cuando recobré el conocimiento, me encontraba en mi cama; Arrigo Cohic y Pedrino Borgnioli estaban de pie a mi cabecera.

Tan pronto como abrí los ojos, Arrigo exclamó:

—¡Ah, menos mal! Llevo casi una hora frotándote las sienes con agua de Colonia. ¿Qué diablo has hecho esta noche? Por la mañana, al ver que no bajabas, he entrado en tu cuarto, y te he encontrado tirado en el suelo cuan largo eres, vestido a la francesa<sup>101</sup>, abrazado a un trozo de porcelana rota, como si fuera una joven y bella muchacha.

—¡Vaya! Pero si es el traje de boda de mi abuelo —dijo el otro levantando uno de los faldones de seda de tono rosa con rameados verdes—. Estos son los botones de estrás y filigrana que tanto nos ponderaba. Théodore lo habrá encontrado en algún rincón y se lo habrá puesto para divertirse. Pero ¿por qué te has sentido mal? —añadió Borgnioli—. Eso está bien para una damisela de blancos hombros; se le afloja el corsé, se le quitan los collares y el chal, y ya tenemos una buena ocasión para hacer carantoñas.

—Solo ha sido uno de mis desmayos, a los que soy propenso.

Me levanté y me despojé de mi ridículo atuendo.

Y luego almorzamos.

Mis tres compañeros comieron mucho y bebieron todavía más; yo apenas comí; el recuerdo de lo que había pasado me causaba extrañas distracciones.

Acabado el almuerzo, como llovía a cántaros, no hubo manera de salir; cada uno se entretuvo como pudo. Borgnioli tamborileó marchas guerreras en los cristales; Arrigo y nuestro anfitrión jugaron una partida de damas; yo saqué de mi álbum una hoja de vitela y me puse a dibujar.

Las líneas casi imperceptibles trazadas por mi lápiz, sin que yo hubiera pensado en ello ni por asomo, resulta que representaron con la exactitud más maravillosa la cafetera que tan importante papel había desempeñado en las escenas de la noche.

—Es sorprendente cómo se parece esta cabeza a mi hermana Angéla —dijo el anfitrión, que, acabada su partida, me miraba trabajar por encima del hombro.

En efecto, lo que hacía un momento me había parecido una cafetera era en realidad el perfil dulce y melancólico de Ángela.

—¡Por todos los santos del paraíso! ¿Está muerta o viva? —exclamé en un tono de voz trémulo, como si mi vida hubiera dependido de su respuesta.

—Murió, hace dos años, de una pulmonía, después de un baile<sup>102</sup>.

—¡Ay! —respondí con dolor.

Y, conteniendo una lágrima que estaba a punto de caer, volví a colocar el papel en el álbum.

¡Acababa de comprender que para mí ya no había felicidad en la tierra!

# PHILARÈTE CHASLES

## EL OJO SIN PÁRPADO

### L'ŒIL SANS PAUPIÈRE

—¡Hallowe'en, Hallowe'en! —gritaban todos—. ¡Esta es la noche de la santa, la gran noche de los *skelpies*<sup>103</sup> y de las *fairies*<sup>104</sup>! Carrick, y tú, Colean, ¿venís? Todos los campesinos de Carrick-Border están allí, y también vendrán nuestras Megs y nuestras Jeannies. Llevaremos buen whisky en cantimploras, cerveza espumosa y sabroso *parritch*<sup>105</sup>. Hace buen tiempo; brillará la luna; amigos, nunca habrán visto las ruinas de Cassilis-Downaus una reunión más alegre.

Así hablaba Jock Muirland, granjero, viudo y todavía joven. Como la mayoría de los campesinos escoceses, era teólogo, algo poeta, gran bebedor, y sin embargo frugal. Lo rodeaban Murdock, Will Lapraik y Tom Duckat. La conversación tenía lugar cerca de la aldea de Cassilis.

Probablemente no sabéis qué es Hallowe'en: es la noche de las hadas; tiene lugar hacia mediados de octubre. Entonces se consulta al brujo de la aldea; entonces todos los espíritus traviesos danzan en los matorrales, cruzan los campos cabalgando los pálidos rayos de la luna. Es el carnaval de los genios y los gnomos. Entonces no hay gruta ni roca que no tenga su baile y su fiesta, no hay flor que no se estremezca al soplo de una sílfide, no hay madre de familia que no cierre con cuidado su puerta por miedo a que el *spunkie*<sup>106</sup> robe el almuerzo del día siguiente, y no inmolen a sus travesuras la comida de los niños que duermen abrazados en la misma cuna.

Así era la noche solemne, mezcla de capricho fantástico y de un secreto terror, que iba a elevarse sobre las colinas de Cassilis. Imaginad un terreno montañoso que se ondula como el mar, y cuyas numerosas colinas están tapizadas de un musgo verde y brillante; a lo lejos, sobre un pico escarpado, las almenadas murallas del castillo en ruinas, cuya capilla, privada de su tejado, se conserva casi intacta y hace surgir en el éter puro sus delgadas pilastras, esbeltas como ramas en invierno y despojadas de su follaje. En ese cantón la tierra es estéril. La dorada retama sirve allí de refugio a la liebre; la roca parece desnuda hasta donde se pierde la vista. El hombre que solo reconoce un poder supremo en la desolación y el terror mira estos terrenos estériles como marcados por el sello mismo de la Divinidad. La bondad fecunda e inmensa del Altísimo nos inspira poca gratitud; es su castigo y su rigor lo que adoramos.

Los *spunkies* danzaban, pues, sobre la hierba escasa de Cassilis, y la luna, que había salido, parecía ancha y roja a través de la vidriera rota del gran pórtico de la capilla. Parecía suspendida

allí como un gran rosetón de color amaranto, sobre el que se dibujaban unos restos de trébol de piedra mutilada. Los *spunkies* danzaban.

¡El *spunkie*! Es una cabeza de mujer, blanca como la nieve, con largos cabellos llameantes. Bellas alas y ropajes sostenidos por delgadas y elásticas fibras se unen, no en la espalda, sino en el brazo blanco y delgado cuyo contorno siguen. El *spunkie* es hermafrodita; a un rostro femenino une esa elegancia esbelta y frágil de la primera adolescencia viril. El *spunkie* no tiene más vestido que sus alas, tejido fino y sutil, liviano y ceñido, impenetrable y ligero como el ala del murciélago. Una tonalidad parduzca, fundida en un púrpura azulado, centellea sobre ese vestido natural que se repliega alrededor del *spunkie* en reposo, como los pliegues del estandarte alrededor del asta que lo lleva. Largos filamentos, que parecen acero bruñido, sostienen esos largos velos con que se cubre el *spunkie*; unas garras de acero arman sus extremidades. ¡Ay del ama de casa que se aventure de noche cerca del pantano donde está agazapado el *spunkie*, o en el bosque que recorre!

La ronda de los *spunkies* se iniciaba a orillas del Doon cuando la alegre compañía (mujeres, niños y muchachas) se acercó. Los duendes desaparecieron al instante. Al desplegarse al mismo tiempo, todas aquellas grandes alas oscurecieron el aire. Hubierais pensado en una bandada de pájaros alzando de repente el vuelo desde el centro de los ruidosos cañaverales. La claridad de la luna se veló por un momento; Muirland y sus compañeros se detuvieron.

—¡Tengo miedo! —gritó una joven.

—¡Bah! —contestó el granjero—. Son patos silvestres que salen volando.

—Muirland —le dijo el joven Colean en tono de reproche—, acabarás mal; no crees en nada.

—Quememos nuestras nueces y casquemos las avellanas —replicó Muirland sin prestar atención al reproche de su compañero—; sentémonos aquí y vaciemos las cestas. Este es un buen refugio; la roca nos cubre, el césped nos ofrece un blando lecho. Ni el diablo mayor me turbaría en mis meditaciones, que van a salir de estos jarros y de estas botellas.

—Pero los *bogillies*<sup>107</sup> y los *brownillies*<sup>108</sup> pueden encontrarnos aquí —dijo tímidamente una joven.

—¡Que el *cranreuch*<sup>109</sup> se los lleve! —interrumpió Muirland—. Rápido, Lapraik, enciende aquí, junto a la roca, un fuego de hojas secas y ramas; calentaremos el whisky; y, si las mozas quieren saber qué marido les reserva el buen Dios o el Diablo, aquí tenemos con qué satisfacerlas. Bome Lesley nos ha traído espejos, avellanas, semilla de lino, platos y manteca. *Lasses*<sup>110</sup>, ¿no es eso todo lo que necesitáis para vuestras ceremonias?

—Sí, sí —respondieron las *lasses*.

—Pero primero bebamos —continuó el granjero, que, por su carácter dominante, su fortuna, su bodega bien provista, su granero lleno de trigo y sus conocimientos agrícolas, había conseguido cierta autoridad en el cantón.

Debéis saber, amigos míos, que, de todos los países del mundo, aquel en el que las clases inferiores tienen al mismo tiempo más instrucción y más supersticiones es Escocia. Preguntad a Walter Scott, ese sublime campesino escocés que solo debe su grandeza a esa facultad que recibió de Dios de representar simbólicamente todo el genio nacional. En Escocia se cree en todos los gnomos, y en las cabañas se discute sobre temas de abstracta filosofía. La noche de Hallowe'en está consagrada de manera especial a la superstición. En esa fecha se reúnen para descubrir el porvenir. Los ritos necesarios para lograr ese resultado son conocidos e inviolables. No hay

religión más estricta en sus observancias. Era sobre todo esa ceremonia llena de interés, en la que cada uno es a la vez sacerdote y brujo, la que los habitantes de Cassilis miraban como el objetivo de su excursión y solaz de su noche. Esa magia rústica tiene un encanto indecible. Se detiene, por así decir, en el punto limítrofe de la poesía y la realidad; se comunica con las potencias infernales, sin renegar por completo de Dios; se transmutan en objetos sagrados y mágicos los objetos más vulgares; con una espiga de trigo y una hoja de sauce se crean esperanzas y terrores.

Quiere la costumbre que no se empiecen los encantamientos de Hallowe'en hasta que toquen la media noche, la hora en la que toda la atmósfera está invadida por los seres sobrehumanos, y en la que no solo los *spunkies*, primeros actores del drama, sino todos los batallones de la hechicería escocesa llegan para tomar posesión de sus dominios. Nuestros campesinos, reunidos a las nueve, pasaron el tiempo bebiendo, cantando esas antiguas y deliciosas baladas en las que su lenguaje melancólico e ingenuo armoniza tan bien con un ritmo entrecortado, con una melodía que desciende de cuarta en cuarta, a través de extraños intervalos, con un singular empleo del estilo cromático. Las mozas, con sus abigarrados gabanes escoceses y sus vestidos de sarga, de una limpieza admirable; las mujeres, con la sonrisa en los labios; los niños, adornados con ese bello lazo rojo anudado en la rodilla, que les sirve de liga y de aderezo; los jóvenes, cuyo corazón latía más deprisa a medida que se acercaba el momento misterioso en que iba a ser consultado el destino; y uno o dos ancianos a los que la sabrosa cerveza devolvía la alegría de sus años mozos, formaban un grupo lleno de interés, que Wilkie<sup>111</sup> hubiera querido pintar, y que habría hecho en Europa las delicias de todas las almas todavía accesibles, entre tantas emociones febriles, a las delicias de un sentimiento verdadero y profundo.

Muirland, sobre todo, se entregaba por completo a la ruidosa alegría que burbujeaba con la espesa espuma de la cerveza y se comunicaba a todos los presentes.

Era uno de esos caracteres que la vida no consigue domar; uno de esos hombres de inteligencia vigorosa que luchan contra el cierzo y la tormenta. Una joven del cantón, que había unido su destino al de Muirland, había muerto de parto tras dos años de matrimonio; y Muirland había jurado no volver a casarse nunca. En la vecindad nadie ignoraba la causa de la muerte de Tuilzie; fueron los celos de Muirland. Tuilzie, delicada niña, apenas contaba dieciséis años cuando se casó con el granjero. Lo amaba y no conocía la violencia de aquella alma, el furor con que podía animarse, el tormento diario que podría infligirle a ella misma y a los demás. Jock Muirland era celoso; la ternura ingenua de su joven compañera no lo tranquilizaba. Un día, en el corazón del invierno, la envió a Edimburgo para alejarla de las presuntas seducciones de un joven *laird*<sup>112</sup> que había tenido el capricho de pasar la estación invernal en sus tierras.

Todos los compañeros del granjero, e incluso el cura, no le ahorraron amonestaciones; él no respondía nada, salvo que amaba apasionadamente a Tuilzie, y que era el mejor juez sobre lo que podía contribuir a la felicidad de su hogar. Bajo el rústico techo de Jock había con frecuencia lamentos, gritos, sollozos que se oían fuera; el hermano de Tuilzie había ido para hacer ver a su cuñado que su conducta era imperdonable; la consecuencia de aquella visita había sido una violenta pelea; la joven se marchitaba poco a poco. Finalmente, la pena que la consumía se la llevó. Muirland cayó en una desesperación profunda que duró varios años; pero como en este mundo todo es pasajero, mientras juraba que seguiría viudo, había olvidado poco a poco el recuerdo de aquella de la que había sido involuntario verdugo. Las mujeres, que durante varios años lo habían visto horrorizadas, habían terminado perdonándole; y la noche de Hallowe'en volvía a encontrarlo como había sido en el pasado, jovial, cáustico, divertido, buen bebedor y



fecundo narrador de cuentos excelentes, experto en bromas rústicas, en canciones ruidosas que animaban la reunión nocturna y alimentaban su buen humor.

Ya había acabado con la mayoría de las viejas romanzas de los orígenes cuando sonaron las doce campanas de medianoche y se propagó a lo lejos el eco de sus vibraciones. Habían bebido copiosamente. Llegaba el momento de las supersticiones habituales. Todo el mundo, salvo Muirland, se levantó.

—¡Vamos a buscar el *kail*<sup>113</sup>, vamos a buscar el *kail*! —gritaron.

Chicos y chicas se diseminaron por el campo y volvieron uno tras otro trayendo cada uno una raíz arrancada del suelo: era el *kail*. Hay que sacar la primera planta que se presente en vuestro camino; si la raíz es recta, vuestra esposa o vuestro marido serán bien parecidos y amables; si la raíz está torcida, os casaréis con alguien contrahecho. Si de los filamentos cuelgan restos de tierra, vuestro hogar será fecundo y feliz; si vuestra raíz está limpia y es delgada, el matrimonio no durará mucho. Imaginad las carcajadas, el alegre estrépito, las bromas aldeanas a que daba lugar esa búsqueda conyugal; se empujaban, se agolpaban; se comparaban los resultados de las investigaciones; hasta los niños pequeños tenían su *kail*.

—¡Pobre Will Haverel! —exclamó Muirland, mirando la raíz que sostenía en la mano un joven—. Tu mujer será una falsa; tu *kail* se parece al rabo de mi cerdo.

Luego se sentaron en corro y se pusieron a probar el sabor de cada raíz; una raíz amarga indica un marido malvado; una raíz azucarada, un marido imbécil; una raíz aromática, un esposo de buen carácter. A esta gran ceremonia sucedió la del *tap-pickle*: las jóvenes, con los ojos vendados, van a recoger tres espigas de trigo. Si resulta que a la espiga de una de ellas le falta el grano, no se duda de que el marido futuro de la aldeana tendría que perdonarle alguna debilidad cometida antes de la hora nupcial. ¡Oh, Nelly! ¡Oh, Nelly!, tus tres espigas estaban sin su *tap-pickle* a la vez, y no te ahorraron las burlas. Es cierto que la misma víspera el *fause-house*, o granero de reserva, había sido testigo de una conversación muy larga entre tú y Robert Luath.

Muirland los miraba sin intervenir activamente en sus juegos.

—¡Las avellanas! ¡Las avellanas! —gritaron.

Sacaron del cesto un saquito lleno de avellanas, y se acercaron al fuego que no habían dejado de alimentar. La luna brillaba pura y casi radiante. Todos tomaron su avellana. Este hechizo es célebre y venerado. Se forman las parejas; se da a la avellana que se ha elegido su propio nombre; y se pone en el fuego al mismo tiempo la avellana bautizada con el nombre de su novia y la suya propia. Si las dos avellanas arden tranquilamente, una al lado de otra, la unión será larga y apacible; pero si las avellanas estallan y se separan al arder, desavenencia y separación en el matrimonio. A menudo es la muchacha la que se encarga de colocar en el fuego el doble símbolo al que está unida toda su alma; ¡y qué dolor cuando se produce ese divorcio, y su futuro marido se lanza chisporroteando lejos de su compañera!

Sonaba la una, y los campesinos no se cansaban de consultar sus oráculos místicos. El terror y la fe que acompañaban a esos hechizos les prestaban un encanto nuevo. Los *spunkies* empezaban a moverse otra vez entre los juncos agitados. Las muchachas temblaban. La luna, que había subido en el cielo, se cubría con una nube. Hicieron la ceremonia del plato de barro, la de la candela soplada, la de la manzana, grandes conjuros que no desvelaré. Willie Maillie, una de las jóvenes más bellas, hundió tres veces su brazo en el agua del Doon, gritando:

—Futuro esposo mío, marido mío que todavía no lo eres, ¿dónde estás? Aquí tienes mi mano.

Tres veces había repetido el conjuro cuando se oyó un fuerte grito.

—¡Ay, Dios mío! El *spunkie* me ha cogido la mano —exclamó.

Todos acudieron en su auxilio, y todo el mudo se estremeció, salvo Muirland. Maillie mostró su mano ensangrentada; los jueces de ambos sexos, a quienes una larga experiencia convertía en hábiles intérpretes de aquellos oráculos, admitieron sin la menor duda que el arañazo no había sido causado, como Muirland pretendía, por las puntas de un junco espinoso, sino que el brazo de la joven tenía realmente la huella de la aguda garra del *spunkie*. También se admitió de forma unánime que aquella experiencia amenazaba a Maillie con un futuro marido celoso. El granjero viudo había bebido, en mi opinión, algo más de lo razonable.

—¡Celoso! ¡Celoso! —exclamó.

Creía ver en aquella declaración de sus compañeros una alusión malévolamente a su propia historia.

—Preferiría mil veces casarme con el *spunkie* que casarme por segunda vez —continuó Muirland vaciando una cantimplora llena de whisky hasta el borde—. He sabido lo que era vivir encadenado; era como vivir prisionero en una botella herméticamente cerrada, con un mono, un gato o el verdugo por compañeros. Tuve celos de mi pobre Tuilzie; tal vez me equivocaba; pero, os pregunto, ¿cómo no ser celoso? ¿Qué mujer no pide una vigilancia continua? Yo no dormía por la noche, no la dejaba en todo el día; no pegaba ojo ni un instante. El negocio de mi mujer iba mal; todo se marchitaba. La misma Tuilzie languidecía ante mi vista. ¡Al diablo con el matrimonio!

Unos reían, y otros, escandalizados, callaban. Todavía quedaba por probar el último y más temible de los hechizos: la ceremonia del espejo. Uno debe situarse, con una vela en la mano, frente a un pequeño espejo; se sopla tres veces en el cristal, y se seca repitiendo tres veces: «¡Aparece, marido mío!» o: «¡Aparece, esposa mía!»». Entonces, encima del hombro izquierdo de la persona que consulta al destino se muestra con toda claridad una figura que se refleja en el espejo; es el de la compañera o del marido al que se invoca.

Tras el ejemplo de Maillie, nadie se atrevía a desafiar de nuevo a las potencias sobrenaturales. El espejo y la vela estaban allí, en el suelo, sin que nadie pensase en utilizarlos. El Doon se estremecía entre los cañaverales; una larga cinta de plata, que temblaba sobre sus olas lejanas, era a ojos de los aldeanos la huella resplandeciente de los *skelpies* o de los espíritus de las aguas; la yegua de Muirland, su pequeña yegua de los Highlands, de cola negra y pecho blanco, relinchaba con todas sus fuerzas, lo cual es siempre señal de que cerca hay un espíritu maligno. El viento refrescaba; los tallos de los juncos agitados emitían un triste y largo murmullo. Todas las mujeres empezaban a hablar de volver a casa; tenían excelentes motivos para hacerlo, reproches para sus maridos y sus hermanos, consejos de salud para sus padres, y una elocuencia doméstica a la que, por desgracia, nosotros, reyes de la naturaleza y del mundo, nos resistimos muy pocas veces.

—Y bien, ¿quién de vosotros se presentará ante el espejo? —preguntó Muirland.

Nadie respondía...

—Qué poco valor tenéis —continuó—. El soplo del viento os hace temblar como al sauce. Yo, que no deseo tomar mujer, como sabéis, porque quiero dormir, y porque mis párpados se niegan a cerrarse cuando soy marido, no puedo empezar el conjuro. Lo sabéis tan bien como yo.

Finalmente, como nadie quería hacerse cargo del espejo, Jock Muirland lo tomó.

—Voy a daros ejemplo.

Entonces tomó sin vacilar el fatal espejo; se encendió la vela, y él repitió valerosamente el encantamiento.

—Aparece pues, mujer mía —gritó Muirland.

Al punto, una figura pálida, cubierta por cabellos de un rubio amarillento, apareció encima del hombro de Muirland. Él se estremeció, se volvió para asegurarse de que detrás de él no había alguna de las jóvenes imitando la aparición. Pero nadie se había atrevido a parodiar al espectro; y, aunque el espejo se había roto en el suelo al escapar de la mano del granjero, encima de su hombro seguía apareciendo la misma cabeza blanca y la misma cabellera llameante. Muirland lanza un fuerte grito y cae de bruces en el suelo.

Tenáis que haber visto entonces a todos los habitantes de la aldea huir aquí y allá, como hojas arrastradas por el viento; en aquel lugar donde poco antes se habían entregado a sus rústicas diversiones solo quedaban los restos de la fiesta, el fuego medio apagado, los pucheros y los cántaros vacíos, y Muirland tendido sobre el césped. Los *spunkies* y sus acólitos regresaban en tropel, y la tormenta que se preparaba en el aire acompañaba su canto sobrenatural con ese largo silbido que los escoceses designan de forma tan pintoresca con el nombre de *sugh*. Muirland, al levantarse, volvió a mirar encima de su hombro: allí seguía la misma figura. Sonreía al campesino, pero no pronunciaba una palabra, y Muirland no podía adivinar si aquella cabeza pertenecía a un cuerpo humano, porque solo se mostraba a él cuando se daba la vuelta. Muirland tenía la lengua helada y pegada al paladar. Trató de trabar conversación con el ser infernal, y de reunir, inútilmente, todo su valor; en cuanto distinguía aquellos rasgos pálidos y aquellos rizos llameantes, todo su cuerpo se estremecía. Intentó huir con la esperanza de librarse de su acólito. Había soltado su pequeña yegua blanca e iba a poner el pie en el estribo cuando de nuevo intentó experimentarlo por última vez. ¡Terror! La cabeza seguía allí, convertida en inseparable compañera suya. Se había pegado a su hombro, como esas cabezas solitarias cuyo perfil colocaban a veces los escultores góticos en lo alto de una pilastra o en el ángulo de una cornisa. La pobre Meg, la yegua del granjero, relinchaba con una fuerza terrible; y anunciaba con frecuentes coces la forma en que participaba del terror de su pobre amo. El *spunkie* (debía de ser uno de aquellos habitantes de los cañaverales del Doon el que perseguía al granjero), cada vez que Muirland se volvía, clavaba en él dos ojos resplandecientes, de un azul profundo, sobre los que ninguna ceja perfilaba su sombra, y cuya insoportable claridad no velaba ningún párpado. Picó espuelas: la misma curiosidad lo impulsaba a saber si su seguidora seguía allí; no lo abandonaba; en vano lanzaba la yegua al galope, en vano los matorrales y las montañas desaparecían y huían bajo los pasos del animal, Muirland ya no sabía qué camino seguía, ni hacia qué meta guiaba a la pobre Meg. Solo tenía una idea, el *spunkie*, su compañero de ruta, o más bien su compañera, porque aquella figura femenina tenía toda la malicia y toda la delicadeza propia de una joven de dieciocho años.

La bóveda del cielo se cubría de espesas nubes que la estrechaban poco a poco. Nunca un pobre pecador se encontró lanzado absolutamente solo en medio del campo, en una oscuridad más satánica. El viento soplaba como si hubiera querido despertar a los muertos; la lluvia caía, arrastrada oblicuamente por la violencia de la tempestad. Los fulgores rápidos del relámpago desaparecían devorados por las tenebrosas nubes que se cernían sobre ellos, provocando largos, profundos y pesados bramidos. ¡Pobre Muirland! Se te cayó tu gorro azul escocés, jaspeado de rojo, y no te atreviste a volver para recogerlo. La tempestad redoblaba su furia; el Doon se desbordaba en sus orillas; y Muirland, después de galopar durante una hora, reconoció dolorosamente que volvía al mismo lugar del que había partido. Ante sus ojos tenía la iglesia en ruinas de Cassilis; se hubiera dicho que el incendio abrasaba los restos de sus viejas pilastras; de

todas las aberturas desiguales brotaban llamas; las esculturas aparecían en toda su delicadeza sobre un fondo de claridades lúgubres. Meg se negaba a avanzar; pero el granjero, cuyos pasos ya no guiaba la razón, y que creía sentir apoyada en su hombro aquella temible cabeza, hundía con tal vehemencia su espuela en los flancos del pobre animal que este cedió, a su pesar, a la violencia que se le imponía.

—Jock —dijo una voz suave—, cástate conmigo y dejarás de tener miedo.

Es fácil imaginar el profundo terror del desdichado Muirland.

—Cástate conmigo —repetía el *spunkie*.

Mientras tanto, huían hacia la catedral en llamas. Muirland, detenido en su carrera por las pilastras mutiladas y los santos de piedra derribados, echó pie a tierra; esa noche había bebido tanto vino, cerveza y aguardiente, había galopado de forma tan extraña y sentido tanta sorpresa que terminó por acostumbrarse a aquel estado de excitación sobrenatural. Nuestro granjero entró con pie firme en la nave sin bóveda de donde brotaban aquellos fuegos infernales.

El espectáculo que le impresionó era nuevo para él. Un personaje acurrucado en medio de la nave sostenía, sobre su espalda curvada, un jarrón octogonal en el que ardía una llama verde y roja. El altar mayor estaba dotado de sus viejos ornamentos católicos. De pie sobre el altar había demonios de cabellos llameantes que se erizaban sobre su cabeza y hacían de cirios. Todas las formas grotescas e infernales que la imaginación del pintor y del poeta hayan soñado se agolpaban, corrían, volaban, se balanceaban, se arrastraban, se contorneaban de mil extrañas formas. Los bancos del coro de los canónigos estaban llenos de personajes graves que habían conservado el ropaje de su condición. Pero en sus mucetas se veían perfilarse unas manos de esqueletos, y de sus ojos hundidos no emanaba ninguna claridad.

No diré, porque el lenguaje humano no puede describirlo, qué incienso se quemaba en aquella iglesia, ni qué abominable parodia de los santos misterios era reasentada allí por los demonios. Cuarenta de estos duendes, encaramados en la antigua galería que en el pasado había sostenido el órgano de la catedral, llevaban en la mano cornamusas escocesas de distintos tamaños. Un enorme gato negro, sentado en un trono formado por una docena de aquellos señores, marcaba el compás con un prolongado aullido. La infernal sinfonía hacía temblar los restos de las bóvedas semidestruidas y caer de vez en cuando algunos fragmentos de piedras en ruinas. Entre aquel tumulto había bellos *skelpies* arrodillados, que hubierais tomado por vírgenes encantadoras si la cola demoniaca no hubiera levantado el faldón de su blanco ropaje; y más de cincuenta *spunkies*, con las alas extendidas o replegadas, danzando o descansando. En los nichos de los santos, simétricamente dispuestos alrededor de la nave, había tumbas abiertas en las que, sobre su blanco sudario, aparecía la muerte sosteniendo en la mano el cirio funerario. En cuanto a las reliquias colgadas en el atrio, no me detendré a describirlas. Todos los crímenes conocidos en Escocia desde hacía veinte años habían concurrido para adornar la iglesia entregada a los demonios.

Allí hubierais visto la cuerda del ahorcado, el puñal del asesino, el espantoso despojo del aborto y la huella del incesto. Hubierais visto corazones de malvados ennegrecidos en el vicio, y blancos cabellos paternos colgando todavía de la hoja del puñal parricida. Muirland se detuvo y se volvió; la figura compañera de su camino no había dejado su puesto. Uno de los monstruos encargados del servicio infernal le agarró de la mano; no opuso resistencia. Lo condujeron al altar; siguió a su guía. Estaba vencido. Su fuerza lo había abandonado. Se arrodillaron, él se arrodilló; cantaron himnos extraños, él no escuchó nada; y se quedó allí, estupefacto, petrificado, esperando su destino. Mientras tanto, los cantos infernales se volvían más ruidosos; los *spunkies*

encargados del cuerpo de baile giraban con más rapidez en su ronda infernal; las gaitas gritaban, mugían, aullaban y silbaban con vehemencia renovada. Muirland volvió la cabeza para examinar aquel fatal hombro que un incómodo huésped había elegido por domicilio.

—¡Ah! —exclamó, lanzando un largo suspiro de satisfacción.

La cabeza había desaparecido.

Sin embargo, cuando su mirada deslumbrada y extraviada se volvió hacia los objetos que lo rodeaban, quedó muy sorprendido al encontrar a su lado, de rodillas sobre un ataúd, a una joven cuyo rostro era el mismo del fantasma que lo había perseguido. Una pequeña blusa escocesa de fino lino gris apenas le llegaba hasta medio muslo. Se adivinaba un pecho encantador, blancos hombros sobre los que caían unos cabellos rubios, un seno virginal cuya belleza revelaba en su totalidad el vaporoso vestido. Muirland quedó emocionado; aquellas formas tan graciosas y tan delicadas contrastaban con todas las repulsivas apariciones que lo rodeaban. El esqueleto que parodiaba la misa cogió con sus dedos ganchudos la mano de Muirland y la unió a la de la joven. Muirland creyó sentir entonces, en el abrazo de aquella extraña novia, el frío picotazo que el pueblo atribuye a las garras de acero del *spunkie*. Era demasiado para él: cerró los ojos y se desmayó. Vencido a medias por un desfallecimiento contra el que luchaba, creyó adivinar que unas manos infernales volvían a montarlo en la fiel yegua que había esperado a la puerta de la catedral; pero sus percepciones eran oscuras y sus sensaciones confusas.

Como es fácil imaginar, una noche como aquella dejó huellas en nuestro granjero; despertó como se despierta uno tras un letargo, y quedó muy sorprendido al saber que hacía unos días había tomado mujer, que después de la noche de Hallowe'en había hecho un viaje por las montañas, y que había vuelto trayendo una esposa joven que, en efecto, se encontraba a su lado, en el lecho hereditario de su granja.

Se frotó los ojos y creyó que estaba soñando, luego quiso contemplar a la que, sin sospecharlo, había elegido y que se había convertido en la señora Muirland. Ya era de día. ¡Qué guapa era! ¡Qué dulce luz nadaba en aquellas prolongadas miradas! ¡Qué brillo en aquellos ojos! Sin embargo, Muirland estaba sorprendido por el extraño fulgor que emanaba de aquellas mismas miradas. Se acercó; cosa extraña: su mujer no tenía párpados, o eso pensó al menos; grandes iris de un azul oscuro se dibujaban bajo el negro arco de unas cejas cuya curva era admirablemente sutil. Muirland suspiró; el vago recuerdo del *spunkie*, de su carrera nocturna y de su terrible boda en la catedral se presentó de pronto ante su razón.

Al examinar más de cerca a su nueva esposa, le pareció observar en ella todos los rasgos característicos de aquel ser sobrenatural, apenas modificados y como suavizados. Los dedos de la joven eran largos y delgados, sus uñas, blancas y afiladas; su rubia cabellera llegaba hasta el suelo. Quedó como absorto por una ensoñación profunda; sin embargo, todos sus vecinos le dijeron que la familia de su mujer vivía en las Highlands; que, inmediatamente después de la boda, él había sido presa de una fiebre ardiente; que no debía sorprenderle que todo recuerdo de la ceremonia se hubiera borrado de su mente enferma, pero que pronto se llevaría mejor con su mujer, porque era guapa, dulce y buena ama de casa.

—¡Pero si no tiene párpados! —exclamó Muirland.

Se le reían en la cara; pretendían que la fiebre aún lo perseguía; nadie, salvo el granjero, se percataba de aquella extraña particularidad.

Llegó la noche: era para Muirland la noche de bodas, porque hasta ese momento solo había estado casado de nombre. La belleza de su mujer lo había emocionado, aunque según él no tuviera

párpados. Por lo tanto, se prometía arrostrar con decisión su propio miedo y aprovechar al menos el singular favor que el cielo o el infierno le enviaban. Pedimos aquí al lector que nos conceda todos los privilegios de la novela y de la fábula, y pasar rápidamente de puntillas sobre los primeros acontecimientos de aquella noche; no diremos cuánto más bella parecía la bella Spellie (ese era su nombre) con sus galas nocturnas.

Muirland se despertó soñando que una claridad súbita del sol iluminaba de pronto la habitación baja donde estaba situado el lecho nupcial. Deslumbrado por aquellos rayos ardientes, se levanta sobresaltado y ve los resplandecientes ojos de su mujer tiernamente fijos en él.

«¡Diablos! —exclamó para sí—, mi sueño es un insulto a su belleza».

Ahuyentó, pues, el sueño, y le dijo a Spellie mil cosas amables y tiernas a las que la joven de las montañas respondió lo mejor que pudo.

Spellie no había dormido en toda la noche.

«¿Cómo iba a dormir —se preguntaba Muirland— si no tiene párpados?».

Y su pobre mente volvía a caer en un abismo de meditaciones y temores. Salió el sol. Muirland estaba pálido y abatido; la granjera tenía los ojos más brillantes que nunca. Pasaron la mañana paseando a orillas del Doon. La joven esposa era tan guapa que su marido, a pesar de la sorpresa y la fiebre que lo embargaban, no pudo dejar de contemplarla sin admiración.

—Jock —le dijo ella—, te amo tanto como tú amabas a Tuilzie; todas las jóvenes de los alrededores me envidian; por eso, ten cuidado, amigo mío, seré celosa, te vigilaré de cerca.

Los besos de Muirland detuvieron esas palabras; mientras tanto, las noches se sucedieron, y en medio de cada noche los brillantes ojos de Spellie arrancaban al granjero de su sueño; su fuerza de voluntad sucumbía ante ellos.

—Pero, querida amiga, ¿es que no duermes nunca? —le preguntó Jock a su mujer.

—¿Dormir yo?

—Sí, dormir. Creo que desde que nos hemos casado no has dormido un momento.

—En mi familia no se duerme nunca.

Las pupilas azuladas de la joven despedían unos rayos más ardientes.

—¡No duerme! —exclamó desesperado el granjero—, ¡no duerme!

Y volvió a dejarse caer agotado y aterrado sobre la almohada.

—¡No tiene párpados, no duerme! —repitió.

—No me canso de verte —dijo Spellie—, y te vigilaré muy de cerca.

¡Pobre Muirland! Los bellos ojos de su mujer no le permitían reposar; eran, como dicen los poetas, astros eternamente encendidos para deslumbrarlo. En el cantón se escribieron más de treinta baladas en honor de los bellos ojos de Spellie. En cuanto a Muirland, un buen día desapareció. Habían pasado tres meses; el suplicio sufrido por el granjero había agotado su vida, devorado su sangre; tenía la impresión de que aquella mirada de fuego lo quemaba. Si regresaba del campo, si se quedaba en casa, si iba a la iglesia, ¡siempre aquel rayo terrible cuya presencia y brillo penetraban hasta el fondo de su ser y lo hacían estremecerse de horror! Terminó por detestar el sol, por huir de la luz del día.

El mismo suplicio que la pobre Tuilzie había sufrido se había vuelto el suyo; en lugar de la inquietud moral que, durante su primer matrimonio, lo había transformado en verdugo de la joven, y al que los hombres dan el nombre de celos, se hallaba colocado bajo la inquisición física e ineluctable de un ojo que no se cerraba nunca; seguían siendo celos, pero transformados en imagen

palpable, la suspicacia convertida en norma. Dejó su granja, abandonó sus tierras, cruzó el mar y se adentró en los bosques de la América septentrional, donde muchas gentes de su tierra han ido a fundar pueblos y a construir su apacible choza. Estaba seguro de que las praderas de Ohio le ofrecerían un asilo seguro; prefería su pobreza, la vida del colono, la serpiente escondida en la espesa maleza, una alimentación silvestre, y grosera e incierta a su techo escocés bajo el que el ojo celoso y siempre abierto relucía para atormentarlo. Después de haber pasado un año en esa soledad, terminó por bendecir su suerte; al menos encontraba reposo en el seno de aquella naturaleza fecunda. No mantenía ninguna correspondencia con Gran Bretaña, por miedo a tener noticias de su esposa; algunas veces, en sus sueños, aún veía aquellos ojos abiertos, aquellos ojos sin párpados, y se despertaba sobresaltado; pero era todo lo que tenía que sufrir; se aseguraba de que las vigilantes y temibles pupilas no estuvieran a su lado, no lo penetrasen, no lo devorasen con sus insoportables claridades, y volvía a dormirse feliz.

Los narragansetts, tribu vecina a su morada, habían tomado por *sachem*, o jefe, a Massasoit, viejo enfermizo de carácter pacífico cuya benevolencia Jock Muirland se había ganado fácilmente dándole aguardiente de grano que él sabía destilar. Massasoit cayó enfermo; su amigo Muirland fue a visitarlo en su choza.

Imaginad un *wigwam* indio, cabaña puntiaguda, con un agujero para dejar escapar el humo; en medio de ese pobre palacio, un fuego ardiendo; sobre unas pieles de búfalo extendidas en el suelo, el viejo jefe enfermo; a su alrededor, los principales *sagamores* del cantón aullando, gritando, llorando y haciendo tal ruido que, lejos de curar al enfermo, hubieran enfermado a un hombre de buena salud. Un *powam* o médico indio dirigía el coro y la danza lúgubres; los ecos vecinos resonaban con el ruido que producía aquella extraña ceremonia: eran las plegarias públicas ofrecidas a las divinidades del país.

Seis muchachas estaban ocupadas en dar masajes a los miembros desnudos y fríos del viejo; una de ellas, muy bonita, de apenas dieciséis años, lloraba librándose de aquel trabajo. El buen sentido del escocés no tardó en permitirle reconocer que todo aquel aparato médico solo terminaría en la muerte de Massasoit; en su calidad de europeo y de blanco pasaba por médico de nacimiento. Aprovechó la autoridad que ese título le daba, hizo salir a todos aquellos aulladores y se acercó al *sachem*.

—¿Quién viene a mi lado? —preguntó el viejo.

—Jock, el hombre blanco.

—¡Oh! —continuó el *sachem* tendiéndole su mano reseca—, no volveremos a vernos, Jock.

Aunque tuviera pocos conocimientos de medicina, Jock se dio cuenta fácilmente de que nuestro *sachem* tenía simplemente una indigestión; lo socorrió, ordenó silencio a su alrededor, lo puso a dieta, luego le hizo un excelente potaje escocés que el viejo tragó como si fuera medicina. En resumen, en tres días Massasoit había vuelto a la vida; los aullidos de nuestros indios y sus danzas empezaron de nuevo, pero aquellos himnos salvajes no expresaban ahora más que gratitud y alegría. Massasoit hizo sentarse a Jock en su tienda, le ofreció su *calumet* para que fumase, y le presentó a su hija, Anauket, la más joven y bella de las que Muirland había visto en la cabaña.

—Tú no tienes *squaw*<sup>114</sup> —le dijo el viejo guerrero—; toma a mi hija y honra mis canas.

Jock se estremeció; volvió a acordarse de Tuilzie y de Spellie; el matrimonio le había salido tan mal...

Sin embargo, la joven *squaw* era dulce, ingenua, obediente. En los desiertos, son pocas las ceremonias que rodean una boda; hay pocas consecuencias funestas para un europeo. Jock se

resignó, y la bella Anauket no le dio el menor motivo para arrepentirse de su elección.

Un día, era el octavo día de su unión, ambos habían embarcado una bella mañana de otoño y bogaban por el Ohio. Jock llevaba su escopeta de caza. Anauket, acostumbrada a estas expediciones que conforman la vida salvaje, ayudaba y servía a su marido. El tiempo era magnífico; las riberas de ese hermoso río ofrecían a los amantes panoramas encantadores.

Jock había conseguido una buena caza. Una pintada de alas brillantes llamó la atención de sus miradas; apuntó, dio en el blanco, y el pájaro, herido de muerte, fue a caer gimiendo bajo unas espesas malezas. Muirland no quería perder una presa tan hermosa; amarró la barca y corrió en busca del resultado de su disparo. Había batido sin éxito varios matorrales, y su obstinación de escocés lo metía y adentraba cada vez más en la espesura del bosque. No tardó en verse rodeado de árboles de gran altura y situado en el centro de uno de esos espacios naturales de verdor que hay en los bosques de América, cuando una luz atravesó el follaje y penetró hasta él. Se estremeció: aquel rayo le quemaba; aquella luz insoportable le obligaba a bajar la vista.

El ojo sin párpado estaba allí, vigilante y eterno.

Spellie había cruzado el mar; había encontrado las huellas de su marido, le seguía la pista; había mantenido su palabra, y sus terribles celos abrumaban ya a Muirland con justos reproches. Él corrió hacia la orilla, perseguido por el ojo sin párpado, vio las aguas claras y puras del Ohio, y en medio de su terror se precipitó en ellas. Ese fue el fin de Jock Muirland; se halla registrado en una leyenda escocesa; las viejas lo explican a su manera. Afirman que es una alegoría y que *El ojo sin párpado* es el ojo siempre abierto de la mujer celosa, el más terrible de los suplicios.



# THÉOPHILE GAUTIER

## ONUPHRIUS, O LA VEJACIONES FANTÁSTICAS DE UN ADMIRADOR DE HOFFMANN

ONUPHRIUS, OU LES VEXATIONS FANTASTIQUES D'UN ADMIRATEUR  
D'HOFFMANN

Creía que las nubes eran sartenes de bronce,  
y las vejigas, farolas.

*Gargantúa*, libro I, cap. XI<sup>15</sup>

—¡Cling, cling, cling! —No hubo respuesta—. ¿Es que no hay nadie? —dijo la joven.

Tiró por segunda vez del cordón de la campanilla; en el piso no se dejó oír ningún ruido: no había nadie.

—¡Qué raro!

Se mordió el labio, un rubor de despecho pasó de la mejilla a su frente; empezó a bajar las escaleras peldaño a peldaño, muy despacio, como a regañadientes, volviendo la cabeza para ver si la fatal puerta se abría. —Nada.

En el recodo de la calle divisó a lo lejos a Onuphrius, que caminaba por el lado del sol con el aire más indolente del mundo, deteniéndose en cada baldosa, mirando a los perros pelearse y a los chiquillos jugar al chito, leyendo las inscripciones de la pared, deletreando los carteles, como un hombre que tiene una hora por delante y ninguna necesidad de darse prisa.

Cuando estuvo al lado de la joven, el estupor le hizo abrir los ojos como platos: no contaba con encontrarla allí.

—¡Cómo! ¡Ya ha llegado! ¿Qué hora es entonces?

—¡Ya ha llegado! Qué frase tan galante. En cuanto a la hora, debería usted saberla y no ser yo quien se la diga —respondió en tono enfurruñado la joven mientras se cogía de su brazo—. Son las once y media.

—Imposible —dijo Onuphrius—. Acabo de pasar por delante de Saint-Paul y solo eran las diez; no hace ni cinco minutos; pondría la mano en el fuego; lo apuesto.

—No ponga nada de nada y no apueste; perdería.

Onuphrius se empeñó; como la iglesia solo estaba a medio centenar de pasos, Jacintha, para convencerlo, quiso ir con él hasta allí. Onuphrius se mostraba triunfante. Llegaron delante del pórtico:

—¡Y bien! —le dijo Jacintha.

Si hubieran puesto el sol o la luna en el lugar del reloj no habría quedado más estupefacto. Eran las once y media pasadas; sacó sus lentes, limpió los cristales con el pañuelo, se frotó los ojos para aclarar la vista: la aguja mayor iba a reunirse con su hermana pequeña en la X del mediodía.

—¡Mediodía! —murmuró entre dientes—. Algún diablillo se habrá divertido empujando esas agujas; eran las diez lo que yo había visto.

Jacintha era bondadosa; no insistió, y reanudó en su compañía el camino del taller, pues Onuphrius era pintor, y, en aquel momento, estaba pintando su retrato. Se sentó en la pose acordada. Onuphrius fue a buscar su lienzo, que estaba de cara a la pared, y lo colocó en el caballete.

Encima de la pequeña boca de Jacintha, una mano desconocida había dibujado un par de bigotes que hubieran dejado en buen lugar a un tambor mayor. La cólera de nuestro artista al ver pintarrajeado de aquella manera su esbozo no es difícil de imaginar; de no ser por los ruegos de Jacintha habría rajado la tela. Borró, pues, como pudo aquellos distintivos varoniles, no sin lanzar más de un juramento contra el sinvergüenza que había cometido semejante calaverada; pero, cuando quiso ponerse de nuevo a pintar, sus pinceles, aunque los hubiese metido en el óleo, estaban tan rígidos y tan erizados que no consiguió utilizarlos. Tuvo que enviar en busca de otros; mientras esperaba a que llegasen, se puso a componer en su paleta varios tonos que le faltaban.

Otra tribulación. Las vejigas estaban duras como si hubieran encerrado balas de plomo; por más que las presionaba, no podía hacer que saliese el color; o bien estallaban de repente como pequeñas bombas, escupiendo a derecha e izquierda el ocre, la laca o el bitumé.

Si hubiera estado solo, creo que, a pesar del primer mandamiento del Decálogo, habría puesto por testigo más de una vez el nombre del Señor. Se contuvo, llegaron los pinceles, se puso a trabajar; durante una hora aproximadamente todo fue bien.

La sangre empezaba a correr bajo las carnes, los contornos se dibujaban, las formas se modelaban, la luz se desligaba de la sombra, una mitad de la tela ya estaba viva.

Sobre todo eran admirables los ojos; el arco de las cejas estaba perfectamente bien marcado y se fundía gravemente hacia las sienas con tonos azulados y aterciopelados; la sombra de las pestañas suavizaba maravillosamente bien la resplandeciente blancura de la córnea, la niña del ojo miraba bien, el iris y la pupila no dejaban nada que desear; solo faltaba ese pequeño diamante de luz, esa lentejuela de luz que los pintores llaman «punto visual».

Para engazarlo en su disco de azabache (Jacintha tenía los ojos negros), cogió el más fino, el más delicado de sus pinceles, tres pelos de la cola de una marta cibelina.

Lo humedeció por la parte superior de su paleta en el blanco de plata que se elevaba, al lado de los ocre y las tierras de siena, como un pico cubierto de nieve al lado de rocas negras.

Al ver temblar aquel punto brillante en el extremo del pincel se hubiera dicho una gotita de rocío en el extremo de una aguja; iba a depositarlo sobre la pupila cuando un violento golpe en el codo desvió su mano, llevó el punto blanco a las cejas y arrastró la bocamanga de su bata sobre la

mejilla todavía fresca que acababa de terminar. Se volvió con tal brusquedad ante esta nueva catástrofe que su escabel rodó diez pasos. No vio a nadie. Si por casualidad allí se hubiera encontrado alguien, desde luego lo habría matado.

—¡Es realmente inconcebible! —dijo para sus adentros muy turbado—. Jacintha, no me siento en vena; hoy ya no haremos nada.

Jacintha se levantó para irse.

Onuphrius quiso retenerla; le pasó el brazo alrededor de la cintura. El vestido de Jacintha era blanco; los dedos de Onuphrius, que no había pensado en limpiárselos, hicieron en él un arcoíris.

—¡Qué torpe! —dijo la pequeña—. ¡Me ha puesto usted buena! Y mi tía, que no quiere que venga a verle sola, ¿qué va a decir?

—Te cambias de vestido, y no verá nada.

Y la besó. Jacintha no se opuso.

—¿Qué hace mañana? —dijo ella tras un silencio.

—¿Yo? Nada; ¿y usted?

—Voy a cenar con mi tía a casa del viejo señor de \*\*\*, al que usted conoce, y tal vez pase allí la velada.

—Allí estaré —dijo Onuphrius—; puede contar conmigo.

—No vaya después de las seis; como sabe, mi tía es muy miedosa, y, si en casa del señor de \*\*\* no encontramos a algún caballero galante que nos acompañe luego a casa, se irá antes de que caiga la noche.

—Bien, estaré allí a las cinco. Hasta mañana, Jacintha, hasta mañana.

Y se inclinaba sobre la barandilla para mirar a la esbelta joven que se iba. Cuando los últimos pliegues de su vestido desaparecieron bajo la arcada, él entró en casa.

Antes de seguir adelante, unas palabras sobre Onuphrius. Era un joven de veinte a veintidós años, aunque a primera vista pareciese tener más. Luego se distinguía, a través de sus rasgos pálidos y fatigados, algo de infantil y de poco definido, algunas formas de transición de la adolescencia a la virilidad. Por ejemplo, toda la parte superior de la cabeza era grave y reflexiva como la frente de un anciano, mientras que la boca apenas estaba oscurecida en sus comisuras por una sombra azulada, y una sonrisa joven se dibujaba en sus labios con un tinte rosa bastante vivo que contrastaba de forma extraña con la palidez de las mejillas y del resto de la fisonomía.

Por todo ello, Onuphrius no podía dejar de tener un aspecto bastante singular, pero su natural extravagancia se veía aumentada todavía por su atuendo y su peinado. Sus cabellos, separados en la frente como cabellos de mujer, descendían de manera simétrica a lo largo de sus sienes hasta los hombros, sin el menor rizo, aplastados y lustrosos a la moda gótica, como se ve en los ángeles del Giotto y de Cimabue<sup>116</sup>. Una amplia toga de color oscuro caía con pliegues rígidos y rectos alrededor de su cuerpo ágil y delgado, de un modo totalmente dantesco. No obstante, hay que decir que no salía de casa con ese atavío; pero era porque le faltaba atrevimiento y no ganas; pues no necesito decir que Onuphrius era un Jeune-France<sup>117</sup> y romántico empedernido.

En la calle, y no salía con frecuencia para no verse obligado a mancillarse con el innoble atuendo burgués, sus movimientos eran duros y bruscos; sus gestos, angulosos, como si hubieran sido producidos por resortes de acero; su marcha, insegura, entrecortada por impulsos súbitos, por zigzags, o se paraba de repente; cosa que, a ojos de mucha gente, le hacía pasar por un loco o, al menos, por un original, lo que es casi lo mismo.

Onuphrius no lo ignoraba, y tal vez era eso lo que le hacía evitar lo que se llama «sociedad», y daba a su conversación un tono de humor y de causticidad que no dejaba de parecerse bastante a la venganza; por eso, cuando se veía forzado a salir de su retiro por el motivo que fuera, en sociedad manifestaba una torpeza sin timidez, una ausencia de cualquier tipo de convencionalismo, un desprecio tan perfecto de lo que en ella se admira que, al cabo de unos minutos, con tres o cuatro sílabas, había encontrado el modo de conseguir una jauría de enemigos encarnizados.

No es que no fuera muy amable cuando quería, pero no lo quería a menudo, y a los amigos que se lo reprochaban les respondía: «¿Para qué?». Porque tenía amigos; no muchos, dos o tres a lo sumo, pero que le querían con todo el amor que los demás le negaban, que lo querían como personas que tienen que reparar una injusticia. «¿Para qué? Los que son dignos de mí y me comprenden no se detienen ante esta corteza llena de nudos; saben que la perla está escondida dentro de una concha grosera; los necios que no saben se sienten rechazados y se alejan; ¿dónde está el mal?». Para un loco, no estaba demasiado mal razonado.

Onuphrius, como ya he dicho, era pintor, y además poeta; casi no había modo de que su cerebro se liberase de eso, y lo que había contribuido no poco a mantenerlo en esa exaltación febril, que Jacintha no siempre lograba dominar, eran sus lecturas. Solo leía leyendas maravillosas y antiguas novelas de caballería, poesías místicas, tratados de cábala, baladas alemanas, libros de brujería y de demonografía; con todo esto se creaba, en medio del mundo real que zumbaba a su alrededor, un mundo de éxtasis y de visión al que muy pocos eran admitidos. Del detalle más común y más positivo, por la costumbre que tenía de buscar el lado sobrenatural, sabía hacer surgir algo fantástico e inesperado. Si lo hubieran metido en una habitación cuadrada con todas sus paredes blanqueadas con cal y con cristales esmerilados en las ventanas, habría sido capaz de ver alguna extraña aparición igual que en un interior de Rembrandt inundado de sombras e iluminado con destellos leonados, hasta tal punto los ojos de su alma y de su cuerpo tenían la facultad de modificar las líneas más rectas y de volver complicadas las cosas más simples, casi como los espejos cóncavos o de varias facetas que deforman los objetos que se les presentan, y los hacen parecer grotescos o terribles.

Por eso Hoffmann y Jean-Paul<sup>118</sup> lo encontraron admirablemente dispuesto; y ellos dos terminaron lo que los legendarios habían iniciado. La imaginación de Onuphrius se exaltó y se depravó cada vez más, sus composiciones pintadas y escritas se resintieron por ello, la garra o el rabo del diablo siempre se colaba en ellas por algún sitio, y en la tela, al lado de la cabeza suave y pura de Jacintha, gesticulaba fatalmente alguna figura monstruosa, hija de su delirante cerebro.

Hacía dos años que había conocido a Jacintha, fue en una época de su vida en que se sentía tan desdichado que no desearía yo otro suplicio a mi enemigo más feroz; se hallaba en esa situación atroz en que se halla todo hombre que ha inventado algo y no encuentra a nadie que crea en ello. Jacintha creyó en lo que le decía bajo palabra, porque la obra estaba aún en él, y lo amó como Cristóbal Colón debió de amar al primero que no se le rio en las narices cuando habló del nuevo mundo que había intuido. Jacintha lo amaba como una madre ama a su hijo, y mezclaba con ese amor una compasión profunda, porque, salvo ella, ¿quién lo habría amado como él necesitaba?

¿Quién lo hubiera consolado en sus desgracias imaginarias, las únicas reales para él, que solo vivía de imaginaciones? ¿Quién lo hubiera tranquilizado, apoyado, exhortado? ¿Quién hubiera calmado aquella exaltación enfermiza rayana en la locura por más de un punto, compartiéndola más que combatiéndola? Nadie, desde luego.

Y, además, decirle cómo podría verla, darle ella misma las citas, hacerle mil insinuaciones de esas que la sociedad condena, besarle por propio impulso, facilitarle la ocasión cuando ella veía que la buscaba... una coqueta no lo hubiera hecho; pero ella sabía cuánto le costaba todo aquello al pobre Onuphrius, y le ahorra la molestia.

Por eso, poco acostumbrado como estaba a vivir en la vida real, no sabía cómo arreglárselas para poner en práctica su idea, y convertía en monstruos la menor cosa.

Sus largas meditaciones y sus viajes por los mundos metafísicos no le habían dejado tiempo para ocuparse de este. Su cabeza tenía treinta años, y su cuerpo, seis meses; había descuidado de una manera tan absoluta educar a su bestia que, si Jacintha y sus amigos no se hubieran tomado la molestia de dirigirla, habría cometido extraños despropósitos. En una palabra, había que vivir para él, necesitaba un intendente para su cuerpo como lo necesitan los grandes señores para sus tierras.

Además, y solo me atrevo a confesarlo temblando en este siglo de incredulidad, porque esto podría hacer pasar a mi pobre amigo por imbécil, tenía miedo. ¿De qué? Nunca lo adivinarían; tenía miedo del diablo, de los aparecidos, de los espíritus y de otras mil pamplinas; por otra parte, se burlaba de un hombre, y de dos, como usted de un fantasma.

Por la noche no se hubiera mirado en un espejo ni por un imperio, por miedo a ver algo distinto a su propia imagen; no hubiera metido la mano bajo la cama para coger sus zapatillas ni ninguna otra cosa, porque temía que una mano fría y húmeda fuese al encuentro de la suya y lo arrastrara al hueco entre la cama y la pared; ni hubiera mirado en los rincones oscuros, temblando ante la idea de percibir pequeñas cabezas de viejas arrugadas montadas en palos de escoba.

Cuando se encontraba solo en su gran taller, veía una ronda fantástica dar vueltas a su alrededor, el consejero Tusmann, el doctor Tabracchio, el digno Peregrinus Tyss, Krespel con su violín y su hija Antonia, la desconocida de la casa desierta y toda la extraña familia del castillo de Bohemia<sup>119</sup>; era un aquelarre completo, y no se hubiera hecho rogar mucho para tener miedo de su gato como de otro Mürr<sup>120</sup>.

En cuanto Jacintha se hubo marchado, se sentó ante su lienzo y se puso a reflexionar sobre lo que llamaba los acontecimientos de la mañana. El reloj de Saint-Paul, los bigotes, los pinceles endurecidos, las vejigas reventadas, y, sobre todo, el punto visual, todo esto volvió a presentarse a su memoria con un aire fantástico y sobrenatural; se devanó los sesos para encontrarles una explicación plausible; hilvanó sobre ello un volumen *in-octavo* con las suposiciones más extravagantes e inverosímiles que nunca hayan entrado en un cerebro enfermo. Después de haber buscado largo rato, lo mejor que encontró fue que aquello era completamente inexplicable... a menos que se tratara del diablo en persona... Esta idea, de la que al principio él mismo se burló, arraigó en su mente, pareciéndole menos ridícula a medida que se familiarizaba con ella, hasta que terminó por convencerle.

¿Qué había de irracional en aquella suposición? La existencia del diablo está probada por las autoridades más respetables, igual que la de Dios. Es incluso un artículo de fe, y Onuphrius, para no seguir dudando, cotejó en los registros de su vasta memoria todos los pasajes de autores profanos o sagrados en los que se aborda esa importante materia.

El diablo merodea alrededor del hombre; ni el mismo Jesús estuvo libre de sus emboscadas; la tentación de san Antonio es popular; Martín Lutero también fue atormentado por Satanás, y, para librarse de él, se vio obligado a tirarle el tintero a la cabeza. Todavía se ve la mancha de tinta en la pared de la celda.

Recordó todas las historias de obsesiones, desde el poseso de la Biblia hasta las religiosas de Loudun; todos los libros de brujería que había leído: Bodino, Delrío, Le Loyer, Bordelon, *El mundo encantado* de Bekker, el *Infernaliana*, los Farfadets del señor de Berbiguier de Terre-Neuve du Thym, el *Gran* y el *Pequeño Albert*<sup>121</sup>, y todo lo que le pareció oscuro se volvió claro como el día: era el diablo el que había adelantado la aguja, el que había puesto bigotes a su retrato, cambiado la cerda de sus pinceles por hilo de alambre y llenado las vejigas con pólvora fulminante. El golpe en el codo se explicaba de forma muy lógica, pero ¿qué interés podía tener Belcebú en perseguirlo? ¿Era para conseguir su alma? No era esa la manera en que suele hacerlo; por último recordó que, no hacía mucho, había pintado un cuadro de san Dunstán<sup>122</sup>, en el que cogía al diablo por la nariz con unas pinzas rojas; no dudó de que, por haberlo representado en una posición tan humillante, el diablo le hacía aquellas pequeñas jugarretas. Caía el día; largas sombras extrañas se perfilaban en el suelo del taller. Como esa idea crecía en su cabeza, un estremecimiento empezaba a recorrer su espalda de arriba abajo, y el miedo habría hecho presa en él de inmediato si uno de sus amigos no se hubiera reído, al entrar, de todas sus visiones cornudas.

Salió a la calle con él, y, como nadie en el mundo era más impresionable, y como su amigo era alegre, un enjambre de pensamientos joviales no tardó mucho en expulsar aquellos lúgubres ensueños. Se olvidó por completo de lo que había pasado, o, cuando lo recordaba, se reía de ello muy bajo para sus adentros. Al día siguiente volvió a la tarea. Trabajó tres o cuatro horas con ardor. Aunque Jacintha estuviera ausente, sus rasgos se habían grabado de forma tan profunda en su corazón que no la necesitaba para terminar el retrato. Casi lo había acabado, y solo le quedaban dos o tres últimas pinceladas que dar y poner la firma cuando una pelusilla que, por una fantasía inexplicable, bailaba con sus hermanos los átomos en un bello rayo amarillo, abandonó de repente su luminosa sala de baile, se dirigió contoneándose hacia la tela de Onuphrius y fue a caer sobre un realce que este acababa de poner.

Onuphrius dio la vuelta al pincel y, con el mango, lo levantó con la mayor delicadeza posible. Sin embargo, no pudo hacerlo de forma tan ligera que no dejase al descubierto el campo de la tela al llevarse un poco de color. Hizo de nuevo un tono para reparar el daño; el tono era demasiado oscuro y formaba una mancha; solo pudo restablecer la armonía rehaciendo todo el fragmento; pero, al hacerlo, perdió su contorno, y la nariz se volvió aguileña, en lugar de casi a la Roxelana<sup>123</sup>, que era como la tenía, lo cual cambió por completo el carácter de la cabeza; ya no era Jacintha, sino una amiga suya con la que se había peleado porque Onuphrius la encontraba guapa.

La idea del diablo volvió a Onuphrius ante aquella extraña metamorfosis; pero, mirando más atentamente, vio que solo era un juego de su imaginación, y, como el día avanzaba, se levantó y salió para reunirse con su amante en casa del señor de \*\*\*. El caballo corría como el viento; no tardó mucho Onuphrius en ver asomar por detrás de la colina la casa del señor de \*\*\*, blanca entre los castaños. Como la carretera formaba un recodo, la dejó para tomar un atajo, una cañada que conocía muy bien, donde de niño iba a coger moras y a cazar abejorros.

Había llegado casi a la mitad cuando se encontró detrás de una carreta de heno que las revueltas del sendero le habían impedido distinguir. El camino era tan estrecho y la carreta tan ancha que resultaba imposible adelantarla. Puso su caballo al paso esperando que la ruta, cuando se ensanchase, le permitiera hacerlo algo más lejos. Su esperanza se vio frustrada; era como un muro que retrocedía de modo imperceptible. Quiso volver sobre sus pasos, otra carreta de heno lo seguía por detrás convirtiéndolo en prisionero. Por un instante se le ocurrió la idea de subir por

los bordes del barranco, pero estaban a pico y coronados de seto vivo: tuvo pues que resignarse; el tiempo pasaba, los minutos se le hicieron eternos, su furia era irreprimible, sus arterias palpitaban y el sudor perlaba su frente.

Un reloj de voz cascada, el de la aldea vecina, dio las seis; en cuanto hubo terminado, el del castillo sonó a su vez en un tono distinto; todos los relojes de la comarca, primero sucesivamente y luego todos al unísono, sonaron. Era un *tutti* de campanas, un concierto de timbres aflautados, ruidosos, estridentes, chillones, un carillón capaz de romperle la cabeza a uno. Las ideas de Onuphrius se confundieron, fue presa del vértigo. Los campanarios se inclinaban sobre la cañada para verlo pasar, lo señalaban con el dedo, le hacían burla y le tendían en son de mofa sus esferas con agujas perpendiculares. Las campanas le sacaban la lengua y le hacían muecas mientras los seis tañidos malditos seguían resonando. Aquello duró mucho tiempo, las seis sonaron ese día hasta las siete.

Por fin la carreta llegó al llano. Onuphrius hundió las espuelas en los ijares del caballo. Caía el día; se hubiera dicho que su montura comprendía lo mucho que le importaba llegar. Sus cascos apenas tocaban tierra, y, de no ser por las estelas de chispas que surgían de vez en cuando por haber chocado con algún guijarro, hubiera podido creerse que volaba. Una blanca espuma envolvió pronto, como una gualdrapa de plata, su pecho de ébano; eran más de las siete cuando Onuphrius llegó. Jacintha se había marchado. El señor de \*\*\* le rindió las mayores atenciones, se puso a hablar con él de literatura y terminó proponiéndole una partida de damas.

A Onuphrius no le quedó más remedio que aceptar, aunque toda clase de juegos, y en particular aquel, lo aburriese mortalmente. Trajeron el damero. El señor de \*\*\* eligió las negras, y Onuphrius, las blancas. Empezó la partida. Los jugadores estaban más o menos igualados. Pasó algún tiempo antes de que la balanza se inclinase a un lado o a otro.

De repente se volvió hacia el viejo gentilhomme; sus peones avanzaban con inconcebible rapidez sin que Onuphrius, a pesar de todos sus esfuerzos, pudiera plantearles algún obstáculo. Preocupado como estaba por ideas diabólicas, aquello no le pareció natural; por eso redobló la atención y terminó descubriendo, al lado del dedo que utilizaba para mover sus peones, otro dedo flaco, nudoso, rematado por una garra (al principio lo había tomado por sombra del suyo), que empujaba sus damas sobre la línea blanca, mientras que las de su adversario desfilaban en procesión por la línea negra. Volvió a colocar los peones y siguió jugando. Se persuadió de que aquello no era más que la sombra, y, para convencerse, cambió la vela de sitio: la sombra pasó al otro lado y se proyectó en sentido inverso; pero el dedo con garra permaneció firme en su puesto, desplazando las damas de Onuphrius y empleando todos los medios para hacerle perder.

Era imposible tener la menor duda: el dedo estaba adornado con un grueso rubí. Onuphrius no llevaba ningún anillo.

—¡Pardiez! Esto pasa de la raya —exclamó dando un fuerte puñetazo en el damero y levantándose de forma brusca—. ¡Viejo canalla! ¡Viejo granuja!

El señor de \*\*\*, que lo conocía desde niño y atribuía aquella salida de tono al despecho por haber perdido, se echó a reír a carcajadas y le ofreció unos consuelos irónicos. La cólera y el terror se disputaban el alma de Onuphrius: recogió su sombrero y se fue.

La noche era tan oscura que se vio forzado a poner su caballo al paso. Apenas si una estrella pasaba aquí y allá con la nariz fuera de su mantilla de nubes; los árboles de la ruta parecían grandes espectros que le tendían los brazos; de vez en cuando un fuego fatuo cruzaba el camino, y el viento se reía burlón en las ramas de una forma singular. La hora avanzaba y Onuphrius seguía



sin llegar; sin embargo, los cascos del caballo, que sonaban en el empedrado, mostraban que no se había extraviado.

Una ráfaga desgarró la bruma, y la luna reapareció; pero en vez de ser redonda, era ovalada. Mirándola con más atención, Onuphrius vio que tenía una diadema de tafetán negro, y que se había puesto harina en las mejillas; sus rasgos se perfilaban con más claridad y reconoció, sin la menor duda, la figura pálida y alargada de su íntimo amigo Jean-Gaspard Deburau, el gran payaso de los Funambules<sup>124</sup>, que lo miraba con una indefinible expresión de malicia y cordialidad.

El cielo guiñaba sus ojos azules de pestañas de oro, como si hubiera sido también cómplice; y, como a la claridad de las estrellas se podían distinguir los objetos, vislumbró cuatro personajes de mala catadura, vestidos por la mitad de rojo y de negro, que llevaban algo blancuzco por las cuatro esquinas como gente que cambiase una alfombra de sitio; pasaron rápidamente a su lado, y arrojaron lo que llevaban bajo las patas de su caballo. A pesar de su espanto, a Onuphrius no le costó mucho ver que era el camino que ya había recorrido y que el diablo volvía a ponérselo delante para hacerle daño. Picó espuelas; su caballo dio una coz y se negó a avanzar a no ser al paso; los cuatro demonios continuaron con sus manejos.

Onuphrius vio que uno de ellos tenía en el dedo un rubí parecido al del dedo que tanto le había asustado en el damero: ya no podía dudar de la identidad del personaje. El terror de Onuphrius era tan grande que ya no sentía, ni veía, ni oía; sus dientes castañeteaban como si tuviera fiebre, una risa convulsa le deformaba la boca. Una vez trató de rezar y de hacer la señal de la cruz, pero no pudo conseguirlo. Así transcurrió la noche.

Por fin, una raya azulada se perfiló en el borde del cielo; el caballo aspiró ruidosamente por sus ollares el aire balsámico de la mañana, el gallo de la granja vecina dejó oír su voz aguda y cascada, los fantasmas desaparecieron, el caballo emprendió el galope por sí mismo y, ya de día, se encontró ante la puerta de su taller.

Agotado de cansancio, se dejó caer en un diván y no tardó en dormirse: su sueño era agitado; la pesadilla le había revuelto el estómago. Tuvo multitud de sueños incoherentes, monstruosos, que contribuyeron no poco a alterar su razón ya trastornada. He aquí uno que le había sorprendido y que después me contó varias veces.

—Me encontraba en una habitación que no era la mía ni la de ninguno de mis amigos, una habitación donde no había estado nunca y que, sin embargo, conocía perfectamente bien: las celosías estaban cerradas, las cortinas echadas; en la mesilla de noche una pálida lamparilla arrojaba su luz agonizante. Solo se caminaba en la habitación de puntillas, con el dedo en la boca; la chimenea estaba atestada de frascos y tazas. Yo me hallaba en la cama como si estuviera enfermo, y sin embargo nunca me había encontrado mejor. Las personas que cruzaban la estancia tenían un aire triste y apresurado que parecía extraordinario.

»Jacintha estaba a la cabecera de mi cama, había puesto su pequeña mano en mi frente y se inclinaba sobre mí para escuchar si respiraba bien. De vez en cuando una lágrima caía de sus pestañas hasta mis mejillas, y la enjugaba delicadamente con un beso.

»Sus lágrimas me partían el corazón, y habría querido consolarla; pero me resultaba imposible hacer el menor movimiento o articular una sola sílaba: tenía la lengua pegada al paladar y mi cuerpo estaba como petrificado.

»Entró un señor vestido de negro, me tomó el pulso, movió la cabeza con aire desanimado y dijo en voz alta: “¡Se acabó!”. Entonces Jacintha se puso a sollozar, a retorcerse las manos y a manifestar todas las demostraciones del más violento de los dolores. Cuantos estaban en la



habitación hicieron otro tanto. Fue un concierto de llantos y suspiros capaz de conmover a una roca.

»Sentía un secreto placer al verlos llorando de aquel modo. Me pusieron un espejo delante de la boca; hice prodigiosos esfuerzos para empañarlo con mi aliento, para demostrar que no estaba muerto; no pude conseguirlo. Tras esta prueba me echaron la sábana por encima de la cabeza; estaba desesperado, comprendía que me creían difunto y que iban a enterrarme vivo. Todo el mundo se fue; solo quedó un cura que masculó unos rezos y que terminó por quedarse dormido.

»Vino el enterrador, que me tomó las medidas para el ataúd y la mortaja; de nuevo traté de moverme y de hablar; fue inútil: un poder invencible me mantenía encadenado. Tuve que resignarme. Así permanecí mucho tiempo, presa de las reflexiones más dolorosas. El enterrador volvió con mis últimas vestiduras, las últimas de todo hombre, el ataúd y el sudario: solo quedaba vestirme de una forma rebuscada.

»Me envolvió en la sábana y empezó a coserme sin precaución, como alguien que tiene prisa por acabar: la punta de su aguja entraba en mi piel produciéndome mil pinchazos; la situación era insostenible. Cuando hubo terminado, uno de sus compañeros me agarró de los pies, él de la cabeza, y me depositaron en la caja; era un poco justa para mí, de modo que se vieron obligados a propinarme fuertes golpes en las rodillas para poder cerrar la tapa.

»Por fin terminaron el trabajo y clavaron el primer clavo. El ruido era horrible. El martillo rebotaba en las tablas y yo sentía la repercusión. Mientras duró la operación perdí por completo la esperanza; pero en el último clavo me sentí desfallecer, mi corazón se encogió, porque comprendí que ya no había nada en común entre el mundo y yo; aquel último clavo me sujetaba a la nada para siempre. Solo entonces comprendí todo el horror de mi situación.

»Me trasladaron; el ruido sordo de las ruedas me hizo saber que estaba en el coche fúnebre; pues, aunque no pudiera manifestar mi existencia de ninguna manera, no estaba privado de ninguno de mis sentidos. El carruaje se detuvo, retiraron el ataúd. Estaba en la iglesia, oía perfectamente el canto gangoso de los curas y veía brillar a través de las rendijas del féretro la luz amarillenta de los cirios. Acabada la misa, partimos hacia el cementerio; cuando me bajaron a la fosa, reuní todas mis fuerzas y creo que conseguí lanzar un grito; pero el estrépito de la tierra que caía sobre el ataúd lo ahogó por completo; me rodeaba por todas partes una oscuridad palpable y compacta, más negra que la de la noche. Por lo demás, no sufría, corporalmente al menos; en cuanto a mis sufrimientos morales, se necesitaría un libro entero para analizarlos. La idea de que iba a morir de hambre o ser comido por los gusanos sin poder impedirlo fue la primera que se me presentó; luego pensé en los acontecimientos de la víspera, en Jacintha, en mi cuadro, que tanto éxito habría tenido en el Salón, en mi drama que iba a ser representado, en un traje que mi sastre me debía entregar ese día; qué se yo, en mil cosas de las que apenas habría debido inquietarme; luego, volviendo a Jacintha, pensé en la forma en que se había comportado; repasé en mi memoria cada uno de sus gestos, cada una de sus palabras; creí recordar que había algo de excesivo y afectado en sus lágrimas, de las que no debía haber sido víctima. Esto me hizo recordar varias cosas que había olvidado por completo; varios detalles en los que apenas me había fijado. Considerados bajo una nueva luz, me parecieron de la mayor importancia; demostraciones que habría jurado sinceras me parecieron sospechosas; me vino a la mente que un joven, una especie de fatuo, mitad corbata, mitad espuelas, la había cortejado en otro tiempo. Una noche que gozábamos juntos, Jacintha me había llamado por el nombre de aquel joven en lugar del mío, signo seguro de preocupación; además, sabía que había hablado de él favorablemente en sociedad en varias ocasiones, y como

de alguien que no le desagradaba.

»Esta idea se apoderó de mí, mi cabeza empezó a fermentar; hice comparaciones, suposiciones, interpretaciones. Como es de suponer, no fueron favorables a Jacintha. En mi corazón se deslizó un sentimiento desconocido que me enseñó lo que era sufrir; me sentí horriblemente celoso y no dudé de que había sido Jacintha quien, de acuerdo con su amante, me había hecho enterrar vivo para librarse de mí. Pensé que quizá en aquel mismo momento se reían a mandíbula batiente del éxito de su stratagema, y que Jacintha entregaba a los besos del otro aquella boca que tantas veces me había jurado que nunca sería tocada por otros labios que los míos.

»Ante esa idea, entré en tal estado de furor que recuperé la facultad de moverme; di un bote tan violento que de un solo impulso rompí las costuras de mi sudario. Cuando tuve libres las piernas y los brazos, propiné fuertes golpes con los codos y rodillas contra la tapa del ataúd para hacerla saltar e ir a matar a mi infiel en brazos de su cobarde y miserable galán. Sangriento escarnio: yo, enterrado, quería matar. El enorme peso de la tierra que había sobre las tablas hizo inútiles mis esfuerzos. Agotado de fatiga, recaí en mi primer letargo, mis articulaciones se osificaron: de nuevo volví a ser un cadáver. Mi agitación mental se calmó, consideré de manera más juiciosa las cosas: los recuerdos de todo lo que la joven había hecho por mí, su dedicación, sus cuidados, que nunca habían sido desmentidos, no tardaron en hacer desvanecerse aquellas ridículas sospechas.

»Después de haber repasado todos mis temas de meditación, y sin saber cómo matar el tiempo, me puse a hacer versos; en mi triste situación no podían ser muy alegres; los del nocturno Young<sup>125</sup> y del sepulcral Hervey no eran más que bufonadas comparados con los míos. Describía en ellos las sensaciones de un hombre que conserva bajo tierra todas las pasiones que había tenido sobre ella, y titulé esa ensoñación cadavérica *La vida en la muerte*. Hermoso título, ¡palabra!, y lo que me desesperaba era no poder recitárselos a nadie.

»Nada más terminar la última estrofa oí cavar con ardor encima de mi cabeza. Los golpes de azada se acercaban rápidamente. La alegría que sentí no duró mucho: los golpes de azada cesaron. No, imposible expresar con palabras humanas la abominable angustia que sentí en ese momento; en comparación, la muerte real no es nada. Por fin volví a oír el ruido: los sepultureros, después de haberse tomado un descanso, habían reanudado su tarea. Estaba en el cielo; sentía que se acercaba mi liberación. La tapa del ataúd saltó. Sentí el aire frío de la noche. Me sentó muy bien, porque empezaba a ahogarme. Sin embargo, mi inmovilidad continuaba; aunque vivo, tenía todas las apariencias de un muerto. Dos hombres me cogieron; al ver rotas las costuras del sudario intercambiaron en son de burla algunas bromas groseras, me cargaron a hombros y me llevaron. Mientras caminaban, canturreaban a media voz coplas obscenas, lo cual me hizo pensar en la escena de los enterradores de *Hamlet*<sup>126</sup>, y me dije para mí mismo que Shakespeare era un hombre muy grande.

»Después de haberme hecho pasar por muchas callejas apartadas, entraron en una casa que reconocí como la de mi médico; era él quien me había hecho desenterrar a fin de saber de qué había muerto. Me depositaron sobre una mesa de mármol. El doctor entró con un maletín de instrumentos; los desplegó complacido sobre una cómoda. A la vista de aquellos escalpelos, de aquellos bisturís, de aquellas lancetas, de aquellas sierras de acero brillantes y pulidas, sentí un espanto horrible, pues comprendí que iban a diseccionarme; mi alma, que hasta ese momento no había abandonado mi cuerpo, no dudó ya en dejarme: al primer golpe de escalpelo se sintió

totalmente libre de sus trabas. Prefería sufrir todos los sinsabores de una inteligencia desposeída de sus medios de manifestación física antes que compartir con mi cuerpo aquellas espantosas torturas. Además, ya no había esperanza de conservarlo, iba a ser despedazado, y no habría podido servir de gran cosa aunque ese descuartizamiento no lo hubiera matado de verdad. Como no quería asistir al despedazamiento de su querida envoltura, mi alma se apresuró a salir.

»Atravesó rápidamente una hilera de habitaciones y llegó a la escalera. Por costumbre, bajé los peldaños uno a uno; pero necesitaba contenerme, porque me sentía de una ligereza maravillosa. Por más que me aferrase al suelo, una fuerza invencible me impulsaba hacia arriba; era como si hubiera estado atado a un globo hinchado de gas: la tierra huía bajo mis pies, solo la tocaba con la punta de los dedos; digo dedos, pues aunque solo fuese un puro espíritu, había conservado la sensación de los miembros que ya no tenía, poco más o menos como un amputado que sufre por el brazo o la pierna que le falta. Cansado de aquellos esfuerzos por permanecer en actitud normal, y, además, tras haber pensado que mi alma inmaterial no debía trasladarse de un sitio a otro por los mismos procedimientos que mi miserable andrajo de cuerpo, me dejé llevar por aquel impulso ascendente, y empecé a abandonar el suelo sin por ello elevarme demasiado y manteniéndome en una zona intermedia. No tardé en animarme, y tan pronto volaba alto como bajo, como si no hubiera hecho otra cosa en mi vida. Empezaba a ser de día. Subí, subí, contemplando los cristales de las buhardillas de las modistillas que se levantaban y se arreglaban, sirviéndome de las chimeneas como de tubos acústicos para oír lo que se decía en los pisos. Debo añadir que no vi nada demasiado bello, y que no recogí nada picante. Una vez acostumbrado a esta forma de trasladarme, planeé sin miedo por el aire libre, sobre la niebla, y consideré desde lo alto aquella inmensa extensión de tejados que podría tomarse por un mar congelado en el momento de una tempestad, aquel caos erizado de tubos, de flechas, de cúpulas, de aquilones, bañado por la bruma y por el humo, tan pintoresco que no lamenté haber perdido el cuerpo. El Louvre me pareció blanco y negro, con el río a sus pies y sus jardines verdes en el otro extremo. La muchedumbre se encaminaba hacia él; había una exposición. Entré. Las paredes resplandecían esmaltadas de pinturas nuevas, recargadas con marcos de oro ricamente esculpidos. Los burgueses iban y venían, se codeaban, andaban de puntillas, abrían los ojos pasmados de par en par, se consultaban unos a otros como gente que aún no se ha formado una opinión y no sabe lo que debe pensar y decir. En la gran sala, en medio de los cuadros de nuestros jóvenes grandes maestros, Delacroix, Ingres, Decamps<sup>127</sup>, vi mi cuadro, el mío. La multitud se apiñaba a su alrededor, era un rugido de admiración; los que estaban detrás y no veían nada gritaban dos veces más fuerte: “¡Prodigioso! ¡Prodigioso!”. A mí mismo mi cuadro me pareció mucho mejor que antes, y me sentí presa de un profundo respeto por mi propia persona. Sin embargo, con todas aquellas fórmulas admirativas se mezclaba un nombre que no era el mío; comprendí que en aquello había alguna superchería. Examiné la tela atentamente. En una de las esquinas aparecía escrito un nombre en pequeños caracteres rojos. Era el de uno de mis amigos que, al verme muerto, no había tenido el menor escrúpulo en apropiarse de mi obra. ¡Oh, cuánto eché de menos mi pobre cuerpo! No, no podía hablar ni escribir; no tenía medio alguno de reclamar mi gloria y de desenmascarar al infame plagiarlo. Con el corazón hecho pedazos, me retiré tristemente para no asistir a aquel triunfo que se me debía. Quise ver a Jacintha. Fui a su casa, no la encontré; en vano la busqué en varias casas donde pensaba que podría estar. Aburrido de encontrarme solo, aunque ya fuese tarde, me entraron ganas de ir al teatro; entré en el Porte Saint-Martin<sup>128</sup>, pensé que mi nuevo estado tenía algo agradable (pasar por todas partes sin pagar). La obra estaba acabando, era la

catástrofe<sup>129</sup>. Dorval, con los ojos inyectados de sangre, inundada de lágrimas, los labios amoratados, las sienes lívidas, con la cabellera suelta y medio desnuda, se retorció en el proscenio a dos pasos de las candilejas. Bocage, fatal y silencioso, permanecía de pie en el fondo. Todos los pañuelos tenían mucho trabajo; los sollozos rompían los corsés; un trueno de aplausos entrecortaba cada estertor de la actriz trágica; el patio de butacas, negro de cabezas, se agitaba como un mar; los palcos se inclinaban hacia las galerías, y las galerías hacia el principal. Cuando cayó el telón, creí que la sala iba a venirse abajo: eran aplausos, pateos, chillidos; y aquella obra era mi obra. ¡Imagine! Me sentía tan grande como para tocar el techo. Se levantó el telón y dijeron a aquella multitud el nombre del autor.

»No era el mío, era el nombre del amigo que ya me había robado mi cuadro. Los aplausos redoblaron. Querían arrastrar al autor al escenario: el monstruo estaba en un palco oscuro con Jacintha. Cuando se proclamó su nombre, ella se le echó al cuello y le dio en la boca el beso más rabioso que nunca mujer alguna haya dado a un hombre. Varias personas la vieron; ella ni siquiera se ruborizó; estaba tan embriagada, tan loca y tan orgullosa del éxito de él que, según creo, se habría prostituido con él en aquel palco y ante todo el mundo. Muchas voces gritaron: “¡Ahí está! ¡Ahí está!”. El sinvergüenza adoptó un aire modesto e hizo un profundo saludo. La araña, que se apagó, puso fin a aquella escena. No trataré de describir lo que ocurrió en mi interior; los celos, el desprecio, la indignación chocaban en mi alma; era una tormenta tanto más furiosa cuanto que no había medio alguno de sacarla fuera. La multitud empezó a disgregarse, salí del teatro; vagué un tiempo por la calle sin saber adónde ir. El paseo apenas me animaba. Silbaba un cierzo penetrante —mi pobre alma, friolera como lo era mi cuerpo, tiritaba y se moría de frío—. Encontré una ventana abierta, entré, resuelto a alojarme en aquella habitación hasta el día siguiente. La ventana se cerró tras de mí. Vi sentado en una gran butaca rameada a un personaje de lo más singular. Era un hombre alto, delgado, enjuto, ligeramente empolvado, la cara arrugada como una manzana vieja, un enorme par de antiparras a caballo sobre una nariz enorme que casi le llegaba hasta el mentón. Un pequeño chirlo transversal, parecido a la abertura de una hucha, enterrado bajo una infinidad de pliegues y de pelos rígidos como cerdas de jabalí, representaba de todos modos lo que llamaremos una boca, a falta de otro término. Una antigua levita negra, raída hasta la trama, blanca en todas las costuras, un chaleco de paño tornasolado, un calzón corto, medias de chiné y zapatos con hebillas: ese era su atuendo. A mi llegada, aquel digno personaje se levantó y fue a buscar a un armario dos cepillos hechos de una forma especial, cuyo uso no pude adivinar al principio; cogió uno en cada mano y empezó a recorrer el cuarto con sorprendente agilidad, como si persiguiese a alguien, y haciendo chocar los cepillos uno contra otro por el lado de las barbas; entonces comprendí que se trataba del famoso señor Berbiguier de Terre-Neuve-du-Thym, que se dedicaba a cazar duendes. Me inquietaba mucho lo que iba a ocurrir, parecía que aquel extraño individuo tuviera la facultad de ver lo invisible, me seguía con mucha diligencia, y me costaba un gran esfuerzo rehuirle. Por último me acorraló en un rincón, blandió sus dos fatales cepillos, millares de dardos me acribillaron el alma, cada crin hacía un agujero, el dolor era insoportable. Olvidando que yo no tenía lengua, ni pecho, hice portentosos esfuerzo para gritar; y...

Onuphrius había llegado hasta ahí en su sueño cuando yo entré en el taller. Gritaba en efecto a pleno pulmón; lo sacudí, se restregó los ojos y me miró con expresión alhelada; finalmente me reconoció y me contó, sin saber a ciencia cierta si había estado despierto o dormido, la serie de tribulaciones que se acaban de leer; no eran, por desgracia, las últimas que debía padecer, ya

fueran o no reales. Desde aquella noche fatal, permaneció en un estado de alucinación casi perpetuo que no le permitía distinguir sus ensoñaciones de la realidad. Mientras dormía, Jacintha había enviado en busca del cuadro; habría querido ir ella misma, pero su vestido manchado la había traicionado delante de su tía, cuya vigilancia no había podido burlar.

Onuphrius, contrariado en grado sumo por ese contratiempo, se dejó caer en un sillón y, con los codos sobre la mesa, se puso a reflexionar tristemente; sus miradas vagaban ante él sin fijarse de un modo particular en nada. La casualidad hizo que cayeran sobre un gran espejo de Venecia con bordes de cristal que adornaba el fondo del taller; ningún rayo de luz llegaba a romperse en él, ningún objeto se reflejaba allí con la suficiente precisión como para que pudieran percibirse sus contornos; esto creaba un espacio vacío en la pared, una ventana abierta a la nada desde donde el espíritu podía sumergirse en los mundos imaginarios. Las pupilas de Onuphrius escrutaban aquel prisma profundo y sombrío como para hacer brotar alguna aparición. Se inclinó, vio su reflejo doble, pensó que era una ilusión óptica; pero, al examinarlo con más detalle, encontró que el segundo reflejo no se le parecía en absoluto; creyó que alguien había entrado en el taller sin que lo hubiera oído. Se volvió. Nadie. Sin embargo, la sombra seguía proyectándose en el espejo; era un hombre pálido, con un grueso rubí en el dedo, parecido al misterioso rubí que había jugado un papel en las fantasmagorías de la noche anterior. Onuphrius empezaba a sentirse incómodo. De pronto, el reflejo salió del espejo, descendió a la habitación, fue derecho hacia él, lo obligó a sentarse y, a pesar de su resistencia, le arrancó la parte superior de la cabeza como se haría con la corteza de un pastel. Concluida la operación, se guardó el trozo en el bolsillo y se marchó por donde había venido. Onuphrius, antes de perderlo totalmente de vista en las profundidades del espejo, seguía viendo a una distancia inconmensurable su rubí, que brillaba como un cometa. Por otra parte, aquella especie de trepanación no le había causado ningún dolor. Solo al cabo de unos minutos oyó un zumbido extraño por encima de su cabeza; alzó los ojos y vio que eran sus ideas que, al no estar ya contenidas en la bóveda del cráneo, escapaban en desorden como pájaros cuya jaula se abre. Cada ideal de mujer que había soñado salió con sus ropas, su forma de hablar y sus actitudes (debemos decir en alabanza de Onuphrius que parecían hermanas gemelas de Jacintha), así como las heroínas de las novelas que había planeado. Cada una de aquellas damas tenía su séquito de amantes, unos con cota blasonada de la Edad Media y otros con sombreros y ropas de 1832. Los tipos que había creado, grandiosos, grotescos o monstruosos, los bocetos de sus cuadros por hacer, de toda nación y toda época, sus ideas metafísicas en forma de pequeñas pompas de jabón, las reminiscencias de sus lecturas, todo aquello salió durante una hora al menos —el taller se llenó con ellas—. Aquellas damas y aquellos caballeros paseaban a lo largo y a lo ancho sin el menor escrúpulo, hablando, riendo, discutiendo, como si estuvieran en su casa.

Onuphrius, desconcertado y sin saber dónde meterse, no encontró nada mejor que hacer que cederles el sitio; cuando cruzó la puerta, el conserje le entregó dos cartas; dos cartas de mujer, azules, perfumadas con ámbar, de letra pequeña, con el sobre largo y el sello rosa.

La primera era de Jacintha, y estaba concebida así:

*Señor, bien puede usted tener a la señorita de \*\*\* por amante si eso le complace; respecto a mí, ya no quiero serlo, y mi único pesar es haberlo sido. Mucho le agradeceré que no trate de volver a verme.*

Onuphrius estaba anonadado; comprendió que era la maldita semejanza del retrato la que había provocado todo; como no se sentía culpable, esperó que con el tiempo las cosas se

aclararían en su favor. La segunda carta era la invitación a una velada.

—¡Bien! —dijo—. Iré; eso me distraerá un poco y disipará todos estos negros vapores.

Llegó la hora; se vistió; el aseo fue largo; como todos los artistas (cuando no están sucios como para dar miedo), Onuphrius era rebuscado en su indumentaria, no porque fuese a la moda, sino porque trataba de dar a nuestras lamentables ropas un porte pintoresco, un aspecto menos prosaico. Tomaba por modelo un bello Van Dyck<sup>130</sup> que tenía en su estudio, y realmente se le parecía tanto como para confundirse con él. Se hubiera dicho que era el retrato descendido del marco o el reflejo de la pintura en un espejo.

Había mucha gente; para llegar hasta la anfitriona tuvo que abrirse paso entre una multitud de mujeres, y no pudo lograrlo sin arrugar más de un encaje, chafar más de una manga y manchar más de un zapato. Después de haber intercambiado las dos o tres vulgaridades de costumbre, volvió sobre sus pasos y empezó a buscar alguna cara amiga en toda aquella aglomeración. Como no encontraba a nadie conocido, se acomodó en un confidente en el hueco de un ventanal, desde donde, semioculto por las cortinas, podía ver sin ser visto, pues desde la fantástica evaporación de sus ideas no se preocupaba por entrar en conversación; se creía estúpido aunque no lo fuese; el contacto con la sociedad lo había devuelto a la realidad.

La velada era de las más brillantes. ¡Una vista magnífica! Todo relucía, brillaba, centelleaba; todo zumbaba, mariposeaba, daba vueltas. Gasas como alas de abejas, tules, crespones, blondas, lamés, canutillos, jaspeados, recortes, bordados calados; telarañas, aire hilado, niebla tejida; oro y plata, seda y terciopelos, lentejuelas, oropeles, flores, plumas, diamantes y perlas; todos los joyeros vaciados, el lujo de todos los mundos puestos a contribución. Hermoso cuadro, ¡palabra! Los candelabros de cristal relucían como estrellas; chorros de luz, iris en forma de prismas, escapaban de las pedrerías; los hombros de las mujeres, lustrosos, satinados, húmedos por un leve sudor, parecían ágatas u ónices en el agua; los ojos mariposeaban, los pechos deliraban, las manos se entrelazaban, las cabezas se inclinaban, los chales ondeaban al viento, era el instante hermoso; la música ahogada por las voces, las voces por el roce de los piececitos sobre el entarimado, el frufú de los vestidos, todo eso formaba una armonía festiva, un murmullo jovial capaz de embriagar al más melancólico y de enloquecer a todo el que no estuviese loco.

Para Onuphrius, aquello no significaba nada, pensaba en Jacintha.

De repente, su mirada se encendió; había visto algo extraordinario: acababa de entrar un joven; podía tener veinticinco años, un frac negro, pantalón igual, un chaleco de terciopelo rojo cortado en jubón, guantes blancos, unos binóculos de oro, pelo cortado a cepillo, barba rojiza a lo Saint-Megrin<sup>131</sup>. Hasta allí no había nada de extraño —varios jóvenes elegantes llevaban el mismo atuendo—; sus rasgos eran perfectamente regulares, su perfil fino y correcto hubiera dado envidia a más de una damisela, pero había tanta ironía en aquella boca pálida y delgada, cuyas comisuras huían perpetuamente bajo la sombra de sus bigotes leonados, y tanta maldad en aquella pupila que llameaba a través del cristal del monóculo como los ojos de un vampiro, que era imposible no distinguirlo entre mil.

Se quitó los guantes. Lord Byron o Bonaparte se hubieran sentido honrados de una mano tan pequeña con dedos redondos y delgados, tan frágil, tan blanca, tan transparente que se hubiera temido romperla al estrecharla; llevaba un grueso anillo en el índice, el chatón era el fatal rubí; brillaba con un resplandor tan vivo que os obligaba a bajar los ojos.

Se le erizó el vello a Onuphrius.

La luz de los candelabros se volvió macilenta y verdosa; los ojos de las mujeres y los

diamantes se apagaron; solo el radiante rubí resplandecía en medio del salón oscurecido como un sol por la bruma.

La embriaguez de la fiesta y la locura del baile habían alcanzado su máximo esplendor; nadie, salvo Onuphrius, prestó atención a la siguiente circunstancia: aquel singular personaje se deslizaba como una sombra entre los grupos, diciendo una palabra a este, dando un apretón de manos a aquel, saludando a las mujeres con una expresión de respeto ridículo y de galantería exagerada que hacía ruborizarse a estas y morderse los labios a aquellos; se hubiera dicho que su mirada de lince y de lobo se hundía en lo más hondo de sus corazones; un satánico desdén afloraba en sus más mínimos movimientos, un imperceptible guiño de ojos, un pliegue de la frente, la ondulación de las cejas, la prominencia que siempre conservaba su labio inferior, incluso en su detestable semisonrisa..., todo revelaba en él, a pesar de la delicadeza de sus modales y la humildad de sus palabras, pensamientos de orgullo que habría querido reprimir.

Onuphrius, que lo acechaba con la vista, no sabía qué pensar; si no hubiera estado en medio de una compañía tan numerosa, habría tenido mucho miedo.

Por un instante imaginó que reconocía incluso al personaje que le había quitado la parte superior de la cabeza; pero pronto se convenció de que aquello era un error. Se acercaron varias personas, se inició la conversación; el convencimiento en que estaba de carecer ya de ideas le despojaba, de hecho, de ellas; inferior a sí mismo, estaba en el mismo nivel que los otros; les pareció encantador y mucho más ingenioso que de costumbre. El torbellino se llevó a sus interlocutores y se quedó solo; sus ideas tomaron otro curso; se olvidó del baile, del desconocido, del ruido incluso y de todo; estaba a cien leguas.

Un dedo se posó sobre su hombro, se estremeció como si se hubiera despertado sobresaltado. Vio ante él a la señora de \*\*\*, que desde hacía un cuarto de hora estaba de pie tratando, sin conseguirlo, de atraer su atención.

—Y bien, caballero, ¿en qué está pensando? ¿En mí, tal vez?

—En nada, se lo juro.

Él se levantó y la señora de \*\*\* se colgó de su brazo; dieron algunas vueltas. Después de varias frases, ella dijo:

—Tengo que pedirle un favor.

—Hable, bien sabe usted que no soy cruel, sobre todo con usted.

—Recite a esas damas la poesía que me dijo usted el otro día; les he hablado de ella, se mueren de ganas por oírla.

Ante esta proposición, la frente de Onuphrius se ensombreció, contestó con un «no» muy vigoroso; la señora de \*\*\* insistió como saben insistir las mujeres. Onuphrius resistió tanto como pudo para justificarse ante sus propios ojos por lo que llamaba una debilidad, y terminó cediendo, aunque de bastante mala gana.

Triunfante, la señora de \*\*\* le tenía cogido por la punta del dedo para que no pudiera escabullirse, lo llevó al centro del círculo, le soltó la mano; la mano cayó como si estuviera muerta. Onuphrius, desconcertado, paseaba a su alrededor miradas taciturnas y asustadas como un toro salvaje al que el picador acaba de alancear en el coso. El dandi de barba rojiza estaba allí, retorciéndose los bigotes y mirando a Onuphrius con un aire de maldad satisfecha. Para conseguir que aquella penosa situación cesase, la señora de \*\*\* le hizo seña de que empezase. Expuso el tema de su poesía y dijo el título con voz poco segura. Cesaron los rumores, los cuchicheos se apagaron, todos se dispusieron a escuchar y se hizo un gran silencio.



Onuphrius estaba de pie, con la mano en el respaldo de un sillón que le servía como de tribuna. El dandi fue a situarse a su lado, tan cerca que casi le tocaba; cuando vio que Onuphrius iba a abrir la boca, sacó del bolsillo una espátula de plata y una redecilla de gasa, encajada por uno de sus extremos en una pequeña varilla de ébano; la espátula estaba cargada con una sustancia espumosa y rosada, muy parecida a la crema que llena los merengues y que Onuphrius reconoció al punto como versos de Dorat, de Boufflers, de Bernis y del señor caballero de Pezay<sup>132</sup>, reducidos al estado de papilla o de gelatina. La redecilla estaba vacía.

Temiendo que el dandi le jugase alguna mala pasada, Onuphrius cambió el sillón de lugar, y se sentó en él; el hombre de los ojos verdes fue a plantarse justo a su espalda; como ya no podía retroceder, Onuphrius empezó. Nada más salir de sus labios la última sílaba del primer verso, el dandi, alargando su redecilla con maravillosa destreza, la cogió al vuelo y la interceptó antes de que el sonido hubiera tenido tiempo de llegar a los oídos de la asamblea, y luego, blandiendo su espátula, le metió en la boca una cucharadilla de su insípida mezcolanza. Onuphrius hubiera querido detenerse o escapar, pero una cadena mágica lo tenía clavado al sillón. Hubo de continuar y escupir aquella odiosa mixtura de viejos tópicos mitológicos y madrigales quintaesenciados. La maniobra se repetía en cada verso; sin embargo, nadie parecía darse cuenta.

Los pensamientos nuevos, las bellas rimas de Onuphrius, esmaltadas por mil colores románticos, se debatían y brincaban en la redecilla como peces en una red o mariposas bajo un pañuelo.

El pobre poeta se sentía en el potro de tortura, gotas de sudor resbalaban de sus sienes. Cuando todo hubo terminado, el dandi cogió delicadamente las rimas y los pensamientos de Onuphrius por las alas y los encerró en su cartera.

—Bien, muy bien —dijeron algunos poetas o artistas acercándose a Onuphrius—, un delicioso pastiche, un admirable pastel, un Watteau purísimo de la Regencia<sup>133</sup> sin la menor duda, lunares postizos, polvos y afeites. ¿Cómo diablos has hecho para maquillar así tu poesía? Es de un rococó admirable. ¡Bravo, bravo, muy honroso, una broma muy ingeniosa!

Varias damas lo rodearon y dijeron también: «Delicioso», riendo de manera burlona para demostrar que estaban por encima de semejantes bagatelas, aunque en el fondo de su corazón aquello les pareciese delicioso y hubieran quedado encantadas con una poesía parecida para su consumo particular.

—Son todos ustedes unos tunantes —exclamó Onuphrius con voz de trueno, volcando sobre la bandeja el vaso de agua azucarada que le ofrecían—. Es un golpe preparado, una completa mistificación; ustedes me han hecho venir aquí para ser el juguete del diablo, sí, de Satán en persona —añadió señalando con el dedo al elegante del chaleco escarlata.

Después de esta salida de tono, se caló el sombrero hasta los ojos y se marchó sin saludar.

—Realmente —dijo el joven volviendo a meter bajo los faldones de su frac media vara de cola velluda que acababa de escurrírsele y que se desenrollaba de manera bulliciosa—, ¡qué invención tan divertida tomarme por el diablo! En definitiva, este pobre Onuphrius está loco. ¿Me hará usted el honor, señorita, de bailar esta contradanza conmigo? —prosiguió un instante después, besando la mano de una angelical criatura de quince años, rubia y nacarada, un ideal de Lawrence<sup>134</sup>.

—¡Oh, Dios mío, sí! —dijo la joven con su sonrisa ingenua, alzando unas largas pestañas sedosas y dejando nadar hacia él sus bellos ojos color de cielo.



Ante la palabra «*Dios*», un largo chorro sulfuroso escapó del rubí, la palidez del réprobo se duplicó; la joven no vio nada; ¿y cómo podía haberlo visto? ¡Lo amaba!

Cuando Onuphrius estuvo en la calle, echó a correr con todas sus fuerzas; tenía fiebre, deliraba, recorrió al azar una infinidad de callejas y pasajes. El cielo estaba tormentoso, las veletas chirriaban, los postigos golpeaban las paredes, las aldabas de las puertas resonaban, las ventanas se apagaban una tras otra; el ruido de los carruajes se perdía a lo lejos, algunos peatones rezagados caminaban pegados a las casas, algunas muchachas de vida alegre arrastraban sus vestidos de gasa por el barro; los reverberos, acunados por el viento, lanzaban unos resplandores rojos y desmelenados sobre los arroyos henchidos de lluvia, los oídos de Onuphrius zumbaban; todos los rumores ahogados de la noche, el ronquido de una ciudad que duerme, el ladrido de un perro, el maullido de un gato, el sonido de la gota de agua que cae del tejado, el cuarto de hora sonando en el reloj gótico, el lamento del cierzo, todos esos ruidos del silencio agitaban de manera convulsa sus fibras, tensas hasta romperse por los sucesos de la velada. Cada linterna de carruaje era un ojo ensangrentado que lo espía; creía ver bullir en la sombra unas formas sin nombre, pulular bajo sus pies reptiles inmundos; oía burlonas risas diabólicas, cuchicheos misteriosos. Las casas bailaban a su alrededor; el pavimento formaba olas, el cielo rebajaba su altura como una cúpula cuyas columnas se hubieran roto; las nubes corrían, corrían, corrían como si las llevara el diablo; una gran escarapela tricolor había sustituido a la luna. Calles y callejas se iban del brazo parlotando como viejas porteras. Transcurrió así mucho tiempo. Pasó por la casa de la señora de \*\*\*. Salían del baile, había un embotellamiento en la puerta; soltaban juramentos, llamaban a sus carruajes. El joven de la redecilla descendió; daba el brazo a una dama; aquella dama no era otra que Jacintha; bajaron el estribo del carruaje, el dandi le ofreció la mano; subieron; la furia de Onuphrius no podía ser mayor; decidido a aclarar aquel asunto, cruzó los brazos sobre el pecho y se plantó en medio del camino. El cochero hizo restallar el látigo, de los cascotes de los caballos brotó una miriada de chispas. Partieron al galope; el cochero gritó: «¡Cuidado!» sin perturbarse. Los caballos estaban lanzados con demasiada fuerza como para que pudiera frenarlos. Jacintha lanzó un grito; Onuphrius creyó que estaba perdido; pero caballos, cochero y carruaje no eran más que un vapor que su cuerpo dividió como el arco de un puente hace con una masa de agua que luego vuelve a reunirse. Los trozos de la fantástica comitiva se reunieron a unos cuantos pasos a su espalda, y el carruaje siguió rodando como si no hubiera pasado nada. Aterrado, Onuphrius lo siguió con la mirada; entrevió a Jacintha, que había levantado la cortinilla y lo contemplaba con expresión triste y dulce, y al dandi de barba rojiza que reía como una hiena; una esquina de la calle le impidió ver más; inundado de sudor, jadeante, embarrado hasta el espinazo, pálido, agotado de cansancio y diez años más viejo, Onuphrius volvió penosamente a su alojamiento. Ya era de día, como la víspera; al poner el pie en el umbral cayó desvanecido. No salió de su desmayo sino al cabo de una hora; después tuvo una fiebre violenta. Sabiendo que Onuphrius se hallaba en peligro, Jacintha olvidó enseguida sus celos y su promesa de no volver a verlo; fue a instalarse a la cabecera de su lecho y le prodigó los cuidados y las caricias más tiernas. Él no la reconocía; así transcurrieron ocho días; la fiebre disminuyó; su cuerpo se recuperó, pero no su razón; imaginaba que el diablo le había escamoteado el cuerpo, basándose en que no había sentido nada cuando el carruaje le pasó por encima.

La historia de Peter Schlemihl<sup>135</sup>, cuya sombra se había llevado el diablo, y la de la noche de San Silvestre<sup>136</sup>, en la que un hombre pierde su reflejo, acudieron a su memoria; se empeñaba en no ver su imagen en los espejos ni su sombra en el suelo, cosa muy natural puesto que no era más

que una sustancia impalpable; por más que le pegaran, que lo pellizcaran para demostrarle lo contrario, se hallaba en un estado de sonambulismo y catalepsia que ni siquiera le permitía sentir los besos de Jacintha.

La luz de la lámpara se había apagado; aquella hermosa imaginación, sobreexcitada por medios ficticios, se había gastado en excesos inútiles; a fuerza de ser espectador de su existencia, Onuphrius había olvidado la de los otros, y los lazos que lo unían al mundo se habían ido rompiendo uno a uno.

Una vez fuera del arco de lo real, se había lanzado a las profundas nebulosas de la fantasía y de la metafísica; pero no había conseguido volver con la rama de olivo, no había hallado tierra seca donde posar el pie y no había sabido encontrar de nuevo el camino por el que había ido; cuando fue dominado por el vértigo de estar tan alto y tan lejos, no pudo bajar como hubiera deseado y reanudar con el mundo positivo. De no ser por esa tendencia funesta, habría podido ser el mayor de los poetas; solo fue el más singular de los locos. Por haber mirado demasiado su vida con lupa, pues su fantasía se apoderaba de él casi siempre en los sucesos corrientes, le ocurrió lo que ocurre a la gente que percibe, con la ayuda del microscopio, gusanos en los alimentos más sanos, y serpientes en los licores más límpidos. Ya no se atreve a comer; la cosa más natural, aumentada por su imaginación, le parecía monstruosa.

El doctor Esquirol<sup>137</sup> hizo el año pasado un cuadro estadístico de la locura:

Locos por amor | Hombres 2 | Mujeres 60

Locos por devoción | Hombres 6 | Mujeres 20

Locos por política | Hombres 48 | Mujeres 3

Locos pérdida de fortuna | Hombres 27 | Mujeres 24

Locos por causa desconocida | Hombres | Mujeres 1

Este último es el caso de nuestro pobre amigo.

¿Y Jacintha? Palabra doy de que lloró durante quince días, estuvo triste otros quince, y al cabo de un mes tomó varios amantes, cinco o seis, según creo, para sustituir a Onuphrius; un año después, lo había olvidado por completo y ni siquiera se acordaba ya de su nombre. ¿No es cierto, lector, que este final es muy común para una historia extraordinaria? Tómelo o déjelo; yo me cortaré el cuello antes que mentir en una coma.

# PÉTRUS BOREL

## DON ANDREA VESALIUS, EL ANATOMISTA<sup>138</sup>

### DON ANDRÉA VÉSALIUS, L'ANATOMISTE

Una vez terminado este relato de Andrea Vesalius, fue llevado a la *Revue de Paris* y ofrecido al señor Amédée Pichot, como traducción del danés de un supuesto Isaïe Wagner; como su forma no convenía a esa revista literaria, el señor Amédée Pichot no pudo editarla; pero, como la presunta traducción estaba pagada, se sirvió del mismo héroe para bordar el delicioso cuento anatómico que probablemente ustedes hayan leído en esa publicación<sup>139</sup>. Por lo demás, como este cuento no tiene ninguna relación de detalle con aquel, no queremos otra cosa que reclamar para *Champavert* su prioridad y originalidad.

#### I

#### CHALYBARIUM<sup>140</sup>

A esa hora nocturna y sosegada en que las ciudades parecen necrópolis, solo una tortuosa calleja de Madrid, arteria oscura, palpaba todavía con un pulso violento y febril; esta calleja sonámbula de esa ciudad dormida era la *callejuela Casa del Campo*<sup>141</sup>; en uno de sus extremos se alzaba una rica mansión habitada por un extranjero, un flamenco. Las vidrieras de los ventanales resplandecían con las luces del interior, que las proyectaban oblicuamente y las recortaban sobre la fachada negruzca de la casa de enfrente, que aparecía en la sombra salpicada por lenguas de horno, por redecillas ardientes y por mallas de seda.

La puerta de aquel palacete estaba abierta de par en par y dejaba ver un espacioso pórtico con bóveda de arista, de clave colgante, al pie de una gran escalinata de piedra, con balaustradas talladas con calados como el marfil de un abanico y todo ello sembrado de olorosas flores.

Era, por decirlo de forma divertida, el carnaval de los muros, todas sus paredes estaban disfrazadas y enmascaradas bajo tapices, terciopelos y resplandecientes lámparas de pie.

Algunos alabarderos patrullaban de un lado a otro en la entrada.

Cuando, a intervalos, el griterío de la multitud, amotinada fuera, se calmaba, podía oírse una

sinfonía suave y danzarina que bajaba por la escalera y hacía hablar a la sonora bóveda.

Todo el palacio estaba de fiesta, pero una turba de gentes de baja condición aullaba y se abalanzaba contra la puerta; arriba, los órganos del templo, y abajo, la chusma sobre las losas del atrio.

Unas veces, unos hurras horribles, y otras, risas burlonas y ruidos de cobre, que se prolongaban de grupo en grupo en la oscuridad y se debilitaban como risas satánicas que pasean nubes.

—El doctor ha escogido bien el día de su boda: un sábado, fiesta del *sabbat*; un brujo no podría hacerlo mejor —dijo una vieja desdentada, acurrucada en el hueco de un ventanuco.

—Cierto, amiga mía; ¡y por Dios bendito!, si todos sus clientes difuntos aparecieran, la ronda daría la vuelta a Madrid.

—Pero —añadió la primera vieja— ¿qué pasaría si todos esos pobres castellanos a los que ese verdugo ha despellejado, y a los que Dios tenga en su gloria, viniesen a reclamarle su piel?

—Me han asegurado —dijo un hombrecillo barbudo, perdido entre la multitud y levantándose de puntillas— que a menudo almuerza unas chuletas que no vienen de la carnicería.

—¡Es cierto, es cierto!

—No, no, ¡es falso! —gritaba un joven alto, abrazado a la reja de una ventana—, ¡es falso! Preguntádselo a Rivadeneira, el carnicero.

—¡Silencio! ¿Por qué no te callas? —gritó más alto todavía un hombre embozado en una capa parda y con el *sombrero* calado hasta los ojos—. ¿No lo reconocéis? Es Henrique Zapata, el aprendiz de desollador. Es lógico, el *Verdugo* y el *Ahorcador* se apoyan. Apuesto a que, si le hurtamos debajo del jubón, encontramos alguna mano o alguna pierna.

—¡Vaya idea! ¡Casarse con una jovencita ese viejo comemuertos! —replicó la vieja—. Si yo fuera el rey Felipe, bien que impediría a ese ogro...

—Bueno, sí —dijo el desconocido de la capa parda—. Felipe II protege a ese perro flamenco; ayer mismo desapareció Torrijo, el panadero de la *Cebada*<sup>142</sup>, a buen seguro para el pastel de bodas; ¡es un horror! ¡Hay que acabar con esto!

—¡Aunque el rey lo proteja, hay que quemarlo vivo! —murmuraba el pueblo.

—¡Cristianos! ¡Ese hombre es un hereje! ¡Un nigromante! ¡Un flamenco! ¡Merece la muerte! —dijeron entonces bondadosamente varios monjes del convento de *Nuestra Señora de Atocha*, recientemente fundada por los padres García de Loaysa<sup>143</sup>, inquisidor general, arzobispo de Sevilla, y fray Juan Hurtado de Mendoza<sup>144</sup>, confesor del emperador Carlos V, a los que se unieron en masa los monjes del convento real de *San Jerónimo*.

—¡Muera! —gritaba la muchedumbre, que empujaba a los alabarderos insultándolos a la cara.

—¡Muera! —repetía el caballero embozado.

—¡Muera! —aullaban los frailes, que, crucifijos en ristre, atizaban al populacho—. ¡Muera! ¡A la hoguera con él!

De pronto se desató la inminente tormenta. Llovían gritos de rabia y de muerte; la turba se abalanzaba hacia el pórtico, un monje blandía una antorcha por encima de su cabeza; pero los alabarderos, ayudados por Henrique Zapata y algunos estudiantes, resistieron vigorosamente e hicieron batirse en retirada a la desenfrenada canalla, cosa que esta hizo entre mugidos; a cambio, el barullo se multiplicó; golpeaban contra las campanas, las espadas, los calderos; todo ello era un trueno azotador, ensordecedor, una sinfonía casi homicida.

## II

### SALTATIO, TURBA, MORS<sup>145</sup>

En los salones reinaba una hilaridad cordial o burlona; nadie se preocupaba en absoluto por el ruido del exterior, pues era costumbre celebrar aquel tipo de ceremonia cuando un viejo se casaba con una joven.

Una capa parda colgaba en la entrada de la galería que servía de guardarropa. La novia bailaba con un apuesto caballero al que apenas se había visto en la velada; parecían más ocupados de sus cuchicheos que del baile. El novio, en el otro extremo del salón, cortejaba a una jovencita pariente suya.

El salón acababa en una galería que daba a un patio; estaba llena de invitados, damas, caballeros, viejos y dueñas que, so pretexto de respirar el aire fresco de la noche, iban allí a dar libre curso a sus críticas, a su maldad. Era un conflicto de consecuencias, de interlocuciones; una orquesta de voces aflautadas, sordas, cascadas, temblonas; una colección de rostros y expresiones arrugadas por la carcajada o encendidas por una sonrisa maligna, que dejaban al descubierto unos teclados de marfil o unas bocas almenadas como un torreón, o denticuladas como la cornisa de la bóveda.

—¿Quién es el apuesto caballero con el que hace melindres la novia?

—*Señorita*, ¡qué mala sois!

—¡Ja, ja, ja!, mirad al fondo a don Vesalius, embutido en sus *calzas bermejas* y su jubón negro; ¡por Mahoma! ¿No os parecen sus piernas metidas en los botines plumas en un tintero? Mirad cómo salta con Amalia de Cárdenas, regordeta, fresca y sonrosada; ¿no os parece monseñor Saturno?

—¡O la muerte que hace bailar a la vida!

—La danza de Holbein<sup>146</sup>.

—Y decidme, Olivares, ¿qué hará *con su muchacha*?

—Una lección de anatomía.

—Conversar.

—¡Mejor para la *novia*!

—La zarabanda ha terminado; mirad cómo besa la mano de nuestra prima Amalia.

—Esta no es una boda burguesa, un *saraguete*, sino un brillante sarao.

—Pero ¿dónde está la novia?

—¿Y dónde el apuesto caballero?

—Don Vesalius la busca, muy asustado: *¡busca, busca, perro viejo!*

—Olivares, vete a preguntarle (a él), que pasa por brujo, qué está haciendo María en este instante.

—¡Amigo mío, no pongamos el dedo entre el martillo y el yunque!

Se reanudó el baile; Vesalius volvió a invitar a Amalia de Cárdenas, que hizo una graciosa mueca, y se reía a su espalda.

La novia ya no estaba en el salón, ni la capa parda en el guardarropas, y, en un oscuro corredor se oían pasos y esto:

—¡Cúbrete con esta capa, María, deprisa, y vámonos!

—No puedo, Alderán.

—¿Voy a dejarte presa de ese Vesalius? No, ¡me perteneces! En mi ausencia, me traicionas, yo me entero, vengo a toda prisa esta misma mañana, me cuento en la fiesta, te encuentro a solas y, en lugar apartado, te digo «huyamos», ¿y te niegas? ¡Oh, no, María!, te equivocas; ven conmigo; todavía estamos a tiempo, rompe ese ignominioso lazo, seremos felices; seré todo tuyo, para ti sola y para siempre. ¡Ven, María!

—Alderán, mi familia me ha impuesto este yugo, y lo sufriré. Pero ¡tú siempre serás mi amante! ¡Yo siempre seré tu amante! ¿Qué importa ese hombre? ¿Qué es? Un criado más, un cortinaje que velará nuestro misterioso amor. ¡Déjame, déjame, adiós!

—O sea que no quieres, María. ¡Está bien! ¡Ve a ensuciarte con ese hombre! Haz tu voluntad, y yo haré la mía; ¡vete!...

Y, tras rechazarla de sus brazos, ella huye bruscamente de la galería al salón.

Alderán permaneció como abatido unos instantes; blasfemaba, pataleaba, y luego, de forma repentina, desapareció en la oscuridad.

Mientras tanto, la muchedumbre había aumentado como un estanque gracias a una tormenta. El tumulto se volvía cada vez más intenso, y la bacanal, terrorífica. El populacho había recobrado su primera audacia, y, tras acercarse poco a poco, se reía en las barbas de los alabarderos. Las imprecaciones y los gritos de muerte volvían a rugir; se lanzaban piedras contra las vidrieras, embadurnaban los muros con sangre de buey y con estiércol, cuando, de repente, los grupos se abrieron para dejar paso a una mujer desgredada, que aullaba como un perro a la luna; era la Torrija, la panadera, que venía a rescatar a su esposo y a pedir venganza.

—Es la Torrija, la panadera —decían por todas partes.

Luego, la eternecida jauría hizo un largo silencio, y la Torrija sollozaba y lanzaba rugidos.

Entonces el hombre de la capa parda, subido en los escalones, gritó con voz fuerte:

—¡Amigos! ¡Hagamos justicia! ¡Cobarde el que no siga! ¡Venganza! ¡Muerte a Vesalius! ¡Muerte al nigromante!

La respuesta fue una granizada de piedras contra las ventanas y contra los alabarderos, que retrocedieron hasta la escalinata. La turba se precipita en el porche, se lanza sobre las picas recogidas, que arranca y rompe; subía la cuesta y echaba abajo la puerta del salón, cuando, a lo lejos, se dejó oír un galope.

—¡Sálvese quien pueda; son los alguaciles!

Presa de un terror pánico, la turba baja de nuevo la escalinata, se precipita en los pasillos o por las ventanas; solo algunos valientes aguardan a pie firme.

—En nombre del rey, ¡retiraos!

—El rey castiga con la muerte a los asesinos, a los herejes y a los brujos. ¡Muera el flamenco!

—En nombre del rey, ¡retiraos!

Entonces los alguaciles entran a caballo en el porche; una lluvia de muebles los recibe, ellos responden con una descarga de mosquetería que derriba a los más audaces. El hombre de la capa parda, lanzando un grito, se lleva la mano al costado. Sanos y heridos emprenden la huida, solo cinco cadáveres quedan en el suelo.

De repente el palacio y la calle se volvieron sombríos. La patrulla se llevaba los cuerpos de

los vencidos; los invitados, temblando, escapaban por la parte de atrás. Las puertas fueron bloqueadas con cerrojos, las lámparas se apagaron; tras una escena de vida, una escena de muerte. Únicamente en un ala, en los aposentos de Vesalius, dos ventanas resplandecían en la oscuridad.

### III QUOD LEGI NON POTEST<sup>147</sup>

A través de las hojas hundidas de la puerta del salón, María había visto al hombre de la capa parda alcanzado por un disparo; al oír su desgarrador grito, se había desmayado; la habían transportado a su habitación, a un sofá, donde desde hacía un rato permanecía echada con indiferencia; Vesalius, de rodillas a su lado, lloriqueando y tembloroso, le besuqueaba las manos y la frente.

—¿Cómo te encuentras, María, amor mío?

—Mejor; pero ¿ya está todo tranquilo?

—Sí, ya han metido en cintura a ese horrible populacho. ¿Qué pueden tener contra mí esas buenas gentes? ¡Contra mí, un ser pacífico y retirado, que paso oscuramente mis días en el sombrío estudio de la anatomía, por el bien de la humanidad, por el progreso de la ciencia, por la gloria de Dios! Esas buenas gentes piden mi cabeza, me creen un brujo; de todos los que desaparecen en la ciudad, la culpa es mía, de Vesalius, que los mando raptar para mis experimentos. ¡La masa será siempre fea y estúpida! ¡Estúpida e ingrata! ¡Ese es el destino que les está reservado a todos los que se sacrifiquen por ella! ¡A todos los que vengan a anunciarle una ruta o una palabra nuevas! ¡Ella crucificó a Jesús de Nazaret y se rio en la cara de Cristóbal Colón! ¡La masa será siempre fea y estúpida! ¡Estúpida e ingrata!

—Olvidad esos negros pensamientos, Vesalius; pero, francamente, esa refriega no servirá para que conquistéis su amor.

—¿Qué me importa, después de todo, el amor de ese populacho, siempre que tenga el tuyo, María! ¿Me amas, verdad? ¿Me amas un poco?

—¿Cómo podéis hacerme todavía semejante pregunta?

—Sé, María, que soy viejo, y, cuando uno es viejo, se duda; sé que carezco de atractivo, que estoy achacoso por las vigilias, enflaquecido y bastante parecido a los esqueletos de mi obrador; pero mi corazón es joven y cálido. Mira, la pasión que siento por ti no es una pasión rancia; bajo una vieja envoltura hay un alma nueva que te entrego; he encontrado muchas mujeres en mi vida, pero ninguna, te lo juro, encendió en mí un fuego como este. ¡Fatalidad! ¿Había que llegar a la decrepitud para conocer el amor y su violencia? María, acostumbra tu mirada al grosero cofre que aprisiona mi joven alma; la savia bulle bajo la albura del roble centenario.

María le rodeó el cuello con su brazo, pasándole la boca por su cráneo pelado y su barba canosa; Vesalius lloraba de alegría.

¡Hora de acostarse! Hora tan delirante, tan palpitante de pudor y voluptuosidad. Hora que confunde a los seres, que aviva y ahoga el deseo. Hora de acostarse, que deja al descubierto mentiras o bellezas. Hora, muy a menudo, de penosos contrastes. Hora a veces tan fatal...

La novia se quitó con un gesto gracioso su traje nupcial y sus alhajas; la rosa parecía despojarse de su perianto; ¡era una belleza castellana como las que se ven en sueños!...

Vesalius se quitó torpemente su traje de fiesta y descubría su fea complexión; ¡era una momia

despojándose de sus vendas!

Bruscamente se apagó la lámpara, las anillas de las cortinas chirriaron en sus varillas; se hizo una calma profunda, interrumpida aquí y allá por tumultos; sin embargo, no se oyó gritar a María...

Pero, muy avanzada la noche, caricias y besos sin respuesta, luego murmullos y exclamaciones de sorpresa, y el sabio profesor de anatomía que repetía temblando:

—No vayas a creer que es por debilidad, María. Es la violencia de mi amor la que me destroza, tus bellezas me avergüenzan, me parece que estoy tocando algo bendito, ¡te amo tanto, María, te amo tanto! Pero no vayas a creer que es por debilidad. Mañana, de día, te lo demostraré en veinte autores, podrás ver en Mundinus, en Galianus, en Gonthierus Andernaci<sup>148</sup>, mi maestro, y primer médico de Francisco I de Francia, podrás ver que, al contrario, es potencia, exceso de amor, ¡te amo tanto, María!

Es de creer que aquel exceso de amor no se calmó, pues, transcurridos apenas unos días, María ocupaba en otra ala un aposento aislado, con una vieja ama de llaves del profesor totalmente vendida a él, y a la que este había metamorfoseado en dueña para su esposa. El búho solo veía a su tórtola en las horas de la comida; se trataban con toda la frialdad y la ajustada cortesía de dos seres extraños.

Vesalius se había casado de nuevo con el estudio; sumido en sus investigaciones, pasaba del laboratorio al aula, y del aula al laboratorio.

Púberes y núbiles, aquí tenéis la moraleja que podéis sacar de esto: que, mientras se pueda, si vuestras pasiones son ardientes, no hay que casarse con un doctor de la universidad, un miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, ni, por encima de todo, con un inmortal de la Academia de los Cuarenta Sillones y del diccionario inextinguible.

#### IV

#### NIDUS ADULTERATUS<sup>149</sup>

Aproximadamente una olimpiada después de todas estas cosas, doña María, que, en contra de su costumbre, no había aparecido en la mesa desde hacía varios días, mandó llamar a Vesalius, su marido. Este acudió inmediatamente a su lado; pálida, descompuesta, ojerosa, con voz apagada, estaba echada en su cama. Vesalius, acercando un sillón, se sentó y se inclinó para escuchar. Al sentir que un cálido aliento se deslizaba por su frente, María abrió sus arrugados párpados, reconoció a Andrea Vesalius y, suspirando, empezó a decir en un tono agonizante:

—¡Vos sois mi señor y amo, Andrea! Siento que me debilito por instantes; pronto estaré a los pies de Dios, juez austero; ¡y soy impura! ¡He pecado tanto contra vos! Pero la pecadora implora vuestro perdón. No os enfadéis; ¡sois un hombre sabio, sois mi buen esposo y mi dueño! Dejad que os abra mi alma totalmente.

—*Señora*, no estáis tan mal como parecéis creer; es vuestro espíritu el que está herido.

—Nadie siente mejor su enfermedad que quien la padece. Dentro de mí algo grita que mi fin está próximo. Vos sois mi esposo y mi buen señor; escuchad, y perdonad; quizá sea excusable en algunos puntos.

»Los dos nos hicimos un juramento en el altar; ninguno de los dos lo hemos cumplido; yo,



porque era joven y estaba llena de vida, y vos, porque vuestros cabellos estaban blancos por el estudio y vuestro cuerpo quebrantado por el trabajo. ¡Miseria! ¡Miseria! ¡Tener que maldecir una misma su propia juventud! ¡Oh, Vesalius!, si supierais lo que es ser mujer y joven, si supierais todo lo que pasa en el interior de una mujer joven, Vesalius, me perdonaríais.

»Escuchad fríamente.

»Debo deciros que soy adúltera, que os he engañado vilmente. Soy una canalla, Andrea. He introducido en vuestra casa a mis amantes, los he emborrachado con vuestro vino, los he atiborrado en vuestra mesa; y, mientras vos estabais sumido en el estudio o en el sueño, yo me reía de vos con ellos; nuestra sucia iniquidad se burlaba de vuestra bondad; vos erais el alimento de nuestras carcajadas, ¿verdad que es infame?... Incluso esta cama en la que muero se estremece todavía con nuestras lascivias; ¡y Dios me llama a su lado! ¡Y muero!.. Oh, si vos me rechazarais...

Su voz se ahogó entonces entre sollozos; luego, tras un momento de silencio, continuó con toda claridad:

—Ya he sido castigada de una manera muy amarga, muy atroz. Una mujer adúltera tiene que ser muy repugnante; ha de quedar cubierta de oprobio. Desde nuestra boda, he tenido tres amantes; pero, de hecho, a cada uno de los tres únicamente lo poseí una sola vez. Cuando, después de largos cortejos, cedía a su obsesión, cuando les entregaba mi cuerpo, una parte de esta cama... Sí, una mujer culpable tiene que ser muy repugnante... Por la mañana, al despertarme, estaba sola; y no volví a verlos jamás, jamás. ¿Puede haber castigo más severo? El crimen está unido al castigo: el crimen llama al suplicio; y, para conseguir el perdón, debo decirlo todo; vos sois misericordioso, Andrea. Al último lo amé con locura, con un amor sin límites, ya veis. Su pérdida me ha matado; abandonada por él, muero... Ahora ya lo he dicho todo: en nombre de *Nuestra Señora de Atocha*, en nombre de *san Isidro Labrador*, en nombre de *san Andrés*, vuestro santo patrón, en nombre de mi padre, vuestro *Tocayo*, vuestro *Colombroño*<sup>150</sup>, perdonad a la débil mujer que tanto os ha ofendido; que vuestra bendición la purifique; perdonadla, se muere...

Y, cogiéndole la mano, se la cubrió de lágrimas y besos; Vesalius la apartó con rudeza, retiró la silla y le dijo con voz concentrada:

—Levantaos, María, seguidme.

—Estoy desfallecida, no puedo.

—Os he dicho que me sigáis.

María, incorporándose con un gran esfuerzo, se envolvió en una bata y siguió vacilante a Vesalius, que bajó la gran escalinata, atravesó el patio, abrió una puerta baja, calada por troneras, que daba entrada a un pequeño edificio iluminado por grandes ventanales de piedra. Esta especie de postigo se cerró tras ellos, y los cerrojos del interior rechinaron en sus pestillos.

## V OPIFICINA<sup>151</sup>

Nos encontramos en el obrador o laboratorio de Vesalius: una gran sala cuadrada, de techo en arco abovedado, con paredes y baldosas de piedra. Varias mesas de madera sucias y grasientas, algunos bancos de carpintero, dos o tres cubetas, un baúl y unos cuantos armarios constituían todo el mobiliario. Había varios calderos dispersos alrededor de la chimenea, cuya campana, de ancha

boca, descendía de la bóveda; en su hogar colgaba una caldera que hervía sobre un fuego ardiente. Los bancos de carpintero estaban repletos de cadáveres con incisiones; los pies pisaban jirones de carne, miembros amputados, y las sandalias del profesor trituraban músculos y cartílagos. Sobre la puerta había colgado un esqueleto que, cuando la abrían o cerraban, crujía como esas velas de madera que los cereros cuelgan como cartel cuando las mueve el cierzo. La bóveda y las paredes estaban cubiertas de osamentas, de costillas, de esqueletos, de armazones, algunos humanos, pero en su mayoría de monos y de cerdos, animales que, por su estructura, son los que más se acercan a la osteología humana, y que habían servido a los estudios de Andrea Vesalius, el primero, por así decir, que hizo de la anatomía una ciencia real, que se atrevió a disecar cadáveres, incluso de cristianos ortodoxos, y a trabajar con ellos públicamente. No fue sino mucho antes, hacia 1315, cuando Mundinus, profesor de Bolonia, había ofrecido el espectáculo nuevo de tres esqueletos humanos disecados. El audaz escándalo no se repitió; la Iglesia lo prohibió formalmente como un sacrilegio. Aterrado por el edicto, todavía reciente, de Bonifacio VII<sup>152</sup>, Mundinus no sacó mucho provecho de sus investigaciones. Entre los antiguos, el contacto o la simple visión de un cadáver imprimía una mancha que a duras penas podían borrar muchas abluciones lustrales y otras expiaciones. En la Edad Media, la disección de una criatura «hecha a la imagen de Dios» pasaba por impiedad digna del cadalso.

## VI ENODATIO<sup>153</sup>

—Ahora, aquí, en ese laboratorio, ¿qué queréis de mí, Vesalius? —repetía María llorando—. ¿Qué queréis de mí? No puedo seguir aquí; el hedor pútrido de estos cuerpos me ahoga; abridme la puerta para que salga; no puedo soportarlo.

—¡No!, qué importa ya eso. Escuchad vos ahora: habéis tenido tres amantes, ¿no es cierto?

—Sí, mi señor.

—Los embriagabais con mi vino, ¿verdad?

—Sí, mi señor.

—Pues bien, ese vino no era puro; vuestra dueña echaba en él un narcótico, el opio, y vos dormíais larga y profundamente, ¿no?

—Sí, mi señor, y al despertar estaba sola.

—Sola, ¿verdad?

—Sí, mi señor, y nunca volví a verlos.

—¡Nunca! Está bien. Pero venid aquí...

Y agarrándola por un brazo, la arrastró hasta el fondo de la sala; allí abrió un armario en el que colgaba un esqueleto completo con sus articulaciones naturales, y de una blancura de marfil.

—¿Reconocéis a este hombre?

—¡Cómo! ¿Estos huesos?...

—¿Reconocéis este jubón, esta capa parda?

—Sí, mi señor, es la capa del caballero Alderán.

—Mirad bien, señora; y ¿no reconocéis también al apuesto caballero que llevaba esa capa, con el que bailasteis de manera tan galante en nuestras bodas?

—¡Alderán!...

María lanzó un grito que habría despertado a los muertos.

—Por lo menos, *doña*, todo ha sido en provecho de la ciencia, como podéis ver —dijo él, volviéndose hacia ella con frialdad—; ya lo veis, la ciencia está en gran deuda con vos.

Luego, con una risa burlona, la llevó hacia una especie de urna o jaula cubierta de cristales, que dejaban ver un esqueleto humano prodigiosamente conservado; las arterias estaban rellenas de un licor rojo, y las venas de un licor azul; aquella armadura ósea parecía envuelta en mallas de seda; su estudio resultaba fácil; aún tenía adheridos algunos mechones de barba y de pelo.

—¿A este, *doña*, lo recuerda vuestra memoria? Fijaos en su bella barba y en su rubia cabellera.

—¡Fernando! ¿Lo habéis matado?

—Hasta ahora, como todavía no se habían disecado cuerpos vivos, solo se tenían vagas e imperfectas nociones sobre la circulación de la sangre y sobre la locomoción; pero ahora, gracias a vos, *señora*, Vesalius ha levantado muchos velos y ha alcanzado una gloria eterna.

Entonces, agarrándola por el pelo, arrastró a María hacia un enorme baúl cuya tapa levantó haciendo un gran esfuerzo; tirándola del pelo la obligaba a mirar en el interior.

—Por último, mira también a este; es el último que tuviste, ¿verdad?

El baúl contenía frascos llenos de esencias en las que nadaban trozos de carne y de cadáver.

—¡Pedro! ¡Pedro!... ¿También lo habéis matado?

—Sí, también...

Entonces, con un horrible estertor, María se desplomó como masa inerte en el suelo.

Al día siguiente un cortejo salió del palacete.

Los sepultureros que bajaron el ataúd a la cripta de *Santa María la Mayor* comentaron entre ellos que era pesado y sonoro, y que al caer se había producido un ruido que no era el ruido de un cuerpo.

Y a la noche siguiente, a través de las troneras de la puerta, se habría podido ver a Andrea Vesalius, en su laboratorio, disecando en su banco de carpintero un hermoso cadáver de mujer, cuyos cabellos rubios llegaban hasta el suelo.

## VII AFFABULATIO<sup>154</sup>

En aquella opulenta corte de Madrid, atiborrada de todos los tesoros del mundo de Cristóbal Colón, y que dominaba poderosamente a toda Europa, Andrea Vesalius descansaba en su gloria, rico y altamente considerado. Entre la Inquisición y Felipe II, favorecía tanto como le era posible el estudio de la anatomía cuando una acusación vino a precipitarlo en horribles desgracias.

Cuando hacía en público la autopsia del cadáver de un gentilhomme, pareció que el corazón palpitaba bajo el filo del escalpelo. La rencorosa Inquisición lo acusó de homicidio<sup>155</sup>, pidió la muerte del sabio, y Felipe II consiguió a duras penas que la pena le fuera conmutada por una peregrinación a Tierra Santa. Vesalius se encaminó hacia Palestina con Malatesta, jefe de las tropas venecianas.

Después de haber sorteado muchos peligros en ese escabroso viaje, a su regreso fue arrojado por la tempestad en las costas de Zante, donde murió de hambre el 15 de octubre de 1564.

La República de Venecia lo llamaba por esas mismas fechas a la Universidad de Padua, viuda

prematura, en ese mismo año, de Gabriele Falloppio<sup>156</sup>, su discípulo.

Si hemos de creer a Boerhaave y a Albinus<sup>157</sup>, Andrea Vesalius pereció víctima de sus continuas burlas sobre la ignorancia, los usos y costumbres de los frailes españoles, y de la Inquisición, que aprovechó con avidez la ocasión de deshacerse de aquel sabio tan incómodo.

La gran anatomía de Andrea Vesalius, *De corporis humani fabrica*, apareció en Basilea en 1562, ilustrada con figuras atribuidas a Tiziano, amigo suyo.

# THÉOPHILE GAUTIER

## ÓNFALE<sup>158</sup>: HISTORIA ROCOCÓ<sup>159</sup>

### OMPHALE: HISTOIRE ROCOCÓ

Mi tío, el caballero de \*\*\*, vivía en una *petite maison*<sup>160</sup> que daba, por un lado, a la triste calle de Tournelles y, por el otro, al triste bulevar Saint-Antoine. Entre el bulevar y el edificio principal, algunos viejos setos devorados por insectos y musgo estiraban lamentablemente sus descarnados brazos en el fondo de una especie de cloaca encajonada por negras y altas murallas. Algunas pobres flores marchitas inclinaban lánguidamente la cabeza como jóvenes tuberculosas, con la esperanza de que un rayo de sol fuera a secar sus hojas medio podridas. Las hierbas habían irrumpido en las alamedas, que apenas podían reconocerse porque hacía mucho que el rastrillo no paseaba por ellas. Uno o dos peces de colores más que nadar flotaban en un estanque cubierto de lentejas de agua y plantas de pantano.

Mi tío llamaba a eso su jardín.

En el jardín de mi tío, además de todas las bellas cosas que acabamos de describir, había un pabellón pasablemente desagradable, al que, sin duda por antífrasis, le había dado el nombre de «*Delicias*». Se hallaba en un estado de completa degradación. Las paredes tenían panzas; grandes placas de revoque se habían despegado y yacían en el suelo entre las ortigas y la avena loca; un moho pútrido hacía verdear las hileras de piedra inferiores; la madera de postigos y puertas había dilatado, y ya no cerraban o lo hacían muy mal. Una especie de enorme *pot à feu*<sup>161</sup> con efluvios resplandecientes formaba la decoración de la entrada principal, porque, en tiempos de Luis XV, época de la construcción de las «*Delicias*», siempre había, por precaución, dos entradas. Óvolos, hojas de achicoria esculpidas y volutas recargaban la cornisa totalmente desmantelada por la filtración de las aguas pluviales. En resumen, la ornamentación de las «*Delicias*» de mi tío el caballero de \*\*\* era bastante lamentable.

Aquella pobre ruina del pasado, tan deteriorada como si tuviera mil años, ruina de yeso y no de piedra, toda arrugada, toda agrietada, cubierta de lepra, corroída por el musgo y el salitre, daba la impresión de uno de esos ancianos precoces consumidos por inmundas depravaciones; no inspiraba ningún respeto, pues no hay nada tan feo ni tan miserable en el mundo como un viejo vestido de gasa y una vieja pared de yeso, dos cosas que no deben durar, pero que duran.

Era en ese pabellón donde mi tío me había alojado.

El interior no era menos rococó que el exterior, aunque sí estaba algo mejor conservado. La cama era de seda china amarilla con grandes flores blancas. Un péndulo de rocalla descansaba sobre un pequeño pedestal incrustado de nácar y marfil. Una guirnalda de rosas de pitimín rodeaba con coquetería un espejo de Venecia; encima de las puertas estaban pintadas en camafeo las cuatro estaciones. Una hermosa dama, ligeramente empolvada, con un corsé azul cielo y una cascada de cintas del mismo color, un arco en la mano derecha, una perdiz en la izquierda, media luna en la frente y un galgo a sus pies, descansaba cómodamente y sonreía de la forma más graciosa del mundo en un ancho marco ovalado. Era una de las antiguas amantes de mi tío, quien había encargado pintarla como Diana<sup>162</sup>. El mobiliario, como se ve, no era de los más modernos. Nada impedía que uno se creyera en tiempos de la Regencia, y la tapicería mitológica que cubría las paredes completaba dicha ilusión a más no poder.

El tapiz representaba a Hércules hilando a los pies de Ónfale. El dibujo era rebuscado a la manera de Van Loo<sup>163</sup> y en el estilo más Pompadour<sup>164</sup> que sea posible imaginar. Hércules tenía una rueca rodeada por una cinta de seda de color rosa; levantaba el dedo meñique con una gracia muy particular, como un marqués que toma una pizca de rapé mientras hace girar, entre el pulgar y el índice, una blanca pavesa de lino; su cuello musculoso estaba cargado de lazos, de lazadas, de hileras de perlas y de mil perifollos femeninos; una amplia falda tornasolada, con dos inmensos miriñaques, acababa de darle un aire totalmente galante al héroe vencedor de monstruos.

Ónfale tenía sus blancos hombros medio cubiertos por la piel del león de Nemea; su delicada mano se apoyaba en la nudosa clava de su amante; sus bellos cabellos rubios ceniza ligeramente empolvados caían lánguidos por su cuello, esbelto y ondulante como cuello de paloma; sus piecitos, auténticos pies de española o de china, que hubieran entrado holgadamente en los zapatos de cristal de Cenicienta, estaban calzados con coturnos semiantiguos, color lila claro, sembrados de perlas. ¡Era realmente encantadora! Su cabeza se echaba hacia atrás con un aire de osadía adorable; la boca se fruncía y formaba un delicioso mohín; la nariz estaba ligeramente hinchada, las mejillas algo encendidas, y un lunar alargado, hábilmente colocado, realzaba su brillo de una forma maravillosa; solo le faltaba un pequeño bigote para convertirse en un consumado mosquetero.

Había además muchos otros personajes en el tapiz, la obligada doncella, el amorcillo de rigor, pero no han dejado en mi recuerdo una silueta lo bastante nítida para que pueda describirlos.

En esa época yo era muy joven, lo cual no quiere decir que hoy sea muy viejo; pero acababa de salir del colegio, y permanecía en casa de mi tío en espera de elegir profesión. Si el buen hombre hubiera podido prever que abrazaría la de autor de cuentos fantásticos, no hay duda de que me hubiera puesto de patitas en la calle y me habría desheredado de forma irrevocable, porque profesaba hacia la literatura en general, y hacia los autores en particular, el desdén más aristocrático. Como verdadero gentilhombre que era, quería que sus criados colgasen o moliesen a bastonazos a todos esos escritorzuelos que se dedican a emborronar el papel y hablan de forma irreverente de las personas de calidad. ¡Que Dios tenga en su gloria a mi pobre tío! Pero lo único que realmente apreciaba en el mundo era la epístola a Zétulbé<sup>165</sup>.

Así pues, acababa de salir del colegio. Estaba lleno de sueños y de ilusiones; era ingenuo, tanto y quizá más que una doncella de Salency<sup>166</sup>. Muy feliz por no tener castigos que cumplir, me parecía que todo iba del mejor modo en el mejor de los mundos posibles. Creía en una infinidad de cosas; creía en la pastora del señor de Florian<sup>167</sup>, en las ovejas peinadas y empolvadas de blanco; no dudaba ni por un momento del rebaño de la señora Deshoulières<sup>168</sup>. Creía que existían

realmente las nueve musas, como afirmaba el *Appendix de diis et heroibus* del padre Jouvençy<sup>169</sup>. A partir de mis recuerdos de Berquin<sup>170</sup> y de Gessner<sup>171</sup> creé un pequeño mundo donde todo era rosa, azul cielo y verde manzana. ¡Oh, santa inocencia! *Sancta simplicitas!*, como dice Mefistófeles.

Cuando me encontré en aquel hermoso cuarto, un cuarto mío, para mí solo, sentí una alegría incomparable. Hice un inventario escrupuloso de hasta del menor mueble; fisgué por todos los rincones, y lo exploré en todos los sentidos. Estaba en el séptimo cielo, feliz como un rey o dos. Después de la cena (porque en casa de mi tío se cenaba), deliciosa costumbre que se ha perdido, como tantas otras no menos encantadoras que añoro de todo corazón, cogí mi palmatoria y me retiré, impaciente como estaba por gozar de mi nueva morada.

Mientras me desnudaba, me pareció que los ojos de Ónfale se habían movido; miré más atentamente, no sin un ligero sentimiento de terror, porque la habitación era grande y la débil penumbra luminosa que flotaba alrededor de la vela solo servía para volver más visibles las tinieblas. Me pareció ver que tenía la cabeza vuelta en sentido inverso. El miedo empezaba a obsesionarme realmente; soplé la vela. Me volví hacia la pared, me cubrí la cabeza con la sábana, me calé el gorro hasta el mentón y acabé por dormirme.

Durante varios días no me atreví a posar los ojos en el maldito tapiz.

Para hacer más verosímil la inverosímil historia que voy a contar, tal vez no sería inútil hacer saber a mis hermosas lectoras que en aquella época yo era realmente un muchacho bastante guapo. Tenía los ojos más bellos del mundo; lo digo porque me lo dijeron; una verdadera tez de clavel; un pelo castaño y rizado que aún conservo, y diecisiete años que ya no tengo. Solo me faltaba una guapa madrina para ser un Querubín<sup>172</sup> más que aceptable; por desgracia la mía tenía cincuenta y siete años y tres dientes, y eso era demasiado por un lado e insuficiente por el otro.

Sin embargo, una noche me envalentoné hasta el punto de echar una ojeada a la bella amante de Hércules; me miraba con la expresión más triste y más lánguida del mundo. Esa vez me calé el gorro hasta los hombros y escondí la cabeza debajo de la almohada.

Esa noche tuve un extraño sueño, si es que fue un sueño.

Oí que los anillos de las cortinas de mi cama se deslizaban chirriando sobre sus varillas, como si hubieran descorrido precipitadamente las cortinas. Me desperté —al menos en mi sueño me pareció que me despertaba—. No vi a nadie.

La luna daba en los cristales y proyectaba en el cuarto su fulgor azul y pálido. Grandes sombras, formas extrañas, se dibujaban en el suelo y en las paredes. El reloj dio un cuarto; la vibración tardó en apagarse; parecía un suspiro. Las pulsaciones de la péndola, que se oían perfectamente, se parecían, hasta el punto de confundirse, a las del corazón de una persona emocionada.

Yo me encontraba muy tranquilo y no sabía qué pensar.

Una furiosa ráfaga de viento golpeó los postigos y hundió la cristalera de la ventana. Los revestimientos de madera de las paredes crujieron y el tapiz se bamboleó. Me aventuré a mirar hacia Ónfale, sospechando confusamente que algo tenía que ver ella en todo aquello. No me equivocaba.

El tapiz se agitó con violencia. Ónfale se despegó de la pared y saltó con ligereza al suelo; vino a mi cama con cuidado de volverse hacia el lado en que yo estaba. Creo que no es necesario describir mi estupefacción. El viejo militar más intrépido no hubiera estado tranquilo en una



circunstancia como aquella, y yo no era ni viejo ni militar. Esperé en silencio el final de la aventura.

Una vocecita aflautada y fina resonó suavemente en mi oído, con esa vocalización remilgada y artificial que empleaban durante la Regencia las marquesas y la gente de buen tono.

—¿Es que te doy miedo, pequeño? Cierto que no eres más que un niño, pero no es bonito tener miedo de las damas, sobre todo de las que son jóvenes y te quieren bien; no es ni decente ni francés; hay que corregirte esos temores. Vamos, pequeño salvaje, no pongas esa cara ni escondas la cabeza debajo de las mantas. Habrá mucho que hacer para educarte, y no estás muy adelantado, mi bello paje; en mi tiempo, los querubines eran más decididos de lo que tú eres.

—Pero, señora, es que...

—Es que te parece extraño verme aquí y no allá —dijo mordiéndose ligeramente el labio rojo con sus dientes blancos, y extendiendo hacia la pared su dedo largo y delgado—. Cierto, no es algo muy natural; pero, aunque te lo explicara, no lo comprenderías; ha de bastarte saber que no corres ningún peligro.

—Temo que usted sea el... el...

—El diablo, hablemos claro, ¿verdad? Eso es lo que querías decir; admitirás por lo menos que no soy lo bastante negra para ser el diablo, y que, si el infierno estuviera poblado por diablos hechos como yo, pasaríamos el tiempo en él de forma tan agradable como en el paraíso.

Para demostrar que no estaba exagerando, Ónfale echó hacia atrás su piel de león y me enseñó unos hombros y unos senos de una forma perfecta y de una blancura deslumbrante.

—Bien, ¿qué dices a esto? —añadió con cierto tono de coquetería satisfecha.

—Digo que, aunque usted fuera el diablo en persona, ya no tendría miedo, señora Ónfale.

—Así se habla; pero no me llames ni «señora» ni «Ónfale». No quiero ser señora para ti, y no soy más Ónfale que diablo.

—¿Quién es entonces?

—Soy la marquesa de T\*\*\*<sup>173</sup>. Algún tiempo después de mi boda, el marqués encargó este tapiz para mi dormitorio, e hizo que me representaran vestida de Ónfale; él mismo figura ahí bajo los rasgos de Hércules. Fue una idea singular la que tuvo, porque, Dios lo sabe, nadie en el mundo se parecía menos a Hércules que el pobre marqués. Hace mucho tiempo que esta habitación no se utilizaba. Yo, que por naturaleza amo la compañía, estaba muerta de aburrimiento, y tenía jaquecas. Estar con el marido es estar sola. Viniste tú, y eso me alegró; esta habitación muerta se reanimó; ya tenía alguien de quien ocuparme. Te miraba ir y venir, te oía dormir y soñar; seguía tus lecturas. Me parecías simpático: con tu aire afable tenías algo que me agradaba; he terminado por amarte. Traté de hacértelo comprender; lanzaba suspiros que tú tomabas por el viento; te hacía señas, te lanzaba miradas lánguidas, no conseguía otra cosa que causarte un terror horrible. Como último recurso, me he decidido a dar este paso inapropiado y a decirte con toda sinceridad lo que tú no podías oír con medias palabras. Ahora que sabes que te amo, espero que...

La conversación se encontraba en ese punto cuando en la cerradura sonó el ruido de una llave. Ónfale se estremeció y se ruborizó hasta en el blanco de los ojos.

—Adiós —dijo—, hasta mañana.

Y volvió a su pared caminando de espaldas, por miedo, sin duda, a dejarme ver su parte de atrás.

Era Baptiste, que venía a recoger mis ropas para cepillarlas.



—Hace mal, señor, en dormir con las cortinas abiertas —me dijo—. Podría acatarrarse; ¡es tan fría esta habitación!

En efecto, las cortinas estaban descorridas; yo, que pensaba que lo anterior no había sido más que un sueño, quedé muy sorprendido, porque estaba seguro de que las había cerrado por la noche.

Tan pronto como Baptiste se hubo ido, corrí al tapiz. Lo palpé en todos los sentidos; era un auténtico tapiz de lana, áspero al tacto como todos los tapices. Ónfale se parecía al encantador fantasma de la noche como un muerto se parece a un vivo. Levanté el paño; la pared era sólida; no había ni panel oculto ni puerta secreta. Solo me fijé en una cosa, que varios hilos estaban rotos en el trozo de suelo donde se posaban los pies de Ónfale. Esto me dio que pensar.

Pasé todo el día totalmente distraído; esperaba la noche con inquietud e impaciencia al mismo tiempo. Me retiré temprano, decidido a ver cómo acabaría todo aquello. Me acosté; la marquesa no se hizo esperar; saltó del entrepaño y vino a caer directamente en mi cama; se sentó a mi cabecera, y la conversación empezó.

Como la víspera, le hice preguntas, le pedí explicaciones. Ella eludía unas y respondía a otras de manera evasiva, pero con tanto ingenio que al cabo de una hora yo no tenía el menor escrúpulo en mi relación con ella.

Mientras hablaba, pasaba sus dedos por mi pelo, dándome golpecitos en las mejillas y suaves besos en la frente.

Hablaba y hablaba de una manera burlona y mimosa, en un estilo elegante y familiar a la vez, de gran dama, que luego no he vuelto a encontrar en nadie.

Al principio estaba sentada en la butaca, junto a la cama; pronto pasó uno de sus brazos alrededor de mi cuello, yo sentía latir con fuerza su corazón contra mí. Era desde luego una bella y encantadora mujer real, una verdadera marquesa lo que se encontraba a mi lado. ¡Pobre colegial de diecisiete años! Aquello era motivo de más que de sobra para perder la cabeza; por eso la perdí. No sabía demasiado bien lo que iba a pasar, pero presentía vagamente que aquello no podía gustarle al marqués.

—Y el señor marqués ¿qué va a decir ahí, en su pared?

La piel del león había caído al suelo, y los coturnos de color lila claro de plata yacían al lado de mis zapatillas.

—No dirá nada —respondió la marquesa riendo de buena gana—. ¿Es que ve algo? Además, aunque viese, es el marido más filósofo y más inofensivo del mundo; está acostumbrado. ¿Me amas, muchacho?

—Sí, mucho, mucho...

Se hizo de día; mi amante se escabulló.

La jornada me pareció espantosamente larga. Por fin llegó la noche. Las cosas pasaron como la víspera, y la segunda noche no tuvo nada que envidiar a la primera. La marquesa era cada vez más adorable. Este enredo amoroso se repitió durante bastante tiempo todavía. Como yo no dormía por la noche, me pasaba todo el día en una especie de somnolencia que no pareció de buen augurio a mi tío. Sospechó algo; probablemente escuchó detrás de la puerta, y lo oyó todo, porque una buena mañana entró en mi habitación tan bruscamente que Antoinette apenas tuvo tiempo de volver a su sitio.

Le seguía un tapicero con tenazas y una escalera.

Me miró con gesto arrogante y severo que me hizo comprender que lo sabía todo.

—Esta marquesa de T\*\*\* está realmente loca; ¿dónde diablos tenía la cabeza para encapricharse de un mocoso como este? —murmuró mi tío entre dientes—; sin embargo, había prometido portarse bien.

—Jean, descuelgue este tapiz, enróllelo y llévelo al desván.

Cada palabra de mi tío era una puñalada.

Jean enrolló a mi amante Ónfale, o a la marquesa Antoinette de T\*\*\*, con Hércules, o el marqués de T\*\*\*, y se llevó todo al desván. No pude contener las lágrimas.

Al día siguiente, mi tío me envió de vuelta en la diligencia de B\*\*\* a casa de mis respetables padres, a los que, como bien se supondrá, no dije una palabra de mi aventura.

Mi tío murió; se vendió su casa y los muebles; con toda seguridad el tapiz fue vendido con todo lo demás.

Lo cierto es que hace algún tiempo, fisgoneando en la tienda de un chamarilero por ver si encontraba alguna baratija, tropecé con un grueso rollo lleno de polvo y cubierto de telarañas.

—¿Qué es esto? —le pregunté al auvernés.

—Es un tapiz rococó que representa los amores de la señora Ónfale y del señor Hércules; es del Beauvais, todo de seda y muy bien conservado. Cómpremelo para su gabinete; no se lo venderé caro, por ser usted.

Al oír el nombre de Ónfale, toda la sangre se me agolpó en el corazón.

—Desenrolle ese tapiz —le dije al comerciante en un tono breve y entrecortado, como si tuviera fiebre.

Desde luego era ella. Me pareció que su boca me dedicaba una graciosa sonrisa y que su mirada se encendió al encontrar la mía.

—¿Cuánto quiere por él?

—Pues no puedo dejárselo en menos de cuatrocientos francos exactamente.

—No los llevo encima. Voy a buscarlos; en menos de una hora estoy de vuelta.

Volví con el dinero; el tapiz ya no estaba. Un inglés había pujado durante mi ausencia, había pagado seiscientos francos y se lo había llevado.

En el fondo, quizá sea mejor que haya ocurrido eso y que yo haya conservado intacto este delicioso recuerdo. Se dice que no hay que volver a los primeros amores ni ir a ver la rosa que se ha admirado la víspera.

Además, ya no soy tan joven ni tan guapo como para que los tapices descendan de la pared en mi honor.

# PROSPER MÉRIMÉE

## LA VENUS DE ILLE

### LA VÉNUS D'ILLE

Ἴλεως, ἦν δ' ἐγώ, ἔστω ὁ ἀνδριὰς  
καὶ ἦπιος οὕτως ἀνδρεῖος ὄν.

ΛΟΥΚΙΑΝΟΥ ΦΙΛΟΨΕΥΔΗΣ

Bajaba yo la última ladera del Canigó y, aunque el sol ya se hubiera puesto, distinguía en el llano las casas de la pequeña localidad de Ille<sup>174</sup>, hacia la que me dirigía.

—Seguro que usted sabe —le dije al catalán que me servía de guía desde la víspera— dónde vive el señor de Peyrehorade<sup>175</sup>.

—¡Vaya si lo sé! —exclamó—. Conozco su casa como la mía; y de no estar tan oscuro se la enseñaría. Es la más hermosa de Ille. Sí que tiene dinero, sí, el señor de Peyrehorade; y casa a su hijo con alguien todavía más rico que él.

—Y esa boda ¿se celebrará pronto? —le pregunté.

—¡Muy pronto! Puede que ya estén encargados los violines para la boda. Esta noche, quizá, mañana, pasado mañana, ¡qué se yo! Se celebrará en Puygarrig<sup>176</sup>, porque su señor hijo se casa con la señorita de Puygarrig. ¡Será espléndido, sí!

Yo iba recomendado al señor de Peyrehorade por mi amigo el señor de P<sup>177</sup>. Era, por lo que me había dicho, un anticuario muy instruido y de una amabilidad a toda prueba. Para él sería un placer mostrarme todas las ruinas en diez leguas a la redonda. Por eso contaba yo con él para visitar los alrededores de Ille, que sabía ricos en monumentos antiguos y de la Edad Media. Aquella boda, de la que entonces oía hablar por primera vez, alteraba todos mis planes.

«Voy a ser un aguafiestas», me dije.

Pero me esperaban; anunciado por el señor de P., tenía que presentarme.

—Hagamos una apuesta, señor —me dijo mi guía cuando ya estábamos en la llanura—, apostémonos un puro a que adivino lo que usted va a hacer a casa del señor Peyrehorade.

—Pues no es muy difícil de adivinar —le respondí tendiéndole un puro—. Pero, dada la hora

que es, cuando se han hecho seis leguas por el Canigó, lo más importante es cenar.

—Sí, pero ¿y mañana?... Mire, apostaría a que viene usted a Ille para ver el ídolo. Lo he adivinado al verle hacer el retrato de los santos de Serrabona<sup>178</sup>.

—¿El ídolo? ¿Qué ídolo?

Esa palabra había excitado mi curiosidad.

—¿Cómo? ¿No le han contado en Perpiñán que el señor de Peyrehorade había encontrado un ídolo de tierra?

—¿Quiere usted decir una estatua de tierra cocida, de arcilla?

—No. De bronce sí, y suficiente para sacar un buen puñado de monedas. Pesa tanto como una campana de iglesia. La encontramos a mucha profundidad en la tierra, al pie de un olivo.

—Entonces, ¿estaba usted presente cuando se descubrió?

—Sí, señor. El señor de Peyrehorade nos dijo, hace quince días, a Jean Coll y a mí, que arrancáramos de raíz un viejo olivo que se había helado el año pasado, que como usted sabe fue malísimo. Y estábamos en eso cuando Jean Coll, que trabajaba de firme, da un golpe de azada y yo oigo: bimm... como si hubiera golpeado en una campana. ¿Qué es eso?, digo yo. Seguimos cavando y cavando, y he aquí que aparece una mano negra que parecía la mano de un muerto saliendo de la tierra. El miedo se apodera de mí. Voy al señor y le digo: «Hay muertos, amo, debajo del olivo. Hay que llamar al cura». «¿Qué muertos?», me dice él. Fue conmigo, y nada más ver la mano exclama: «¡Una antigüedad! ¡Una antigüedad!». A usted le hubiera parecido que había encontrado un tesoro. Y acto seguido se puso a cavar con la azada y las manos, y casi hacía tanta labor como nosotros dos.

—¿Y qué encontraron por fin?

—Una mujer negra muy alta, más que medio desnuda, con perdón, señor, toda de bronce, y el señor de Peyrehorade nos dijo que era un ídolo del tiempo de los paganos... ¡de los tiempos de Carlomagno, vaya!

—Ya veo de qué se trata... Alguna virgencita de bronce de un convento destruido.

—¡Una virgencita! ¡Eso sí que no!... Yo la habría reconocido si hubiera sido una virgencita. Es un ídolo, le digo; se ve enseguida por su aspecto. Te mira con sus grandes ojos blancos... Se diría que te mira fijamente. Y desde luego uno baja la vista al mirarla.

—¿Unos ojos blancos? Sin duda están incrustados en el bronce. Tal vez sea alguna estatua romana.

—¡Romana! Eso es. El señor de Peyrehorade dijo que es una romana. ¡Ah!, ya veo que usted es un sabio como él.

—¿Está entera, bien conservada?

—¡Oh!, señor, no le falta nada. Es todavía más hermosa y mejor acabada que el busto de Luis Felipe<sup>179</sup>, que está en el ayuntamiento, de yeso pintado. Pero, aun así, la cara de ese ídolo no me cae bien. Parece malvada... y de hecho lo es.

—¿Malvada? ¿Qué maldad le ha hecho a usted?

—A mí precisamente no; pero vea: estábamos cuatro para ponerla de pie, además del señor de Peyrehorade, que también tiraba de la cuerda, aunque el buen hombre apenas tiene más fuerza que un mosquito. Con mucho esfuerzo conseguimos ponerla derecha. Yo estaba cogiendo un pedazo de teja para calzarla cuando, ¡cataplum!, resulta que se cae para atrás como un plomo. Grito: ¡Cuidado! Pero no fui lo bastante rápido, porque Jean Coll no tuvo tiempo de sacar la pierna...

—¿Y resultó herido?

—Rota en seco como una estaca, su pobre pierna. ¡Malpocado! Cuando lo vi, me puse furioso. Quería destrozar el ídolo a golpes de azada, pero el señor de Peyrehorade me contuvo. Dio dinero a Jean Coll, que de cualquier modo sigue en cama desde que aquello le pasó hace quince días, y el médico dijo que nunca andará con esa pierna como con la otra. Una lástima, porque era nuestro mejor corredor y, después del hijo del señor, el más astuto jugador de pelota. Al señor Alphonse de Peyrehorade le apesadumbró porque Coll era su compañero de juego. ¡Había que ver lo bien que se enviaban las pelotas! ¡Paf! ¡Paf! Nunca tocaban el suelo.

Charlando de este modo entramos en Ille, y no tardé en encontrarme en presencia del señor de Peyrehorade. Era un viejecito todavía lozano y dispuesto, empolvado, de nariz roja, aire jovial y burlón. Antes de abrir la carta del señor de P., me había instalado ante una mesa bien servida, y me había presentado a su mujer y a su hijo como un arqueólogo ilustre, que debía sacar al Rosellón del olvido en que lo dejaba la indiferencia de los sabios.

Mientras comía con buen apetito, pues nada predispone mejor que el aire vivo de las montañas, yo examinaba a mis anfitriones. Ya he dicho algo sobre el señor de Peyrehorade; debo añadir que era la vivacidad en persona. Hablaba, comía, se levantaba, corría a su biblioteca, me traía libros, me mostraba láminas, me servía de beber; nunca estaba dos minutos en reposo. Su mujer, un poco gruesa, como la mayoría de las catalanas cuando han pasado de los cuarenta años, me pareció una provinciana total, ocupada únicamente de las tareas de su hogar. Aunque la cena fuera suficiente por lo menos para seis personas, ella corrió a la cocina, mandó matar unas palomas, freír unas tortas de maíz, abrir no sé cuántos tarros de mermelada. En un instante la mesa quedó atestada de platos y botellas, y desde luego me habría muerto de indigestión con solo haber probado de todo lo que se me ofrecía. Sin embargo, a cada plato que rechazaba, me presentaban disculpas. Temían que no me encontrase a gusto en Ille. ¡En provincias hay tan pocos recursos, y los parisinos son tan exigentes!

En medio de las idas y venidas de sus padres, el señor Alphonse de Peyrehorade no se movía más que un tercio<sup>180</sup>. Era un joven alto, de veintiséis años, de fisonomía apuesta y regular, pero que carecía de expresividad. Su talle y sus formas atléticas justificaban de sobra la fama de infatigable jugador de pelota que tenía en la región. Esa noche iba vestido con elegancia, exactamente igual que el grabado del último número del *Journal des Modes*<sup>181</sup>. Sin embargo, me parecía incómodo dentro de su ropa; estaba tieso como un poste en su cuello de terciopelo, y para volverse lo hacía de una sola pieza. Sus manos gruesas y bronceadas, sus uñas cortas, contrastaban singularmente con su traje. Eran manos de labrador saliendo de las mangas de un dandi. Además, aunque me mirase de arriba abajo con gran curiosidad por mi condición de parisino, solo me dirigió la palabra una vez en toda la velada, y fue para preguntarme dónde había comprado la cadena de mi reloj.

—¡Ah, mi querido huésped! —me dijo el señor de Peyrehorade cuando la cena llegaba a su fin —, usted me pertenece, está en mi casa. No le dejaré marchar hasta que no haya visto todas las curiosidades que tenemos en nuestras montañas. Tiene que aprender a conocer nuestro Rosellón, y hacerle justicia. No dude de todo lo que vamos a mostrarle. Monumentos fenicios, celtas, romanos, árabes, bizantinos; verá usted todo, desde el cedro hasta el hisopo<sup>182</sup>. Lo llevaré por todas partes y no le perdonaré ni un ladrillo.

Un ataque de tos lo obligó a detenerse. Aproveché para decirle que lamentaría mucho molestarlo en circunstancia tan transcendental para su familia. Si tenía a bien darme sus excelentes

consejos sobre las excursiones que debería hacer, yo podría, sin que él se tomase la molestia de acompañarme...

—¡Ah!, se refiere al matrimonio de este muchacho —exclamó interrumpiéndome—. ¡Una tontería, será pasado mañana! Asistirá usted a la boda con nosotros, en familia, porque la futura está de luto por una tía de la que hereda. Por eso, nada de fiesta, nada de baile... Una lástima..., tendría usted que ver bailar a nuestras catalanas... Son guapas, y quizá le habrían entrado ganas de imitar a mi Alphonse. Dicen que una boda trae otras... El sábado, una vez casados los jóvenes, estoy libre, y nos ponemos en marcha. Le pido perdón por fastidiarle con una boda de provincias. Para un parisino hastiado de fiestas... ¡y encima una boda sin baile! Sin embargo, verá usted a una casada... a una casada... y ya me dará su opinión... Aunque como usted es un hombre mayor y ya no mira a las mujeres... Tengo algo mejor que enseñarle. ¡Le haré ver una cosa!... Le reservo una sorpresa enorme para mañana...

—¡Dios mío! —le dije—, qué difícil es tener un tesoro en casa sin que el público se entere. Creo adivinar la sorpresa que me prepara. Pero si se trata de su estatua, la descripción que mi guía me ha hecho solo ha servido para excitar mi curiosidad y disponerme a la admiración.

—¡Ah!, le ha hablado del ídolo, porque así es como llaman a mi bella Venus Tur... pero no quiero adelantarle nada. Mañana, con la plena luz del día, la verá, y ya me dirá si tengo razón al creerla una obra maestra. ¡Pardiez!, no podía llegar usted en momento más oportuno. Hay inscripciones que yo, pobre ignorante, explico a mi manera... pero un sabio de París... Quizá se burle usted de mi interpretación... porque tengo una memoria... yo, el que le habla... viejo arqueólogo provinciano, me he lanzado... Quiero hacer gemir a la prensa... Si usted quisiera leerme y corregirme, podría esperar... Por ejemplo, tengo mucha curiosidad por saber cómo traducirá usted esta inscripción sobre el pedestal: CAVE... Pero aún no quiero preguntarle nada. ¡Mañana, mañana! Hoy ni una palabra sobre la Venus.

—Haces bien, Peyrehorade, dejando en paz a tu ídolo —dijo su mujer—. Deberías darte cuenta de que estás impidiéndole comer al señor. Vamos, el señor ha visto en París estatuas mucho más bellas que la tuya. En las Tullerías las hay a docenas, y también de bronce.

—¡He aquí la ignorancia, la santa ignorancia provinciana! —le interrumpió el señor de Peyrehorade—. ¡Comparar una antigüedad admirable con las sosas figuras de Coustou<sup>183</sup>!

*¡Con cuánta irreverencia  
habla de los dioses mi señora!<sup>184</sup>*

¿Sabe usted que mi mujer quería que fundiese mi estatua para hacer una campana para nuestra iglesia? Es que ella hubiera sido la madrina. ¡Una obra maestra de Mirón<sup>185</sup>, señor!

—¡Obra maestra, obra maestra! Bonita obra maestra ha hecho: ¡romper la pierna de un hombre!

—Mira, mujer —dijo el señor de Peyrehorade en tono resuelto, y tendiendo hacia ella su pierna derecha en una media de seda chiné—, si mi Venus me hubiera roto esta pierna, no lo lamentaría.

—¡Dios mío!, Peyrehorade, ¡cómo puedes decir eso! Por suerte, el hombre ya se encuentra mejor... Aun así, no puedo decidirme a contemplar la estatua que causa desgracias como esas. ¡Pobre Jean Coll!

—¡Herido por Venus, señor —dijo el señor de Peyrehorade riendo a carcajadas—, herido por

Venus, y el granuja se queja!

*Veneris nec præmia noris*<sup>186</sup>.

¿Quién no ha sido herido por Venus?

El señor Alphonse, que entendía el francés mejor que el latín, guiñó un ojo con expresión de inteligencia, y me miró como preguntándome: ¿Y usted, parisino, lo entiende?

Acabó la cena. Hacía una hora que yo había dejado de comer. Estaba cansado y no conseguía ocultar los frecuentes bostezos que se me escapaban. La señora de Peyrehorade fue la primera en darse cuenta y advirtió que era hora de irse a dormir. Entonces empezaron nuevas disculpas sobre el mal alojamiento que iba a tener. No estaría como en París. ¡En provincias se está tan mal! Había que tener indulgencia con los roselloneses. Por mucho que yo asegurase que, tras una excursión por las montañas, un haz de paja sería para mí una cama deliciosa, seguían pidiéndome que perdonase a unos pobres campesinos que no me trataban tan bien como habrían deseado. Subí por fin al cuarto que me estaba destinado, acompañado por el señor de Peyrehorade. La escalera, cuyos escalones superiores eran de madera, desembocaba en medio de un pasillo al que daban varias habitaciones.

—A la derecha —me dijo mi anfitrión— está el aposento que destino a la futura señora Alphonse. Su habitación está al final del pasillo opuesto. Como ya supondrá —añadió con una expresión que quería volver sutil—, hay que aislar a los recién casados. Usted se encuentra en un extremo de la casa, y ellos en el otro.

Entramos en una habitación bien amueblada. El primer objeto al que dirigí la vista fue una cama de siete pies de largo y seis de ancho, y tan alta que se necesitaba un escabel para trepar a ella. Mi anfitrión me había indicado la ubicación de la campanilla, y, tras asegurarse de que el azucarero estaba lleno y los frascos de colonia debidamente colocados en el tocador, después de preguntarme varias veces si me faltaba algo, me deseó buenas noches y me dejó solo.

Las ventanas estaban cerradas. Antes de desnudarme abrí una para respirar el aire fresco de la noche, delicioso tras una larga cena. Enfrente tenía el Canigó, con un aspecto admirable en todo tiempo, pero que esa noche me pareció la montaña más bella del mundo, iluminado como estaba por una resplandeciente luna. Permanecí varios minutos contemplando su silueta maravillosa, e iba a cerrar la ventana cuando, bajando la mirada, distinguí la estatua sobre un pedestal, a un veintena de toesas<sup>187</sup> de la casa. Estaba colocada en la esquina de un seto vivo que separaba un jardincillo de un amplio cuadrado perfectamente unido que, como más tarde supe, era el juego de la pelota de la localidad. Ese terreno, propiedad del señor de Peyrehorade, había sido cedido por él a la comuna, ante los apremiantes ruegos de su hijo.

Desde la distancia a la que estaba, me resultaba difícil distinguir la actitud de la estatua; solo podía calibrar su altura, que me pareció de unos seis pies. En aquel momento, dos pillastres del pueblo pasaban por el juego de la pelota, bastante cerca del seto, silbando la bonita melodía del Rosellón *Muntanyes regalades*<sup>188</sup>. Se detuvieron a mirar la estatua; uno de ellos la insultó incluso en voz alta. Hablaba catalán; pero yo estaba en el Rosellón desde hacía suficiente tiempo como para poder comprender más o menos lo que decía:

—¡Aquí estás, pues, bribona! [El término catalán era más enérgico]. ¡Aquí estás! —decía—. ¡Tú eres la que le has roto la pierna a Jean Coll! Si fueras mía, te partiría el cuello.

—¡Bah!, ¿con qué? —dijo el otro—. Es de bronce, y tan dura que a Étienne se le rompió la

lima tratando de mellarla. Es bronce del tiempo de los paganos; es más duro que no sé qué.

—Si tuviera mi cortafrío [al parecer era aprendiz de cerrajero], no tardaría mucho en saltarle esos grandes ojos blancos, igual que sacaría una almendra de su cáscara. Valdrían más de cien sous de plata.

Dieron algunos pasos alejándose.

—Tengo que darle las buenas noches al ídolo —dijo el más alto de los aprendices deteniéndose de repente.

Se agachó, y probablemente cogió una piedra. Le vi desplegar el brazo, lanzar algo, y al punto un sonoro golpe resonó sobre el bronce. En ese mismo instante el aprendiz se llevó la mano a la cabeza lanzando un grito de dolor.

—¡Me la ha devuelto! —exclamó.

Y mis dos pillastres emprendieron la huida a escape. Era evidente que la piedra había rebotado en el metal y había castigado al granuja por el ultraje que hacía a la diosa.

Cerré la ventana riéndome de buena gana.

«¡Otro vándalo más castigado por Venus! ¡Ojalá a todos los destructores de nuestros viejos monumentos les rompan así la cabeza!».

Era pleno día cuando me desperté. Cerca de mi cama estaban, a un lado, el señor de Peyrehorade, en bata; en el otro, un criado enviado por su mujer, con una taza de chocolate en la mano.

—¡Venga, arriba, parisino! ¡Pues sí que son perezosos los de la capital! —decía mi anfitrión mientras yo me vestía deprisa—. Son las ocho y todavía en la cama. Yo me he levantado hace seis horas. Esta es la tercera vez que subo; me he acercado a su puerta de puntillas y nada, ni la menor señal de vida. Le sentará mal dormir demasiado a su edad. ¡Y todavía no ha visto mi Venus! Vamos, tome deprisa esa taza de chocolate de Barcelona... De verdadero contrabando<sup>189</sup>... Chocolate como no lo tienen en París. Reponga fuerzas, porque, cuando esté usted delante de mi Venus, nadie podrá arrancarlo de allí.

En cinco minutos estuve listo, es decir, afeitado a medias, mal abrochado, y quemado por el chocolate que tragué hirviendo. Bajé al jardín, y me encontré ante una admirable estatua.

Era desde luego una Venus, y de una belleza maravillosa. Tenía desnuda la parte superior del cuerpo, como los antiguos solían representar a las grandes divinidades; la mano derecha, levantada a la altura del seno, estaba vuelta, con la palma hacia dentro, el pulgar y los dos primeros dedos extendidos, los otros dos ligeramente doblados. La otra mano, cerca de la cadera, sostenía el paño que cubría la parte inferior del cuerpo. La actitud de la estatua recordaba la del jugador de morra<sup>190</sup> que se conoce, no sé por qué, con el nombre de Germánico<sup>191</sup>. Quizá se había querido representar a la diosa jugando al juego de morra.

Sea como fuere, es imposible ver algo más perfecto que el cuerpo de aquella Venus; nada más suave, más voluptuoso que sus contornos; nada más elegante ni más noble que sus ropajes. Yo me esperaba alguna obra del Bajo Imperio, y veía una obra de arte de la mejor época de la estatuaria. Lo que sobre todo me sorprendió fue la exquisita verdad de las formas, de modo que se las habría podido creer modeladas del natural si la naturaleza produjese modelos tan perfectos.

La cabellera, alta sobre la frente, parecía haber sido dorada en el pasado. La cabeza, pequeña, como la de casi todas las estatuas griegas, estaba ligeramente inclinada hacia delante. En cuanto al rostro, nunca conseguiré expresar su extraño carácter, cuyo tipo no se asemejaba al de ninguna



estatua antigua que yo recuerde. No era esa belleza calma y severa de los escultores griegos, que por sistema daban a todos los rasgos una majestuosa inmovilidad. En esta, en cambio, yo observaba con sorpresa la marcada intención del artista de expresar la malicia llegando incluso a la maldad. Todos los rasgos estaban ligeramente contraídos: los ojos algo oblicuos, la boca realzada en las comisuras, las aletas de la nariz un poco hinchadas. Desdén, ironía, crueldad se leían sobre aquel rostro de una increíble belleza sin embargo. De hecho, cuanto más se contemplaba aquella admirable estatua, más se experimentaba el penoso sentimiento de que una hermosura tan maravillosa pudiera asociarse a una ausencia total de sensibilidad.

—Si la modelo existió alguna vez —le dije al señor de Peyrehorade—, y dudo mucho que el cielo haya producido nunca tal mujer, ¡compadezco a sus amantes! Debió de complacerse en hacerlos morir desesperados. Hay en su expresión algo feroz, y sin embargo nunca he visto nada tan hermoso.

—«¡Es Venus por entero a su presa aferrada!<sup>192</sup>» —exclamó el señor de Peyrehorade, satisfecho por mi entusiasmo.

Esta expresión de infernal ironía tal vez se veía aumentada por el contraste de sus ojos incrustados de plata y muy brillantes con la pátina de un verde negruzco que el tiempo había dado a toda la estatua. Aquellos ojos brillantes producían cierta ilusión que recordaba la realidad, la vida. Me acordé de lo que me había dicho mi guía: que hacía bajar los ojos a los que la miraban. Casi era cierto, y no pude reprimir un movimiento de cólera contra mí mismo al sentirme algo a disgusto ante aquella figura de bronce.

—Ahora que ha admirado todo en detalle, mi querido colega en antiguallas —dijo mi anfitrión—, abramos si le parece una conferencia científica. ¿Qué dice usted de esta inscripción en la que todavía no se ha fijado?

Me señalaba el pedestal de la estatua, donde leí estas palabras:

### CAVE AMANTEM

—*Quid dicis, doctissime*<sup>193</sup>? —me preguntó frotándose las manos—. A ver si estamos de acuerdo en el sentido de ese *cave amantem*.

—Pues tiene dos sentidos —respondí—. Se puede traducir como: «Ten cuidado del que te ama, desconfía de los amantes». Pero, en este sentido, no sé si *cave amantem* sería una buena latinidad. Al ver la expresión diabólica de la dama, creería más bien que el artista quiso poner en guardia al espectador contra esa terrible belleza. Por lo tanto, yo traduciría: «Ten cuidado si ella te ama».

—¡Hum! —dijo el señor de Peyrehorade—, sí, es un sentido admirable; pero, no se ofenda, yo prefiero la primera traducción, que sin embargo voy a desarrollar. ¿Conoce al amante de Venus?

—Hay varios.

—Sí, pero el primero es Vulcano<sup>194</sup>. ¿No se habrá querido decir: «A pesar de toda tu belleza, de tu aire desdeñoso, tendrás por amante a un herrero, a un infame cojo»? ¡Lección profunda para las coquetas, caballero!

No pude dejar de sonreír, porque aquella explicación me pareció traída por los pelos.

—¡Qué lengua tan terrible el latín con su concisión! —observé para evitar contradecir formalmente a mi arqueólogo, y retrocedí unos pasos para contemplar mejor la estatua.

—¡Un instante, colega! —dijo el señor de Peyrehorade, agarrándome por el brazo—, no ha visto usted todo. Todavía hay otra inscripción. Suba al pedestal y mire en el brazo derecho.

Mientras así hablaba me ayudó a subir.

Me agarré sin demasiados miramientos al cuello de la Venus, con la que empezaba a familiarizarme. Miré incluso un instante en sus mismas narices. De cerca la encontré aún más malvada y todavía más bella. Luego reconocí que, grabados en el brazo, había algunos caracteres de escritura cursiva antigua, según me pareció. Con la valiosa ayuda de los anteojos deletreé lo que sigue, mientras el señor de Peyrehorade repetía cada palabra a medida que yo la iba pronunciando, aprobando con el gesto y la voz. Así pues, leí:

VENERI TVRBVL...  
EVTYCHES MYRO  
IMPERIO FECIT

Tras esa palabra de *TVRBVL* de la primera línea me parecía que había algunas letras borradas; pero *TVRBVL* era perfectamente legible.

—¿Lo cual quiere decir?... —me preguntó mi anfitrión, radiante y sonriendo con malicia, pues pensaba que ya no conseguiría salir fácilmente de ese *TVRBVL*.

—Hay una palabra que todavía no me explico —le dije—; todo lo demás es fácil. Eutiques<sup>195</sup> Mirón hizo esta ofrenda a Venus por orden suya.

—Perfecto. Pero ¿qué hace usted con *TVRBVL*? ¿Qué es *TVRBVL*?

—*TVRBVL* me pone en un gran aprieto. Busco en vano algún epíteto conocido de Venus que pueda ayudarme. Vamos a ver, ¿qué diría usted de *TVRBVLENTA*? Venus que inquieta, que agita... Se dará cuenta de que sigo preocupado por su expresión malvada. *TVRBVLENTA* no es un epíteto demasiado malo para Venus —añadí en tono modesto, porque ni yo mismo estaba demasiado satisfecho con mi explicación.

—¡Venus turbulenta! ¡Venus la alborotadora! ¡Ah! ¿Cree entonces que mi Venus es una Venus de taberna? En absoluto, señor; es una Venus de buena sociedad. Pero voy a explicarle ese *TVRBVL*... Me prometerá al menos que no divulgará mi descubrimiento antes de que imprima mi estudio. Es que, como puede ver, me enorgullezco de este descubrimiento... Ustedes tienen que dejarnos espigar algo a nosotros, pobres diablos de provincias. ¡Son ustedes tan ricos, los señores sabios de París!

Desde lo alto del pedestal, donde seguía encaramado, le prometí solemnemente que nunca cometería la indignidad de robarle su descubrimiento.

—*TVRBVL*..., señor —dijo acercándose y bajando la voz por miedo a que otro que no fuera yo pudiese oírle—, lea *TVRBVLNERA*.

—Sigo sin comprender.

—Escúcheme bien. A una legua de aquí, al pie de la montaña, hay un pueblo que se llama Boulternère<sup>196</sup>. Es una corrupción de la palabra latina *TVRBVLNERA*. Nada más común que ese tipo de inversiones. Boulternère, señor, fue una población romana. Yo siempre lo había sospechado, pero nunca había tenido prueba de ello. Y la prueba está aquí. Esta Venus era la divinidad lugareña de la ciudad de Boulternère; y esa palabra de «Boulternère», que acabo de demostrar de origen antiguo, prueba algo mucho más curioso, que Boulternère, antes de ser una

población romana, fue una población fenicia.

Se detuvo un momento para respirar y gozar de mi sorpresa. Yo conseguí refrenar un fuerte impulso de echarme a reír.

—En efecto —continuó—, *TVRBVLNERA* es puro fenicio, *TVR*, pronuncie *TUR*... *TUR* y *SUR* son la misma palabra, ¿no es cierto? *SUR* es el nombre fenicio de Tiro<sup>197</sup>; y no necesito recordarle su sentido. *Bul* es *Baal*; y *Val*, *Bel* y *Bull* son ligeras diferencias de pronunciación<sup>198</sup>. En cuanto a *NERA*, eso me cuesta un poco más. A falta de encontrar una palabra fenicia, estoy tentado a creer que proviene del griego *νηρός* («húmedo, pantanoso»). Por lo tanto, sería una palabra híbrida. Para justificar *νηρός*, en Boulternère le mostraré cómo los riachuelos de montaña forman ahí unos pantanos infectos. Por otro lado, la terminación *NERA* habría podido añadirse mucho más tarde en honor de *Nera Pivesuvia*, mujer de *Tétrico*<sup>199</sup>, la cual habría hecho algún bien a la ciudad de *Turbul*. No obstante, debido a los pantanos, prefiero la etimología de *νηρός*.

Tomó una pizca de tabaco con aire satisfecho.

—Pero dejemos a los fenicios y volvamos a la inscripción. Así pues, traduzco: «A *Venus de Boulternère Mirón* dedica por orden suya esta estatua, obra suya».

Mucho me guardé de criticar su etimología, pero a mi vez quise dar una muestra de agudeza, y le dije:

—Alto ahí, señor. *Mirón* consagró alguna cosa, pero no veo en absoluto que sea esta estatua.

—¿Cómo! —exclamó—, ¿no era *Mirón* un famoso escultor griego? El talento se habrá perpetuado en su familia; habrá sido uno de sus descendientes el que hizo esta estatua. No hay nada más seguro.

—Pero veo en el brazo un pequeño agujero —repliqué yo—. Creo que sirvió para fijar alguna cosa, un brazalete, por ejemplo, que *Mirón* dio a *Venus* como ofrenda expiatoria. *Mirón* fue un amante desdichado. *Venus* estaba irritada contra él, y él la aplacó consagrándole un brazalete de oro. Observe que *fecit* se toma muy a menudo por *consecravit*. Son términos sinónimos. Le mostraría además un ejemplo si tuviera a mano a *Grüter* o bien a *Orelli*<sup>200</sup>. Es natural que un enamorado vea a *Venus* en sueños, que imagine que ella le ordena dar un brazalete de oro a su estatua. *Mirón* le consagró un brazalete... Más tarde los bárbaros, o bien algún ladrón sacrílego...

—¡Ah!, cómo se ve que usted ha escrito novelas —exclamó mi anfitrión ofreciéndome la mano para que bajase—. No, señor, es una obra de la escuela de *Mirón*. Vea tan solo el trabajo, y se convencerá.

Como me había impuesto la ley de no contradecir nunca a ultranza a los arqueólogos obstinados, agaché la cabeza con aire convencido diciendo:

—Es una pieza admirable.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó el señor de *Peyrehorade*—, ¡otro rasgo más de vandalismo! ¡Parece que han arrojado una piedra contra mi estatua!

Acababa de distinguir una mancha blanca un poco por encima del seno de la *Venus*. Yo observé un trazo semejante en los dedos de la mano derecha; supuse entonces que habían sido rozados en la trayectoria de la piedra, o bien que un fragmento se había desprendido por el choque y había rebotado en la mano. Conté a mi huésped el insulto del que había sido testigo y el pronto castigo que le siguió. Se rio mucho y, comparando al aprendiz con *Diomedes*<sup>201</sup>, le deseó que viera, como el héroe griego, a todos sus compañeros convertidos en blancos pájaros.

La campana de la comida interrumpió esta conversación clásica y, como la víspera, me vi

obligado a comer por cuatro. Luego llegaron los colonos del señor de Peyrehorade; y mientras él les daba audiencia, su hijo me llevó a ver una calesa que había comprado en Toulouse para su prometida, y que, por supuesto, admiré. Después entré con él en la caballeriza, donde me tuvo media hora alabándome sus caballos, dándome a conocer su genealogía y contándome los premios que habían ganado en las carreras del departamento. Por fin vino a hablarme de su futura, por asociación de ideas con una yegua gris que le tenía destinada.

—Hoy la veremos —dijo—. No sé si le parecerá guapa. En París son ustedes tan exigentes; pero aquí y en Perpiñán a todo el mundo le parece encantadora. Lo mejor de todo es que es muy rica. Su tía de Prades le ha dejado sus bienes. ¡Oh!, voy a ser muy feliz.

Quedé profundamente contrariado al ver a un joven que parecía más impresionado por la dote que por los bellos ojos de su prometida.

—A usted, que entiende de alhajas —continuó el señor Alphonse—, ¿qué le parece esto? Es el anillo que le entregaré mañana.

Mientras así hablaba, se sacó de la primera falange del dedo meñique una gruesa sortija enriquecida con diamantes y formada por dos manos entrelazadas; la alusión me pareció infinitamente poética. Era una labor antigua, pero me pareció que la habían retocado para engastar los diamantes. En el interior de la sortija se leían estas palabras en letras góticas: *Sempr' ab ti*, es decir, siempre contigo.

—Es una bonita sortija —le dije—, pero esos diamantes añadidos le han hecho perder algo de su carácter.

—¡Oh!, es más bella así —respondió sonriendo—. Hay ahí mil doscientos francos en diamantes. Fue mi madre quien me la dio. Era una sortija de la familia, antiquísima... de los tiempos de la caballería. Había pertenecido a mi abuela, que la recibió de la suya. Dios sabe cuándo la hicieron.

—En París —le dije—, la costumbre es regalar un anillo muy discreto, compuesto por lo general de dos metales distintos, como el oro y el platino. Mire, esta otra sortija que tiene usted en ese dedo sería más apropiada. Esta, con sus diamantes y sus manos en relieve, es tan gruesa que no podría ponerse guantes.

—¡Oh! Que la señora Alphonse se las arregle como pueda. Creo que siempre estará muy contenta de tenerla. Mil doscientos francos en el dedo es agradable. Esta pequeña sortija —añadió mirando con aire satisfecho el anillo totalmente liso que llevaba en la mano—, esta me la regaló una mujer en París un día de carnaval. ¡Ah, cómo me lo pasé en París hace dos años! ¡Allí sí que se divierte uno!

Y suspiró de nostalgia.

Ese día teníamos que cenar en Puygarrig, en casa de los parientes de la prometida; montamos en calesa y nos dirigimos al castillo, aproximadamente a legua y media de distancia de Ille. Fui presentado y acogido como amigo de la familia. No hablaré de la cena ni de la conversación que siguió, y en la que participé poco. El señor Alphonse, sentado al lado de su prometida, le decía unas palabras al oído cada cuarto de hora. En cuanto a ella, apenas levantaba los ojos, y, cada vez que su prometido le hablaba, se sonrojaba con modestia, pero le respondía con desenvoltura.

La señorita de Puygarrig tenía dieciocho años; su talle ligero y delicado contrastaba con las formas huesudas de su robusto prometido. No solo era bella, sino también seductora. Yo admiraba la perfecta naturalidad de todas sus respuestas; su aire de bondad, que sin embargo no estaba exento de un leve tinte de malicia, me recordó, a pesar mío, a la Venus de mi anfitrión. En aquel

símil que hice para mis adentros me preguntaba si la superioridad en belleza, que de manera inapelable había que otorgar a la estatua, no se debía, en gran parte, a su expresión de tigresa; porque, incluso en las malas pasiones, la energía siempre suscita en nosotros un asombro y una especie de admiración involuntaria.

«¡Qué lástima —me dije al abandonar Puygarrig— que una persona tan amable sea tan rica, y que su dote sea el cebo para un hombre indigno de ella!».

Al volver a Ille, y como no sabía demasiado bien qué decirle a la señora de Peyrehorade, a quien creía conveniente dirigir algunas veces la palabra, exclamé:

—¡Qué personas tan cultivadas hay en el Rosellón! ¡Celebran una boda en viernes! En París seríamos más supersticiosos; nadie se atrevería a tomar esposa en ese día.

—¡Dios mío!, no me lo cuente —me dijo—. Si hubiera dependido solo de mí, claro que habría elegido otro día. Pero Peyrehorade lo quiso, y ha habido que ceder. Sin embargo, a mí me hace sufrir. ¿Y si ocurriese alguna desgracia? Tiene que haber alguna razón, porque, en fin, ¿por qué todo el mundo le tiene miedo al viernes?

—¡Viernes! —exclamó el marido—, ¡es el día de Venus! Buen día para una boda. Ya lo ve, mi querido colega, no pienso más que en mi Venus. ¡Palabra de honor! Por ella escogí el viernes. Mañana, si usted quiere, antes de la boda, le haremos un pequeño sacrificio; sacrificaremos dos palomas, y si supiera dónde encontrar incienso...

—¡Qué disparate, Peyrehorade! —le interrumpió su esposa escandalizada a más no poder—. ¡Incensar a un ídolo! ¡Sería una abominación! ¿Qué dirían de nosotros en la región?

—Me permitirás por lo menos —dijo el señor de Peyrehorade— que le ponga en la cabeza una corona de rosas y azucenas:

*Manibus date lilia plenis*<sup>202</sup>.

Ya lo ve, señor, la Carta<sup>203</sup> es una palabra inútil. ¡No tenemos libertad de culto!

Los preparativos del día siguiente se organizaron de esta manera. Todo el mundo debía estar listo y arreglado a las diez en punto. Después de tomar el chocolate se dirigirían en coche a Puygarrig. El matrimonio civil debía celebrarse en el Ayuntamiento del pueblo, y la ceremonia religiosa, en la capilla del castillo. Luego vendría el almuerzo. Después del almuerzo pasarían el tiempo como pudieran hasta las siete. A las siete se volvería a Ille, a casa del señor de Peyrehorade, donde debían cenar las dos familias juntas. El resto es fácil de adivinar. Como no se podía bailar, querían comer todo lo posible.

A las ocho yo estaba sentado delante de la Venus, con un lápiz en la mano, volviendo a empezar a dibujar por vigésima vez la cabeza de la estatua sin que pudiera conseguir captar su expresión. El señor de Peyrehorade iba y venía a mi alrededor, me daba consejos, me repetía sus etimologías fenicias; luego colocaba rosas de Bengala en el pedestal de la estatua, y en tono tragicómico le dirigía votos para la pareja que iba a vivir bajo su techo. Hacia las nueve volvió a casa para arreglarse, y en ese momento apareció el señor Alphonse, bien ceñido en un frac nuevo, con guantes blancos, zapatos de charol, botones cincelados y una rosa en el ojal.

—¿Hará usted el retrato de mi mujer? —me dijo inclinándose sobre mi dibujo—. También es guapa.

En ese momento, en el campo de pelota del que ya he hablado, empezaba un partido que

enseguida atrajo la atención del señor Alphonse. Y yo, cansado, y sin esperanza de reproducir aquella diabólica figura, no tardé en dejar mi dibujo para mirar a los jugadores. Entre ellos había varios arrieros españoles que habían llegado la víspera. Eran aragoneses y navarros, y casi todos tenían una habilidad maravillosa. Por eso los illenses, aunque animados por la presencia y los consejos del señor Alphonse, no tardaron en ser derrotados por aquellos nuevos campeones. Los espectadores nacionales estaban consternados. El señor Alphonse miró su reloj. No eran más que las nueve y media. Su madre aún no estaba peinada. No lo dudó: se quitó el frac, pidió una chaqueta y desafió a los españoles. Yo lo contemplaba sonriendo y algo sorprendido.

—¡Hay que salvar el honor del país!

Entonces me pareció realmente hermoso. Era apasionado. Sus ropas, que tanto le preocupaban hacía un momento, ya no significaban nada para él. Unos minutos antes hubiera temido volver la cabeza por miedo a descolocarse la corbata. Ahora ya no pensaba en sus cabellos rizados ni en su chorrera bien plisada. ¿Y su prometida?... Palabra, si hubiera sido necesario, creo que habría aplazado la boda. Le vi calzarse de prisa un par de sandalias, arremangarse y, con aire decidido, ponerse al frente del equipo vencido, como César reuniendo a sus soldados en Dirraquio<sup>204</sup>. Salté el seto y me situé cómodamente a la sombra de un almez, de forma que pudiera ver bien los dos campos.

Contra lo que se esperaba, el señor Alphonse falló la primera bola; si bien es cierto que llegó rozando el suelo y había sido lanzada con una fuerza sorprendente por un aragonés que parecía ser el jefe de los españoles.

Era un hombre de unos cuarenta años, seco y nervioso, de seis pies de altura, y su piel olivácea tenía un tono casi tan oscuro como el bronce de la Venus.

El señor Alphonse tiró su raqueta al suelo con furia.

—¡Es esta maldita sortija —exclamó— que me aprieta el dedo y me hace fallar una bola segura!

Se quitó, no sin esfuerzo, su sortija de diamantes. Me acerqué para recibirla; pero él se me anticipó, corrió hacia la Venus, le pasó la sortija en el dedo anular y volvió a ocupar su posición al frente de los illenses.

Estaba pálido, pero tranquilo y resuelto. Desde entonces ya no cometió una sola falta, los españoles fueron totalmente derrotados. Qué bello espectáculo el entusiasmo de los espectadores: unos gritaban alegremente lanzando sus gorras al aire; otros le estrechaban las manos calificándole de honor de la región. Dudo que, si hubiera rechazado una invasión, hubiese recibido felicitaciones más vivas y más sinceras. La pesadumbre de los vencidos se añadía además al esplendor de su victoria.

—Ya jugaremos más partidos, amigo —le dijo al aragonés en tono de superioridad—, pero le daré puntos de ventaja.

Me habría gustado que el señor Alphonse fuera más modesto, y casi me apenó la humillación de su rival.

El gigante español sintió profundamente aquel insulto. Lo vi palidecer bajo su piel morena. Miraba con aire taciturno su raqueta apretando los dientes; luego, con voz ahogada, dijo en voz baja: *Me lo pagarás*<sup>205</sup>.

La voz del señor de Peyrehorade perturbó el triunfo de su hijo; mi anfitrión, muy sorprendido por no encontrarlo presidiendo los preparativos de la nueva calesa, se sorprendió mucho más

todavía al verlo sudoroso y con la raqueta en la mano. El señor Alphonse corrió a la casa, se lavó cara y manos, volvió a ponerse su frac nuevo y los zapatos de charol, y cinco minutos después íbamos al trote largo por la carretera de Puygarrig. Todos los jugadores de pelota de la ciudad y gran número de espectadores nos siguieron con gritos de alegría. Apenas si los vigorosos caballos que nos llevaban podían mantener la ventaja sobre aquellos intrépidos catalanes.

Estábamos en Puygarrig, y el cortejo iba a ponerse en marcha para el ayuntamiento cuando el señor Alphonse, dándose un golpe en la frente, me dijo en voz baja:

—¡Qué estupidez! ¡He olvidado la sortija! Está en el dedo de la Venus, que ojalá el diablo se lleve. Por lo menos, no se lo diga a mi madre. Quizá no se dé cuenta de nada.

—Podría enviar a alguien —le dije.

—¡Bah!, mi criado se ha quedado en Ille. Y de estos no me fío demasiado. ¡Mil doscientos francos en diamantes! Podría tentar a más de uno. Por otra parte, ¿qué pensarían de mi distracción? Se burlarían demasiado de mí. Me llamarían el marido de la estatua... ¡Con tal de que no me la roben! Por suerte, el ídolo da miedo a mis granujas. No se atreven a acercarse a ella a menos de un brazo de distancia. ¡Bah!, no importa; tengo otra sortija.

Ambas ceremonias, la civil y la religiosa, se hicieron con la pompa apropiada; y la señorita Puygarrig recibió el anillo de una modistilla de París, sin pensar que su prometido le hacía el sacrificio de una prenda de amor. Luego, todo el mundo se sentó a la mesa, se bebió, se comió, se cantó incluso, todo ello durante mucho tiempo. Yo sufría por la novia ante la chabacana alegría que estallaba a su alrededor; sin embargo, ella ponía mejor cara de lo que yo habría esperado, y su apuro no era ni torpeza ni afectación.

Quizá el valor llega con las situaciones difíciles.

Una vez acabado por fin el almuerzo, eran las cuatro; los hombres fueron a pasear por el parque, que ofrecía una apariencia magnífica, o miraban bailar en el césped del castillo a las campesinas de Puygarrig, adornadas con sus ropas de fiesta. De esta forma pasamos algunas horas. Mientras tanto, las mujeres se afanaban alrededor de la novia, que les hacía admirar su ajuar. Luego se cambió de ropa, y observé que se cubrió sus hermosos cabellos con una cofia y un sombrero de plumas, porque las mujeres se desviven por ponerse, en cuanto pueden, los aderezos que la costumbre prohíbe llevar cuando todavía son señoritas.

Eran casi las ocho cuando nos dispusimos a partir para Ille. Pero antes ocurrió una escena patética. La tía de la señorita de Puygarrig, que le servía de madrina, mujer muy anciana y muy devota, no iba a venir con nosotros a la ciudad. En el momento de la partida hizo a su sobrina un conmovedor sermón sobre sus deberes de esposa, sermón del que resultó un torrente de lágrimas y de abrazos interminables. El señor de Peyrehorade comparaba aquella separación con el rapto de las sabinas<sup>206</sup>. Sin embargo, nos pusimos en marcha, y durante el camino todos se afanaron por distraer a la novia y hacerla reír; pero fue inútil.

En Ille nos esperaba la cena, ¡y qué cena! Si la chabacana alegría de la mañana me había chocado, mucho más lo hicieron los equívocos y las bromas de las que sobre todo el novio y la novia fueron objeto. El novio, que había desaparecido un instante antes de sentarse a la mesa, estaba pálido y con una seriedad de hielo. Bebía a cada momento un añejo vino de Collioure<sup>207</sup> casi tan fuerte como el aguardiente. Yo estaba a su lado y me creí en la obligación de advertirle:

—Tenga cuidado; dicen que el vino...

No sé qué tontería le dije para ponerme a tono con los invitados.



Me dio en la rodilla por debajo de la mesa y me dijo en voz muy baja:

—Cuando se levante la mesa... quiero decirle dos palabras.

Me sorprendió su tono solemne. Lo miré con más interés y observé la extraña alteración de sus manos.

—¿Se siente indispuerto? —le pregunté.

—No.

Y volvió a beber de nuevo.

Mientras, en medio de los gritos y los aplausos, un niño de once años que se había colado debajo de la mesa mostraba a los asistentes una bonita cinta blanca y rosa que acababa de desatar del tobillo de la novia. Llamam a esa cinta la liga. Al punto fue cortada en trozos y distribuida entre los jóvenes, que adornaron con ella su ojal siguiendo una antigua costumbre que aún se conserva en algunas familias patriarcales. Para la novia fue una ocasión de ponerse roja hasta en el blanco de los ojos... Pero su turbación llegó al colmo cuando el señor de Peyrehorade, tras reclamar silencio, le cantó unos versos en catalán, improvisados, decía. Este es su sentido, si los comprendí bien:

—¿Qué pasa, amigos míos? El vino que he bebido ¿me hace ver el doble? Hay dos Venus aquí...

El novio volvió bruscamente la cabeza con una expresión asustada que hizo reír a todo el mundo.

—Sí —prosiguió el señor de Peyrehorade—, hay dos Venus bajo mi techo. A una la encontré en la tierra como una trufa; la otra, bajada de los cielos, acaba de compartir con nosotros su cinturón.

Quería decir su liga.

—Hijo mío, escoge entre la Venus romana o la catalana la que prefieras. El granuja elije la catalana, y su parte es la mejor. La romana es negra, y la catalana blanca. La romana es fría, y la catalana inflama cuanto se le acerca.

Este final provocó tal hurra, aplausos tan ruidosos y risas tan sonoras que pensé que el techo iba a derrumbarse sobre nuestras cabezas. Alrededor de la mesa solo había tres caras serias, las de los novios y la mía. Me dolía mucho la cabeza; y además, no sé por qué, las bodas siempre me entristecen. Encima, aquella me desagradaba un poco.

Una vez cantadas por el teniente de alcalde las últimas estrofas, que, debo decirlo, eran muy picantes, se pasó al salón para disfrutar de la despedida de la novia, que pronto debía ser llevada a su habitación, pues casi era media noche.

El señor Alphonse me arrastró al vano de una ventana y me dijo, apartando la vista:

—Va a burlarse de mí... Pero no sé lo que me pasa... ¡Estoy embrujado! ¡Que el diablo me lleve!

La primera idea que se me ocurrió fue que se creía amenazado por alguna desgracia del tipo de aquellas de las que hablan Montaigne y Madame de Sévigné<sup>208</sup>:

«Todo el imperio amoroso está lleno de historias trágicas», etc.

Yo creía que esta clase de accidentes solo le ocurrían a la gente inteligente, me dije a mí mismo.

—Ha bebido usted demasiado vino de Collioure, mi querido señor Alphonse —le dije—. Ya se lo avisé.



—Sí, quizá. Pero es algo mucho más terrible.

Tenía la voz entrecortada. Me pareció totalmente borracho.

—¿Se acuerda usted de mi anillo? —continuó tras un silencio.

—Por supuesto, ¿se lo han llevado?

—No.

—Entonces, ¿lo tiene usted?

—No... no... no puedo sacarlo del dedo de esa maldita Venus.

—Bah, no habrá tirado con suficiente fuerza.

—Claro que sí... Pero la Venus... ha cerrado el dedo.

Me miraba fijamente con una expresión extraña mientras se apoyaba en la falleba para no caer.

—¡Vaya historia! —le dije—. Habrá hundido usted demasiado el anillo. Mañana lo recuperará con unas tenazas. Pero cuide de no dañar la estatua.

—Le digo que no. El dedo de Venus se ha encogido, se ha replegado; ella cierra la mano, ¿me oye?... Aparentemente es mi mujer, puesto que le he dado mi anillo... No quiere devolverlo.

Sentí un escalofrío repentino, y por un instante se me puso la carne de gallina. Después, el gran suspiro que lanzó me envió una tufarada de vino, y toda mi emoción desapareció.

El miserable, pensé, está totalmente borracho.

—Usted es arqueólogo, señor —añadió el novio en un tono lamentable—, y conoce esas estatuas... ¿Hay algún resorte, algún maleficio que yo no conozca?... ¿Por qué no va a mirar?

—Con mucho gusto —dije—. Venga conmigo.

—No, prefiero que vaya usted solo.

Salí del salón.

El tiempo había cambiado durante la cena, y la lluvia empezaba a caer con fuerza. Iba a pedir un paraguas cuando una idea me detuvo. ¡Qué tonto de remate sería, me dije, si fuera a verificar lo que me ha dicho un hombre borracho! Además, quizá haya querido gastarme alguna broma pesada para hacer reír a estos buenos provincianos; y lo menos que puede ocurrirme es que me cale hasta los huesos y pille un buen resfriado.

Desde la puerta lancé una ojeada a la estatua que chorreaba agua, y subí a mi cuarto sin pasar por el salón. Me acosté; pero el sueño tardó en venir. Todas las escenas del día volvían a mi mente. Pensaba en aquella joven tan hermosa y tan pura abandonada a un borracho brutal. ¡Qué cosa tan odiosa un matrimonio de conveniencia!, me dije. ¡Un alcalde se reviste con una faja tricolor, un cura con una estola, y ya tenemos a la muchacha más honesta del mundo entregada al Minotauro<sup>209</sup>! Dos seres que no se aman ¿qué pueden decirse en un momento como ese, que dos enamorados comprarían al precio de su existencia? Una mujer ¿puede amar jamás a un hombre al que haya visto grosero una vez? Las primeras impresiones no se borran, y estoy seguro de que aquel señor Alphonse merecerá desde luego ser odiado...

Durante mi monólogo, que abrevio mucho, había oído continuas idas y venidas en la casa, abrirse y cerrarse las puertas, irse los carruajes; después me parecía haber oído en la escalera los pasos ligeros de varias mujeres dirigiéndose hacia el final del pasillo opuesto a mi habitación. Era probablemente el cortejo de la novia, a la que llevaban a la cama. Luego habían vuelto a bajar la escalera. La puerta de la señora de Peyrehorade se había cerrado. ¡Qué alterada e incómoda debe de sentirse esa pobre chica! Yo, de mal humor, daba vueltas en mi cama. Un soltero hace un papel muy estúpido en una casa en la que se celebra una boda.

Reinaba el silencio desde hacía un tiempo cuando fue turbado por unos pasos pesados que subían la escalera. Los peldaños de madera crujieron con fuerza.

—¡Qué zopenco! —exclamé—. Apuesto a que va a caerse por la escalera.

Todo volvió a quedar tranquilo. Cogí un libro para cambiar el curso de mis ideas. Era una estadística del departamento, enriquecida con una memoria del señor de Peyrehorade sobre los monumentos drúidicos del distrito de Prades. Me adormecí en la tercera página.

Dormí mal y me desperté varias veces. Podían ser las cinco de la mañana, y estaba despierto hacía más de veinte minutos cuando cantó el gallo. Se acercaba el amanecer. Entonces oí con toda claridad los mismos pasos pesados, el mismo crujido de la escalera que había oído antes de dormirme. Me pareció raro. Mientras bostezaba, traté de adivinar por qué el señor Alphonse se levantaba tan temprano. No podía imaginar ningún motivo verosímil. Iba a cerrar de nuevo los ojos cuando mi atención se vio atraída otra vez por unas extrañas carreras con las que pronto se mezclaron el tintineo de unas campanillas y el ruido de puertas que se abrían con estrépito, y luego distinguí gritos confusos.

«¡Seguro que mi borracho ha prendido fuego en alguna parte!», pensé saltando de la cama.

Me vestí de prisa y salí al pasillo. Del extremo opuesto partían gritos y lamentos, y una voz desgarradora dominaba sobre todas las demás: «¡Hijo mío, hijo mío!». Era evidente que al señor Alphonse le había ocurrido una desgracia. Corrí a la cámara nupcial: estaba llena de gente. El primer espectáculo que impresionó mi vista fue el joven medio desnudo, tendido de través en la cama cuya armazón se había roto. Estaba lívido e inmóvil. Su madre lloraba y gritaba a su lado. El señor de Peyrehorade se agitaba, le frotaba las sienes con agua de Colonia, o le ponía sales bajo la nariz. Por desgracia, ¡hacía tiempo que su hijo estaba muerto! En un sofá, en el otro extremo del cuarto, se encontraba la novia, presa de horribles convulsiones. Lanzaba gritos inarticulados, y dos robustas criadas apenas podían contenerla pese a emplear todos los esfuerzos del mundo en ello.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? —exclamé.

Me acerqué a la cama y levanté el cuerpo del desdichado joven; ya estaba rígido y frío. Sus dientes apretados y el rostro ennegrecido expresaban las angustias más horribles. Parecía evidente que su muerte había sido violenta y terrible su agonía. Sin embargo, no tenía ningún rastro de sangre en las ropas. Le abrí la camisa y vi en su pecho una marca lívida que se prolongaba por los costados y la espalda. Se hubiera dicho que había sido atenazado en un círculo de hierro. Mi pie se posó sobre algo duro que había en la alfombra; me agaché y vi la sortija de diamantes.

Me llevé al señor de Peyrehorade y a su mujer a su habitación; luego, hice que trajeran a la novia.

—Aún les queda una hija —les dije—, y tienen el deber de cuidarla.

Y los dejé solos.

Me parecía fuera de toda duda que el señor Alphonse había sido víctima de un asesinato cuyos autores habían encontrado la manera de entrar por la noche en el cuarto de la novia. Sin embargo, aquellas contusiones en el pecho y su dirección circular me inquietaban mucho porque un bastón o una barra de hierro no habrían podido causarlas. De pronto recordé haber oído decir que en Valence unos brabucones utilizaban largos sacos de cuero llenos de arena fina para moler a golpes a las personas por cuya muerte les habían pagado. Enseguida me acordé del arriero aragonés y de su amenaza; sin embargo, apenas me atreví a pensar que hubiera cometido tan terrible venganza por una broma ligera.

Recorrí la casa buscando por todas partes huellas de efracción, y, al no encontrarlas, bajé al jardín para ver si los asesinos habían podido colarse por aquel lado; pero no encontré ningún indicio seguro. Además, la lluvia de la víspera había empapado tanto el suelo que no se habría podido conservar ninguna huella muy clara. Sin embargo, observé algunas pisadas profundamente impresas en la tierra; las había en dos direcciones contrarias, pero en una misma línea, arrancando de la esquina del seto contiguo al juego de pelota y terminando en la puerta de la casa. Podían ser los pasos del señor Alphonse cuando había ido a buscar su anillo en el dedo de la estatua. Por otro lado, el seto era menos tupido en aquel punto que en otras partes, los asesinos debían de haberlo franqueado por allí. Pasando una y otra vez delante de la estatua, me detuve un instante para mirarla. Confieso que esta vez no pude contemplar sin terror su expresión de maldad irónica; y, con la cabeza llena de las horribles escenas de las que acababa de ser testigo, me pareció ver a una divinidad infernal aplaudiendo la desgracia que golpeaba aquella casa.

Volví a mi habitación y me quedé en ella hasta mediodía. Entonces salí y pedí noticias de mis anfitriones. Estaban algo más calmados. La señorita de Puygarrig, aunque debería decir la viuda del señor Alphonse, había recobrado el conocimiento. Había hablado incluso con el fiscal real de Perpiñán, entonces de viaje en Ille, y este magistrado había recibido su declaración. Me pidió la mía. Le dije lo que sabía, y no le oculté mis sospechas al arriero aragonés. Ordenó que fuera detenido de inmediato.

—¿Se ha enterado por medio de la señora Alphonse? —le pregunté al fiscal real, después de escrita y firmada mi declaración.

—La desdichada joven se ha vuelto loca —me dijo sonriendo tristemente—. ¡Loca! ¡Totalmente loca! Lo que cuenta es lo siguiente:

«Estaba acostada hacía unos minutos, ha dicho, con las cortinas echadas, cuando se abrió la puerta del cuarto y entró alguien. Entonces la señora Alphonse se hallaba en el hueco entre la cama y la pared, con la cabeza vuelta hacia esta. No hizo ningún movimiento, segura de que era su marido. Al cabo de un instante, el lecho crujió como si sobre él se hubiera descargado un peso enorme. Sintió mucho miedo, pero no se atrevió a volver la cabeza. Cinco minutos, tal vez diez minutos —no sabe cuánto tiempo pasó— transcurrieron así. Luego hizo un movimiento involuntario, o bien la persona que estaba en la cama lo hizo, y ella sintió el contacto de una cosa fría como el hielo —son sus propias palabras—. Se agazapó en el hueco entre la cama y la pared temblando de pies a cabeza. Poco después, la puerta volvió a abrirse de nuevo, y entró alguien, que dijo: «Buenas noches, mujercita mía». Inmediatamente después, se corrieron las cortinas. Oyó un grito ahogado. La persona que estaba en la cama, a su lado, se incorporó y pareció tender los brazos hacia delante. Ella volvió la cabeza... y vio, me ha dicho, a su marido de rodillas junto a la cama, con la cabeza a la altura de la almohada, entre los brazos de una especie de gigante verduoso que lo estrechaba con fuerza. Dice, y me lo ha repetido veinte veces la pobre mujer... dice que ha reconocido —¿lo adivina?— a la Venus de bronce, a la estatua del señor de Peyrehorade... Desde que está en la región, todo el mundo sueña con ella. Pero continuó el relato de la desgraciada loca. Ante aquel espectáculo, perdió el conocimiento, y probablemente unos instantes antes había perdido la razón. No puede decir de ninguna manera cuánto tiempo estuvo desvanecida. Al volver en sí, vio de nuevo al fantasma, o a la estatua, como sigue diciendo, inmóvil, con las piernas y la parte inferior del cuerpo en la cama, el busto y los brazos extendidos hacia delante, y, entre sus brazos, a su marido, inmóvil. Cantó un gallo. Entonces la estatua salió de la cama, dejó caer el cadáver y se fue. La señora Alphonse se colgó de la campanilla, y ya

conoce usted el resto.

Trajeron al español; estaba tranquilo, y se defendió con mucha sangre fría y presencia de ánimo. Por otra parte, no negó la frase que yo había oído; pero la explicaba pretendiendo que no había querido decir otra cosa sino que, al día siguiente, que estaría descansado, habría ganado una partida de pelota a su vencedor. Recuerdo que añadió:

—Cuando un aragonés es ofendido, no espera al día siguiente para vengarse. Si hubiera creído que el señor Alphonse había querido insultarme, le habría dado inmediatamente un navajazo en la tripa.

Se compararon sus zapatos con las huellas de pasos en el jardín; sus zapatos eran mucho más grandes.

Por último, el hospedero en cuya casa se alojaba aquel hombre aseguró que había pasado toda la noche frotando y dando medicamentos a uno de sus mulos, que estaba enfermo.

Además, aquel aragonés era un hombre de buena reputación, muy conocido en la comarca, a la que acudía todos los años debido a su comercio. Por lo tanto, lo soltaron presentándole disculpas.

Se me olvidaba la declaración de un criado que fue el último en ver vivo al señor Alphonse. Fue en el momento en que iba a subir al cuarto de su mujer, y, llamando a ese hombre, le preguntó con aire inquieto si sabía dónde estaba yo. El criado respondió que no me había visto. Entonces el señor Alphonse lanzó un suspiro y permaneció más de un minuto sin hablar, y luego dijo:

—¡Bueno!, ¡también se lo habrá llevado el diablo!

Pregunté a aquel hombre si el señor Alphonse llevaba la sortija de diamantes cuando habló con él. El criado dudó antes de responder; por fin dijo que no lo creía, y que por otra parte no se había fijado.

—Si hubiera tenido esa sortija en el dedo —añadió corrigiéndose—, sin duda yo lo habría notado, porque creía que ya se la había dado a la señora Alphonse.

Cuando estaba interrogando al hombre, yo sentía un poco del terror supersticioso que la declaración de la señora Alphonse había difundido por toda la casa. El fiscal real me miró con una sonrisa, y yo me guardé mucho de insistir.

Unas horas después de los funerales del señor Alphonse, me dispuse a dejar Ille. El carruaje del señor de Peyrehorade debía llevarme a Perpiñán. Pese a su estado de debilidad, el pobre anciano quiso acompañarme hasta la puerta del jardín. Lo cruzamos en silencio, él arrastrándose a duras penas, apoyado en mi brazo. En el momento de separarnos, lancé una última mirada a la Venus. Imaginaba que mi anfitrión, aunque no compartiese los terrores y los odios que ella inspiraba a una parte de su familia, querría deshacerse de un objeto que le recordaría sin cesar una desgracia horrible. Mi intención era recomendarle que la donase a un museo. Dudaba sobre la forma de entrar en materia cuando el señor de Peyrehorade volvió maquinalmente la cabeza hacia el lado al que me veía mirar fijamente. Distinguió la estatua y al punto rompió a llorar. Lo abracé y, sin atreverme a decirle una sola palabra, monté en el carruaje.

Desde mi partida, no he sabido que alguna luz nueva haya venido a aclarar esta misteriosa catástrofe.

El señor de Peyrehorade murió unos meses después que su hijo. En su testamento me legó sus manuscritos, que tal vez publique un día. No he encontrado en ellos ninguna memoria relativa a las inscripciones de la Venus.

P. S.: Mi amigo el señor de P. acaba de escribirme desde Perpiñán contándome que la estatua ya no existe. Después de la muerte de su marido, el primer cuidado de la señora de Peyrehorade fue mandar fundirla para hacer una campana, y bajo esta nueva forma sirve a la iglesia de Ille. Pero, añade el señor de P., parece que un maleficio persigue a los que poseen ese bronce. Desde que esa campana suena en Ille, las viñas se han helado dos veces.

# GUSTAVE FLAUBERT

## SUEÑO INFERNAL

RÊVE D'ENFER

Cuento fantástico

*A menudo es tener una opinión totalmente  
falsa del espíritu de los demás  
no alimentarlo con sandeces.*

LA BRUYÈRE<sup>210</sup>

### I

La tierra dormía con un ruido letárgico, sin el menor ruido en su superficie, y solo se oían las aguas del océano, que se rompían lanzando espuma sobre las rocas. La lechuza dejaba oír su grito en los cipreses, el baboso lagarto se arrastraba sobre las tumbas, y el buitre iba a abatirse sobre las osamentas podridas del campo de batalla. Una lluvia pesada y abundante oscurecía la vacilante luz de la luna, sobre la que rodaban, rodaban y seguían rodando las nubes grises que pasaban por el cielo.

El viento de la tempestad agitaba las olas y hacía temblar las hojas del bosque; silbaba en el aire unas veces fuerte, otras débil, lo mismo que un grito agudo domina los murmullos.

Y una voz salió de la tierra y dijo:

—¡Acaba el mundo! ¡Que hoy sea su última hora!

—No, no, han de sonar todas las horas.

—Haz que se apresuren —dijo la primera voz—. Extermina al hombre en su séptimo caos y no crees otros mundos.

—Aún habrá uno, superior a este.

—Querrás decir más miserable —respondió la voz de la tierra—. ¡Oh!, acaba, por el bien de tus criaturas; ya que has fallado hasta ahora en todas tus obras, al menos no hagas nada en

adelante.

—Sí, sí —respondió la voz del cielo—. Los demás hombres se han quejado de su debilidad y de sus pasiones; este será fuerte y sin pasiones. En cuanto a su alma...

Aquí la voz de la tierra se echó a reír a carcajadas, que llenaron el abismo con su inmenso desdén.

## II

El duque Arthur de Almaroës era alquimista, o al menos pasaba por tal, aunque sus criados hubieran observado que rara vez trabajaba, que sus hornos eran siempre ceniza y nunca ascuas, que sus libros entreabiertos nunca cambiaban de página. Sin embargo, permanecía días, noches y meses enteros sin salir de su laboratorio, sumido en profundas meditaciones, como un hombre que trabaja, que medita. Se creía que buscaba oro, el elixir de larga vida, la piedra filosofal. Por lo tanto, era un hombre muy frío por fuera, de apariencia muy engañosa, porque jamás hubo en sus labios ni una sonrisa de felicidad ni una palabra de angustia, jamás gritos en su boca, jamás noches febriles y ardientes como tienen los hombres que sueñan con algo grande. Al verlo tan serio y frío, se hubiera dicho que era un autómatas que pensaba como un hombre.

El pueblo (pues hay que citarlo en todas partes, ya que ahora se ha vuelto el más fuerte de los poderes y la más santa de las cosas, dos palabras —la santidad y el poder— que parecen incompatibles si no se refieren a Dios), el pueblo, pues, estaba convencido de que el duque era un brujo, un demonio, Satán encarnado. Era él quien reía por la noche en el recodo del cementerio, quien se arrastraba lentamente sobre el acantilado lanzando los gritos del búho; era a él a quien se veía bailar en los campos con los fuegos fatuos; era él la figura sombría y lúgubre que se veía, en las noches de invierno, planeando sobre el viejo torreón feudal, como una vieja leyenda de sangre sobre las ruinas de una tumba.

A menudo, por la noche, cuando los campesinos descansaban de su jornada sentados delante de sus puertas cantando alguna vieja canción de la comarca, alguna vieja melodía nacional que los ancianos habían aprendido de sus padres y que habían transmitido a sus hijos, que les había sido enseñada en su juventud y que de jóvenes habían cantado en lo alto de la montaña adonde llevaban a pastar a sus cabras, a menudo entonces, en esa hora de reposo en que la luna empieza a salir, en que el murciélago revolotea alrededor del campanario con su vuelo irregular, en que el cuervo se abate sobre el arenal a los pálidos rayos de un sol que muere, en ese momento, digo, se veía aparecer algunas veces al duque Arthur.

Y luego todos callaban cuando se oía el ruido de sus pasos, los niños se apretaban contra sus madres y los hombres lo miraban con extrañeza. Les asustaba aquella mirada de plomo, aquella sonrisa fría, aquella figura pálida, y, si alguno rozaba sus manos, las encontraba glaciales como la piel de un reptil.

Pasaba de prisa en medio de los campesinos, que dejaban de hablar cuando él se acercaba, y desaparecía velozmente y se perdía de vista, rápido como una gacela, sutil como un sueño fantástico, como una sombra, y poco a poco el ruido de sus pasos sobre el polvo menguaba y tras él no quedaba rastro alguno de su paso, a no ser el miedo y el terror, como la palidez después de la tormenta.

Si alguien hubiera sido lo bastante atrevido como para seguirlo en su carrera alada para mirar hacia dónde se dirigía, le habría visto volver a entrar en el viejo torreón en ruinas, a cuyos

alrededores nadie osaba acercarse al anochecer, porque se oían ruidos extraños que se perdían en las troneras de las torres, y, de noche, por allí solía pasear un gran fantasma negro que extendía sus anchos brazos hacia las nubes, y que con sus manos huesudas hacía temblar las piedras del castillo, con un ruido de cadenas y el estertor de un moribundo.

Pues bien, este hombre que parecía tan infernal y tan terrible, que parecía ser un hijo del infierno, el pensamiento de un demonio, la obra de un alquimista maldito, él, cuyos labios agrietados parecían dilatarse únicamente con el tacto fresco de la sangre, él, cuyos dientes blancos exhalaban olor a carne humana, pues bien, este ser infernal, este vampiro funesto no era más que un espíritu puro e intacto, frío y perfecto, infinito y regular como una estatua de mármol que pensara, que actuara, que tuviera voluntad propia, poder, alma, en fin, aunque su sangre no latiese con calor en las venas, aunque comprendiera sin sentir, aunque tuviera un brazo sin pensamiento, unos ojos sin pasión, un corazón sin amor.

¡Atrás quedaba también toda necesidad de vida, toda realidad material! Todo para el pensamiento, para el éxtasis, pero un éxtasis vago e indefinido, que se baña en las nubes, que se contempla en la luna y que tiene instinto y constitución, como el perfume en la flor.

Su cabeza era hermosa, su mirada era bella, sus cabellos eran largos y se ondulaban maravillosamente sobre los hombros en largas oleadas de azul cuando se inclinaba y se replegaba sobre su espalda de formas alargadas, y cuya piel argentada con un reflejo de nieve era suave como la seda y blanca como la luna.

Los demás seres habían tenido antes que él pasiones, cuerpo, alma, y todos habían actuado mezclados en un torbellino cualquiera, precipitándose unos sobre otros, empujándose, arrastrándose; los había habido elevados, y otros pisoteados; en fin, todos los demás hombres se habían apretado, amontonado y removido en ese inmenso tropel, en ese prolongado grito de angustia, en ese prodigioso lodazal que se llama «la vida».

En cambio, él, un espíritu celeste arrojado a la tierra como la última palabra de la creación, ser extraño y singular llegado en medio de los hombres sin ser hombre como ellos, con un cuerpo hecho a su gusto, sus formas, su palabra, su mirada, pero de una naturaleza superior, de un corazón más elevado y que solo pedía pasiones para alimentarse, y que, buscándolas en la tierra según su instinto, solo había encontrado manías, ¿qué venía a hacer entonces? Estaba encogido, gastado, lastimado por nuestras costumbres y nuestros instintos.

¿Habría comprendido nuestros placeres carnales, él, que de la carne solo tenía la apariencia? Los cálidos abrazos de una mujer, sus brazos húmedos de sudor, sus lágrimas de amor, su pecho desnudo; todo eso ¿le habría hecho palpitar un instante, a él, que en el fondo de su corazón encontraba una ciencia infinita, un mundo inmenso?

Nuestras pobres voluptuosidades, nuestra mezquina poesía, nuestro incienso, toda la tierra con sus alegrías y sus delicias, ¿qué le importaba todo esto a él, que tenía algo de ángel? Por eso se aburría en esta tierra, pero con ese aburrimiento que corroe como un cáncer, que te quema, que te desgarras, y que, en el hombre, termina en suicidio. ¿Suicidarse él? ¡Oh, cuántas veces lo sorprendieron subido sobre el alto acantilado y mirando con risa amarga la muerte que tenía delante, riéndosele a la cara y burlándose de ella con el vacío del espacio que se negaba a engullirlo!

¡Cuántas veces contempló largo tiempo el cañón de una pistola, y luego, cómo la tiraba con rabia al no poder utilizarla porque estaba condenado a vivir! ¡Cuántas veces pasó noches enteras paseando por los bosques, oyendo el ruido de las olas en la playa, sintiendo el olor de las algas



que ennegrecen las rocas! ¡Cuántas noches pasó apoyado en una roca y paseando por la inmensidad su pensamiento, que volaba hacia las nubes!

Pero toda aquella naturaleza, el mar, los bosques, el cielo, todo aquello era pequeño y miserable; las flores no olían a nada en sus labios. Para él, la mujer carecía de belleza; el canto, de melodía, y el mar, de terror. No había suficiente aire para su pecho, ni suficiente luz para sus ojos, ni amor suficiente para su corazón. ¿La ambición? ¿Un trono? ¿La gloria? Nunca pensó en ellos. ¿La ciencia? ¿Los tiempos pasados? Pero conocía el futuro, y en ese futuro solo había encontrado una cosa que le hacía sonreír de vez en cuando al pasar delante de un cementerio.

¿Podía temer a Dios, él, que se sentía casi su igual y sabía que también llegaría un día en que la nada se llevaría a aquel Dios como aquel Dios lo llevaría a él un día? ¿Lo habría amado, él, que había pasado tantos siglos maldiciéndolo?

¡Pobre corazón! Cómo sufrías, maltrecho, desplazado de tu esfera y encogido en un mundo, como el alma en el cuerpo.

A menudo, un instinto burlón de sí mismo le llevaba una copa a los labios, el vino los rozaba sin que una sonrisa viniera a dilatarlos, y luego se daba cuenta de que había hecho algo insulso e inútil; cogía una rosa y la apartaba enseguida como si fuera una espina. Un día quiso ser músico. Tuvo una idea sublime, extraña, fantástica, que tal vez no habrían comprendido los hombres, pero por la que se habría condenado a Mozart, una idea de genio, una idea infernal, algo que hace enfermar, que irrita y que mata. Empezó; la multitud enloquecida pateaba y gritaba de entusiasmo, luego, muda y temblorosa, se postró de rodillas sobre las losas del pavimento y escuchó. Sonidos puros y quejumbrosos se elevaban en la nave y se perdían bajo las bóvedas; era sublime. No fue más que un prelude; quiso continuar, pero rompió el órgano con sus manos.

¡Nada había para él desde entonces! Todo estaba vacío y hueco; solo quedaba un inmenso hastío, una soledad terrible; y, además, siglos todavía para vivir, para maldecir la existencia, ¡él, que sin embargo no tenía ni necesidades, ni pasiones, ni deseos! ¡Pero tenía la desesperación!

### III

Se resignó, y su naturaleza superior le proporcionó los medios. Fue a vivir solo y aislado a un pueblo de Alemania, lejos de la vecindad de los hombres, que tan insufribles le resultaban.

Un castillo en ruinas, situado en el alto de una colina, le pareció una morada conforme a su pensamiento, y desde aquella misma noche lo habitó. Vivía, por lo tanto, solo, sin séquito ni carruajes, casi sin criados, y encerrado en sí mismo, limitando su sociedad a sí mismo. Por eso su nombre iba adquiriendo cada día una existencia cada vez más problemática; quienes lo servían ignoraban el sonido de su voz, de su mirada solo conocían unos ojos apagados y semicerrados que se volvían fríamente hacia ellos haciéndolos estremecerse. Por lo demás, los sirvientes eran totalmente libres, es decir, su amo no les hacía ningún reproche; apenas si les daba órdenes.

El castillo que habitaba el conde había adquirido a la larga algo de la tristeza de sus ocupantes. Los muros ennegrecidos, las piedras sin cimientos, las zarzas que lo rodeaban, aquel aspecto silencioso que planeaba sobre sus torres, todo esto tenía algo de mágico y de extraño. Peor era por dentro: largos corredores oscuros, puertas que daban violentos portazos de noche y temblaban en sus marcos, ventanas altas y estrechas, artesonados ahumados, y luego, aquí y allá, en las galerías, algún adorno antiguo, la armadura de un ancestral barón, el retrato de cuerpo entero de una princesa, unas astas de ciervo, un cuchillo de caza, un puñal oxidado, y, a menudo,

en algún rincón sin luz, escombros, cascotes que caían del techo del viejo salón cuando el viento, algunas noches de invierno, se engolfaba en las largas galerías con más furia que de costumbre, con bramidos más prolongados.

El portero —era un viejo tan decrepito como el castillo— hacía su ronda todos los días por la tarde: empezaba por la gran escalinata de piedra sin barandilla desde que el último propietario la había vendido por un arpende<sup>211</sup> de tierra; la subía muy despacio y, al llegar a la galería principal, abría la puerta de todas las habitaciones, todas con sus antiguos números, todas vacías y en mal estado, a pesar de haber tenido su destino y su uso. Allí estaba el viejo salón, inmensa pieza cuadrada de la que aún se distinguían algunos jirones de terciopelo carmesí, que, en el siglo anterior, habían hecho su suntuoso adorno, su fresca belleza. Primero fue la sala de justicia, luego la capilla, luego el salón. Entonces estaba atestado por un centenar de haces de heno, depositados en aquel lugar desde hacía unos veinte años: se pudrían con la lluvia que penetraba fácilmente por los cristales, empujada por el viento del atardecer. El resto del salón estaba ocupado por viejos sillones, arneses usados, algunas sillas de montar comidas por los gusanos y una gran cantidad de haces de leña y de madera seca. El portero no lo abría nunca, salvo para meter en él alguna cosa vieja y rota, que empujaba con indiferencia y que iba a caer sobre un viejo cuadro, sobre una estatua de jardín o sobre los sillones ya sin paja. Reanudaba su lento y tranquilo caminar en medio del corredor y hacía resonar con el ruido de sus zapatos claveteados las anchas baldosas de piedra, que conservaban su huella. Luego volvía sobre sus pasos, mirando los nidos de golondrinas que se establecían día a día en el castillo como si fuera propiedad suya, y que iban y venían volando por las ventanas del corredor, cuyos cristales estaban por el suelo, rotos y revueltos, con sus marcos de láminas de plomo.

Grandes álamos bordeaban el castillo; y a menudo se inclinaban con el soplo del océano, que mezclaba el ruido de las olas con el de sus hojas, y cuyo aire áspero y duro había quemado su corteza. Un claro practicado en el follaje dejaba ver, desde las ventanas más altas, el mar, que se extendía inmenso y terrible delante de aquel siniestro castillo que solo parecía un lúgubre patrimonio suyo.

Allí estaba el puente levadizo —ahora se pasa sobre él por una terraza—; aquí las almenas, pero tiemblan bajo la mano y al menor choque caen piedras; más arriba, el torreón, al que el portero no iba porque se lo había dejado, igual que los pisos superiores, a los murciélagos y a los búhos que revoloteaban por la noche sobre los tejados, con sus gritos lúgubres y su largo batir de alas. Los muros del castillo estaban agrietados y cubiertos de musgo, y en su contacto había algo de húmedo y de grasiento que comprimía el pecho y provocaba escalofríos; parecía la huella viscosa de un reptil.

Era allí donde él vivía. Amaba las largas bóvedas prolongadas en las que solo se oían las aves nocturnas y el viento marino; amaba aquellos despojos sostenidos por la hiedra, aquellos sombríos corredores y toda aquella apariencia de muerte y ruina. Él, que había caído de tan alto para descender tan bajo, amaba algo también caído; él, que estaba desilusionado, quería ruinas; había encontrado la nada en la eternidad, y quería la destrucción en el tiempo. Estaba solo en medio de los hombres, quiso retirarse por completo y al menos vivir aquella vida que podía parecerse a lo que soñaba, a lo que debería haber sido.

El duque Arthur estaba sentado en un amplio sillón de tafete negro, con el codo apoyado en la mesa y la cabeza entre las manos. La habitación en la que vivía era grande y espaciosa, con el techo ennegrecido por el humo del carbón. En cuanto a los revestimientos de madera, estaban ocultos por una inmensa cantidad de macetas, alambiques, jarrones, escuadras e instrumentos ordenados sobre anaqueles.

En un rincón se hallaba el horno, con el crisol para las operaciones mágicas; luego, aquí y allá, sobre cenizas todavía calientes, algunos libros entreabiertos, cuyas hojas estaban arrancadas por la mitad, y que parecían haber sido tocadas por una mano febril y ardiente, y recorridas con una mirada ávida que no había leído nada en ellas.

Ninguna luz iluminaba la pieza, y algunas brasas que morían en el horno eran las únicas que arrojaban cierto resplandor sobre el techo describiendo un círculo luminoso y vacilante. El alquimista permanecía desde hacía largo rato en su inmóvil posición; por fin se levantó, se dirigió a su crisol y lo contempló un tiempo. El resplandor rojizo de las ascuas iluminó de pronto su rostro coloreándolo de un brillo fantástico. Era, desde luego, una de esas frentes pálidas de alquimistas infernales, con sus ojos huecos y enrojecidos, la piel blanca y estirada, las manos delgadas y alargadas; todo aquello indicaba sin la menor duda las noches sin dormir, los sueños ardientes, los pensamientos del genio.

¿Y creen ustedes que esa sonrisa de amargura es una sonrisa de vanidad? ¿Creen que esas mejillas hundidas han enflaquecido sobre los libros, que su tez se ha blanqueado al calor del carbón, y que el que ahora lloraría de rabia si fuera un hombre busca la fama, la inmortalidad? ¿Creen que esos libros arrojados con ira, esas hojas arrancadas, y esa mano que se crispa y se desgarrar, creen que él se desespera así por no haber encontrado un trozo de oro o un veneno que hace vivir?

Estaba a punto de volver a su sitio cuando distinguió en el muro renegrido unas líneas brillantes que se dibujaban con nitidez y pronto formaron un monstruo repulsivo y peculiar, semejante a esos animales que vemos sobre el pórtico de nuestras catedrales, hambriento, con los costados hundidos, cabeza de perro, tetas que cuelgan hasta el suelo, pelo rojizo, ojos llameantes y espolones de gallo. De repente se separó de la muralla y fue a saltar sobre el fogón. Se oyó el ruido de sus delgadas y finas patas sobre los adoquines del crisol.

—¿Qué quieres de mí? —le dijo Arthur.

—¿Yo? ¡Nada!

—Pero ¿no eres el espíritu maldito que pierde a los hombres, que tortura su alma?

—Pues sí —contestó el monstruo con un grito de alegría—, sí, yo soy Satán.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué vienes a hacer aquí?

—Ayudarte.

—¿Y a qué?

—A encontrar lo que buscas, el oro, el elixir.

—Pues sí que... ¿No sabes acaso que puedo vivir mundos, que un pensamiento de mi cabeza puede hacer rodar el oro a mis pies? No, Satán, si solo tienes poder sobre eso, déjame, vete, huye, porque no puedes servirme.

—No, no, me quedaré —dijo Satán con una sonrisa singular—, ¡me quedaré!

»La vanidad es mi hija mayor, me entrega las almas de todos los que la toman —pensó para sus adentros—. ¡Conseguiré su alma!».

En ese momento, las brasas que se apagaban lanzaron todavía algunos vestigios de luz que cruzaron la cara de Arthur. A Satán le pareció más bella y más terrible que la de los condenados, incluso de los más bellos.

—Venga, salgamos de aquí —le dijo Arthur—, el viento agita los árboles, el mar ruge y la costa está devastada. ¡Ven!, hablaremos mejor de la eternidad y de la nada con el ruido de la tempestad, delante de la furia del océano.

Salieron.

El camino que llevaba a la costa era pedregoso y estaba sombreado por los grandes árboles negros que rodeaban el castillo. Hacía frío, la tierra estaba seca y dura; reinaba la oscuridad, no había ni una estrella en el cielo, ni un rayo de luna. Arthur caminaba con la cabeza desnuda y el rostro descubierto, iba despacio y complaciéndose al sentir el rostro rozado por su cabellera azul y sedosa. Amaba el estrépito del viento y el ruido siniestro de los árboles, que se inclinaban con violencia.

Satán iba detrás; daba ligeros saltitos sobre las piedras, con la cabeza baja, y aullaba quejumbroso. Por fin llegaron a la playa. La arena estaba fresca, mojada, cubierta por conchas y algas que rodaban hacia el mar con los guijarros arrastrados por el reflujo.

Los dos se detuvieron. Arthur reía de una forma salvaje ante el ruido de las olas.

—Esto es lo que amo —dijo—, o, mejor dicho, lo que odio menos. Pero esta furia no es bastante brutal, ni bastante divina; ¿por qué las olas se detienen y dejan de subir? ¡Oh!, si el mar se extendiese más allá de la orilla y las rocas, ¡qué lejos iría, cómo correría, como saltaría! Sería un placer verlo, pero eso...

—¿Quieres entonces la muerte —dijo Satán—, la muerte total?

—Es la nada lo que imploro.

—¿Y por qué? ¿Crees acaso que subsiste algo después del cuerpo? ¿Que el ojo cerrado ya no ve y que la cabeza fría y pálida no tiene pensamientos?

—Sí, eso creo, al menos para mí.

—¿Y qué es lo que quieres? ¿Qué deseas?

—¡La felicidad!

—¿La felicidad? ¿Piensas en eso? ¡La felicidad!... La tendrás en la ciencia, la tendrás en la gloria, la tendrás en el amor.

—¡Oh, en ninguna parte! La he buscado mucho tiempo, y no la he encontrado jamás. Esa ciencia era demasiado limitada, esa gloria demasiado estrecha, y ese amor demasiado mezquino.

—¿Te crees acaso superior al resto de los hombres? ¿Crees que tu alma?...

—¡Oh!, mi alma... ¡mi alma!...

—¿No la tienes entonces? No crees en nada... ¿ni siquiera en Dios? ¡Oh!, sucumbirás, hombre débil y vanidoso, sucumbirás, porque has rechazado mis ofrecimientos; sucumbirás como el primer hombre. ¡Qué orgullosa era su mirada, qué insolente y seguro estaba de su felicidad cuando, paseando por el Edén, contemplaba con ojos atónitos y sorprendidos mi derrota y mis lágrimas! ¡Y también a él lo vi sucumbir, lo vi arrastrarse a mis pies, lo vi llorar como yo, maldecir y blasfemar como yo! Nuestros gritos de desesperación se mezclaron y desde entonces fuimos compañeros de tortura y de suplicio. ¡Oh!, sí, tú caerás como él, amarás algo.

—¿Y tú me tomas entonces por un hombre, Satán? ¿Por uno de esos seres comunes y vulgares que se pudren en este mundo al que un viento de desgracia me arrojó en su demencia, y en el que

muerdo por falta de aire para respirar, por falta de cosas que sentir, que comprender y que amar? ¿Crees que esta boca come, que estos dientes trituran, que estoy sujeto a la vida como un rostro a una máscara? Si descubriese esta piel que me cubre, verías que también yo, Satán, soy uno de esos seres condenados como tú, que soy tu igual y quizá tu amo. Satán, ¿puedes tú detener una ola? ¿Puedes amasar una piedra entre tus manos?

—Sí.

—Satán, si yo quisiera, también te trituraría entre mis manos. Satán, ¿qué tienes que te hace superior a todo? ¿Qué tienes? ¿Es tu cuerpo? Pon tu cabeza a la altura de mi rodilla y de mi pie, y la aplastaré contra el suelo. ¿Qué tienes que haga tu gloria y tu orgullo, el orgullo, esa esencia de los espíritus superiores? ¿Qué tienes? Responde.

—Mi alma.

—¿Y cuántos minutos en la eternidad puedes contar en los que esa alma te haya dado la felicidad?

—Sin embargo, cuando veo las almas de los hombres sufrir como la mía, entonces es un consuelo para mis dolores, una felicidad para mi desesperación. Pero tú ¿qué tienes tan divino? ¿Es tu alma?

—¡No!, es porque no la tengo.

—¿Sin alma? ¡Vamos! Entonces, ¿es eso un autómatas vivificado por un destello de genio?

—¡El genio! ¡Oh, el genio! ¡Irrisión y lástima! ¿En mí, el genio? ¡Ah!

—¿Sin alma? ¿Y quién te lo ha dicho?

—¿Quién me lo ha dicho? Lo he adivinado... Escucha, y verás... Cuando vine a esta tierra, era de noche, una noche como esta, fría y terrible. Recuerdo que las olas me trajeron a la orilla... me levanté y empecé a caminar. Me sentía feliz entonces, con el pecho libre; en el fondo de mí había algo puro e intacto, que me hacía pensar y soñar en ideas confusas, vagas, indeterminadas; tenía una especie de remembranza lejana de una situación distinta, de un estado más tranquilo y más dulce; cuando cerraba los ojos y escuchaba el mar, me parecía volver hacia esas regiones superiores donde todo era poesía, silencio y amor, y creí que había estado durmiendo todo el tiempo. Aquel sueño era pesado y estúpido, ¡pero qué dulce y profundo! De hecho, recuerdo que hubo un instante en el que todo pasaba detrás de mí y se evaporaba como un sueño. Regresé de un estado de embriaguez y felicidad a la vida y al aburrimiento. Poco a poco, aquellas aspiraciones que creía encontrar en la tierra desaparecieron como aquel sueño; se me encogió el corazón, y la naturaleza toda me pareció abortada, gastada, envejecida, como un niño contrahecho y jorobado que lleva las arrugas del viejo. Traté de imitar a los hombres, de tener sus pasiones, sus intereses, de actuar como ellos. Fue inútil. Es como el águila que quiera acurrucarse en el nido del pájaro carpintero. Entonces todo se apagó ante mi vista, todo se convirtió en un gran velo negro, la existencia en una larga agonía, y la tierra en un sepulcro en el que todo se enterraba vivo, y luego, cuando después de muchos siglos, de muchas edades, cuando después de haber visto pasar delante de mí razas de hombres e imperios, no sentí palpitar nada en mí, cuando todo estuvo muerto y paralizado en mi espíritu, me dije: «¡Insensato, que quieres la felicidad y no tienes alma! ¡Insensato, que tienes el espíritu demasiado alto, el corazón demasiado elevado, que comprendes tu insignificancia, que comprendes todo, que no amas nada, que crees que el cuerpo vuelve dichoso y que la materia concede la felicidad! Aquel espíritu era elevado, cierto, aquel cuerpo era bello, aquella materia era sublime, ¡pero sin alma! ¡Sin fe! ¡Sin esperanza!

—¡Y te quejas! —le dijo Satán arrastrando sus tetas sobre la arena y tendiéndose cuan largo

era—. ¡Te quejas! Afortunado tú, bendice por el contrario al cielo, ¡morirás! No deseas nada, Arthur, no amas nada, vives feliz, porque te pareces a la piedra, te pareces a la nada. ¡Oh!, ¿de qué te quejas? ¿Qué te apena, qué te agobia?

—Me aburro.

—Sin embargo, ¿acaso no puede tu cuerpo procurarte los placeres de los hombres?

—Las voluptuosidades humanas, ¿no es eso? ¿Sus grandes besos, sus tibios abrazos? ¡Oh!, nunca los he probado; los desdeño y los desprecio.

—Pero una mujer...

—¡Una mujer! ¡Ah!, la ahogaría entre mis brazos, la trituraría con mis besos, la mataría con mi aliento. ¡Oh, no tengo nada!, dices bien, no quiero nada, no amo nada, no deseo nada... Y tú, Satán, tú querías mi cuerpo, ¿no?

—¡Un cuerpo! ¡Oh, sí!, algo palpable, que huela, que se vea, porque yo solo tengo una forma, un soplo, una apariencia. ¡Oh!, si fuera un hombre, si tuviese el ancho pecho y los fuertes muslos de un hombre... Por eso lo envidio, lo odio, siento celos... ¡Oh!, pero yo solo tengo el alma, el alma, soplo ardiente y estéril que se devora y se desgarran a sí mismo; ¡el alma!; mi poder es nulo, no hago más que rozar los besos, sentir, ver, y no puedo tocar, no puedo coger; no tengo nada, nada; no tengo más que el alma. ¡Oh, cuántas veces me he arrastrado sobre los cadáveres de muchachas aún tibias y calientes! ¡Cuántas veces me he vuelto desesperado y blasfemo! ¡Ah, si fuera el bruto, el animal, el reptil! Al menos tengo sus alegrías, su felicidad, su familia; sus deseos se han cumplido, sus pasiones están tranquilas. ¿Quieres un alma, Arthur? ¡Un alma! Pero ¿lo has pensado bien? ¿Quieres ser como los hombres? ¿Quieres llorar por la muerte de una mujer o por una fortuna perdida? ¿Quieres adelgazar de desesperación, caer de las ilusiones a la realidad? ¡Un alma! ¿Es que quieres los gritos, la desesperación estúpida, la locura, el idiotismo? ¡Un alma! ¿Quieres creer entonces? ¿Te rebajarás hasta la esperanza? ¡Un alma! ¿Quieres, pues, ser un hombre, un poco más que un árbol, un poco menos que un perro?

—Pues no —dijo Arthur avanzando en el mar—, ¡no, no quiero nada!

Luego se calló, y Satán no tardó en verlo correr sobre las olas. Su carrera era ligera y rápida, y las olas centelleaban bajo sus pasos.

«¡Oh! —se dijo Satán, en su odio envidioso—, ¡feliz, feliz!».

—Tienes el aburrimiento en la tierra, pero más tarde dormirás, y yo, yo tendré en la eternidad la desesperación, y cuando contemple tu cadáver...

—¿Mi cadáver? —dijo Arthur—, ¿quién te ha dicho que he de morir? ¿No te lo he dicho? No espero nada, ni siquiera la muerte.

—Los medios más terribles...

—Prueba —dijo Arthur, que se había detenido un instante sobre la ola que lo zarandeaba suavemente, como si se mantuviera de pie sobre una tabla.

Satán se quedó callado largo rato y pensó en el alquimista:

«Lo he engañado —se dijo—; no cree en su alma. ¡Oh!, amarás, tú amarás a una mujer; ¡pero a esa le daré yo tanta gracia, tanta belleza, tanto amor que la amarás! Porque es un hombre, a pesar de su orgullo y de su ciencia».

—Escucha, Arthur —le dijo—, mañana verás a una hija de tus montañas, y la amarás.

Arthur se echó a reír.

—Pobre necio —le dijo—, ¡de acuerdo, prueba! ¡O, mejor, intenta matarme, si te atreves!

—No —dijo Satán—, solo tengo poder sobre las almas.

Y lo dejó. Arthur se había quedado sobre las rocas, y, cuando la luna empezó a salir, abrió sus inmensas alas verdes, desplegó su cuerpo blanco como la nieve, y echó a volar hacia las nubes.

## V

Se hacía de noche y el sol rojizo y moribundo iluminaba apenas el valle y las montañas. Es en esa hora del crepúsculo cuando en los prados se ven unos hilos blancos que se pegan al pelo de las mujeres y a sus ropas de encajes y tejidos sedosos. Es en esa hora cuando la cigarra canta con su grito agudo entre la hierba y bajo los trigos. Entonces se oyen en los campos voces misteriosas, conciertos extraños..., y después, muy lejos, el sonido de una campanilla que se calma y disminuye con los rebaños que desaparecen y descienden. En esa hora, la pastora de cabras y vacas aprieta el paso, corre sin mirar atrás, y luego se detiene de vez en cuando, sofocada y temblando, porque va a llegar la noche y en el camino encuentra a algunos hombres y a jóvenes, y además la pobre niña tiene dieciséis años, y tiene miedo.

Julietta reúne sus vacas y se dirige hacia el pueblo, del que se distinguían algunas cabañas. Pero ese día estaba triste, ya no corría para cortar flores y luego ponérselas en el pelo. ¡No!, no más saltos infantiles a la vista de una bella margarita que su pie estaba punto de aplastar, nada de cantos alegres ese día, nada de aquellas notas perladas, de aquellos largos trinos; no, nada de alegría ni de embriaguez, nada de ese bonito cuello blanco que se inclinaba hacia atrás, y de ahí salía bailando una música ligera y llena de cálida armonía; sino, por el contrario, suspiros repetidos, una melodía soñadora, lágrimas en los ojos, y un largo paseo muy pensativo y muy lento en medio de las hierbas, sin prestar atención a que camina sobre el rocío ni a que sus vacas han desaparecido, tan descuidada y llena de melancolía va la joven.

¡Cuántas veces corrió ese día detrás del rebaño; cuántas veces volvió a sentarse, cansada y disgustada, y a pensar, o más bien a no pensar en nada!... Se sentía oprimida; su corazón, que ardía, deseaba algo vago, indeterminado; se fijaba en todo, lo abandonaba todo; sentía añoranza, deseo, incertidumbre; aburrimiento, ensueño del pasado, pensamientos sobre el futuro; todo esto pasaba por la cabeza de la niña tendida en la hierba que miraba el cielo con las manos sobre la frente. Tenía miedo de estar así, sola en medio de los campos, y sin embargo allí había pasado su infancia, jugando en los bosques y corriendo entre las mieses; el ruido del follaje la hacía temblar; no se atrevía a darse la vuelta; siempre le parecía ver detrás de su cabeza la figura de algún demonio gesticulando con una risa horrible.

Contempló largo rato los rayos rojizos del sol que menguaba cada vez más y describía, de trecho en trecho, círculos luminosos que se agrandaban, desaparecían y luego volvían enseguida. Aguardó a que la campana de la iglesia hubiera dejado de sonar, y, cuando sus últimas vibraciones se hubieron perdido a lo lejos, entonces se levantó penosamente, corrió tras su rebaño y se puso en marcha para regresar a casa de su padre.

De pronto vio, a unos cincuenta pasos, una veintena de pequeñas llamas que se elevaban de la tierra. Las llamas desaparecieron, pero al cabo de unos minutos Julietta volvió a verlas; se acercaban poco a poco, y después desaparecía una, luego otra, una tercera, y por fin la última, que brincaba, se estiraba y danzaba con vivacidad y locura. Las vacas se detuvieron de repente, como si un instinto natural les ordenase no seguir avanzando, y dejaron oír un mugido lastimero que se arrastró largo rato, monótono, y luego murió lentamente. Las llamas aumentaron, y se oían con toda

nitidez carcajadas y voces de niños. Julietta palideció y se apoyó en el cuerno de una becerra, inmóvil y muda de terror. Oyó pasos detrás de su cabeza, sintió que un soplo ardiente rozaba sus mejillas, y un hombre fue a situarse de pie frente a ella.

Iba vestido con lujo, su ropa era de seda negra, en su mano enguantada brillaban diamantes; al menor de sus gestos se oía un ruido de campanillas argentinas, como mezcladas con monedas de oro. Su rostro era feo, sus bigotes rojos, sus mejillas hundidas, pero sus ojos brillaban como dos ascuas, centelleaban bajo una pupila espesa y tupida como un puñado de cabellos; su frente era pálida, arrugada, huesuda, y la parte superior de su cabeza estaba cuidadosamente oculta por un bonete de terciopelo rojo. Se hubiera dicho que temía mostrar la cabeza.

—¡Niña! —le dijo a Julietta—, ¡preciosa niña!

Y la atrajo hacia sí con mano poderosa, con una sonrisa que trataba de dulcificar y que solo era horrible.

—¿Amas a alguien?

—¡Oh, déjeme! —dijo la joven—, ¡Me está aplastando!

—Entonces, ¿a nadie? —continuó el caballero—. ¡Oh, no amarás a nadie, porque soy poderoso; yo doy el odio y el amor. Mira, sentémonos aquí —continuó—, sobre el lomo de tu vaca blanca.

Esta se tumbó de lado y ofreció su costado. El desconocido se sentó sobre su cuello, sujetaba con una mano uno de sus cuernos y con el otro la cintura de Julietta.

Los fuegos fatuos habían cesado, el sol ya no iluminaba, era casi de noche, y la luna pálida y débil luchaba con la luz.

Julietta miraba al desconocido aterrorizada; su mirada era terrible.

—¡Déjeme! —le dijo—, ¡oh, déjeme, en nombre de Dios!

—¿Dios? —replicó él en tono amargo, y se echó a reír—. Julietta —continuó—, ¿conoces al duque Arthur de Almaroës?

—Lo he visto alguna vez, pero me pasa como con usted, que le tengo miedo... ¡Oh!, déjeme, déjeme; tengo que irme... ¡Mi padre! ¡Oh, si se enterase!...

—¡Tu padre! ¿Y qué?

—Si se enterase, le digo, de que usted me retiene así por la noche..., ¡pues lo mataría!

—Te dejo libre, Julietta, ¡vete!

Y dejó caer el brazo que la mantenía enérgicamente abrazada. Ella no pudo levantarse; algo la ataba al vientre del animal, que gemía con tristeza y humedecía la hierba con su lengua babeante; jadeaba y movía la cabeza sobre el suelo como si se muriese de dolor.

—Vamos, Julietta, ¡vete! ¿Quién te lo impide?

Ella continuó esforzándose..., pero no consiguió moverse nada; su voluntad de hierro se quebraba ante la fascinación de aquel hombre y su poder mágico.

—¿Quién es usted? —le dijo ella—, ¿qué mal le he hecho?

—Ninguno. Pero hablemos del duque Arthur de Almaroës. ¿Verdad que es rico, que es hermoso?...

Se calló en este punto, se golpeó la frente con las dos manos:

—¡Oh, que venga! ¡Que venga pues!

Y luego ambos permanecieron así un largo rato, muy largo, la joven temblando, y él con la mirada fija en ella y contemplándola con avidez.



—¿Eres feliz? —le preguntó.

—¿Feliz? ¡Oh, no!

—¿Qué te falta?

—No sé, pero no amo nada; nada me gusta, sobre todo hoy, estoy muy triste, y esta noche más... su aspecto de malvado... ¡Oh, voy a volverme loca!

—¿No es cierto, Julietta, que querrías ser reina?

—No.

—¿No es cierto, Julietta, que te gusta la iglesia y su incienso, su alta nave, sus paredes renegridas y sus cantos místicos?

—No.

—¿Que amas el mar, las conchas de la orilla, la luna en el cielo y los sueños de tus noches?

—¡Oh, sí! Amo todo eso.

—¿Y qué sueñas por la noche, Julietta?

—¡Y yo qué sé!

Y se quedó pensativa.

—¿No es cierto que deseas otra vida, viajes lejanos? ¿Que querrías ser un pétalo de rosa para rodar por el aire, ser el pájaro que vuela, el canto que se pierde, el grito que se lanza?... ¿No es cierto que el duque Arthur es apuesto, rico y poderoso? Y también él ama los sueños, los sublimes éxtasis.

—¡Oh, que venga! ¡Que venga! —continuó en voz muy baja—, ¡que venga! Ella lo amará con un amor cálido, ardiente, total, y los dos se perderán.

La luna rodaba bajo las nubes, iluminaba la montaña, el valle y el viejo castillo gótico, cuya sombría silueta se perfilaba a la luz de la luna como un fantasma sobre la tapia del cementerio.

—¡Levantémonos y caminemos! —dijo el desconocido.

El forastero agarró a Julietta y la arrastró tras sus pasos; las vacas saltaban, galopaban por los campos, corrían enloquecidas una tras otra, luego volvían alrededor de Julietta brincando y danzando. Solo se oía el ruido de sus pasos sobre la tierra y la voz del caballero de las espuelas de oro que hablaba y hablaba con un sonido regular como el de un órgano. Llevaban largo rato avanzando así; el camino era fácil, y marchaban rápidamente sobre la hierba fresca que se deslizaba bajo sus pies como un espejo pulido. Julietta estaba cansada, y sus piernas se doblaban bajo su cuerpo.

—¿Cuándo llegaré? —preguntaba con frecuencia.

Y su mirada melancólica se dirigía hacia el horizonte, que solo le ofrecía una oscuridad profunda. Por fin, después de mucho tiempo, reconoció el chamizo de su padre. El desconocido seguía a su lado, ya no decía nada, solo su cara estaba alegre y sonreía como un hombre feliz. Algunas palabras de una lengua desconocida escapaban de sus labios, y luego aguzaba el oído atentamente, silencioso y con la boca abierta.

—¿Amas al duque Arthur? —preguntó una vez más.

—Apenas lo conozco, y, además, ¿a usted qué le importa?

—¡Mira, ahí está! —respondió él.

En efecto, delante de ellos pasó un hombre, iba desnudo de cintura para arriba, su cuerpo era blanco como la nieve, sus cabellos azules y sus ojos tenían un brillo celestial.

El desconocido desapareció enseguida.

Julietta echó a correr; luego, cuando llegó a una puerta de madera rodeada por un seto, se aferró a la aldaba de hierro y llamó con repetidos golpes. Un viejo acudió a abrir; era su padre.

—Pobre niña —le dijo—, ¿de dónde vienes? ¡Entra!

Y la muchacha entró muy deprisa en la casa, donde su familia, angustiada, la aguardaba desde hacía varias horas. Todos lanzaron en el acto un grito de alegría, la abrazaron, le hicieron preguntas, y se sentaron a la mesa alrededor de una enorme olla de hierro que exhalaba un espeso vapor.

—¿Has traído las vacas? —le preguntó su madre.

Y, tras su respuesta afirmativa, la mandó ir a ordeñarlas. Julietta salió y volvió al cabo de varios minutos, trayendo un enorme cubo de hojalata que depositó con esfuerzo sobre la mesa..., pero estaba lleno de sangre.

—¡Cielos! ¡Sangre! —exclamó Julietta, que se puso pálida y cayó sobre las rodillas de su madre—. ¡Oh, es él!

—¿Quién?

—Él... El que me ha retrasado.

—¿Quién es?

—¡No sé!

—Soy yo —exclamó una voz que salía del fondo de la pieza, con una risa penetrante.

En efecto, el forastero y el duque Arthur estaban pegados a la pared. El anciano saltó sobre el fusil que colgaba sobre la chimenea y les apuntó.

—¡Piedad para él! —exclamó Julietta lanzándose a su cuello con violencia.

Pero la bala había salido. Ya no se oyó nada, los dos fantasmas desaparecieron; solo al cabo de unos instantes se rompió un cristal y una bala llegó rodando por el suelo.

Era la que Satán devolvía.

## VI

¡Qué extraño todo aquello!

Debajo había alguna brujería, alguna trampa mágica; y, además, aquella leche cambiada en sangre, aquella aparición extraña, el retraso de Julietta, su mirada asustada, su voz trémula y aquella bala que acababa de rebotar a su alrededor, junto con aquella risa siniestra salida de la pared; todo esto hizo palidecer y temblar a la familia. Se apretaron unos contra otros y se callaron enseguida. Julietta apoyó la cabeza en su mano izquierda, puso el codo sobre la mesa y, deshaciendo la cinta que sujetaba su pelo, lo dejó caer sobre los hombros; luego, abriendo los labios, empezó a cantar entre dientes, cierto que muy bajo; murmuraba un viejo estribillo, agrio y monótono, que salía silbando. Se movía con un ligero balanceo en la silla y parecía querer dormirse con el sonido de su voz. Tenía los ojos inexpresivos y medio cerrados; su actitud era indolente y soñadora.

La escuchaban sorprendidos, y siempre eran los mismos sonidos, agudos y débiles, el mismo zumbido. Poco a poco el canto se fue calmando hasta volverse tan débil y tan frágil que murió entre sus dientes.

Así transcurrió la noche, triste y larga, porque ninguno se atrevía a moverse de su sitio, ni a decir una palabra, ni a mirar a su espalda. El viejo se durmió profundamente en su sillón de

madera; su mujer cerró pronto los ojos por miedo y por aburrimiento. En cuanto a los dos hijos, escondieron la cabeza entre sus manos y buscaron un sueño que no llegó hasta muy tarde, pero turbado por visiones siniestras.

Había que haber visto todas aquellas cabezas soñolientas y abatidas, reunidas alrededor de una luz moribunda que iluminaba su preocupada frente con un tinte pálido y lúgubre. La del viejo era grave, su boca estaba entreabierta, le cubría la frente su pelo blanco, y sus manos descarnadas descansaban sobre sus muslos. Delante de él, la anciana volvía de vez en cuando la cabeza de un lado a otro, su rostro estaba arrugado por una singular expresión de desgracia y amargura; y además estaba la cara pálida y apacible de Julietta, con sus largos cabellos rubios que barrían la mesa, su monótona canción, que silbaba entre sus dientes blancos, y su mirada dulce y embriagada.

No durmió, sino que pasó las horas de la noche escuchando el lastimero mugido de su vaca blanca que, encerrada en el establo, también sufría, pobre animal, y tal vez se retorció agonizando en su cama de paja húmeda de sudor.

En realidad, cuando llegó el día y Julietta salió para llevarla a pastar al campo, tenía en el cuello la huella de una garra.

Salió, subió la colina con paso rápido; al llegar a lo alto, se sentó, pero el bajo de su falda y sus pies chorreaban, había caminado sobre el rocío, así de enloquecida y dormida al mismo tiempo estaba aquel día; corría, luego se detenía de repente, se llevaba la mano a la frente y miraba a todos lados por si él venía.

¡Él!

¡Porque la pobre niña amaba! Amaba a un gran señor, rico, poderoso, que era un caballero apuesto, de mirada orgullosa y sonrisa altiva; amaba a un hombre extraño, desconocido, un demonio encarnado, una criatura, pensaba ella, muy elevada y muy poética.

¡No! ¡Nada de todo eso!

Porque amaba al duque Arthur de Almaroës.

Otras veces volvía a caer en sus ensoñaciones, sonreía con amargura, como dudando del futuro, y luego pensaba en él, se lo imaginaba allí, sentado en la hierba perlada, a su lado; estaba allí, allí, diciéndole dulces palabras, contemplándola fijamente con su poderosa mirada; y su voz era dulce, pura, vibrante de amor. Era una música totalmente nueva y sublime. Permaneció de esta manera largo rato, con los ojos fijos en el horizonte que seguía pareciéndole igual de lúgubre, igual de vacío de sentido, igual de absurdo.

Por fin llegó la noche tras aquel largo día de angustias, tan largo como la noche que lo había precedido. Julietta se quedó todavía largo rato tras la puesta del sol, y luego volvió, bajó lentamente la montaña deteniéndose a cada paso y escuchando tras de sí; y solo oía a la cigarra, que silbaba bajo la hierba, y al gavilán, que regresaba a su nido volando rápidamente.

Así pues, caminaba triste y desesperada, con la cabeza inclinada sobre el pecho henchido de suspiros, sosteniendo en su mano izquierda la cuerda totalmente húmeda que sujetaba a su pobre vaca blanca, que cojeaba de la pata delantera derecha. Sobre esa pata se había sentado Satán.

Cuando llegó al lugar en el que el desconocido la había dejado la víspera, y donde el duque Arthur se le había aparecido, se detuvo por instinto, retuvo con fuerza a su novilla, que, luchando naturalmente contra ella, la arrastró algunos pasos.

Arthur se presentó al punto, ella soltó la cuerda, y la vaca se puso a saltar y a galopar camino

del establo.

Julietta lo miró con amor, con deseo, con celos; él se la quedó mirando igual que miraba los bosques, el cielo, los campos.

Ella lo llamó por su hombre. Él fue sordo a sus gritos como al balido del cordero, al canto del pájaro, a los ladridos del perro.

—¡Arthur! —le dijo en tono desesperado—, Arthur, ¡oh, Arthur, escucha!

Y echó a correr tras él, y se agarró a sus ropas, mientras balbuceaba sollozando; el corazón le palpitaba con violencia, lloraba de amor y de rabia. Había tanta pasión en aquellos gritos, en aquellas lágrimas, en aquel pecho que se henchía con ruido, en aquel ser débil y aéreo que se arrastraba de rodillas por el suelo; todo aquello estaba tan lejos de los gritos de una mujer por una porcelana rota, del balido del cordero, del canto del pájaro, del ladrido del perro, que Arthur se detuvo, la miró un instante... y luego siguió su camino.

—¡Oh!, Arthur, escucha un instante, por favor. ¡Porque te amo, te amo! ¡Oh!, ven conmigo, nos iremos a vivir juntos por el mar, lejos de aquí. O bien, mira, nos mataremos juntos.

Arthur seguía caminando.

—¡Escucha, Arthur! ¡Pero mírame! ¿Soy acaso tan horrible, tan fea? ¡Entonces no eres un hombre, tu corazón es frío como el mármol y duro como la piedra!

Cayó de rodillas a sus pies y se echaba de espaldas como si fuese a morir. Moría, en efecto, de agotamiento y de fatiga. Se retorció de desesperación, se revolcaba, se mesaba los cabellos, y luego sollozaba con una risa forzada, con lágrimas que ahogaban su voz; sus rodillas estaban desgarradas y cubiertas de sangre por arrastrarse así sobre las piedras. Pues amaba con un amor desgarrador, absoluto, satánico. Aquel amor la devoraría siempre; era furioso, estremecido, exaltado.

Era, desde luego, un amor inspirado por el infierno, con esos gritos desordenados, con ese fuego ardiente que desgarrar el alma y desgasta el corazón; una pasión satánica, totalmente convulsiva y forzada, tan extraña que parecía extravagante, y tan fuerte que hace enloquecer.

—Hasta mañana, ¿verdad? ¡Oh, Arthur! ¡Oh, Arthur! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Y después te daré todo, mi sangre, mi vida, mi alma, la eternidad si la tuviese! Mátame si quieres, ¡pero mañana! ¡Hasta mañana en el acantilado! ¡Oh!, ¿verdad que sí? Con el claro de luna... qué bella una noche de amor sobre las rocas, con el ruido de las olas, ¿verdad, Arthur?... ¿Hasta mañana?

Y él dejó caer con desgana de sus desdeñosos labios estas dos palabras:

—¡Hasta mañana!

## VII

¡Hasta mañana! ¡Oh, mañana! Y corrió como una loca hacia el acantilado. No se la volvió a ver en el pueblo... Había desaparecido de la región.

Satán se la había llevado.

## VIII

Era de noche, la luna brillaba pura y blanca y despejada ya de sus nubes; su luz iluminaba el gabinete de Arthur, que había dejado abierta la ventana. Se apoyaba en la barandilla de hierro y

aspiraba con delicia el aire fresco de la noche. Oyó aquel mismo ruido de patas finas y ligeras sobre las baldosas de su horno. Se dio la vuelta: era Satán, pero esta vez más repulsivo y más pálido todavía; sus costados habían adelgazado y su boca abierta dejaba ver unos dientes verdosos como la hierba de las tumbas.

—Y bien, Satán —le dijo Arthur—, y bien, ¿es cierto ahora que amo a alguien? ¿Crees que me han conmovido esos gritos, esas lágrimas y esas convulsiones forzadas?

—¿De verdad —le respondió el demonio estremeciéndose sobre sus cuatro patas—, de verdad eres tan insensible y la has dejado morir?

—¿Está muerta? —dijo Arthur mirándolo fríamente.

—No, pero te espera.

—¿Me espera?

—Sí, en el acantilado. ¿No se lo había prometido? Hace mucho rato que está allí; te espera.

—Pues entonces iré.

—¿Irás? Bueno, Arthur, solo te pido este último favor; después, harás de mí lo que te plazca, te pertenezco.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Crees que a mí me importa mucho tu alma? La amarás, te digo... Arthur, ¿no me dijiste que querías tener pasiones, un amor fuerte y ardiente, distinto de los demás amores? Pues bien, tendrás ese amor..., pero yo, a mi vez..., ¿verdad?, ¿me darás tu alma?

—No tengo.

—Eso crees, pero tienes, pues eres un hombre porque amarás...

Satán estaba tan acostumbrado a ver por todas partes orgullo y vanidad que solo creía en eso. La desgracia no ve más que el vicio, y el hambriento solo siente el hambre.

—¿Un hombre? ¡Satán! Di, ¿qué hombre has visto que pueda estirarse en el aire hasta las nubes? —Y desplegó sus alas verdes—. ¿Has visto alguno con cabellos como estos? —Y mostró su cabellera azul—. ¿Has visto en alguno de ellos un cuerpo blanco como la nieve, una mano tan fuerte como esta, Satán? —Y le apretaba con fuerza la piel entre sus uñas—. En fin, ¿hay alguien que se atreva a insultarte así? Ya que deseas mi alma, mátame ahora mismo, aplástame la cabeza con tus dientes, desgárrame con tus garras, inténtalo y verás si soy un hombre.

Y Satán daba saltos en el suelo, echaba espuma de rabia por la boca, y en sus saltos convulsos llegaba a golpearse los riñones con el techo. Arthur permanecía tranquilo.

—Satán —le dijo—, sí, eres fuerte, eres poderoso, sé que puedes aniquilarme de un solo golpe, prueba, prueba, ¡oh!, por favor, ¡mátame!... Sí, tengo alma, te doy mi alma; mátame, te será fácil, porque solo soy un hombre.

El demonio saltó a su cuello con un grito infernal que le salió de las entrañas. Quiso agarrarlo, pero se le escurrió entre los dientes. Arthur se descubrió el pecho; Satán se lanzó con un salto furioso, con las garras por delante, pero volvió a caer sin conseguir rozar siquiera la epidermis, que seguía intacta y lisa. Saltaba furioso, enloquecido, por sus labios ensangrentados corría un ladrido ronco, los ojos echaban chispas, pataleaba. Arthur se tumbó en el suelo, extendió sus alas... Satán resbalaba encima, reptaba por ellas, abría las fauces para despedazarlas. Las garras se le gastaban como al arañar una roca; babeaba jadeante, rojo de ira; por primera vez se encontraba vencido. Y además el otro... el otro se reía suavemente, y aquella risa tranquila era clamorosa y como mezclada con un ruido de hierro... El aliento ruidoso que exhalaba su garganta rechazaba a Satán como la furiosa vibración de una campana de alarma que se agita en la nave,

ruge y sacude los pilares y hace caer la bóveda.

Era de ver la forma en que luchaban aquellas dos criaturas totalmente extrañas y excepcionales, una completamente espiritual, la otra carnal y divina en su materia; era de ver la pugna del alma y el cuerpo, y aquella alma, aquel espíritu puro y aéreo arrastrándose, impotente y débil, ante el orgullo altivo de la materia bruta y estúpida.

Aquellos dos monstruos de la creación se encontraban uno ante otro como para odiarse y para combatirse. Era una guerra encarnizada a muerte, una guerra terrible... y que debía acabar entre ellos dos, como en el hombre, por la duda y el aburrimiento.

Eran dos principios incoherentes que se combatían frente a frente; el espíritu cayó de agotamiento y cansancio ante la paciencia del cuerpo.

¡Y qué grandes y sublimes eran aquellos dos seres que, reunidos en uno solo, habrían hecho un Dios..., el espíritu del mal y la fuerza del poder! ¡Qué terrible y poderosa aquella lucha con aquellos gritos infernales, aquellas risas furiosas, y además todo el edificio en ruinas que temblaba bajo sus pasos, y cuyas piedras se movían como en un sueño!

Por último, cuando Satán ya había saltado y vuelto a caer al suelo muchas veces, jadeante y agotado, con la mirada apagada, la piel húmeda de un sudor glacial, las garras rotas; cuando Arthur lo hubo contemplado largo rato, extenuado de rabia y de cólera, arrastrándose tristemente a sus pies; cuando hubo saboreado largo rato el estertor que escapaba de su pecho, cuando hubo contado los suspiros de agonía que el otro no podía retener y que le rompían el corazón; en fin, cuando, repuesto de su cruel derrota, Satán alzó la cabeza desfalleciente hacia su vencedor, siguió encontrando aquella mirada de autómatas, fría e impassible, que parecía reír con desdén.

—También tú te has dejado vencer como un hombre... —le dijo Arthur—. ¡Y encima por orgullo! ¿Crees ahora que te decía la verdad?

—Quizá no seas un hombre —dijo Satán—, pero tienes alma.

—Pues bien, Satán, mañana iré al acantilado.

Y al día siguiente, cuando el portero hizo su ronda por los corredores, encontró que todas las baldosas estaban desordenadas y gastadas, de trecho en trecho, como por una garra de hierro.

El buen hombre se volvió loco.

## IX

Julietta esperaba al duque. Lo esperaba día y noche, corriendo por las rocas, lo esperaba llorando..., lo esperaba desde hacía cuatro años.

Porque los años pasan deprisa en un relato, en el pensamiento; corren deprisa en el recuerdo, pero son lentos y cojos en la esperanza.

De día paseaba por la playa, escuchaba el mar y miraba a todas partes por si él venía; y luego, cuando el sol había calentado las rocas, cuando, agotada, caía de cansancio, entonces se dormía sobre la arena, y luego se levantaba para ir a recoger fruta, y buscar el pan que almas caritativas depositaban en la hendidura de algún peñasco. De noche paseaba por los acantilados, vagando así con sus largas ropas blancas, su cabellera despeinada y sus gritos de dolor. Y permanecía sentada horas enteras sobre una roca puntiaguda, contemplando a la luz de la luna las olas rotas que iban a morir en la playa y a romper en blancas espumas entre los roquedos y los guijarros.

—¡Pobre loca! —decían—. ¡Tan joven y tan bella, veinte años apenas, y ya sin esperanza!...

¡Vaya!, pero también es culpa suya, está loca de amor, de amor por un príncipe. La ha perdido el orgullo, se entregó a Satán...

Sí, muy loca por amar al duque Arthur, en efecto, muy loca por no ahogar su amor, muy loca por no matarse de desesperación. Pero creía en Dios; por eso no se mató.

Es cierto que, a menudo, contemplaba el mar y el acantilado de cien pies de alto, y luego empezaba a sonreír despacio, con una mueca en los labios que daba miedo a los niños; muy loca por detenerse ante una idea, por creer en Dios, por respetarlo, por sufrir para su placer, por llorar para su deleite. Creer en Dios, Julietta, es ser feliz; ¡crees en Dios, y sufres! ¡Sí, qué loca estás! Eso es lo que te dirán los hombres.

¡Pero no! A la desesperación le había sucedido el abatimiento, y a los gritos furiosos, las lágrimas; nada de truenos de voz, nada de profundas sonrisas, sino sonidos dichos muy bajo y retenidos en los labios, por miedo a morir al gritarlos.

Se le puso el pelo blanco, porque la desgracia envejece... Es como el tiempo, corre de prisa, pesa mucho y golpea con fuerza; pero, aún más, hacen falta menos lágrimas de desesperación para enflaquecer a un hombre que gotas de agua a la tempestad para excavar la piedra de una tumba... El pelo se vuelve blanco en una noche.

Su pelo era blanco, sus ropas estaban desgarradas..., pero sus pies se habían endurecido de caminar por la tierra, de desollarse en las zarzas y en los cardos. Sus manos estaban agrietadas por el frío y por el aire áspero del océano, que reseca y quema como las heladas del norte. Y además estaba pálida, escuálida, tenía los ojos hundidos y apagados, a los que aún daba vida un rayo de amor y que iluminaba una chispa de esperanza. Tenía la boca entreabierta y como contraída por un movimiento involuntario y convulso de los labios. Pero seguía teniendo la tez dorada y quemada por el sol, seguía teniendo esa mirada extraña que seduce y que atrae; seguía siendo aquella alma sublime y apasionada que Satán había escogido para tentar a la materia adormecida, al cuerpo desprovisto de sentido, a la carne sin voluptuosidad.

Cuando veía a un hombre, corría hacia él, se echaba a sus pies, le llamaba «Arthur», y luego se volvía, triste y desesperada, diciendo:

—¡No es él! ¡No viene!

Y le decían:

—¡Pobre loca, tan joven y tan bella, veinte años apenas, y ya sin esperanza!

Era una noche hermosa, muy radiante de estrellas, muy blanca, muy azulada, muy calma como el mar, que estaba tranquilo y suave, y venía a golpear ligeramente las rocas del acantilado.

Julietta estaba allí, siempre soñadora y solitaria... y luego, no sé si es un sueño, pero Arthur se le apareció. Arthur... ¡Oh!, pero siempre frío, siempre tranquilo.

—¡Te estoy esperando —le dijo Julietta—; hace mucho que vine a la cita!

Su voz temblaba.

—Siéntate conmigo en esta roca, Arthur mío, siéntate. ¿Qué necesitas? La luna es hermosa, las estrellas brillan, el mar está en calma. Se está bien aquí, Arthur... Siéntate y hablemos.

Arthur se echó a su lado.

—¿Qué quieres de mí, Julietta? —le dijo—, ¿por qué estás más triste que las demás mujeres? ¿Por qué me has pedido que venga aquí?

—¿Por qué?... ¡Oh, Arthur!... ¡Es que te amo!

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿Cómo? Cuando te miro así, mira, con esta sonrisa —y le pasó el brazo por la cintura—, cuando sientes mi aliento, cuando con mi pelo rozo tu boca..., bueno, di, ¿es que no sientes ahí, en el pecho, algo que late y respira?

—¡No, no! Pero tú eres una mujer, tienes alma, sí, comprendo; pero yo no tengo alma. —La miró con orgullo—. ¿Y qué es el alma, Julietta?

—¡Qué sé yo!..., pero te amo. ¡Oh, el amor! El amor, Arthur, mira, te vuelve blanco el pelo, el mío.

Ella lo contempló, se arrastró hasta su pecho, lo abrumó con sus besos y caricias; y él seguía tranquilo bajo los abrazos, frío bajo los besos.

Había que ver a aquella mujer agotándose de ardor, prodigando cuanto tenía de pasión, de amor, de poesía, de fuego devorador e íntimo, para vivificar el cuerpo letárgico de Arthur, que permanecía insensible a aquellos labios ardientes, a aquellos brazos convulsivos, como la piel del lagarto al contacto de la bestia. Julietta estaba palpitante de amor, como Satán lo estaba de rabia y de cólera.

Pasó muchas horas sobre las mejillas de Arthur, que miraba el cielo azulado, que sin duda también pensaba en sueños sublimes, en amores, sin darse cuenta de que allí, delante de él, en sus brazos, tenía una realidad celestial, un amor de excepción, ardiente y exaltado.

Julietta se dejó caer agotada; luego hizo un último esfuerzo... y corrió hacia las rocas más altas y se lanzó de un solo salto. Se hizo un silencio de algunos segundos, y Arthur oyó el ruido de un cuerpo pesado que cae al agua. Y la noche era bella, muy tranquila, muy azulada, como el mar. El mar estaba suave, tranquilo, y sus olas venían a morir blandamente en la playa, y luego las olas rodaban, caían y acarreaban a la orilla conchas, espuma y restos de navíos.

Una llegó rodando largo rato, se extendió a lo lejos, después retrocedió, luego volvió; depositó algo pesado y grande.

Era un cadáver de mujer.

—¿Y bien? —dijo Arthur mirando a Satán.

Y cuando este hubo visto que su frente seguía estando pálida y serena, y que sus ojos estaban secos y sin lágrimas, dijo:

—¡No! ¡No! Tú no tienes alma. Me equivoqué —continuó mirándolo con envidia—, pero tendré esta.

Y hundió su pie ganchudo en el pecho del cadáver.

## X

Y transcurrieron varios siglos.

La tierra dormía con un sueño letárgico, sin ningún ruido en su superficie, y solo se oían las olas del océano, que se rompían formando espuma. Estaban furiosas, subían en el aire arremolinándose, y con sus sacudidas la playa se movía como entre las manos de un gigante.

Una lluvia fina y abundante oscurecía la dudosa luz de la luna, el viento rompía el bosque, y los árboles se doblaban bajo su soplo como las cañas con la brisa del lago.

En el aire había como un ruido extraño de lágrimas y sollozos —se hubiera dicho que se trataba del estertor del mundo—.

Y una voz se elevó desde la tierra y dijo:



—¡Basta! ¡Basta! Demasiado tiempo he sufrido y doblado los riñones; ¡basta! ¡Piedad! ¡No crees otro mundo!

Y una voz dulce, pura y melodiosa como la voz de los ángeles, se abatió sobre la tierra y dijo:

—¡No! ¡No! ¡Esto es por toda la eternidad; ya no habrá otro mundo!

[...]

*21 de marzo de 1837*

# GEORGE SAND

## SPIRIDION (EPISODIO)<sup>212</sup>

### SPIRIDION

Hacía tres noches que no dormía. La cuarta, hacia medianoche, cogí unas tijeras, una lámpara, una palanca, y entré sin hacer ruido en la iglesia, decidido a ver aquel esqueleto y a tocar aquellos huesos que mi imaginación revestía, desde hacía seis años, de una forma celestial, y que mi razón iba a devolver a la eterna nada al contemplarlos con calma.

Llegué a la piedra del *Hic est*<sup>213</sup>, la levanté sin mucho esfuerzo y empecé a descender la escalera; recordaba que había doce peldaños. Pero solo había descendido seis cuando mi cabeza ya estaba extraviada. Ignoro lo que me ocurría; si no lo hubiera sentido, nunca podría creer que el valor de la vanidad pudiese abrigar tanta debilidad y cobarde terror. Se apoderó de mí el frío de la fiebre, y el miedo hizo rechinar mis dientes; se me cayó la lámpara; sentí que mis piernas flaqueaban.

Un espíritu sincero no hubiera tratado de superar aquella angustia. Se hubiera abstenido de seguir una prueba superior a sus fuerzas; hubiera pospuesto su entrevista para un momento más favorable; hubiera aguardado con paciencia y sencillez el sosiego de sus facultades mentales. Pero no quería correr riesgos conmigo mismo. Estaba indignada por mi debilidad; mi voluntad quería enfrentarse y someter a mi imaginación. Seguí descendiendo en medio de las tinieblas; pero perdí el ánimo, y fui presa de ilusiones y fantasmas.

Tuve la impresión de que seguía bajando y de que me hundía en las profundidades del Érebo<sup>214</sup>. Por fin llegué lentamente a un lugar plano, y oí a una voz lúgubre pronunciar estas palabras que parecía confiar a las entrañas de la tierra:

—*No volverá a subir la escalera.*

Acto seguido oí elevarse hacia mí, desde el fondo de abismos invisibles, mil voces que cantaban con un ritmo extraño:

—*¡Destruyámoslo! ¡Que sea destruido! ¡Qué viene a hacer entre los muertos! ¡Que sea devuelto al sufrimiento! ¡Que sea devuelto a la vida!*

Entonces un débil resplandor atravesó las tinieblas, y vi que me hallaba en el último peldaño de una escalera tan vasta como el pie de una montaña. A mi espalda había miles de escalones de

fuego rojo; delante de mí, solo el vacío, el abismo del éter, el azul oscuro de la noche tanto bajo mis pies como encima de mi cabeza. Me dominó el vértigo y, al dejar la escalera, ya sin pensar que me fuera posible remontarla, me lancé al vacío blasfemando. Sin embargo, apenas hube pronunciado la fórmula de la maldición, el vacío se llenó de formas y colores confusos, y poco a poco me encontré a la misma altura de una inmensa galería por la que avanzaba temblando. A mi alrededor seguía reinando la oscuridad; pero el fondo de la bóveda se iluminaba con un resplandor rojo y me mostraba las formas extrañas y horribles de la arquitectura. Todo aquel monumento parecía, por su forma y su peso gigantesco, haber sido tallado en una montaña de hierro o en una caverna de lavas negras. No distinguía ni los objetos más cercanos; pero aquellos hacia los que avanzaba adoptaban un aspecto cada vez más siniestro, y mi terror aumentaba a cada paso. Los enormes pilares que sostenían la bóveda, y los arabescos de la bóveda misma, representaban hombres de tamaño sobrenatural, todos ellos entregados a unas torturas inauditas; unos, colgados de los pies y oprimidos por los pliegues de serpientes monstruosas, mordían el pavimento, y sus dientes se hundían en el mármol; otros, metidos hasta la cintura en el suelo, eran estirados desde arriba; unos por los brazos con la cabeza hacia arriba, y otros por los pies con la cabeza hacia abajo, hacia los capiteles formados por otras figuras humanas inclinadas sobre ellos y ensañadas en torturarlos. Había otros pilares que representaban un abrazo de figuras ocupadas en devorarse entre sí, y cada una de ellas solo ofrecía un trozo roído hasta las rodillas o hasta los hombros, pero cuya furiosa cabeza conservaba suficiente vida para morder y devorar lo que estaba a su lado. Había algunos que, desollados a medias, se esforzaban, con la parte superior del cuerpo, por desgajar la piel de la otra mitad colgada del capitel o retenida en el zócalo; y otros que, debatiéndose, se habían arrancado tiras de carne con las que seguían suspendidos uno del otro con la expresión de un odio y de un sufrimiento indecibles. A lo largo del friso había, a cada lado, una hilera de seres inmundos, revestidos de forma humana, pero de una fealdad espantosa, ocupados en despedazar cadáveres, en devorar miembros humanos, en retorcer vísceras, en saciarse con jirones sangrantes. De la bóveda colgaban, a manera de claves y de rosetones, niños mutilados que parecían lanzar unos gritos lamentables, o que, huyendo aterrorizados de los devoradores de carne humana, se lanzaban cabeza abajo y parecían a punto de estrellarse contra el suelo.

Cuanto más avanzaba yo, un aspecto más real cobraban aquellas estatuas, iluminadas por la luz del fondo; estaban hechas con un realismo que nunca hubiera podido alcanzar el arte de los hombres. Parecía una escena de horror que un cataclismo desconocido hubiera sorprendido en medio de su realidad viviente, y hubiera ennegrecido y petrificado como la arcilla en el horno. La expresión de la desesperación, de la rabia o de la agonía era tan patente en todos aquellos rostros contraídos; el juego o la tensión de los músculos, la exasperación de la lucha, el estremecimiento de la carne desfalleciente estaban reproducidos con tanta exactitud que era imposible mantener su visión sin repugnancia ni terror. El silencio y la inmovilidad de aquella representación tal vez se añadían a su horrible efecto sobre mí. Sentí tal debilidad que tuve que detenerme y quise volver sobre mis pasos.

Pero entonces oí, en el fondo de aquellas tinieblas que había atravesado, unos rumores confusos como los de una multitud que camina. Las voces no tardaron en volverse más nítidas y los clamores más ruidosos, los pasos se apresuraron de forma tumultuosa al acercarse con una rapidez increíble; era un ruido de carrera irregular, a trompicones, pero cada uno de sus impulsos era más cercano, más impetuoso, más amenazador. Imaginé que me perseguía aquella multitud

desordenada, y traté de adelantarme precipitándome bajo la bóveda en medio de las lúgubres esculturas. Pero me pareció que aquellas figuras empezaban a agitarse, a humedecerse de sudor y de sangre, y que sus ojos de esmalte giraban en sus órbitas. De pronto advertí que todas ellas me miraban y que todas se inclinaban hacia mí, unas con la expresión de una risa horrible, otras con la de una aversión furiosa. Todas tenían el brazo levantado y parecían dispuestas a aplastarme bajo los miembros palpitantes que se arrancaban unas a otras. Había algunas que me amenazaban con su propia cabeza en las manos, o con cadáveres de niños que habían arrancado de la bóveda.

Mientras mi vista estaba turbada por aquellas imágenes abominables, mis oídos se llenaban de ruidos siniestros que se acercaban. Delante de mí había objetos horribles, y detrás de mí, ruidos más horribles aún: risas, aullidos, amenazas, sollozos, blasfemias, y, de repente, silencios, durante los cuales parecía que la multitud, llevada por el viento, franqueara distancias enormes y ganara terreno centuplicado sobre mí.

Por último, el ruido se acercó tanto que, como había perdido la esperanza de conseguir escapar, traté de ocultarme detrás de los pilares de la galería; pero las figuras de mármol se animaron de pronto; y, agitando sus brazos, que tendían hacia mí con frenesí, quisieron asirme para devorarme.

Así pues, me vi rechazado por el miedo hasta el centro de la galería, donde sus brazos no podían alcanzarme, y la multitud llegó y el espacio se llenó de voces y el pavimento se inundó de pasos. Fue como una tempestad en los bosques, como una ráfaga en las olas del mar; fue la erupción de la lava. Me pareció que el aire ardía y que mis hombros se doblaban bajo el peso del oleaje. Me vi arrastrado como una hoja de otoño en el torbellino de los espectros.

Todos llevaban ropa negra, y sus ardientes ojos brillaban bajo sus oscuras capuchas como los del tigre en el fondo de su antro. Había algunos que parecían sumidos en una desesperación sin límites, y otros cuyo feroz silencio me helaba y me espantaba todavía más. A medida que avanzaban, las figuras de bronce y de mármol se agitaban y se retorcían con tantos esfuerzos que terminaban por separarse de su horrible abrazo, por liberarse del pavimento que encadenaba sus pies, por arrancar sus brazos y sus hombros de la cornisa; y los mutilados de la bóveda también se separaban y, arrastrándose como culebras a lo largo de los muros, conseguían ganar el suelo. Y entonces todos aquellos antropófagos gigantes, todos aquellos degollados, todos aquellos mutilados, se unían a la multitud de espectros que me arrastraban y, volviendo a tomar las apariencias de una vida completa, se ponían a correr y a chillar como los otros; de suerte que, a nuestro alrededor, el espacio se agrandaba, y la multitud se extendía en las tinieblas como un río que ha roto sus diques; pero el resplandor lejano la atraía y seguía guiándola. De pronto, aquella claridad lívida se volvió más viva, y vi que habíamos llegado al final. La muchedumbre se dividió, se diseminó por unas galerías circulares, y debajo de mí distinguí, a una distancia incommensurable, el interior de un monumento tal que la mano del hombre nunca hubiera podido construirlo. Era una iglesia gótica al estilo de las que los católicos erigían en el siglo XI, en aquella época en la que su poder moral, llegado a su apogeo, empezaba a levantar cadalsos y hogueras. Los esbeltos pilares, las agudas arcadas, los animales simbólicos, los adornos extraños...; todos los caprichos de una arquitectura orgullosa y fantástica se habían desplegado en un espacio con tales dimensiones que hubieran podido albergar bajo la misma bóveda a un millón de hombres. No obstante, aquella bóveda era de plomo, y las galerías superiores en que la multitud se apretujaba estaban tan cerca del pináculo que nadie podía mantenerse de pie, y, con la cabeza encorvada y los hombros molidos, me veía obligado a mirar lo que pasaba en el fondo más

recóndito de la iglesia, bajo mis pies, a una profundidad que me provocaba vértigo.

Al principio solo discerní los efectos de la arquitectura, cuyas partes inferiores flotaban en el vacío, mientras que las partes medias se iluminaban con resplandores rojos entrecortados por sombras negras, como si un foco de incendio hubiera estallado en algún punto inalcanzable para mi vista. Poco a poco, aquella claridad siniestra se fue extendiendo a todas las partes del edificio, y distinguí un gran número de figuras arrodilladas en la nave, mientras una procesión de sacerdotes revestidos con ricos hábitos sacerdotales desfilaba lentamente por el centro y se dirigía hacia el coro cantando con voz monótona:

—*¡Destruyámoslo! ¡Destruyámoslo! ¡Que lo que a la tumba pertenece sea devuelto a la tumba!*

Aquel lúgubre canto despertó mis terrores, y miré alrededor; pero vi que estaba solo en una de las bovedillas: la multitud había invadido todas las demás; parecía no ocuparse de mí. Entonces traté de escapar de aquel lugar de espanto, porque un instinto secreto me anunciaba que allí se iba a llevar a cabo la realización de algún horrible misterio. Vi varias puertas a mi espalda; pero estaban guardadas por las horribles figuras de bronce que se reían burlonamente y se hablaban entre sí diciendo:

—*Va a ser destruido, los jirones de su carne nos pertenecerán.*

Helado por estas palabras, me acerqué a la balaustrada inclinándome a lo largo de la rampa de piedra para que no pudieran verme. Sentí tal horror de lo que iba a ocurrir que cerré los ojos y me tapé los oídos. Con la cabeza envuelta en mi capucha y encorvado sobre mis rodillas, terminé por imaginar que todo aquello era un sueño y que estaba dormido en el camastro de mi celda. Hice inauditos esfuerzos por despertarme y escapar de la pesadilla, y creí despertarme en realidad; pero al abrir los ojos me encontré en la bovedilla, rodeada a distancia por los espectros que hasta allí me habían guiado, y en el fondo de la nave vi la procesión de sacerdotes que había llegado al centro del coro y formaba un apretado grupo en cuyo centro tenía lugar la escena de horror que no olvidaré nunca. Había un hombre tendido en un ataúd, y aquel hombre estaba vivo. No se quejaba, no oponía ninguna resistencia; pero sollozos ahogados escapaban de su pecho, y sus profundos suspiros, acogidos por un silencio lúgubre, se perdían bajo la bóveda que los reenviaba a la multitud insensible. A su lado, varios sacerdotes armados de clavos y martillos se disponían a sepultarlo tan pronto como hubieran logrado arrancarle el corazón. No obstante, era inútil, porque, con los brazos ensangrentados y hundidos en el pecho entreabierto del mártir, iban por turno a hurgar y a retorcer sus entrañas; ninguno podía arrancarle aquel corazón invencible que unos lazos de diamante parecían retener victoriosamente en su sitio. De vez en cuando los verdugos dejaban escapar un grito de rabia, al que respondían desde lo alto de las galerías imprecaciones mezcladas con bramidos. Durante estas abominaciones, la multitud prosternada en la iglesia permanecía inmóvil en actitud de meditación y recogimiento.

Entonces, uno de los verdugos se acercó totalmente ensangrentado a la balaustrada que separa el coro de la nave, y dijo a aquellos hombres arrodillados:

—Almas cristianas, fieles fervientes y puros, ¡oh, hermanos bienamados, rezad! Redoblad súplicas y lágrimas para que se cumpla el milagro y podáis comer la carne y beber la sangre del Cristo, vuestro divino Salvador.

Y los fieles se pusieron a rezar en voz baja, a golpearse el pecho y a esparcir la ceniza en sus frentes, mientras los verdugos seguían torturando a su presa y la víctima murmuraba llorando estas palabras repetidas a menudo.

—¡Oh, Dios mío, libera a estas víctimas de la ignorancia y la impostura!

Me parecía que un eco de la bóveda, como una voz misteriosa, traía estos lamentos a mi oído. A pesar de ello, estaba tan helado de miedo que, en lugar de responderle y elevar mi voz contra los verdugos, solo me dedicaba a espiar los movimientos de los que me rodeaban, temiendo que volviesen su rabia contra mí al ver que no era uno de los suyos.

Luego traté de despertarme, y durante algunos segundos mi imaginación me remitía a escenas risueñas. Me veía sentado en mi celda una bella mañana, rodeado de mis libros favoritos; pero un nuevo suspiro de la víctima me arrancaba de aquella dulce visión y de nuevo volvía a encontrarme frente a una agonía interminable e infatigables verdugos. Miraba al paciente, y me parecía que se transformaba a cada instante. Ya no era Cristo, sino Abelardo<sup>215</sup>, y luego Juan Huss<sup>216</sup>, y luego Lutero... Conseguía arrancarme de aquel espectáculo de horror y me parecía que volvía a ver la claridad del día y que huía ligero y rápido en medio de una risueña campiña. Pero una risa feroz, que había surgido a mi lado, me sacaba sobresaltado de aquella dulce ilusión, y veía a Spiridion en el ataúd, víctima de los infames que estaban destrozándole el corazón en el pecho sin lograr apoderarse del mismo. Después, ya no era Spiridion, sino el viejo Fulgencio, y me llamaba diciendo:

—¡Alexis, hijo mío, Alexis! ¿Vas entonces a dejarme perecer?

Nada más pronunciar mi nombre vi en su lugar, en el ataúd, mi propia figura, con el pecho entreabierto y el corazón desgarrado por uñas y tenazas. Mientras tanto, seguía estando en la bovedilla, oculto detrás de la balaustrada, y contemplando a otro yo mismo en las angustias de la agonía. Entonces me sentí desfallecer, la sangre se me heló en las venas, un sudor frío chorreó por todos mis miembros y sentí en mi propia carne todas las torturas que veía sufrir a mi espectro. Traté de reunir las pocas fuerzas que me quedaban y de invocar a mi vez a Spiridion y a Fulgencio. Mis ojos se cerraron y mi boca murmuró unas palabras de las que mi espíritu ya no tenía conciencia. Cuando volví a abrir los ojos, vi a mi lado una bella figura arrodillada, en actitud tranquila. La serenidad residía en su ancha frente, y sus ojos no tenían reparo en contemplar mi suplicio. Tenía la mirada dirigida hacia la bóveda de plomo, y vi que por encima de su cabeza la luz del cielo penetraba por una ancha abertura. Un fresco viento agitaba levemente los rizos de oro de sus hermosos cabellos. Tenía en sus rasgos una melancolía inefable mezclada con esperanza y piedad.

—¡Oh tú, cuyo nombre sé! —le dije en voz baja—, tú que pareces invisible a esos espantosos fantasmas, y que te dignas manifestarte solo a mí, a mí que te conozco y que te amo. ¡Sálvame de estos terrores, evítame este suplicio!...

Se volvió hacia mí y me miró con unos ojos claros y profundos que parecían lamentar y despreciar al mismo tiempo mi debilidad. Luego, con una sonrisa angelical, extendió la mano, y toda la visión volvió a las tinieblas.

Entonces no oí más que su voz amiga, y fue así como me habló:

—Todo lo que aquí has creído ver solo existe en tu cerebro. Solo tu imaginación ha forjado el horrible sueño contra el que te has debatido. Que esto te enseñe humildad, y acuérdate de la debilidad de tu espíritu antes de emprender lo que todavía no eres capaz de ejecutar.

»Los demonios y las larvas son creaciones del fanatismo y de la superstición. ¿De qué te ha servido toda la filosofía si aún no sabes distinguir las puras revelaciones que el cielo concede de las groseras visiones evocadas por el miedo? Advierte que todo eso que has creído ver ha ocurrido en ti mismo, y que los sentidos engañados no han hecho otra cosa que dar forma a las

ideas que desde hace mucho te preocupan. En ese edificio formado por figuras de bronce y de mármol, sucesivamente devoradoras y devoradas, has visto un símbolo de las almas que el catolicismo ha endurecido y mutilado, una imagen de los combates a los que las generaciones se han entregado en el seno de la Iglesia profanada, devorándose unas a otras y devolviéndose unas a otras el mal que habían sufrido. Esa ola de espectadores que te ha arrastrado consigo es la incredulidad, es el desorden, el ateísmo, la pereza, el odio, la codicia, la envidia, todas las malas pasiones que invadieron la Iglesia cuando la Iglesia perdió la fe; y esos mártires cuyas entrañas se disputaban los príncipes de la Iglesia eran los Cristos, eran los mártires de la verdad nueva, eran los santos del futuro atormentados y desgarrados hasta el fondo del corazón por los canallas, los envidiosos y los traidores. Tú mismo, en un instinto de noble ambición, te has visto tendido en ese cenotafio ensangrentado, bajo los ojos de un clero infame y de un pueblo imbécil. Pero eras doble a tus propios ojos; y, mientras que la mitad más bella de tu ser sufría la tortura con constancia y se negaba a entregarse a los fariseos, la otra mitad, que es egoísta y cobarde, se ocultaba en la sombra, y, para escapar de sus enemigos, dejaba que la voz del viejo Fulgencio expirase sin eco. Así es, ¡oh, Alexis!, como el amor por la verdad ha sabido preservar tu alma de las viles pasiones del vulgo; pero así es, ¡oh, monje!, como el amor al bienestar y el deseo de libertad te han vuelto cómplice del triunfo de los hipócritas con los que estás condenado a vivir. Vamos, despierta, y busca en la virtud la verdad que no has podido encontrar en la ciencia».

Apenas hubo terminado de hablar, me desperté; me encontraba en la iglesia del convento, tendido sobre la piedra del *Hic est*, al lado de la sepultura entreabierta. Había amanecido, los pájaros cantaban alegremente, revoloteando alrededor de las vidrieras, el sol de la mañana proyectaba oblicuamente un rayo de oro y púrpura sobre el fondo del coro. Vi con toda claridad entrar en aquel rayo al que me había hablado, y difuminarse en él como si se hubiera confundido con la luz celestial. Me palpé aterrado. Estaba entumecido por un sueño de muerte, y mis miembros se encontraban abotargados por el frío de la tumba. La campana llamaba a maitines; me apresuré a sustituir la piedra sobre la sepultura, y pude salir de la iglesia antes de que el pequeño número de fieles que no se abstendían de los oficios de la mañana hubiera entrado.

# VICTOR HUGO

## EL DIABLO TRAPERO

### LE DIABLE CHIFFONIER

En aquella misma época, al diablo le había ocurrido una desagradable y singular aventura. El diablo acostumbra a llevarse las almas que le pertenecen en un cuévano, como puede verse en el pórtico de la catedral de Friburgo, en Suiza, donde está representado con una cabeza de cerdo sobre los hombros, un gancho en la mano y un cuévano de trapero a la espalda; porque el demonio encuentra y recoge las almas de los malvados en los montones de porquerías que el género humano deposita en la esquina de todas las grandes verdades terrestres y divinas. El diablo no tenía la costumbre de cerrar su cuévano, por lo que muchas almas escapaban con la ayuda de la celestial malicia de los ángeles. El diablo se dio cuenta y le puso a su cuévano una buena tapa adornada con un buen candado. Pero a las almas, que son muy sutiles, les importó poco la tapa; y, ayudadas por los deditos sonrosados de los querubines, encontraron una vez más la manera de escapar por los calados del cuévano. Al verlo, el diablo, muy despechado, mató un dromedario, y con la piel de la joroba se hizo un odre que supo cerrar maravillosamente con la ayuda del demonio Hermes, y del que, cuando estaba llena de almas, se sentía más contento que un escolar con una bolsa llena de cequíes de oro. Por lo general, es en el Alto Egipto, a orillas del mar Rojo, donde el diablo llena ese odre, después de haber hecho su gira por el país de los paganos y de los descreídos; ese lugar está muy desierto; es una playa de arena junto a un pequeño bosque de palmeras que está situado entre Comas, donde nació san Antonio<sup>217</sup>, y Clisma, donde murió san Sísoes<sup>218</sup>.

Así pues, un día en que el diablo había hecho mucha mejor caza que de ordinario, estaba llenando alegremente su odre cuando, volviéndose por casualidad, vio a unos pocos pasos a un ángel que lo miraba sonriendo. El diablo se encogió de hombros y siguió apilando en aquel saco las almas que tenía, sin examinarlas demasiado, os lo juro; porque para esa calderada todo sirve. Cuando hubo terminado, agarró el odre con una mano para cargárselo a la espalda; pero le fue imposible levantarlo del suelo, porque las muchas almas que había metido en él y las grandes iniquidades con que estaban cargadas las volvían pesadas y abrumadoras. Cogió entonces aquella alforja infernal con ambos brazos; pero el segundo esfuerzo fue tan inútil como el primero: el odre no se movió más que si hubiera sido la cabeza de un cerdo saliendo del suelo.



—¡Almas de plomo! —dijo el diablo, y se puso a lanzar juramentos.

Al volverse vio al bello ángel, que lo miraba riéndose.

—¿Qué haces ahí? —le gritó el demonio.

—Ya lo ves —dijo el ángel—, hace un momento sonreía y ahora me río.

—¡Oh, celeste gallina, grandísimo inocente!, largo de aquí —replicó Asmodeo.

Pero el ángel se puso serio y le habló así:

—Dragón, estas son las palabras que te digo de parte de quien es el Señor: no podrás llevarte ese cargamento de almas al infierno hasta que un santo del paraíso o un cristiano caído del cielo no te haya ayudado a levantarlo del suelo y a cargártelo sobre los hombros.

Dicho esto, el ángel abrió sus alas y echó a volar.

El diablo estaba muy irritado.

—¿Qué quiere decir ese imbécil? —mascullaba entre dientes—. ¿Un santo del paraíso? ¿O un cristiano caído del cielo? ¡Mucho tendré que esperar si debo quedarme aquí hasta que me llegue una ayuda como esa! ¿Por qué demonios he llenado tanto este zurrón? Y ese necio, que no es ni hombre ni pájaro, se burlaba de mí. ¡Vamos! Ahora tengo que esperar al santo que venga del paraíso o al cristiano que caiga del cielo. ¡Vaya historia tan estúpida, y hay que admitir que allá arriba se divierten con poca cosa!

Mientras así hablaba consigo mismo, los habitantes de Comas y de Clisma creían oír el sordo retumbar del trueno en el horizonte. Era el diablo refunfuñando.

Para un carretero empantanado en el barro jurar es algo, pero salir del atolladero es todavía mejor. El pobre diablo se estrujaba el magín y pensaba. Es un bribón más hábil que el que perdió a Eva. Entra por todas partes. Cuando quiere, de la misma forma que se cuele en el amor, se cuele en el paraíso. Ha conservado relaciones con san Cipriano<sup>219</sup>, el Mago, y sabe, si lo necesita, hacerse acoger favorablemente por otros santos, unas veces haciéndoles pequeños favores misteriosos, y otras diciéndoles palabras agradables. Ese gran sabio conoce la conversación que gusta a cada uno. Sabe aprovechar la debilidad de todos. A san Roberto de York<sup>220</sup> le lleva los panecillos de avena con mantequilla. Habla de orfebrería con san Eloy<sup>221</sup>, y de cocina con san Teodoro<sup>222</sup>. Al santo obispo Germán<sup>223</sup> le habla del rey Childeberto; al santo abad Wandregisilo<sup>224</sup>, del rey Dagoberto, y al santo eunuco Ustazanes<sup>225</sup>, del rey Sapor. Habla a san Pablo el Simple<sup>226</sup> de san Antonio, y habla a san Antonio de su cerdo. Habla a san Lo<sup>227</sup> de su mujer Biméniole, y no habla a san Gumaro<sup>228</sup> de su mujer Gwinmarie. Porque el diablo es el gran adulator. Corazón fiel, boca de miel.

Mientras tanto, cuatro santos conocidos por su estrecha amistad —san Nilo el Solitario<sup>229</sup>, san Austremonio<sup>230</sup>, san Juan el Enano<sup>231</sup> y san Medardo<sup>232</sup>— habían ido precisamente aquel día a pasear por las orillas del mar Rojo. Cuando, charlando, llegaban cerca del bosque de palmeras, el diablo los vio venir hacia él antes de que ellos lo viesan. Adoptó incontinenti la forma de un viejo muy pobre y muy achacoso y empezó a lanzar gritos lamentables. Los santos se acercaron.

—¿Qué pasa? —dijo san Nilo.

—¡Ay! ¡Ay!, mis buenos señores —exclamó el diablo—, venid en mi ayuda, os lo suplico. Tengo un amo muy malvado, soy un pobre esclavo, tengo un amo muy malvado que es un mercader de la región de Fez. Y ya sabéis que todos los de Fez, los moros, númidas, garamantes<sup>233</sup>, y todos los habitantes de Berbería<sup>234</sup>, de la Nubia<sup>235</sup> y de Egipto, son malos, perversos, sometidos a las mujeres y a las cópulas ilícitas, temerarios, raptores, aventurados y despiadados a causa del

planeta Marte. Además, mi amo es un hombre atormentado por la bilis negra, la bilis amarilla y la pituita de Cicerón; de ahí una melancolía fría y seca que lo vuelve tímido, de poco coraje, con muchas invenciones, sin embargo, para el mal. Todo lo cual recae sobre nosotros, pobres esclavos, sobre mí, pobre viejo.

—¿Adónde queréis ir a parar, amigo mío? —dijo san Austremonio con interés.

—Veréis, mi buen señor —respondió el demonio—. Mi amo es un gran viajero. Tiene manías. En todos los países adonde va, le gusta construir en su jardín una montaña con arena que le recogen en la orilla de los mares junto a los que se asienta este malvado hombre. En Zelanda ha edificado un montón de arena fangosa y negra; en Frisia, un montón de arena gruesa mezclada con esas conchas rojas entre las que se encuentra el cono atigrado; y en el Quersoneso címbrico, que hoy llaman Jutlandia, un montón de arena fina mezclada con esas conchas blancas entre las que no es raro encontrar la almeja del sol naciente.

—¡Que el diablo te lleve! —le interrumpió san Nilo, que es de carácter impaciente—. Ve al grano. Llevamos un cuarto de hora perdido oyendo tus sandeces. Cuento los minutos.

El diablo hizo una humilde reverencia.

—¿Vos contáis los minutos, mi señor? Es una inclinación noble. Debéis de ser del sur; pues los del sur son ingeniosos y aficionados a las matemáticas, porque están más cerca que los demás hombres del círculo de las estrellas errantes.

Luego, de repente, estallando en sollozos y dándose puñadas en el pecho añadió:

—¡Ay! ¡Ay!, mis buenos príncipes, qué amo tan cruel tengo. Para construir su montaña me obliga a venir todos los días, a mí, un anciano, a llenar este odre de arena a la orilla del mar. Y tengo que cargarlo a la espalda. Cuando he terminado un viaje, vuelvo a empezar, y eso dura desde el alba hasta la puesta de sol. Si quiero descansar, si quiero dormir, si sucumbo a la fatiga, si el odre no está bien lleno, manda que me flagelen. ¡Ah, qué miserable soy, y qué apaleado y abrumado por enfermedades estoy! Ayer hice seis viajes en toda la jornada; cuando llegó la noche, estaba tan cansado que no pude levantar hasta mi espalda este odre que acababa de llenar; y he pasado aquí toda la noche, llorando al lado de mi carga y asustado por la cólera de mi amo. Señores míos, mis buenos señores, por gracia y por piedad, ayudadme a poner este fardo sobre mis hombros a fin de que pueda volver al lado de mi amo, porque, si me retraso, me matará. ¡Ay! ¡Ay!

Al oír aquella patética arenga, san Nilo, san Austremonio y san Juan el Enano se sintieron conmovidos, y san Medardo se echó a llorar, lo cual provocó una lluvia de cuarenta días sobre la tierra.

Pero san Nilo dijo al demonio:

—No puedo ayudarte, amigo mío, y bien que lo siento; pero habría que poner la mano en ese odre, que es una cosa muerta, y un versículo de la Escritura prohíbe tocar las cosas muertas so pena de quedar impuro.

San Austremonio dijo al demonio:

—No puedo ayudarte, amigo mío, y bien que lo siento; pero considero que hacerlo sería una buena acción, y, como las buenas acciones tienen el inconveniente de incitar a la vanidad a quien las hace, me abstengo de hacerlo para conservar la humildad.

San Juan dijo al demonio:

—No puedo ayudarte, amigo mío, y bien que lo siento; pero, como ves, soy tan pequeño que

no podría llegarte a la cintura. ¿Cómo haría entonces para ponerte esa carga sobre los hombros?

San Medardo, llorando, dijo al demonio:

—No puedo ayudarte, amigo mío, y bien que lo siento; pero estoy tan conmovido realmente que mis brazos tiemblan.

Y siguieron su camino.

El diablo se moría de rabia.

—¡Vaya unos animales! —exclamó mirando a los santos alejarse—. ¡Qué viejos pedantes! ¡Qué absurdos con sus largas barbas! ¡Palabra de honor que son todavía más estúpidos que el ángel!

Cuando uno de nosotros enloquece de rabia, tiene al menos el recurso de mandar al diablo a quien le irrita. El diablo no tiene ese consuelo. Por eso, en todas sus rabietas hay un aguijón que penetra en su carne y lo exaspera.

Cuando echaba pestes clavando su mirada llena de fuego y de furia en el cielo, su enemigo, resulta que divisó en las nubes un punto negro. Ese punto crece, ese punto se acerca; el diablo mira; era un hombre —era un caballero con armadura y casco, era un cristiano con la cruz roja sobre el pecho— que caía de las nubes.

—¡Alabado sea quienquiera que sea! —gritó el demonio saltando de alegría—. Estoy salvado. ¡Aquí llega mi cristiano! No he podido conseguir nada de los cuatro santos, pero que me lleve el diablo si no lo consigo de un hombre.

En ese momento, Pécopin<sup>236</sup>, suavemente depositado en la orilla, ponía pie en tierra.

Al ver al viejo, que estaba allí como un esclavo que descansa al lado de su carga, se dirigió hacia él y le dijo:

—¿Quién eres, amigo, y dónde estoy?

El diablo se puso a gimotear de forma lastimera.

—Estáis a orillas del mar Rojo, mi señor, y yo soy el más desdichado de los miserables.

A renglón seguido, le cantó al caballero la misma cantinela que a los santos, suplicándole, para terminar, que lo ayudase a cargar aquel odre a su espalda.

Pécopin movió la cabeza:

—Buen hombre, esa es una historia poco verosímil.

—Mi buen señor, que caéis del cielo —respondió el diablo—, la vuestra todavía lo es menos, y sin embargo es verdadera.

—Cierto —dijo Pécopin.

—Y, además —continuó el demonio—, ¿qué queréis que haga? Si mis desgracias no tienen buen aspecto, ¿es culpa mía? No soy más que un pobre de alforjas y de espíritu; no sé inventar; tengo que componer mis gemidos con mis aventuras y no puedo poner en mi historia más que la verdad. Es lo que hay.

—Estoy de acuerdo —dijo Pécopin.

—Y, además —prosiguió el diablo—, ¿qué mal puede hacer os a vos, mi valiente joven, ayudar a un pobre viejo achacoso a cargar este odre sobre sus hombros?

A Pécopin, esto le pareció definitivo. Se agachó, levantó de tierra el odre, que no opuso la menor resistencia, y, sosteniéndolo entre sus brazos, se dispuso a colocarlo en la espalda del viejo, que permanecía encorvado ante él.

Un momento más, y estaba hecho.

El diablo tiene vicios; es lo que le pierde. Es glotón. En ese minuto se le ocurrió la idea de unir el alma de Pécopin a las otras almas que se iba a llevar; pero, para eso, primero había que matar a Pécopin. Se puso, pues, a llamar en voz baja a un espíritu invisible al que ordenó algo en palabras oscuras.

Todo el mundo sabe que, cuando el diablo dialoga y conversa con otros demonios, habla una jerga mitad italiano, mitad castellano. Dijo también aquí y allá algunas palabras en latín.

Esto ha sido probado y está claramente afirmado en varios encuentros y en particular en el proceso del doctor Eugenio Torralba<sup>237</sup>, proceso que se inició en Valladolid el 10 de enero de 1528 y terminó como es debido el 6 de mayo de 1531 con el auto de fe del citado doctor.

Pécopin sabía muchas cosas. Era, ya os lo he dicho, un caballero de talento capaz de sostener con gallardía un debate. Tenía estudios. Conocía la lengua del diablo.

Y, en el instante en que le ataba el odre a la espalda, oyó al viejecito encorvado decir muy bajo: *Vamos, non cierra occhi, verbera, frappa, y echa la piedra*. Esto fue para Pécopin como un relámpago.

Le asaltó una sospecha. Alzó los ojos, y vio a una gran altura encima de él una piedra enorme que algún gigante invisible mantenía suspendida sobre su cabeza.

Dar un brinco hacia atrás, tocar con la mano izquierda el talismán, echar mano del puñal con la derecha y rajar el odre con una violencia y una rapidez formidable fue lo que hizo Pécopin, como si hubiera sido un torbellino que, en un solo segundo, vuela, gira, brilla, atruena y fulmina.

El diablo lanzó un alarido. Las almas liberadas huyeron por la salida que el puñal de Pécopin acababa de abrirles, dejando en el odre sus perfidias, sus crímenes y sus maldades, montón horrible, abominable verruga que, por la atracción que suscita el demonio, se incrustó en este y, recubierta por la piel del odre, quedó fijada para siempre entre sus hombros. Y desde aquel día Asmodeo es jorobado.

Sin embargo, en el momento en que Pécopin daba el salto hacia atrás, el gigante invisible había dejado caer su piedra, que fue a dar en el pie del diablo y se lo aplastó. Desde aquel día Asmodeo<sup>238</sup> es cojo.

El diablo, como Dios, tiene el trueno a sus órdenes; pero es un horrible trueno inferior que sale de la tierra y arranca árboles. Pécopin sintió que la orilla del mar temblaba bajo sus pies y que algo terrible lo envolvía; una humareda negra lo cegó, un ruido espantoso lo ensordeció; le pareció que había caído y que rodaba rápidamente a ras del suelo, como si fuera una hoja muerta arrastrada por el viento. Se desmayó.

# GÉRARD DE NERVAL

## EL MONSTRUO VERDE

### LE MONSTRE VERT

#### I

#### El castillo del diablo

Voy a hablar de uno de los habitantes más antiguos de París; antiguamente lo llamaban el diablo Vauvert.

De ahí procede el proverbio: «¡Eso está donde el diablo Vauvert! ¡Váyase al diablo Vauvert!». Es decir... «Váyase... a paseo».

Los porteros suelen decir: «Está en el quinto infierno» para indicar que un lugar está muy lejos.

Lo cual significa que hay que pagar muy caro el recado que se les encarga. Pero también hay ahí una locución viciosa y corrompida, como tantas otras familiares para el pueblo parisino.

El diablo Vauvert es, en esencia, un habitante de París, donde vive desde hace muchos siglos, si creemos a los historiadores. Sauval, Félibien, Saint-Foix y Dulaure<sup>239</sup> han contado largo y tendido sus escapadas.

Parece que al principio habitó en el castillo de Vauvert, situado en el lugar que hoy ocupa el alegre baile de la Chartreuse<sup>240</sup>, en el extremo del Luxembourg y frente a las alamedas del Observatorio, en la calle del Enfer.

Ese castillo, de triste memoria, fue demolido en parte, y las ruinas se convirtieron en dependencia de un convento de cartujos en el que murió, en 1414, Juan de Luna, sobrino del antipapa Benedicto XIII<sup>241</sup>. Se sospechaba que Juan de Luna había tenido tratos con cierto diablo que tal vez era el fantasma familiar del antiguo castillo de Vauvert, pues, como se sabe, cada uno de esos edificios feudales tenía el suyo.

Los historiadores no nos han dejado nada concreto sobre esa interesante fase.

El diablo Vauvert volvió a dar que hablar en la época de Luis XIII<sup>242</sup>.

Durante mucho tiempo, todas las noches, se había oído un gran ruido en una casa hecha con los restos del antiguo convento y cuyos propietarios estaban ausentes desde hacía muchos años.

Ese ruido asustaba mucho a los vecinos.

Fueron a avisar al teniente de policía, que envió a algunos arqueros.

¡Cuál no sería el asombro de estos militares al oír un ruido de vasos acompañado de risas estridentes!

Al principio creyeron que se trataba de falsificadores de moneda entregados a una orgía, y, juzgando su número por la intensidad del ruido, fueron a buscar refuerzos.

Pero también se pensó que el escuadrón no era suficiente. Ningún sargento se animó a guiar a sus hombres dentro de aquella guarida, en la que parecía oírse el estrépito de todo un ejército.

Por fin, de madrugada llegó un cuerpo de tropas suficiente; entraron en la casa. No encontraron nada.

El sol disipó las sombras.

Durante toda la jornada se realizaron búsquedas, luego se supuso que el ruido procedía de las catacumbas, situadas, como se sabe, debajo de ese barrio.

Se disponían a penetrar en ellas; pero mientras la policía tomaba sus disposiciones, de nuevo se había hecho de noche, y el ruido volvía a empezar con más fuerza que nunca.

Esta vez nadie se atrevió ya a bajar, porque era evidente que en la bodega solo había botellas, y que por lo tanto tenía que ser el diablo el que las hacía bailar.

Se limitaron a ocupar los accesos de la calle y a pedir oraciones al clero.

El clero rezó gran cantidad de oraciones, y echaron incluso agua bendita por medio de jeringas por el respiradero de la bodega.

El ruido continuaba.

## II

### El sargento

Durante toda una semana, una multitud de parisinos no cesaba de obstruir las inmediaciones del barrio, asustándose y pidiendo noticias.

Por fin, un sargento del prebostazgo, más audaz que los otros, se ofreció para entrar en la bodega maldita, siempre que se le concediera una pensión pagadera, en caso de muerte, a una costurera llamada Margot.

Era un hombre valiente y más enamorado que crédulo. Adoraba a aquella costurera, una persona bien vestida y muy ahorrativa, podría decirse incluso que algo avara, y que no había querido casarse con un simple sargento privado de toda fortuna.

Pero, al ganar la pensión, el sargento se convertía en otro hombre.

Animado por aquella perspectiva gritó que él no creía ni en Dios ni en el diablo, y que daría buena razón de aquel ruido.

—¿En qué cree usted? —le dijo uno de sus compañeros.

—Creo en el señor teniente de la audiencia y en el señor preboste de París —respondió.

Era decir demasiado en pocas palabras.

Se puso el sable entre los dientes, una pistola en cada mano, y se aventuró en la escalera.

Al pisar el suelo de la bodega le esperaba el más extraordinario espectáculo.

Todas las botellas se entregaban a una zarabanda enloquecida y formaban las figuras más

graciosas.

Los precintos verdes representaban a los hombres, y los precintos rojos representaban a las mujeres.

Allí había incluso una orquesta ocupando las estanterías de las botellas.

Las botellas vacías resonaban como instrumentos de viento, las botellas rotas como címbalos y triángulos, y las botellas rajadas producían algo así como la armonía penetrante de los violines.

El sargento, que se había bebido unos tragos antes de emprender la expedición, al ver que allí no había más que botellas, se sintió muy tranquilo y también se puso a bailar por imitación.

Luego, cada vez más animado por la alegría y el encanto del espectáculo, recogió una amable botella de largo gollete, de un burdeos pálido, como parecía, y cuidadosamente lacrada de rojo, y la apretó amorosamente contra su corazón.

De todas partes salieron unas risas frenéticas; el sargento, intrigado, dejó caer la botella, que se rompió en mil pedazos.

El baile se detuvo, gritos de espanto se dejaron oír en todos los rincones de la bodega, y el sargento sintió que se le erizaban los cabellos al ver que el vino derramado parecía formar un charco de sangre.

A sus pies estaba tendido el cuerpo de una mujer desnuda, cuyos rubios cabellos se esparcían por el suelo y se empañaban en la humedad.

El sargento no habría tenido miedo del diablo en persona, pero aquella visión lo llenó de horror; pensando que, después de todo, tenía que dar cuenta de su misión, se apoderó de un precinto verde que, delante de él, parecía reírse burlonamente, y gritó:

—¡Por lo menos tendré una!

Una inmensa risa burlona le respondió.

Mientras tanto, había alcanzado la escalera y, mostrando la botella a sus camaradas, gritó:

—¡Aquí está el diablillo!... ¡Qué cagones sois —dijo una palabra todavía más fuerte— por no atreveros a bajar ahí abajo!

Su ironía era amarga. Los arqueros se precipitaron en la bodega, donde solo encontraron una botella de burdeos rota. El resto estaba en su sitio.

Los arqueros lamentaron la suerte de la botella rota; pero, valientes ahora, todos se empeñaron en volver a subir con una botella en la mano.

Les permitieron bebérselas.

El sargento del prebostazgo dijo:

—Por lo que a mí se refiere, guardaré la mía para el día de mi boda.

No se le pudo negar la pensión prometida, se casó con la costurera y...

¿Creen que tuvieron muchos hijos?

Solo tuvieron uno.

### III

#### Lo que siguió

El día de la boda del sargento, que tuvo lugar en La Rapée<sup>243</sup>, puso la famosa botella del precinto verde entre él y su esposa, y solo permitió que él y ella bebieran de aquel vino.

La botella era verde como el apio, y el vino era rojo como la sangre.

Nueve meses más tarde, la costurera daba a luz un pequeño monstruo totalmente verde, con cuernos rojos en la frente.

Y ahora, muchachas, id, id a bailar a la Chartreuse..., en el emplazamiento del castillo de Vauvert.

Mientras tanto, el niño crecía, si no en virtud, al menos en tamaño. Dos cosas contrariaban a sus padres: su color verde y un apéndice caudal que al principio no parecía ser más que una prolongación del coxis, pero que poco a poco iba adoptando la forma de una verdadera cola.

Fueron a consultar a los sabios, quienes declararon que era imposible proceder a su extirpación sin comprometer la vida del niño. Añadieron que era un caso bastante raro, pero que se encontraban ejemplos citados en Heródoto y Plinio el Joven<sup>244</sup>. En aquel entonces no se preveía el sistema de Fourier<sup>245</sup>.

Por lo que se refería al color, lo atribuyeron a un predominio del sistema bilioso. Sin embargo, probaron diversos cáusticos para atenuar el matiz demasiado pronunciado de la epidermis, y, tras gran cantidad de lociones y fricciones, se consiguió que pasara del verde botella al verde agua y, por fin, al verde manzana. Por un momento la piel pareció blanquear por completo, pero por la noche recuperó su color.

El sargento y la costurera no podían consolarse de las penas que les causaba aquel pequeño monstruo, que cada vez se volvía más terco, colérico y malicioso.

La melancolía que sintieron les condujo a un vicio demasiado común entre la gente de su clase. Se entregaron a la bebida.

Pero el sargento nunca quería beber otra cosa que vino con precinto rojo, y su mujer solo con precinto verde.

Cada vez que el sargento estaba borracho perdido, veía en su sueño a la mujer ensangrentada cuya aparición le había aterrorizado en la bodega después de que hubiese roto la botella.

Aquella mujer le decía:

—¿Por qué me has estrechado contra tu corazón, y luego inmolado... a mí, que te amaba tanto?

Cada vez que la esposa del sargento había festejado demasiado con el precinto verde, veía aparecer en su sueño un gran diablo, de un aspecto espantoso, que le decía:

—¿Por qué te asombras de verme... si has bebido de la botella?... ¿No soy yo el padre de tu hijo?...

¡Oh, misterio!

Llegado a la edad de trece años, el niño desapareció.

Sus padres, inconsolables, siguieron bebiendo, pero no vieron renovarse las terribles apariciones que habían atormentado su sueño.

#### IV Moraleja

Así fue como el sargento recibió el castigo a su impiedad, y la costurera, a su avaricia.



## **Lo que fue del monstruo verde**

Nunca pudo saberse.

# GÉRARD DE NERVAL

## OBSESIÓN

(*fragmento de Aurélia*<sup>246</sup>)

Llegué a la vista de una vasta playa montuosa y cubierta por entero de una especie de cañas de tinte verdoso, amarilleadas en su punta como si las llamas del sol las hubieran secado parcialmente, pero no vi el sol más que otras veces. Un castillo dominaba la cuesta que empecé a subir. En la otra vertiente vi extenderse una ciudad inmensa. Mientras atravesaba la montaña fue haciéndose de noche, y percibía las luces de los edificios y las calles. Al bajar, me encontré en un mercado donde se vendían frutas y hortalizas parecidas a las del sur.

Bajé por una escalera oscura y me encontré en las calles. Unos carteles anunciaban la inauguración de un casino, y el detalle de sus actividades se enumeraba por artículos. Formaban su encuadre tipográfico guirnalda de flores tan bien presentadas y coloreadas que parecían naturales. Aún estaba en construcción una parte del edificio. Entré en un taller donde vi a unos obreros que modelaban en arcilla un enorme animal con la forma de una llama, pero que, al parecer, debía de estar provisto de grandes alas. Aquel monstruo estaba como atravesado por un chorro de fuego que lo iba animando, de suerte que se retorció, penetrado por mil hilillos purpúreos que formaban las venas y las arterias y fecundaban, por así decir, la materia inerte, que se revestía de una vegetación instantánea de apéndices fibrosos de alones y mechones lanudos. Me detuve a contemplar aquella obra maestra, en la que parecían haber captado los secretos de la creación divina. «Es que aquí tenemos, me dijeron, el fuego primitivo que animó a los primeros seres... Antaño, se alzaba hasta la superficie de la tierra, pero las fuentes se han secado». También vi trabajos de orfebrería en los que se empleaban dos metales desconocidos en la tierra; uno rojo, que parecía corresponder al cinabrio, y el otro azul cobalto. Los ornamentos no estaban ni esculpidos ni cincelados, sino que se formaban, se coloreaban y se dilataban como las plantas metálicas cuyo nacimiento provocan ciertas mixturas químicas. «¿No llegarían a crearse también hombres?», pregunté a uno de los trabajadores; pero él me replicó: «Los hombres vienen de arriba y no de abajo; ¿podemos crearnos a nosotros mismos? Aquí no hacemos más que formular mediante los sucesivos progresos de nuestras industrias una materia más sutil que la que compone la corteza terrestre. Esas flores que a usted le parecen naturales y ese animal que parecerá estar dotado de vida no serán sino productos del arte elevado al más alto grado de nuestros

conocimientos, y todos los juzgarán así».

Tales son, poco más o menos, las palabras que me fueron dichas, o cuyo significado creí percibir. Me puse a recorrer las salas del casino y vi en ellas una gran muchedumbre, entre la que distinguí a varias personas que me eran conocidas, unas vivas, otras muertas en distintas épocas. Las primeras parecían no verme, mientras que las otras me respondían sin dar la impresión de conocerme. Había llegado a la sala más grande, que estaba tapizada en su totalidad de terciopelo punzó con bandas de oro tramado, formando suntuosos dibujos. En el centro había un sofá en forma de trono. Algunos paseantes se sentaban en él para probar su elasticidad; pero, como los preparativos no estaban terminados, se dirigían hacia otras salas. Se hablaba de una boda y del novio, que, según decían, debía llegar para anunciar el momento de la fiesta. Inmediatamente se apoderó de mí un delirio irracional. Imaginé que el que aguardaban era mi doble, que debía casarse con Aurelia, y monté un escándalo que pareció consternar a toda la asamblea. Empecé a hablar de manera violenta, explicando mis agravios e invocando la ayuda de los que me conocían. Un anciano me dijo: «Pero así no se comporta uno; está asustando a todo el mundo». Entonces exclamé: «Bien sé que ya me ha herido con sus armas, mas lo espero sin miedo y conozco la señal que ha de vencerlo».

En ese momento, uno de los obreros del taller que yo había visitado al entrar apareció con una larga barra, cuyo extremo estaba formado por una bola al rojo vivo. Quise abalanzarme sobre él, pero la bola que mantenía en ristre seguía amenazando mi cabeza. A mi alrededor parecían burlarse de mi impotencia... Entonces retrocedí hasta el trono, con el alma henchida de un orgullo indecible, y alcé los brazos para hacer una señal que yo creía dotada de un poder mágico. ¡El grito de una mujer, nítido y vibrante, impregnado de un dolor desgarrador, me despertó sobresaltado! Las sílabas de una palabra desconocida que iba a pronunciar expiraron en mis labios... Me precipité al suelo y me puse a rezar con fervor derramando ardientes lágrimas. Pero ¿qué voz era aquella que acababa de resonar tan dolorosamente en la noche?

No pertenecía al sueño; era la voz de una persona viva, y sin embargo para mí era la voz y el acento de Aurelia...

Abrí la ventana; todo estaba tranquilo, y el grito no volvió a repetirse. Me informé fuera, nadie había oído nada. Y, sin embargo, sigo convencido de que el grito fue real y de que el aire de los vivos había resonado en él... Se me dirá sin duda que el azar pudo hacer que en ese mismo momento una mujer doliente haya gritado cerca de mi casa. Pero, a mi parecer, los acontecimientos terrenales estaban ligados a los del mundo invisible. Es una de esas relaciones extrañas de las que ni yo mismo me doy cuenta y que es más fácil indicar que definir...

¿Qué había hecho? Había turbado la armonía del universo mágico del que mi alma sacaba la certeza de una existencia inmortal. Quizá estaba maldito por haber querido captar un temible misterio ofendiendo a la ley divina; ¡solo podía esperar la cólera y el desprecio! Las sombras irritadas huían lanzando gritos y trazando en el aire círculos fatales, como los pájaros al cernerse una tormenta.

# ALPHONSE DAUDET

## EL HOMBRE DE LOS SESOS DE ORO

### L'HOMME À LA CERVELLE D'OR

#### Versión primera

Nací en un pequeño pueblo de la antigua Suabia, en casa del escribano del tribunal, un soleado día de Pentecostés. Mi venida al mundo estuvo acompañada de algunos signos extraños que conviene contar. Toda la familia estaba reunida alrededor del lecho de la parturienta, mi tío, el inspector de aduanas, me cogió delicadamente entre sus dedos y me llevó junto a la ventana para contemplarme a gusto; pero el peso de mi pequeño ser le sorprendió hasta el punto de que el buen hombre, asustado, me soltó, y fui a caer a plomo en el suelo, con la cabeza por delante. Me creyeron muerto en el acto, y podéis imaginar los gritos que lanzaron; el cráneo de un recién nacido es algo tan débil, su tejido es tan frágil, la piel tan delicada; ¡un ala de mariposa deslizándose por ella puede causar los mayores estragos! ¡Oh, sorpresa! La tenuidad de mi cráneo apenas se resintió de aquella terrible sacudida, y mi cabeza, al tocar el suelo, devolvió un sonido metálico que todos oyeron y que hizo estirarse veinte orejas a la vez. Me rodean, me levantan, me palpan, y grande fue el estupor cuando el doctor declaró que tenía el remate de la cabeza y los sesos de oro, demostrando como prueba un fragmento que se había separado en mi caída, y que reconocieron como un fragmento de oro purísimo y muy fino.

—¡Singular niño! —dijo el señor doctor moviendo la cabeza.

—¡Destinado a grandes cosas! —hizo observar juiciosamente mi tío.

Antes de separarse, se prometieron el mayor secreto sobre el episodio; esa fue la primera idea de mi madre, por temer que mi valor, una vez conocido, fuese a tentar la codicia de gente malvada. Por lo demás, yo era un niño como todos los otros, que comía o más bien bebía mucho, con gran precocidad en este aspecto y portador de unos rasgos divertidos capaces de alegrar la frente más severa. ¡Por temor a algún accidente, mi madre quiso alimentarme ella misma! Así pues, crecí en nuestra vieja casa de la calle des Tanneurs, sin poner casi nunca un pie fuera, siempre consentido, mimado, vigilado, seguido de cerca, sin atreverme a dar un paso por mí mismo y solo por miedo a destrozar mi preciosa persona, y mirando tristemente a través de los cristales a mis pequeños vecinos, que jugaban a las tabas en la calle y daban volteretas encantados en los riachuelos. Como

bien supondréis, se guardaron mucho de enviarme a la escuela: mi padre hizo venir con grandes gastos a los maestros a casa, y al mismo tiempo conseguí una instrucción presentable. Confesaré incluso que estaba dotado de una inteligencia que sorprendía a la gente, inteligencia cuyo secreto solo mis padres y yo conocíamos. ¿Quién no habría sido inteligente con una sesera tan magnífica como la mía? No pasaba día sin que en casa dejáramos de bendecir al cielo por haber hecho un milagro en mi favor y haber honrado con un niño prodigio la humilde morada del escribano.

¡Ah, favor maldito, execrable ahora! ¡Ojalá hubieras caído en la casa de enfrente!

## II

Mi padre estaba lejos de ser rico; era un modesto escribano que ganaba con esfuerzo unos cuantos miserables florines al año copiando y registrando actas de tribunal. El dinero que había gastado en mi educación estaban muy por encima de sus posibilidades; por eso, una vez terminados mis estudios, y cuando yo acababa de cumplir dieciocho años, se encontró sin recursos.

Una noche, al volver de un paseo por la explanada, encontré a cuatro mocetones muy feos inspeccionando la casa y tomando el pulso a nuestros pobres muebles para cerciorarse de su salud y su valor. Mi madre lloraba en un rincón, de cuclillas en un escabel, con la cabeza entre las manos; mi padre, pálido como un sudario blanco, hacía inspeccionar el piso a aquellos señores y se volvía de vez en cuando para enjugar una gruesa lágrima vergonzosa. Comprendí que asistía a una lúgubre escena del drama del señor Leal<sup>247</sup>. Una vez que los hombres se fueron con la promesa de volver al día siguiente, nos quedamos solos en la sombría habitación, y yo solo oía llantos y sollozos.

Mi padre se levantó y paseó unos instantes por la sala.

—¡Ah, maldito niño! —dijo deteniéndose de repente—, ¡cuántos dolores nos cuestas! ¿Y cómo me pagarás alguna vez las lágrimas que haces derramar a tu madre?

Quise hablar, pero el llanto me lo impedía; mi madre rezaba en voz baja en un rincón.

Acercándose a mí, mi padre continuó:

—¡Y pensar que nos morimos de miseria al lado de este oro!

Y, con un gesto febril, apoyó su mano en mi frente. ¡Oro! Ante esta palabra, un escalofrío hizo crujir mis miembros, al mismo tiempo que una idea terrible se abatía sobre mí y me invadía. Pensé en las riquezas inmensas que contenía mi cerebro.

—¡Oh!, si yo pudiera...

Y, presa de ese pensamiento, corrí a encerrarme con él en mi cuarto.

Muchas veces me habían contado la escena que acompañó a mi nacimiento; y, dado que había sobrevivido a la pérdida de un trozo de mi sesera, me pareció que, sin peligro, podía separar de nuevo una pizca para acudir en ayuda de mis desgraciados padres. Sin embargo, una horrible objeción se alzaba ante mí: aquel jirón de sesera que iba a arrancarme ¿no era de otro tanto de inteligencia de lo que me privaba? La inteligencia, esa palanca, esa fuerza, ese poder; la inteligencia, mi única riqueza propiamente mía. ¿Tenía derecho a disponer de aquel modo de un bien que no había adquirido con trabajo y fatigas? ¿Y qué sería de mí, santo cielo, si fuera a caer en la estupidez y el embrutecimiento?... Por un lado, veía la desesperación de aquella pobre gente que había creído conveniente sacrificarse por mí; mi corazón se conmovió, mis ojos se

humedecieron, no pude resistir más y, tomando una repentina decisión —qué sufrimiento tan horrible—, creí que mi cabeza estallaba.

Entré en la sala donde estaban mis padres.

—Tomad —les dije—, no lloréis más.

Y arrojé a sus pies un trozo de oro del grosor de una avellana, aún sangrante y palpitante. Mientras me cubrían de caricias, yo era presa de una tristeza profunda y de una situación singular: mis ideas me parecían menos nítidas, menos lúcidas; era como si un velo se extendiera sobre mi mente. Esquivé todo aquello.

«¡Bah! —me dije—, es para la casa; además, he dado tan poco...».

### III

Poco tiempo después, unos miserables compañeros de juerga me arrastraron a una orgía que debía costarme cara. Ocurrió en el Hôtel de France: allí hicimos un jaleo de mil diablos, vaciamos la bodega y la despensa; nos divertimos hasta el exceso. Cuando se les pasó la borrachera, mis excelentes amigos, aprovechando mi embriaguez, consideraron oportuno escabullirse sin avisarme y sin pagar. Pasé una noche durmiendo en los divanes del Hôtel, y al día siguiente, al despertar, me encontré frente a una interminable factura que había que pagar en el acto. No tenía ni un kreutzer<sup>248</sup> en el bolso y, por grande que fuese mi desconsuelo, hube de recurrir de nuevo a mi sesera y exigirle un segundo y terrible sacrificio... Desde aquel día, un amargo abatimiento se apoderó de mi ser; unos cuantos sacrificios de ese tipo, y habría terminado con aquella inteligencia de la que tan orgulloso estaba. Esta idea, que me hacía temblar, se alzaba sin cesar ante mis ojos; me volví sombrío, misántropo; de todos mis amigos, solo había conservado uno, el más antiguo y el más seguro de todos, que conocía desde hacía mucho mi secreto y me recomendaba a todas las horas del día que cuidase celosamente aquel tesoro; este querido amigo tenía sus razones para hacerlo; una noche que llovía y el mal tiempo le hizo dormir en casa, se acercó furtivamente y durante mi sueño me arrancó un enorme trozo de sesera.

Me despertó el dolor, y me incorporé en la cama gritando; el miserable, pillado en flagrante delito, solo supo palidecer, balbucear y echarse a temblar. En última instancia escapó llevándose su botín. No sé cómo habría soportado este último golpe si una pasión violenta no hubiera venido a distraerme durante un tiempo de los siniestros sueños en que me hundía; me enamoré y decidí casarme, convencido de que en un hogar tranquilo y cariñoso conseguiría escapar a la completa destrucción de lo mejor de mí.

### IV

La mujer que escogí estaba hecha para encantar, desde luego; tenía ojos, espíritu y corazón, un apellido que me gustaba, buenas relaciones y sentido del ahorro; empezamos a vivir juntos y me creí feliz para siempre. ¡Ay!, el día de mi boda fue cuando empezaron mis verdaderos sufrimientos, y cuando iba a devorar el hermoso lingote de oro que aún me quedaba en el cráneo.

Mi mujer, de gustos modestos, se sentía, sin embargo, aguijoneada por un inmoderado deseo de vestidos; por la noche, en el concierto, la oía muchas veces suspirar y mirar dolorosamente cuando pasaba al lado de las damas de la ciudad, todas ellas suntuosamente vestidas. Yo

comprendía bien aquellos suspiros, y, aunque ella no se atreviese a confesármelo, sentía el pesar que le provocaba aquel alarde de lujo. Poco a poco creí darme cuenta de que la frialdad se deslizaba en la casa: dejó de haber efusión de corazón, expansiones, largas y dulces charlas. Comprendí que se me empezaba a acusar de mucho egoísmo.

«¿Por qué —se decía— dejarme en semejante indigencia? Y, dado que tiene el medio de hacerme feliz, ¿por qué no utilizarlo? ¿Qué hará con sus riquezas, si no las gasta por mí?».

Yo leía todas estas cosas y muchas otras más en el azul de un par de ojos demasiado bellos para mentir, y, mientras yo observaba por mi lado, el amor se iba por el otro. Había que tomar una decisión, y preferí dejar actuar a mi corazón. Mi mujer tuvo diamantes, mi mujer me dirigió sus más dulces sonrisas, pero no, nunca sabréis a qué precio pagué todo eso... ¿Cómo hacerlo de otra manera si yo carecía de fortuna? ¿Podía entrar a trabajar en una tienda, medir las piezas de paño, fabricar cucuruchos de papel? Algo divino que sentía dentro de mí me prohibía de forma insistente oficios como esos. Necesitaba dinero; mi sesera valía dinero, y, palabra, gasté mi sesera. Gasto de todos los días, tortura de todas las horas, para las alegrías de la vida, para las alegrías de la vanidad, esta noche para un baile, mañana para la cena, ayer para un vestido, hoy para el pan; el tesoro se iba por entero. A veces, en las horas de soledad y de miradas interiores, me dominaban rabias repentinas, me cogía la cabeza entre las manos como para detener las olas de oro que de ella salían; gritaba: «¡No te vas! ¡No te vas!». Al momento siguiente me hería con furia el cráneo para extraer su divino mineral. En esto, una felicidad imprevista vino a traer algún alivio a mi horrible situación, a poner un bálsamo en mis heridas siempre sangrantes. Nos nació un niño, una joya de niño, verdadera miniatura de la madre. Mi primer cuidado fue asegurarme de que no tendría la sesera de su padre, y cuando vi que no había heredado esa enfermedad regia me sentí contento durante un tiempo.

## V

El niño creció; ¡oh, dolor! Era una criatura más a la que mantener a partir de mi cerebro. Nodrizas, médicos, educadores. ¡Qué sé yo! Otros tantos miserables que vinieron a encarnizarse sobre mi mina de oro, con tanta frecuencia y tan cruelmente explotada. No ahorré nada por la querida criatura; y lo que sobre todo me sorprendía era la cantidad de riquezas contenidas en mi sesera, y el esfuerzo que debía hacer para agotarlas. Sin embargo, aquello tenía que terminar algún día... Estábamos en el día de Año Nuevo; fuera, un alegre sol cabrilleaba sobre la nieve; en casa, las frentes estaban taciturnas y los ojos hinchados. El niño suspiraba en su cama; por el aire de miseria que reinaba en la casa era fácil adivinar que no debía de estar pensando en aguinaldos, y que esa jornada de alegría se convertiría para él en jornada de lágrimas. Triste por aquella tristeza, la madre callaba, y de buena gana hubiera dado su sangre por ver un rayo de alegría en los ojos del chiquillo; pero, al ser consciente de mis numerosos sacrificios, no se atrevía a pedirme aquel. Desde mi sitio, veía aquel drama familiar, desgarrador y desolado... Al fin, sin poder aguantar más, pasé a la habitación vecina y busqué mi sesera... ¡Dios de dioses! El tesoro había huido; apenas quedaba un despojo del tamaño de la mitad de mi dedo meñique.

—¡No, nunca! —exclamé temblando.

En ese mismo momento oí en la pieza de al lado al niño, a quien mi presencia ya no frenaba, lanzar un largo sollozo. No vacilé... Una vez cumplido el sacrificio, volví al lado de mi mujer y le dije que fuera con su hijo a comprar aguinaldos; el niño aplaudió, ella, llorando de alegría, se

arrojó a mis brazos y me estrechó contra su pecho con amor.

—¡Ah, querido, qué bueno eres!

Cuando se marcharon, me dejé caer en una silla y pensé amargamente en aquellas espléndidas riquezas, de las que ya no me quedaba la menor brizna y que ya no podría volver a ver. Recapitulé todas las circunstancias de mi vida en las que había perdido mi oro brizna a brizna, todos los matorrales del camino en que había dejado un jirón de mi vellocino; la torpeza de mi tío, mi amor por mis padres, la jugarreta de mis camaradas en el Hôtel de France, la horrible conducta de mi amigo, mis deberes de esposo y de padre, todo pasó ante mis ojos. ¿Qué hacer ahora? ¿Qué desear? Una cama de hospital o un trabajo de mozo de tienda en alguna parte, en la Bobina de Plata, por ejemplo; ese era el futuro que me estaba reservado, y aún no había cumplido cuarenta años. Luego, mientras me afligía y lloraba a raudales, me puse a pensar en tantos desgraciados que viven de su sesera como yo había vivido, en esos artistas, en esos escritores sin fortuna, obligados a hacer pan de su inteligencia, y me dije que no debía de ser yo el único en este bajo mundo en conocer los sufrimientos del hombre de la sesera de oro.



# PROSPER MÉRIMÉE

## LOKIS

### LOKIS

#### I

[...]

—Théodore —dijo el profesor Wittembach<sup>249</sup>—, haga el favor de darme ese cuaderno encuadernado en pergamino de la segunda estantería, sobre el escritorio; no, ese no, el pequeño *in-octavo*. Ahí reuní todas las notas de mi diario de 1866, al menos las que se refieren al conde Szemioth.

El profesor se puso las gafas y, en medio del silencio más profundo, leyó lo que sigue:

LOKIS,

con este proverbio lituano por epígrafe:

*Miskasu Lokiu*<sup>250</sup>

*Abu dun tokiu*<sup>251</sup>.

Cuando apareció en Londres la primera traducción de las Sagradas Escrituras en lengua lituana, publiqué en la *Gaceta científica y literaria* de Königsberg un artículo en el que, haciendo plena justicia a los esfuerzos del docto intérprete y a las piadosas intenciones de la Sociedad Bíblica, creí mi deber señalar algunos ligeros errores, haciendo observar además que aquella versión solo podía ser útil exclusivamente a una parte de las poblaciones lituanas. En efecto, el dialecto que se utiliza es difícilmente inteligible para los habitantes de los distritos en que se habla la lengua *jomáitica*, vulgarmente llamada «*jmudo*»<sup>252</sup>, es decir, en el palatinado de Samogitia<sup>253</sup>, lengua que quizá se acerque todavía más al sánscrito que el alto lituano. Esta observación, a pesar de las furibundas críticas que me atrajo de parte de cierto profesor muy conocido de la Universidad de Dorpat<sup>254</sup>, ilustró a los honorables miembros del Consejo de

Administración de la Sociedad Bíblica, y dicho profesor no dudó en proporcionarme el halagador ofrecimiento de dirigir y supervisar la redacción del Evangelio de san Mateo en samogitio. Yo estaba entonces muy ocupado con mis estudios sobre las lenguas transurálicas para emprender un trabajo que hubiera comprendido a los cuatro evangelistas. Posponiendo pues mi matrimonio con la señorita Gertrude Weber, me dirigí a Kowno (Kaunas<sup>255</sup>), con la intención de recoger todos los monumentos lingüísticos impresos o manuscritos en lengua jmda que pudiera procurarme, sin descuidar, claro está, las poesías populares (*dainos*) y los relatos o leyendas (*pasakos*), que me proporcionarían documentación para un vocabulario jomáitico, trabajo que necesariamente debía preceder al de la traducción.

Me habían dado una carta para el joven conde Michel Szemioth, cuyo padre, por lo que me aseguraban, había poseído el famoso *Catechismus Samogiticus* del padre Lawicki<sup>256</sup>, tan raro que su misma existencia ha sido negada, sobre todo por el profesor de Dorpat al que acabo de hacer alusión. Según las informaciones que se me habían dado, en su biblioteca figuraba una antigua colección de *dainos*, así como poesías en la antigua lengua prusiana<sup>257</sup>. Después de escribir al conde Szemioth para exponerle el objeto de mi visita, recibí la más amable invitación para ir a pasar en su castillo de Medintiltas<sup>258</sup> todo el tiempo que exigieran mis investigaciones. Terminaba su carta diciéndome de la manera más graciosa que se preciaba de hablar el jmdo casi tan bien como sus campesinos, y que se sentiría feliz de unir sus esfuerzos a los míos para una empresa que calificaba de «*grande e interesante*». Al igual que algunos de los más ricos propietarios de Lituania, profesaba la religión evangélica, de la que me honro en ser ministro. Me habían advertido de que el conde no estaba exento de cierta rareza de carácter, aunque por lo demás era muy hospitalario, amigo de las ciencias y las letras, y particularmente acogedor con quienes las cultivan. Partí pues hacia Medintiltas.

En la escalinata del castillo fui recibido por el intendente del conde, que me condujo al instante al aposento preparado para recibirme.

—El señor conde —me dijo— lamenta mucho no poder cenar hoy con el señor profesor. Sufre de jaqueca, enfermedad a la que por desgracia es algo propenso. Si el señor profesor no desea ser servido en su habitación, cenará con el doctor Frøber, médico de la señora condesa. Se cena dentro de una hora; no es necesario vestirse de gala. Si el señor profesor tiene alguna orden que dar, aquí está el timbre.

Se retiró tras hacerme una profunda reverencia.

El aposento era amplio, bien amueblado, adornado con espejos y dorados. Daba por un lado a un jardín o más bien al parque del castillo, y por otro al patio principal. Pese a la advertencia («No es necesario vestirse de gala»), creí que debía sacar el frac de mi maleta. Estaba en mangas de camisa, ocupado en deshacer mi pequeño equipaje, cuando un ruido de carruaje me atrajo a la ventana que daba al patio. Acababa de entrar una bonita calesa. Traía a una dama de negro, a un señor y a una mujer vestida como las campesinas lituanas, pero tan alta y tan fuerte que al principio me vi tentado a tomarla por un hombre disfrazado. Fue la primera en bajarse; otras dos mujeres, no menos robustas en apariencia, estaban ya en la escalinata. El caballero se inclinó hacia la dama de negro y, para mi gran sorpresa, desabrochó un ancho cinturón de cuero que la sujetaba a su sitio en la calesa. Observé que aquella dama tenía largos cabellos blancos muy revueltos, y que sus ojos, abiertos de par en par, parecían inanimados —parecía una figura de cera—. Después de desatarla, su compañero le dirigió la palabra quitándose el sombrero y con mucho respeto; pero ella no pareció prestarle la menor atención. Entonces él se volvió hacia los

sirvientes haciéndoles una leve señal de cabeza. Al punto las tres mujeres se apoderaron de la dama de negro y, a pesar de sus esfuerzos por aferrarse a la calesa, la levantaron como a una pluma y la trasladaron al interior del castillo. La escena tenía por testigos a varios sirvientes de la casa que parecían no ver en aquello nada extraordinario. El hombre que había dirigido la operación sacó su reloj y preguntó si se cenaría pronto.

—Dentro de un cuarto de hora, señor doctor —le respondieron.

No me costó mucho adivinar que estaba viendo al doctor Frøeber, y que la dama de negro era la condesa. Por su edad llegué a la conclusión de que era la madre del conde Szemioth, y las precauciones que se tomaban con ella anunciaban de sobra que su razón estaba alterada.

Algunos instantes después, el propio doctor entró en mi habitación.

—Como el señor conde está indispuesto —me dijo—, me veo obligado a presentarme yo mismo al señor profesor. El doctor Frøeber, para servirle. Encantado de conocer a un sabio cuyo mérito es famoso para todos los lectores de la *Gaceta Científica y Literaria* de Kœnisberg. ¿Le parece bien que sirvan la cena?

Respondí como mejor pude a sus cumplidos y le dije que, si era la hora de sentarse a la mesa, estaba dispuesto a seguirle.

En cuanto entramos en el comedor, un mayordomo nos presentó, según la costumbre del norte, una bandeja de plata llena de licores y de algunas viandas saladas y muy especiadas propias para despertar el apetito.

—Permítame, señor profesor —me dijo el doctor—, que le recomiende, en mi calidad de médico, un vaso de esta *starka*, auténtico aguardiente de Cognac<sup>259</sup>, después de cuarenta años en la barrica. Es la madre de los licores. Tome una anchoa de Drontheim<sup>260</sup>; no hay nada más apropiado para abrir y preparar el tubo digestivo, órgano de la mayor importancia... Y ahora, a la mesa. ¿Por qué no hablamos en alemán? Usted es de Kœnisberg, y yo de Memel, pero estudié en Jena<sup>261</sup>. Así seremos más libres, y los criados, que solo saben polaco y ruso, no nos entenderán.

Comimos en silencio al principio, luego, después de tomar un primer vaso de vino de Madeira, pregunté al doctor si el conde sufría a menudo la indisposición que nos privaba en aquel momento de su presencia.

—Sí y no —respondió el doctor—, eso depende de las excursiones que haga.

—¿Cómo es eso?

—Cuando va por el camino de Rosienie<sup>262</sup>, por ejemplo, vuelve con jaqueca y de un humor huraño.

—Yo mismo he ido a Rosienie sin que me haya pasado lo mismo.

—Eso se debe, señor profesor —me respondió riendo—, a que usted no está enamorado.

Suspiré pensando en la señorita Gertrude Weber.

—Entonces —dije—, ¿es en Rosienie donde vive la prometida del señor conde?

—Sí, en los alrededores. ¿Prometida?... No lo sé. ¡Una auténtica coqueta! Le hará perder la cabeza, como le ha ocurrido a su madre.

—Sí, cierto, creo que la señora condesa está... ¿enferma?

—Está loca, mi querido señor, ¡loca! ¡Y el mayor loco soy yo por haber venido aquí!

—Esperemos que sus buenos cuidados le devuelvan la salud.

El doctor movió la cabeza mientras examinaba con atención el color de un vaso de vino de Burdeos que sostenía en la mano.

—Aquí donde me ve, señor profesor, yo era cirujano mayor en el regimiento de Kaluga. En Sebastopol estábamos de la mañana a la noche amputando brazos y piernas; no hablo de las bombas que nos llegaban como moscas a un caballo reventado; pues bien, mal alojado, mal alimentado como estaba entonces, no me aburría como aquí, donde como y bebo de lo mejor, donde estoy alojado como un príncipe y pagado como un médico de corte... ¡Pero la libertad, mi querido señor!... ¡Imagine, con este diablo de mujer no tengo un momento para mí!

—¿Hace mucho tiempo que está confiada a su experiencia?

—Casi dos años; pero hace veintisiete por lo menos que está loca, desde antes del nacimiento del conde. ¿No le contaron eso en Rosienie ni en Kowno? Pues escúcheme, porque es un caso sobre el que un día quiero escribir un artículo en el *Diario Médico de San Petersburgo*. Está loca de miedo.

—¿De miedo? ¿Cómo es posible?

—De un miedo que pasó. Pertenece a la familia de los Keystut..., ¡Oh, en esa casa no se malcasan! Nosotros descendemos de Gedymin<sup>263</sup>... Pues bien, señor profesor, tres días... o dos días después de su boda, que tuvo lugar en este casillo en el que estamos cenando (¡a su salud!)..., el conde, padre de este, salió de caza. Nuestras damas lituanas son amazonas, como ya sabe. La condesa también va a la cacería... Se queda atrás o adelanta a los monteros; no lo sé exactamente... En fin, de repente el conde ve llegar a rienda suelta al pequeño cosaco de la condesa, un niño de unos doce o catorce años.

—Amo —dice—, ¡un oso se lleva a la condesa!

—¿Dónde? —pregunta el conde.

—¡Por allí! —dice el pequeño cosaco.

Todos los cazadores corren al lugar que señala: ¡ni rastro de la condesa! Su caballo estrangulado a un lado, su pelliza hecha jirones al otro. Buscan, recorren el bosque en todas direcciones. Por fin un montero grita: «¡Allí está el oso!». En efecto, el oso cruzaba un claro, arrastrando todavía a la condesa, sin duda para ir a devorarla a su gusto en alguna espesura, porque esos animales son muy golosos. Como a los frailes, les gusta comer tranquilos. Casado hacía dos días, el conde era muy caballeresco, quería lanzarse contra el oso empuñando el cuchillo de caza; pero, mi querido señor, un oso de Lituania no se deja atravesar como un ciervo. Por suerte, el arcabucero del conde, un tipo bastante malvado, tan borracho ese día que no podía distinguir un conejo de un cervatillo, dispara su carabina a más de cien pasos sin preocuparse de saber si la bala alcanzaría al animal o a la mujer...

—¿Y mató al oso?

—Cayó redondo. No hay como los borrachos para esos tiros. También hay balas predestinadas, señor profesor. Aquí tenemos brujos que las venden a su justo precio... La condesa estaba muy maltrecha, sin conocimiento, por supuesto, y con una pierna rota. Se la llevan, vuelve en sí; pero la razón se le había ido. La trasladan a San Petersburgo. Gran consulta, cuatro médicos emperifollados con todas las condecoraciones. Dicen: «La señora condesa está embarazada; es probable que el parto determine una reacción favorable. Que la mantengan al aire libre, en el campo, con suero de leche, con codeína...». Dan cien rublos a cada uno. Nueve meses después, la condesa da a luz a un niño bien formado; pero ¿reacción favorable? ¡Ah!, claro... Reaída en su locura. El conde le muestra a su hijo. Eso nunca deja de causar su efecto... en las novelas. «¡Mátelo! ¡Mate a la bestia!», grita; faltó poco para que ella misma le retorciere el cuello. Desde entonces, alternativas de locura estúpida o de manía furiosa. Gran propensión al suicidio. Se ven

obligados a atarla para que salga a tomar el aire. Necesitan tres vigorosos sirvientes para sujetarla. Sin embargo, señor profesor, observe este hecho: cuando he agotado con ella todos mis conocimientos sin conseguir que me obedezca, tengo un medio para calmarla: la amenazo con cortarle el pelo... En otro tiempo, según creo, lo tenía muy hermoso. ¡Coquetería! Es el último sentimiento humano que queda en ella. ¿No es divertido? Si pudiera tratarla a mi modo, quizá la curaría.

—¿Cómo?

—Moliéndola a golpes. He curado así a veinte campesinas en un pueblo en el que se había declarado esa curiosa locura rusa, el aullido<sup>264</sup>; una mujer se pone a aullar, y su comadre aúlla. Al cabo de tres días todo un pueblo aúlla. A fuerza de golpes, terminé con ello. Tome un poco de esta pollita cebada; están muy tiernas. El conde nunca ha querido que yo las probase.

—¿Cómo! ¿Quería usted que consintiese en aplicarle su abominable tratamiento?

—¡Oh!, ha conocido tan poco a su madre, y además es por su bien; pero, dígame, señor profesor, ¿habría creído usted que el miedo pudiera hacer perder la razón?

—La situación de la condesa fue espantosa..., ¡hallarse entre las garras de un animal tan feroz!

—En fin, su hijo no se le parece. Hace menos de un año se encontró exactamente en la misma situación, y, gracias a su sangre fría, salió de ella de maravilla.

—¿De las garras de un oso?

—De una osa, y la mayor que se haya visto desde hace mucho tiempo. El conde quiso atacarla jabalina en mano. ¡Bah!, de un revés la osa aparta la jabalina, agarra al señor conde y lo tira al suelo con la misma facilidad con que yo tiraría esta botella. Él, astuto, se hace el muerto... La osa lo olfateó y olfateó, luego, en lugar de desgarrarlo, le dio un lametazo. Él tuvo suficiente presencia de ánimo como para no moverse, y ella siguió su camino.

—La osa creyó que estaba muerto. En efecto, he oído decir que estos animales no comen cadáveres.

—Debemos creerlo y abstenernos de imitar su ejemplo; pero, a propósito de miedo, déjeme contarle una historia de Sebastopol. Estábamos cinco o seis alrededor de un barril de cerveza que acababan de traernos detrás de la ambulancia del famoso baluarte número 5. El centinela grita: «¡Una bomba!». Nos echamos todos cuerpo a tierra; bueno, todos no; un tal (pero es inútil decir su nombre), un joven oficial que acababa de llegarnos permaneció de pie, con su jarra llena, justo en el momento en que estalló la bomba. Se llevó la cabeza de mi pobre camarada André Speranski, un buen muchacho, y destrozó el barril; por suerte estaba casi vacío. Cuando nos levantamos después de la explosión, vimos en medio de la humareda a nuestro amigo bebiendo el último trago de su cerveza, como si no hubiera pasado nada. Le creímos un héroe. Al día siguiente me encuentro con el capitán Ghédéonof, que salía del hospital. Me dice: «Ceno con ustedes esta noche, y para celebrar mi reincorporación yo pago el champán». Nos sentamos a la mesa. El joven oficial de la cerveza se encontraba allí. No esperaba que hubiese champán. Descorchan a su lado una botella... ¡Paf!, el tapón va a golpearlo en la sien. Lanza un grito y se encuentra indispuerto. Créame, mi héroe tuvo un miedo de mil diablos por primera vez, y, si había bebido la cerveza en lugar de ponerse a cubierto fue porque había perdido la cabeza, y solo le quedó un movimiento maquinal del que no tuvo conciencia. En efecto, señor profesor, la máquina humana...

—Señor doctor —dijo un criado entrando en la sala—, la Jdanova dice que la señora condesa no quiere comer.

—¡Que el diablo se la lleve! —masculló el doctor—. Ya voy. Cuando haya hecho comer a mi diablesa, señor profesor, podríamos, si le parece bien, echar una partidita a la preferencia o a los *duratchki*<sup>265</sup>.

Le expresé mi pesar por mi ignorancia, y, cuando se fue a ver a su enferma, pasé a mi aposento y escribí a la señorita Gertrude.

## II

La noche era cálida, y yo había dejado abierta la ventana que daba al parque. Una vez escrita la carta, como aún no tenía ninguna gana de dormir, me puse a repasar los verbos irregulares lituanos y a buscar en el sánscrito las causas de sus diferentes irregularidades. En medio de este trabajo que me absorbía, un árbol bastante cercano a mi ventana fue violentamente agitado. Oí crujir algunas ramas secas, y me pareció que algún animal muy pesado intentaba trepar por él. Muy preocupado todavía por las historias de osos que el doctor me había contado, me levanté, no sin cierto sobresalto, y a unos pies de mi ventana, en el follaje del árbol, vislumbré una cabeza humana, iluminada de lleno por la luz de mi lámpara. La aparición solo duró un instante, pero el brillo singular de unos ojos que se cruzaron con mi mirada me impresionó más de lo que podría decir. Mi cuerpo hizo de manera involuntaria un movimiento hacia atrás, luego corrí a la ventana, y, en tono severo, pregunté al intruso qué era lo que quería. Mientras tanto, él descendió a toda prisa y, agarrándose a una gran rama, se dejó colgar, luego caer al suelo, y desapareció enseguida. Llamé al timbre; entró un criado. Le conté lo que acababa de ocurrir.

—Sin duda el señor profesor se habrá equivocado.

—Estoy seguro de lo que digo —respondí—. Temo que haya un ladrón en el parque.

—Imposible, señor.

—Entonces, ¿es alguien de la casa?...

El criado abrió los ojos como platos sin responderme. Al final me preguntó si tenía que ordenarle algo. Le dije que cerrase la ventana y me metí en la cama.

Dormí muy bien, sin soñar con osos ni ladrones. Por la mañana, estaba acabando de arreglarme cuando llamaron a mi puerta. Abrí y me encontré frente a un altísimo joven bien parecido, vestido con una bata *bujará*<sup>266</sup> y sosteniendo en la mano una larga pipa turca.

—Vengo a pedirle perdón, señor profesor —dijo—, por haber acogido tan mal a un huésped como usted. Soy el conde Szemioth.

Me apresuré a responder que, al contrario, yo tenía que agradecerle humildemente su magnífica hospitalidad, y le pregunté si se le había pasado la jaqueca.

—Poco más o menos —dijo—. Hasta un nuevo ataque —añadió con expresión de tristeza—. ¿Le parece tolerable su alojamiento? No olvide que está usted entre bárbaros. En Samogitia no hay que ser exigente.

Le aseguré que me encontraba de maravilla. Mientras le hablaba, no podía dejar de observarle con una curiosidad que a mí mismo me parecía impertinente. Su mirada tenía algo extraño que, a pesar mío, me recordaba la del hombre que la víspera había visto trepar al árbol; pero ¿qué probabilidad hay, me decía, de que el señor conde Szemioth trepe a los árboles por la noche?

Tenía la frente alta y bien desarrollada, aunque un poco estrecha. Sus rasgos eran de una gran regularidad. Solo sus ojos estaban demasiado cerca uno del otro; me pareció que de una glándula

lacrimal a la otra no había espacio para un ojo, como exige el canon de los escultores griegos. Su mirada era penetrante. Nuestras miradas se encontraron varias veces a pesar nuestro, y ambos las apartábamos con cierta turbación. De repente el conde se echó a reír y exclamó:

—¿Me ha reconocido?

—¿Reconocido?

—Sí, ayer me sorprendió usted haciendo chiquilladas.

—¡Oh, señor conde!...

—Pasé todo el día muy indispuerto, encerrado en mi gabinete. Por la noche, como me encontraba mejor, salí a dar un paseo por el jardín. Vi la luz de su habitación y cedí a un impulso de curiosidad... Hubiera debido decirle mi nombre y presentarme, pero la situación era tan ridícula... Sentí vergüenza y escapé... ¿Me perdona por haberle molestado cuando estaba trabajando?

Todo esto lo dijo en un tono que quería ser festivo; pero se ruborizaba y era evidente que se sentía incómodo. Hice todo lo que de mí dependía para convencerle de que yo no había conservado ninguna impresión molesta de aquella primera entrevista, y para cortar en seco aquel tema le pregunté si era cierto que poseía el catecismo samogitio del padre Lawicki.

—Es posible; pero, a decir verdad, no conozco demasiado la biblioteca de mi padre. Le gustaban los libros viejos y las rarezas. Yo apenas leo otra cosa que obras modernas; pero buscaremos, señor profesor. ¿Quiere, pues, que leamos el Evangelio en jímudo?

—¿No piensa usted, señor conde, que una traducción de las Escrituras a la lengua de este país sería muy deseable?

—Desde luego; sin embargo, si tiene a bien permitirme una pequeña observación, le diré que, entre la gente que no sabe más lengua que el jímudo, no hay uno solo que sepa leer.

—Quizá, pero pido a vuestra excelencia<sup>267</sup> permiso para hacerle notar que la mayor de las dificultades para aprender a leer es la falta de libros. Cuando los campesinos samogitios tengan un texto impreso, querrán leerlo, y aprenderán a leer. Es lo que ha ocurrido ya con muchos salvajes... y no es que quiera aplicar ese calificativo a los habitantes de este país... Por otra parte —añadí—, ¿no es algo deplorable que desaparezca una lengua sin dejar rastro? Desde hace una treintena de años, el prusiano no es más que una lengua muerta. La última persona que sabía el córnico<sup>268</sup> murió hace unos días...

—¡Qué pena! —me interrumpió el conde—. Alexander von Humboldt<sup>269</sup> le contaba a mi padre que había conocido en América un loro que era el único que sabía algunas palabras de la lengua de una tribu hoy totalmente exterminada por la viruela. ¿Me permite que traigan aquí el té?

Mientras tomábamos el té, la conversación giró en torno a la lengua jímuda. El conde criticaba la manera en que los alemanes han impreso el lituano, y tenía razón.

—Su alfabeto —decía— no conviene a nuestra lengua. Ustedes no tienen ni nuestra *j*, ni nuestra *l*, ni nuestra *y*, ni nuestra *ě*. Poseo una colección de *dainos* publicada el año pasado en Kœnisberg, y me cuesta todo el trabajo del mundo adivinar las palabras, tan extraña es la forma en que las han representado.

—Su excelencia habla sin duda de los *dainos* de Lessner<sup>270</sup>.

—Sí. Es una poesía muy simple, ¿verdad?

—Quizá se hubieran encontrado mejores. Admito que, tal como está, esa antología solo tiene un interés puramente filológico; pero creo que, buscando bien, se podrían recoger flores más



suaves entre sus poemas populares.

—¡Ay!, lo dudo mucho a pesar de todo mi patriotismo.

—Hace unas semanas me dieron en Wilno<sup>271</sup> una balada realmente bella, e histórica además... Su poesía es notable... ¿Me permite que se la lea? La tengo en mi cartera.

—Con mucho gusto.

Se arrellanó en su sillón después de pedirme permiso para fumar.

—Solo comprendo la poesía cuando fumo —dijo.

—Se titula *Los tres hijos de Budrys*<sup>272</sup>.

—¿Los tres hijos de Budrys? —exclamó el conde con un gesto de sorpresa.

—Sí, Budrys, vuestra excelencia lo sabe mejor que yo, es un personaje histórico.

El conde me miraba fijamente con su singular mirada; algo indefinible, a la vez tímido y huraño, que producía una impresión casi penosa cuando no estaba uno habituado a ella. Me apresuré a leer para escapar a esa impresión.

### *Los tres hijos de Budrys*<sup>273</sup>

En el patio de su castillo, el viejo Budrys llama a sus tres hijos, tres auténticos lituanos como él. Les dice:

—Hijos, dad de comer a vuestros caballos de guerra, preparad vuestras sillas, afilad vuestros sables y jabalinas.

»Dicen que en Wilno se ha declarado la guerra contra los tres rincones del mundo. Olgerd marchará contra los rusos; Skirghello, contra nuestros vecinos los polacos; Keystut caerá sobre los teutones<sup>274</sup>.

»Vosotros sois jóvenes, fuertes, audaces, id a combatir; ¡que los dioses de Lituania os protejan! Este año yo no haré campaña, pero quiero daros un consejo. Sois tres, tres caminos se abren a vosotros.

»Que uno de vosotros acompañe a Olgerd a Rusia, a las orillas del lago Ilmen, bajo los muros de Nóvgorod<sup>275</sup>. Allí abundan las pieles de armiño y las telas recamadas. Los mercaderes tienen tantos rublos como hielos hay en el río.

»Que el segundo siga a Keystut en su cabalgada. ¡Que destruya a esa chusma que lleva la cruz! Allí el ámbar es su arena de mar; sus paños no tienen rival por su lustre y sus colores. Hay rubíes en las vestiduras de sus sacerdotes.

»Que el tercero pase el Niemen con Skirghello. Al otro lado encontrará viles instrumentos de labranza. En cambio, podrá elegir buenas lanzas, fuertes escudos, y me traerá una nuera.

»Las hijas de Polonia, hijos míos, son las más bellas de nuestras cautivas. ¡Traviesas como gatas, blancas como la leche! Bajo sus cejas negras sus ojos brillan como dos estrellas.

»Cuando yo era joven, hace medio siglo, traje de Polonia una bella cautiva que fue mi esposa. Hace mucho tiempo que murió, pero no puedo mirar desde este lado del hogar sin pensar en ella.

Da su bendición a los jóvenes, que ya están armados y a caballo. Se van; viene el otoño, luego el invierno..., no vuelven. El viejo Budrys ya los da por muertos.



Se produce una tormenta de nieve; un jinete se acerca cubriendo con su burka<sup>276</sup> negro algún precioso fardo.

—Es un saco —dice Budrys—. ¿Está lleno de rublos de Nóvgorod?...

—No, padre. Os traigo una nuera de Polonia.

En medio de una tormenta de nieve, se acerca un jinete y su burka se ahueca sobre algún precioso fardo.

—¿Qué es, hijo? ¿Ámbar amarillo de Alemania?

—No, padre. Os traigo una nuera de Polonia.

La nieve cae a ráfagas; un jinete avanza ocultando bajo su burka algún fardo precioso... Pero, antes de que haya mostrado su botín, Budrys ha invitado a sus amigos a una tercera boda.

—¡Bravo, señor profesor! —exclamó el conde—; pronuncia usted el jmudo de maravilla; pero ¿quién le ha comunicado esa bonita *daina*?

—Una señorita a la que tuve el honor de conocer en Wilno, en casa de la princesa Katayna Pac<sup>277</sup>.

—¿Y se llama?

—La *panna*<sup>278</sup> Iwinska.

—¡La señorita Iulka<sup>279</sup>! —exclamó el conde—. ¡La pequeña loca! ¡Debería haberlo adivinado! Mi querido profesor, usted conoce el jmudo y todas las lenguas cultas, ha leído todos los libros viejos, pero se ha dejado engañar por una muchacha que solo ha leído novelas. Le tradujo, a un jmudo más o menos correcto, una de las bonitas baladas de Mickiewicz, que usted no ha leído, porque no es más vieja que yo. Si lo desea, se la enseñaré en polaco, o si prefiere una excelente traducción rusa, le daré la de Pushkin.

Confieso que quedé desconcertado. ¡Qué alegría para el profesor de Dorpat si yo hubiera publicado como original la *daina* de los hijos de Budrys!

En vez de divertirse con mi apuro, el conde, con una cortesía exquisita, se apresuró a cambiar de conversación.

—Así que conoce a la señorita Iulka —dijo.

—Tuve el honor de serle presentado.

—¿Y qué piensa? Sea sincero.

—Es una señorita muy amable.

—¿Es todo lo que se le ocurre?

—Es muy guapa.

—¡Ah!

—¡Cómo! ¿No tiene los ojos más bellos del mundo?

—Sí...

—¿Una piel de una blanca realmente extraordinaria?... Recuerdo una gacela<sup>280</sup> persa en la que un amante celebra la finura de la piel de su amada. «Cuando ella bebe vino tinto, dice, se lo ve pasar por su garganta». La *panna* Iwinska me hizo pensar en esos versos persas.

—Quizá la señorita Iulka presente ese fenómeno, pero no sé muy bien si tiene sangre en las venas... No tiene corazón... ¡Es blanca como la nieve y fría como ella!...

Se levantó y paseó un tiempo por el cuarto sin hablar y, como me parecía, para ocultar su emoción; luego, deteniéndose de repente, dijo:

—Perdón, estábamos hablando, según creo, de poesía popular...

—Sí, señor conde...

—Hay que admitir después de todo que fue muy bien traducida por Mickiewicz... «Traviesa como una gata, blanca como la leche [...] sus ojos brillan como dos estrellas...». Es su retrato, ¿no le parece?

—Totalmente, señor conde.

—En cuanto a esa travesura..., está muy fuera de lugar, sin duda... La pobre niña se aburre en casa de una vieja tía... Lleva una vida de convento.

—En Wilno hacía vida social. La vi en un baile que dieron los oficiales del regimiento de...

—¡Ah!..., sí, de jóvenes oficiales; esa es la sociedad que le conviene... Reír con uno, murmurar con otro, coquetear con todos... ¿Quiere ver la biblioteca de mi padre, señor profesor?

Le seguí hasta una gran galería donde había muchos libros bien encuadernados, pero que rara vez los abría alguien, como podía juzgarse por el polvo que cubría los lomos de los mismos. ¡Júzguese mi alegría cuando uno de los primeros volúmenes que saqué de un armario resultó ser el *Catechismus Samogiticus*! No pude dejar de lanzar un grito de placer. Es preciso que una especie de misteriosa atracción ejerza su influencia sin nosotros saberlo... El conde cogió el libro, y, después de haberlo ojeado con indiferencia, escribió en la guarda: «*Al señor profesor Wittembach, ofrecido por Michel Szemioth*». No podría expresar aquí el entusiasmo de mi gratitud, y me prometí mentalmente que, después de mi muerte, aquel libro precioso se convertiría en ornato de la biblioteca de la universidad en la que me gradué.

—Considere esta biblioteca como su gabinete de trabajo —me dijo el conde—. Aquí no le molestarán nunca.

### III

Al día siguiente, después del desayuno, el conde me propuso dar un paseo. Se trataba de visitar un *kapas* (así es como los lituanos llaman al túmulo al que los rusos dan el nombre de *kurgan*) muy célebre en el país porque antaño los poetas y los brujos, que venían a ser lo mismo, se reunían allí en ciertas ocasiones solemnes.

—Tengo un caballo muy tranquilo que ofrecerle —me dijo—; lamento no poder llevarlo en calesa, pero, de hecho, el camino por el que tenemos que meternos no es transitable.

Hubiera preferido quedarme en la biblioteca tomando notas, pero no me pareció que debía expresar otro deseo que el de mi generoso anfitrión, y acepté. Los caballos nos esperaban al pie de la escalinata; en el patio, un criado sujetaba un perro con una trailla. El conde se detuvo un instante y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Señor profesor, ¿entiende usted de perros?

—Muy poco, excelencia.

—El *starost*<sup>281</sup> de Zorany<sup>282</sup>, donde poseo una finca, me envía este podenco del que habla maravillas. ¿Me permite verlo?

Llamó al criado, que le trajo el perro. Era un animal muy hermoso. Familiarizado ya con aquel hombre, el perro saltaba alegremente y parecía fogoso; pero, a unos pasos del conde, metió el

rabo entre las piernas, se echó hacia atrás y pareció presa de un terror súbito. El conde lo acarició, y esto le hizo aullar de una forma lamentable; y, después de haberlo mirado un tiempo con ojos de entendido, dijo:

—Creo que será bueno. Que lo cuiden.

Luego montó a caballo.

—Señor profesor —me dijo el conde en cuanto estuvimos en la alameda del castillo—, acaba de ver el miedo de ese perro. He querido que fuese usted testigo de ello con sus propios ojos... En su calidad de sabio, debe explicar los enigmas. ¿Por qué me tienen miedo los animales?

—En realidad, señor conde, me hace usted el honor de tomarme por un Edipo<sup>283</sup>. Solo soy un pobre profesor de lingüística comparada. Podría ser...

—Tenga en cuenta —me interrumpió— que nunca pego a los caballos ni a los perros. Sentiría escrúpulos si diese un latigazo a un pobre animal que hace una tontería sin saberlo. Sin embargo, no podría usted creer la aversión que inspiro a caballos y perros. Para acostumarlos a mí, necesito dos veces más trabajo y dos veces más tiempo del que necesitaría otra persona. Mire, el caballo que usted monta me costó mucho tiempo domarlo; ahora es dócil como un cordero.

—Creo, señor conde, que los animales son fisonomistas, y que enseguida descubren si gustan o no a una persona a la que ven por primera vez. Sospecho que usted solo ama a los animales por los servicios que le prestan; en cambio, algunas personas sienten inclinación por ciertos animales, que se dan cuenta de ello al instante. Yo, por ejemplo, siento una predilección instintiva por los gatos desde mi infancia. Rara vez huyen cuando me acerco para acariciarlos; nunca me ha arañado un gato.

—Es muy posible —dijo el conde—. En efecto, no tengo lo que se llama gusto por los animales... No valen mucho más que los hombres... Le llevo, señor profesor, a un bosque donde, a esta hora, existe el floreciente imperio de los animales, la *matecznik*<sup>284</sup>, la gran matriz, la gran fábrica de los seres. Sí, de acuerdo con nuestras tradiciones nacionales, nadie ha sondado sus profundidades, nadie ha podido alcanzar el centro de estos bosques y de estos lodazales, salvo, por supuesto, los señores poetas y los brujos, que penetran en todas partes. Ahí viven en república los animales... o bajo un gobierno constitucional, no sabría decir cuál de los dos. Los leones, los osos, los alces, los *jubrs*<sup>285</sup>, que son nuestros uros, todos ellos hacen muy buenas migas. El mamut, que aún se conserva allí, goza de una grandísima consideración. Creo que es el mariscal de la dieta. Tienen una policía muy severa, y cuando encuentran algún animal vicioso lo juzgan y lo exilian. Decae de un estado febril a otro peor. Se ve obligado a aventurarse en el mundo de los hombres. Pocos salen sanos y salvos de él<sup>286</sup>.

—Curiosa leyenda —exclamé—; pero, señor conde, habla usted del uro, ese noble animal que César describió en sus *Comentarios*<sup>287</sup> y que los reyes merovingios cazaban en el bosque de Compiègne; ¿existe realmente todavía en Lituania, como he oído decir?

—Desde luego. Mi padre mató personalmente un *jubr*, con un permiso del Gobierno, por supuesto. Usted ha podido ver su cabeza en el salón. Yo nunca los he visto; creo que los *jubrs* son muy escasos. En cambio, aquí tenemos lobos, y esos en abundancia. Y por si tenemos un posible encuentro con uno de esos señores he traído este instrumento (señalaba un *tchekhole*<sup>288</sup> circasiano que llevaba en bandolera), y mi criado lleva en el arzón una carabina de dos tiros.

Empezábamos a adentrarnos en el bosque. El sendero —muy estrecho— que seguíamos no tardó en desaparecer. En todo momento nos veíamos obligados a rodear enormes árboles, cuyas

ramas bajas nos cerraban el paso. Algunos, muertos de vejez y derribados, nos presentaban una especie de muralla coronada por una línea de caballos de Frisia<sup>289</sup> imposible de franquear. En otras partes encontrábamos profundas charcas cubiertas de nenúfares y de lentejas de agua. Más lejos veíamos claros cuya hierba brillaba como esmeraldas; pero desventurado quien se aventurase en ellos, porque esa rica y engañosa vegetación suele ocultar abismos de barro en los que caballo y jinete desaparecerían para siempre... Las dificultades de la ruta habían interrumpido nuestra conversación. Yo ponía todos mis sentidos en seguir al conde, y admiraba la imperturbable sagacidad con la que se guiaba sin brújula y siempre encontraba la dirección ideal que había que seguir para llegar al *kapas*. Era evidente que había cazado mucho tiempo en aquellos bosques salvajes.

Por fin distinguimos el túmulo en el centro de un gran claro. Era muy elevado, y estaba rodeado por un foso perfectamente reconocible todavía a pesar de la maleza y los derrumbamientos. Al parecer, ya lo habían registrado. En la cima observé los restos de una construcción hecha con piedras, algunas de ellas calcinadas. Una notable cantidad de cenizas mezcladas con carbones, y aquí y allá cascos de grosera arcilla revelaban que en la cima del túmulo se había alimentado el fuego durante un tiempo considerable. Si se presta fe a las tradiciones del vulgo, en los *kapas* se habrían celebrado en el pasado sacrificios humanos; pero no hay religión extinguida a la que no se imputen esos ritos abominables, y dudo que pueda probarse una opinión así en el caso de los antiguos lituanos con testimonios históricos.

Descendíamos el conde y yo del túmulo para recoger nuestros caballos, que habíamos dejado al otro lado del foso, cuando vimos avanzar hacia nosotros a una anciana que se apoyaba en un bastón y llevaba un cesto en la mano.

—Mis buenos señores —nos dijo al llegar a nuestro lado—, denme una caridad por amor de Dios. Denme algo para comprar un vaso de aguardiente y calentar mi pobre cuerpo.

El conde le tiró una moneda de plata y le preguntó qué hacía en el bosque, tan lejos de cualquier lugar habitado. Por toda respuesta le mostró su cesto, lleno de champiñones. Aunque mis conocimientos de botánica sean muy limitados, me pareció que varios de aquellos champiñones pertenecían a especies venenosas.

—Mi buen señor —respondió la vieja con una sonrisa triste—, la gente pobre come todo lo que el buen Dios le da.

—Usted no conoce nuestros estómagos lituanos —dijo el conde—; están forrados de hojalata. Nuestros campesinos comen todas las setas que encuentran; y no por ello se sienten mal.

—Impídale por lo menos que pruebe el *Agaricus necator*<sup>290</sup> que veo en su cesto —exclamé.

Y extendí la mano para coger una seta de las más venenosas; pero la vieja retiró con gesto vivo el cesto.

—Cuidado —dijo ella en un tono de espanto—, están custodiadas... ¡*Pirkuns!* ¡*Pirkuns!*

*Pirkuns*, dicho sea de paso, es el nombre samogitio de la divinidad que los rusos llaman *Perun*; es el Júpiter tonante de los eslavos. Si me sorprendió oír a la vieja invocar a un dios del paganismo, mucho más me sorprendió ver levantarse a las setas. La negra cabeza de una serpiente salió de entre ellas y se alzó un pie por lo menos fuera del cesto. Di un salto hacia atrás y el conde escupió por encima de su hombro según el hábito supersticioso de los eslavos, que creen apartar así los maleficios, como los antiguos romanos. La vieja dejó el cesto en tierra, se puso en cuclillas a su lado, y después, con la mano extendida hacia la serpiente, pronunció algunas palabras ininteligibles que parecían un encantamiento. La serpiente permaneció inmóvil durante un

minuto, y luego, enrollándose en el brazo descarnado de la vieja, desapareció en la manga de su capota de piel de cordero, que, con una mala camisa, componía, creo yo, toda la vestimenta de aquella Circe<sup>291</sup> lituana. La vieja nos miraba con una risita de triunfo, igual que un prestidigitador que acaba de realizar un truco difícil. Había en su fisonomía esa mezcla de finura y estupidez que no es rara entre los pretendidos brujos, en su mayoría ingenuos y bribones.

—Ahí tiene una muestra de color local —me dijo el conde en alemán—; una bruja que encanta a una serpiente al pie de un *kapas*, en presencia de un sabio profesor y de un ignorante gentilhomme lituano. Sería un bonito tema de cuadro de género para su compatriota Knaus<sup>292</sup>... ¿Tiene ganas de que le digan la buena ventura? Se le presenta una ocasión estupenda.

Le respondí que me guardaría mucho de alentar prácticas semejantes.

—Prefiero preguntarle —añadí— si conoce algún detalle sobre la curiosa tradición de la que usted me ha hablado. Buena mujer —le dije a la vieja—, ¿has oído hablar de una parte de este bosque donde los animales viven en comunidad, ignorando el imperio del hombre?

La vieja hizo un gesto afirmativo de cabeza, y, con su risita a medias estúpida y a medias maligna, dijo:

—Vengo de allí. Los animales han perdido a su rey. Noble, el león, ha muerto; los animales van a elegir otro rey. Vete allí; tal vez seas elegido rey.

—¿Qué dices, madrecita? —exclamó el conde soltando una carcajada—. ¿Sabes con quién estás hablando? Has de saber que el señor es... (¿cómo diablos se dice profesor en jmdo?), el señor es un gran sabio, un sabio, un *waidelot*<sup>293</sup>.

La vieja lo miró con atención.

—Me equivocaba —dijo—; eres tú el que debes ir allí. Tú serás su rey, no él; tú eres grande, eres fuerte, tienes garras y dientes...

—¿Qué le parecen las burlas que nos suelta?... —me dijo el conde—. ¿Conoces el camino, madrecita? —le preguntó.

Ella le indicó con la mano una parte del bosque.

—Muy bien —prosiguió el conde—, y la ciénaga, ¿cómo haces para atravesarla? Ha de saber, señor profesor, que la zona que indica es una ciénaga infranqueable, un lago de barro líquido cubierto de hierba verde. El año pasado, un ciervo que yo mismo herí se lanzó a esa maldita ciénaga. Lo vi hundirse lenta, muy lentamente... Al cabo de dos minutos, ya no se le veía más que la cornamenta; pronto desapareció del todo, y dos de mis perros con él.

—Pero yo no soy pesada —dijo la vieja con su risa burlona.

—Creo que atraviesas la ciénaga sin esfuerzo, montada en el mango de una escoba.

Un destello de cólera brilló en los ojos de la vieja.

—Mi buen señor —dijo volviendo a utilizar el tono lánguido y nasal de los mendigos—, ¿no tendrías una pipa de tabaco que dar a una pobre mujer? Mejor harías —añadió bajando la voz— buscando el paso de la ciénaga que yendo a Dowghielly.

—¡Dowghielly! —exclamó el conde ruborizándose—. ¿Qué quieres decir?

No pude dejar de observar que aquella palabra producía un singular efecto sobre él. Estaba evidentemente incómodo; agachó la cabeza y, a fin de ocultar su turbación, se tomó gran trabajo para abrir su bolsa de tabaco, colgada de la empuñadura de su cuchillo de caza.

—No, no vayas a Dowghielly —continuó la vieja—. La palomita blanca no es cosa tuya. ¿Verdad, Pirkuns?

En ese momento, la cabeza de la serpiente salió por el cuello de la vieja capota y se estiró hasta la oreja de su dueña. El reptil, adiestrado sin duda para aquella maniobra, removía las mandíbulas como si hablase.

—Dice que tengo razón —añadió al vieja.

El conde le puso en la mano un puñado de tabaco.

—¿Me conoces? —preguntó.

—No, mi buen señor.

—Soy el propietario de Medintiltas. Ven a verme un día de estos. Te daré tabaco y aguardiente.

La vieja le besó la mano y se alejó a grandes pasos. En un instante la perdimos de vista. El conde permanecía pensativo, atando y desatando los cordones de su bolsa, sin saber demasiado lo que hacía.

—Señor profesor —me dijo tras un silencio bastante largo—, seguro que se reirá usted de mí. Esa vieja bribona me conoce mejor de lo que pretende, y el camino que acaba de señalarme... Después de todo, no hay nada muy sorprendente en todo esto. En la región me conocen como el lobo blanco. La muy granuja me ha visto más de una vez en el camino del castillo de Dowghielly... Hay en ese castillo una señorita casadera; y la vieja ha deducido que yo estaba enamorado... Además, algún lindo muchacho le habrá untado la mano para que me anuncie una ventura siniestra... Salta a la vista; y sin embargo... a pesar mío; sus palabras me inquietan. Casi estoy asustado. Se ríe usted; tiene razón... La verdad es que había pensado ir a invitarme a cenar al castillo de Dowghielly, y ahora dudo... ¡Estoy loco de remate! Veamos, señor profesor, decídalo usted. ¿Hemos de ir?

—Me guardaré mucho de tener una opinión —le respondí riendo—. En materia de matrimonio, nunca doy consejos.

Habíamos llegado junto a nuestros caballos. El conde saltó ágilmente a la silla y, dejando caer las riendas, exclamó:

—El caballo elegirá por nosotros.

El caballo no dudó; entró acto seguido en un pequeño sendero que, tras varias revueltas, desembocó en un camino de herradura, y ese camino llevaba a Dowghielly. Media hora después estábamos en la escalinata del castillo.

Al ruido que hicieron nuestros caballos, una bonita cabeza rubia se asomó a una ventana entre dos cortinas. Reconocí a la pérfida traductora de Mickiewicz.

—Sea bienvenido —dijo—. No podía llegar usted en mejor momento, conde Szemioth. Acabo de recibir un vestido de París. Estaré tan bella que no va a reconocerme.

Las cortinas se cerraron. Mientras subíamos la escalinata, el conde murmuraba entre dientes:

—Seguro que no es por mí por quien estrena ese vestido...

Me presentó a la señora Dowghiello, tía de la *panna* Iwinska, que me recibió con mucha cortesía y me habló de mis últimos artículos en la *Gaceta Científica y Literaria* de Koenisberg.

—El señor profesor —dijo el conde— viene a quejarse ante usted de la señorita Julienne, que le ha jugado una muy mala pasada.

—Es una niña, señor profesor. Hay que perdonarla. Me desespera a menudo con sus locuras. A los dieciséis años yo era más razonable que ella a los veinte; pero en el fondo es una buena chica, y tiene todas las cualidades sólidas. Es muy buena música, pinta divinamente las flores,

habla igual de bien el francés, el alemán y el italiano..., borda...

—¡Y escribe versos en jmudo! —añadió el conde riendo.

—¡De eso es incapaz! —exclamó la señora Dowghiello, a quien hubo que explicarle la travesura de su sobrina.

La señora Dowghiello era instruida y conocía las antigüedades de su país. Su conversación me agradó de una forma extraordinaria. Leía mucho nuestras revistas alemanas, y tenía nociones muy acertadas sobre lingüística. Confieso que no me di cuenta del tiempo que la señorita Iwinska tardó en vestirse; pero le pareció largo al conde Szemioth, que se levantaba, volvía a sentarse, miraba por la ventana y tamborileaba con sus dedos en los cristales como hombre que pierde la paciencia.

Por fin, la señorita Julienne apareció al cabo de tres cuartos de hora, seguida por su institutriz francesa, llevando con gracia y orgullo un vestido cuya descripción exigiría conocimientos muy superiores a los míos.

—¿No estoy hermosa? —le preguntó al conde dando lentamente una vuelta sobre sí misma para que pudiera verla por todos lados.

No nos miraba ni al conde ni a mí, sino que miraba su vestido.

—¡Cómo, Iulka! —dijo la señora Dowghiello—, ¿no saludas al señor profesor, que se ha quejado de ti?

—¡Ah, señor profesor! —exclamó con una muequecilla encantadora—, ¿qué he hecho? ¿Es que va a castigarme?

—Nos castigaríamos a nosotros mismos, señorita —le respondí—, si nos priváramos de su presencia. Estoy lejos de quejarme; al contrario, me felicito por haber aprendido, gracias a usted, que la musa lituana renace más brillante que nunca.

Ella bajó la cabeza y, poniendo las manos delante de su rostro cuidando de no desordenar su pelo, dijo con el tono de un niño que acaba de robar unos caramelos:

—Solo la perdonaré, querida Pani —le dije—, cuando haya cumplido cierta promesa que tuvo a bien hacerme en Wilno, en casa de la princesa Katayna Pac.

—¿Qué promesa? —preguntó, levantando la cabeza y riendo.

—¿Ya la ha olvidado? Me prometió que, si volvíamos a vernos en Samogitia, me mostraría cierta danza de la región de la que hablaba maravillas.

—¡Oh, la *rusalka*<sup>294</sup>! La bailo de una forma fascinante, y aquí está precisamente el hombre que necesito.

Corrió hacia una mesa en la que había unos cuadernos de música y hojeó atropelladamente uno, lo puso sobre el atril de un piano y, dirigiéndose a su institutriz, dijo:

—Tenga, querida amiga, *allegro presto*.

Y tocó ella misma, sin sentarse, el ritornelo para marcar el movimiento.

—Venga aquí, conde Michel, es usted demasiado lituano para no bailar bien la *rusalka*..., pero baile como un campesino, ¿comprende?

La señora Dowghiello trató de reprenderla. El conde y yo insistimos. Él tenía sus razones, porque su papel en aquel baile era de lo más agradable, como pronto se verá. La institutriz, tras algunas pruebas, dijo que creía poder tocar aquella especie de vals, por extraño que fuese, y la señorita Iwinska, después de apartar algunas sillas y una mesa que habrían podido estorbarla, tomó a su caballero por las solapas del frac y lo llevó al centro del salón.



—Ha de saber usted, señor profesor, que soy una *rusalka*, para servirle.

Hizo una gran reverencia.

—Una *rusalka* es una ninfa de las aguas. Hay una en todas esas pequeñas charcas llenas de agua negra que embellecen nuestros bosques. ¡No se acerque a ellas! La *rusalka* sale, más bonita todavía que yo, si es posible, arrastra a quien se acerca al fondo, y, según todas las apariencias, los devora...

—¡Una verdadera sirena! —exclamé.

—Él —continuó la señorita Iwinska señalando al conde Szemioth— es un joven pescador muy tonto, que se expone a mis garras, y yo, para que el placer dure, voy a fascinarlo bailando un poco a su alrededor... ¡Ah!, pero para hacerlo bien necesitaría un sarafán<sup>295</sup>. ¡Qué pena!... Tendrá que perdonar este vestido, que no tiene carácter ni color local... ¡Oh!, y llevo zapatos, imposible bailar la *rusalka* con zapatos!... ¡y encima son zapatos de tacón!

Se levantó el vestido y, sacudiendo con mucha gracia un precioso pieccecito, a riesgo de mostrar algo su pierna, envió su zapato al fondo del salón. El otro zapato siguió al primero, y ella quedó sobre la tarima con sus medias de seda.

—Todo está listo —le dijo a la institutriz, y el baile empezó.

La *rusalka* gira y da vueltas alrededor de su caballero. Él extiende los brazos para cogerla, ella pasa por debajo de él y se le escapa. Esto es muy gracioso, y la música tiene ritmo y originalidad. La danza termina cuando el caballero intenta coger a la *rusalka* para darle un beso; ella da un salto, le golpea en el hombro, y él cae a sus pies como muerto... Pero el conde improvisó una variante, que fue estrechar entre sus brazos a la traviesa y besarla apasionadamente. La señorita Iwinska lanzó un gritito, se ruborizó mucho y fue a caer en un canapé con cara larga, quejándose de que la hubiera abrazado como el oso que él era. Vi que la comparación no agradó al conde, porque le recordaba una desgracia familiar; su ceño se frunció. En cuanto a mí, di efusivas gracias a la señorita Iwinska y elogíé su danza, que en mi opinión tenía un carácter muy antiguo que recordaba las danzas sagradas de los griegos. Me interrumpió por un criado que anunció al general y a la princesa Veliaminof. La señorita Iwinska dio un brinco del canapé a sus zapatos, metió rápidamente en ellos sus pieccecitos y corrió al encuentro de la princesa, a la que hizo una tras otra dos profundas reverencias. Observé que en cada una levantaba con habilidad el talón de su zapato. El general traía consigo dos ayudas de campo, y, como nosotros, se había invitado sin previo aviso. En cualquier otro país, estoy seguro de que una anfitriona se vería en un aprieto si recibiera al mismo tiempo a seis huéspedes inesperados y con buen apetito; pero la abundancia y la hospitalidad de las casas lituanas es tal que la cena no se retrasó, creo, más de media hora, aunque había demasiados patés calientes y fríos.

#### IV

La cena fue muy alegre. El general nos dio detalles muy interesantes sobre las lenguas que se hablan en el Cáucaso, de las cuales unas son arias y otras turanias<sup>296</sup>, aunque entre las diferentes poblaciones haya notable similitud de costumbres y hábitos. Yo mismo me vi obligado a hablar de mis viajes, porque al conde Szemioth, tras felicitarle sobre la forma en que montaba a caballo, y tras afirmar que nunca había conocido a sacerdote ni profesor alguno que pudiera llevar a cabo con tanta presteza un recorrido como el que acabábamos de hacer, hube de explicarle que,



encargado por la Sociedad Bíblica de un trabajo sobre la lengua de los charrúas<sup>297</sup>, había pasado tres años y medio en la República del Uruguay, casi siempre a caballo y viviendo en las pampas, entre los indios. De este modo me vi llevado a contar que, después de haber pasado tres días perdido en aquellas llanuras sin fin, falto de víveres y de agua, me había visto obligado a hacer como los gauchos<sup>298</sup> que me acompañaban, es decir, a sangrar a mi caballo y beber su sangre.

Todas las damas lanzaron un grito de horror. El general advirtió que los calmucos<sup>299</sup> hacían lo mismo en ocasiones parecidas. El conde me preguntó qué me había parecido aquella bebida.

—Moralmente me repugnó mucho —respondí—; pero físicamente me encontré muy bien, y a esa sangre debo el honor de cenar hoy aquí. Muchos europeos, quiero decir blancos, que han vivido largo tiempo con los indios, se acostumbran a ella e incluso le toman gusto. Mi excelente amigo don Fructuoso Rivera<sup>300</sup>, presidente de la República, rara vez pierde la ocasión de satisfacerlo. Recuerdo que un día, yendo al congreso con uniforme de gala, pasó delante de un rancho en el que sangraban a un potro. Se detuvo y se apeó del caballo para pedir un chupón, una chupada, tras lo cual pronunció uno de sus discursos más elocuentes.

—¡Ese presidente suyo es un monstruo horrible! —exclamó la señorita Iwinska.

—Perdóneme, querida Pani —le dije—, es una persona muy distinguida, de un espíritu superior. Habla maravillosamente varias lenguas indias muy difíciles, sobre todo el charrúa, lengua que debe su dificultad a las innumerables formas que adopta el verbo, según su régimen directo o indirecto, e incluso según las relaciones sociales existentes entre las personas que lo hablan.

Me disponía a dar algunos detalles bastante curiosos sobre el mecanismo del verbo charrúa cuando el conde me interrumpió para preguntarme dónde había que sangrar a los caballos cuando se quería beber su sangre.

—Por el amor de Dios, mi querido profesor —exclamó la señorita Iwinska con un cómico aire de espanto—, no se lo diga. Es un hombre capaz de matar a toda su caballeriza y comernos a nosotros cuando ya no le queden caballos.

Tras esta ocurrencia, las damas abandonaron la mesa riendo para ir a preparar el té y el café mientras nosotros fumábamos. Al cabo de un cuarto de hora, enviaron al salón a un criado para reclamar la presencia del señor general. Todos quisimos seguirle; pero se nos dijo que aquellas damas solo querían un hombre a la vez. Pronto oímos en el salón grandes carcajadas y palmoteos.

—Ya está la señorita Iulka haciendo de las suyas —dijo el conde.

Vinieron a buscarle a él; nuevas risas, nuevos aplausos. A mí me tocó después. Cuando entré en el salón, todas las figuras habían adoptado un semblante de gravedad que no auguraba nada bueno. Me esperaba alguna diablura.

—Señor profesor —me dijo el general con su aire más oficial—, estas damas pretenden que hemos dado una acogida excesiva a su champán, y no quieren admitirnos a su lado sino después de una prueba. Se trata de ir con los ojos vendados desde el centro del salón hasta esa pared y tocarla con el dedo. Ya ve que la cosa es sencilla, basta con caminar recto. ¿Está usted en condiciones de mantener la línea recta?

—Eso pienso, señor general.

Al punto la señorita Iwinska me puso un pañuelo sobre los ojos y lo apretó con todas sus fuerzas por detrás de la cabeza.

—Ahora está usted en medio del salón —me dijo—, extienda la mano... ¡Bien! Apuesto a que

no toca usted la pared.

—¡De frente, marche! —dijo el general.

Solo había que dar cinco o seis pasos. Avancé muy despacio, convencido de que encontraría alguna cuerda o algún taburete traidoramente colocados en mi camino para hacerme tropezar. Oía risas ahogadas que aumentaban mi turbación. Por fin, me creía totalmente cerca del muro cuando mi dedo, que extendía hacia delante, entró de golpe en algo frío y viscoso. Hice una mueca y di un salto hacia atrás, que hizo reír a todos los asistentes. Me arranqué la venda, y vi a mi lado a la señorita Iwinska con un tarro de miel en el que yo había metido el dedo, creyendo tocar la pared. Mi consuelo fue ver a los dos ayudas de campo pasar por la misma prueba y no salir mejor parados que yo.

Durante el resto de la velada, la señorita Iwinska no cesó de dar rienda suelta a su humor revoltoso. Siempre burlona, siempre traviesa, tomaba a uno y luego a otro por objeto de sus bromas. Observé sin embargo que se dirigía con más frecuencia al conde, quien, debo decirlo, no se molestaba nunca, e incluso parecía disfrutar con sus insinuaciones. En cambio, cuando ella arremetía contra uno de los ayudas de campo, él fruncía el ceño y yo veía que sus ojos brillaban con ese fuego sombrío que en realidad tenía algo de espantoso. «Traviesa como una gata, blanca como la leche». Me parecía que, al escribir ese verso, Mickiewicz había querido hacer el retrato de la *panna* Iwinska.

## V

Nos retiramos bastante tarde. En muchas de las grandes casas lituanas se ven magníficas vajillas de plata, hermosos muebles, tapices de Persia preciosos, y no hay, como en nuestra querida Alemania, buenas camas de pluma que ofrecer a un huésped fatigado. Rico o pobre, gentilhomme o campesino, un eslavo sabe dormir muy bien sobre una tabla. El castillo de Dowghielly no era una excepción a la regla general. En la habitación a la que nos condujeron al conde y a mí, solo había dos canapés cubiertos de tafilete. Eso apenas me asustaba, porque, en mis viajes, a menudo me había acostado sobre la tierra desnuda, y me burlé un poco de las exclamaciones del conde sobre la falta de civilización de sus compatriotas. Un criado vino a sacarnos las botas y nos dio batas y zapatillas. El conde, después de haberse quitado el frac, se pasó un tiempo en silencio; luego, deteniéndose delante del canapé en el que yo ya me había echado, me dijo:

—¿Qué piensa usted de Iulka?

—Me parece encantadora.

—Sí, ¡pero tan coqueta!... ¿Cree usted que le gusta realmente ese capitancillo rubio?

—¿El ayudante de campo?... ¿Cómo podría saberlo?

—Es un fatuo...; por lo tanto, debe de agrandar a las mujeres.

—Niego la conclusión, señor conde. ¿Quiere que le diga la verdad? La señorita Iwinska piensa mucho más en agrandar al conde Szemioth que a todos los ayudantes de campo del Ejército.

Se ruborizó sin responderme; pero me dio la impresión de que mis palabras le habían causado un sensible placer. Siguió paseando un rato sin hablar; luego, después de mirar su reloj, dijo:

—A fe que haríamos bien en dormir; es tarde.

Tomó su escopeta y su cuchillo de caza, que habían depositado en nuestra habitación, y los

guardó en un armario del que retiró la llave.

—¿Quiere guardarla? —me dijo entregándomela para mi gran sorpresa—. Yo podría olvidarla. Seguro que usted tiene mejor memoria que yo.

—La mejor manera de no olvidar sus armas —le dije— sería ponerlas en esta mesa, junto a su sofá.

—No... Mire, para serle sincero, no me gusta tener armas a mi lado cuando duermo... Y la razón es la siguiente: cuando estaba en los húsares de Grodno<sup>301</sup>, dormía un día en una habitación con un camarada, y las pistolas estaban en una silla, a mi lado. Por la noche me despertó una detonación. Yo tenía una pistola en la mano; había disparado y la bala había pasado a dos pulgadas de la cabeza de mi camarada... Nunca he recordado el sueño que había tenido.

Esa anécdota me turbó un poco. Estaba muy seguro de no tener ninguna bala en la cabeza; pero cuando consideraba la elevada estatura, la complexión hercúlea de mi compañero, sus nerviosos brazos cubiertos de negro vello, no podía dejar de reconocer que era perfectamente capaz de estrangularme con sus manos si tenía una pesadilla. No obstante, me guardé de mostrarle la menor inquietud; pero coloqué una luz sobre una silla al lado de mi canapé, y me puse a leer el *Catecismo* de Lawicki, que había llevado. El conde me dio las buenas noches, se echó en su sofá, se dio cinco o seis veces la vuelta, y por fin pareció adormecerse, aunque estuviese hecho un ovillo como el amante de Horacio que, encerrado en un cofre, toca con la cabeza sus rodillas replegadas:

... *Turpi clausus in arca,  
contractum genibus tangas caput...*<sup>302</sup>

De vez en cuando suspiraba con fuerza, o dejaba oír una especie de estertor nervioso que yo atribuía a la extraña postura que había adoptado para dormir. Pasó tal vez una hora de ese modo. Yo mismo me adormilaba. Cerré mi libro, y estaba acomodándome lo mejor posible en mi sofá cuando una extraña risa sardónica de mi vecino me hizo sobresaltarme. Miré al conde. Tenía los ojos cerrados, todo su cuerpo temblaba y de sus labios entreabiertos escapaban algunas palabras apenas articuladas.

—¡Muy fresca!... ¡Muy blanca!... El profesor no sabe lo que dice... El caballo no vale nada... ¡Qué apetitoso bocado!...

Luego empezó a morder con todas sus fuerzas el cojín en el que posaba su cabeza, y al mismo tiempo lanzó una especie de rugido tan fuerte que se despertó.

En cuanto a mí, permanecí inmóvil en mi canapé y fingí dormir. Sin embargo, le observaba. Se sentó, se frotó los ojos, suspiró con tristeza y permaneció casi una hora sin cambiar de postura, absorto, como parecía, en sus reflexiones. Mientras, yo me sentía muy incómodo, y me prometí en mi interior no volver a dormir nunca al lado del señor conde. A la larga, sin embargo, la fatiga venció a la inquietud, y cuando la mañana entró en nuestra habitación, ambos dormíamos con un sueño profundo.

## VI

Acabado el desayuno, regresamos a Medintiltas. Allí, al encontrar solo al doctor Frøeber, le dije que me parecía que el conde estaba enfermo, que tenía sueños horribles, que tal vez fuera

sonámbulo, y que podía ser peligroso en ese estado.

—Ya me he dado cuenta de todo eso —me dijo el médico—. Con una constitución atlética, es nervioso como una linda muchachita. Quizá le venga de su madre... Ella se ha portado endiabladamente mal esta mañana... No creo mucho en las historias de miedos y de antojos de mujeres embarazadas; pero, desde luego, la condesa es maniaca, y la manía puede transmitirse por la sangre...

—Pero el conde es perfectamente razonable —le respondí—; tiene una mente certera, es instruido, mucho más de lo que yo hubiera pensado, se lo confieso; le gusta la lectura...

—De acuerdo, de acuerdo, mi querido señor, pero con frecuencia hace cosas raras. A veces se encierra durante días; con frecuencia deambula por la noche; lee libros increíbles... de metafísica alemana..., de fisiología, ¡qué se yo! Ayer mismo le llegó un paquete de Leipzig. ¿Quiere que hable claro? Un Hércules necesita de una Hebe<sup>303</sup>. Aquí hay aldeanas muy bonitas... Los sábados por la tarde, después del baño, se las podría tomar por princesas... No hay ninguna que no estaría orgullosa de entretener al señor. Yo, a su edad, ¡que me lleve el diablo!... No, no tiene amante, no se casa, y hace mal. Necesitaría un derivativo.

Como el grosero materialismo del doctor me chocaba en extremo, puse fin de modo brusco a la conversación diciéndole que hacía votos para que el conde Szemioth encontrase una esposa digna de él. Confieso que, no sin sorpresa, me había enterado por el doctor de esa afición del conde por los estudios filosóficos. Aquel oficial de húsares, aquel cazador apasionado que leía metafísica alemana y se interesaba por la fisiología, desbarataba mis ideas. Sin embargo, lo que el doctor decía era cierto, y ese mismo día tuve la prueba.

—¿Cómo explica usted, señor profesor —me dijo bruscamente hacia el final de la cena—, cómo explica usted la dualidad o la duplicidad de nuestra naturaleza?...

Y, como advirtió que yo no le comprendía del todo, continuó:

—¿No se ha encontrado nunca en lo alto de una torre o bien al borde de un precipicio con la tentación a veces de lanzarse al vacío y un sentimiento de terror absolutamente contrario?...

—Eso puede explicarse por causas puramente físicas —dijo el doctor—: primero, la fatiga que se experimenta tras una marcha ascensional determina una afluencia de sangre al cerebro que...

—Dejémonos de sangre, doctor —exclamó el conde en tono impaciente—, y tomemos otro ejemplo. Usted tiene un arma de fuego cargada. Su mejor amigo está al lado. Le viene la idea de meterle una bala en la cabeza. Usted siente el mayor horror por un asesinato, y sin embargo lo piensa. Creo, señores, que si todos los pensamientos que nos vienen a la cabeza en el espacio de una hora..., creo que si todos sus pensamientos, señor profesor, a quien tengo por sabio, estuvieran escritos, tal vez formarían un volumen infolio, por el cual no hay abogado que no exigiese con éxito su prohibición, ni juez que no le metiese en la cárcel o en un manicomio.

—Ese juez, señor conde, no me condenaría desde luego por haber buscado esta mañana durante más de una hora la misteriosa ley por la que los verbos eslavos toman un sentido futuro cuando se combinan con una preposición, pero si, por azar, hubiera tenido algún otro pensamiento, ¿qué prueba lanzarían contra mí? No soy más dueño de mis pensamientos que de los accidentes exteriores que me los sugieren. De que en mí surja un pensamiento no puede concluirse un principio de ejecución, ni siquiera una resolución. Nunca he tenido la idea de matar a nadie; pero, si me viniese a la cabeza el pensamiento de un asesinato, ¿no está ahí mi razón para apartarla?

—Habla usted de razón con mucha facilidad; pero ¿está siempre ahí, como usted asegura, para

dirigirnos? Para que la razón hable y se haga obedecer, se necesita la reflexión, es decir, tiempo y sangre fría. ¿Tenemos siempre el uno y la otra? En una batalla, veo venir hacia mí una bala de cañón que rebota, vuelvo la cabeza y descubro a mi amigo, por el que habría dado mi vida si hubiera tenido tiempo de reflexionar...

Intenté hablarle de nuestros deberes de hombre y de cristiano, de la necesidad que tenemos de imitar al guerrero de la Escritura, siempre presto para el combate<sup>304</sup>, le hice ver por último que, luchando sin cesar contra nuestras pasiones, adquiriríamos fuerzas nuevas para debilitarlas y dominarlas. Temo que no conseguí otra cosa que reducirle al silencio, y no me parecía convencido.

Aún permanecí unos diez días en el castillo. Hice otra visita a Dowghielly, pero no dormimos allí. Como la primera vez, la señorita Iwinska se mostró traviesa y niña mimada. Ejercía sobre el conde una especie de fascinación, y no dudé de que él estuviera muy enamorado. Sin embargo, él conocía bien sus defectos y no se hacía ilusiones. Sabía que era coqueta, frívola e indiferente a todo lo que no fuese para ella una diversión. A menudo me daba cuenta de que él sufría en su interior al saberla tan poco razonable; pero en cuanto ella le hacía el menor melindre, él olvidaba todo, su rostro se iluminaba e irradiaba alegría. Quiso llevarme una última vez a Dowghielly la víspera de mi partida, tal vez porque yo me quedaba hablando con la tía mientras él iba a pasear por el jardín con la sobrina; pero yo tenía mucho trabajo, y hube de excusarme por más que él insistiese. Regresó para la cena, aunque nos había dicho que no lo esperásemos. Se sentó a la mesa y no pudo comer. Durante toda la cena estuvo sombrío y malhumorado. De vez en cuando su ceño se fruncía y sus ojos adoptaban una expresión siniestra. Cuando el doctor salió para ir a ver a la condesa, el conde me siguió a mi cuarto y me abrió su corazón.

—Me arrepiento mucho —exclamó— de haberle dejado para ir a ver a esa locuela, que se burla de mí y que solo ama las caras nuevas; pero por suerte todo ha acabado entre nosotros, me siento profundamente asqueado, y no volveré a verla nunca...

Paseó un rato de arriba abajo por el cuarto según su costumbre, y luego continuó:

—Quizá usted ha creído que yo estaba enamorado. Es lo que piensa ese imbécil del doctor. No, nunca la he amado. Su expresión risueña me divertía. Me complacía ver su piel blanca... Eso es cuanto hay de bueno en ella... sobre todo la piel. De cerebro, nada en absoluto. Nunca he visto en ella otra cosa que una linda muñeca, buena para mirar cuando se aburre y no se tiene a mano un libro nuevo... Sin duda puede decirse que es una belleza... ¡Su piel es maravillosa!... Señor profesor, la sangre que hay debajo de esa piel debe de ser mejor que la de un caballo... ¿Qué opina usted?

Y se echó a reír, pero dolía oír aquella risa.

Me despedí de él al día siguiente para continuar mis exploraciones en el norte del Palatinado.

## VII

Dichas exploraciones duraron unos dos meses, y puedo decir que apenas hay pueblo de Samogitia en el que no me haya detenido y en el que no haya recogido algunos documentos. Permítaseme aprovechar esta ocasión para dar las gracias a los habitantes de esa provincia, y en particular a los señores eclesiásticos, por la colaboración realmente entusiasta que prestaron a mis investigaciones y las excelentes contribuciones con que enriquecieron mi diccionario.

Después de una estancia de una semana en Szawle<sup>305</sup>, me proponía ir a embarcarme en Klaypeda (puerto al que nosotros llamamos Memel) para regresar a casa cuando recibí del conde Szemioth la siguiente carta, traída por uno de sus lacayos:

Señor profesor:

Permítame escribirle en alemán. Cometería aún más solecismos si le escribiese en jmuudo, y usted perdería toda consideración por mí. No sé si tiene mucha todavía, y la nueva que tengo que comunicarle tal vez no la aumente. Sin más preámbulos: me caso, y usted adivinará de sobra con quién. «*Júpiter se ríe de los juramentos de los enamorados*»<sup>306</sup>. Es lo que hace Pirkuns, nuestro Júpiter samogitio. Así pues, me caso con la señorita Julienne Iwinska el 8 del próximo mes. Sería usted el más amable de los hombres si viniese para asistir a la ceremonia. Todos los aldeanos de Medintiltas y lugares circundantes vendrán a mi casa a comer algunos bueyes e innumerables cerdos, y, cuando estén borrachos, bailarán en ese prado que usted conoce a la derecha de la alameda. Verá usted costumbres y trajes dignos de su observación. Me proporcionaría el mayor placer, y también a Julienne. Añadiré que su negativa nos sumiría en la más triste confusión. Como usted sabe, pertenezco a la comunión evangélica, lo mismo que mi prometida; y nuestro ministro, que vive a una treintena de leguas, está aquejado de gota, y me he atrevido a esperar que usted tendría a bien officiar la ceremonia en su lugar. Créame, mi querido profesor, su muy devoto amigo,

MIGUEL SZEMIOTH

Al pie de la carta, en forma de posdata, una mano femenina de letra bastante bonita había añadido en jmuudo:

Yo, musa de Lituania, escribo en jmuudo. Michel es un impertinente por dudar de su aprobación. Solo yo, en efecto, soy lo bastante loca para querer a un muchacho como él. El 8 del mes que viene verá usted, señor profesor, a una novia algo *chic*. Esto no es jmuudo, sino francés. ¡Por lo menos no cometa distracciones durante la ceremonia!

Ni la carta ni la posdata me agradaron. Me parecía que los prometidos mostraban una imperdonable ligereza en una ocasión tan solemne. Sin embargo, ¿cómo negarse? También confesaré que el espectáculo anunciado no dejaba de tentarme. Según todas las apariencias, entre el gran número de gentilhombres que se reunirían en el castillo de Medintiltas no dejaría de encontrar personas instruidas que me proporcionarían informaciones útiles. Mi glosario jmuudo era muy rico; pero el sentido de cierto número de palabras aprendidas de la boca de groseros campesinos seguía estando envuelto para mí en una oscuridad relativa. Todas estas consideraciones juntas tuvieron fuerza suficiente para obligarme a consentir a la petición del conde, y le respondí que en la mañana del 8 estaría en Medintiltas. ¡Cuántos motivos tuve luego para arrepentirme!

## VIII

Al entrar en la avenida del castillo distinguí un gran número de damas y caballeros vestidos de

mañana, agrupados en la escalinata o circulando por los senderos del parque. El patio estaba lleno de campesinos endomingados. El castillo tenía aire de fiesta; por todas partes había flores, guirnaldas, banderas y festones. El intendente me guio a la habitación que me habían preparado en la planta baja, pidiéndome perdón por no poder ofrecerme una más hermosa; pero había tanta gente en el castillo que había sido imposible conservarme el aposento que había ocupado durante mi primera estancia, y que estaba destinado a la esposa del mariscal de la nobleza; mi nueva habitación, por lo demás, era muy aceptable, daba al parque y estaba debajo del aposento del conde. Me vestí de prisa para la ceremonia, poniéndome mis ropas religiosas; pero ni el conde ni su prometida aparecían. El conde había ido a buscarla a Dowghielly. Y deberían haber llegado hacía tiempo; pero el tocado de la novia no es pequeño asunto, y el doctor advertía a los invitados que, como el almuerzo no debía tener lugar sino después del servicio religioso, los apetitos demasiado impacientes harían bien en tomar sus precauciones en cierto *buffet* provisto de pasteles y toda suerte de licores. Observé en esa ocasión cuánto excita la espera a la maledicencia; dos madres de dos hermosas señoritas invitadas a la fiesta soltaban sin parar insultos contra la novia.

Era más de mediodía cuando una salva de petardos y disparos de fusil señaló su llegada, y no tardó en entrar en la avenida una calesa arrastrada por cuatro magníficos caballos. Por la espuma que cubría su pecho era fácil ver que el retraso no era culpa suya. En la calesa solo venían la novia, la señora Dowghiello y el conde, que se apeó y dio la mano a la señora Dowghiello. La señorita Iwinska, con un movimiento lleno de gracia y de coquetería infantil, fingió que quería ocultarse bajo su chal para escapar a las miradas curiosas que la rodeaban por todas partes. Sin embargo, se puso de pie en la calesa, e iba a coger la mano del conde cuando los caballos del tronco, tal vez asustados por la lluvia de flores que los aldeanos lanzaban a la novia, tal vez también sintiendo aquel extraño terror que el conde Szemioth inspiraba a los animales, se encabritaron bufando: una rueda chocó con el poyo al pie de la escalinata, y durante un momento se pudo creer que iba a ocurrir un accidente. La señorita Iwinska dejó escapar un gritito... Pronto la tranquilizaron. El conde, cogiéndola en brazos, la llevó hasta lo alto de la escalinata con tanta facilidad como si solo hubiera llevado a una paloma. Todos aplaudimos su habilidad y su galantería caballeresca. Los aldeanos lanzaban vivas formidables, la novia, totalmente ruborizada, reía y temblaba a la vez. El conde, que no tenía ninguna prisa por librarse de su encantadora carga, parecía triunfar demostrándolo a la multitud que lo rodeaba...

De repente, una mujer de alta estatura, pálida, delgada, con la ropa en desorden, los cabellos revueltos, y todos los rasgos contraídos por el terror, apareció en lo alto de la escalinata sin que nadie pudiera saber de dónde había salido.

—¡Al oso! —gritaba con voz aguda—. ¡Al oso! ¡Fusiles!... ¡Se lleva a una mujer! ¡Matadlo! ¡Fuego! ¡Fuego!

Era la condesa. La llegada de la novia había atraído a todo el mundo a la escalinata, al patio o a las ventanas del castillo. Hasta las mujeres que vigilaban a la pobre loca habían olvidado las instrucciones recibidas. Esta se había escapado, y sin que nadie la viese había llegado hasta nosotros. Fue una escena muy penosa. Tuvieron que llevársela a pesar de sus gritos y de su resistencia. Muchos invitados desconocían su enfermedad. Hubo que darles explicaciones. Se cuchicheó largo rato en voz baja. Todos los rostros estaban entristecidos. «¡Mal presagio!», decían las personas supersticiosas, cuyo número es grande en Lituania.

Mientras, la señorita Iwinska pidió cinco minutos para arreglarse y ponerse el velo de novia, operación que duró una hora larga. Fue tiempo más que suficiente para que las personas que



ignoraban la enfermedad de la condesa se enteraran de su causa y de los detalles.

Por fin la novia reapareció magníficamente ataviada y cubierta de diamantes. Su tía la presentó a todos los invitados, y cuando llegó el momento de pasar a la capilla, para mi gran sorpresa, en presencia de todos los asistentes, la señora Dowghiello asestó en la mejilla de su sobrina una bofetada lo bastante fuerte como para hacer que se volvieran los que estaban distraídos. Esa bofetada fue recibida con la resignación más perfecta, y nadie pareció extrañarse; solo un hombre de negro escribió algo en un papel que había traído, y algunos asistentes pusieron su firma en él con la expresión más indiferente. Solo al final de la ceremonia tuve la clave del enigma. Si lo hubiera adivinado, no habría dejado de rebelarme con toda la fuerza de mi ministerio sagrado contra esa odiosa práctica, que tiene por fin determinar una causa de divorcio simulando que la boda solo se ha celebrado como consecuencia de violencia material ejercida contra una de las partes contratantes.

Tras el servicio religioso creí mi deber dirigir unas palabras a la joven pareja dedicándome a poner ante sus ojos la gravedad y santidad del compromiso que acababa de unirles, y, como aún tenía en el corazón la posdata fuera de lugar de la señorita Iwinska, le recordé que entraba en una vida nueva, ya no acompañada de diversiones y alegrías juveniles, sino llena de deberes serios y de graves pruebas. Me pareció que esa parte de mi alocución produjo mucho efecto en la novia, lo mismo que en todas las personas que comprendían el alemán.

Salvas de armas de fuego y gritos de alegría acogieron al cortejo al salir de la capilla, y luego se pasó al comedor. La comida era magnífica, los apetitos muy vivos, y al principio no se oyó más ruido que el de los cuchillos y los tenedores, pero enseguida, con la ayuda de los vinos de Champaña y de Hungría, se empezó a hablar, a reír e incluso a gritar. Se brindó con entusiasmo por la salud de la recién casada. Apenas acabábamos de sentarnos cuando un viejo *pane*<sup>307</sup> de blancos mostachos se levantó y con una voz formidable dijo:

—Veo con dolor que se pierden nuestras viejas costumbres. Nuestros padres nunca hubieran hecho ese brindis con vasos de cristal. Nosotros bebíamos en el zapato de la novia, e incluso en su bota, porque en mis tiempos las damas llevaban botas de tafíete rojo. Demostremos, amigos, que todavía somos verdaderos lituanos. Y tú, señora, dignate darme tu zapato.

La novia le respondió ruborizándose, con una risita ahogada:

—Ven a cogerlo, señor..., pero yo no haré lo mismo en tu bota.

No hizo falta repetírselo dos veces al *pane*, se puso galantemente de rodillas, descalzó un zapatito de satén blanco con tacón rojo, lo llenó de vino de Champaña y bebió tan deprisa y con tanta maña que ni siquiera la mitad se derramó en sus ropas. El zapato pasó de mano en mano y todos los hombres bebieron en él, no sin dificultad. El viejo gentilhomme reclamó el zapato como una reliquia preciosa, y la señora Dowghiello mandó llamar a una doncella para que viniese a reparar el desorden de la vestimenta de su sobrina.

Aquel brindis fue seguido por muchos otros, y los invitados no tardaron en volverse tan ruidosos que no me pareció adecuado seguir entre ellos. Me escapé de la mesa sin que nadie se fijase en mí, y fui a respirar el aire fuera del castillo, pero también allí encontré un espectáculo poco edificante. Los criados y los aldeanos, que habían tenido cerveza y aguardiente a discreción, estaban en su mayoría borrachos. Había habido peleas y cabezas rotas. Aquí y allá, en el prado, unos borrachos se revolcaban privados de sentido, y el aspecto general de la fiesta se parecía mucho al de un campo de batalla. Habría sentido alguna curiosidad por ver de cerca las danzas populares; pero en su mayoría estaban dirigidas por gitanos desvergonzados, y no me pareció que



fuera decente aventurarme en aquel tumulto. Volví, pues, a mi habitación, estuve leyendo un tiempo, luego me desvestí y me dormí enseguida.

Cuando me desperté, el reloj del castillo daba las tres. La noche era clara, aunque la luna estuviese algo velada por una ligera bruma. Traté de recuperar el sueño; no pude lograrlo. Como suelo hacer en ocasiones parecidas, quise coger un libro y estudiar, pero no encontré cerillas a mi alcance. Me levanté, e iba a tuestas por mi cuarto cuando un cuerpo opaco, muy grande, pasó delante de mi ventana y cayó con un ruido sordo en el jardín. Mi primera impresión fue que se trataba de un hombre, y creí que alguno de nuestros borrachos se había caído por la ventana. Abrí la mía y miré: no vi nada. Encendí por fin mi vela y, tras volver a meterme en la cama, repasé mi glosario hasta el momento en que me trajeron el té.

Hacia las once me dirigí al salón, donde encontré muchos ojos ojerosos y caras descompuestas; supe, en efecto, que habían abandonado la mesa muy tarde. Ni el conde ni la joven condesa habían aparecido todavía. A las once y media, tras muchas bromas maliciosas, se empezó a murmurar en voz muy baja al principio, y bastante alto enseguida. El doctor Frøeber se encargó de enviar al ayuda de cámara del conde a llamar a la puerta de su amo. Al cabo de un cuarto de hora, ese hombre bajó, y, algo nervioso, le contó al doctor Frøeber que había llamado más de una docena de veces sin obtener respuesta. Nos consultamos la señora Dowghiello, el doctor y yo. La inquietud del ayuda de cámara se me había contagiado. Subimos los tres con él. Delante de la puerta encontramos a la doncella de la joven condesa muy asustada, asegurando que debía de haber ocurrido alguna desgracia porque la ventana de la señora estaba abierta de par en par. Recordé, aterrado, aquel pesado cuerpo que cayó delante de mi ventana. Llamamos a la puerta con energía. No hubo respuesta. Por fin el ayuda de cámara trajo una barra de hierro y echamos la puerta abajo... ¡No!, me falta valor para describir el espectáculo que se ofreció a nuestros ojos. La joven condesa estaba tendida, muerta, en su cama, con el rostro horriblemente lacerado y la garganta abierta, inundada de sangre. El conde había desaparecido, y desde entonces nadie ha sabido nada de él.

El doctor analizó la horrible herida de la joven.

—No es una hoja de acero —exclamó— lo que ha causado esta herida... ¡Es un mordisco!

[...]

El profesor cerró su libro y miró el fuego con aire pensativo.

—¿Y ha terminado la historia? —preguntó Adélaïde.

—¡Ha terminado! —respondió el profesor con voz lúgubre.

—Pero ¿por qué la ha titulado *Lokis*? —prosiguió ella—. Ninguno de los personajes se llama así.

—No es un nombre de persona... —dijo el profesor—. Veamos, Théodore, ¿comprende lo que quiere decir *Lokis*?

—En absoluto.

—Si usted dominase bien la ley de la transformación del sánscrito en lituano, habría reconocido en «*Lokis*» el sánscrito *arkcha* o *rikscha*. En lituano se llama *Lokis* al animal que los griegos llamaron *arktov*, los latinos *ursus* y los alemanes *bär*.

»¿Comprende ahora mi epígrafe:

*Miskasu Lokiu\**  
*Abu dun tokiu*

»Como usted sabe, en el *Roman de Renart*<sup>308</sup> el oso se llama *damp Brun*. Entre los eslavos se le llama Miguel, *Miszka* en lituano, y ese sobrenombre reemplaza casi siempre al nombre genérico, *Lokis*. Así es como los franceses han olvidado su palabra neolatina de *goupil* o *gorpil* para sustituirla por la de *renard*. Le citaré muchos otros ejemplos.

Pero Adélaïde observó que era tarde, y todos se separaron.

# AUGUSTE VILLIERS DE L'ISLE ADAM

## VERA

### VÉRA

*A la señora condesa de Osmoy*<sup>309</sup>

«La forma del cuerpo le es más esencial que su substancia».

*La fisiología moderna*<sup>310</sup>

El Amor es más fuerte que la Muerte, ha dicho Salomón<sup>311</sup>; sí, su misterioso poder es ilimitado.

Era un atardecer de otoño, en estos últimos años, en París. Algunos vehículos, ya iluminados, rodaban rezagados después de la hora del Bois hacia el sombrío barrio de Saint-Germain. Uno de ellos se detuvo ante el pórtico de un amplio palacete señorial rodeado de jardines seculares; la cintra estaba rematada por el escudo de piedra con las armas de la antigua familia de los condes de Athol<sup>312</sup>; a saber: campo de azur, con la estrella en abismo de plata, con la divisa «PALLIDA VICTRIX»<sup>313</sup>, bajo la corona recogida de armiño en el principesco gorro. Los pesados batientes se apartaron. Se apeó un hombre de treinta y cinco años, de luto, de rostro mortalmente pálido. En la escalinata, taciturnos criados levantaban unas antorchas. Sin mirarlos, subió los escalones y entró. Era el conde de Athol.

Vacilante, ascendió por las blancas escaleras que llevaban a la habitación donde, aquella misma mañana, había acostado en un ataúd de terciopelo y envuelto en violetas, entre olas de batista, a su dama de placer, a su pálida esposa, Vera<sup>314</sup>, su desesperación.

Arriba, la suave puerta giró sobre la alfombra; apartó el cortinaje.

Todos los objetos estaban en el lugar donde la condesa los había dejado la víspera. La Muerte, súbita, había fulminado. La noche anterior, su bienamada se había desvanecido en goces tan profundos y se había perdido en abrazos tan exquisitos que su corazón, roto de delicias, había fallado: sus labios se habían mojado bruscamente con un púrpura mortal. Apenas había tenido tiempo de dar a su esposo un beso de despedida, sonriendo, sin una palabra. Luego, sus largas

pestañas, como crespones, habían descendido sobre la bella noche de sus ojos.

La jornada sin nombre había pasado.

Hacia mediodía, el conde de Athol, tras la horrible ceremonia del panteón familiar, había despedido en el cementerio a la negra comitiva. Luego, encerrándose solo con la sepultada, entre los cuatro muros de mármol, había atrancado a su espalda la puerta de hierro del mausoleo. Ardía incienso sobre un trípode, delante del féretro; una corona luminosa de lámparas, a la cabecera de la joven difunta, la constelaba.

Él, de pie, pensativo, con el único sentimiento de una ternura sin esperanza, había permanecido allí, todo el día. Hacia las seis, con el crepúsculo, había salido del lugar sagrado. Al cerrar el sepulcro, había arrancado de la cerradura la llave de plata y, de puntillas sobre el último escalón del umbral, la había arrojado suavemente dentro de la tumba. La había lanzado sobre las baldosas interiores a través del ornamento trilobulado que remataba el pórtico. ¿Por qué?... Con toda seguridad, tras alguna misteriosa resolución de no volver jamás.

Y ahora contemplaba de nuevo la habitación viuda.

La ventana, bajo las amplias colgaduras de cachemira malva recamada de oro, estaba abierta. Un último rayo de la tarde iluminaba, en un marco de madera antigua, el gran retrato de la difunta. El conde miró a su alrededor la ropa arrojada la víspera sobre un sillón; encima de la chimenea, las joyas, el collar de perlas, el abanico medio cerrado, los pesados frascos de perfume que Ella no volvería a aspirar. Sobre la cama de ébano de columnas retorcidas, que seguía deshecha, junto a la almohada, donde la huella de la cabeza adorada y divina seguía siendo visible en medio de los encajes, vio el pañuelo enrojecido por gotas de sangre en el que su joven alma había aleteado un instante; el piano abierto mantenía una melodía inacabada para siempre en el atril; las flores indias que ella recogió en el invernadero, y que se marchitaban en viejos jarrones de Sajonia; y, al pie del lecho, sobre una piel negra, las pequeñas chinelas de terciopelo oriental sobre las que brillaba una divisa risueña de Vera, bordada de perlas: «*Quien vea a Vera la amará*». Los pies desnudos de la amada aún jugaban en ellas ayer por la mañana, besados a cada paso por el plumón de los cisnes. Y allí, allí, en la sombra, estaba el péndulo cuyo resorte había roto él para que no volviera a dar más horas.

¿Se había ido!... ¿Adónde?... ¿Seguir viviendo? ¿Para qué?... Era imposible, absurdo.

Y el conde se sumía en desconocidos pensamientos.

Pensaba en toda la existencia pasada. Seis meses habían transcurrido desde aquel matrimonio. ¿No fue en el extranjero, en el baile de una embajada, donde la había visto por primera vez?... Sí. Ese instante resucitaba ante sus ojos, muy nítido. Ella se le aparecía allí, radiante. Aquella noche, sus miradas se habían encontrado. Íntimamente, se habían reconocido de igual naturaleza, y asumían que debían amarse para siempre.

Las conversaciones decepcionantes, las sonrisas que observan, las insinuaciones, todas las dificultades que suscita el mundo para retrasar la inevitable felicidad de aquellos que se pertenecen se habían desvanecido ante la tranquila certeza que, en ese mismo instante, tuvieron el uno del otro.

Vera, cansada de los ceremoniosos cumplidos de su círculo, había ido a su encuentro en la primera circunstancia enojosa, simplificando así, de augusta manera, las triviales formalidades en que se pierde el precioso tiempo de la vida.

Desde las primeras palabras, ¡cómo las vanas apreciaciones de los indiferentes sobre ellos les parecieron una bandada de aves nocturnas que vuelven a las tinieblas! ¡Qué sonrisa

intercambiaron! ¡Qué inefable abrazo!

Sin embargo, su naturaleza era, en verdad, de las más extrañas. Se trataba de dos seres dotados de sentidos maravillosos, pero exclusivamente terrenales. Las sensaciones se prolongaban en ellos con una inquietante intensidad. Se olvidaban de sí mismos a fuerza de experimentarlas. En cambio, ciertas ideas, las del alma, por ejemplo, del infinito, de Dios mismo, estaban como veladas a su entendimiento. La fe de un gran número de personas vivas en las cosas sobrenaturales no era para ellos más que un tema de vagos asombros: carta cerrada de la que no se preocupaban por carecer de calidad para condenar o justificar. Por eso, reconociendo que el mundo les era ajeno, se habían aislado, inmediatamente después de su unión, en aquel viejo y sombrío palacete donde el espesor de los jardines amortiguaba los ruidos del exterior.

Allí, los dos amantes se sepultaron en el océano de esas alegrías lánguidas y perversas en que el espíritu se mezcla con la carne misteriosa. Agotaron la violencia de los deseos, los estremecimientos y las ternuras desenfadadas. Confundieron el uno en el otro la palpitación de sus seres. En ellos, el espíritu intuía tan bien el cuerpo que sus formas les parecían intelectuales, y los besos, eslabones ardientes, los encadenaban en una fusión ideal. ¡Largo deslumbramiento! De repente, el encanto se rompía; el terrible accidente los desunía; sus brazos se habían desenlazado. ¿Qué sombra le había arrebatado a su querida muerta? ¡Muerta!, no. ¿Acaso el chirrido de una cuerda que se rompe se lleva el alma de los violonchelos?

Pasaron las horas.

Por la ventana miraba avanzar la noche en los cielos: y la Noche le parecía personal; se le antojaba una reina marchando, melancólicamente, al exilio, y el broche de diamante de su túnica de luto, Venus, brillaba, sola, por encima de los árboles, perdida en el fondo del azul.

«Es Vera», pensó.

Ante este nombre, pronunciado en voz muy baja, se estremeció como hombre que se despierta; luego, irguiéndose, miró en torno suyo.

En la habitación, los objetos estaban ahora iluminados por una claridad hasta entonces imprecisa, la de una lamparilla de noche que azulaba las tinieblas, y que la oscuridad, elevada en el firmamento, hacía aparecer aquí como una estrella más. Era la lamparilla, con fragancias de incienso, de un iconostasio, relicario familiar de Vera. El tríptico, de una vieja madera preciosa, estaba colgado por su cordel ruso de esparto entre el espejo y el cuadro. Un reflejo de los oros del interior caía, vacilante, sobre el collar, entre las joyas de la chimenea.

El nimbo de la madona con hábitos de azul cielo brillaba, rosáceo por la cruz bizantina cuyos finos y rojos trazos, fundidos en el reflejo, sombreaban con un tinte de sangre el oriente así encendido de las perlas. Desde la infancia, Vera compadecía, con sus grandes ojos, el rostro maternal y tan puro de la hereditaria madona, y al no poder consagrarle, ¡ay!, por su temperamento más que un amor supersticioso, se lo ofrecía a veces, ingenua, pensativamente, cuando pasaba ante la lamparilla.

Al verla, el conde, conmovido hasta lo más secreto del alma por dolorosos recuerdos, se levantó, sopló rápidamente la luz santa y, a tientas, en la sombra, extendiendo la mano hacia un cordón, llamó.

Apareció un criado. Era un viejo vestido de negro; sostenía una lámpara que colocó ante el retrato de la condesa. Cuando se volvió, lo hizo con un escalofrío de supersticioso terror al ver a su amo de pie y sonriente como si no hubiera pasado nada.

—Raymond —dijo tranquilamente el conde—, esta noche estamos muertos de cansancio la

condesa y yo; servirás la cena hacia las diez. A propósito, hemos decidido aislarnos más aquí desde mañana. Ninguno de mis criados, excepto tú, debe pasar la noche en el palacete. Les entregarás los sueldos de tres años y que se vayan. Luego, echarás la barra del pórtico; encenderás los candelabros de abajo, en el comedor; contigo tendremos suficiente. No recibiremos a nadie desde ahora.

El viejo temblaba y lo miraba atentamente.

El conde encendió un puro y bajó a los jardines.

El sirviente pensó al principio que el dolor, demasiado hondo, demasiado desesperado, había trastornado la mente de su amo. Lo conocía desde la infancia; comprendió al instante que el choque de un despertar demasiado repentino podía ser fatal para aquel sonámbulo. Su deber, ante todo, era respetar aquel secreto.

Bajó la cabeza. ¿Servicial complicidad con aquel sueño religioso? ¿Obedecer?... ¿Seguir sirviéndoles sin tener en cuenta a la Muerte? ¡Qué extraña idea!... ¿Resistiría una noche?... Mañana, mañana, ¡ay!... ¡Ah!, ¿quién podía saberlo?... ¡Tal vez!... ¡Proyecto sagrado, después de todo!. ¿Qué derecho tenía él a reflexionar?...

Salió de la habitación, ejecutó las órdenes al pie de la letra, y esa misma noche dio comienzo la insólita existencia.

Se trataba de crear un terrible espejismo.

El malestar de los primeros días se disipó pronto. Al principio con estupor, luego con una especie de deferencia y de ternura, Raymond se las había ingeniado tan bien para ser natural que aún no habían transcurrido tres semanas cuando se sintió, por momentos, casi víctima de su buena voluntad. ¡Las reservas mentales palidecían! A veces, sintiendo una especie de vértigo, tuvo la necesidad de decirse que la condesa estaba efectivamente difunta. Se entregaba a este fúnebre juego y olvidaba a cada instante la realidad. Muy pronto necesitó más de una reflexión para convencerse y rehacerse. Bien vio que terminaría abandonándose por entero al espantoso magnetismo con que el conde penetraba poco a poco la atmósfera alrededor de ellos. Tenía miedo, un miedo indeciso, suave.

En efecto, De Athol vivía en la más absoluta inconsciencia de la muerte de su amada. No podía sino encontrarla siempre presente, tan mezclada con la suya estaba la forma de la joven. Unas veces, en un banco del jardín, los días de sol, leía en voz alta las poesías que a ella le gustaban; otras, al anochecer, junto a la chimenea, con dos tazas de té sobre un velador, hablaba con la risueña ilusión, sentada, a sus ojos, en el otro sillón.

Pasaron volando los días, las noches, las semanas. Ni el uno ni el otro sabían lo que estaban haciendo. Y ahora ocurrían fenómenos singulares en los que resultaba difícil distinguir el punto en que lo imaginario y lo real eran idénticos. En el aire flotaba una presencia; una forma se esforzaba por manifestarse, por urdirse en el espacio vuelto indefinible.

De Athol vivía doble, como iluminado. Un rostro dulce y pálido, entrevisto como el relámpago, en un abrir y cerrar de ojos; un débil acorde tocado al piano, de pronto; un beso que le cerraba la boca en el momento en que iba a hablar, afinidades de pensamientos femeninos que despertaban en él como respuesta a lo que decía, un desdoblamiento tal de sí mismo que sentía, como en una niebla fluida, el perfume vertiginosamente dulce de la amada a su lado, y, por la noche, entre la vigilia y el sueño, unas palabras oídas en voz muy baja: todo le advertía. ¡Era una negación de la Muerte, elevada, por fin, a una potencia desconocida!

Una vez, De Athol la sintió y la vio tan cerca que la tomó en sus brazos, pero ese movimiento

la disipó.

—¡Pequeña! —murmuró sonriendo.

Y volvió a dormirse como un amante enojado con su querida risueña y adormilada.

El día de su cumpleaños, puso, en broma, una siempreviva en el ramo de flores que dejó en la almohada de Vera.

—Ya que se cree muerta... —dijo.

Gracias a la profunda y todopoderosa voluntad del señor De Athol, que, a fuerza de amor, forjaba la vida y la presencia de su mujer en el solitario palacete, aquella existencia había terminado por volverse de un encanto sombrío y persuasivo. El propio Raymond ya no sentía el menor espanto por haberse acostumbrado de manera gradual a aquellas impresiones.

Un vestido de terciopelo negro vislumbrado en el recodo de una alameda; una voz risueña que lo llamaba en el salón; el sonido de la campanilla por la mañana al despertarse, como antes; todo esto se le había vuelto familiar. Se hubiera dicho que la muerta jugaba al escondite, como una niña. ¡Se sentía tan amada! Era muy natural.

Había transcurrido un año.

La noche del aniversario, el conde, sentado junto al fuego, en la habitación de Vera, acababa de leerle un cuento florentino: *Calímaco*<sup>315</sup>. Cerró el libro; luego, mientras se servía un té, dijo:

—¡*Duschka!*<sup>316</sup>, ¿te acuerdas del valle de las Rosas, a orillas del Lahn, del castillo de las Cuatro Torres?... Esta historia te los ha recordado, ¿verdad?

Se levantó y, en el espejo azulino, se vio más pálido que de costumbre. Tomó una pulsera de perlas de una copa y miró atentamente las perlas. ¿No se las había quitado Vera de su brazo hacía un instante, antes de desvestirse? Las perlas aún estaban tibias y su oriente más suavizado, como por el calor de su carne. ¡Y el ópalo de aquel collar siberiano, que también amaba el bello seno de Vera hasta palidecer, de manera enfermiza, en su engaste de oro, cuando la joven lo olvidaba durante un tiempo! ¡Por eso la condesa amaba tanto en el pasado aquella piedra fiel!... Esa noche el ópalo brillaba como si acabara de quitárselo y como si el magnetismo exquisito de la bella muerta aún lo captase. Al dejar el collar y la piedra preciosa, el conde tocó por azar el pañuelo de batista cuyas gotas de sangre estaban húmedas y rojas como claveles sobre la nieve... Allí, en el piano, ¿quién había pasado la página final de la melodía de antaño? ¡Cómo! ¡La lamparilla sagrada había vuelto a encenderse en el relicario! Sí, su llama dorada iluminaba místicamente el rostro, de ojos cerrados, de la madona. Y aquellas flores orientales recién cortadas, que se abrían en los viejos jarrones de Sajonia, ¿qué mano acababa de colocarlas allí? La habitación parecía alegre y dotada de vida, de una forma más significativa y más intensa que de costumbre. ¡Pero nada podía sorprender al conde! Aquello le parecía tan normal que ni siquiera prestó atención a que la hora sonase en aquel péndulo parado desde hacía un año.

Aquella noche, sin embargo, se hubiera dicho que, desde el fondo de las tinieblas, la condesa Vera se esforzaba adorablemente por volver a aquella habitación totalmente embalsamada de ella. ¡Había dejado allí tanto de su persona! Todo lo que había constituido su existencia la atraía allí. Su encanto flotaba: las largas violencias hechas por la voluntad apasionada de su esposo debían de haber desatado los vagos lazos de lo invisible a su alrededor...

Se la necesitaba. Todo lo que ella amaba estaba allí.

Debía de sentir deseos de ir a sonreírse una vez más en aquel espejo misterioso en el que tantas veces había admirado su rostro de azucena. La dulce muerta, allá abajo, se había

estremecido sin duda en sus violetas, bajo las lámparas apagadas; la divina muerta se había estremecido, en el panteón, completamente sola, al mirar la llave de plata arrojada sobre las losas. ¡También ella quería ir hacia él! Y su voluntad se perdía en la idea del incienso y del aislamiento. La muerte solo es una circunstancia definitiva para los que esperan los cielos; pero la muerte, los cielos y la vida, para ella, ¿no eran su abrazo? Y el beso solitario de su esposo atraía sus labios en la sombra. Y el pasado sonido de las melodías, las palabras embriagadas de antaño, los paños que cubrían su cuerpo y conservaban su perfume, aquellas pedrerías mágicas que la querían, en su oscura simpatía, y, sobre todo, la inmensa y absoluta impresión de su presencia, opinión compartida finalmente por las cosas mismas, todo la llamaba allí, la atraía hacia allí desde hacía tanto tiempo, y de forma tan insensible que, curada al fin de la durmiente Muerte, ¡solo ella faltaba!

¡Ah, las ideas son seres vivos!... El conde había excavado en el aire la forma de su amor, y era preciso que aquel vacío fuese colmado por el único ser que le era homogéneo; de otro modo el universo se habría desmoronado. En ese momento tuvo la impresión, definitiva, simple, absoluta, de que ella debía estar allí, en la habitación. Estaba tan serenamente seguro de ello como de su propia existencia, y todas las cosas a su alrededor estaban saturadas de esa convicción. ¡Se la veía allí! Y, como solo faltaba Vera misma, tangible, exterior, fue preciso que ella se encontrara allí y que el gran sueño de la vida y de la muerte entreabriese un momento sus puertas infinitas. El camino de resurrección era enviado por la fe hasta ella. Un fresco estallido de risa musical iluminó con su alegría el lecho nupcial; el conde se volvió. Y allí, delante de sus ojos, hecha de voluntad y de recuerdo, acodada de forma ligera sobre la almohada de encajes, con la mano sosteniendo sus espesos cabellos negros, la boca deliciosamente entreabierta en una paradisiaca sonrisa de voluptuosidades, bella hasta morir, la condesa Vera lo miraba un poco adormecida todavía.

—¡Roger!... —dijo con voz lejana.

Él acudió a su lado. Sus labios se unieron en un goce divino —olvidadizo—, ¡inmortal!

Y se dieron cuenta, entonces, de que en realidad no eran sino un solo ser.

Las horas rozaron con un vuelo extraño aquel éxtasis en el que por primera vez se mezclaban la tierra y el cielo.

De repente, el conde De Athol se estremeció, como sobrecogido por una reminiscencia fatal.

—¡Ay, ahora me acuerdo!... —dijo—. ¿Qué me pasa? ¡Pero si tú estás muerta!

En el mismo instante en que pronunciaba esas palabras, la mística lamparilla del iconostasio se apagó. La pálida claridad del amanecer —de un amanecer banal, grisáceo y lluvioso— se filtró en la habitación por los intersticios de las cortinas. Las velas palidieron y se apagaron, dejando humear acremente sus mechas rojas; el fuego desapareció bajo una capa de tibias cenizas; las flores se marchitaron y secaron en unos instantes; la péndola del reloj recuperó gradualmente su inmovilidad. La certeza de todos los objetos se esfumó súbitamente. El ópalo, muerto, ya no brillaba; las manchas de sangre también se habían marchitado en el pañuelo de batista, junto a ella; y, desvaneciéndose entre los brazos desesperados que en vano querían seguir abrazándola, la ardiente y blanca visión volvió al aire y en él se perdió. Un débil suspiro de despedida, nítido, lejano, llegó hasta el alma de Roger. El conde se puso de pie; acababa de darse cuenta de que estaba solo. Su sueño se había disuelto de improviso; había roto el magnético hilo de su radiante trama con una sola palabra. La atmósfera era, ahora, la de los difuntos.

Como esas lágrimas de vidrio, agrupadas sin ninguna lógica, y sin embargo tan sólidas que un



golpe de mazo en su parte más gruesa no rompería, pero que caen en un súbito e impalpable polvo si se rompe su extremidad, más fina que la punta de una aguja, todo se había desvanecido.

—¡Oh! —murmuró—, ¡se acabó! ¡Perdida!... ¡Completamente sola! ¿Cuál es ahora la ruta para llegar hasta ti? ¡Indícame el camino que puede llevarme hacia ti!...

De pronto, como una respuesta, un objeto brillante cayó del lecho nupcial sobre la negra piel con un ruido metálico: ¡un rayo de la horrible luz terrestre lo iluminó!... El abandonado se agachó, lo cogió, y una sonrisa sublime iluminó su rostro al reconocer el objeto: era la llave de la tumba.

# GUY DE MAUPASSANT

## APARICIÓN

### APPARITION

Se hablaba de secuestros a propósito de un proceso reciente<sup>317</sup>. Era al final de una velada íntima, en la calle Grenelle, en un antiguo palacete, y cada cual tenía su historia, una historia cuya veracidad aseguraba.

Entonces, el viejo marqués de la Tour-Samuel, de ochenta y dos años de edad, se levantó y fue a apoyarse en la chimenea. Dijo con su voz algo trémula:

—También yo sé una cosa extraña, tan extraña que ha sido la obsesión de mi vida. Ya hace cincuenta y seis años que me ocurrió esta aventura, y no pasa un mes sin que vuelva a verla en sueños. De ese día me ha quedado una marca, una impronta de miedo, ¿me comprenden? Sí, durante diez minutos sufrí el horrible espanto, de tal modo que desde esa hora se me quedó en el alma una especie de terror. Los ruidos inesperados hacen que me estremezca hasta el corazón; los objetos que distingo mal en las sombras del crepúsculo me dan unas ganas locas de echar a correr. En fin, tengo miedo de la noche.

»¡Oh!, no lo habría confesado antes de haber alcanzado la edad que tengo. Ahora puedo decirlo todo. Cuando se tienen ochenta y dos años, está permitido no ser valiente ante los peligros imaginarios. Ante los peligros verdaderos no he retrocedido nunca, señoras.

»Esta historia trastornó tanto mi espíritu, me sumió en una turbación tan profunda, tan misteriosa, tan terrible, que ni siquiera la he contado nunca. La he guardado en lo más hondo de mí, en ese fondo donde se ocultan los secretos penosos, los secretos vergonzosos, todas las inconfesables flaquezas que tenemos en nuestra existencia.

»Voy a contarles la aventura tal como sucedió, sin tratar de explicarla. Desde luego ha de tener una explicación, a menos que yo haya tenido mi hora de locura. Pero no, no estaba loco, y lo demostraré ante ustedes. Imaginen lo que quieran. Me limitaré a contar los hechos.

»Fue en 1827, en el mes de julio. Yo me encontraba en Ruán, de guarnición.

»Un día, cuando paseaba por el muelle, me crucé con un hombre al que creí reconocer sin recordar exactamente quién era. De manera instintiva hice un movimiento para detenerme. El desconocido se dio cuenta del gesto, me miró y cayó en mis brazos.

»Era un amigo de juventud a quien había querido mucho. En los cinco años que no lo había visto, parecía haber envejecido medio siglo. Su pelo estaba completamente blanco, y caminaba encorvado, como consumido. Comprendió mi sorpresa y me contó su vida. Una desgracia terrible lo había destrozado.

»Locamente enamorado de una joven, se había casado con ella en una especie de éxtasis de felicidad. Después de un año de dicha sobrehumana y de una pasión inextinguible, ella había muerto de repente de una enfermedad de corazón, devorada por el propio amor, sin duda.

»Él había abandonado su castillo el mismo día del entierro y se había ido a vivir a su palacete de Ruán. Vivía allí, solitario y desesperado, roído por el dolor, tan miserable que solo pensaba en el suicidio.

»—Ya que te encuentro así —me dijo—, te pediré que me hagas un gran favor, el de ir a buscar a mi casa, en el escritorio de mi habitación, de nuestra habitación, algunos documentos que preciso con urgencia. No puedo encargárselo a un subalterno o a un hombre de negocios, porque necesito una discreción impenetrable y un silencio absoluto. En cuanto a mí, por nada del mundo volveré a entrar en esa casa. Te daré la llave de esa habitación que yo mismo cerré al marcharme, y la llave de mi escritorio. Entregarás además una nota mía al jardinero, que te abrirá el castillo. Pero ven mañana a almorzar conmigo y hablaremos de ello.

»Le prometí hacerle aquel pequeño favor. Además, para mí no era más que un paseo, ya que su finca estaba situada a unas cinco leguas de Ruán. Tenía para una hora de caballo.

»Al día siguiente, a las diez, estaba en su casa. Almorzamos los dos solos; pero él no pronunció ni veinte palabras. Me pidió que lo disculpase; pensar en la visita que yo iba a hacer a aquella habitación en la que yacía su dicha lo trastornaba, me decía. Y, en efecto, me pareció singularmente agitado, preocupado, como si en su alma estuviera librándose un misterioso combate.

»Por último, me explicó exactamente lo que debía hacer. Era muy sencillo. Tenía que tomar dos paquetes de cartas y un fajo de papeles guardados en el primer cajón de la derecha del mueble cuya llave tenía. Añadió: —No necesito rogarte que no pongas los ojos en ellos.

»Casi me hirió esta frase, y se lo dije con cierta vivacidad.

»Balbució: —Perdóname, sufro demasiado.

»Y se echó a llorar.

»Lo dejé hacia la una para cumplir mi misión.

»Hacía un tiempo radiante, y yo iba al trote largo a través de los prados, escuchando cantos de alondras y el ruido acompasado de mi sable contra mi bota.

»Luego entré en el bosque y puse mi caballo al paso. Ramas de árboles acariciaban mi rostro; y a veces atrapaba una hoja con los dientes y la masticaba con avidez, con una de esas alegrías de vivir que, sin saber por qué, te colman de una felicidad tumultuosa y como inasequible, de una especie de fuerza embriagadora.

»Al acercarme al castillo, busqué en el bolso la carta que tenía para el jardinero, y advertí con asombro que estaba lacrada. Tanta fue mi sorpresa y mi irritación que estuve a punto de volverme sin llevar a cabo el encargo. Luego pensé que con eso iba a demostrar una susceptibilidad de mal gusto. Mi amigo habría podido, además, cerrar la nota sin darse cuenta, trastornado como estaba.

»La mansión parecía abandonada hacía veinte años. La barrera, abierta y podrida, se tenía en pie no se sabía cómo. La hierba llenaba las alamedas; los arriates no se distinguían ya del césped.

»El ruido que hice al pegar patadas a un postigo hizo salir a un viejo de una puerta lateral, que pareció estupefacto al verme. Salté a tierra y le entregué mi carta. La leyó, la releyó, le dio vueltas, me miró de soslayo, se guardó el papel en el bolsillo y dijo: —¡Y bien! ¿Qué desea?

»Yo respondí bruscamente: —Usted debe de saberlo, ya que ha recibido en esa carta las órdenes de su señor; quiero entrar en el castillo.

»Pareció aterrado. Declaró: —Entonces, ¿va usted a... a su habitación?

»Yo empezaba a perder la paciencia: —¡Pardiez! ¿Es que acaso tiene usted intención de interrogarme?

»Balbució: —No..., señor..., pero es que... es que no se ha abierto desde... desde la... muerte. Si quiere esperarme cinco minutos, voy a ir... a ver si...

»Lo interrumpí lleno de cólera: —¡Pero, vamos!, ¿está burlándose de mí? Usted no puede entrar, porque yo tengo la llave.

»Él ya no sabía qué decir.

»—Entonces, señor, le enseñaré el camino.

»—Enséñeme la escalera y déjeme solo. La encontraré sin usted.

»—Pero..., señor..., sin embargo...

»Esta vez, me enfurecí de veras: —Ahora cállese, ¿de acuerdo? O tendrá que vérselas conmigo.

»Lo aparté violentamente y entré en la casa.

Atravesé primero la cocina, luego dos pequeñas estancias que aquel hombre ocupaba con su mujer. Crucé después un gran vestíbulo, subí la escalera y reconocí la puerta indicada por mi amigo.

»La abrí sin dificultad y entré.

»El aposento estaba tan oscuro que al principio no distinguí nada. Me detuve, sobrecogido por ese insulso olor a moho de las estancias deshabitadas y condenadas, de las habitaciones muertas. Luego, poco a poco, mis ojos se habituaron a la oscuridad y vi con bastante nitidez un amplio aposento desordenado, con una cama sin sábanas, pero con sus colchones y sus almohadas, una de las cuales conservaba la huella profunda de un codo o de una cabeza, como si alguien acabara de apoyarse encima.

»Las sillas parecían desordenadas. Observé que una puerta, la de un armario tal vez, había quedado entreabierta.

»Fui primero a la ventana para tener luz y traté de abrirla; pero los herrajes de la contraventana estaban tan herrumbrosos que no pude conseguir que cedieran.

»Traté incluso de romperlos con mi sable, sin lograrlo. Como me exasperaba la inutilidad de aquellos esfuerzos, y como mis ojos habían terminado por acostumbrarse perfectamente a la penumbra, renuncié a la esperanza de ver más claro y fui hacia el escritorio.

»Me senté en un sillón, bajé la tapa del escritorio, abrí el cajón indicado. Estaba lleno hasta los bordes. Solo necesitaba tres paquetes, que no sabía cómo reconocer, y me puse a buscarlos.

»Abría desmesuradamente los ojos para descifrar los sobrescritos cuando creí oír, o, mejor dicho, sentir, un roce a mi espalda. No le di más importancia, pensando que una corriente de aire había movido alguna tela. Pero, al cabo de un minuto, otro movimiento, casi indistinto, hizo que un singular y pequeño escalofrío desagradable corriese por mi piel. Era tan estúpido alterarse, ni siquiera un poco, que no quise darme la vuelta, por pudor hacia mí mismo. Acababa de descubrir

en ese momento el segundo de los fajos que necesitaba; y encontré justo el tercero precisamente cuando un suspiro profundo y penoso, lanzado junto a mi espalda, me hizo dar un salto de loco a dos metros de allí. En mi impulso me había dado la vuelta con la mano en la empuñadura de mi sable, y, desde luego, de no haberlo sentido tan cerca, habría huido como un cobarde.

»Una mujer alta vestida de blanco me miraba, de pie tras el sillón en que yo estaba sentado un segundo antes.

»¡Por mis miembros corrió tal sacudida que estuve a punto de caerme de espaldas! ¡Oh!, nadie puede comprender, a menos que los haya sentido, esos espantosos y estúpidos terrores. El alma se funde; uno ya no siente el corazón; el cuerpo entero se vuelve blando como esponja; se diría que todo nuestro ser interior se desmorona.

»Yo no creo en fantasmas; y, sin embargo, desfallecí con el horroroso miedo a los muertos; y sufrí, ¡sí!, sufrí en unos instantes más que en todo el resto de mi vida, con la angustia irresistible de sus espantos sobrenaturales.

»¡Si ella no hubiera hablado, quizá me habría muerto! Pero habló; habló con una voz dulce y dolorosa que hacía vibrar los nervios. No me atrevería a decir que volví a ser dueño de mí mismo y que recuperé la razón. No. Estaba enloquecido, hasta el punto de no saber lo que hacía; pero esa especie de altivez íntima que hay en mí y también un poco de orgullo profesional me hicieron conservar, casi a pesar mío, una compostura honorable. Guardaba las apariencias para mí mismo, y sin duda para ella, quienquiera que fuese, mujer o espectro. Me di cuenta de todo esto más tarde, porque les aseguro que, en el instante de la aparición, no pensaba en nada. Tenía miedo.

»Ella dijo: ¡Oh!, señor, ¡usted puede hacerme un gran favor!

»Quise responder, pero me fue imposible pronunciar una sola palabra. Un ruido vago salió de mi garganta.

»Ella continuó: ¿Quiere? Puede usted salvarme, curarme. Sufro horribilmente. Sufro, ¡oh, cuánto sufro!

»Y se sentó delicadamente en mi sillón. Me miraba: ¿Quiere?

»Dije “¡sí!” con la cabeza, porque mi voz seguía paralizada.

»Entonces me tendió un peine de carey y murmuró: Péineme, ¡oh!, péineme; eso me curará; necesito que me peinen. Mire mi cabeza... Cómo sufro; y ¡qué daño me hace el pelo!

»Sus cabellos sueltos, larguísimo, muy negros (eso me parecía), colgaban por el respaldo del sillón y tocaban el suelo.

»¿Por qué lo hice? ¿Por qué recibí tiritando aquel peine, y por qué sostuve en mis manos sus largos cabellos, que produjeron en mi piel una sensación de un frío atroz, como si hubiera manejado serpientes? No lo sé.

»Aquella sensación se me quedó en los dedos, y me estremezco cuando pienso en ella.

»La peiné. Manejé no sé cómo aquella cabellera de hielo. La retorcí, la até y la solté; la trencé como se trezan las crines de un caballo. Ella suspiraba, inclinaba la cabeza, parecía feliz.

»De repente me dijo “¡Gracias!”, me arrancó el peine de las manos y escapó por la puerta que yo había visto entreabierta.

»Cuando me quedé solo, sentí durante unos segundos esa turbación confusa de quien despierta tras una pesadilla. Luego, cuando por fin recobré mis sentidos, corrí a la ventana y rompí las contraventanas de un furioso empujón.

»Entró una oleada de luz. Me lancé hacia la puerta por donde aquella criatura se había ido. La

encontré cerrada e inquebrantable.

»Entonces me invadió una fiebre de huida, un pánico, el verdadero pánico de las batallas. Agarré bruscamente los tres paquetes de cartas del escritorio abierto; crucé el aposento corriendo, salté los peldaños de la escalera de cuatro en cuatro, me encontré fuera sin saber dónde y, al ver a mi caballo a diez pasos de mí, lo monté de un salto y partí al galope.

»No paré hasta Ruán, delante de mi casa. Después de tirarle a mi ordenanza las bridas, hui a mi habitación, donde me encerré para reflexionar.

»Entonces, durante una hora, me pregunté ansiosamente si no había sido juguete de una alucinación. Desde luego, había tenido una de esas incomprensibles conmociones nerviosas, uno de esos enloquecimientos del cerebro que engendran los milagros, y a los que lo sobrenatural debe su poder.

»Y estaba a punto de creer en una visión, en un error de mis sentidos, cuando me acerqué a la ventana. Por casualidad, mis ojos descendieron sobre mi pecho. ¡Mi dolmán<sup>318</sup> estaba lleno de largos cabellos de mujer que se habían enrollado en los botones!

»Los tomé uno a uno y los tiré afuera con temblor en los dedos.

»Luego llamé a mi ordenanza. Me sentía demasiado emocionado, demasiado alterado para ir ese mismo día a casa de mi amigo. Y además quería reflexionar detenidamente lo que debía decirle.

»Mandé que le llevaran sus cartas, de las que entregó un recibo al soldado. Preguntó mucho por mí. Se le dijo que estaba indispuerto, que había sufrido una insolación, no sé qué. Pareció inquieto.

»Fui a su casa al día siguiente, en cuanto amaneció, decidido a decirle la verdad. Había salido el día antes por la noche y no había regresado.

»Volví durante el día; no habían vuelto a verlo. Esperé una semana. No reapareció. Entonces avisé a la justicia. Lo buscaron por todas partes, sin descubrir rastro alguno de su paso o de su retiro.

»Se hizo una minuciosa inspección del castillo abandonado. No se descubrió nada sospechoso.

»Ningún indicio reveló que allí hubiera estado escondida una mujer.

»Como la investigación no daba ningún resultado, se interrumpieron las pesquisas.

»Y desde hace cincuenta y seis años no he averiguado nada. No sé nada más.

# JULES VERNE

## FRRITT-FLACC

### I

¡Frritt!... es el viento desencadenado.

¡Flacc!... es la lluvia que cae a torrentes.

Esa ráfaga mugiente curva los árboles de la ladera volsiniana y va a romperse contra el flanco de las montañas de Crimma. A lo largo del litoral, altas rocas son incesantemente roídas por las olas de ese vasto mar de la Megalócrida<sup>319</sup>.

¡Frritt!... ¡Flacc!

En el fondo del puerto se oculta la pequeña población de Luktrop. Unos cuantos cientos de casas, con miradores verdosos que a duras penas las defienden de los vientos de alta mar. Cuatro o cinco calles empinadas, más barrancos que calles, pavimentadas con guijarros, sucias de las escorias que proyectan los conos eruptivos del fondo. El volcán no está lejos, el Vanglor. Durante el día, el impulso interior se expande en forma de vapores sulfurosos. Durante la noche, a cada minuto, grandes vómitos de llamas. Como un faro, con un alcance de ciento cincuenta *kertses*, el Vanglor señala el puerto de Luktrop a los barcos de cabotaje, *felzanes*, *verliches* o *balanzas*<sup>320</sup>, cuya roda sierra las aguas de la Megalócrida.

Al otro lado de la villa se amontonan algunas ruinas de la época crimmeriana. Luego, en el arrabal de aspecto árabe, una alcazaba, de muros blancos, techos redondos y terrazas devoradas por el sol —montón de cubos de piedras arrojadas al azar—. Auténtico montón de dados cuyos puntos se habrían borrado bajo la pátina del tiempo.

Entre otros destaca el Seis-Cuatro, nombre dado a una extraña construcción que tiene seis aberturas en una cara, y cuatro en la otra.

Un campanario domina la villa, el campanario cuadrado de Sainte-Philfilène, con campanas suspendidas entre la separación de los muros de sostén, y que el huracán echa al vuelo algunas veces. Mala señal. Entonces en toda la región cunde el miedo.

Así es Luktrop. Además, viviendas dispersas en el campo, en medio de las retamas y los brezos, *passim*, como en Bretaña. Pero no estamos en Bretaña. ¿Estamos en Francia? No sé. ¿En Europa? Lo ignoro.

En cualquier caso, no busquéis Luktrop en el mapa, ni siquiera en el atlas de Stieler.

## II

¡Froc!... Han dado un discreto golpe en la estrecha puerta del Seis-Cuatro, en la esquina izquierda de la calle Messaglière. Es una casa de las más confortables —si es que este término puede usarse en Luktrop—, una de las más ricas —si es que ganar un año con otro algunos miles de *fretzersconstituye* riqueza—.

Al golpe ha respondido uno de esos ladridos salvajes, en los que hay mucho de aullido, que sería el ladrido de un lobo. Luego, una ventana se abre en la parte superior de la puerta del Seis-Cuatro.

—¡Al diablo con los importunos! —dijo una voz malhumorada.

Una joven tiritando bajo la lluvia, envuelta en una mala capa, pregunta si el doctor Trifulgas está en casa.

—Está o no está... ¡eso según!

—Vengo porque mi padre está muriéndose.

—¿Dónde está muriéndose?

—Por la parte del Val Karniou, a cuatro *kertses* de aquí.

—¿Y cómo se llama?...

—Vort Kartif.

—Vort Kartif... ¿el hornero?

—Sí, y si el doctor Trifulgas...

—¡El doctor Trifulgas no está!

Y la ventana se cerró brutalmente mientras los Frritts del viento y los Flaccs de la lluvia se confundían en un alboroto ensordecedor.

## III

Un hombre duro el doctor Trifulgas. Poco compasivo, que solo curaba a cambio de dinero pagado por adelantado. Su viejo Hurzof —una mezcla de bulldog y podenco— habría tenido más corazón que él. La casa del Seis-Cuatro, inhospitalaria para los pobres, solo se abría para los ricos. Además, todo tenía su tarifa: tanto por una fiebre tifoidea, tanto por una congestión, tanto por una pericarditis y otras enfermedades que los médicos se inventan por docenas. Y el hornero Vort Kartif era un hombre pobre, de una familia miserable. ¿Por qué iba a molestarle el doctor Trifulgas, y en semejante noche?

—¡Solo el haberme hecho levantar —murmuró al acostarse— ya valía diez *fretzers*!

Apenas habían transcurrido veinte minutos cuando la aldaba volvió a golpear la puerta del Seis-Cuatro.

Gruñendo, el doctor abandonó su cama y asomándose a la ventana gritó:

—¿Quién va?

—Soy la mujer de Vort Kartif.

—¿El hornero del Val Karniou?



—Sí, y, si usted se niega a ir, él morirá.

—Bueno, se quedará usted viuda.

—Aquí tiene veinte *fretzers*...

—¿Veinte *fretzers* por ir al Val Karniou, que está a cuatro *kersters* de aquí?

—¡Por favor!

—¡Al diablo!

Y la ventana volvió a cerrarse. ¡Veinte *fretzers*! ¡Vaya una ganancia! Arriesgarse a un catarro o a unas agujetas por veinte *fretzers*, sobre todo cuando, al día siguiente, a uno le esperan en Kiltreno, en casa del rico Edzignov, el gotoso, ¡cuya gota se explota a cincuenta *fretzers* la visita!

Con esta agradable perspectiva, el doctor Trifulgas volvió a dormirse con un sueño más profundo que antes.

#### IV

¡Frritt!... ¡Flacc!... Y luego, ¡froc!... ¡froc!... ¡froc!

A la ráfaga se han unido esta vez tres golpes de aldaba, dados con una mano más decidida. El doctor dormía. Se despertó, ¡pero de qué humor! Cuando abrió la ventana, el huracán entró como en una lluvia de metralla.

—Es por el hornero...

—¡Otra vez ese miserable!

—¡Soy su madre!

—¡Ojalá la madre, la mujer y la hija revienten con él!

—¡Ha tenido un ataque!...

—¡Pues que se defienda!

—Nos han dado algún dinero —prosiguió la abuela—, un adelanto por la casa que hemos vendido al comendador Dontup, de la calle Messaglière. ¡Si usted no va, mi nieta se quedará sin padre, mi hija se quedará sin marido, y yo sin hijo!...

Era lastimero y terrible oír la voz de aquella vieja, pensar que el viento le helaba la sangre en las venas y que la lluvia le calaba los huesos debajo de su escasa carne.

—¡Un ataque son doscientos *fretzers*! —respondió el despiadado Trifulgas.

—¡Solo tenemos ciento veinte!

—¡Buenas noches!

Y la ventana se cerró de nuevo. Pero, después de reflexionar, aquellos ciento veinte *fretzers* por hora y media de carrera, más media hora de visita, seguían siendo sesenta *fretzers* la hora — un *fretzer* por minuto—. Pequeño beneficio, aunque sin embargo nada desdeñable.

En lugar de acostarse de nuevo, el doctor se embutió en su traje de *valvêtre*, bajó con sus grandes botas de pantano, se metió en su hopalanda de *lurtaine*, y, con su *surouët* en la cabeza y sus manoplas en las manos, dejó la lámpara encendida cerca de su Códex, abierto en la página 197. Luego, empujando la puerta del Seis-Cuatro, se detuvo en el umbral.

¡Allí estaba la vieja, apoyada en su bastón, descarnada por sus ochenta años de miseria!

—¿Dónde están los ciento veinte *fretzers*?

—Aquí, ¡y que Dios se los devuelva centuplicados!

—¡Dios! ¡El dinero de Dios! ¿Ha visto alguna vez alguien de qué color es?  
El doctor silbó a Hurzof, le puso una pequeña linterna en el hocico, y tomó el camino del mar.  
La vieja lo seguía.

## V

¡Qué tiempo de Frritts y de Flaccs! Las campanas de Sainte-Philfilène se han echado al vuelo bajo la borrasca. Mala señal. ¡Bah!, el doctor Trifulgas no es supersticioso. No cree en nada, ni siquiera en su ciencia —salvo por lo que esa ciencia le reporta—. ¡Qué tiempo, pero también qué camino! Guijarros y escorias —los guijarros, resbaladizos por las algas, las escorias, que crepitan como residuos de minerales ferrosos y de hulla—. Solo la luz de la linterna del perro Hurzof, vaga, vacilante. A veces, la erupción de llamas del Vanglor, en medio de las cuales parecen agitarse grandes siluetas borrosas. En realidad, no se sabe qué hay en el fondo de esos cráteres insondables. Quizá las almas del mundo subterráneo, que se volatilizan al salir.

El doctor y la vieja siguen el contorno de las pequeñas bahías del litoral. El mar está blanco, de un blanco lívido —un blanco de duelo—. Riela descrestándose en la línea fosforescente de la resaca, que parece verter ollas de gusanos de luz sobre la playa.

Ambos suben así hasta el recodo del camino, entre las dunas onduladas, cuyas retamas y juncos chocan entre sí con un ruido de bayonetas.

El perro se había acercado a su amo y parecía decirle:

—¡Eh! ¡Ciento veinte *fretzers* para meter en el arcón! ¡Así es como se hace fortuna! ¡Una fanega más en el cercado de la viña! ¡Un plato más en la cena! ¡Un plato de papas más para el fiel Hurzof! ¡Cuidemos a los ricos enfermos, y sangrémosles... la bolsa!

En ese punto la vieja se detiene. Con su dedo trémulo señala, en la sombra, una luz rojiza. Es la casa de Vort Kartif, el *craquelinier*<sup>321</sup>.

—¿Allí? —dice el doctor.

—Sí —responde la vieja.

—¡Harrauah! —ladra el perro Hurzof.

De repente el Vanglor explota, sacudido hasta los contrafuertes de su base. Un chisporroteo de llamas fuliginosas sube hasta el cénit, agujereando las nubes. El doctor Trifulgas ha sido derribado de repente.

Blasfema como un cristiano, se levanta, mira.

La vieja ya no está detrás de él. ¿Ha desaparecido en alguna hendidura del suelo, o ha volado a través de las fluctuantes brumas?

En cuanto al perro, sigue allí, de pie sobre sus patas traseras, con las fauces abiertas y la linterna apagada.

—¡Sigamos! —murmura el doctor Trifulgas.

El honrado hombre ha recibido sus ciento veinte *fretzers*. Ahora tiene que ganárselos.

## VI

Solo un punto luminoso, a medio *kertse*. Es la lámpara del moribundo —quizá del muerto—.

Sí, es la casa del *craquelinier*. La abuela la ha señalado con el dedo. No hay error posible.

En medio de Frritts silbantes, de Flaccs crepitantes, en el tumulto de la tormenta, el doctor Trifulgas camina con paso presuroso.

A medida que avanza, la casa se dibuja mejor, ya que está aislada en medio de la landa.

Es extraordinario observar lo mucho que se parece a la del doctor, al Seis-Cuatro de Luktrop. La misma disposición de ventanas en la fachada, la misma puertecita arqueada.

El doctor Trifulgas se apresura con toda la rapidez que le permite la ráfaga. La puerta está entreabierta, basta con empujarla, la empuja, entra, y el viento vuelve a cerrarla a su espalda, de forma brutal. Fuera, el perro Hurzof aúlla, callándose a intervalos, como los chantres entre los versículos de un salmo de las Cuarenta Horas<sup>322</sup>.

¡Qué extraño! Se diría que el doctor Trifulgas ha vuelto a su propia casa. Sin embargo, no se ha perdido. No ha dado ninguna vuelta. Está desde luego en el Val Karniou, no en Luktrop. Y sin embargo, el mismo corredor bajo y abovedado, la misma escalera de caracol de madera, de gruesa barandilla, gastada por el roce de las manos.

Sube. Llega al descansillo. Delante de la puerta, un débil resplandor se filtra por debajo, como en el Seis-Cuatro. ¿Es una alucinación? En la luz vaga reconoce su cuarto, el canapé amarillo a la derecha, el bargueño de viejo peral a la izquierda, el arcón reforzado donde pensaba depositar sus ciento veinte *fretzers*. Aquí su orejero de cuero, allí su mesa de patas retorcidas, y encima, junto a la moribunda lámpara, su Códex, abierto en la página 197.

—¿Qué me pasa? —murmura.

¿Qué le pasa? Tiene miedo. Sus pupilas se han dilatado. Su cuerpo está como contraído, debilitado. Un sudor helado enfría su piel, sobre la que siente correr rápidas horripilaciones.

¡Pero date prisa! Falta aceite, la lámpara va a apagarse, ¡el moribundo también!

Sí, la cama está ahí, su cama, de columnas, con baldaquino, tan larga como ancha, cerrada con cortinas de grandes rameados. ¿Es posible que eso sea el catre de un miserable *craquelinier*?

Con mano temblorosa, el doctor Trifulgas agarra las cortinas. Las abre, mira.

El moribundo, con la cabeza fuera de las mantas, permanece inmóvil, como a punto de soltar su último aliento. El doctor se inclina sobre él...

¡Ah!, qué grito, al que fuera responde un siniestro ladrido del perro.

El moribundo no es el *craquelinier* Vort Kartif... ¡Es el doctor Trifulgas!... Es a él a quien la congestión ha golpeado, ¡es él mismo! Una apoplejía cerebral, con repentina acumulación de serosidad en las cavidades del cerebro, con parálisis del cuerpo en el lado opuesto a aquel en el que se encuentra el punto de la lesión.

¡Sí!, es él, han venido a buscarle, ¡por él han pagado ciento veinte *fretzers*! ¡Él, que por dureza de corazón se negaba a ir a cuidar al *craquelinierpobre*! ¡Es él el que va a morir!

El doctor Trifulgas está como loco. Se siente perdido. Los accidentes aumentan de minuto en minuto. No solo todas las funciones de relación se suprimen en él, sino que los movimientos del corazón y de la respiración van a cesar. Y, sin embargo, ¡aún no ha perdido por completo la consciencia de sí mismo!

¿Qué hacer? ¿Disminuir la masa de la sangre mediante una emisión sanguínea? Si vacila, el doctor Trifulgas está muerto.

En aquel tiempo todavía se sangraba, y, como ahora, los médicos curaban la apoplejía a todos aquellos que no debían morir por ella.

El doctor Trifulgas coge su maletín, saca su lanceta, pincha la vena del brazo de su sosia. La sangre no llega al brazo. Le hace enérgicas fricciones en el pecho. El juego del suyo se detiene. Le quema los pies con piedras calientes. Los suyos se enfrían.

Entonces su sosia se levanta, se debate, lanza un supremo estertor...

Y el doctor Trifulgas, a pesar de todo lo que ha podido inspirarle la ciencia, se muere entre sus propias manos. ¡Frritt!... ¡Flacc!

## VII

Por la mañana, en la casa del Seis-Cuatro, solo se encontró un cadáver, el del doctor Trifulgas. Lo metieron en un ataúd, y lo llevaron con gran pompa al cementerio de Luktrop, después de tantos otros a los que él había enviado allí, según la fórmula.

En cuanto al viejo Hurzof, se dice que, desde ese día, corre por la landa, con su linterna encendida de nuevo, aullando al perro «*perdido*».

No sé si esto es así, pero pasan tantas cosas extrañas en esa región de la Volsinia, ¡precisamente en los alrededores de Luktrop!

Por otra parte, lo repito, no busquen esa población en el mapa. Los mejores geógrafos no han podido ponerse todavía de acuerdo sobre su situación en latitud, ni siquiera en longitud.

# ÉDOUARD DUJARDIN

## LA VIRGEN DE HIERRO<sup>323</sup>

### LA VIERGE EN FER

*Al señor Édouard Rod<sup>324</sup>*

Una mujer me decía:

—A veces los hombres que nos aman y que nos pertenecen se nos escapan; de repente, cuando estamos hablándoles, comprendemos que su mirada, instantáneamente vaga, está fija en el vacío; mientras nos arreglamos un rizo del pelo, su espíritu ha volado muy lejos; ¿qué ven con esos ojos desencajados? ¿Qué sensación nueva, qué nueva idea los fascina?... Y todo se disipa, la mala visión se difumina, y ahí están de nuevo, sonrientes, cariñosos, enternecidos. Pero nosotras quedamos turbadas e inquietas, pues ignoramos a qué región quimérica han ido hace un instante, y temblamos, pensando que vuelven a nosotras con el estremecimiento de una profundidad desconocida.

—Sí, a veces, ante mis ojos, ha surgido bruscamente una visión extraordinaria, clara; y esa terrible visión atenazaba mi alma y se deslizaba en mi sangre, en mi médula, en mis nervios y en mis músculos; y yo, inmóvil con una fijeza vertiginosa, permanecía presa de una embriaguez atroz, borracho de angustia; luego, como una chispa que se apaga, se desvanecía; solo más tarde, indeciso, volvía su recuerdo igual que un sueño. Pero conservaba en mi alma tal terror que si la visión se hubiera prolongado un cuarto de segundo, mi razón hubiera sucumbido por el delirio de la alucinación.

Nos llamamos. Entonces —estábamos en un rincón del taller de un artista—, un hombre que estaba sentado con la cabeza inclinada hacia sus rodillas, alzó la frente. Tenía la espalda encorvada, las mejillas pálidas y hundidas, la frente arrugada y el pelo gris, y no me parecía un viejo; era alto y delgado; su ropa era elegante, y el aspecto descuidado; sus ojos, muy negros, parecían apagados, pero, cuando se animó, brillaron; de vez en cuando una sonrisa muy desdeñosa separaba sus labios; no hacía gestos; su voz era lenta, con ironías; al final, mientras sus miradas se encendían, tuvo un sombrío arrebató. Nos dijo:

—Oigan la historia que voy a contarles; y si se les ocurre la idea de que mi héroe soy yo,

¡pues conserven o rechacen esa opinión, como gusten!

Desde que la había raptado, mi héroe, un joven, recorría el mundo con su bella amante; y eran dos verdaderos enamorados que juntos paseaban su alegre despreocupación de ciudad en ciudad. Vagaban por los voluptuosos parajes de Alemania; después de atravesar las orillas heroicas del Rin, las arrulladoras colinas de Baden, y el Meno de melancólicos valles, ahora soñaban, en las divertidas y viejas calles de Núremberg, con los dulces amores de los tiempos pasados.

Ese día iban a visitar el castillo de Núremberg.

Por la soleada carretera, junto a ellos iba una pequeña caravana de extranjeros; algunas palabras en francés les hicieron ver que se trataba de compatriotas; había dos mujeres jóvenes con sus maridos; se unieron a ellos. Y todos, hablando y riendo, subían lentamente, de dos en dos, siguiendo las enormes murallas en las que se reflejaban las sombrillas de color rosa y los oropeles.

Del castillo habían hecho un museo de instrumentos de tortura; allí había múltiples aparatos de antiguos suplicios: había caballetes, ruedas, pinzas, espadas, fuelles de fuego, ingenios terribles y raros. Y, al contemplarlos, Lucy se apretaba más contra el pecho de su amante; él estrechaba con más fuerza sus blancas manos; y, bajo aquellas bóvedas, pensando en los miserables que en el pasado aullaban en aquellos suplicios, se miraban, silenciosamente tiernos, y la piedad despertaba su amor; y los besos querían tocar sus labios.

El guía hizo entrar a los turistas en una cámara oscura; después de unos segundos, en el centro de la sala se distinguió en la sombra una figura humana de pie —groseramente modelada, una estatua de madera y hierro, una mujer con una amplia capa rígida—, y el guía hizo girar dos puertas que se abrieron hacia adelante desde el centro de la estatua, mostrando en el interior el sitio de una persona. Las paredes y los dos batientes estaban erizados de largas puntas de hierro; cuando las puertas se cerraban, esas puntas debían traspasar y desgarrar los ojos del condenado, las mejillas, los costados y todo el cuerpo.

La pequeña tropa de parisinos permanecía en silencio; y Lucy ocultaba sus ojos detrás de sus manos enguantadas; descansaba en los brazos de su amante el trémulo alabeo de su pecho, mientras él, sosteniéndola y respirando la tibieza de su pelo, contemplaba al monstruo. Cuando ella se acostumbró, alzó la mirada, movió la cabeza y, de repente, se echó a reír ruidosamente; exclamó que, en última instancia, aquello era demasiado fuerte.

La hermosa joven se había acercado; caminaba con indiferencia alrededor de la estatua golpeando con un guante la sanguinaria pared, y, con la punta de los dedos, tranquilamente, probaba las agudas puntas que, tras siglos de uso, aun así no se habían embotado; con maneras traviesas, se situó delante de la abertura, inclinando el pecho, inspeccionando el interior; y, como toda la tropa se divertía con la travesura, ella, con orgullo, por infantilismo, por pequeña bravata de joven revoltosa, a pesar de la recriminación del guía, entró, se hizo un ovillo contra los terribles costados y, bajo los golpes de su sombrilla, sus faldas rosadas y blancas se pegaron a la estrecha pared de hierro.

—Cierren, y todo habrá acabado —dijo.

Y permanecía frente a su amante con el rostro risueño, entre los dos brazos abiertos del coloso, como en un ataúd no cerrado, dispuesta para el suplicio. Su amante, que trataba de retenerla dulcemente, la llamaba loca y le reñía, la vio así.

Entonces por su cerebro pasó un vapor; creyó ver que la Virgen de hierro cerraba sus brazos.

Le pareció ver que la Virgen de hierro volvía a cerrar sus espantosos brazos, y que volvía a cerrarlos sobre la adorada amante, y que la encerraba, penetrando, desgarrando, triturando, de una forma espantosa, en jirones, entre sus agudas puntas, su dulce carne; distinguió el horror de las llagas abiertas, de los ojos reventados, de los senos agujereados, de la sangre goteando de los queridos costados como desde un cedazo; al gesticular, la cara de su hermosa enamorada le pareció innoble, una punta hundiéndose aquella boca que le besaba; y aquel bello cuerpo que febrilmente cubría con sus labios, aquel bello cuerpo perfumado de donde se exhalaban para él todos los goces, creyó verlo por esa instantánea visión estrujado por las uñas de la Virgen de las Vírgenes; y —misterio de las magias del alma— aquella repugnante contemplación le fascinó tanto, produjo en él una voluptuosidad tan feroz, una alegría tan infernal y diabólica, que su ser se embriagó en ese momento con la idea de ella perdida y de él condenado; tan extraordinaria fue la ebriedad ante esa idea de los espantosos sufrimientos que, con un grito salvaje, ronco, se precipitó sobre el monstruo, y, con sus dos manos, cerró sobre la amante adorada el abrazo de muerte de la Virgen de hierro.

# JULES LERMINA

## LA PUERTA

### LA PORTE

Después de haber participado en una cena de amigos en honor de no sé qué aniversario, había salido del restaurante con la cabeza turbada, quizá un poco borracho; no es que fuese un gran bebedor, pero, nervioso y febril, se emborrachaba de ruido todavía más que de vino.

Pasaba un coche vacío. Llamó al cochero, le dio su dirección, se dejó llevar, muy tranquilo, cantando a media voz una melopea que iba improvisando; llegó delante de su casa, pagó, llamó, gritó su nombre al portero, subió la escalera, sacó la llave del bolsillo, la introdujo en la cerradura, abrió la puerta, volvió a cerrarla con una vuelta de llave y, a la luz de una lamparilla de noche, simple mecha sumergida en el aceite y situada como de costumbre en la mesa al lado de su cama, se desnudó y se acostó.

Al principio cerró los ojos: calma profunda. Sin embargo, en el fondo más remoto de su oído zumbaba un sonido suave, como una esquila en el campo, algo cristalino y velado al mismo tiempo, que vibraba desde la raíz de la nariz hasta el tímpano, y con el que se mezclaba un golpeteo mate, parecido al del hagosidero<sup>325</sup>, que es —como se sabe— la campana de hierro y madera cuyo uso permiten los musulmanes a los cristianos en Oriente.

Después, las dos impresiones acústicas, como dos cuerdas que se acercan, mezclaron su eco en un estremecimiento más agrio que sonoro, que se deshilachaba en un silbido largo que pasaba de una sien a la otra; y cuando toda la orquesta se había echado al vuelo poco a poco, las notas de un oboe —todavía veladas— se deslizaban entre los agudos clarines de una trompeta en el pabellón enloquecido, mientras, por debajo del tema, crepitaba un acompañamiento de golpes blancos y precipitados de una aldaba cuyo hierro estaba envuelto en trapos mojados.

La almohada, animada por un extraño movimiento de báscula, bajaba y subía debajo de la cabeza; y, al bajar, se hundía en un embudo en cuyo fondo una bomba aspiraba el cerebro para luego rechazarlo con violencia.

Abrió los ojos. La impresión de luz debía imponer silencio a aquella sinfonía febril y obligar a la almohada, una cosa inerte en suma, a la inmovilidad.

La lamparilla vacilaba bajo el impulso de alguna corriente de aire, brincaba animada por un



movimiento alternativo que él seguía con interés, al tiempo que lamentaba que fuese irregular y que no le resultara posible contar sus modificaciones.

Mientras tanto, en la alfombra, con el resplandor vio algo negro, ancho, que tenía gruesas antenas, desiguales, abiertas en abanico. Su pecho se encogió, porque le repugnaban los animales. Pero no tardó en reconocer que su brazo, que colgaba fuera de la cama, era la sombra, proyectada por la lamparilla, de su mano, que, sin saberlo, mantenía abierta y con los dedos separados.

Se echó entonces de espaldas, con los ojos siempre abiertos, sin otra cosa que una raedura de cuchillo de madera alrededor de las arcadas superciliares, mientras en la esclerótica sentía que le crecía un pliegue que duplicaba el párpado, rebajándose a la manera de la membrana nictitante de los pájaros.

Tumbado, miraba hacia arriba, viendo destellos largos y estrechos que se alejaban al crecer, para enseñada acercarse con una acuidad de punta.

Bajo su paladar, una mano invisible había puesto un tapón cuya redondez húmeda se pegaba desde la úvula a los dientes.

De repente observó delante de él un movimiento lento, continuo. Era la puerta que despacio, muy despacio, se abría silenciosamente girando sobre sus goznes de terciopelo.

Se abría, sí, aunque hacía un rato hubiera dado al pestillo una vuelta de llave. Se abría con estiramientos de ala, mediante una rotación regular y amplia, con el ángulo creciendo de forma gradual. Ninguna fuerza humana —eso era seguro— habría podido detener aquel deslizamiento que dejaba al descubierto un agujero alto, estrecho, que se dilataba sin ganar en altura, y mostraba, negra e inhabitada, una profundidad de tinta.

Él miraba inmóvil, con un movimiento de contracción en los hombros, plegando el cuello, adelantando la barbilla, entreabriendo sus labios, que se hinchaban.

Del tenebroso agujero, abierto ahora en toda su amplitud, no surgía nada, ni una silueta, ni una línea, ni un punto: aquella nada era un abismo tal que, clavando en él la mirada, sabía que nunca, nunca, alcanzaría su fondo... ¡el fondo de nada!

Sin embargo, esperaba. Una puerta —sobre todo cuando ha sido cerrada con llave— no se abre sin dar PASO a algo. Ese algo, cualquiera que fuese, sería lógico, y curaría la indecible angustia que sentía, teniendo las manos crispadas, con sequedades de pergamino acartonado.

Esperaba y nada venía a aliviar aquella espera que era un sufrimiento. La lamparilla seguía bailando, pero con movimientos más débiles, Elfo que, agotado, va a caer pronto al suelo.

Ese «algo» que no venía había que impedir que viniese. Evolucionó sobre sí mismo con lentitud de reptil pesado y se levantó. Tras sentir la alfombra bajo sus pies, cuyas plantas estaban algodonosas, se lanzó, con prisa por terminar, y se arrojó contra la puerta, sin mirar. La alcanzó, la empujó, la ajustó al marco, manteniéndola con una mano contra cualquier empujón que hubiera llegado —¿por qué no?— del exterior, dando a la llave con la otra una enérgica vuelta. El pestillo crujió. Hecho. Pegó su espalda a la tabla, vencedor.

Volvió a LA cama. La cabeza cayó de nuevo sobre la almohada. ¡Dormir! Su piel estaba seca, con hormigueos internos y ardientes. En su cerebro volvió a empezar la infernal sinfonía, con torbellinos de zarabanda. Rodaba una amplia ola, con un giro ruidoso, ronda de hojas secas. Un sombrero de hierro se había clavado en su cráneo y lo cercaba, con puntas de acero en el forro. Los globos de sus ojos aumentaban, bolas de caucho dilatadas por un soplo continuo.

Evidentemente, se saldrían dentro de poco de sus cavidades demasiado estrechas, pero el soplo cesó sin duda para ejercerse en sentido contrario, porque las bolas disminuían hasta el punto de no ser ya más que canicas de niño.

Un poco más, y dejaría de tener ojos.

Hecho... Le bastó para ver cómo la puerta, aquella puerta infame que tan bien había vuelto a cerrar, evolucionaba despacio, despacio, y cada vez más despacio, cómo se desplegaba despacio, losa de un sepulcro vertical..., y cómo lentamente, muy lentamente, aparecía el cuadrado negro, más grande, más grande aún, con sus formidables profundidades negras.

Sus manos se retorcieron, su garganta cloqueó y la lamparilla, agotada, se apagó.

Por la mañana lo encontraron muerto, congestionado.

La puerta estaba cerrada con doble vuelta, pero el pestillo no estaba encajado en el cierre.

# JULES LERMINA

## EL MANZANO

### LE POMMIER

No era un mal chico el tal Jacques, solo algo fogoso, y a duras penas resistía su primer impulso. Estudiante de derecho, muy trabajador, filósofo imbuido de Schopenhauer<sup>326</sup>, llevaba una vida dura, no tenía dinero, daba lecciones; en resumen, comía de esa vaca que ninguna inoculación ha podido preservar todavía de la rabia.

No era un mal chico en el fondo. Pero la carga empezaba a parecerle muy pesada, y, a veces, se indignaba de tal forma que, en determinadas ocasiones, como se va a ver, podía dejarse llevar demasiado lejos.

Un sábado de verano, con el estómago y el bolsillo vacíos, rabiando ante la idea de cierta excursión proyectada para el día siguiente, y en la que no podría participar por no tener siquiera un luis<sup>327</sup>, se puso a caminar por París y, enfilando todo recto, franqueó los suburbios y finalmente, a las ocho de la noche, se encontró en la llanura de Aubervilliers<sup>328</sup>, en una carretera larga y desnuda, como una línea de tiza en la oscuridad.

Entonces, insigne mala suerte, gruesas gotas de lluvia empezaron a caer, al mismo tiempo que roncaba el trueno. Jacques no era ningún cobarde, no tenía prejuicios, y le importaba poco el rayo, pero mucho la lluvia que calaba sus ropas, preciosas desde el punto de vista presupuestario, y su piel, frágil defensa contra la neumonía.

No tenía refugio alguno: tanto a la derecha como a la izquierda de la carretera, solo había una llanura profunda y desnuda. Por fin, por suerte, un árbol, uno solo, un manzano, algo inclinado, un estupendo manzano parecido a un hombre borracho con el sombrero ladeado hacia la oreja. Jacques le dirigió un breve saludo y se acurrucó bajo las ramas.

La tormenta arreciaba. Evidentemente, Jacques, que no era un mal chico, sin embargo, se sentía irritado contra la suerte. Esas cosas solo le pasaban a él. La naturaleza le odiaba. Blandió su puño hacia las tinieblas en las que la lluvia dibujaba rayas de acero, como suele verse en el teatro.

—¡Brrr! ¡Brrr! ¡Qué tiempo de perros!

Y un segundo personaje llegó, gruñendo, a pegarse al tronco del manzano, de espaldas a Jacques, al que no había visto. Este lo celebró, pues todo indicaba que se trataba de algún chalán que acababa de cerrar algún trato, porque refunfuñaba entre dientes.

—¡Pues sí que es divertido! Y esos animales que me han emborrachado y se han llevado mi coche. ¡Volver a pie con un tiempo así!... ¡Y con el dinero encima!

Jacques no era un mal muchacho. Hay que repetirlo una vez más porque, a partir de este momento, podrían concebirse algunas dudas sobre su carácter.

Al oír lo que aquel desconocido farfullaba y convencido de que, incluso a una petición cortés, no conseguiría un préstamo, Jacques dio despacio la vuelta alrededor del árbol, agarró al hombre por el cuello y, como era muy fuerte, lo estranguló. Acabado este preliminar, se apoderó de la bolsa, la vació en su bolsillo, la tiró al suelo al lado del cuerpo y, como se hacía tarde, se alejó en dirección a París.

El manzano, que no se había movido durante este incidente, se puso a seguirle.

No es muy corriente que un manzano siga a un hombre que acaba de estrangular a otro; por lo tanto, sería injusto tachar a Jacques de débil por el hecho de que se sorprendiera un poco.

Al oír a sus espaldas, en la carretera, el deslizamiento de las raíces, se volvió y vio el árbol, oscuro sobre oscuro.

—Bueno —dijo—, tengo la mente turbada; por falta de costumbre, sin duda. Será eso.

Prosiguió su marcha y el árbol continuó siguiéndole.

«O estoy loco —pensó Jacques—, o lo que aquí ocurre es una manifestación todavía sin explicar de las fuerzas naturales. Lo sabré bien dentro de poco; porque es difícil suponer que los alguaciles de aduanas dejen pasar así a un manzano sin aventurarse por lo menos a hacer alguna observación».

En la barrera<sup>329</sup>, los empleados ni siquiera se molestaron. El manzano dio la impresión de no preocuparse por ellos, y Jacques y el árbol se encontraron, uno detrás del otro, en las calles de París.

Jacques se puso de nuevo a meditar.

«Por lo tanto —se decía—, ahora queda bien demostrado que este manzano es una forma visible del remordimiento; como Banquo se le apareció a Macbeth, como el Comendador a don Juan<sup>330</sup>. Pero este caso de alucinación es mucho más extraño, porque no siento el menor remordimiento. Me parece que este manzano desconoce todas las tradiciones. ¡No importa! Tengo dinero, pasaré una buena noche, y mañana por la mañana el manzano habrá vuelto a su sitio. ¡Intento frustrado, amigo mío!».

Como puede verse, era un espíritu tranquilo y sabía plegarse a las circunstancias.

Apretó el paso, no para escapar de su manzano, que parecía tener unas raíces infatigables, sino para descansar él mismo cuanto antes, después de haber contado, muy satisfecho, la cantidad que desgranaba bajo sus dedos, en el bolsillo.

Llegó a su hostel, en la calle de Seine. Delante de la puerta se preguntaba si el manzano entraría, y casi tuvo un sentimiento de interés por él, pensando en la estrechez del pasillo en el que, desde luego, las ramas se lastimarían.

Llamó, abrió y volvió a cerrar. El manzano se había quedado fuera. Jacques sonrió, pero no porque el manzano le molestase, sino porque pensaba en su posadera, a la que no le gustaba que volvieran acompañados de noche.

Llegado a su cuarto, Jacques comprobó, al resplandor de su vela, que, tanto en monedas de oro como en escudos, la operación le había reportado 800 francos y pico. No era volver con las manos vacías.

De repente se reprochó no haber pensado en su manzano, que, en última instancia, había desempeñado con mucha discreción su papel vengador, y, levantando la cortina, miró por la ventana.

El manzano estaba en la acera, yendo arriba y abajo, muy tranquilo. Jacques llegó a observar que se apartó con mucha educación para dejar pasar a dos guardias municipales.

Jacques se acostó y durmió hasta la mañana.

Se despertó hacia las nueve. Llamaban a puñetazos en el tablero de su puerta. Se levantó, con los ojos abotargados de sueño. ¡Eh! ¡Eh! Eran los amigos que iban en su busca para la proyectada excursión, para la que él había tenido que conseguir algunos recursos. Abrió muy alegre, y empezaron las alborozadas palabras mientras él se vestía. Se metió unos cuantos luses en el bolsillo y, una vez preparado, bajó.

El manzano, que estaba respetuosamente instalado en la acera, se puso a seguirle de inmediato, como lacayo de buena casa. Jacques, que no tenía prejuicios, le dirigió una leve sonrisa, como a un viejo conocido.

Amables compañías esperaban a los jóvenes, para tomar, como conviene, el vermut matinal. Jacques pagó la ronda, enseñando un luis que fue saludado con un hurra.

—Mozo —dijo Jacques—, dele un vermut a mi manzano.

Sin comprender, el mozo se mostró ofendido. Jacques se rio a carcajadas. Además, le había parecido que el manzano había esbozado, con la rama, un gesto de rechazo. Era sin duda un manzano sobrio, o, al menos, que no tomaba nada por la mañana.

Discutieron el itinerario, luego se decidieron por Nogent-sur-Marne. Jacques habló de alquilar un coche de punto para la Bastilla. El entusiasmo se apoderó de todos.

—¿Qué? Tendrás que meterles prisa a tus raíces —dijo Jacques a su manzano, dándole un amistoso golpe con el codo.

Impasible, el manzano permaneció en el borde de la acera mientras montaban, luego siguió al coche, al pequeño trote. Asomado a la ventanilla, Jacques lo miraba. Hubo un instante en el que lanzó un grito de terror. Su manzano había estado a punto de dejarse aplastar. Por suerte, había podido alcanzar un refugio a tiempo.

—Pero ¿qué le pasa? —le preguntaron las dulces criaturas.

—No os preocupéis —respondió—, tengo mi manzano...

—¡Tiene su manzano! ¡Tiene su manzano! ¡Ya!...

En el ferrocarril, el manzano no se perdió. A Jacques le parecía que, después de todo, había cierta crueldad de su parte por fatigar de aquella manera a su árbol, al que —¡palabra de honor!— empezaba a sentirse unido. Pero pronto se tranquilizó; el manzano llegó hasta el andén —¡el muy atrevido, sin billete!—, y, cumpliendo con las buenas tradiciones, se quedó en la portezuela del vagón, caracoleando como un guardia de corps siguiendo la carroza del soberano.

Pero Jacques, concentrado en su manzano, descuidaba demasiado a sus graciosas amigas; sobre todo una de ellas, que sentía por él viva simpatía, le dirigió dulces reproches.

—¿Estás celosa de mi manzano? —preguntó él riendo.

¡Manzano! ¡Manzano! Todos se pusieron a cantar una de esas cantinelas que son las fanfarrias de las gentes humildes. E improvisaron incluso palabras algo fogosas; Jacques temió que hiriesen a su manzano. Pero este guardaba su impassibilidad de buen gusto, a la inglesa.

En la estación había una aglomeración espantosa. Jacques estuvo a punto de perder a su manzano; pero nada tan cómodo como tener, en medio de la multitud, un amigo de alta estatura. Lo vio zafarse con habilidad y recuperar fielmente su sitio. Era desde luego un manzano de confianza.

Fueron a instalarse en una taberna, a orillas del Marne. Esta vez Jacques se sintió incómodo: ¿no era inconveniente, antidemocrático incluso, instalarse cómodamente en la terraza, como un egoísta, y dejar a su manzano solo de aquella manera, en el camino, paseando, con las ramas detrás de la espalda? Sin embargo, no se atrevió a levantarse.

¡Oh, locas alegrías de la juventud! ¡Oh, risas argentinas! ¡Oh, buenas comilonas gratis! La charla crepitaba, las mujeres se despeinaban, los vinos hacían gluglú. Jacques sentía un exquisito bienestar después de haber pasado por un periodo de privaciones. Se exaltaba incluso algo más de lo razonable, pero ¿qué queréis? No todos los días se estrangula a un chalán la víspera, no todos los días se tiene un manzano que permanece de plantón delante de su restaurante. Por lo tanto, su alegría algo excesiva era disculpable, sobre todo porque sus amigos de ambos sexos no dejaban de estar a la altura.

Generoso, lanzó un vaso de champán a las ramas de su manzano.

—¡A la barca, a la barca! ¡A la isla de los Lobos!

—No, no —gritó Jacques, que se había puesto sentimental—, quizá él no sepa nadar.

—¿Quién?

—Mí m...

—¡Manzano, manzano! ¡Vaya murga! ¡Bravo!

Jacques se sonrojó un poco. Aquella gente no le comprendería jamás. Miró a su manzano, como para consultarlo, y le pareció que el árbol no temía dar un pequeño paseo sobre el agua, sin duda para humedecer sus raíces.

Soltaron la canoa. El árbol saltó desde el ribazo con mucha gracia y caminó sobre el agua, sin el menor problema. Jacques lo seguía con la vista, presto a tenderle la pértiga en caso necesario.

Por la noche Jacques estaba borracho de una forma deplorable. Gritó a sus amigos:

—¡Todos vosotros me aburrís! ¡Vuestra compañía me horripila! Os abandono, me voy con mi manzano.

Se rieron, intentaron retenerlo, pero fue inútil. Las damas se mordían los labios, humilladas. No le preocupó, ¡al muy ingrato!

Era de noche. Siguió la orilla, acompañado por su manzano. Pero sentía auténtica vergüenza, porque se tambaleaba de una manera horrible, humillado ante el árbol, que, como no había bebido nada, se mantenía muy derecho, un poco envarado incluso.

Jacques daba tumbos de la manera más deplorable a unos cuantos centímetros de la cresta. Al sentir la necesidad de un punto de apoyo, se acercó a su manzano y le dijo, con la boca pastosa:

—Tú eres mi amigo..., ¡ayúdame!

Y se dejó caer contra él. Pero su cuerpo solo encontró el vacío, tropezó, rodó por la pendiente

del ribazo, cayó al agua, sufrió una congestión y se ahogó.

El manzano, al quedarse solo, volvió a la llanura de Aubervilliers.

# MARCEL SCHWOB

## BÉATRICE

Τὴν ψυχὴν, Ἀγάθωνα φιλῶν, ἐπὶ χεῖλεσιν ἔσχον.  
ἦλθε γὰρ ἡ τλήμων ὡς διαβησομένη.

Platón<sup>331</sup>

Solo me quedan pocos instantes de vida; lo siento y lo sé. He querido una muerte dulce; mis propios gritos me habrían ahogado en la agonía de otro suplicio; pues temo al sonido de mi voz más que a la sombra creciente; el agua perfumada en que estoy sumergido, empañada como un bloque de ópalo, se tiñe gradualmente de venas rosadas debido a mi sangre que mana. Cuando la aurora líquida sea roja, descenderé hacia la noche. No he cortado la arteria de mi mano derecha, que traza estas líneas en mis tablillas de marfil. Tres fuentes manando bastan para vaciar el pozo de mi corazón; no es tan profundo como para que no se seque pronto, y en mis lágrimas he llorado toda mi sangre.

Pero ya no puedo sollozar, pues el terror espantoso me pone un nudo en la garganta cuando oigo mis sollozos; ¡que Dios me prive de la conciencia antes de que llegue el sonido de mi estertor! Mis dedos se debilitan. Es el momento de escribir. Leí durante mucho tiempo el diálogo de Fedón<sup>332</sup>. A mis pensamientos les cuesta unirse, y tengo prisa por hacer mi muda confesión —el aire de la tierra no volverá a oír mi voz—.

Una tierna amistad me había unido desde hacía mucho a Béatrice. Era muy pequeña cuando ya venía a casa de mi padre, sería ya, con ojos profundos, extrañamente moteados de amarillo. Su cara era ligeramente angulosa, de planos acusados, y la piel, de un blanco mate como un mármol que nunca hubiera tocado un aprendiz, pero en el que el propio estatuario hubiera grabado la fuerte escritura de su cincel. Las líneas corrían sobre aristas vivas, nunca suavizadas por el perfil; cuando una emoción ruborizaba su rostro, se hubiera dicho que se trataba de una figura de alabastro iluminada por una lámpara rosada.

Era graciosa, desde luego, pero de una suavidad dura, porque la huella de su gesto era tan nítida que quedaba grabada en los ojos; cuando se retorció el pelo sobre la frente, la simetría perfecta de sus movimientos parecía la actitud votiva de una diosa inmóvil, muy diferente de la



rápida huida de los brazos de las jóvenes, que parece un batir de alas apenas levantadas. Para mí, a quien el estudio de las cosas griegas sumía en la contemplación de la Antigüedad, Béatrice era un mármol anterior al arte humano de Fidias<sup>333</sup>, una figura esculpida por los viejos maestros eginetas<sup>334</sup>, según las reglas inmutables de la armonía superior.

Durante mucho tiempo leíamos juntos a los inmortales poetas de los griegos, pero habíamos estudiado sobre todo a los filósofos de los primeros tiempos, y llorábamos con los poemas de Jenófanes y de Empédocles<sup>335</sup>, que ningún ojo humano volverá a ver. Platón nos encantaba por la gracia infinita de su elocuencia, aunque hubiéramos rechazado la idea que se hacía del alma, hasta el día en que dos versos que aquel divino sabio había escrito en su juventud me revelaron su verdadero pensamiento y me sumieron en la desgracia.

Este es el terrible dístico que un día impresionó mis ojos en el libro de un gramático de la decadencia:

*Mientras besaba a Agatón, mi alma subió a mis labios;  
quería, ¡desdichada!, pasar a él.*

En cuanto comprendí el sentido de las palabras del divino Platón, en mí se hizo una luz deslumbrante. El alma no era diferente de la vida: era el soplo animado que puebla el cuerpo; y, en el amor, son las almas las que se buscan cuando los amantes se besan en la boca. El alma de la amante quiere habitar en el bello cuerpo de aquel a quien ama, y el alma del amante desea ardientemente fundirse en los miembros de su amada. Y los desdichados no lo consiguen nunca. Sus almas suben a sus labios, se encuentran, se mezclan, pero no pueden emigrar. ¿Existe placer más celestial que el de cambiar de persona en el amor, que el de prestarse esas ropas de carne tan cálidamente acariciadas, tan voluptuosamente deseadas? ¡Qué sorprendente abnegación, qué supremo abandono dar su cuerpo al alma de otro ser, al hálito de otro! Mucho más que un desdoblamiento, mucho más que una posesión efímera, mucho más que la mezcla inútil y decepcionante del aliento, es el don superior de la amada a su amante, el perfecto intercambio tan vanamente anhelado, el término infinito de tantos abrazos y mordiscos.

Yo amaba a Béatrice y ella me amaba a mí. Nos lo habíamos dicho con frecuencia mientras leíamos las melancólicas páginas del poeta Longo, cuyas estrofas caen con monótona cadencia. Pero ignorábamos el amor de nuestras almas tanto como Dafnis y Cloe<sup>336</sup> ignoraban el amor de sus cuerpos. Y esos versos del divino Platón nos revelaron el eterno secreto gracias al cual las almas amantes pueden poseerse perfectamente. Y desde ese momento Béatrice y yo no pensamos más que en unirnos así para entregarnos el uno al otro.

Sin embargo, aquí empezó el indescriptible horror. El beso de la vida no podía unirnos de manera indisoluble. Era preciso que uno de nosotros se sacrificara por el otro. Pues el viaje de las almas no podría ser una migración recíproca. Ambos lo sentíamos perfectamente, pero no nos atrevíamos a decírnoslo. Y yo cometí la atroz debilidad, inherente al egoísmo de mi alma de hombre, de dejar a Béatrice en la incertidumbre. La escultural belleza de mi amiga empezó a marchitarse. La lámpara rosada dejó de encenderse en el interior de su cara de alabastro. Los médicos dieron a su mal el nombre de «anemia»; pero yo sabía que era su alma la que se retiraba de su cuerpo. Evitaba mis miradas ansiosas con una sonrisa triste. La delgadez de sus miembros se volvió excesiva. Pronto estuvo su cara tan pálida que en ella solo los ojos brillaban con un fuego sombrío. Tonos rojos aparecían y se desvanecían en sus mejillas y en sus labios como las últimas

vacilaciones de una llama a punto de apagarse. Entonces supe que Béatrice iba a pertenecerme por completo dentro de pocos días, y, a pesar de mi tristeza infinita, una misteriosa alegría se apoderó de mí.

La última noche se me apareció sobre las blancas sábanas como una estatua de cera virgen. Volvió lentamente su cara hacia mí y dijo:

—En el momento en que muera, quiero que me beses en la boca y que mi último suspiro pase a ti.

Creo que nunca había reparado en lo cálida y vibrante que era su voz; pero esas palabras me dieron la impresión de un fluido tibio que me rozaba. Casi al punto sus ojos suplicantes buscaron los míos, y comprendí que había llegado el instante. Uní mis labios a los suyos para beber su alma.

¡Horror! ¡Infernal y demoniaco horror! No fue el alma de Béatrice lo que pasó a mí, ¡sino su voz! El grito que lancé me hizo tambalearme y palidecer. Pues aquel grito tenía que haber escapado de los labios de la muerte, pero brotaba de mi garganta. Mi voz se había vuelto cálida y vibrante, y me daba la impresión de un fluido tibio que me rozara. Yo había matado a Béatrice y había matado mi voz; la voz de Béatrice habitaba en mí, una voz tibia de agonizante que me aterrorizaba.

Sin embargo, ninguno de los presentes pareció darse cuenta: se afanaban alrededor de la muerta para cumplir sus funciones.

Llegó la noche, silenciosa y opresiva. Las llamas de los cirios subían rectas y muy altas, acariciando casi las pesadas colgaduras. Y el dios del Terror había extendido su mano sobre mí. Cada uno de mis sollozos me mataba con mil muertes: eran exactamente iguales a los sollozos de Béatrice cuando, ya inconsciente, se lamentaba por morir. Y mientras yo lloraba arrodillado junto al lecho, con la frente sobre las sábanas, eran sus llantos los que parecían elevarse en mí, y era su voz apasionada la que parecía flotar en el aire, lamentando su miserable muerte.

¿No debería yo haberlo sabido? La voz es eterna; la palabra no perece. Es la migración perpetua de los pensamientos humanos, el vehículo de las almas; las palabras yacen secas en las hojas de papel, como las flores en un herbario; pero la voz las hace revivir con su propia vida inmortal. Pues la voz no es otra cosa que el movimiento de las moléculas del aire bajo el impulso de un alma; y el alma de Béatrice estaba en mí, pero yo solo podía comprender y sentir su voz.

Ahora que vamos a ser liberados, mi terror se calma; pero va a renovarse; siento que llega ese horror indecible; hace presa en nosotros —pues estoy agonizando—, y mis estertores, que son cálidos y vibrantes, más tibios que el agua de mi bañera, son los estertores de Béatrice.

# HENRI DE RÉGNIER

## EL RELATO DE LA DAMA DE LOS SIETE ESPEJOS

### LE RÉCIT DE LA DAME DES SEPT MIROIRS

*A Jean de Tinan*<sup>337</sup>

La caduca vejez de mi padre se prolongó durante años. Su nuca se bamboleaba. Sus hombros se encorvaron. Poco a poco se fue encorvando todavía más. Sus piernas temblaban. Se deterioró.

Sin embargo, todos los días salía solo a los jardines. Sus pasos se arrastraban sobre las piedrecillas de las explanadas, el embaldosado de las terrazas, la grava de las alamedas. Se le veía en el fondo de las avenidas, minúsculo y avellanado, con su gorro de paño fino y sus amplias hopalandas de seda forrada, pinchando con el extremo de su largo bastón una hoja caída o enderezando, al pasar a lo largo de los parterres, el tallo de alguna flor.

Daba lentamente la vuelta a los estanques. Los había cuadrados, con un brocal de pórfido rosa; circulares, bordeados de jaspe oliva; otros, ovales, biselados de mármol azulado. El mayor estaba rodeado de mármol brecha amarillo, y las tencas deslizaban en él su reflejo de oro. Los otros guardaban ciprinos dorados, carpas y extraños peces glaucos.

Un día, mi padre no pudo salir para dar su acostumbrado paseo. Lo sentaron en un gran sillón de cuero rojizo, y arrastraron ese asiento hasta la ventana. Las ruedecillas rechinaron en el damero de los mosaicos, y el viejo contempló largo rato la vasta perspectiva de los jardines y las aguas. El sol se ponía enrojeciéndose sobre los monumentales dorados de noviembre. El parque parecía un edificio de agua y de árboles, intacto y fugitivo. A veces caía una hoja en uno de los estanques, sobre la arena de una alameda o sobre la balaustrada de una terraza; una, empujada por un viento ligero, crispó contra el cristal desnudo su ala de pájaro descarnado al mismo tiempo que un murciélago rasgó con su vuelo anguloso el cielo menos claro.

Al crepúsculo, el enfermo lanzó un largo suspiro. En el exterior se oían pasos en una alameda cercana; un cisne negro batió con sus alas el agua ensombrecida de un estanque, una urraca echó a volar desde un árbol graznando y se posó, saltarina, en el borde de una alberca. En el interior, un gran mueble taciturno crujió con un sonido sordo en su armazón de ébano y marfil, y las tiras de cuero de un látigo con mango de cuerno, colocado de través sobre una silla, se desenrollaron y

colgaron hasta el suelo. Ningún soplo salía del viejo pecho; la cabeza se inclinó hasta las manos unidas sobre la tabaquera de concha. Mi padre había muerto.

Viví durante todo el invierno en la contractura de ese duelo. Mi soledad se anquilosó de silencio y dolor. Pasaron los días. Los viví con una atención escrupulosa hacia ese melancólico recuerdo. Pasó el tiempo sin que nada pudiera distraerme de mi dolorosa y fúnebre ensoñación. Solo la proximidad de la primavera me despertó de mí misma, y empecé a constatar las singularidades que me rodeaban y que sobrepasaban la relación que de ellas me habían hecho.

Como si la presencia paterna impusiese alrededor de sí, por su duración, una especie de actitud a los seres y a las cosas, los efectos de su desaparición se propagaron también alrededor. Todo se disgregó. Invisibles grietas crujieron en alguna oculta dislocación. Los criados más antiguos fueron muriendo uno tras otro. Casi todos los caballos de las cuadras perecieron; encontraban a los viejos perros de jauría entumecidos para siempre, con los ojos vidriosos y el hocico hundido entre sus patas peludas. El castillo se deterioró; las armazones de los tejados se vinieron abajo; el basamento se hundió; los árboles del parque cayeron, interceptando las alamedas y partiendo las plantas de boj; las heladas hendieron la piedra de los estanques; una estatua cayó de espaldas, y yo me encontré, en la insólita soledad de la morada desierta y de los jardines desbaratados, como al despertar de una estación secular en la que hubiera dormido los cien años del cuento.

Llegó la primavera con aguaceros empalagosos, tibia y precoz, con grandes vientos que agitaban las ventanas cerradas. Una de ellas se abrió por el empuje exterior. Los perfumes de la tierra y de los árboles entraron en una sofocante bocanada. La ventana batió su ala como un pájaro; en la pared, las colgaduras mitológicas se estremecieron; los surtidores de los tapices oscilaron, y una arruga del paño hizo sonreír de improviso a las ninfas tejidas y reír en tono burlón al rostro de lana de los sátiros. Respiré largo rato y bostecé todo el cansancio del invierno. Mi juventud abotargada se estremeció y bajé la escalera de las terrazas para inspeccionar los jardines.

Estaban admirables en su savia primaveral, y cada día, de hora en hora, asistí a la floración de su belleza. Las hojas se apiñaban en la cima de los árboles; la aleta de oro de las tencas rozaba el agua crecida de los estanques; las carpas azuladas daban vueltas alrededor del bronce verdecido de la figura que, en el centro, retorció en el metal templado la esbeltez de la voluptuosa combadura de su cuerpo; densos musgos subieron a las piernas lisas de las estatuas y se acurrucaron en el secreto de su carne de mármol; la estípite hendida de los hermes<sup>338</sup> se vistió de guirnalda; sus ojos hundidos se aterciopelaron con una mirada sombría; los pájaros volaban de árbol en árbol, y el encanto compuesto de la primavera se unificó en el acorde de una estival belleza.

Poco a poco, el azul del cielo adolescente se hundía y pesó en suspensión sobre la extensión del parque, sobre la ansiedad grave de los follajes, sobre el sueño circunspecto de las masas de agua. La onda de los estanques agotados se fue, gota a gota, en medio del silencio; desde el fondo de los estanques, un crecimiento de hierbas vivaces se enlazó, en la superficie, alrededor de solitarias flores que flotaban; los parterres se desbordaron hasta las alamedas, las ramas de los árboles se entrecruzaron por encima de las avenidas; los lagartos verdes reptaron sobre las balaustradas tibias de las terrazas, y por todas partes se exhaló el aroma pesado de las vegetaciones. Una especie de vida sobreabundante animaba el parque desordenado; los troncos se retorcieron en estatuas casi humanas. Aparecieron las liebres; pulularon los conejos; los zorros

mostraron su fino hocico, su caminar oblicuo, el penacho de su cola; los ciervos contemplaron sus cornamentas. Los viejos guardas, viejos o tullidos, ya no destruían las sabandijas inofensivas o carniceras. El invierno había roto las cercas que separan los jardines de la comarca circundante, singularmente forestal, elegida por mi padre por su soledad, que salvaguardaba la de su retiro. La rodeaba de un prestigio de árboles enormes, de terrenos sin cultivar y de lugares desconocidos.

Yo vagaba a través de las alamedas. El verano llameaba: mi sombra, al sol, era tan negra que parecía cavar delante de mí la efigie de mi estatura; la hierba de las avenidas me llegaba a la mitad del cuerpo; los insectos zumbaban; las libélulas acariciaban el agua opalizada por su reflejo. No soplaban ni la menor brisa; y en la inmovilidad de su estupor o la postura de su espera, las cosas parecían vivir interiormente. La jornada quemaba su belleza hasta la consunción sorda del poniente; cada día se anunciaba más cálido y suspendía en lentos crepúsculos el final de su sofocante languidez.

Me invadía un malestar: caminaba más despacio, preguntaba a la avenida en la que iba a aventurarme el giro que debía tomar; la rotonda ansiosa me detenía en el centro de sus bifurcaciones y, sin seguir adelante, volvía sobre mis pasos.

En cierta ocasión, había estado todo el día vagando y, sentada junto a un estanque, miraba en el agua verdosa y llena de peces los vagos rostros estupefactos que en ella se configuraban de remolinos y serpentinadas cabelleras de hierbajos; medallas fluidas y gorgóneas, adivinadas y disueltas, bronceadas por los reflejos de un crepúsculo de oro verdoso, temibles y fugaces. La hora era equívoca; las estatuas volvían a hundirse en los bordes de los bojes; el silencio se crispaba boca a boca con el eco paralizado. De pronto, a lo lejos, muy lejos, allá, vibró un grito gutural y reducido por la distancia a una percepción minúscula y casi interior, un grito a la vez bestial y fabuloso. Era lejano e insólito, como si procediera del fondo de los tiempos. Escuché. Nada ahora: una hoja se movía imperceptiblemente en la cima de un árbol; un poco de agua fluía gota a gota por una fisura del estanque y humedecía la arena de alrededor; caía la noche; y me pareció que alguien se reía detrás de mí.

Al día siguiente, a la misma hora, el grito volvió a empezar, más nítido, y lo oí de nuevo casi cada día; se acercaba. Durante toda una semana se había callado, cuando volvió a estallar, justo a mi lado, terrible y vibrante, seguido de un galope brusco, todavía había luz, y vi, inclinado fuera de una maleza, el torso de un hombre desnudo y una pata de caballo que arañaba con el casco el suelo de la alameda. Todo desapareció, y en mi recuerdo escuché la peculiar voz que, en su ambigüedad, parecía unir una risa y un relincho...

El centauro caminaba tranquilamente por la alameda. Me eché a un lado para dejarlo pasar; pasó resoplando. En el crepúsculo distinguí su grupa aborregada de caballo y su torso de hombre; su cabeza barbuda llevaba una corona de yedra de tonos rojos; sujetaba en la mano un tirso nudoso rematado por una piña; el ruido de su paso de ambladura se ahogó en la alta hierba; se volvió y desapareció. Volví a verlo todavía una vez más cuando él estaba bebiendo en una alberca; gotitas de agua perlaban sus crines rojizas y, ese día, hacia el atardecer, también encontré un fauno; tenía las patas de pelo amarillo cruzadas; pequeños cuernos empezaban a salirle en su frente baja; permanecía sentado en el zócalo de la estatua caída del invierno y, con un ruido seco, golpeaba una contra otra sus pezuñas de chivo.

Vi también ninfas, que habitaban las fuentes y los estanques. Sacaban del agua sus bustos azulados y volvían a zambullirse cuando me acercaba; algunas jugaban en el borde con las algas y

los peces. Sobre el mármol se veía la huella de sus pies húmedos.

Poco a poco, como si la presencia del centauro hubiera reanimado el antiguo pueblo fabuloso, el parque se había llenado furtivamente de seres singulares. Al principio, por desconfianza, se ocultaban al verme. Los faunos se escabullían rápidamente, y en el lugar que habían pisado solo encontraba sus flautas, cañas, con frutas mordidas y un panal de miel que habían empezado a comer. El agua de los estanques recubría enseguida los hombros de las ninfas y solo las adivinaba por los remolinos de sus zambullidas y de sus cabelleras flotantes entre las hierbas. Me miraban acercarme, con sus manitas sobre los ojos para ver mejor, con su piel ya seca y sus largos cabellos chorreantes todavía.

Los otros también se envalentonaban; daban vueltas a mi alrededor o me seguían de lejos; una mañana, incluso, encontré un sátiro acostado en un escalón de la terraza; las abejas zumbaban sobre su piel velluda; parecía enorme y fingía dormir, porque, al pasar yo, cogió el ruedo de mi ropa con su mano peluda; me liberé y eché a correr.

Desde entonces no volví a salir, y me quedé en el castillo desierto. El excesivo calor de aquel terrible verano fue fatal para mis viejos criados. Algunos murieron. Los supervivientes vagaban como sombras; mi soledad aumentó con su pérdida y mi ociosidad aumentó con su inercia. Las vastas salas del palacio se despertaron a mis pasos y las habité una tras otra. Mi padre había reunido en ellas suntuosas maravillas —su gusto se complacía en los objetos raros y curiosos—. Los tapices revestían las paredes; las arañas colgaban del techo con su centelleo tormentoso de cristal y de destellos; grupos de mármol y de bronce descansaban sobre zócalos labrados; los pies tripudos de altas consolas de oro crispaban sobre los entarimados del suelo sus cuádruples garras leoninas; jarrones de materiales opacos o transparentes estiraban las nervaduras de su cuello o hinchaban la amplitud de sus panzas; tejidos preciosos llenaban los armarios con puertas de concha o de cobre. Su cantidad se desbordaba: eran sedas glaucas o vinosas, tejidas de algas y bordadas de racimos, terciopelos peludos, muarés arrugados, sedas pálidas relucientes como pieles bañadas, muselinas de bruma y de sol.

El espectáculo de los tapices me cansó enseguida; representaban a los singulares huéspedes que habían invadido el parque; los grupos de pórfito y bronce simulaban también ninfas y faunos. Un centauro esculpido en un bloque de ónice se encabritaba sobre un pedestal. Con su gracia húmeda, su extravagancia convulsa, su robustez tesalia, aquellas que habían agitado las aguas tranquilas, aquellos que rondaban los agrestes arbolados y las herbosas avenidas, todos, toda la vida monstruosa que reía, temblaba o relinchaba fuera, se reproducía sobre las paredes en la carne de las sedas y la crin de las lanas, o se emboscaba, agazapada en los rincones, en una solidificación de metal y de piedra.

El verano ardiente y violento se había disuelto en lluvias al sobrevenir el otoño. Con la frente en los cristales, miraba cómo chorreaba el oro del parque bajo el sol en el intervalo de los chaparrones. El número de huéspedes monstruosos parecía haber aumentado. Ahora los centauros saltaban en manada de las alamedas; se perseguían encabritados o dando coces. Se les habían unido unos muy viejos cuyas pezuñas tropezaban en los guijarros; tenían barbas blancas; la lluvia azotaba sus grupas peladas y ahondaba la delgadez de sus pechos. Los sátiros saltaban en cuadrillas alrededor de los estanques donde las ninfas bullían en una maraña de carnes azuladas y cabellos oxidados; yo oía el estrépito de las embestidas, el trote seco de las pequeñas pezuñas caprípedas, los relinchos, los gritos y el concierto discorde de los sordos tamboriles y de las agrias flautas.

Para tratar de desbaratar el nerviosismo ansioso en que se irritaba mi soledad, intenté distraerla vistiéndome con trajes y adornándome con joyas. Los cofres contenían una considerable cantidad. Me paseaba por las vastas galerías arrastrando el peso suntuoso de los terciopelos; pero su tacto me recordaba el pelo de las bestias velludas cuyos ojos parecían mirarme a través de las pedrerías que me adornaban; me sentía fascinada por la fijeza ocular de los ónices, palpada por las sedas acariciadoras, arañada por los corchetes, y vagaba, miserable y adornada, por la solitaria hilera de las largas salas iluminadas.

Las lluvias y los vientos de otoño se convirtieron una noche en tempestad. El viejo castillo se estremecía. Me había refugiado sola en una sala heptagonal de paredes hechas de siete grandes espejos límpidos en marcos de oro claro. Los soplos del exterior se colaban por las rendijas de las ventanas y bajo las puertas, y hacían balancear una gran araña diamantina con tintineo de sus colgantes de cristal y con vacilación de sus velas. Creía sentir en mis manos las lenguas rugosas del viento; me sentía agarrada por las uñas invisibles del cierzo; ahogándome en mi vestido de satén glauco, sentía que a su contacto me volvía una de aquellas ninfas fluidas y fugitivas que había visto ondular bajo las hierbas verdes, en la transparencia de las aguas. Instintivamente, en una lucha interior, me arranqué el insinuante tejido para defenderme de una penetración misteriosa que me debilitaba por completo: me agarré con todos los dedos la cabellera; mis manos se retrajeron en ella como en algas fluviales, y de pie, desnuda, aparecí en el agua límpida de los espejos. Miré a mi alrededor mi estatua súbita y fabulosa, de pie, siete veces a mi alrededor, en el silencio de los espejos animados con mi reflejo.

El viento se había callado. El estridor de una garra rayó el cristal de una de las altas ventanas, y a través de ella la brusquedad de un relámpago dibujó la huella fosfórica del chirrido furtivo y desvanecido. Retrocedí horrorizada. En los cristales, atraídos por la luz o ahuyentados por la tempestad, vi pegados rostros y hocicos. Las ninfas aplicaban al cristal sus labios húmedos, sus manos mojadas y sus cabelleras chorreantes; los faunos acercaban a él los belfos de sus bocas y el barro de sus vellones; los sátiros aplastaban contra él con frenesí sus caras chatas; todos se apretujaban, subiéndose unos encima de los otros. El vapor de sus ollares se mezclaba con la baba de las dentaduras, los puños se crispaban en los vellones sangrantes, el abrazo de los muslos hacía jadear los ijares. Los primeros, subidos en el basamento de las ventanas, se sostenían por la presión de los que venían luego a colocarse debajo de ellos; algunos trepaban y se colaban entre las piernas peludas que los pateaban, y, en el terror de su silencio y el desbarajuste de su esfuerzo, el tropel del fabuloso rebaño hecho de empujones, de saltos y de risas se desmoronaba por el peso de su masa y se reconstruía para desmoronarse de nuevo, y aquel horrible bajorrelieve movía, detrás de la frágil transparencia que me separaba de ella, su escultura de tinieblas y de claridad.

Entonces, en medio de la tumultuosa noche, recordé la pica cazadora de los guardianes, la energía de los criados rebuscando a latigazos a aquella horda enloquecida y fangosa, a los grandes perros de jauría mordiendo las pantorrillas de los faunos y las corvas de los centauros; traje a mi memoria los cuernos, los cuchillos, la sangre y la entraña de los encarnes, los hocicos hurgando en los jirones descosidos, el gesto sopesando las pieles frescas... ¡Ay, estaba desnuda y sola en aquel castillo desierto, bajo la noche furiosa!

De repente las ventanas crujieron bajo el monstruoso impulso: cuernos y pezuñas hicieron volar los cristales en esquirlas; un olor bestial invadió violentamente la sala y entró con el viento y la lluvia, y vi, en medio de la crepitación de la lámpara medio apagada, la turba aparecida de

faunos, sátiros y centauros precipitarse contra los espejos para apagar en cada uno de ellos la alusión a mi belleza; y, en medio de un estrépito de espejos hundidos y ensangrentados, con las manos extendidas para exorcizar el horror de aquel sueño terrorífico, caí patas arriba en el suelo.



# JEAN LORRAIN

## LOS AGUJEROS DE LA MÁSCARA

### LES TROUS DU MASQUE

*A Marcel Schwob*

«El encanto del horror solo tienta a los fuertes».

BAUDELAIRE<sup>339</sup>

#### I

—Usted quiere verlo —me había dicho mi amigo De Jakels—, de acuerdo, consiga un dominó y un antifaz, un dominó bastante elegante de seda negra, póngase unos escaarpines y, por esta vez, medias de satén negro, y espéreme en su casa el martes. Hacia las diez y media pasaré a recogerle.

El martes siguiente, envuelto en los ruidosos pliegues de una larga esclavina y una máscara de terciopelo con barba de raso sujeta detrás de las orejas, esperaba a mi amigo De Jakels en mi piso de soltero de la calle Taitbout, mientras calentaba en las brasas de la chimenea mis pies horripilados por el contacto irritante de la seda; fuera, las cornetas y los gritos irritantes de una noche de carnaval me llegaban confusos desde el bulevar.

Pensando en ello, resultaba bastante extraña e incluso inquietante a la larga aquella velada solitaria de una forma enmascarada desplomada en un sillón, en la penumbra de una planta baja atestada de chucherías, amortiguada por tapices, con la llama alta de una lámpara de petróleo y la vacilación de dos largas velas muy blancas, esbeltas, como funerarias, en los espejos colgados de las paredes; y De Jakels no llegaba. Los gritos de las máscaras estallando a lo lejos agravaban todavía más la hostilidad del silencio, las dos velas ardían tan rectas que terminaba por dominarme el nerviosismo; y, de pronto, asustado ante aquellas tres luces, me levanté para ir a soplar una.

En ese momento se abrió una de las cortinas y De Jakels entró.

¿De Jakels? Yo no había oído llamar ni abrir. ¿Cómo había entrado en mi piso? Después lo he pensado a menudo; en fin, De Jakels estaba delante de mí. ¿De Jakels? Es decir, un largo dominó, una gran forma oscura velada y enmascarada como yo.

—¿Está listo? —preguntaba su voz, que no reconocí—. Mi coche está ahí; nos vamos.

Yo no había oído rodar ni detenerse su coche delante de mis ventanas. ¿En qué pesadilla, en qué sombra y en qué misterio había empezado yo a sumirme?

—Es su capuchón lo que le tapa los oídos, no está usted acostumbrado a la máscara —pensaba en voz alta De Jakels, que había descifrado mi silencio.

Por lo tanto, aquella noche él tenía todo el poder de adivinación, y, alzando mi dominó, se aseguró de la finura de mis medias de seda y de mis delgados zapatos.

Ese gesto me tranquilizó. Era De Jakels y no algún otro el que me hablaba bajo aquel dominó, otro no se habría preocupado por la recomendación que me había hecho De Jakels hacía una semana.

—Venga, nos vamos —ordenó la voz, y, en medio de un rumor de seda y de satén rozados, nos adentramos deprisa en la alameda de la puerta cochera, bastante parecidos, según la impresión que tuve, a dos enormes murciélagos, con el vuelo de nuestras esclavinas repentinamente levantadas por encima de los dominós.

¿De dónde venía aquella fuerte ráfaga de viento, aquel soplo desconocido? La temperatura de aquella noche de carnaval era tan húmeda y tan blanca al mismo tiempo...

## II

¿Hacia dónde rodábamos ahora, hundidos en la sombra de aquel coche de punto extraordinariamente silencioso, cuyas ruedas no despertaban más ruido que los de los cascos del caballo sobre el pavimento de madera de las calles y el macadán de las desiertas avenidas?

¿Hacia dónde íbamos por aquellos muelles y aquellas riberas desconocidas apenas iluminadas aquí y allá por la difusa linterna de una vieja farola? Ya hacía mucho que habíamos perdido de vista la fantástica silueta de Notre Dame que se perfilaba al otro lado del río en un cielo de plomo, así como Quai Saint-Michel, Quai de la Tournelle, Quai de Bercy incluso, y estábamos lejos de la avenida de la Ópera, de las calles Druot, Le Peletier y del centro. No íbamos siquiera a Bullier, donde tienen su asiento los vicios vergonzosos y, evadiéndose bajo la máscara, se arremolinan, casi demoniacos y cínicamente confesados, las noches de carnaval; y mi compañero permanecía callado.

En el borde de aquel Sena taciturno y pálido, bajo el encabalgamiento de puentes cada vez más escasos, a lo largo de aquellos muelles plantados de grandes árboles delgados de ramas separadas como dedos de muerto, me dominaba un miedo irracional, un miedo agravado por el silencio inexplicable de De Jakels; llegué a dudar de su presencia y a creerme junto a un desconocido. La mano de mi compañero había cogido la mía, y, aunque blanda y sin fuerza, la tenía sujeta en un torno que me machacaba los dedos... Aquella mano poderosa y con voluntad me clavaba las palabras en la garganta y bajo su presión sentía fundirse y disolverse en mí cualquier veleidad de rebelión; ahora rodábamos fuera de las fortificaciones, por grandes carreteras bordeadas de setos, de oscuros escaparates de tiendas de vino y de merenderos de los arrabales cerrados hacía tiempo; corríamos bajo la luna que por fin acababa de superar una bandada de

nubes y parecía difundir sobre aquel equívoco paisaje de suburbio una capa ardiente de mercurio y sal; en ese momento me pareció que las ruedas del coche, dejando de ser fantasmas, chirriaban en las gravas y guijarros del camino.

—Aquí es —murmuró la voz de mi compañero—, hemos llegado, podemos apearnos.

Balbuocé un tímido:

—¿Dónde estamos?

—En la frontera de Italia, fuera de las fortificaciones; hemos hecho el camino más largo, pero el más seguro. Mañana volveremos por otro.

Los caballos se detuvieron y De Jakels me soltó para abrir la portezuela y tenderme la mano.

### III

Era una enorme sala altísima de muros enlucidos de cal, postigos interiores herméticamente cerrados en las ventanas; a lo largo de toda la sala, mesas con cubiletes de hojalata sujetos por cadenas y, en el fondo, en el remate de tres escalones, el mostrador de cinc atestado de licores y de botellas con etiquetas coloreadas con vendedores de vinos legendarios; allí el gas silbaba alto y claro; la sala habitual, en suma, si no más espaciosa y más limpia, de un barzucho de las afueras, tendría buen negocio.

—Sobre todo, ni una palabra a quien sea, no hable con nadie y responda todavía menos; verían que no es usted de los suyos, y podríamos pasar un mal trago. A mí me conocen.

Y De Jakels me empujaba hacia el salón.

Había algunas máscaras diseminadas bebiendo. Cuando entramos, el dueño del establecimiento se levantó y, pesadamente, arrastrando los pies, vino a nuestro encuentro como para cerrarnos el paso. Sin una palabra, De Jakels levantó el bajo de nuestros dos dominós y le mostró nuestros pies calzados con finos escaarpines. ¡Era el «*Ábrete, Sésamo!*», sin duda, de aquel extraño establecimiento; el patrón volvió torpemente a su mostrador y yo me di cuenta, cosa extraña, de que también él iba con máscara, pero de un tosco cartón burlescamente pintado, imitando un rostro humano.

Los dos camareros, dos colosos velludos con las mangas de la camisa remangadas sobre unos brazos de luchadores, circulaban en silencio, invisibles ellos también bajo la misma horrible máscara.

Los pocos disfrazados, que bebían sentados alrededor de las mesas, llevaban máscaras de raso y terciopelo, salvo un enorme coracero de uniforme, especie de bruto de mandíbula pesada y bigotes rojizos sentado junto a dos elegantes dominós de seda malva, y que bebía con la cara descubierta, con unos ojos azules ya vagos. Ninguno de los seres que allí se encontraban tenía rostro humano. En un rincón, dos grandes figuras con blusas y gorros de terciopelo, enmascarados de raso negro, intrigaban por su sospechosa elegancia; porque sus blusas eran de seda azul pálido y, por el bajo de sus pantalones demasiado nuevos, asomaban unos estrechos pies de mujer enguantados de seda y calzados con escaarpines; y, como hipnotizado, yo aún seguiría contemplando aquel espectáculo si De Jakels no me hubiera arrastrado al fondo de la sala, hacia una puerta acristalada cerrada por una cortina roja. Sobre la puerta, con letras historiadas de aprendiz de pintor estaba inscrito «*Entrada al baile*»; además, un municipal montaba guardia junto a la puerta. Aquello era, al menos, una garantía, pero, al pasar y chocar con su mano, me di

cuenta de que era de cera, de cera como su cara de color rosa erizada de bigotes postizos, y tuve la horrible convicción de que el único ser cuya presencia me hubiera tranquilizado en aquel lugar de misterio era un simple maniquí.

#### IV

¿Cuántas horas hacía que vagaba solo en medio de aquellas máscaras silenciosas, en aquel cobertizo abovedado como una iglesia? Y era una iglesia, en realidad, una iglesia abandonada y secularizada aquel enorme salón de ventanas ojivales, en su mayor parte tapiadas a medias entre sus columnillas de arabescos enjalbegadas con una espesa capa amarillenta donde se hundían las flores esculpidas de los capiteles.

Extraño baile, en el que no se bailaba y en el que no había orquesta. De Jakels había desaparecido, yo estaba solo, abandonado en medio de aquella multitud desconocida. Una vieja araña de hierro forjado llameaba alta y luminosa, suspendida de la bóveda, alumbrando losas polvorientas, algunas de las cuales, ennegrecidas con inscripciones, tal vez cubrían tumbas. En el fondo, en el lugar donde, desde luego, debía reinar el altar, pesebres y comederos corrían a media altura de la pared, y en los rincones había montones de arneses y ronzales olvidados; la sala de baile era una cuadra. Aquí y allá grandes espejos de peluquero enmarcados en papel dorado se devolvían uno a otro el silencioso paseo de las máscaras, es decir, que ya no se lo devolvían, porque ahora todos se habían sentado, alineados e inmóviles a ambos lados de la iglesia, sepultados hasta los hombros en las antiguas sillas del coro.

Permanecían allí mudos, sin un gesto, como retirados en el misterio bajo largas cogullas de paño de plata, de una plata mate con su reflejo muerto; porque ya no había ni dominós, ni blusas de seda azul, ni arlequines ni colombinas, ni disfraces grotescos, sino que todas aquellas máscaras eran semejantes, enfundadas en el mismo vestido verde, de un verde pálido, como sulfatado de oro, con grandes mangas negras, y todos encapuchados de verde oscuro con los dos agujeros de ojos de su cogulla de plata en el vacío del capuchón.

Parecían rostros granulosos de leprosos, y sus manos enguantadas de negro erigían un largo tallo de lirios negros con follajes de color verde pálido, y sus capuchones, como el de Dante, estaban coronados por lirios negros.

Y todas aquellas cogullas callaban en una inmovilidad de espectros, y encima de sus coronas fúnebres la ojiva de las ventanas, recortándose en claro sobre el cielo blanco de luna, los cubría como con una mitra de obispo.

Sentía que mi razón se hundía en el espanto; ¡lo sobrenatural me envolvía! Aquella rigidez, aquel silencio de todos aquellos seres enmascarados. ¿Quiénes eran? Un minuto más de incertidumbre, ¡y sería la locura! No podía soportarlo y, cuando con una mano crispada de angustia avancé hacia una de las máscaras, levanté bruscamente su cogulla.

¡Horror! No había nada, nada. Mis ojos despavoridos solo encontraron el hueco del capuchón; el traje y la esclavina estaban vacíos. Aquel ser que vivía no era más que sombra y nada.

Loco de terror, arranqué la cogulla de la máscara sentada en la silla del coro vecina. El capuchón de terciopelo verde estaba vacío, y vacío el capuchón de las otras máscaras sentadas a lo largo de las paredes. Todos tenían rostros de sombra, todos eran la nada.

Y el gas llameaba con más fuerza, casi silbando en la alta sala; por los cristales rotos de las ojivas el claro de luna cegaba; entonces un horror me sobrecogió en medio de todos aquellos

seres huecos de apariencias vanas, una duda horrible me atenazó el corazón ante todas aquellas máscaras vacías.

¿Y si yo también era semejante a ellos, si yo también había dejado de existir y si, bajo mi máscara, no había nada, nada más que la nada? Me abalancé hacia uno de los espejos. Un ser de sueño se alzaba sobre mí, encapuchado de verde oscuro, con máscara de plata y coronado de lirios negros.

Y aquella máscara era yo, porque reconocí mi gesto en la mano que levantaba la cogulla, y, atónito de espanto, lancé un grito enorme, porque bajo la máscara de tela plateada no había nada, nada en el óvalo del capuchón salvo el hueco de la tela redondeado sobre el vacío. Estaba muerto y yo...

—Y tú has vuelto a beber éter —bramaba en mi oído la voz de De Jakels—. ¡Vaya una idea para distraer tu aburrimiento mientras me esperabas!

Me hallaba tendido en medio de mi habitación, con el cuerpo caído sobre la alfombra y la cabeza apoyada en un sillón, mientras De Jakels, con traje de etiqueta bajo una túnica de monje, daba órdenes febriles a mi estupefacto ayuda de cámara; en la chimenea, las dos velas encendidas, que llegaban a su fin, hacían estallar sus arandelas y me despertaban... Justo a tiempo.

# JEAN LORRAIN

## RECLAMACIÓN PÓSTUMA

### RÉCLAMATION POSTHUME

*Para Oscar Wilde*

*Pendue auprès du lit, la tête aux lèvres peintes,  
Calme et blême, égouttait ses lourds caillots de sang  
Au-dessus d'un bassin de cuivre éblouissant  
Et gorgé jusqu'aux bords de lys et de jacinthes.*

*Ces longs yeux vert de mer aux prunelles éteintes,  
Ces cheveux d'un blond roux, nimbe d'or flavescent,  
Tout jusqu'aux rudes jets de pourpre éclaboussant  
Ce cou martyrisé, gonflé de sourdes plaintes,*

*Lui qui les avait peints, grisé d'un fauve espoir,  
Quand il eu fait sécher le tout au feu de l'âtre,  
Il baisa longuement cette bouche rosâtre,*

*Pendit la tête au mur et, s'habillant de noir,  
Lui fit de sa douleur d'homme un morne encensoir,  
Artiste épris vivant d'un moulage de plâtre<sup>340</sup>.*

¿Y qué es esa cabeza que tiene usted ahí, un vaciado de escayola o una cera pintada? ¡Está muy conseguida como horror y como una bonita perversión de gusto esa cabeza de decapitada sobre ese cobre lleno de lirios del valle y de jacintos! Se diría un primitivo... alguna santa Cecilia... ¿Es antiguo por lo menos?

Y De Romer, poniéndose de puntillas, acercaba sus ojos miopes al tapiz y analizaba como curioso prodigiosamente interesado el yeso coloreado colgado de la pared de mi gabinete de

trabajo.

Y cuando le hube confesado que el primitivo que con tanta sinceridad admiraba era una simple copia de una escayola del Louvre decapitada para la circunstancia, una fantasía que había tenido yo de poseer, sangrante y martirizada, la famosa *Mujer desconocida* de Donatello<sup>341</sup>, que la degollación de aquel busto era invención mía, y que era yo quien había dado la orden y el encargo al vaciador de que lo agravase con grumos de sangre; cuando por fin le hube informado, algo confuso, como un niño cogido en falta, de que la bárbara iluminación de aquella escayola, el verde glauco de las ciegas pupilas, el rosa marchito de los labios, los toques dorados de los cabellos y hasta el púrpura húmedo de los coágulos eran mi obra de pintor o más bien el torpe entretenimiento de un día de pereza pasado en probarme en vanos tanteos, dijo:

—No tan torpes —mascullaba De Romer, esta vez tan cerca del vaciado de escayola que su mejilla casi rozaba los sanguinolentos coágulos—; no tan torpes...; al contrario. Su ejecución es ingenua, pero con una rara verdad de sentimientos... de sensación, quiero decir, o más bien de intuición, porque usted nunca ha visto ninguna cabeza de mujer guillotizada, que yo sepa.

Y, cuando, algo incómodo, yo balbuceé: «¡Evidentemente, no!», De Romer se volvía hacia mí, muy serio de pronto, y, clavando sus claros ojos en los míos, dijo:

—¡Ah!, entonces, ¿tiene usted todas las perversidades y todas las audacias? ¡O sea, que ahora se dedica a mutilar las obras maestras!

Y como yo permanecía callado, estupefacto ante este ataque, prosiguió:

—Ha cometido usted lisa y llanamente respecto a Donatello un crimen de lesa pensamiento y una profanación. Es su sueño lo que usted ha decapitado al hacer de su busto una cabeza de mártir; la *Mujer desconocida*, cuya cabeza decapitada y sangrante tiene ahí, vivió, si no en la realidad, al menos en el cerebro del artista, y con una vida muy superior a nuestra miserable existencia humana, ya que fue evocada en el pasado por unos ojos visionarios hace mucho apagados, ha atravesado las revoluciones y los siglos y, en el aburrimiento de nuestros sombríos museos, su forma todavía nos obsesiona, a nosotros, modernos desprovistos del don de visión y de fe, y de su sonrisa misteriosa y su imperecedera belleza.

—Entonces, ¿usted cree? —murmuré, emocionado a mi pesar por el tono grave y atildado de De Romer.

—Yo no creo nada, salvo que es usted un verdugo. ¿Qué satánica idea de mutilar ese busto se ha apoderado de usted? Es una fantasía totalmente diabólica y no parece en absoluto que usted lo sospeche. Eso nunca le ha impedido dormir, ¿no es cierto? ¡Ah!, es usted un gran criminal, y un criminal inconsciente, la especie más peligrosa; y después ¿ha dormido en esta sala, si no dormido, trabajado hasta tarde, despierto y solo de noche, y nunca ha tenido pesadillas, ni siquiera inquietudes? Pues bien, está usted felizmente organizado; yo no hubiera salido tan bien librado.

Y como yo, intrigado por todo aquel misterio, insistía para conseguir explicaciones más amplias, añadió:

—Solo tengo que decirle —concluía De Romer— que mutilar una obra maestra es un verdadero crimen, y que ese juego resulta a veces peligroso.

Y, sin querer informarme más, De Romer me estrechaba la mano y se despedía.

Este De Romer es un loco, un desequilibrado de imaginación ardiente, cuyos cabales han naufragado hace mucho tiempo en las prácticas del ocultismo; uno de esos innumerables obsesos del más allá que flotan sumergidos en la lectura de Éliphas Lévi<sup>342</sup>, entre el misticismo

aterrorizado de Huysmans<sup>343</sup> y los camelos del salón de los rosacruces<sup>344</sup>. Muy bondadoso era yo al prestar atención a las quimeras que habían pasado por su cabeza a propósito del vaciado de escayola entrevisto en mi casa; a este paso, los estudios de los escultores estarían poblados por visionarios, y la Escuela de Bellas Artes sería una sucursal de la consulta de Charcot<sup>345</sup>, mientras que todos los escultores que yo conocía resultaban ser, en cambio, alegres juerguistas robustos y barbudos de ideas y tez claras, más preocupados por las sensaciones que por los sueños. Aquellas ensoñaciones de De Romer eran cuentos chinos que no me impedirían dormir.

Unos días después, mientras trabajaba por la noche en la soledad y el silencio de mi gabinete de trabajo, al amor de la lumbre, con los criados acostados y yo era el único que estaba levantado en medio del recogimiento de la casa, dejé de repente de escribir y levanté instintivamente la cabeza con la angustiosa sensación de que ya no estaba solo en la amplia sala amortiguada por tapices, y de que alguien que yo no veía estaba allí. Y sin embargo no había nadie: a mi alrededor, a lo largo de las paredes, los vagos personajes de un viejo tapiz que vivían su vida de lanas y sedas imprecisas, la caída de los pesados cortinajes de unas ventanas herméticamente cerradas, y aquí y allá, en la sombra, con los destellos intermitentes de la chimenea, el oro de un marco o el centelleo de un objeto decorativo despertando bruscamente en la arista de un arcón; no había nadie, nadie visible, y, sin embargo, en el silencio de aquella casa muerta y de aquel barrio perdido, de aquel suburbio guateado de nieve, mi pluma había dejado de chirriar sobre el papel, mi respiración subía más corta y más silbante, había alguien allí, si no en aquel aposento, entonces detrás de aquella puerta, y aquella puerta iba a abrirse empujada por un ser o una forma desconocida, una forma cuyos horribles pasos no hacían el menor ruido, pero cuya presencia sentía yo afirmarse de un modo espantoso.

Cualquier cosa era mejor que aquella angustia, prefería cualquier cosa a aquella duda, y ya perfilaba el movimiento de levantarme para ir a aquella puerta cuando, anonadado, volví a caer en la silla. Al ras de un portier de seda de color verde descolorido, bordado de plata, ocultando una puerta condenada, acababa de ver, perfilándose en claro sobre el azul del tapiz, un pie desnudo; y aquel pie estaba vivo, abrigado en los dedos por el nácar de las uñas, un poco rosado en el talón y una textura de piel tan lisa y tan pálida que se hubiera dicho un precioso objeto de arte, un alabastro o un jade posado sobre la alfombra. ¡Oh, la combadura de aquel pie! ¡La transparencia de sus carnes! La seda verde del portier lo cortaba justo por encima del tobillo, tobillo tan delicado que solo podía pertenecer a una mujer. Cuando me levanté, precipitándome en contra de mi voluntad hacia la adorable aparición, el pie ya no estaba allí.

¿Habéis notado el imperceptible perfume de éter que se desprende de la nieve? La nieve tiene sobre mí casi los mismos efectos que el éter, me desequilibra y me altera; hay personas a las que incluso vuelve locas; y nevaba desde hacía tres días; atribuí mi visión a la nieve.

Además, la aparición no se repitió, e, inquieto al principio durante unos días, pronto reanudé mis hábitos de veladas solitarias en mi gabinete de trabajo. Pero semanas después, una noche en que me había rezagado corrigiendo notas hasta muy entrada la noche, me sobresalté en mi sillón, bruscamente incorporado por la horrible certeza de que una vez más ya no estaba solo, y de que algo desconocido vivía allí, cerca, entre aquellos tapices y aquellas paredes: mis ojos se dirigían instintivamente al portier de seda de color verde descolorido. Dos pies desnudos, esta vez femeninos y encantadores, se combaban sobre la alfombra; crispaban en ella sus dedos como agitados por una impaciencia febril, y, por encima de sus tobillos, la seda verde del portier se ondulaba en toda su altura, dilatándose y abollándose en el lugar de un vientre y de unos senos,



dibujando un cuerpo entero de mujer de pie detrás del tapiz.

Al mismo tiempo me hicieron levantarme el encanto y el horror: un poder más fuerte que mi voluntad me arrastraba; con los ojos dilatados de terror y las manos por delante, me precipité hacia aquel cuerpo intuido; lo presentía joven, esbelto, elástico y frío; ya no estaba allí, mis impacientes manos se cerraban sobre el vacío arañando con las uñas los bordados de la seda.

Sin embargo, esa noche no había nieve.

Por agotamiento, llegué a poner en duda mi portier verde pálido y sus arabescos de orfebrería; lo había comprado en Túnez, en uno de esos bazares de allí, y todo era turbio en él, tanto su procedencia como sus emblemáticos bordados en forma de pájaros y flores; su tonalidad misma me inquietaba. Hice retirar el portier; la disposición de mi gabinete sufrió con ello, pero yo recuperé mi tranquilidad y reanudé el curso de mis trabajos nocturnos como si nada hubiera pasado.

Precaución inútil, porque hace unos días, tras dormirme por la noche después de la cena, con los pies en los morillos, en el dulce calor de la alta habitación amiga, me desperté de pronto transido y con el corazón acobardado en la oscuridad, junto a una chimenea apagada.

Todo el cuarto estaba sumido en noche profunda, y una especie de capa de plomo pesaba sobre mis hombros, clavándome al sillón en el que acababa de despertarme, y esto justo frente a la escayola coloreada de la *Mujer desconocida*, y vi, ¡oh, terror!, que la cabeza cortada brillaba de un modo extraño en la sombra. Con los ojos fijos, se bañaba, nimbada de oro, en un halo de claridad: una aureola la irradiaba, y sus ojos, sus terribles ojos cuyas ciegas pupilas yo mismo había enlucido de azul de ultramar, clavaban su mirada, que era dos rayos, en la puerta condenada, ahora viuda del portier que había mandado quitar.

Y he aquí que en el vano de aquella puerta se erigía, se erguía, un cuerpo de mujer, un cuerpo de mujer completamente desnuda, un cuerpo azulado y frío de mujer decapitada, un cadáver de muerta apoyado todo lo alta que era contra la puerta misma, con una herida roja entre los dos hombros y sangre corriendo en hilillos del cuello abierto.

Y la cabeza de escayola colgada en la pared miraba el cadáver, y en el marco oscuro de la puerta maldita el cuerpo decapitado se estremecía lentamente; y sobre la oscura alfombra los dos pies se retorcían, convulsos en una angustia atroz; en ese momento la cabeza clavó en mí su mirada de ultratumba y rodé exterminado sobre la alfombra.

# JEAN RICHEPIN

## LOS OTROS OJOS

### LES AUTRES YEUX

—Tenga cuidado, joven —le dijo con voz aflautada y dulce el abate Garuby—. Se lo aseguro, hace usted mal en querer intentar esa experiencia temible. Se expone a seguras y dolorosas desilusiones. Verá cosas extrañas, monstruosas, capaces de volverle loco, irremediadamente loco, después de haber cerrado lo que yo llamo «los otros ojos».

—No tema —replicó en tono orgulloso el joven—. Mi razón es sólida. Respondo de ella. Ha resistido la lectura de todas las metafísicas. En cuanto a mi corazón, es todavía más sólido, si es que es posible. Está hecho a prueba de desilusiones, absolutamente, puesto que no se hace ninguna ilusión sobre nada. Tiene usted, por tanto, todo el tiempo para abrirme, sin el menor escrúpulo, lo que usted llama «los otros ojos».

—Piense —prosiguió lentamente el abate Garuby— que los otros ojos le permitirán mirar en el alma misma de los seres.

—De eso precisamente tengo sed —respondió el joven—, de eso es de lo que tengo más sed, aunque solo sea para constatar por fin, *de visu*, si los seres tienen realmente alma.

—Será *de visu* como lo constatará —dijo el abate con una sonrisa—. Quiero decir que esa alma se le aparecerá bajo una forma. Pero, una vez más, la experiencia, créame, es temible. Porque, por lo general, esa forma es horrorosa. Ahora bien, supongamos que usted mira, con los otros ojos, el alma de alguien a quien ama (a su madre, por ejemplo...).

—Tengo la suerte —le interrumpió el joven—, la inestimable suerte de haber sido abandonado al nacer.

—Entonces —continuó complaciente el abate Garuby—, pongamos, si le parece bien, que mira el alma de su querida.

—¡Yo, una querida! —exclamó desdeñoso el joven—. Soy virgen.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó el abate frotándose las manos—. Es usted más fuerte de lo que habría pensado. Pues bien, imaginemos simplemente que los otros ojos revelan el alma de su mejor amigo.

—Del mejor al peor —declaró con decisión el joven— ignoro cuál es la diferencia; porque no

tengo ningún amigo.

—Pues sí que es usted realmente fuerte, lo confieso —proclamó el abate Garuby levantando las cejas con gesto de sorpresa—, y probablemente se encuentre en situación de afrontar la temible experiencia. Por lo tanto, no retrasaré más tiempo someterlo a ella, y aquí estoy a sus órdenes.

—¡Muy bien! —dijo el joven con una ironía taimada—, le confesaré a mi vez que me parece usted muy fuerte, y mucho más fuerte de lo que hubiera creído. Porque, no se lo ocultaré, misterioso y terrible abate, pensaba que, si se negaba a abrirme los otros ojos, sería sobre todo por temor a dejarme ver al desnudo, y en todo su horror, su alma, la de usted.

—En eso se equivoca, joven —respondió el abate Garuby con una profunda unción—. Mi alma, la mía, no es en efecto de las que se ven, ni siquiera con los otros ojos. Está situada en el infinito, y solo para percibir su centelleo se necesita un telescopio que usted aún no tiene, por fuerte que sea. Pero dejemos ahí mi alma, por favor, y ocupémonos, sin más, de abrir en la suya los otros ojos.

Mientras decía esto, el abate Garuby había encendido de repente su tierna mirada habitual con la pálida y llameante fosforescencia que formaba, para la ocasión, un fogón magnético a los irresistibles efluvios de la hipnosis. Al mismo tiempo había impuesto sus manos de hielo en el cráneo del joven, hundiéndole en las sienes dos pulgares que parecían taladrar hasta el cerebro. Y, un instante después, un instante de una brevedad fulgurante, el joven sentía cerrarse sus ojos carnales y abrirse en él los otros ojos.

Y he aquí que delante de él, visible a aquellos otros ojos, surgía la forma de un alma, forma debidamente constatada *de visu*, como se lo había prometido el abate, forma extraña, monstruosa, de un horror tal que el desdichado estuvo a punto de caer patas arriba, en medio de un pasmo de repugnancia y de espanto.

En efecto, la forma de aquella alma no era más que una úlcera hecha de innumerables úlceras conglomeradas, aglutinadas, engendradas una de otra, copulando cada una con todas, en abominables y putrefactos champiñones de lepra que bullían como nidos de víboras, exudando los venenos, los virus, el pus, la podredumbre, la hediondez, la muerte viviente y pululante, y manifestándose todos los horrores en una apoteosis de horror.

Y de todas aquellas figuras de pesadilla, que constataban perfectamente *de visu* que eran la forma de aquella alma, los otros ojos veían también su significación simbólica. Porque cada una de aquellas úlceras, facetas de la úlcera total, era un vicio encarnado bajo aquella figura, un vicio en acto o en potencia. Y todos los vicios estaban allí, todos, con todos sus matices y sus diversas combinaciones, multiplicándose sin fin en el prisma del espectro infernal cuyos siete colores esenciales son los siete pecados capitales.

Aterrorizado, con el corazón revuelto y la cabeza enloquecida, tratando inútilmente de cerrar en él los otros ojos que ahora ya no podía cerrar, el joven se preguntaba quién iba a liberarlo de aquella visión, y pensaba castañeteando los dientes:

—¡Solo el abate Garuby, por supuesto! Pero ¿querrá?

Luego, bruscamente, esa idea cruzó su mente, angustiada, atroz, más terrorífica todavía que su mismo terror, y prosiguió:

—No, no, el abate Garuby no lo querrá. Porque esa alma que ven mis otros ojos, esa alma cuya forma se me aparece, constatada *de visu*, esa alma de un horror inimaginable, es su alma, la suya, su alma, la del abate Garuby.

De pronto, volviendo a sentirse fuerte, irguiéndose en su orgullo, sintiéndose exaltado hasta el heroísmo, el joven exclamó:

—Alma espantosa, alma horrible, alma del abate Garuby, no es en el infinito donde estás situada, y se necesita un telescopio mágico para percibir tus centelleos de astro maldito. Te veo. Eres tú el que estás aquí, delante de mis otros ojos. Pero ya no quiero verte. Tú, tu horror, el espanto y la repugnancia que siento, y tus úlceras, y tu forma en las facetas de los vicios, y la plenitud de tus abominaciones en el prisma de los siete pecados capitales, y tú, en fin, alma y cuerpo, tú, misterioso, terrible e infame abate Garuby, ¡yo te aniquilaré; ya que no pueden aniquilarte mis otros ojos, te aniquilaré, monstruo, monstruo, sucio monstruo!

En la mano del joven, entre sus dedos que se crisparon sobre ella, habían puesto la empuñadura de un arma. ¿Quién había dejado junto a la palma de su mano aquel mango de hacha? No lo sabía. Ni siquiera se preocupó por averiguarlo. Sus dedos se habían crispado sobre el mango. Ya blandía el hacha. Ya giraba en el aire, silbando, reluciente, fulgurante.

Y, mientras, en un rincón del cuarto el abate Garuby asistía a aquel espectáculo de demencia, con su habitual mirada apagada, frotándose las manos y riendo con una burlona risa silenciosa, el joven, enloquecido, feroz, heroico, con sus ojos carnales abiertos de nuevo de par en par y estúpidamente despavoridos, contemplaba los trozos rotos del espejo en donde sus otros ojos habían visto, hacía un instante, la forma de su alma, de la suya.

# JEAN RICHEPIN

## EL ENEMIGO

### L'ENNEMI

El nombre grabado en aquella tarjeta de visita no despertaba en mí ningún recuerdo. En cambio, las pocas líneas trazadas a continuación de ese nombre enseguida consiguieron que el visitante desconocido se volviera irresistiblemente simpático para mí.

En efecto, esas líneas revelaban, tras un examen grafológico y sin la menor duda posible, un alma elevada, dolorosa y desesperada. Con toda seguridad, el hombre que había escrito esas líneas no mentía al afirmar que venía a pedir una ayuda moral y suprema.

Rechazar semejante petición, hecha por un alma como aquella, me hubiera parecido un verdadero crimen de lesa humanidad. Incluso en el caso de que aquel visitante hubiera sido un loco, cosa que no revelaba su escritura, yo tenía el imperioso deber de recibirlo.

Por lo tanto, lo recibí, no sin un presentimiento trágico, en el que, por otra parte, se complacía mi ansiosa y palpitante curiosidad.

El examen grafológico de aquella tarjeta no me había engañado sobre el hombre. Al verlo, desde que entró, reconocí el alma elevada, dolorosa y desesperada que yo había leído de antemano.

Sus miradas decían más incluso que su escritura. Mostraban con mayor claridad un alma llegada a los picos más altos de la filosofía, descendida a los abismos más profundos del dolor, y acorralada en el último callejón sin salida de la desesperación más horriblemente desesperada.

—Señor —me dijo de repente el hombre—, no me tome por loco. No soy presa de un delirio de persecución. Cuando le haya contado de qué soy víctima, se verá obligado a reconocer que soy un verdadero perseguido y que tengo el enemigo más abominable que nunca haya sufrido nadie.

A pesar de la seguridad que él mismo daba, de manera tan enérgica, respecto a la solidez de su estado mental, a pesar de la seguridad que por otra parte me proporcionaba su escritura, que no incluía ningún estigma de demencia, confieso que de inmediato llegué a la conclusión de un caso de locura, precisamente en quien se defendía de ella, es decir, del delirio de persecución.

¿Qué apariencia había, en efecto, de que un hombre como aquel hubiera podido ser perseguido realmente por un enemigo sin encontrar el medio de librarse de él?

Su porte, sus sortijas, su coche de señor detenido delante de mi puerta indicaban una situación de fortuna que le permitía hacer frente a las persecuciones pecuniarias, y demostraban que, al menos de estas, no había sido víctima.

Su complexión, el orgullo viril de su rostro, la decisión de sus gestos y de su voz, la llama de valentía encendida en el fondo de sus ojos, a pesar de su tristeza, no denotaban a un cobarde, sino que más bien anunciaban, en cambio, a un hombre valiente incapaz de tolerar una injuria sin vengarse enseguida y con seguridad. Tenía, en fin, ese no sé qué en el que se barrunta al hombre feliz en el amor, consagrado por la naturaleza a hacer sufrir más que a sufrir. Además, no había hablado de una enemiga, sino de un enemigo; por lo tanto, no podía pensar que fuera una mujer la que había envenenado irremediablemente su vida.

Conclusión: el enemigo del que se quejaba debía de ser algún enemigo puramente imaginario, como los que se forjan los desdichados presa del delirio de persecución.

Todo lo que yo había pensado muy rápidamente él lo había leído sin duda en mis miradas, porque replicó así:

—No, señor, desengáñese. El enemigo que me ha llevado a la desesperación no es un enemigo imaginario. Es desde luego un hombre, de carne y hueso, un hombre como usted y como yo.

—Pero, en fin —dije—, ¿qué le ha hecho?

—¿Que qué me ha hecho? —exclamó—. ¡Ah, si usted lo supiese! Es atroz. Es el infierno. Es un infierno constante. Es un infierno que me sigue a todas partes y siempre.

Se había cogido la cabeza con las manos y la agitaba con violencia, como para hacer saltar fuera todos los fuegos de aquel infierno. Al mismo tiempo sollozaba. Evidentemente, iba a tener que vérmelas con un loco.

—Veamos —dije en tono suave—, cálmese un poco, se lo ruego, y deme precisiones. Sigo desconociendo la suprema ayuda moral que ha venido a pedirme, como indica su tarjeta de visita. Y, sin embargo, si debo darle esa ayuda, es preciso al menos que sepa en qué consiste, y en primer lugar, por consiguiente, qué le ha hecho a usted ese terrible enemigo.

El hombre se había calmado, había dejado de sollozar. Ahora hacía rechinar los dientes y mascullaba palabras de rabia.

—Mire, por ejemplo —dijo—, cuando he publicado versos, él me los devuelve con todas sus faltas subrayadas a lápiz, y de manera muy exacta.

—¡Bah! —le interrumpí—, eso no tiene nada de excesivamente cruel. Y si solo tiene esas quejas contra su enemigo...

—Cuando amo a una mujer —prosiguió—, y cuando soy amado por ella, me la vuelve odiosa y me hace a mí detestable a ojos de ella.

—¿Cómo lo consigue?

—Ese es su secreto.

—¿Cuál es?

—No tengo la menor idea. Lo único que sé es que ese verdugo logra sus fines, y que, gracias a él, mis amores más puros siempre han acabado en agua sucia.

De nuevo se puso a sollozar. De nuevo se recuperó, y luego, hizo rechinar los dientes con rabia.

—No obstante, si le dijese todo lo que se atreve a hacerme —continuó—, usted no me creería. Piense, y esto le demostrará hasta dónde llega su audacia de atormentador, piense que no puedo

comer un plato que me guste sin que él escupa dentro.

Desde luego, y ya sin la sombra de la menor duda, era un alienado. Comprendió que yo lo pensaba y dijo tristemente:

—Lo veo, me toma usted por loco. A partir de ahora, es inútil que le pida la suprema ayuda moral que venía a buscar en usted.

Repliqué con una impaciencia que ya no disimulaba:

—Dios mío, señor, una de dos: o bien tiene usted la cabeza trastornada, y en tal caso no puedo hacer nada por usted, porque no soy alienista; o bien tiene todo su sentido, y en tal caso, si su enemigo, en lugar de ser imaginario, fuese totalmente real, sería usted el último de los cobardes por soportar...

No me dejó acabar mi frase. Un relámpago de alegría pasó por sus sombrías miradas. Exclamó:

—Sí, ¿verdad? Sí, eso es, ¡el último de los cobardes! En mi lugar, ¿se desharía usted de ese enemigo?

—¡Claro! —dije.

—Pero ¿cómo? —preguntó.

—El cómo no importa —repliqué—. Está el duelo. Están los tribunales. Eso depende de su gusto. En última instancia, está incluso el asesinato...

Se frotaba las manos, apretaba las mías, me daba las gracias; iba y venía repitiendo:

—Sí, sí, es la única solución. Lo mataré. Lo mataré.

De repente, dando un gran grito añadió:

—Está dicho. Voy a matarlo.

Y salió como una ventolera.

«Es un demente», pensé, volviendo a mi trabajo, y olvidando aquella media hora perdida.

¿Quién me hubiera dicho que, por el contrario, en esa media hora yo había visto el fondo tal vez de la verdadera sabiduría?

En efecto, esa misma noche, de la misma caligrafía que mostraba un alma elevada, dolorosa y desesperada, recibía la nota siguiente:

—He matado a mi enemigo. He matado «al enemigo». Le ruego que venga a verle y a reconocerlo.

Fui. El hombre se había suicidado con una bala en pleno corazón.

## BIOGRAFÍAS DE LOS AUTORES<sup>346</sup>

**BALZAC, Honoré de** (1799-1850), considerado el padre de la novela realista por el gran fresco que hizo de la Francia del siglo XIX, desde la Revolución hasta mediado el siglo en *La comedia humana*, abordó todos los géneros, desde la novela negra de estilo Radcliffe en su juventud (*El centenario*) a la novela sentimental, psicológica, histórica, etc. Anatomista o fisiólogo de la vida social, fue un precursor, tanto en el campo de lo fantástico como en el de la novela policiaca, y, antes de que estuvieran fijadas las normas de esos géneros, aportó títulos que le ganaron el calificativo —tan contradictorio con el de realista que merece— de «visionario» que le dio Baudelaire. Y es que en el conjunto de su obra hay fragmentos de imaginación desbordada, cercana al surrealismo. Desde *El elixir de larga vida* a *La piel de zapa*, *Melmoth reconciliado*, *La comedia del diablo*, *Las ilusiones perdidas* o *Esplendores y miserias de las cortesanas*, hay en Balzac toda una serie de narraciones que han podido reunirse bajo el título de *La comedia de las tinieblas*, que muestra la fascinación del autor por temas que la razón no consigue explicar con la lógica en la mano. Además de inventar «lo fantástico social», hizo de las distintas encarnaciones del antiguo presidiario Vautrin un muñidor de tinieblas. En *La Grande Bretèche*, relato incrustado en la trama de *Otro estudio de mujer*, ofrece un crimen «a la vista» durante veinte días que hace temblar de frío a las damas que asisten al relato.

REF.: *Cuentos completos de «La comedia humana»*, trad. de Mauro Armiño (Editorial Páginas de Espuma, 2014).

**BOREL, Pétrus** (Pétrus Borel d'Hauterive, llamado el Licántropo, 1809-1859) inició estudios de arquitectura que abandonó por la poesía y la narración. A *Les Rhapsodies*, poemario precedido por un prólogo incendiario, le seguirá un volumen de relatos, *Contes immoraux* (*Cuentos inmorales*, 1832), que atendía más a lo extraño y lo fantástico que a lo inmoral, pero que no dejó de provocar cierto escándalo por el rechazo que el autor muestra hacia la sociedad. A ese mismo tipo de imaginación corresponden media docena más de relatos (*Gottfried Wolfgang*, *La monja de Peñaranda*, *El loco del rey de Suecia*, *El enterrador*, etc.) y su novela más importante —*Madame Putiphar* (1839)—, que lo convierte en uno de los maestros del humor negro y del género «frenético». En 1846 renunció prácticamente a la literatura y, aconsejado por Gautier, solicitó un puesto en la Administración colonial de Argelia, donde ocuparía algunos cargos burocráticos en Mostaganem. Su obra, condenada al ostracismo por la crítica y el Segundo Imperio, fue recuperada por los surrealistas en la tercera década del siglo XX.



REF.: *Champavert, Cuentos inmorales*, trad. de Gonzalo Armero (Miraguano Ediciones, 1994). *Madame Putiphar*, trad. de Mauro Armiño (Editorial Valdemar, 2001).

**CAZOTTE, Jacques** (1719-1792), funcionario de la Administración de la Marina en la Martinica (1747), a su regreso participó en la vida literaria con breves obras ligeras, galantes y satíricas; adepto de las ciencias ocultas, de Martínez de Pasqually y del iluminismo, del que hereda los esfuerzos del ser humano por elegir su camino entre el Bien y el Mal, debe su prestigio literario a un relato breve, *El diablo enamorado* (1772), en el que transcribe un sueño sobrenatural en una atmósfera extraña, sin por ello olvidar un sutil realismo. Opuesto a la Revolución, que encarnaba para Cazotte al Diablo, y obsesionado por salvar a la familia real, fue arrestado en dos ocasiones y finalmente juzgado y ejecutado en el cadalso.

REF.: Son varias las traducciones en castellano de esta alegoría de un misticismo maravilloso, tanto en volúmenes individuales como en distintas antologías; por ejemplo, *Trece para el Diablo: Las mil caras del Príncipe de las tinieblas* (contiene *El diablo enamorado*, trad. de Mauro Armiño, Editorial Valdemar, 2010).

**CHASLES, Philarète** (1799-1873), educado por su padre en las ideas de Rousseau y de la Revolución, tras la caída de Napoleón fue encarcelado por el nuevo régimen monárquico (1816); liberado gracias a la influencia de Chateaubriand, emigró a Inglaterra, donde profundizó en el estudio de la literatura inglesa. A su vuelta a Francia (1823), trabajó como secretario de Étienne de Jouy, político, periodista y dramaturgo, con quien colaboró anónimamente en alguna de sus obras; además de sus trabajos de erudición, en 1827 apareció su novela *Le Père et la fille* [*El padre y la hija*], que, a pesar de ese título tranquilizador, contiene escenas que provienen de lo horrible; la mayoría de sus narraciones abundan en dramas y crímenes horribles. Colaboró con Balzac en el volumen *Contes bruns* (1832). Conservador de la biblioteca Mazarine y miembro del Collège de France, dio a conocer las literaturas extranjeras, europeas sobre todo, en veinte volúmenes, lo que le convierte en uno de los padres de la literatura comparada.

REF.: Aparecido en el volumen *Cuentos marrones*, que reunía dos relatos de Balzac, cuatro de Philarète Chasles y cuatro de Charles Rabou, *El ojo sin párpado*, un clásico de los cuentos de terror, dio título a una colección de cuarenta y ocho volúmenes en la que la editorial Siruela recogió entre 1987 y 1993 a los más prestigiosos autores del género de misterio, fantasía y terror.

**DAUDET, Alphonse** (1840-1897), novelista y dramaturgo nacido en Nîmes, pero apenas si residió un año en la región provenzal; vivió en la bohemia parisina colaborando en periódicos hasta el éxito de sus *Cartas desde mi molino*, aparecidas en folletón en 1866, que recoge historias y costumbres provenzales; al parecer, fueron escritas en colaboración con el poeta Paul Arène (1843-1896), que habría actuado como «negro» de Daudet; este nunca habría pisado el molino que tanta fama le dio y que en la actualidad visitan los turistas. Sus *Aventuras prodigiosas de Tartarín de Tarascón*, que terminó siendo una serie de tres novelas, las protagoniza un personaje algo quijotesco que viaja a África para dedicarse a la caza de leones. No alcanzaron esa popularidad sus novelas de costumbres. Salido de una familia legitimista, su antisemitismo le llevó a ayudar a Édouard Drumont, futuro fundador de la Liga antisemita, para que publicase *La Francia judía*,

obra fundadora del antisemitismo en Europa.

REF.: *Obras inmortales: Jack; El Nabad; Safo; Cartas desde mi molino; Tartarín de Tarascón; Cuentos del Lunes* (EDAF, 1966). La obra de Daudet, muy olvidada, tiene todavía eco entre lectores juveniles.

**DUJARDIN, Édouard** (1861-1949), poeta francés, uno de los fundadores del simbolismo; trató de mezclar distintas artes —en especial, la música (fue uno de los primeros admiradores de Wagner en Francia)— para intentar alcanzar la poesía total, como su amigo Mallarmé. En su novela *Han cortado los laureles* (1888) aparece por primera vez uno de los recursos claves de la novela posterior que obtuvo reconocimiento por James Joyce: el «monólogo interior», precursor de la técnica de la «corriente de consciencia». También escribió obras teatrales, ensayos religiosos y relatos fantásticos.

REF.: Solo se han traducido dos novelas de Dujardin: *Han cortado los laureles*, trad. de Marta Cerezales Laforet (Ediciones El Desvelo, 2018); y *Los coleccionistas: bric-à-brac* (La Licorne, 2016).

**FLAUBERT, Gustave** (1821-1880), uno de los maestros franceses de la novela universal, representa un meticuloso trabajo de realismo, que se ciñe sobre todo al análisis psicológico de los personajes. Su sensibilidad enfermiza y sus crisis nerviosas hicieron que se decidiera a dedicarse exclusivamente a la literatura desde su juventud; sus primeros escritos —relatos como *Memorias de un loco* y *Noviembre*—evidencian su interés por las emociones y el preciosismo de su lenguaje. Tras un trabajo ímprobo de seis años con el estilo, su primera novela, *Madame Bovary* (1857), sentó a Flaubert ante los tribunales, acusado de «ultraje a la moral» ese mismo año, que también vio a Baudelaire acusado; Flaubert salió indemne, mientras que el autor de *Las flores del mal* fue condenado. Cinco años más tarde, Flaubert publica *Salambó*, donde muestra su pasión por el exotismo y la evasión guiado por lo imaginario. Volverá al realismo con *La educación sentimental* (1870), donde mezcla numerosos elementos autobiográficos que remiten al clima de sus dos primeros relatos citados, para terminar creando un fresco que, a partir de los sucesos históricos de la Francia de mediados de siglo, radiografía el fracaso de toda una generación. Si *Madame Bovary* es su obra más conocida y popular, *La educación sentimental*, que inicia el naturalismo, es la culminación de Flaubert como escritor. *La tentación de san Antonio* (1874), obra simbólica de gran belleza plástica, y *Bouvard y Pécuchet*, inacabada póstuma, con una intención cómica de burla sobre la vanidad de sus contemporáneos, completan la obra de Flaubert junto con *Tres cuentos* (1877), su último trabajo publicado en vida, con imágenes de gran potencia, en el que se mezcla el realismo («Un corazón simple») y la imaginación fantástica que desarrolla en «San Juan el Hospitalario».

REF.: *Madame Bovary*, ed. y trad. de Mauro Armiño (Editorial Siruela, 2014). *La educación sentimental*, ed. y trad. de Mauro Armiño (Editorial Valdemar, 2013). *Cuentos negros y románticos*, trad. de María Badiola (Editorial Valdemar, 1996). *Bouvard y Pécuchet*, trad. de José Ramón Monreal (Mondadori, 2009).

**GAUTIER, Théophile** (1811-1872) abandonó la pintura para sumarse a los jóvenes románticos atraídos por el esplendor de Victor Hugo, al que Gautier imita en el colorido de su primer libro poético, *Poésies* (1830). Se consagró al periodismo como medio de vida, publicando numerosos folletones y ejerciendo como crítico de teatro mientras desarrollaba su obra más personal, con novelas (*Mademoiselle de Maupin*, 1835-1836; *Le Roman de la momie*, 1858; *Le Capitain Fracasse*, 1863), libros de viajes, estudios de arte y, sobre todo, su poemario *Émaux et Camées* [*Esmaltes y camafeos*] (1852), que supuso la ruptura con sus inicios románticos; en él rechaza los sentimientos y la expresión del yo para lanzarse a la búsqueda de la perfección formal, materializando sus conceptos literarios expuestos en el prólogo a *Cromwell* de Victor Hugo, donde afirma su teoría del arte por el arte, su rechazo de la moral y la poesía filosófica y social. Compartirán estas ideas no solo Baudelaire y Flaubert, sino también los jóvenes poetas que poco después formarán la corriente parnasiana. Sus relatos fantásticos (*La muerta enamorada*, *Arria Marcella*, *Avatar*, *Jettatura*, *Onuphrius*, *Ónfale*, *La cafetera*, *El caballero doble*, etc.) son testimonio, según Baudelaire, de una «inteligencia innata de la correspondencia y del simbolismo universales».

REF.: *La muerta enamorada*, en *El más bello amor*, trad. de Mauro Armiño (Editorial Siruela, 2017). La selección más completa de sus cuentos fantásticos lleva por título *La pipa de opio y otros cuentos* (Editorial Siruela, 1990), trad. de Helena del Amo.

**HUGO, Victor** (1802-1885), «el poeta de esta época», según Mallarmé, influyó sobre el siglo XIX en todos los campos gracias a su potencia de «energúmeno» de la literatura. Desde la primera representación de su obra *Hernani* (1830), que supone la implantación del Romanticismo en el teatro, hasta *Toute la lyre* (1888), la obra de Hugo —novela, teatro y poesía— arrasará con todos los moldes, y tocará todas las formas y cuerdas de la lira: antiguas y modernas (*Odes et Ballades*, 1826, 1828; *Les Orientales*, 1829), alegres y meditativas (*Les Chants du Crépuscule*, 1835; *Les Voix intérieures*, 1837; *Les Rayons et les Ombres*, 1840), personales y políticas, de honda raíz íntima (*Les Feuilles d'automne*, 1832; *Contemplations*, 1856), y de virulento ataque contra Luis Napoleón (*Les Châtiments*, 1853). En 1859 inició una vasta epopeya en la que pretendía recoger la aventura del ser humano a través de los tiempos: *La Légende des siècles*, que no solapó la voz más íntima recogida en su volumen póstumo *Toute la lyre*.

Gran dramaturgo y gran narrador, además de ensayista, se inició como novelista plenamente romántico con *Han de Islandia* (1823), para volverse enseguida hacia la narración popular en *Notre-Dame de París*, 1831; nunca abandonaría ese terreno, hasta el punto de convertirse en el novelista del pueblo con *Los miserables* (1862); esos dos títulos son los más conocidos de una voluminosa obra narrativa. Innovó y renovó todos los géneros, intervino en los problemas políticos y sociales de Francia o de Europa con discursos y trabajos como *El último día de un condenado a muerte* (1829), en contra de la pena capital, donde realiza un análisis psicológico mediante la introspección del sueño. Tras la Revolución de 1848, el golpe de Estado del Segundo Imperio (1851) le obligará a exiliarse durante veinte años. A su regreso se convirtió en una figura emblemática de la Tercera República. En su abundantísima obra figuran, además de la correspondencia, relatos de viajes; de uno de ellos, *El Rin* (1832), está sacado *El diablo trapero*.

REF.: *Nuestra Señora de París*, trad. de Carlos Dampierre (Alianza Editorial, 2012). *Los*

*miserables*, trad. de María Teresa Gallego Urrutia (Alianza Editorial, 2013). *Lo que dice la boca de sombra y otros poemas*, trad. de Antonio Martínez Sarrión (Visor, 2015). *El último día de un condenado a muerte*, trad. de Mauro Armiño (Editorial Valdemar, 2011). *El Rin*, trad. (incompleta) de Roberto Mansberger (Editorial Laertes, 1995).

**LERMINA, Jules** (1839-1915), narrador y periodista, dejó una abundante obra saludada por Victor Hugo, que le apoyó en la lucha por sus ideas socialistas, que lo llevaron varias veces a la cárcel. Escribió continuaciones de los *Misterios de París* de Eugène Sue y de *El conde de Montecristo* de Dumas; a partir de 1890 se interesó por las ciencias ocultas. En sus relatos y novelas abordó los temas fantásticos y policíacos, como muestran *La estrangulada de la Porte Saint-Martin*, *El asesino inencontrable*, *La espantosa aventura* (novela), etc. Recogió sus cuentos y novelas cortas en cuatro volúmenes: *Les Mille et une femmes* (1879), *Histoires incroyables* (1885), *Nouvelles histoires incroyables* (1888) y *La Vie joyeuse, Nouveaux contes drolatiques* (s. d.).

REF.: Ninguna obra de Jules Lermina aparece en la bibliografía española desde 1910.

**LORRAIN, Jean** (Paul Duval, 1855-1906) fue uno de los autores «escandalosos» de la Belle Époque; se creó un personaje a base de una elegancia agresiva y una inmoralidad decadente tanto en su vida como en su obra, que abarca todos los géneros: poesía, narración, letras para canciones y teatro. Esteta y dandi, sus crónicas periodísticas le granjearon fama, pero también numerosos enemigos, que lo citaron a duelo (por ejemplo, su coterráneo Maupassant, con quien Lorrain terminó disculpándose, duelo que terminó por no efectuarse; o Marcel Proust, duelo que concluyó con disparos al aire por parte de ambos). Su obra narrativa, muy abundante, tanto de novelas como de relatos —muchos de ellos pertenecientes al género fantástico—, viene siendo recuperada en las últimas décadas, por su evocación de un fin de siglo visto como deshumanizado.

REF.: *Cuentos de un bebedor de éter*, trad. de Elena del Amo (Miraguano Ediciones, 1998). *Monsieur de Bougreton*, trad. de Lola Bermúdez Medina (Cabaret Voltaire, 2006).

**MAUPASSANT, Guy de** (1850-1893), novelista y autor dramático; íntimamente unido a la familia de Flaubert, se puso en manos del autor de *Madame Bovary*, que no le permitió publicar hasta que no escribió *Bola de sebo*. Maestro de la novela corta y del cuento, su calidad en estos géneros terminará imponiéndose a la posteridad sobre su fama de autor de novelas, que editó en número de seis. Realista más que naturalista, en sus casi trescientos relatos alterna lo maravilloso y lo fantástico con su percepción de los detalles de la vida cotidiana; la banalidad aparente de muchas de sus tramas se convierte en algo fascinante, a veces trágico, a la vuelta de una página por algún incidente imprevisto. Se le considera precursor, por su pesimismo, de la novela negra francesa del siglo XX; junto con Chéjov, figura como el mayor maestro del relato costumbrista y del relato fantástico y de terror.

REF.: *Cuentos completos*, trad. de Mauro Armiño, 2 vols. (Páginas de Espuma, 2011).

**MÉRIMÉE, Prosper** (1803-1870), novelista y dramaturgo francés que participó en el movimiento romántico. Entre 1829 y 1830 publicó en la *Revue de Paris* relatos cortos de carácter pintoresco, semihistórico y fantástico. El famoso autor de *Carmen*, novela de amores trágicos ambientada en España, famosa por la ópera que con su libreto escribió Georges Bizet, se interesó por la arqueología y la historia; nombrado en 1834 inspector general de Monumentos históricos, sus viajes (entre ellos un *Viaje por España*) le proporcionaron la materia de sus últimos libros, de estudios históricos y literarios, traducciones de sus amigos Alexander Pushkin y Turguéniev. Atrás quedaba lo mejor de su aportación a la narrativa: cuatrocientas páginas de relatos de todo tipo, caracterizados por una prosa clásica, elegante, rápida, llena de intensidad dramática, pero sin la pasión que derrocharon sus coetáneos románticos; en su caso es una pasión fría, elegante y buscada; del movimiento romántico le interesa el color local y el espíritu, que aparecen en relatos como *Mateo Falcone*, *Tamango*, *El jarrón etrusco*, *Las almas del purgatorio*, *La Venus de Ille*, etc.

REF.: No hay edición de sus cuentos en castellano, salvo en antologías de relatos fantásticos.

**NERVAL, Gérard de** (1808-1855) conoció a Théophile Gautier en los bancos del liceo Carlomagno. Una pequeña herencia le permitió abandonar sus estudios de medicina y vivir la «bohemia galante», sobre la que más tarde escribirá un libro. En 1841 sufre su primera crisis de locura, que no curan sus continuos viajes ni la aparición de sus libros: *Les Illuminés*, *Les Nuits d'octobre*, *Sylvie*, *Les Filles du feu*, *Les Chimères* (todos ellos publicados entre 1852 y 1854). Internado en agosto de ese último año, saldrá de la clínica por presiones de la Société des Gens de Lettres; sin recursos ni domicilio, el 26 de enero de 1855 fue encontrado ahorcado con su propia corbata en una verja del Châtelet. Al mes siguiente aparecía *Aurelia*, el más notable de sus relatos en los que, influido por la literatura alemana (Hoffmann, Goethe), trata de captar la profundidad del lado místico y oscuro del Romanticismo mediante alucinaciones.

REF.: *Poesía y prosa literarias*, trad. de Tomás Segovia (Galaxia Gutenberg, 2004). *Aurelia y otros cuentos fantásticos*, trad. de Valeria Ciompi (Alianza Editorial, 2007).

**NODIER, Charles** (1780-1844), hostil al régimen impuesto por Napoleón, tuvo que refugiarse en provincias en 1805 tras escribir una oda satírica, *La Napoléone*, y ver detenidos a todos sus amigos, que formaban parte de la conspiración llamada de la Alliance; protegido más tarde por Fouché, se instaló en Iliria (país de vampiros) como bibliotecario (1813); pero ese mismo año, ocupada Iliria por Austria, regresa a Francia y se suma al partido del nuevo rey Luis XVIII, aunque la vuelta de Napoleón durante los Cien Días le obliga a refugiarse en casa de su amigo el duque de Caylus. Multiplica entonces sus colaboraciones periodísticas, sus escritos narrativos, sus volúmenes de opiniones y estudios literarios, por los que se gana la estima de su amigo Victor Hugo y de los jóvenes. Bibliotecario del Arsenal desde 1824 hasta su muerte, recibirá allí a los románticos, que lo tienen por guía y cuyos libros prologará en varias ocasiones. De su dedicación al estudio y la escritura, a la erudición, la bibliofilia y la literatura pura, destacan sus novelas fantásticas y relatos como *Les Vampires* (1820), *Smarra, o los diablos de la noche* (1821), *Trilby o el duende de Argail* (1822), *Historia del rey de Bohemia y de sus siete castillos* (1830), en la que imita el *Tristram Shandy* de Sterne, *El hada de las migajas*, *Inés de*

*las Sierras, La novena de la candelaria, etc.*, que le convierten en el modelo mismo del narrador fantástico. Clásico en la forma, su imaginación tiene un nítido componente romántico.

REF.: *Smarra, o los demonios de la noche*, trad. de Agustín Izquierdo (Editorial Valdemar, 2017). *Historia del rey de Bohemia y de sus siete castillos*, trad. de Francisco González Fernández (KRK Ediciones, 2016).

**RÉGNIER, Henri de** (1864-1936), parnasiano y simbolista como poeta y narrador, permaneció fiel al ideal clásico. Su verso libre, melódico sobre todo, demuestra una maestría de la lengua, a pesar de su abundante ornamentación, en consonancia con el aristocratismo que mantenía y su diletantismo estético. Su obra, muy abundante, pertenece en parte, sobre todo en lo que respecta a sus cuentos, al género fantástico, que cultiva en su dimensión simbolista, narrando tramas misteriosas y sueños crueles en el lenguaje más cuidado de ese fin de siglo. Sin embargo, tienen interés títulos como *Cuentos a uno mismo* (1894), donde figura «El relato de la dama de los siete espejos», *El bastón de jaspe* (1897) o *Historias inciertas* (1919).

REF.: Traducido al castellano en las primeras décadas del siglo XX, ha sido olvidado editorialmente salvo en dos libros de viajes por España y Venecia.

**RICHEPIN, Jean** (1849-1926), poeta, novelista y dramaturgo, rompió en su primer libro de poemas, *La Chanson des Gueux* (1875), con los caminos trillados del Romanticismo —aunque su postura vital lo siguiera externamente—, para exaltar el instinto. El proceso judicial seguido contra el libro, que le costó un mes de cárcel, lo hizo célebre; unido al naturalismo, buscó en su obra celebrar una nueva bohemia y escandalizar a la burguesía con una sensualidad afectada y una violencia de tonos excesivos y truculentos que rozaban el ridículo. Rebelde oficial, escribió novelas populares (*Miarka, La fille à l'ourse*, 1883) y dramas (algunos interpretados por Sarah Bernhardt) que gozaron de gran éxito por su aparato retórico. Pese a no abandonar nunca su rebeldía, Richepin, hoy olvidado, terminó ocupando un sillón en la Academia Francesa.

REF.: No hay ediciones de Richepin en castellano.

**SAND, George** (1804-1876, seudónimo de Aurore Dupin) fue criada por su abuela. Era hija natural del mariscal de Sajonia y nieta de Augusto II de Polonia. En 1825 se casó con el barón Dudevant, pero desde el primer momento se consideró una mujer independiente, con numerosas relaciones masculinas. En ese primer momento, el novelista Jules Sandeau (1811-1883), que le prestaría su *nom de plume*, la animaría a escribir, le abriría las puertas de periódicos y revistas y la introduciría en la vida bohemia de los jóvenes literatos. Obligada a vivir de sus libros, fue autora de numerosas narraciones largas y breves, de inspiración rústica muchas veces, en algunas de las cuales volcó sus experiencias amorosas; así, por ejemplo, con el poeta Alfred de Musset —*Ella y él*—, con el abogado Michel de Bourges, que la orientó hacia el socialismo, con el músico Chopin —*Un invierno en Mallorca*—, etc. Decepcionada por la Revolución de 1848, se refugiará en el Berry, en el que se inspiran sus novelas de orientación rústica, lo mejor de su producción literaria, —*François le Champi* (1849) le será leído por su abuela al narrador de *A la busca del tiempo perdido* de Marcel Proust—, junto con *La historia de mi vida* (1854-1855). Gracias a su

abundante producción narrativa y teatral, gozó de una gloria inmensa en vida. Algo olvidada hoy frente a la pervivencia de Flaubert, Stendhal o Balzac, no por sus dotes de narradora, sino por su falta de personalidad estilística, muestra en sus novelas más subjetivas y en *La historia de mi vida* una subjetividad hipersensible, llena de contradicciones y de apasionamiento.

REF.: La obra de George Sand apenas ha sido acogida en castellano, ni siquiera un libro capital como *La historia de mi vida*, inédito en castellano. Dejando a un lado alguna traducción de *Un invierno en Mallorca*, libro para turistas en el que refiere su estancia en la cartuja de Valdemosa al lado de Frédéric Chopin, su obra narrativa también ha sido olvidada; solo recientemente se ha rescatado *Indiana, o las pasiones de Madame Delamare*, trad. de Eva María González Pardo (Editorial d'Época, 2018).

**SCHWOB, Marcel** (1867-1905), ensayista y narrador dedicado a los estudios eruditos sobre literatura e historia y al periodismo, mundo que le permitió conocer a todos los escritores de la Belle Époque. Cercano a los simbolistas y apasionado seguidor de Stevenson, no dudó en viajar rumbo a la tumba del escritor escocés, en Samoa, a pesar de sus problemas de salud. Sus estudios de lingüística se centraron en la Edad Media, en poetas como Villon y en sus baladas en jerga. Dejó volúmenes de cuentos como *Corazón doble* (1891), *El rey de la máscara de oro* (1893), *Vidas imaginarias* (1896) y una recreación de la religiosidad medieval como el cuento *La cruzada de los niños* (1896), además de una especie de novela que limita con el poema en prosa: *El libro de Monelle* (1894).

REF.: *Cuentos completos*, ed. y trad. de Mauro Armiño (Editorial Páginas de Espuma, 2015).

**VERNE, Jules** (1828-1905), excelente narrador que, a finales del siglo XIX, fue quien mejor desarrolló las posibilidades de la imaginación, adelantándose en muchos casos a la ciencia; se le debe todo un mundo de héroes que protagonizaban aventuras increíbles. Así, *Viaje al centro de la Tierra*, *De la Tierra a la Luna*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *Viajes y aventuras a través del mundo solar*, etc., son títulos que han fascinado —con sus tipos humanos verosímiles, sus denodados esfuerzos para vencer a la naturaleza y su sentido del humor— a generaciones de jóvenes. De estilo cuidado, ensalza siempre la moral de la acción, además de convertirse en maestro de lo fantástico del viaje y la aventura. Entre sus escasos acercamientos a lo fantástico de terror figura el cuento *Frritt-Flacc*, aquí seleccionado.

REF.: La obra de Verne está ampliamente difundida por toda suerte de canales mediáticos, incluido el cine, que recurre a menudo a sus novelas. *Frritt-Flacc*, ed., trad. y estudio de Miguel Ángel Navarrete (Oportet Editores, 2015).

**VILLIERS DE L'ISLE ADAM, Auguste** (1838-1889), novelista y dramaturgo de noble familia arruinada, se trasladó con diecinueve años a París, donde conoció a Baudelaire, aunque su poesía dependía más de los poetas románticos (Hugo, Vigny, Lamartine). Marcado profundamente por la música y las ideas de Wagner, evolucionaría hacia la estética simbolista, aunque mezcló el realismo con el idealismo en su drama *La Revuelta* (1870). Arruinado y siempre con dificultades financieras, en 1883 recogería sus relatos aparecidos en periódicos bajo el título de *Cuentos*

*crueles*, que se convirtió en su obra maestra. También lo fue, para el movimiento simbolista y el público cultivado, su drama *Axel*. Muy marcado por las tendencias literarias que interesaron en la segunda mitad de su siglo, consiguió la atención por *La Eva futura* (1886), considerada como una de las primeras novelas de ciencia ficción. En este año, aquejado por la enfermedad que lo llevaría a la tumba, se apresuró a publicar otra novela y un volumen de relatos cortos; sus *Historias insólitas* y *Nuevos cuentos crueles* aparecieron el año anterior a su muerte.

REF.: *Historias insólitas*, trad. parcial de Luis Cayo y Gema Gallardo (Ediciones Cinca, 2015). *Cuentos crueles completos*, trad. de Mauro Armiño (Editorial Valdemar, 2017).



# NOTAS

<sup>1</sup> En su *Tratado sobre las apariciones de los espíritus y sobre los vampiros* (1746-1751); para Calmet, esos espíritus serían fruto de unas supersticiones provenientes de pueblos de Europa del Este, derivadas de la subalimentación de esas regiones balcánicas.

<sup>2</sup> Jean-Luc Steinmetz desarrolla toda la evolución del término y sus derivados desde su origen griego en *La littérature fantastique*, págs. 4-5, PUF (1990), 2008.

<sup>3</sup> La Francia de ese momento prefiere calificar la novela gótica y similares de novela negra, novela frenética o novela satánica.

<sup>4</sup> J.-L. Steinmetz, *La littérature fantastique*, o. cit., pág. 3.

<sup>5</sup> Las novelas citadas de Radcliffe, Shelley y Maturin se publican en traducción francesa entre 1819 y 1821.

<sup>6</sup> Poe «nunca quiso ser y nunca fue un autor fantástico», sino más bien «un metafísico», Camille Mauclair, *Le Génie d'Edgar Poe*, 1925.

<sup>7</sup> No cito aquí la nómina de escritores franceses (Nodier, Gautier, Maupassant, etc.) porque, como seleccionados en esta antología, serán tratados de forma pormenorizada más adelante.

<sup>8</sup> Tzvetan Todorov, *Introduction à la littérature fantastique*, Seuil, 1970, pág. 29.

<sup>9</sup> El lector puede tomar por fantástico lo que de hecho no lo es; la Génova del siglo XIV achacó a puro producto de la imaginación de Marco Polo la narración de su *Libro de las maravillas*, hasta el punto de que, según la leyenda, hallándose en su lecho de muerte, su familia le habría pedido que eliminase de sus historias todo lo que no fuese cierto; las costumbres y hechos que recoge de la remota Asia visitada por el veneciano parecieron a su época un fabuloso producto inventado en todas o casi todas sus partes.

<sup>10</sup> Roger Caillois, «Fantastique», *Encyclopædia universalis*, París, 1985.

<sup>11</sup> Jean-Baptiste Baronian, *Panorama de la littérature fantastique de langue française*, La Table Ronde, 2007, pág. 25.

<sup>12</sup> Th. Gautier, «Les contes d'Hoffmann», en *Chronique de Paris*, 14 de agosto de 1836. Gautier titulará un artículo «Lo fantástico de frac», o sea, lo fantástico cotidiano, con el traje de todos los días. Para la evolución de lo fantástico en este autor véase la introducción (págs. 7-134) de Michel Crouzet a T. Gautier, *L'Œuvre fantastique, t. II, Romans*, Garnier Classiques, 2017.

<sup>13</sup> Jean Fabre, *Le Miroir de sorcière*, José Corti, 1992, pág. 120.

<sup>14</sup> *Psycho II* (1982), rechazada por Hollywood por su crítica a las películas de horror, y *Psycho House* (1990), que volvía a la casa del protagonista Norman Bates convertida en hotel, pero que decepcionó a la crítica.

<sup>15</sup> *The Lodger: A Story of the London Fog*, traducida al castellano como *El enemigo de las rubias* y como *El inquilino*.

<sup>16</sup> Jules Barbey d'Aureville, *Une page d'histoire* (1887); en esta novela corta posterior a *Las diabólicas*, Barbey sitúa la acción en 1603: dos hermanos incestuosos son ejecutados (corte de cabezas) en la plaza de Grève parisina.

<sup>17</sup> Sigmund Freud, *Obras completas*, vol. XVII: «Lo ominoso», ed. de James Strachey y Anna Freud, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1988.

<sup>18</sup> Se encargaría de hacerlo el profeta Daniel: «*Mane* quiere decir *contado*; Dios ha contado los días de tu reinado y ha señalado un límite; *Tecel*, es decir *pesado*: has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso; *Fares*, es decir *dividido*: tu reino ha sido dividido y entregado a los medos y los persas (*Libro de Daniel*, 5, 26-28). Esa misma noche del banquete murió Baltasar.

<sup>19</sup> Gaston Deschamps, «La littérature fantastique et terrible», en *Je sais tout*, 1905. Hubert Matthey, *Essai sur le merveilleux dans la littérature française depuis 1800*, Lausana, 1915.

<sup>20</sup> Escrito en 1925, publicado dos años más tarde y revisado en 1933-1934. Hay traducción al castellano: *El horror sobrenatural en la literatura y otros escritos teóricos y autobiográficos*, ed. de Juan Antonio Molina Foix, Valdemar, 2010.

<sup>21</sup> H.-P. Lovecraft, *El horror sobrenatural...*, ed. cit., págs. 31-32.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pág. 31.

<sup>23</sup> Sigo en este desarrollo sobre la incertidumbre y la ambigüedad a M. Viegnes, *Le fantastique*, Flammarion, 2006, págs. 24-27.

<sup>24</sup> Pierre-Georges Castex, *Le conte fantastique en France de Nodier à Maupassant*, José Corti, 1951. Cuatro años antes de este libro que fue su tesis doctoral, Castex había publicado una *Anthologie du conte fantastique*, profundamente revisada en su edición definitiva de 1963.

<sup>25</sup> Roger Caillois, *Anthologie du fantastique*, 1958 (2.<sup>a</sup> ed. 1966). Precisaré más tarde los planteamientos expuestos en esa amplia antología en su artículo «Fantastique», *Encyclopædia universalis*, París, 1985.

<sup>26</sup> Roger Caillois, *Images, images...*, José Corti, 1966, págs. 14-19.

<sup>27</sup> Rafael Llopis, *Historia natural de los cuentos de miedo*, Júcar, 1974. Los distintos capítulos habían aparecido en prensa entre 1966 y 1972. En el prólogo a su segunda edición (Fuentetaja, 2013), puesta al día por José Luis Fernández Arellano, «reducida y mejorada precedida del ensayo *El cuento de terror y el instinto de la muerte*». Siguiendo al patólogo Roberto Novoa Santos (1885-1943), Llopis define en esta nueva edición los cuentos de terror como «manifestaciones del naciente instinto de muerte [...] y que, para no confundirlo con el concepto freudiano, yo prefiero llamar Instinto del Más Allá» (2.<sup>a</sup> ed., pág. 11).

<sup>28</sup> Prosper Mérimée, *De la enseñanza de las Bellas Artes*, 1949.

<sup>29</sup> Jules Lermina, «El miedo», en *Histoires incroyables*, 1895.

<sup>30</sup> Tzvetan Todorov, *Introduction à la littérature fantastique*, o. cit., pág. 163.

<sup>31</sup> Tzvetan Todorov, en su prólogo a Henry James, *Histoires de Fantômes*, Aubier, 1970, pág.

- <sup>32</sup> Roger Caillois, «Fantastique», *Encyclopaedia universalis*, París, 1985.
- <sup>33</sup> Michel Viegnes, *Le fantastique*, o. cit., págs. 25-26.
- <sup>34</sup> Joël Malrieu plantea estas objeciones en *Le Fantastique*, Hachette, 1992.
- <sup>35</sup> Henry James, prólogo a *The Aspern Papers*, 1888.
- <sup>36</sup> Pierre Gripari, *Pedigrée du vampire*, Lausana, 1977, pág. 8.
- <sup>37</sup> Jacques Goimard y Roland Stragliati, «Le fantastique», introducción a *La Grande Anthologie du fantastique*, Presses Pocket, 1977, 8 vols.
- <sup>38</sup> Irène Bessière, *Le récit fantastique: La poétique de l'incertain*, Larousse, 1974, pág. 28.
- <sup>39</sup> *Ibid.*, págs. 18-23.
- <sup>40</sup> Louis Vax, *L'Art et la littérature fantastiques*, PUF, 1960.
- <sup>41</sup> Jean Bellemin-Noël, «Notes sur le fantastique», *Littérature*, n.º 8, dic. de 1972, págs. 3-6.
- <sup>42</sup> Jean-Baptiste Baronian, *Panorama de la littérature fantastique de langue française*, o. cit., pág. 27.
- <sup>43</sup> Nathalie Prince, *La littérature fantastique*, Armand Colin (2008), 2015, págs. 99-100.
- <sup>44</sup> Al final de esta antología, en el apéndice «Biografías de los autores» (pág. 397), se incluyen, resumidas, las semblanzas y la bibliografía existente de los escritores seleccionados.
- <sup>45</sup> He traducido y anotado estas dos obras: William Beckford, *Vathek*, junto con el prólogo de Stéphane Mallarmé a su edición de 1876; y Jan Potocki, *El manuscrito encontrado en Zaragoza* (ambas en Valdemar, 2015 y 2002 respectivamente).
- <sup>46</sup> «Noticia preliminar sobre Lord Byron», en Lord Byron, *Œuvres complètes*, 4.ª ed., I, 1822.
- <sup>47</sup> En su prólogo a Lord Byron, *Œuvres complètes*, 4.ª, o. cit.
- <sup>48</sup> Charles Nodier, «Critique littéraire: *Le Petit Pierre*», *Annales de la littérature et des arts*, 1821, págs. 77-78.
- <sup>49</sup> Pétrus Borel, *Madame Putiphar*, ed. de M. Armiño, Valdemar, 2001.
- <sup>50</sup> *La Comédie des ténèbres: Balzac fantastique*, ed. de Francis Lacassin, 2007; en sus 1.126 páginas reúne tanto novelas como relatos breves, varios de ellos escritos en su juventud y no recogidos luego en *La comedia humana*.
- <sup>51</sup> Balzac, *Cuentos completos de «La comedia humana»*, ed. de M. Armiño, Páginas de Espuma, 2014.
- <sup>52</sup> Honoré de Balzac, *Cuentos completos de «La comedia humana»*, ed. de M. Armiño, Páginas de Espuma, 2014.
- <sup>53</sup> Pierre Trahard, *Mérimée ou l'art de la nouvelle*, PUF, 1923.
- <sup>54</sup> Pierre-Georges Castex, *Le conte fantastique en France de Nodier à Maupassant*, o. cit., pág. 1251.
- <sup>55</sup> Xavier Forneret, *Contes et récits*, edición íntegra preparada por J.-R. Dahan, José Corti, 1997.
- <sup>56</sup> «Sobre un fondo de especulaciones oscuras tomadas del viejo Hegel, se agitaban unos seres desvencijados, un doctor Tribulat Bonhomet, solemne y pueril, una Claire Lenoir ocurrente y siniestra, con gafas blancas, redondas y grandes como monedas de cien *sous*, que cubrían sus ojos casi muertos [...]. Toda la porquería de las ideas utilitarias contemporáneas, toda la ignominia mercantil del siglo, eran glorificadas en unas obras cuya punzante ironía trastornaba a Des

Esseintes», comenta Huysmans en *À Rebours* sobre este personaje «más que nunca nuestro contemporáneo».

<sup>57</sup> Roger Bozzetto, «Le fantastique *fin de siècle*», *Europe*, nº 751-751, noviembre de 1991.

<sup>58</sup> En el inicio de *El Diablo enamorado*, el protagonista ve aparecer la encarnación misteriosa que va a convertirse en su servidor, luego en su servidora, dado que su sexo cambia, y más tarde en su compañera. En la segunda, Biondetta se desprende de sus velos humanos para mostrar su ser diabólico.

<sup>59</sup> A finales del siglo XII apareció en el sur de Francia el primer escrito de los cabalistas, el *Bahir*; nació así para la literatura hebrea un «movimiento por el que (sobre todo entre el siglo XII y el XVII) las tendencias místicas en el seno del judaísmo encontraron la forma de dar salida a su “savia” en diversas ramificaciones y desenvolvimientos a menudo muy vivos. [...] Existe una literatura extremadamente rica en la que los místicos judíos creyeron poder interpretar el texto bíblico siguiendo su propio pensamiento» (Gershom G. Scholem, *La Kabbale et sa symbolique*, 1966).

<sup>60</sup> Moneda italiana.

<sup>61</sup> Ciudad marítima, a 6 kilómetros al sudeste de Nápoles, a los pies del Vesubio; las ruinas a las que se alude son las de Herculano, engullida por el volcán en el año 79 al mismo tiempo que Pompeya.

<sup>62</sup> El pie fue una antigua medida de longitud correspondiente a la longitud de un pie humano; en Francia, equivalía a poco más de treinta centímetros; el pie español medía 27,8 cm.

<sup>63</sup> *Pentacle* en francés: estrella de cinco puntas. Pero Cazotte escribe *penthacle*, término desconocido en esa lengua; probablemente lo emplea por *pentacle*, que designa el círculo mágico necesario para la evocación de los espíritus (Etiemble, *Romanciers du XVIIIe siècle*, Pléiade, t. II, prefacio, págs. XX-XXI).

<sup>64</sup> La evocación, en la terminología de la magia, designa «la acción de evocar, de hacer aparecer los demonios, las sombras o las almas de los muertos» (*Litttré*).

<sup>65</sup> El camello es para el Antiguo Testamento un animal impuro (Levítico, 11, 4). La escena descrita por Cazotte será recogida por Baudelaire: «Los satanes ¿no tienen formas de animales? El camello de Cazotte, «camello, diablo y mujer» («*Journaux intimes XI*», en *Œuvres complètes*, Pléiade, t. I, ed. 1975, pág. 660).

<sup>66</sup> *Che vuoi?*, en italiano, «¿Qué quieres?».

<sup>67</sup> «A esta [mujer] yo la he visto haciendo descender los astros del cielo; esta desvía con sus encantamientos el curso de un rápido río; hace abrirse el suelo con su canto y salir a los manes de sus sepulcros. [y descender los huesos de la tibia pira; unas veces retiene con un estridor mágico las tropas infernales; otras, rociándolas de leche, las hace batirse en retirada]. Cuando le place, disipa las nubes de un cielo lúgubre; cuando le place, hace caer la nieve en un cielo de verano», Tibulo, *Elegías*, I, II, vv. 45-48, 51-52.

<sup>68</sup> *La tempestad*, II, 2.

<sup>69</sup> Peneo es un dios fluvial de la mitología griega, hijo de Océano y de Tetis, y padre, entre otros, del rey de las lapidas, Hipseo, y de Dafne.

<sup>70</sup> Larisa, ciudad griega, capital de Tesalia, regada por el Peneo; cuna de Aquiles, según la leyenda, y tumba de Hipócrates, padre de la medicina.

<sup>71</sup> En *La tempestad* de Shakespeare, tipo inimitable de este género de composición, el hombre

monstruo que está consagrado a los espíritus malignos se queja también de los insoportables calambres que preceden a sus sueños. Es singular que esta inducción fisiológica, sobre una de las enfermedades más crueles con que la especie humana se ve atormentada, solo haya sido captada por poetas. (Nota de Nodier.)

<sup>72</sup> En latín, «plectro» o «púa»: pequeña pieza en forma de triángulo utilizada para tocar instrumentos de cuerda como la guitarra.

<sup>73</sup> Véase la nota sobre el *rhombus*. (N. de Nodier.) [En la pág. 89].

<sup>74</sup> En latín, «bruja». Nodier convierte el término en nombre propio.

<sup>75</sup> Criaturas míticas dotadas de un poder mágico; el término, característico del género frenético de la literatura de los años 1820-1830, parece un neologismo de Nodier.

<sup>76</sup> Neologismo de Nodier; como indica su etimología griega, seres sin edad.

<sup>77</sup> Según Plinio, los psilas eran un pueblo libio; algunos de sus miembros «inspirados» no temían las mordeduras de serpiente, que enseguida se curaban; el término tiene además otro sentido que se usa en entomología: insectos parecidos a los pulgones que se alimentan succionando el jugo de los vegetales.

<sup>78</sup> El neologismo parece partir del término griego tardío *morphosis*, utilizado en una epístola por el apóstol Pablo de Tarso para designar unas apariencias exteriores falaces (Epístola a los romanos, II, 20; Segunda epístola a Timoteo, III, 5).

<sup>79</sup> De *ogoljen* («despojado», bien porque están desnudas como espectros, bien por antífrasis, porque ellas despojan a los muertos). Escribo *goule*, porque esta palabra, consagrada en las traducciones de los *Cuentos árabes*, no nos es extraña, y porque evidentemente está formada de la misma raíz [del esclavón]. (N. de Nodier.)

Algo más de treinta años antes, el escritor inglés William Beckford había publicado en francés *Vathek*, novela cuya primera edición preparada por el autor en 1787, y reeditada en 1815, incluye esta nota: «*Gul* (o *ghul*) significa en árabe un objeto espantoso que priva del uso de los sentidos. De ahí deriva el nombre de esas especies de monstruos que pasan por habitar los bosques, los cementerios y los demás lugares desiertos. Se cuenta no solo que desgarran a los vivos, sino también que desentierran a los muertos para devorarlos. Richardson, *Dissert.*, págs. 174-274. Véase también *La historia de Amina*, en *Las mil y una noches*». Puede apreciarse la compleja situación editorial de esta novela en mi traducción de *Vathek* (Valdemar, 2015). En realidad, *gul* es un término persa que pasó al turco con el significado de «rosa», de un color rosa pálido. En heráldica, el término francés antiguo *goules* y el castellano «*gules*» —que aparece en 1603— designan un color rojo vivo.

<sup>80</sup> Joseph Noël de La Morinière (1765-1822), periodista, viajero, naturalista, geógrafo, economista, ictiólogo (*Histoire générale des pêches anciennes et modernes*, 1816, obra inconclusa), arqueólogo, filólogo, poeta y, sobre todo, observador, dejó una abundante obra en la que describe las mutaciones de la cultura, la sensibilidad y las modas de la sociedad francesa en su paso del Antiguo Régimen a la Restauración. Pese a su erudición y a sus numerosos trabajos, no fue capaz de comprender las revoluciones que en su época se produjeron (desde la de 1789 a la Revolución Industrial o la eclosión de las ciencias modernas). Véase Eric Wauters, *Noël de la Morinière (1765-1822): Culture, sensibilité et sociabilité entre l'Ancien Régime et la Restauration*, Honoré Champion, 2001.

<sup>81</sup> *Turbo*, en latín, «torbellino».

<sup>82</sup> Nicolas Perrot d’Ablancourt (1606-1664), traductor francés de autores griegos (entre ellos Luciano de Samósata, citado más arriba) y latinos, así como españoles (*El África*, crónica sobre los pueblos bereberes del norte de África, obra del granadino Luis de Mármol y Carvajal). Sus elegantes traducciones (que en los siglos XX y XXI siguen editándose) provocaron la pulla envenenada del gramático Gilles Ménage (1613-1692), que ha permanecido como expresión burlona en la lengua francesa; según Ménage, le recordaban a una amante que había tenido, «y que era bella pero infiel». D’Ablancourt se ha convertido en piedra de toque en los debates sobre la fidelidad en la traducción: en el siglo XX fue defendido, por ejemplo, por Paul Claudel, para quien «una buena traducción, para ser exacta, no debe ser servil, y por el contrario debe tener en cuenta de manera sutil los valores, en una palabra, ser una verdadera transustanciación».

<sup>83</sup> Jacques Nicolas Belin de Ballu (1753-1815), helenista francés que emigró a Rusia, y fue profesor de lengua griega en Moscú y San Petersburgo. Tradujo a Eurípides y Luciano (1788), entre otros.

<sup>84</sup> El editor parisino Joannem Libert, de principios del siglo XVII, publicó en 1627 un Teócrito griego y latino traducido y anotado por Isaac Hortiboni (Isaac Casaubon, 1559-1614), a quien también se debieron versiones de Aristóteles, Plinio, Diógenes Laercio, Estrabón, Dionisio de Halicarnaso, poemas bucólicos y geórgicos, etc.

<sup>85</sup> «Y, como gira enloquecido ese disco de acero, por los cuidados de Venus, así pueda [mi amante] girar enloquecido ante mi puerta», Teócrito, *Idilios*, II, vv. 30-31.

<sup>86</sup> En realidad, Propertio cita el *rhombus* en la elegía 38 del libro II, v. 35.

<sup>87</sup> Exactamente en *Epigramas*, libro IX, 29, v. 9.

<sup>88</sup> «La Bruja conoce bien la virtud de las plantas, la del lino enrollado en el *rhombo*», Ovidio, *Amores*, I, 8, vv. 7-8.

<sup>89</sup> *Turbo* significaba lo que nosotros llamamos una peonza, un cono lanzado por una cuerda y que gira sobre su punta. En Borgoña, el *turbo* se denomina también un *trebi*.

*Ai ne fau qu’eine chaiterie,*

*vou qu’un sublô, vou qu’un trebi.*

NOEL DE LA MONNOYE

(Nota de Nodier.)

Bernard de La Monnoye (1641-1728) fue autor de poemas navideños. Los versos citados, una vez completa la frase, dicen: «Sabes bien que, cuando un niño grita / para aplacar los gritos / solo se necesita una golosina, /o un silbo, o una peonza».

<sup>90</sup> Nodier cita de memoria con poca fidelidad la *Eneida*, libro VIII, v. 378: *Ceu quondam torto uolitans sub uerbere turbo* («Así a veces una peonza gira bajo el golpe que la arrastra cuando unos niños...»).

<sup>91</sup> El texto latino exacto es: *Citumque retro solve, solve turbinem* («Haz girar en sentido contrario, haz girar el diábolo»), Horacio, *Épodos*, XVII, 7.

<sup>92</sup> Este «traductor» es Nodier, que en las primeras líneas califica *Smarra o los demonios de la noche* como traducción del esclavón realizada por el «conde Maxime Odin».

<sup>93</sup> Publicado en 1831, *La iglesia* terminaría fusionándose, tras una profunda revisión, con *Jesucristo en Flandes*, para no formar sino una sola novela corta en la edición definitiva de 1846. Traduzco el texto de 1831.

<sup>94</sup> Alusión a un episodio, tal vez legendario, de la vida de Ninon de Lenclos (1620-1705),



cortesana y escritora francesa, representativa de la libertad de costumbres de los siglos XVII y XVIII; uno de sus hijos —son diferentes los que se convierten en protagonistas de la anécdota—, enamorado de ella, y a sabiendas de que era su madre, se mató de un disparo (o se arrojó sobre su espada, según las versiones) después de haberle declarado que se suicidaría si ella no consentía a los deseos de él.

<sup>95</sup> La emperatriz romana Valeria Mesalina (15-48 d. C.), esposa y madre de los emperadores Claudio y Británico, ha pasado a la posteridad como símbolo de la depravación y la crueldad femeninas.

<sup>96</sup> Fecha ficticia de carácter simbólico: el 14 de febrero de 1831 se había producido el saqueo de Saint-Germain l'Auxerrois y del presbiterio; al día siguiente fue saqueado el Arzobispado.

<sup>97</sup> La edición de 1842 llevaba un epígrafe eliminado en la edición definitiva, de 1873: «He visto bajo sombríos velos / once estrellas, / la luna, también el sol, / haciéndome la reverencia». La visión de José.

<sup>98</sup> Protegido por Madame de Pompadour, François Boucher (1703-1770) es el gran pintor y decorador de su época; Diderot aprecia en sus cuadros el gran dominio de la luz y de las sombras, su elegancia, «su galantería novelesca, su coquetería, su gusto, su facilidad, su variedad, su brillo [...] que deben cautivar a los petimetres, a las petimetras, a los jóvenes, a las gentes de mundo, a la multitud de los que son ajenos al verdadero buen gusto, a la verdad, a las ideas justas, a la severidad del arte». Trabajó para las manufacturas de Beauvais y de los Gobelinos; sus figuras en cartones de tapicería o grabadas por otros pintores desde el siglo XVIII se pusieron de moda en el XIX, sobre todo durante el Segundo Imperio francés (1852-1870).

<sup>99</sup> El personaje teatral *sir* John Falstaff aparece en tres obras de Shakespeare, en las dos partes de *Enrique V* y en *Las alegres comadres de Windsor*. Encarna en principio al bufón entregado a los placeres de la vida. Gautier prologó la pieza teatral *Falstaff, escena de la taberna*, escrita por Auguste Vacquerie (1819-1895) y Paul Meurice (1818-1905).

<sup>100</sup> Términos de *ballet*: *rond de jambe*: movimiento circular hecho con la pierna que trabaja sin mover las caderas ni la pelvis; *jeté*: salto de un pie al otro en el que la pierna de trabajo está doblada en el aire y parece haber sido lanzada. En el *jeté battu*, al *jeté* simple se le añade un cruce de piernas que se realiza durante la proyección; *entrechat*: salto durante el cual el bailarín cruza o entrechoca una o dos veces los pies antes de volver al suelo.

<sup>101</sup> Es decir, con un traje de tres piezas: chaleco, pantalón y chaqueta.

<sup>102</sup> Según Stendhal, «el frío, al salir del baile, mata cada año en París a mil doscientos jóvenes».

<sup>103</sup> Demonios de las aguas. (Nota del autor).

<sup>104</sup> Hadas. (Nota del autor).

<sup>105</sup> Pudín de Escocia.

<sup>106</sup> Duende. (Nota del autor).

<sup>107</sup> Espíritus de los bosques. (Nota del autor).

<sup>108</sup> Espíritus de los matorrales. (Nota del autor).

<sup>109</sup> Viento del norte. (Nota del autor).

<sup>110</sup> Muchachas. (Nota del autor).

<sup>111</sup> David Wilkie (1785-1841), pintor británico de origen escocés especializado en escenas de

género, el retrato y la reproducción de hechos históricos.

<sup>112</sup> Título que llevaba en Escocia el propietario de una finca y de una casa solariega.

<sup>113</sup> Costumbres que siguen siendo populares en Escocia. (Nota del autor.)

<sup>114</sup> Mujer. (Nota del autor)

<sup>115</sup> François Rabelais (h. 1494-1553) publicó *Gargantúa* en 1534.

<sup>116</sup> Cenni di Pepo, conocido como Cimabue (h. 1240-1302), fue una de las figuras más notables de la pintura italiana del Prerrenacimiento; renovó la pintura bizantina corrigiendo la rigidez del dibujo, ordenando mejor los personajes en la escena, dando vida a los rostros y los tejidos, etc. Sus discípulos Duccio (h. 1255/1260-h. 1318) y Giotto (h. 1266-1337) prolongarían esa sensación de realismo introduciendo ese aspecto en la pintura occidental.

<sup>117</sup> El grupo de jóvenes románticos conocidos como Jeunes-France se formó hacia 1830 en torno a Pétrus Borel, Gérard de Nerval y Théophile Gautier; recogió ese nombre del periódico de ideología republicana *La Jeune France*, que apenas había durado tres meses (de junio a septiembre de 1829). Atacaban las convenciones reinantes bajo Luis Felipe, vestían con colores llamativos en contraste con los graves trajes negros de la burguesía, llevaban el cabello y las barbas largos, y defendían su intento de transformar la realidad. De hecho, fueron los activistas del primer Romanticismo francés.

<sup>118</sup> Jean-Paul Richter (1763-1825), escritor alemán conocido como Jean-Paul, autor sobre todo de la novela *Siebenkäs* (1796-1797); en su trama, un *alter ego* del autor narra unos amores movidos por un sentimentalismo burgués, con un doble juego en el que el protagonista simula su propia muerte para poder iniciar una nueva vida; refugiado en sus sueños de escritor, redactará unos «Papeles del diablo» tratando de liberarse de la dura realidad.

<sup>119</sup> Referencias a diversos cuentos de Hoffmann.

<sup>120</sup> *Opiniones del gato Mürr* (1819-1821) es el título de una novela inacabada de Hoffmann en la que un gato poeta que ha aprendido a escribir narra su autobiografía fantástica.

<sup>121</sup> Nodier enumera obras y autores clásicos de la magia; Juan Bodino (1530-1596), autor de una *Demonología de las brujas*; Martín Antonio Delrío (1551-1608), cuya obra *Controversias y búsquedas mágicas* influyó en los procesos por brujería; Pierre Le Loyer (1550-1634), demonólogo y autor de *Discursos e historias de espectros, visiones y apariciones de espíritus, ángeles, demonios y almas que se muestran visibles a los hombres* (1605); Laurent Bordelon (1653-1730), polígrafo de diversos temas, crítico, en *Historia de las imaginaciones extravagantes del señor Oufle*, de las teorías expresadas por el teólogo holandés Balthasar Bekker (1634-1698) en *El mundo encantado* (1691); el propio Nodier, que acababa de publicar *Infernaliana* en 1822; Alexis Vincent Charles Berbiguier de Terre-Neuve du Thym (1764-1851), cuya autobiografía en tres volúmenes, *Los trasgos, o todos los demonios no son del otro mundo*, expone la obsesión de haber sido perseguido toda su vida por criaturas demoniacas. Por último, el *Pequeño Albert*, grimorio de magia, probablemente inspirado en los escritos de Alberto Magno y diversos autores en su mayoría anónimos, impreso por primera vez en Francia en 1668. Tenía como antecedente otro grimorio, el *Gran Albert*, que, iniciado hacia 1245, adoptó su forma definitiva hacia 1580 y se publicó en 1703; este hacía las funciones de almanaque y calendario para los campesinos, a los que además ofrecía consejos sobre las propiedades de las piedras, las hierbas y ciertos animales.

<sup>122</sup> San Dunstán (909-988), obispo anglosajón de Worcester, Londres y Canterbury. Según la



leyenda, un día recibió la visita de un hombre que quería ponerse herraduras en los pies, sospechosamente hendidos. El obispo comprendió enseguida que era Satán en persona y, con engaños, lo encadenó a la pared para ponerle las herraduras. La operación resultó tan dolorosa que el diablo pidió gracia. San Dunstán le devolvió la libertad tras jurar que nunca entraría en casas en cuya puerta hubiese una herradura, que los cristianos ponían como aldaba.

<sup>123</sup> Nariz respingona, como se le atribuía a Hurrem, o Roxelana (h. 1500-1558), esclava turca que fue luego esposa de Solimán el Magnífico y madre de Bayaceto.

<sup>124</sup> Espacio teatral del París del siglo XIX, situado en el bulevar del Temple; sobre un lugar de encuentro de saltimbanquis y acróbatas se construyó en 1816 ese teatro de quinientas plazas, demolido en 1862. En él trabajaron mimos como los Deburau, Jean-Gaspard-Baptiste Deburau (1796-1846), y Charles (1829-1873), padre e hijo. Baptiste encarnó diversos personajes de pantomima de la *commedia dell'arte*, pero sobresalió en la creación del Pierrot moderno, modificando tanto el vestuario de sus predecesores como su carácter. Murió en escena al caérsele encima el telón durante una adaptación (*Le Marrchand d'habits*) de una pantomima inventada por Gautier (*Chand d'habits!*).

<sup>125</sup> Edward Young (1683-1765), poeta inglés, célebre en Francia por su obra *The Complaint, or Night-Thoughts on Life, Death and Immortality* (1742-1745), traducida al francés desde 1769 como *Les Nuits*; se trata de un largo poema religioso y novelesco, inspirado por la muerte de su mujer y otros familiares, y dominado por una melancolía sentimental que iba a marcar a la generación romántica francesa. Por su parte, el poeta y pastor metodista James Hervey (1714-1758) fue autor de *Meditaciones entre las tumbas*, de estilo ampuloso y altisonante, e influiría en William Blake.

<sup>126</sup> *Hamlet*, V, I.

<sup>127</sup> Eugène Delacroix (1798-1863) fue el pintor romántico francés por excelencia; ferviente bonapartista, llevó a sus cuadros los combates de las calles parisinas durante las jornadas revolucionarias de julio de 1848 (*La Libertad guiando al pueblo*, lienzo posteriormente emblemático de la República francesa). Jean-Auguste-Dominique Ingres (1780-1867), pintor neoclásico que rechazó las corrientes románticas y realistas que surgieron a lo largo de su vida como pintor. Criticado por los representantes del estilo académico y por sus contrarios, para Gautier «se ha vuelto un mito; es la personificación del dibujo». Su colorido y la deformación a la que somete a sus figuras le hicieron ser admirado por la vanguardia de principios del siglo XX. Alexandre-Gabriel Decamps (1803-1860) fue considerado desde su presencia en el Salón de 1831 como el padre del orientalismo; autor de escenas de género, trató de expresarlas en su verdad, con un realismo que destacaba los efectos patéticos mediante el claroscuro.

<sup>128</sup> El Teatro de la Porte Saint-Martin, inaugurado en 1781 en el bulevar Saint-Martin, se destinó primero a ópera, y, a partir de 1802, a obras de gran espectáculo como comedias y *ballet*; hasta 1840 se centró sobre todo en los grandes textos teatrales del Romanticismo; luego pasó a representar *féeries*, piezas teatrales de grandes medios. Incendiado en 1870, fue reconstruido; en él actuaron famosos actores y actrices (desde Frédérick Lemaître a Sarah Bernhardt) y se estrenaron obras como *Cyrano de Bergerac*.

<sup>129</sup> Gautier alude a la última escena de la explosiva pieza de Alexandre Dumas *Antony* (1831), en la que Adèle, la protagonista, era apuñalada en escena por su propio amante. Encarnaba el papel Marie Dorval (1798-1849), actriz francesa célebre tanto por sus éxitos sobre los escenarios, en los que impone el Romanticismo, como por su vida sentimental, que escandalizó a

la época; amante del poeta Alfred de Vigny, alternó amores masculinos y femeninos con Frédéric Chopin, George Sand o Alfred de Musset. En *Antony* le daba réplica Pierre Bocage (1799-1862), miembro de la Comédie Française y uno de los grandes intérpretes del repertorio clásico y del teatro romántico (*Antony* y *La Tour de Nesle*, de Dumas, *Marion Delorme*, de Victor Hugo, etc.); fue despedido de la dirección del teatro del Odeón a principios del Segundo Imperio por sus actividades antigubernamentales (1848), y tuvo que realizar giras por provincias; en 1854 volvió a las tablas de París. Gozó de gran popularidad por su apasionada energía en la interpretación de dramas románticos.

<sup>130</sup> Anton van Dyck (1599-1641), pintor y grabador barroco flamenco que trabajó sobre todo en la corte de Inglaterra; famoso principalmente por sus retratos.

<sup>131</sup> Paul de Stuer de Caussade, señor de Saint-Megrin (1554-1578), favorito de Enrique III, gentilhombre de su cámara y maestro de campo de la caballería ligera en 1578; fue asesinado por orden del duque de Guise, celoso de que hiciera la corte a su esposa, Catalina de Clèves. Este personaje había protagonizado el drama romántico *Enrique III y su corte*, de Alexandre Dumas (1829).

<sup>132</sup> Escritores del siglo XVIII: Claude Joseph Dorat (1734-1780), el marqués Stanislas de Boufflers (1738-1815), el cardenal François Joachim de Bernis (1715-1794), y el marqués de Pezay, Alexandre Frédéric Jacques Masson (1741-1777). Aunque menores, algunos tienen interés en distintos géneros: el cardenal de Bernis, en sus *Memorias*; y el caballero de Boufflers, gracias a su novela erótica *La reina de Golconda* (puede leerse en mi antología *Cuentos y relatos libertinos*, Editorial Siruela, 2008).

<sup>133</sup> Periodo de la historia de Francia que comienza a la muerte de Luis XIV (1 de septiembre de 1715) y concluye trece años más tarde (en febrero de 1723, momento en el que Luis XV alcanza la mayoría de edad). El reino, dirigido por Philippe, duque de Orleans y príncipe de sangre, vivió un periodo que rompió con el ambiente mortecino y de derrota de los últimos años del Rey Sol. Jean-Antoine Watteau (1684-1721) es el pintor por excelencia de ese momento, cuya alegría de vivir supo plasmar en sus «fiestas galantes», en su afición por describir escenas o personajes teatrales o musicales en sus cuadros.

<sup>134</sup> Thomas Lawrence (1769-1839), pintor inglés, el retratista más importante del reinado de Jorge IV, considerado por Gautier como el mejor después de Van Dyck.

<sup>135</sup> Alusión a *La extraña historia de Peter Schlemihl o el hombre que vendió su sombra*, relato fantástico escrito en 1813 por el alemán Adelbert von Chamisso (1781-1838).

<sup>136</sup> Alusión a *Las aventuras de la noche de San Silvestre* (1815), de Hoffmann, cuyas dos primeras partes tradujo y publicó en francés Gérard de Nerval en 1831.

<sup>137</sup> Jean-Étienne Esquirol (1772-1840), alienista francés, considerado el padre de la organización de la psiquiatría francesa.

<sup>138</sup> Andrea Vesalius (1514-1564), físico y anatomista de origen belga, está considerado como el anatomista más importante del Renacimiento. Se le debe la monumental *De humani corporis fabrica*, en siete volúmenes, con abundantes láminas, dedicada a Carlos V. En esa obra aboga por la disección como medio para ver, desde el interior, los sistemas del cuerpo humano. Nombrado conde palatino por el emperador, y acogido por su hijo Felipe II, realizó, por voluntad propia, y no como castigo inquisitorial, una peregrinación a Tierra Santa, dirigida por Jacopo Malatesta, como indica el relato. Llamado por Venecia para que se hiciese cargo de la cátedra de Padua, que

acababa de quedar vacante por la muerte de su alumno y amigo Gabriele Falloppio, en el viaje de regreso su barco fue arrojado a las costas de la isla de Zante, donde murió de las secuelas del tifus. Para la trama del relato Borel se basa en las calumnias difundidas por Hubert Languet, servidor de Carlos V y del príncipe de Orange, calumnias que se convirtieron en leyenda.

<sup>139</sup> Amedée Pichot lo publicó en la *Revue de Paris*, el 19 de febrero de 1832, con el título «Una autopsia, cuento anatómico», reconociendo que «la idea madre del cuento pertenece a un joven autor que había escrito con el mismo personaje un cuento más terrible y sin duda mejor que el mío, pero totalmente diferente de mi manera de pensar y escribir».

<sup>140</sup> «Charivari».

<sup>141</sup> La Casa de Campo. En cursiva aparecen los términos en castellano del autor.

<sup>142</sup> La plaza de la Cebada, en el barrio de La Latina, que contaba hasta el último tercio del siglo XX con un popular mercado.

<sup>143</sup> García de Loaysa y Mendoza (1478-1546), cardenal e inquisidor general español de la orden dominica, fue nombrado confesor de Carlos V en 1522.

<sup>144</sup> Juan Hurtado de Mendoza y de Luna (m. en 1536), descendiente del segundo marqués de Santillana y de herederos de Álvaro de Luna; participó en la toma de Granada y fundó el convento de los dominicos de Atocha, orden en la que ingresó. También fue confesor de Carlos V.

<sup>145</sup> «Baile, multitud y muerte».

<sup>146</sup> Hans Holbein el Joven (1497-1543), pintor y grabador alemán que trabajó en Basilea y en Londres cuando en 1526 huyó de la Reforma protestante; fue en esa ciudad inglesa donde alcanzó el apogeo de su carrera como pintor del rey Enrique VIII de Inglaterra.

<sup>147</sup> «Contra lo que no puede la ley».

<sup>148</sup> Mondino de'Liuzzi (h. 1270-1326), médico italiano, profesor de la Universidad de Bolonia en su especialidad de anatomía; también fue enviado como diplomático a Nápoles. Galeno de Pérgamo (129-h. 216), médico y filósofo griego del Imperio romano, fue el investigador más famoso de la Antigüedad en campos como la fisiología, la anatomía, la farmacología, etc. Johan Gonthier d'Andernach (1497-1574), humanista alemán, profesor de la Sorbona y en Estrasburgo, y traductor de las obras griegas de Galeno; célebre anatomista, fue médico del rey Francisco I de Francia.

<sup>149</sup> «Nido adulterado»; así califica ya Plinio el Viejo (23-79) al nido en el que pone sus huevos un pájaro de otra especie, citando expresamente el ejemplo del cuclillo (*Historia natural*, libro X).

<sup>150</sup> En castellano, sinónimo anticuado de «*tocayo*».

<sup>151</sup> «Laboratorio».

<sup>152</sup> De hecho, Bonifacio VIII (por considerarse antipapa el VII) nació hacia 1235 y murió en 1303, a los nueve años de pontificado. En 1300 difundió una bula en la que prohibía la disección de los cadáveres.

<sup>153</sup> «Explicación».

<sup>154</sup> «Moraleja».

<sup>155</sup> La Inquisición acusó a Vesalius de prácticas dudosas en su trabajo como anatomista: al hacer la autopsia de una aristócrata española, el hermano de la mujer vio que el corazón aún latía. Por eso sería condenado a la hoguera, pena que Felipe II conmutaría por el viaje a Tierra Santa.

En la actualidad, los biógrafos de Vesalius tachan estos datos de leyenda y de calumnia inventada por Hubert Languet (1518-1581), reformador francés discípulo de Melanchton que había servido a Carlos V como diplomático y luego, en los inicios de la Reforma protestante, al príncipe de Orange.

<sup>156</sup> Gabriele Falloppio (h. 5223-1562), naturalista, botánico y cirujano italiano, considerado uno de los más importantes anatomistas y médicos de su época. Profesó en las universidades de Ferrara, Pisa y Padua; entre sus hallazgos figuran la anatomía del embrión humano, de los nervios craneanos y del aparato genital femenino; corrigió a Vesalius en la anatomía del ojo, en el que reconoció los nervios ópticos.

<sup>157</sup> Herman Boerhaave (1668-1738), botánico, médico y químico holandés, y el alemán Bernhardt Sigfredo Albinus (1697-1770), también médico y anatomista, hicieron editar en Lyon en 1725 en dos volúmenes la *Opera omnia anatomica et chirurgica* de Andrea Vesalius.

<sup>158</sup> Ónfale, reina de Lidia en la mitología griega, compró a Heracles como esclavo durante tres años; era un castigo de Apolo para que el héroe se purificase por haber matado a Ífito, uno de los argonautas. Realizó para la reina distintas hazañas, como encadenar a los cércopes. A pintores y poetas les interesó sobre todo la alegoría del cambio de papeles en la pareja: mientras Ónfale sostiene uno de los atributos del héroe y se cubre con otro, la piel del león de Nemea, Heracles, vestido con ropas femeninas de color púrpura, trabaja en la rueca.

<sup>159</sup> El subtítulo de la primera edición rezaba: «El tapiz amoroso. Historia rococó». Con este último adjetivo Gautier remite al periodo artístico que domina las artes decorativas, la arquitectura e incluso la poesía; estuvo en vigor en Francia desde la muerte de Luis XIV (1715) y la llegada de la Regencia hasta prácticamente el final del reinado de Luis XV (1710-1774).

<sup>160</sup> Institución social del mundo libertino del siglo XVIII: la *petite maison* era una vivienda de apariencia modesta, discreta y ubicada en un barrio de las afueras preferiblemente, destinada a acoger amantes; estos escondites, que ocultaban amores extraconyugales al principio, terminaron convirtiéndose en signos de riqueza y de pertenencia a una clase social acomodada; viviendas de gran lujo entonces, superaban en ocasiones el del hogar familiar en la ciudad. El narrador Jean-François Bastide (1724-1798) las describe a fondo cuando relata una aventura libertina precisamente en su relato así titulado, *La petite maison*, recogido en mi edición de *Cuentos y relatos libertinos*, Editorial Siruela, 2008.

<sup>161</sup> Adorno en forma de jarrón rematado por una llama, característico del arte clásico.

<sup>162</sup> Según la mitología romana, Diana es la diosa de la caza; hija de Júpiter y de Latona, y hermana gemela de Apolo, se acompaña de un cortejo de sesenta ninfas armadas con arcos y flechas, a las que exigía una castidad inviolable; su culto se confunde con el de la diosa griega Artemisa, con la que se identifica y de cuyo legendario se apropió.

<sup>163</sup> Charles van Loo (1705-1765), pintor francés, miembro de una dinastía de pintores de origen holandés; en 1750 rompió con el estilo rococó imperante para volver al clasicismo y a los temas históricos, mitológicos y alegóricos. Gracias a su maestría técnica logró un prestigio considerable.

<sup>164</sup> Por influencia de Madame de Pompadour en las artes decorativas, numerosos artistas franceses enviados por ella a Italia volvieron a la línea recta, utilizando con profusión guirnaldas de florecillas. Fue un estilo de transición entre 1750 y 1774, fecha esta última de la muerte de Luis XV, en cuyo mobiliario y decoración se inspiraron.

<sup>165</sup> Este nombre, confundido a veces con Belcebú, es en realidad el de la protagonista de una ópera cómica, *El califa de Bagdad* (1800), original de François Adrien Boieldieu (1775-1834), compositor francés influido por Rossini; autor de treinta y nueve óperas cómicas, gozó de gran popularidad durante el Imperio y la Restauración; Zétulbé, asediada por el enamorado califa Isaoun, terminará casándose con él.

<sup>166</sup> Salency, pequeña población del Oise, celebraba el 8 de junio una fiesta en honor de san Medardo, patrón de las doncellas virtuosas, a las que, por su honestidad, se recompensaba con una corona de rosas. Premio y ceremonia se habían difundido en el siglo XVII por varias poblaciones francesas.

<sup>167</sup> Jean-Pierre Claris de Florian (1755-1794) era hijo de madre española, la cual murió cuando él era niño; su padre volvió a casarse con una sobrina de Voltaire, a quien Florian sería presentado a sus diez años y con quien viviría en estrecha amistad; escribió algunas comedias, novelas pastoriles (*Estelle et Némorin*, 1778) a imitación de *La Galatea* de Cervantes; se le debe una traducción abreviada del *Quijote*, publicada póstuma en 1798, una epopeya en prosa, una «novela española», *Gonsalve de Cordoue* (1791), etc. No obstante, si su nombre se mantiene vivo en la literatura es por un libro de ochenta y nueve *Fábulas* (1792), a las que se unieron doce más póstumas; son estas las que lo convierten en el discípulo más aventajado de La Fontaine. La novela pastoril aquí aludida es *Estela y Némorin* (1788); las estampas coloreadas que la acompañaban sirvieron como decoración de los hogares modestos del siglo XIX.

<sup>168</sup> Antoinette Deshoulières (1638-1694), escritora que frecuentó los salones parisinos de la última mitad del siglo XVII; bella e instruida —sabía latín, castellano e italiano—, sus contemporáneos la llamaron la «Décima Musa», y fue la primera mujer académica de Francia. Era admirada sobre todo por los versos de su alegoría *Idilio de los corderos*.

<sup>169</sup> El jesuita Joseph de Jouvancy (mejor que Jouvency, 1643-1719), profesor de latín y griego, publicó en 1704 con ese título su traducción en versos latinos de la *Histoire poétique pour l'intelligence des poètes et auteurs anciens* del padre Gautruche.

<sup>170</sup> Arnaud Berquin (1747-1791), escritor, dramaturgo y pedagogo que orientó la mayor parte de su obra a la instrucción de niños y jóvenes.

<sup>171</sup> Salomon Gessner (1730-1788), pintor, grabador y escritor suizo de lengua alemana, autor de poemas bucólicos y de idilios sentimentales que le valieron el título de «Teócrito alemán», así como de una epopeya pastoril, *La muerte de Abel* (1758).

<sup>172</sup> Alusión al personaje de ese nombre de *Las bodas de Fígaro*, de Beaumarchais: encarna al joven paje enamorado de su madrina, la condesa Almaviva.

<sup>173</sup> Es el mismo nombre que utiliza el novelista Dominique Vivant Denon (1747-1825) para la seductora y manipuladora dama que protagoniza su relato «Sin mañana», recogido en mi edición de *Cuentos y relatos libertinos*, Ediciones Siruela, 2008.

<sup>174</sup> El Canigó es el pico más alto de los Pirineos Orientales (Occitania); a su pie se encuentra la comuna Ille-sur-Têt, entre Prades, a 19 km, y Perpiñán, a 24; en 1836 contaba con 3.256 habitantes.

<sup>175</sup>

<sup>176</sup> Este apellido corresponde al del arqueólogo Pierre Puiggari (1768-1854), que había criticado con dureza las *Notes d'un voyage dans le Midi de la France*, publicadas por Mérimé en 1835.



<sup>177</sup> J. de P., según el manuscrito. Se trata de François Jaubert de Passa (1785-1856), autor de brillantes estudios arqueológicos y agrícolas; en las *Notes d'un voyage dans le Midi de la France* elogia su cordialidad y sus conocimientos.

<sup>178</sup> El priorato de Serrabona, fundado en el siglo XI, se halla a treinta kilómetros de Perpiñán, en los contrafuertes orientales del Canigó; su claustro, con ocho pares de capiteles de mármol, y su rara tribuna (o coro interior) constituían el más bello conjunto del arte romántico del Rosellón. Las desavenencias entre los monjes agustinos que lo regentaban provocaron tal decadencia en su seno que en el siglo XIV el papa lo secularizó. Caída en el abandono, una parte de la iglesia se desmoronó a principios del siglo XIX, y terminó pasando a manos de un particular que, en torno a 1900, inició trabajos de restauración.

<sup>179</sup> Último de los reyes franceses, Luis Felipe de Orleans (1773-1850) accedió a la corona en 1830, cuando su primo Carlos X de Borbón fue derrocado por la revolución de las «Tres Gloriosas» en 1848; obligado a abdicar, hubo de ir al exilio.

<sup>180</sup> Divinidad de los romanos cuya imagen en forma de mojón servía en los campos para delimitar las propiedades.

<sup>181</sup> Probable alusión a *La Mode*, revista fundada en 1829 que se ocupaba de la moda, la vida social de la nobleza y la alta burguesía, los salones, etc.

<sup>182</sup> Expresión procedente de la Biblia, Reyes I, IV, 33: «Y él [Salomón] habló sobre los árboles, desde el cedro que hay en el Líbano hasta el hisopo que sale de la muralla». Probablemente Mérimée lo ha leído en el *Impromptu de Versailles*, escena V, de Molière. El cedro es un árbol grande, mientras que el hisopo es un arbusto de 50 cm como máximo de altura, una mata de flores azules o blanquecinas que crece en las rocas de las regiones mediterráneas.

<sup>183</sup> Nicolas Coustou (1658-1733), escultor, trabajó a principios del siglo XVIII en las grandes obras de Luis XIV, como el palacio de Versailles, los Inválidos y el parque de Marly.

<sup>184</sup> Parodia de Molière: «Con qué irreverencia habla de los dioses este mamarracho», *Anfitrión*, I, II. (Véase mi edición *Don Juan o el festín de piedra. — Anfitrión*, pág. 246, Cátedra, 2017).

<sup>185</sup> Mirón, el más célebre de los escultores griegos, vivió a mediados del siglo V a. C. Su obra más conocida es *El discóbolo*.

<sup>186</sup> «Tú no conoces los presentes de Venus», Virgilio, *Eneida*, IV, 33.

<sup>187</sup> Antigua unidad de medida en vigor hasta la adopción del sistema métrico, equivalente a algo menos de dos metros (1,949 m en París). Para «pies», en el párrafo siguiente, véase la nota 5, en la pág. 70.

<sup>188</sup> *Muntanyes regalades*: tradicional canción catalana de carácter amoroso, que exalta el Canigó y se canta en toda la zona pirenaica: «*Montañas deleitosas / son las del Canigó, / que todo el estío florecen...*», dicen, traducidos al castellano, sus tres primeros versos.

<sup>189</sup> Como los derechos de aduana del chocolate (artículo de lujo) eran muy altos, al Rosellón llegaba de contrabando desde Barcelona.

<sup>190</sup> Juego de origen italiano en el que participan dos personas: las dos dicen al mismo tiempo «un número que no pase de diez e indican otro con los dedos de la mano, y gana el que acierta el número que coincide con el que resulta de la suma de los indicados por los dedos» (DRAE).

<sup>191</sup> Sin razón alguna se dio el nombre del emperador romano germánico a una estatua encontrada en Roma en el siglo XVI, firmada por el escultor ateniense Cleómenes. Comprada para

Luis XIV, se encuentra en el Louvre.

<sup>192</sup> Racine, *Phèdre*, I, III, vv. 305-306: «No es un ardor en mis venas oculto. / Es Venus entera a su presa aferrada».

<sup>193</sup> «¿Qué dices, doctísimo?». Fórmula latina empleada por el presidente del jurado durante la presentación de las tesis, invitando a uno de sus colegas a opinar. Ya juega con ella Molière, *El enfermo imaginario*, II, VI, pág. 261 de mi edición: *El avaro*. — *El enfermo imaginario*, Planeta, 2018.

<sup>194</sup> Dios romano, hijo de Júpiter y de Juno. Divinidad del fuego y del hierro, tiene por atributo el martillo de los forjadores.

<sup>195</sup> Eutiques, en griego, equivale a Prosper, nombre de Mérimée.

<sup>196</sup> Población a 4 kilómetros al oeste de Lille.

<sup>197</sup> Antigua ciudad fenicia, situada en el sur del Líbano, Sur en su actual nombre árabe.

<sup>198</sup> La divinidad suprema de los fenicios y cartagineses se llama Baal. Mérimée se burla de Pierre Puiggari (véase nota 3, pág. 181), que trató de explicar los nombres del Rosellón a partir de etimologías fenicias en su obra *Notices sur la ville d'Elne* (1836).

<sup>199</sup> Tétrico I, último emperador del Imperio galo, que ocupó el poder del año 271 al 274, asociando en él a su hijo Tétrico II. Se rindieron ante el emperador romano Aureliano, que les otorgó importantes puestos en la Administración imperial. En 1833, el escultor y arqueólogo Théodore Crétin pretendió haber descubierto en la villa romana de La Garenne, en Nérac, un bajorrelieve antiguo en mármol blanco (*Retratos de los dos Tétricos*) en el que estarían representados Tétrico I, su esposa Nera Pivesuvia y su hijo Tétrico II. Después de haber engañado a todos los sabios de su tiempo, y sobre todo a Mérimée, Crétin confesó en 1835 haberlo hecho él mismo.

<sup>200</sup> James Grüter (1560-1627), filólogo holandés, especializado en la historia romana, las inscripciones, la obra de Cicerón, etc. Johann Caspar von Orelli (1787-1849), filólogo suizo al que se debieron ediciones muy apreciadas de Cicerón, Salustio, Horacio, Tácito, Platón, etc., acompañadas de comentarios de una erudición no conocida hasta entonces.

<sup>201</sup> Diomedes, rey de Argos según la mitología griega, campeón absoluto de la guerra de Troya (*Ilíada*, canto V). En lucha con Eneas, cuando Afrodita trató de proteger a este, Diomedes hirió a la diosa, que más tarde se vengaría persiguiéndolo y expulsándolo de su casa. Huye de Grecia y funda Arpi en la Magna Grecia, donde lo mata en una cacería el rey Daunus (o uno de sus hijos). Atenea le confiere entonces la inmortalidad y transforma a sus compañeros en garzas (Ovidio, *Metamorfosis*, XIV, 496 y ss.).

<sup>202</sup> «Dad lirios a manos llenas», Virgilio, *Eneida*, VI, 883.

<sup>203</sup> La Carta constitucional otorgada por Luis XVIII en 1814 legislaba la libertad de culto religioso, pero declarando religión del Estado la de la Iglesia católica.

<sup>204</sup> Antigua ciudad costera del Ilírico, la actual Durrës (Albania), escenario de la guerra civil romana entre Julio César y Pompeyo; este, superior en fuerzas, infligió el 10 de julio del año 48 a. C. duras pérdidas a las tropas de César, a las que persiguió; pero fue derrotado el 9 de agosto siguiente en Farsalia.

<sup>205</sup> En castellano en el original.

<sup>206</sup> Durante la primera etapa de la fundación de Roma, los sabinos, que habitaban en los alrededores, prohibieron a sus mujeres casarse con romanos, por temor al nacimiento de una

sociedad rival. Rómulo, que las necesitaba para fundar familias y crear una nueva sociedad, organizó un festival dedicado a Neptuno, festival al que invitó a las poblaciones vecinas y que concluyó con el rapto de las mujeres de los sabinos. Estos invadieron el territorio romano; la guerra concluyó con la reconciliación de ambas poblaciones, que terminaron formando un solo Estado.

<sup>207</sup> Comuna del departamento de los Pirineos Orientales, a orillas del Mediterráneo y a 27 km de Perpiñán.

<sup>208</sup> Marie de Rabutin-Chantal, marquesa de Sévigné (1626-1696), la principal epistológrafa de la lengua francesa; el texto alude al relato que hace a su hija, Madame de Grignan, destinataria de la mayor parte de su correspondencia, de un incidente amoroso entre su hijo y la actriz Marie Desmares (1642-1698), conocida por su seudónimo de la Champmeslé, y gran actriz raciniana, modelo de la dicción cantada para el compositor Lully. La cita corresponde a la carta de 8 de abril de 1671. (*Correspondance*, I, Bibl. de la Pléiade, pág. 211).

<sup>209</sup> Monstruo fabuloso de la mitología griega, con cuerpo de hombre y cabeza de toro, hijo de la unión de Pasífae, esposa del rey Minos de Creta, y un toro blanco. Para que nadie descubriera su existencia, y ante su ferocidad, Minos encargó a Dédalo construir un laberinto del que no pudiera escapar. Cada nueve años (o según Virgilio cada año) se le entregaban como alimento siete muchachos y siete muchachas; Teseo lo mató con sus propias manos y pudo salir del laberinto gracias a la bobina de hilo que le facilitó Ariadna, hija también de Minos.

<sup>210</sup> Flaubert cita de memoria el texto de Jean de La Bruyère: «Es ignorar el gusto del pueblo no arriesgar algunas veces grandes sandeces» (*Les Caractères*, «De las obras del espíritu», 46).

<sup>211</sup> El arpende es una antigua medida francesa de longitud y unidad de superficie, equivalente en el Antiguo Régimen aproximadamente a 71,46 metros.

<sup>212</sup> Esta novela titulada *Spiridion* (editada en 1839 y reescrita en parte para su edición definitiva de 1842) relata la historia de una herejía secreta; tiene por protagonista al judío Samuel Hebronius, que en el siglo XVIII se convierte al protestantismo y posteriormente al catolicismo. Prior de un monasterio italiano fundado por él mismo, en la hora de su muerte sepultó en su ataúd los hallazgos a que le había llevado su búsqueda de la verdad fuera de las vías tradicionales del cristianismo. Este secreto, transmitido a su discípulo Fulgencio, pasa al monje Alexis, que, ya anciano, lo transmite al novicio Ángel.

<sup>213</sup> Locución latina equivalente al «Aquí yace».

<sup>214</sup> En la mitología griega, dios primordial personificación de la oscuridad y de la sombra, y considerado a veces como parte del Hades, el inframundo, del que en ocasiones era sinónimo.

<sup>215</sup> Pedro Abelardo (1079-1142), filósofo y teólogo francés que fue obligado a castrarse por el canónigo Fulbert, tío de su amada Eloísa.

<sup>216</sup> Juan Huss (1370-1415), teólogo y filósofo checo que se enfrentó al papado de Roma, al que acusaba de haber abandonado la pureza de los primeros tiempos del cristianismo; condenado por el concilio de Constanza, fue excomulgado, arrestado, condenado por herejía y muerto en la hoguera. Se le considera uno de los precursores de la Reforma protestante que siglo y medio más tarde aproximadamente dirigiría Martín Lutero. En 1999 fue rehabilitado por la Iglesia católica, que lamentó la cruel muerte dada al reformador.

<sup>217</sup> San Antonio Abad (251-356), monje cristiano, fundador del movimiento eremítico. Nació en Comas (Heracleópolis Magna, Bajo Egipto) y murió en su ermita del monte Colzim, cerca del



mar Rojo. Su forma de vida y las tentaciones que sufrió en el desierto han sido tema predilecto de escritores (como Flaubert, por ejemplo) y de pintores, del Barroco sobre todo.

<sup>218</sup> San Sísoes Magno fue un eremita egipcio que, a la muerte de san Antonio Abad, se retiró durante setenta años a vivir en la cueva de este último; murió en Clisma, también a orillas del mar Rojo, hacia el año 430.

<sup>219</sup> Según el legendario cristiano, san Cipriano el Mago, cristiano de Antioquía de Pisidia, murió martirizado en Nicomedia (Izmit, en la actual Turquía) en el año 304, junto a santa Justina. Antes de convertirse al cristianismo, gozó de gran fama como brujo. Un grimorio que contiene hechizos, jerarquías infernales y sellos demoniacos lleva su nombre: el *Libro de san Cipriano*. Tanto él como Justina fueron eliminados del santoral romano en 1969 debido a la falta de evidencia histórica de su existencia.

<sup>220</sup> San Roberto de York (1100-1159), abad cisterciense, fundador de distintas abadías.

<sup>221</sup> San Eloy (588-h. 660), obispo de Noyon, orfebre, fue monetario del rey Clotario III y tesorero de Dagoberto I.

<sup>222</sup> San Teodoro de Amasea (Turquía, m. en 306), militar del Ejército romano; incendió y destruyó el templo de Cibeles de su ciudad natal, por lo que fue condenado a muerte.

<sup>223</sup> San Germán de París (496-576), obispo de esa ciudad por designación del rey Childeberto I (497-558), al que convirtió al cristianismo; fundó la abadía de Saint-Germain-des-Prés, que en su honor lleva su nombre.

<sup>224</sup> Wandrille de Fontenelle (h. 600-668), miembro de la alta administración del rey Dagoberto I, la abandonó para dedicarse a la vida monástica en la orden benedictina. Fundó la abadía que lleva su nombre, Saint-Wandrille, en el departamento francés Sena Marítimo (Normandía).

<sup>225</sup> Según el martirologio cristiano, Ustazanes, eunuco y padrino de Sapor II, rey persa desde el 309 al 379, fue degollado en el año 341 junto a san Simeón Bar Sabas, obispo de Seleucia Ctesifonte.

<sup>226</sup> San Pablo el Simple (Egipto, muerto h. 339) se convirtió en anacoreta al descubrir que su esposa lo engañaba. Trató de ser discípulo de san Antonio Abad (251-356), que lo rechazó en primera instancia. Tras vivir juntos unos meses en el monte Colzim, Pablo se retiró a una ermita cercana; san Antonio Abad descubrió que el poder de curar y exorcizar de Pablo era mayor que el suyo, por lo que le enviaba los enfermos.

<sup>227</sup> Loup de Lyon (san Lo, muerto en 542), anacoreta hasta 526, fue elegido obispo de Lyon durante las guerras en las que se enfrentaron los francos y los burgundios.

<sup>228</sup> San Gomaro (o Gumaro, muerto h. 775), noble caballero de la corte de Pipino de Herstal, llamado el Joven (h. 645-714), rey de los francos; fue casado con una mujer noble de nacimiento pero de costumbres libertinas, a la que mucho tiempo después hizo cambiar de vida y a la que convirtió en penitente. Fundó el monasterio de Lierre, en el Brabante (Bélgica), donde vivió como ermitaño.

<sup>229</sup> Nilo del Sinaí o Nilo de Ancira (finales del siglo IV-principios del V) fue gobernador de Constantinopla hasta que se retiró al monte Sinaí para llevar vida eremítica; discípulo de Juan Crisóstomo, fue autor de numerosos tratados ascéticos y de comentarios a textos bíblicos.

<sup>230</sup> San Austremonio de Clermont (muerto h. 286) fue el primer obispo legendario de Clermont y evangelizador de Auvernia.

<sup>231</sup> Juan Colobos (el Enano, h. 339-h. 405), eremita de la iglesia egipcia primitiva, abad del

austero cenobio de Scete; murió retirado en el monte Colzim (Egipto).

<sup>232</sup> Médard de Noyon (456-545), obispo francés que vivió en las cortes de Childerico I y de Clodoveo; fue uno de los obispos más populares de su época, y su vida dio lugar a numerosas leyendas; consagró como diaconisa a la reina Radegunda cuando esta abandonó a su esposo Clotario I para entregarse a la vida religiosa.

<sup>233</sup> Antiguo pueblo bereber sedentario de África del Norte, en la actual región libia del Fezán.

<sup>234</sup> Nombre dado por los europeos, desde el siglo XIX hasta finales del XIX, a las regiones costeras de Marruecos, Argelia, Túnez y Libia.

<sup>235</sup> Región situada al sur de Egipto y al norte de Sudán cuya población se asentaba entre la primera y la sexta catarata del río Nilo; en la Antigüedad fue reino independiente.

<sup>236</sup> Pécopin es el protagonista de *La leyenda del bello Pécopin y de la bella Bauldour* (Carta XXI del libro *Le Rhin*), de Victor Hugo. Pécopin y Bauldour están prometidos, pero en vísperas de la boda a Pécopin, ideal de la caballería, le ofrecen participar en una cacería fantástica que le hace olvidarse de su amada. El diablo Asmodeo le propondrá luego una cacería negra para encontrar de nuevo a Bauldour.

<sup>237</sup> Eugenio Torralba (h. 1460-h. 1538), que estuvo al servicio del cardenal Raffaello Sansoni Riario, sobrino del papa Sixto IV, fue encarcelado con él tras la conjura de los Pazzi contra los Médicis. Posteriormente pasó a ser médico y consejero del cardenal cismático Bernardino López (1485), del cardenal Francesco Soderini (1503) y del cardenal Cisneros en España. Hombre de confianza y médico de distintos altos personajes españoles e italianos, entró al servicio de la hermana de Carlos V, la reina viuda Leonor de Austria, en 1527, año en el que fue denunciado por la Inquisición por haber viajado en un caballo de madera de Valladolid a Roma en una noche y vuelto antes del alba para ser testigo del saco de Roma del emperador. Condenado a cárcel y sambenito en 1531, fue indultado en 1535, a condición de no recurrir nunca más a Zaquiel, un espíritu familiar que, según sus confesiones bajo tortura inquisitorial, le habría ayudado en sus viajes sobrenaturales, curaciones y profecías.

<sup>238</sup> El demonio Asmodeo aparece en el Libro de Tobías, del Antiguo Testamento, símbolo del deseo lujurioso. Según el Talmud, que no lo considera tan malvado, el rey Salomón consiguió atrapararlo y lo obligó a construir el Templo de Jerusalén. El arte y la literatura lo hacen cojo, como el escritor español Luis Vélez de Guevara (1579-1644), que lo utiliza como protagonista de su novela *El diablo cojuelo* (1641).

<sup>239</sup> Henri Sauval (1623-1676), historiador francés que se dedicó a investigar los archivos de París; no fue hasta 1724 cuando se publicó, con añadidos ajenos y cortes, su *Histoire et recherches des Antiquités de la ville de Paris*. Los pasajes eliminados fueron recogidos en 1883 con el título *Chronique scandaleuse de Paris, ou Histoire des mauvais lieux*.

Michel Félibien (1655-1719), monje benedictino al que se debe una *Histoire de la ville de Paris*, 1725 (en 5 vols.).

Germain François Poullain de Saint-Foix (1698-1776), escritor, dramaturgo y mosquetero, historiador de la orden del Santo Espíritu, al que se debe *Essais historiques sur Paris* (1778), libro en el que pretende «dar a conocer mediante hechos y anécdotas el carácter, usos y costumbres de Francia».

Jacques-Antoine Dulaure (1755-1835), arqueólogo, historiador y político, primero jacobino y luego girondino, renunció a la política tras el golpe de Estado de Napoleón del 18 brumario para

retirarse a la vida privada y dedicarse a trabajos históricos como *Histoire physique, civile et morale des environs de Paris* (1825-1828), en la que da una lista de escritores (Villon, Rabelais, etc.) que habían evocado al diablo de Vauvert.

<sup>240</sup> Inaugurado durante la Revolución francesa, a mediados del siglo XIX el baile de la Chartreuse estaba en el apogeo de su popularidad; en 1847 se convertiría en la Closerie des Lilas.

<sup>241</sup> En el inicio del cisma de Occidente que dividió durante cuarenta años en dos corrientes rivales al catolicismo (1378-1427), el valenciano Pedro Martínez de Luna (1329-1423) encabezó una de ellas; a la muerte de Clemente VII (1394) fue elegido papa en Aviñón con el nombre de Benedicto XIII mientras Roma nombraba papa a Bonifacio IX. Bloqueado en el palacio papal de Aviñón por las tropas francesas, huyó en 1403, se refugió en Nápoles y terminó por asentar su sede pontificia en el antiguo castillo templario de Peñíscola (Valencia); fue declarado antipapa por el Concilio de Constanza (1415), que nombró a otro cardenal, Martín V. Una vez muerto a la edad de noventa y cuatro años, su sobrino Juan de Luna lo llevó a enterrar al castillo familiar de Illueca (Zaragoza), donde había nacido. La Iglesia católica solo reconoce a Benedicto XIII como antipapa.

<sup>242</sup> Luis XIII (1601-1643) reinó en Francia desde 1610.

<sup>243</sup> Situado en el barrio de Saint-Antoine, el muelle de La Rapée (el actual Quai de Bercy) empezaba en el puente de Bercy, y por él entraban los cargamentos de vino de Borgoña. Era famoso desde el reinado de Luis XIII por sus numerosas tabernas, frecuentadas por la nobleza y los literatos.

<sup>244</sup> No existe ninguna referencia a este tipo de monstruos en ninguno de estos dos historiadores, griego el primero (h. 480 a. C.-h. 425 a. C) y romano el segundo (h. 61-h. 114).

<sup>245</sup> Charles Fourier (1772-1837), fundador de la Escuela Societaria, sentó las bases de las comunas, organizadas como falansterios, en busca de la armonía universal.

<sup>246</sup> En *Aurélia ou le Rêve et la Vie*, escrito pocos meses antes de su muerte, Gérard de Nerval narra el estado de espíritu en que se encontraba el poeta y las crisis rayanas en la locura que sufría. La pérdida de la mujer amada, cuya imagen se presenta a él en forma de fantasma y de ser misterioso durante el sueño, le sume en una alucinación y termina en el reencuentro de Aurelia brillando para él en el firmamento.

<sup>247</sup> Monsieur Loyal, oficial de justicia encargado de las diligencias judiciales, amenaza con desahuciar a la familia de Orgón en la comedia de Molière *El Tartufo* (V, IV).

<sup>248</sup> Moneda austriaca de escaso valor, sexagésima parte del florín.

<sup>249</sup> Mérimée había conocido durante su viaje de 1836 por Alsacia y Renania al arqueólogo e historiador alemán Johann-Hugo Wyttenbach (1767-1848), de quien le había hablado insistentemente su amigo F. de Saulcey.

<sup>250</sup> *Meszka*, diminutivo ruso de Michel, designa también al oso.

<sup>251</sup> «Los dos son lo mismo»; literalmente, Michon (Miguel) con Lokis, los dos los mismos. *Michaelium cum Lokide, ambo [duo] ipsissimi*. (Nota del autor).

<sup>252</sup> El samogitio o bajo lituano.

<sup>253</sup> Samogitia («país bajo») era una comarca de Lituania, al oeste y a orillas del mar Báltico, que no se corresponde con ninguna división administrativa actual. Anexionada por la Unión Soviética en 1944, Lituania se liberó de esa influencia en 1990 y pasó a formar parte de la Unión Europea en 2004.

<sup>254</sup> La actual Tartu, la segunda ciudad de Estonia, república que consiguió su independencia de Rusia en 1991. Su universidad, fundada en 1632, era la más prestigiosa del país en su época.

<sup>255</sup> Kaunas (en polaco Kowno), antigua ciudad de Lituania, en la actualidad la segunda ciudad del país y el puerto fluvial más importante de los países bálticos.

<sup>256</sup> Probablemente el jesuita André Lavitzki (1572-1631), entre cuyas obras no figura ese *Catechismus Samogiticus*, que para algunos sería una invención de Mérimée; para otros investigadores, se trataría de un error en el apellido de otro jesuita, Sawicki, que acompañó al falso Demetrio a Moscú.

<sup>257</sup> Lengua muy parecida al lituano que se perdió en el siglo XVIII dejando escrito solo un pequeño catecismo.

<sup>258</sup> Nombre inventado por Mérimée, que en lituano significaría «puente de madera».

<sup>259</sup> Comuna del sudoeste de Francia, en el Charente, donde se produce el aguardiente de vino que lleva su nombre (coñac), muy apreciado desde el siglo XV más allá de su territorio.

<sup>260</sup> Puerto de Noruega central.

<sup>261</sup> Puerto de Samogitia. Jena, ciudad de Turingia (Alemania), famosa por su universidad; recibió un fuerte impulso siendo Goethe ministro del príncipe ilustrado Carlos Augusto de Sajonia (de 1775 a 1828).

<sup>262</sup> Capital del distrito de Samogitia, al noroeste de Kaunas.

<sup>263</sup> Ghedimin o Gediminias (h. 1275-1341), gran duque de Lituania desde 1316; luchó contra los caballeros de la Orden Teutónica y aumentó considerablemente los territorios de su Estado, infiltrando su influencia en tierras rusas. A su muerte, heredó el gran ducado su hijo Jaunutis, contra el que se rebeló su hermano Keystut (1297-1382), que lo derrocó para dirigir el gran ducado de Lituania con otro hermano en el poder. Opuesto a la cristianización de Lituania frente a la Orden Teutónica y traicionado por un sobrino, en 1381 se declaró entre este y Keystut una guerra civil; derrotado, apareció colgado en la fortaleza donde estaba encarcelado. Su hijo Vitold el Grande (h. 1350-1430), que terminó convirtiéndose al cristianismo, recuperaría el título de gran duque de Lituania.

<sup>264</sup> En ruso se denomina a una poseída, a una aulladora, *klikucha*, cuya raíz es *klik* («clamor, aullido»). (Nota del autor.)

<sup>265</sup> Juegos de naipes populares en Rusia; el primero utiliza las categorías de las cartas por su valor; primero corazones, y luego diamantes, picos y tréboles. El juego de los *duratchki* se parece al antiguo juego de la guerrilla.

<sup>266</sup> Bata proveniente de la ciudad de Bujará (Uzbekistán), famosa también por sus tapices.

<sup>267</sup> *Siatelstvo*, vuestro brillo luminoso, es el título que se da a un conde. (Nota del autor.)

<sup>268</sup> El córnico, o cornuallés, era la lengua hablada en el condado británico de Cornualles. A finales del siglo XIX aún se hablaba, y durante el primer cuarto del XX se inició una notable recuperación con su enseñanza en las escuelas. En 1929 los filólogos empezaron a normalizar su escritura como córnico común a partir de los escritos medievales.

<sup>269</sup> Alexander von Humboldt (1769-1859), naturalista, geógrafo y explorador alemán, a quien Mérimée conoció en París y visitó en Alemania. Entre 1799 y 1804 realizó una expedición de incalculable valor científico que, a partir de América Central, lo llevó desde Venezuela hasta Filadelfia pasando por Cuba, Trinidad, los Andes peruanos, México, etc. A su regreso a Francia publicó en treinta volúmenes *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, con

láminas botánicas; inventarió y clasificó numerosas especies animales y vegetales, y analizó distintas sociedades desde un punto de vista antropológico, histórico y lingüístico, exposición de sus costumbres sexuales, etc. Posteriormente visitó Rusia y Asia.

<sup>270</sup> Exactamente Theodorus Lepner (1633-1691), autor de *Der Preusche Littauer...* (Dantzig, 1774).

<sup>271</sup> Nombre polaco de Vilnius, capital de Lituania en la Edad Media, y a partir de 1940.

<sup>272</sup> Balada de Adam Mickiewicz (1798-1855), poeta nacional polaco, jefe de la escuela romántica en su país, autor del drama *Los abuelos* (1822-1832), en el que defiende los derechos del sentimiento en medio de una lucha prometeica por el bienestar de la humanidad; en *Konrad Wallenrod* (1828), de estirpe byroniana, hace el canto nacional contra el ocupante (Rusia) a través del momento histórico en el que los caballeros teutónicos ocupaban Lituania. El poeta Alexander Pushkin la tradujo al ruso, y Mérimée del ruso al francés creyendo que era de Pushkin.

<sup>273</sup> Mérimée traduce con bastante exactitud la versión de Pushkin. Mientras que Budrys no es un personaje histórico, Olgerd, Skirghello y Keystut son los hijos de Gedymin (véase la nota 14 en la pág. 284).

<sup>274</sup> Los caballeros de la Orden Teutónica. (Nota del autor.)

Esta orden religiosa y militar, creada tras la conquista de Jerusalén por Saladino en 1187, tenía por misión combatir a los musulmanes. Consiguió grandes posesiones, sobre todo en Alemania, y llegó a conquistar Lituania en su expansión por el este hasta que fue frenada por Alejandro Nevski. Aun así, los caballeros de la Orden Teutónica ocuparon el norte de Polonia, Estonia y Curlandia hasta su derrota por Vladislao II Jagellón en 1440. La Orden fue suprimida en Alemania por Napoleón en 1809.

<sup>275</sup> Nóvgorod, a nueve kilómetros al norte del lago Ilmen, es una antigua ciudad rusa de la región de San Petersburgo.

<sup>276</sup> Capa de fieltro. (Nota del autor.)

<sup>277</sup> Exactamente Kataryna, que pertenecía a la familia Pac, de origen florentino, instalada en Lituania desde que tuvieron que huir de Florencia tras la conjuración de los Pazzi (1478) contra los Médici. Su miembro más conocido, el conde Louis Pac (1780-1834), fue general del Ejército napoleónico.

<sup>278</sup> En polaco, «señorita».

<sup>279</sup> Juliana. (Nota del autor.)

<sup>280</sup> Género lírico nacido en Arabia en el siglo VI, y desarrollado sobre todo en la poesía persa y turca; se trata de coplas populares de cinco o siete estrofas con versos pareados sobre temas amorosos como la belleza del amor, el dolor de la separación, etc., o temas báquicos.

<sup>281</sup> El término eslavo *starost*, que literalmente significa «el más anciano», se aplicaba por lo general al gobernador de una región o un condado, al alcalde de una comunidad, etc.

<sup>282</sup> Nombre polaco de Zarenai, aldea de Samogitia.

<sup>283</sup> Rey mítico de Tebas, Edipo era hijo de Layo y Yocasta; al nacer, los oráculos predijeron que mataría a su padre y se acostaría con su madre; por eso Layo lo entregó a un pastor que incumplió la orden de abandonarlo, y el niño terminó acogido por el rey de Corinto; ya en la pubertad, huye del reino de los que él cree sus padres para evitar el oráculo y viaja a Tebas; en el camino matará a su padre y al llegar a la capital se casa con su madre, sin que ninguno de los tres conozca esos parentescos.

<sup>284</sup> «Matriz», en polaco.

<sup>285</sup> Los uros, especie de bisonte europeo, extinguida a principios del siglo XVII.

<sup>286</sup> Véase *Micer Tadeo*, de Mickiewicz; *La Polonia cautiva*, de Charles-Edmond. (Nota del autor.)

<sup>287</sup> Cayo Julio César (100-44 a. C.), estratega romano de excepcional destino, amplió las fronteras romanas hasta el Rin y el Atlántico, antes de tomar el poder con sus legiones. Nombrado dictador vitalicio, fue asesinado por una conspiración del Senado. Reformó administrativamente el Imperio, reorganizó la superpoblada ciudad de Roma y, en su búsqueda de prestigio y popularidad, gestionó en los inicios de su carrera con gran liberalidad una actividad arquitectónica en beneficio del pueblo. Tras su asesinato por Bruto, su hijo adoptivo Octavio continuaría las reformas de la República cuando se hizo con el poder en el año 31 a. C., pacificando y estabilizando el Imperio. César escribió dos libros: *Comentarios sobre la guerra de las Galias*, en cuyo libro VI, 28 habla del uro, y *Comentarios sobre la guerra civil*.

<sup>288</sup> Funda de fusil circasiano. (Nota del autor.)

<sup>289</sup> *Mil*. Madero atravesado por largas púas de hierro o estacas aguzadas, que se usaba como defensa contra la caballería y para cerrar pasos importantes. (DRAE).

<sup>290</sup> Especie de champiñones, el venenoso *Lactarius torminosus*, o falso níscalo.

<sup>291</sup> En la *Odisea*, la maga Circe utiliza sus filtros para convertir en cerdos y encerrar en una pocilga a parte de la tripulación de Ulises.

<sup>292</sup> Ludwig Knaus (1829-1910), pintor alemán especializado en cuadros de género muy populares.

<sup>293</sup> Mala traducción de la palabra «profesor». Los *waidelots* eran los bardos lituanos. (Nota del autor.)

<sup>294</sup> De hecho, en el folclore ruso la *rusalka* es una criatura de las aguas, una ondina, como más adelante se dice. Parece invención de Mérimée el baile con ese nombre.

<sup>295</sup> Vestido de las campesinas [rusas], sin corpiño. (Nota del autor.)

<sup>296</sup> Mérimée sigue a Max Müller, *La science du langage*, que divide así las lenguas de la zona caucásica; las poblaciones turanias vivían entre el mar Caspio y el mar de Japón, entre la cadena del Tíbet y el océano; hablaban lenguas muy diversas, aunque con caracteres comunes.

<sup>297</sup> Indios nómadas que vivían en la frontera de Argentina y Uruguay.

<sup>298</sup> Los gauchos, criollos o mestizos que habitaban las grandes llanuras entre Argentina, Uruguay, Brasil, Paraguay, el sur de Chile y el sudoeste de Bolivia, eran hábiles jinetes dedicados a la cría de ganado cimarrón; hasta mediados del siglo XIX eran seminómadas.

<sup>299</sup> Pueblo mongol de la Siberia meridional que se instaló en la desembocadura del Volga, en la cabecera del Cáucaso, en el siglo XVII. Sometidos a influencia rusa, en la actualidad forman la República de Kalmukia, federada a Rusia.

<sup>300</sup> José Fructuoso Rivera (1784-1854), primer presidente constitucional del Estado Oriental del Uruguay (1830-1834), tras luchar en las guerras de Independencia frente a Portugal, Argentina y Brasil en distintos periodos; ocupó de nuevo la presidencia de 1839 a 1843; implicado en la Gran Guerra, lucha civil iniciada en Argentina que se trasladó a Uruguay, fue derrotado en varias ocasiones y enviado al exilio. Fundador del partido Colorado, se le reprocha sobre todo el etnocidio charrúa durante su etapa de gobierno.



<sup>301</sup> Grodno, ciudad rusa a orillas del Niemen, no lejos de la frontera con Polonia. Era sede de un regimiento de húsares reclutados entre lituanos; parece poco probable que un conde lituano haya ejercido como oficial en un regimiento ruso.

<sup>302</sup> *Turpi clausus in arca, / [quo te demisit peccati conscia erilis], / contractum genibus tangas caput?* «¿Encerrado innoblemente en un cofre, / [donde te ha metido una esclava, cómplice del adulterio de su ama], / hecho un ovillo y con la cabeza entre las rodillas?», Horacio, *Sátiras*, II, VII, vv. 60-62.

<sup>303</sup> Hija de Zeus y de Hera, Hebe personifica la juventud en la mitología griega; hasta la llegada de Ganimedes a la morada de los dioses, se encargaba de servir en sus copas el néctar y la ambrosía; también cumplía otras funciones propias de una diosa menor, como enganchar los caballos de Hera, bañar y vestir a Ares, su hermano pequeño, etc. Le fue asignada por esposa a Heracles [Hércules], consiguiendo así el héroe la inmortalidad cuando fue recibido en el Olimpo.

<sup>304</sup> Probable alusión a la 2.<sup>a</sup> epístola del apóstol san Pablo a Timoteo, II, 3-5.

<sup>305</sup> Población de Samogitia, cercana a la frontera con Letonia.

<sup>306</sup> *Jupiter ex alto perjuria ridet amantum*. Ovidio, *El arte de amar*, I, 633.

<sup>307</sup> Término polaco, «señor», título debido a todo gentilhomme polaco, según anota Mérimée en su breve estudio *Episodio de la historia de Rusia: Los falsos Demetrios* (1852).

<sup>308</sup> El *Roman de Renart* reúne relatos escritos en antiguo francés (1170-1250) por distintos autores y protagonizados por animales. A través de ellos se describen de manera satírica las relaciones sociales de la Edad Media, con una crítica constante a las clases dominantes. Su principal protagonista, el astuto Renart (el zorro) se enfrenta a Ysengrin, el lobo; Brun, el oso, encarna en esos relatos a la nobleza.

<sup>309</sup> Marguerite du Bourg, esposa de Charles-François Romain Le Bœuf, conde de Osmoy (1827-1894). Este, dramaturgo y autor de pequeñas piezas de boulevard, colaboró con Flaubert y Bouilhet y publicó un volumen de melodías. Diputado desde 1862 por el Eure, y senador en 1885, se situó políticamente en el centro izquierda. Apoyó el estreno de la pieza *Le Nouveau Monde* (1883) de Villiers, en el Teatro de las Naciones.

<sup>310</sup> Cita que Augusto Vera (1813-1885), filósofo y político italiano, representante del hegelianismo, atribuye en su *Introducción a la filosofía de Hegel* (1855) al naturalista Georges Cuvier (1769-1832).

<sup>311</sup> «Pues fuerte como la muerte es el amor», del libro bíblico Cantar de los Cantares (8, 6), atribuido al rey Salomón.

<sup>312</sup> Los condes de Atholl (con *ll*, región del centro de Escocia) aparecieron en el siglo XVII.

<sup>313</sup> «Pálida, pero victoriosa». El término heráldico *en abîme* significa que la estrella está situada en el centro del blasón.

<sup>314</sup> El nombre es de origen eslavo; el término ruso *duschka* («querida») empleado más adelante refuerza ese origen de la protagonista.

<sup>315</sup> Alusión, quizá, a un personaje libertino de ese nombre que aparece en una comedia en cinco actos de Maquiavelo: *La mandrágora* (1518).

<sup>316</sup> «Querida», en ruso.

<sup>317</sup> Alusión a un acontecimiento que despertó gran eco y curiosidad en la prensa y en la opinión pública: el proceso contra el hermano de Fidelia de Monasterio, que había conseguido internar a

su hermana, en 1875 y por la fuerza, en el sanatorio para enfermos mentales de Charenton a fin de apoderarse de su fortuna. Tras un primer proceso, la familia volvió a intentar encerrarla, dando lugar a una nueva acción judicial en marzo de 1883.

<sup>318</sup> Chaqueta de uniforme militar.

<sup>319</sup> Como Crimma, Vanglor y demás nombres citados, la Megalócrida pertenece a la geografía imaginaria de Verne.

<sup>320</sup> Nombres creados por Verne; desde *kertse* (¿a partir del ruso *versta?*), unidad ficticia de medida, a los distintos tipos de barcos de cabotaje, o más adelante la unidad monetaria *fretzer*, o *valvêtre*, *lurtaine*, *surouët*.

<sup>321</sup> Exactamente el que hace *craquelins*, tipo de bollo regional, parecido a la magdalena, a base de harina, huevos, agua, mantequilla y bicarbonato, sin apenas gusto ni sabor, que se comía en el desayuno o la merienda empapado de chocolate o sidra, o se empleaba como soporte de otros alimentos en forma de bocadillo.

<sup>322</sup> Ceremonia de la Iglesia católica creada en el siglo XVII en la que el fiel se mantenía postrado de rodillas durante ese lapso de tiempo (el que se cuenta desde la deposición del cuerpo de Cristo hasta su resurrección) en actitud de plegaria ante la hostia consagrada. En España, donde gozó de especial popularidad en Zamora, las Cuarenta Horas fueron suprimidas por Carlos III.

<sup>323</sup> La Virgen de hierro (o Virgen de Núremberg) como aparato de tortura no parece haber existido; Agustín de Hipona lo cita en su *Ciudad de Dios*, pero referido a los cartagineses de un milenio anterior. Hasta el siglo XVIII no aparece ningún rastro de este instrumento, cuya existencia difunden fuentes tradicionales y legendarias: cuevas de castillos o el palacio de la «condesa sangrienta», la húngara Isabel Báthory (1560-1604), sirven de escenario para la presencia de estas Vírgenes de hierro que nacen literariamente del mito creado por el filósofo romántico alemán Johann Philipp Siebenkees (1759-1796); utiliza para crearlo una crónica de Núremberg; tras recuperar la leyenda, se creó el instrumento más antiguo, que data de 1802. Según un vigilante francés del palacio de la Inquisición de Madrid, durante el reinado de José I (1808-1813), en él había una máquina que representaba a la Virgen y denominada *Mater dolorosa*, cuyos brazos estaban provistos de puñales; en ella se encerraba a los reos para conseguir su confesión. Existen en distintos museos de tortura ocho ejemplares de este tipo de instrumentos de tortura; en España, en el de Toledo.

<sup>324</sup> Édouard Rod (1857-1910), escritor y periodista suizo, de abundante obra narrativa marcada en la primera etapa por su filiación naturalista, que abandonó en 1885 con *La course de la mort*. Dirigió la *Revue Contemporaine*.

<sup>325</sup> Durante el dominio de Grecia por los turcos, estos no permitían a los cristianos el uso de la campana, sino de un hagosidero (de *agios*, «santo», y *sideros*, «hierro»), pedazo de hierro de cuatro dedos de ancho y dieciséis de largo, atado a una cuerda para colgarlo de la puerta de la iglesia. Se tocaba con un martillo.

<sup>326</sup> Arthur Schopenhauer (1788-1860), filósofo alemán que ejerció una influencia profunda sobre la conciencia europea a partir de la publicación de *El mundo como voluntad y como representación*; sus ideas llegaron a difundirse a través de las reuniones sociales; su pesimismo no acabó al desaparecer la generación romántica, sino que recorrió todo el siglo XIX y alcanzó el XX.



<sup>327</sup> Moneda francesa de la monarquía creada durante el reinado de Luis XIII, y acuñada incluso durante el Imperio con la efigie de Napoleón.

<sup>328</sup> Comuna francesa, en los suburbios al norte de París en el siglo XIX; en la actualidad, se halla dentro del Gran París.

<sup>329</sup> De la oficina de impuestos al consumo, o fielato, que había en las diferentes entradas de París.

<sup>330</sup> Banquo es un personaje legendario que aparece en la tragedia de Shakespeare *Macbeth* a quien las brujas predicen que no será rey, pero sí su descendencia; asesinado por Macbeth, su fantasma se aparece a este (III, IV). En cuanto al Comendador, según la tradición francesa basada en *Don Juan o el Festín de piedra* de Molière, nunca aparece vivo en escena; solo se sabe que lo ha matado don Juan antes del inicio de la obra; al final del acto III aparece convertido en estatua.

<sup>331</sup> Se atribuye a Platón este epigrama amoroso, que el propio Schwob traduce libremente más adelante.

<sup>332</sup> En el diálogo de *Fedón*, Platón cuenta la muerte de Sócrates y aborda temas como el suicidio y la existencia del alma después de la muerte.

<sup>333</sup> Fidias (h. 490-432 a. C.) es el escultor por excelencia de la Antigüedad griega; amigo de Pericles, trabajó en la construcción del Partenón. Su pieza maestra fue una estatua de Zeus en oro y marfil, de dieciocho metros y medio de alto, destinada al templo de Olimpia; de esta obra, una de las siete maravillas del mundo, solo conocemos su representación en monedas de la Élide.

<sup>334</sup> La isla griega de Egina mantuvo con su vecina Atenas gran rivalidad desde la segunda mitad del siglo VII a. C. Entre sus grandes monumentos arquitectónicos y escultóricos figuraron el templo de Afaya y la columna del templo de Apolo, de los que apenas quedan restos.

<sup>335</sup> Jenófanes de Colofón (h. 570-h. 475 a. C.), filósofo y poeta griego del que solo se conservan fragmentos, citados en textos de autores posteriores; se le adscribe a la escuela de los presocráticos. Empédocles de Agrigento (h. 495/490-h. 435/430 a. C.), filósofo y político griego, que, según Aristóteles, formuló la teoría de los cuatro elementos.

<sup>336</sup> De Longo (finales del s. II-principios del s. III) apenas se sabe que debía de ser oriundo de la isla de Lesbos; dejó una novela, *Dafnis y Cloe*, muy influyente en la novela pastoril europea de los siglos XVI y XVII.

<sup>337</sup> Jean Le Barbier de Tinan (1874-1898), novelista y cronista francés, amigo de Pierre Louÿs, Paul Valéry, Paul Léautaud y André Gide, fue uno de los varios negros literarios del novelista Henry Gauthier-Villars (1859-1931), conocido como Willy. Enfermo del corazón desde la infancia, estuvo enamorado de la novelista María de Régner, hija de José María de Heredia, y esposa de Henri de Régner. Dejó varias novelas, publicadas póstumas en su mayoría.

<sup>338</sup> Representación tradicional de Hermes, divinidad de la mitología griega de los pastores y los campos.

<sup>339</sup> Exactamente Baudelaire escribe: «Les charmes de l'horreur n'énivrent que les forts» («Los encantos del horror solo embriagan a los fuertes»), en el poema «Danza macabra» de *Las flores del mal*.

<sup>340</sup> «Colgada junto a la ventana, la cabeza de pintados labios, / sosegada y pálida, goteaba sus pesados coágulos de sangre / sobre un barreño de cobre deslumbrante / y colmado hasta los bordes de lirios y jacintos. // Esos grandes ojos verde mar de pupilas apagadas, / esos cabellos de un rubio rojizo, nimbo de oro brillante, / hasta los toscos chorros de púrpura salpicando / ese

cuello martirizado, henchido de sordas quejas, // él, que los había pintado, ebrio de feroz esperanza, / cuando hubo hecho secar todo al fuego del hogar, / besó largo rato aquella boca rosácea, // colgó la cabeza en la pared y, vistiéndose de negro, / le hizo de su dolor de hombre un sombrío incensario, / artista enamorado que de un molde de escayola vive».

<sup>341</sup> Donatello (h. 1386-1466), escultor florentino, uno de los grandes renovadores del arte renacentista; alcanzó tal facilidad en el trabajo del bronce y del mármol que, según Vasari, «ningún artista le ha superado, y en nuestros días nadie puede comparársele».

<sup>342</sup> Éliphas Lévi (1810-1875): ocultista y eclesiástico francés que abandonó el seminario causando con ello el suicidio de su madre; sus ideas utopistas y humanitarias (las escuelas de Saint Simon y de Fourier) fueron orientándose hacia el esoterismo y el ocultismo, de gran influencia en el pensamiento de su siglo con sus obras *Dogma y ritual de la alta magia* (1854), *Historia de la magia* (1859), y dos series de *Filosofía oculta* (1863-1865); póstumamente aparecieron también obras escritas entre 1854 y 1875 como *La clavícula universal de las clavículas de Salomón*, *Los misterios de la Kábala*, *El libro de los esplendores*, *Elementos de la Kábala*, *La religión de la ciencia*, etc.

<sup>343</sup> Joris-Karl Huysmans (1848-1907), novelista y ensayista francés que se afilió al naturalismo tras un primer libro refinado y decadente; seguidor de Zola, ambientó sus tramas en los aspectos más sórdidos de la vida, para luego volverse hacia un esteticismo fin de siglo con *À rebours* [*A contrapelo*] (1884), donde creó el personaje clave del periodo: Des Esseintes, encarnación del dandí que tanta repercusión tuvo entre los decadentes, sobre todo en Oscar Wilde. Este artista del estilo y del lenguaje dejó en *Là-bas* [*Allá lejos*] (1891) un viaje hacia el satanismo que termina con una glorificación del catolicismo. Hacia esa dirección sobre los misterios y las verdades religiosas se orientaron sus últimas obras de vidente iluminado.

<sup>344</sup> Alusión al movimiento literario y artístico (1892-1899) dirigido por Joséphin Péladan (1858-1918), basado en los principios de una secta esotérica fundada a principios del siglo XVI y dedicada a prácticas cabalísticas, alquímicas y teosóficas, simple tapadera, con el correr del tiempo, para otros fines, por lo general de carácter político. Muchos de sus símbolos pasaron a la masonería. Péladan publicó una abundante obra de ideología confusa y con una imaginación extravagante que, sin embargo, anunciaba modas literarias del siglo XX. Entre sus títulos figura *El anfiteatro de las ciencias muertas* (en siete volúmenes, 1892-1911), iniciación a la magia que atacaba a los movimientos de la época, el realismo, el naturalismo y el positivismo.

<sup>345</sup> Jean-Martin Charcot (1825-1893), médico francés que trabajó sobre la hipnosis y la histeria. Sus descubrimientos en el campo de las enfermedades nerviosas le permitieron fundar la neurología moderna. Practicó, en el Hospital de la Salpêtrière, la «gran hipnosis», que incluía, además del sueño, letargias, catalepsias y sonambulismos provocados, frente a la «pequeña hipnosis» de Alfred D'Hont, alias Donato o de la escuela de Nancy de los doctores Liébault y Bernheim, que se limitaba a provocar un sueño durante el que podían sugerírsele acciones al paciente. Sigmund Freud, alumno de Charcot durante su etapa parisina (de octubre de 1885 a febrero de 1886), tradujo al alemán su libro *Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso*, traducción que apareció un año antes que la edición francesa (1887).

<sup>346</sup> Procuero dar cuenta de la obra traducida de estos autores, sobre todo de los más desconocidos, con especial atención a sus relatos; en cuanto a los grandes —Verne, Balzac, Maupassant, etc.—, sus títulos importantes son fácilmente accesibles.